

---

# Mentira

---

Enrique de Hériz



Lectulandia

Es mentira que ésta sea una novela sobre la muerte, sobre la experiencia de estar muerto o sobre la memoria de los difuntos, aunque algo de eso haya. No es mentira que este simulacro de vida sea una gran novela en la que la realidad y la ficción se entreveran para acercarnos a la verdad, y un relato que reflexiona sobre el arte de narrar el pasado —el arte, el juego de contar mentiras— y una subyugante novela sobre la credulidad, sobre las relaciones humanas y las mentiras que las anudan, sobre los ritos y los mitos, sobre la textura sentimental de la que estamos hechos.

**Lectulandia**

Enrique de Hériz

**Mentira**

ePub r1.0  
Yorik 06.06.13

Enrique de Hériz, 2004

Editor digital: Yorik  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Héctor Orlando Chimirri,  
que sabía contar historias.  
*Vamos, gordo, todavía.*

Y a una madre que supo vencer la muerte  
y brindarnos la victoria.

*Es abrumador cuánto ignoramos.  
Aún más cuánto creemos saber.*  
Philip Roth

*Ante las puertas de la nada emplazamos la guardia más fornida.  
Tal vez porque la condición del vacío es demasiado vergonzosa para ser divulgada.*  
Francis Scott Fitzgerald

*Hay un tinte de muerte, un aroma de mortalidad en las mentiras, que es lo que me  
lleva a odiarlas, lo que quiero olvidar.*  
Joseph Conrad

*Yo he conocido un puerto.  
Decir yo he conocido es decir algo ha muerto.*  
Raúl González Tuñón

*... [la tierra] es alfombra por un lado y por el otro manta, apenas una frontera  
delgada entre aquellos que la pisan y aquellos que por ella son cubiertos, entre los  
ejércitos del movimiento y los de la quietud, dos muchedumbres trabadas por un  
olvido mutuo.*  
Jesús del Campo

*¿Muerta? ¿Muerta yo? A quién se le ocurre. No mientras me quede una sola palabra por decir. Estoy en la Posada del Caribe. Llevo aquí casi un mes y medio sin ver a nadie. Mentira: una vez por semana viene Amkiel a traerme provisiones. Los martes, creo, aunque mi noción del tiempo no es demasiado fiable. Aquí todos los días se parecen.*

*Posada del Caribe. Menudo nombre. Son seis cabañas rectangulares, dispuestas en torno a una cuadrada y mayor que las demás, que cumple las funciones de comedor y centro de intendencia. Todas tienen techumbres de palma. Paredes de troncos gruesos hasta media altura. Grandes cristaleras en la mitad superior. Lástima de mosquiteras. Son tan tupidas que apenas dejan pasar la luz de la jungla, ya de por sí escasa. Porque esto es la jungla de Petén, en el norte de Guatemala. Queda muy lejos el Caribe.*

*Diez horas en avión de Londres a Miami. Dos más hasta Guatemala capital. Cincuenta minutos en avioneta para llegar a Flores. Sesenta y dos kilómetros en furgoneta por la pista de tierra que lleva a Sayaxché. A mi edad, no está mal. En Sayaxché hay que negociar con los lancheros. Cuesta más paciencia que dinero. Yo me arreglé con Amkiel porque me cayó bien. Tiene la sonrisa típica de los que viven del turismo, entre disuasoria y burlona, pero me pareció serio y responsable. También influyó en mi elección el hecho de que su bote, de fondo plano, pareciera más estable que los demás. Los llaman lanchas, pero son canoas motorizadas. La de Amkiel se llama La Mimosa, nombre memorable si no fueran todos parecidos: La Mimosa, La Olvidona, La Celosa, La Taciturna. Si aún me interesaran esas cosas, investigaría el origen de sus nombres. Quién puso el primero y por qué. Quién imitó a quién. Antes se me daban muy bien esos estudios.*

*Cualquiera que sea la lancha que escojas, el dinero siempre va a parar a las mismas manos: el patrón. Supongo que tendrá un nombre propio, pero no lo conozco. Todos lo llaman patrón y cada paso que di desde mi llegada a Sayaxché ha requerido su aprobación indirecta. Ni siquiera le he visto la cara, pero sé que debo a su intervención, y al valor de la cantidad justa de dólares, el privilegio de disponer para mí sola de esta especie de hotel que podría albergar a poco menos de veinte personas. No es un derroche de generosidad: en condiciones normales, la Posada del Caribe estaría cerrada en estas fechas en espera del fin de la temporada húmeda y de la consiguiente desaparición de la plaga de mosquitos que ahora la invaden. A mí no me molestan los mosquitos.*

*La Mimosa es de aluminio y, por la tonalidad de su color verde, deduzco que en el pasado debió de pertenecer a algún ejército. Medirá dos metros y medio de eslora y dudo que quepan en ella más de tres personas, cuatro con aprietos, por mucho que Amkiel insista en que alguna vez ha transportado hasta siete u ocho. También me cuenta, casi cada vez que nos vemos, todas las ventajas que implica, en estos ríos,*

tener una embarcación de aluminio. Las demás son de fibra de carbono, tan ligeras y manejables como la suya, pero mucho más frágiles; si reciben un golpe seco, en vez de abollarse se parten como cañas secas, sobre todo cuando ya están viejas y agrietadas. Le explico que a mí me gustan las pocas que quedan de madera y me contesta que nadie las quiere por pesadas e impracticables. Le digo que sí, que ya. En otra época de mi vida le hablaría de barcas y mares, de vapores italianos y veleros, de todo lo que sé del mar. Le contaría mi vida, la de mi familia. Ahora no. Le sonrío y asiento de vez en cuando como si de verdad me importara la conversación. No me importa. No es culpa suya. Hay pocas cosas que me importen.

Amkiel me trajo aquí por dieciocho dólares. Supongo que él gana cinco o seis; el resto, para el patrón. No sé cuántos kilómetros del río Pasión recorrimos. Sé que pasó un rato largo y estas lanchas son muy rápidas. Es un cauce tranquilo, despejado y ancho, de casi treinta metros. A medida que nos alejábamos de Sayaxché, la vegetación se fue espesando en las dos orillas. Sabana primero, o semisabana; luego bosque y al final una premonición de jungla. El agua, terrosa y espesa, apenas reflejaba un remedo rojizo del cielo. De repente, el río se bifurcó en dos brazos gemelos y Amkiel tomó el derecho. Pronto apareció la vegetación flotante. Primero algunos nenúfares sueltos, luego apiñados en racimos cada vez más densos. Al doblar un recodo, asomaron las islas. Auténticas islas, cada vez más verdes y frondosas, en las que crece el bambú, o algo que se le parece. Juncos, cañas que pueden llegar a medir más de tres metros de altura, entretejidos de vegetación, auténticos bosques flotantes. De pronto, Amkiel enfiló la proa de La Mimosa hacia uno de esos islotes. Se acercó tanto y a tal velocidad, que por un momento creí que trataba de impresionarme, de asustarme tal vez con un amago de accidente. Luego pensé que de amago nada, que ya ni siquiera una maniobra en el último instante podía evitar el choque, que faltaban sólo tres segundos, dos, uno... Dentro.

Dentro del islote. Rodeados de vegetación verde y tupida, pero flotando todavía y sin reducir siquiera la velocidad. Parece imposible, pero no hay tierra. No sé dónde se sostiene esa exuberancia, cómo crece sin raíces.

Pasamos más de media hora atravesando islotes como aquél. Dentro, fuera; dentro, fuera. Sin nada que mereciera el nombre de orilla, sin más camino aparente que el trazado por la propia barca al hincar el morro en la espesura y dividirla sin resistencia, como quien se abre paso entre dos cortinas con un gesto leve de la mano.

Tal vez Amkiel creyera que yo estaba fascinada por el paisaje, porque pronto le di la espalda y fijé la mirada más allá de la proa. No. Iba pensando en mis cosas. Recuerdos viejos y descubrimientos recientes, asuntos a los que tal vez ahora ni siquiera concedería la importancia suficiente para anotarlos aquí si no fuera porque mi supuesta muerte me hace verlos con una luz distinta, mucho más clara. LA rusa, pensaba en la rusa. Me habían bastado cinco días en Londres para documentar algo



que, en el fondo, sospechaba desde mucho tiempo atrás: que la rusa era una mentira con patas. No me asombra porque ya lo sabía. Lo que me asombra es que todo el pueblo de Malespina, no contento con creer sus mentiras, se dedicara a magnificarlas, a convertirlas desde el principio en auténticas leyendas. Pensé mucho en ella durante aquel primer viaje por el río, sin maldad, sin llegar a culparla demasiado, tal vez porque en el fondo pertenecemos a la misma categoría. A las dos nos sienta muy bien la muerte. Eso no lo pensé entonces, sino ahora que estoy muerta. Que se supone que estoy muerta. Los hombres se adjudican un lugar en los libros de historia a empujones. Y a voces. Agrandan a gritos sus figuras. Algunas mujeres encontramos un rincón en el libro de las leyendas a fuerza de silencios. La rusa pertenecía a esa categoría. Yo también, supongo. En una medida más modesta, seguro, pero yo también he conseguido que mis silencios tuvieran la densidad suficiente para que los demás construyeran con ellos una pequeña leyenda. Eso lo pensé anteayer, al leer mis obituarios. Al saber que mis hijos no son capaces de reconocermé.

También iba pensando en Judith. Ahora Judith está muerta. Ella sí, muerta de verdad. No puedo decir que la conociera. Apenas hablé con ella veinte minutos. Iba sentada a mi lado en el avión de Londres a Guatemala. Viajaba sola, como yo. Era una mujer mayor, como yo. Quizá no tanto. Sesenta y pocos, tal vez. No le pregunté. En realidad, no le pregunté casi nada. Sospecho que las dos tuvimos más respeto que curiosidad. Recuerdo que al reparar en ella pensé: «Se parece a mí. Si yo hubiera sido monja, tendría esta pinta». Me eduqué en colegio de monjas y he conocido a unas cuantas así. Un día abandonan los hábitos, pero su aspecto las sigue delatando: la longitud precisa de sus faldas, la modestia del tacón, la cara lavada, un tipo de peinado muy concreto. Judith no era monja, ni lo había sido. Enfermera. Médicos sin fronteras. Qué curioso, ahora me doy cuenta de que no le pregunté de dónde era. Alemana, lo más probable. Por su acento, aunque hablaba un español impecable. Hacía de enlace entre distintos proyectos de ayuda en toda América Latina. Tareas de intendencia. Supervisar el traslado de medicamentos que sobraban en un proyecto y faltaban en otro. Organizar evacuaciones de enfermos de urgencia. Llevaba quince años dedicándose a eso. No me dijo que la hiciera feliz, pero lo di por hecho, tal vez precisamente porque no necesitara decirlo. No le pregunté si tenía hijos. Ahora me gustaría saberlo. Al llegar al aeropuerto de Guatemala, su maleta salió antes que la mía y cuando la vi partir, tras despedirse de mí apenas con un gesto educado, pensé: «Ahí va otra leyenda». Una mujer sola, rodeada de silencios. Como la rusa. Como yo. Si estuviera escribiendo una novela diría que en aquella última mirada se estrechó el lazo que iba a unir nuestros destinos. O algo así. En las novelas vienen bien esas frases, esas palabras tan llenas de sí mismas, para darle algo de peso al azar, que es muy gaseoso. En la vida no; en la vida basta decir que una persona

desconocida, alguien con quien apenas intercambié veinte minutos de cortesías por casualidad, murió en mi lugar. Pobre Judith. En fin, qué culpa tengo yo, y qué poco podía imaginar, mientras pensaba en ella, un final tan inminente y desagradable. Pero pobre Judith.

Desde dentro, todos los islotes parecían iguales. En cambio, al abandonarlos, el tramo de agua despejada para circular entre ellos era cada vez más estrecho. Tuve la impresión de que nos habíamos perdido. Amkiel miraba al frente muy concentrado, como si en medio de aquella selva flotante hubiera de descubrir de repente un continente nuevo. De vez en cuando, distinguía por delante de la proa un tronco suelto y levantaba el motor para que no golpeará la hélice. Apenas un segundo, un gesto automático, como quien levanta el pie sin dejar de caminar para evitar una roca en el camino. En esos instantes la hélice giraba en el vacío fuera del agua y el eco multiplicaba su rugido como si nos sobrevolara una cuadrilla de avionetas.

—Nos hemos perdido, ¿verdad? —pregunté tras cruzar el enésimo islote.

—No, señora. Estamos en el río Petexbatún.

Pues será un río, pensé, pero parece un planeta inundado. Algo así debió de encontrarse Noé cuando paró de llover, si asomó la cabeza por la proa. Un mundo flotante. Un mundo sin orillas.

No sé exactamente cuánto tardamos. En algún momento se terminó. Amkiel redujo la velocidad y se acercó a un islote, pero esta vez, en lugar de adentrarse en él, lo fue bordeando. Me costó un poco darme cuenta, ver la arena que asomaba enfangada bajo el verdor y entender que era firme, sólida, que se podía caminar sobre ella. Una orilla de no sé qué tierra. El silencio que cayó sobre nosotros cuando Amkiel apagó el motor no se puede describir. Saltó a tierra y, de un leve tirón, atrancó el morro de La Mimosa sobre dos palmos de barro.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté—. ¿Una avería?

—No. Ya llegamos. Es aquí. Detrás de esos árboles —señaló entre la espesura, apenas veinte metros más allá—, queda la laguna de Petexbatún. Y eso de allá es la Posada del Caribe.

Seguí la dirección que indicaba su gesto y, aunque la frondosidad de la selva casi impedía la visión, alcancé a distinguir la primera cabaña.

Amkiel bajó a tierra mi bolsa, me reclamó con un gesto los dieciocho dólares, se los echó al bolsillo y luego, como si su tiempo fuera de pronto tan precioso que no pudiera malgastarlo siquiera en una triste pausa entre dos frases, se despidió así:

—Que la pase bien señora esta llave vale para todas las puertas me la dio el patrón para usted el radio está conectado a una batería de carro sólo tiene que apretar el botoncito que dice ON y luego se maneja con la tecla del micrófono pero seguro que usted ya sabe hay candelas en la habitación debajo de las camas yo vengo el martes próximo avise si algo le pasa pues.

*Arrancó el motor de un tirón, encajó la marcha atrás para desempotrar el morro de La Mimosa y desapareció río arriba. Me quedé perpleja. Durante todo el trayecto se habla comportado como un tipo parco, medio tímido, a lo mejor un poco orgulloso, pero en ningún momento desagradable. Por deformación profesional pensé que sus prisas repentinas serían el vestigio de alguna antigua superstición tribal. Miedo a los espíritus de la selva, o algo parecido. Sólo tardé dos segundos en comprenderlo. Mejor dicho, dos pasos. Bastó que me adentrara dos pasos en la selva para que me envolvieran los causantes de aquella despedida tan precipitada. Mosquitos. Mis viejos amigos. Millones de mosquitos. Volví a la orilla, saqué de la mochila el repelente y me embadurné la cara y las manos, los tobillos, las orejas. No me asustan los mosquitos, ni temo demasiado las enfermedades que puedan transmitir. Hace años que convivo con calenturas repentinas y prolongadas, fiebres tropicales que los médicos no consiguen identificar y de las que apenas alcanzan a mitigar los síntomas. He aprendido a sobrellevarlo. Ya ni siquiera tomo antibióticos. Eso va con el sueldo. Me lo dijeron en mi primer viaje a África y me lo ha confirmado la vida. Una antropóloga de verdad no tiene más remedio que hacerse amiga de la fiebre. En cuanto al paludismo, no lo desprecio, pero he aprendido a no temerlo. Si me ha respetado hasta hoy, no veo por qué habría de cebarse en mi cuerpo ahora que sólo puede ofrecerle huesos débiles y carnes caídas. Ya sé que el paludismo, a la larga, es mortal. Bueno, la vida también. O sea que si aún uso repelente es para evitar la picadura misma y el escozor que la acompaña. Y un poco por nostalgia. Nostalgia de la jungla. Por eso, entre otras muchas cosas, estoy aquí. Y por eso llevo conmigo cinco botes de repelente de mosquitos. Demasiado. Ni pasando aquí un año entero alcanzaría a gastarlos. Quizá los traje porque no sabía cuándo iba a volver. O sólo por si acaso, como los fumadores que acumulan cartones de tabaco por puro miedo a la abstinencia. No sirve cualquier repelente. Ha de tener por lo menos el cuarenta por ciento de dietiltolamida. A veces me pongo un poco incluso en Barcelona, un poco sólo, como esas cursis que se echan unas gotas de esencia detrás de las orejas o en el nacimiento del escote. El olor de este repelente es el perfume de mi vida. Cuando me muera, tendrán que poner un bote dentro del ataúd, por si acaso el más allá es una jungla, o por si me da por añorar mi vida anterior. Debería dejarlo escrito, aunque ya llego un poco tarde para eso. Si no, que le pregunten a mis hijos. A Alberto; que le pregunten a Alberto. Que le digan que me huelen, a ver si me reconoce.*

*Apenas me costó dos minutos instalarme en la Posada del Caribe. Solté mi mochila sobre un camastro. Luego fui a la cabaña central y comprobé que la despensa estuviera llena de acuerdo con las instrucciones que había transmitido al patrón el día anterior. Poca cosa. Siempre me dicen que como menos que un pajarito y debe de ser verdad. Supongo que mi profesión me ha acostumbrado a la frugalidad.*

Mucho arroz blanco. Soy capaz de darme un banquete con unos fideos y un diente de ajo. Mi idea del lujo exótico es un aguacate y en este país abundan. Tras comprobar que todo estuviera en orden, me acerqué a la radio y la desconecté. No malgastar una batería que no vas a usar también es una buena costumbre en mi profesión. Podría decir que la desconecté por eso, por pura prevención, pero sería mentira. Una de las ventajas de estas palabras que escribo es que no necesito mentir porque nadie las va a leer nunca. Ni siquiera creo que las relea yo misma. Sólo sirven para nombrar las cosas. Estas páginas no son un monumento a la verdad, ni siquiera una peana para exhibirla, sino su sumidero: el lugar donde deshacerme de ella. Desconecté la radio porque había venido aquí precisamente a eso. A estar sola. Sola y en silencio. Cuando lo quiero romper, lo rompo yo. Conecto la radio, pido al patrón lo que necesito y la vuelvo a desconectar. Luego Amkiel me lo trae. También mentiría si dijera que dejé la radio desconectada porque había previsto todo lo que iba a pasar. Una cosa así no la prevé nadie. Una cosa así es imposible que pase.

Es una broma. Todo. Todo esto es una broma. Colosal, histérica, monumental. Una torpeza del azar, agravada por un error imperdonable de mis hijos. No importan mucho las causas. Nunca le di demasiada importancia al pasado. Si lo hiciera ahora, si me empeñara en averiguar las razones que hicieron posible ese azar, y sobre todo las que permitieron ese error, terminada como mi hija Serena. Serena trata el pasado como tratan las moscas el cristal de una ventana: lo recorre arriba y abajo, se golpea contra él la cabeza, se agota tratando de encontrar en él alguna luz, sin darse cuenta de que la luz y el cristal son dos cosas distintas. Pobre Serena. Pobres todos. Cuando pienso en ellos me dan ganas de resucitar. O sea, de volver. Pero si no lo hice anteayer, cuando me enteré de esta absurda confusión, no veo por qué habría de hacerlo ahora. No sé. Ya llegará el momento. Si llega.

Eso no quiere decir que no me apene su dolor. Sé que está en mis manos ponerle fin. Bastaría con avisar por la radio para que venga a buscarme Amkiel, desplazarme a Sayaxché y llamar por teléfono. Incluso menos todavía. Ni siquiera necesito moverme de aquí. Sólo tengo que decirle al patrón que llame de mi parte y diga que estoy bien. Sin embargo, por otro lado, pienso que no debo deshacer con mi intervención esta obra perfecta que el azar ha creado tejiendo hilos sueltos. Por muy ridícula que sea, por muy absurda y macabra que parezca, esta situación tiene una lógica rotunda y transparente. Nadie la ha escogido, nadie es enteramente responsable de ella, aunque si hubiese que repartir culpas mi hijo Alberto llevaría probablemente la peor parte. Sin embargo, es de una coherencia tan absoluta, responde al patrón de nuestras vidas con una nitidez tan resplandeciente que si fuera obra de un guionista no me quedaría más remedio que aplaudir su trabajo hasta romperme las manos. En primer lugar, por todas las ocasiones en que, tal vez sin darme cuenta, soñé con una solución como ésta. Todas las veces que pensé en no

volver. Fueron muchas. En casi todos los viajes encontré algo que me ataba, algo que me pedía quedarme. Nunca me atreví. Siempre pudo en mí el temor al dolor que mi deserción provocaría en Julio y en mis hijos. Tal vez ahora sea distinto; ya son mayores. Mi deseo de quedarme en otra parte no significaba que no los quisiera. La mera posibilidad de causarles un daño irreparable atenazaba mi capacidad de decidir. Reconozco que alguna vez jugué a imaginar esta solución brillante que ahora me brinda el azar: darme por muerta. Era lo mejor. Para mí y para ellos. Yo me evitaba regresar a una vida que para mí se parecía cada vez menos a la vida. Ellos... Bueno, supongo que es más fácil aceptar la muerte de una madre que su desaparición. Nunca fui capaz de tramar una situación como ésta y planificar el engaño. Yo no soy así. Además, de haber sido capaz, tendría que haberlo hecho hace veinte o treinta años. Ahora, no; para qué. Pronto voy a cumplir setenta. Inventarme una muerte ya no me haría ganar tiempo. Lo que ha ocurrido puede coincidir con mis deseos, pero eso no significa que sea fruto de mi voluntad. A veces, la vida hace por ti cosas que tú no haces por la vida.

Hay más razones para darle la bienvenida a este error. La muerte es mi especialidad. No los muertos, sino la muerte. Mejor dicho, lo que los vivos hacemos con los muertos. He recorrido más de medio mundo para seguir los ritos del dolor, para averiguar cómo los hombres y mujeres de todas las razas y culturas se enfrentan a la pérdida de un ser querido. He publicado siete libros sobre ese asunto, centenares de artículos, investigaciones de campo, datos comparativos. Se supone que lo sé todo sobre cómo los vivos lloran a los muertos. Si se me hubiera brindado la posibilidad de escoger la última investigación, la tesis mayor y definitiva, el doctorado absoluto, no habría encontrado otra mejor que ésta. Vivir mi propia muerte sin estar muerta. También lo soñé más de una vez. He perdido la cuenta de la enorme cantidad de funerales a los que he asistido en mi vida. En todos me dio por imaginar cómo sería el mío, qué haría y diría cada uno de mis seres queridos. Si alguien me ha de culpar porque el azar haya puesto al alcance de mi mano esa oportunidad, lo aceptaré con una sonrisa.

Queda otra razón, no menos importante. Esto me podría haber ocurrido en cualquier lugar del mundo. La jungla no tiene la exclusiva de las muertes accidentales y confusas. Sin embargo, tenía que ser aquí, en un lugar como éste, un lugar que ni siquiera conocía hace dos meses pero al que siento pertenecer de un modo absoluto. Tanto como para morir en él. Tanto como para vivir en él. No sé muy bien por qué. No sé si sabré explicarlo.

Dudo con frecuencia. Desde que supe que estoy muerta, no hago más que pensar en el modo de poner fin a este entuerto. Meter mis cuatro mudas sucias en la bolsa y recorrer a la inversa el camino que me trajo aquí.

Pienso en las lágrimas de mis hijos. Cómo me habrán llorado, cómo me estarán

llorando todavía. No tomo la magnitud de su llanto como medida de su dolor. Sé demasiado para cometer ese error. A llorar se aprende y cada uno llora como sabe, como puede. En el sureste de la bahía de Bengala, en las islas Andaman y Nicobar, cuando se celebra un funeral, los hombres lloran con una intensidad inconcebible para un occidental. Tiemblan y aúllan de un modo tan salvaje que sus cuerpos parecen a punto de resquebrajarse. Auténticos manantiales brotan de sus ojos. Sufren una especie de convulsión pulmonar aguda y sin embargo arrancan de algún lado el aire suficiente para emitir unos alaridos capaces de quebrar el cristal más grueso. Parecen bestias heridas. Los primeros antropólogos que visitaron las islas no daban crédito a lo que veían. Al regresar, escribieron artículos en revistas especializadas para dar noticia de su descubrimiento. En textos densos y sembrados de hipótesis imaginativas, afirmaban haber encontrado una comunidad que manifestaba ante la muerte de sus miembros sentimientos mucho más profundos y auténticos que cualquier otra. Luego acudieron los técnicos, los descreídos. Llegaron a las islas con sus cámaras y grabadoras, tomaron registro de la cantidad de llanto por persona y muerte, registraron la audiometría precisa de cada alarido. Pronto encontraron toda una serie de explicaciones relacionadas con las estructuras familiares de los andamanes, con una desinhibición del llanto en los varones única en el mundo, con un concepto del más allá particularmente doloroso. Tontadas. Nadie se quedó el tiempo suficiente para averiguar la verdad, para hacer las preguntas necesarias en el momento adecuado. Yo sí. No tiene mérito. Los demás iban en grupos financiados por grandes instituciones, acuciados por la necesidad de regresar y publicar. Regresar y publicar, emitir documentales, colocar fotos en revistas, como si sólo de ese modo pudieran demostrar que habían estado allí. Era la época de la primera efervescencia de la antropología. Publicar una foto curiosa empezaba a resultar más rentable que conocer a fondo la realidad. No me sorprende que con el tiempo esa realidad se haya convertido en un parque temático, pero ése es un asunto del que podría escribir páginas infinitas si no fuera porque no es momento para hablar de eso. Ahora, por mucho que me disguste, estoy hablando de mí.

Yo iba por libre. Mi desventaja jugó por casualidad a mi favor. Tenía menos dinero que los demás. Los primeros viajes me los pagaba Julio. Vendía unos cuantos cuadros y me decía: «Hay un millón. Puedes ir donde quieras». Era la Beca Julio. La llamábamos así. Sin ella, nunca hubiera podido viajar. ¿Becas oficiales de investigación para una antropóloga española a finales de los años cincuenta? A quién se le ocurre. Si hablamos con propiedad, ni siquiera existía la antropología.

Así que financiaba mis viajes con los ahorros de la familia. Poco dinero, claro; menos que las universidades extranjeras, mucho menos que la televisión americana. Tenía que volar con billetes de rifa, alojarme en los lugares más incómodos y limitar mi trabajo de campo a investigaciones que se pudieran hacer en solitario. A cambio,

disponía de más libertad que nadie para meterme donde quisiera, podía quedarme más tiempo que los demás y, sobre todo, no tenía ninguna prisa por publicar nada. Recorrí las Andaman durante dos meses y no tuve la fortuna de coincidir con ningún funeral. Una desgracia, un viaje malgastado. Decidí quedarme otro mes. Me movía sin parar, de isla en isla. Incluso recuerdo haber visitado alguna de las treinta y nueve que permanecían deshabitadas. Vi una boda. Los hombres felicitaban a la novia apoyando la cabeza en sus hombros y llorando con ella. Se deshacían literalmente en lágrimas. No dije nada a nadie. No corrí a publicar nada. Poco después, encontré a dos hombres llorando en la calle. Mejor dicho, me encontraron ellos. Sus gritos. Ya está —pensé al oírlos, casi avergonzada por mi alegría—, por fin ha muerto alguien. Me acerqué. Había unas cuantas personas mirando. Pregunté dónde se iba a celebrar el funeral. Me dijeron que no había ningún funeral. Eran dos viejos amigos que llevaban años sin verse y celebraban de aquel modo su reencuentro. Tomé nota, pero seguí sin decir nada. Un par de semanas más tarde, la familia en cuya casa residía me invitó a participar en una fiesta. Dos pueblos vecinos, enfrentados por la vieja disputa sobre la propiedad de un pozo de agua, sellaban el acuerdo de paz alcanzado tras años de negociaciones.

Había unas doscientas personas, hombres y niños sobre todo. Sentados en el suelo, repartidos en dos bandos. Se adelantó un representante de cada pueblo. Intercambiaron cosas: sacos de maíz, algunos utensilios. Luego, se abrazaron. En ese momento, todos, absolutamente todos los presentes, rompieron a llorar. Estoy segura de que Europa no ha visto un río de llanto colectivo como aquél. Nunca, jamás. Ni siquiera en los momentos más dramáticos de su historia. Han pasado casi cuarenta años y todavía se me eriza la piel al recordarlo. Aquella misma tarde, sacudida aún por la emoción y sin terminar de entender lo que había visto, salí a pasear por el campo. Me encontré un grupo de labriegos por el camino. Hice lo que tenía que haber hecho desde el principio. Preguntar. Así de simple. Paré a aquellos cuatro hombres y les pregunté cómo hacían para emitir un llanto tan desgarrador, cómo eran capaces de expresar con él incluso el júbilo más radiante. Les hizo gracia mi desconcierto. Contestaron que era muy fácil y, sin esperar a que se lo pidiera, me brindaron una demostración. Soltaron los cayados, se sentaron en el suelo y dieron rienda suelta al llanto convulsivo como si en aquel mismo instante acabaran de recibir la noticia de la muerte de su ser más querido.

Para ellos, llorar es una convención. Como estrecharse las manos para establecer un vínculo. Volví y lo publiqué. Los grandes poderes de la comunidad antropológica internacional tuvieron que aceptar mi teoría, no sin perder el tiempo antes en una polémica que duró dos años y a mí me pareció ridícula. Sólo era la primera. Por desgracia, he protagonizado unas cuantas mucho más enconadas que aquella, aunque quienes me conocen saben que nunca perseguí la notoriedad. Al

contrario, siempre me ha gustado permanecer en segundo plano. En fin, el caso es que hoy en día nadie pone en duda que el llanto es una forma de expresión cultural, algo que se puede aprender.

No digo que mi familia no me quiera, que sean falsas sus lágrimas. Ni mucho menos. Sólo pongo las cosas en su sitio. Sólo digo que es cultura casi todo lo que ellos atribuyen al sentimiento. Confieso que me gustaría verlos por un agujerito, pero no me hace falta. Los conozco bien. El que menos pena me da es Julio. Tal vez ni siquiera se haya enterado de que estoy muerta. Cuánto me ha querido este hombre. A pesar de todas sus trampas, a pesar de aquella forma suya de ausentarse de la realidad, cuánto me ha querido. Desde el principio. Tanto, que llegó a inventarme. Sin embargo, puede ser que ni siquiera haya registrado la noticia de mi muerte. O quizá sí; quizá se enteró y lo olvidó al minuto siguiente. Mejor para él.

Luego están mis hijos. Alberto habrá derramado las lágrimas justas. Ni una más, ni una menos. No por mezquindad. Al contrario. Estará tan ocupado en consolar a los demás, tan enfrascado en resolver los asuntos prácticos relacionados con mi muerte para que nadie tenga que preocuparse de nada, que apenas concederá a su dolor el tiempo estrictamente necesario. Debo ser justa: por mucho que Alberto sea el principal causante de esta confusión, por mucho que yo no haya logrado todavía perdonar su error, no puedo negar la evidencia. Es un buen tipo. Generoso como nadie. Ocupado siempre en solucionar los problemas de los demás. Seguro que ahora estará más pendiente que nunca de su hijo Luis. El niño enfermo. La verdad, a mí no me parece que con diecinueve años sea tan niño. Y de enfermo nada. Tal vez su cerebro sea distinto, pero a veces incluso se lo envidio. Sí alguien va a decir una verdad hermosa sobre mi muerte, seguro que será él. Aunque sea sin querer.

Pablo, el mediano, habrá compensado la escasez de lágrimas de Alberto. Desbordado. Descompuesto, afónico. A estas alturas, tendrá ya la cara inflada como un sapo. Pobre Pablo, seguro que está fumando como un carretero. Daría cualquier cosa por verlo un instante. Mejor dicho, por que me viera él. Le diría cuatro cosas. No llores más. Respira hondo, no llores más. Mírate. Mira la cara que se te ha puesto. No fumes tanto. Parece que tengas cincuenta años. Vete al baño y aféitate. Y hazme el favor de pasarte un peine. ¿Habrá compuesto algo en mi honor? Será vanidad, pero me encantaría oírlo. Me lo puedo imaginar: una música tremenda, como si pudiera tocarse el piano con arco. A lo mejor no. A lo mejor ha escogido el homenaje del silencio. En ese caso, es capaz de echarle la llave a la tapa del piano durante años.

La que más me preocupa es Serena. La pequeña, llorando preguntas. Cada uno llora lo que tiene. Seguro que no entiende nada, como siempre. Venga a preguntar y preguntar, venga a hurgar en el pasado. De dónde habrá sacado esa necesidad de saber tan dañina. Y la ingenuidad de creer que sabe. Serena, empeñada en conocer el



pasado, sin caer en la cuenta de que el pasado, como el futuro, sólo se puede imaginar. Serena, confundida. Será de ley que a una madre tan silenciosa le corresponda una hija tan imaginativa. Y tan preguntona. De niña, Serena escuchaba los cuentos de su padre como si le fuera la vida en ello. Se llenaba de simones, de rusas, vientos, cuentos chinos y batallas medievales, y luego tenía aquel sueño inquieto, imposible de apaciguar. Hasta le subía la fiebre. A lo mejor, yo tenía que haber intervenido. Julio no se daba cuenta. Yo sí, pero nunca me pareció importante. Todos los errores pasan factura. Al llegar a la adolescencia, Serena supo que los cuentos sólo eran cuentos y, así como sus hermanos lo aceptaron con toda naturalidad y los guardaron en el baúl rancio de la nostalgia, ella no; ella lo tomó como una injusticia, se sintió engañada y exigió que Julio la indemnizara con la verdad. La verdad. Empezó a preguntar a todas horas. Exigió saber. Cuando cumplió diecisiete años, su padre le preguntó qué regalo quería. Diecisiete o dieciséis, no recuerdo. La verdad, contestó. Quiero que me regales la verdad. La verdad de qué, le dijo su padre. La verdad de todo lo que me has contado. Lo interrogaba sin piedad. Anotaba sus respuestas. A todas horas escribía en sus cuadernos de papel blanco. Arrancó de su padre algunas respuestas y elaboró otras por sí misma, sin entender que la supuesta verdad que suplantaba aquellos cuentos no era sino un cuento mayor todavía, mucho más complejo y, en consecuencia, más difícil de desarmar. Se empeñó en convencerse de que sabía. Por eso me preocupa más que sus hermanos. Si no vuelvo, si decido no aclarar este error, pronto pasarán los días y volverá la vida a su cauce. Muerta yo, retomará cada uno su camino. Serena no. Serena seguirá preguntando, buscando explicaciones. Por qué mamá, por qué esa barca, ese río, esa jungla, desde cuándo, para qué y antes, qué pasó antes y antes del antes. Se convencerá de tener las respuestas idóneas. Retrocederá años y años en la historia de la familia, siglos si hace falta, hasta dar con alguna certeza. Qué ilusa, por dios. Lleva así media vida, preguntando y anotando. Indignada, sorprendida de que los demás no la acompañemos en la batalla. Todo lo anota. Tiene una memoria espectacular, como su padre, como dicen que tenía su abuelo Simón, padre de su padre. Pero ella lo anota todo, no se le vaya a olvidar. Ahora que lo menciono, seguro que está dándole vueltas otra vez a la historia de Simón. No la culpo. Dos náufragos imaginarios en la misma familia son demasiada tentación para una curiosidad como la suya.

Qué tozudez. Ojalá hubiera estudiado Derecho. Alberto es un gran abogado, pero ella hubiera sido mejor todavía. Ningún tribunal se habría resistido a la constancia de sus preguntas, a ese empeño suyo en que todo, hasta lo inexplicable, se someta a la lógica. Quizá debí convencerla, pero nunca me sentí capaz de hacerlo. No sé, supongo que quise dar a mis hijos una libertad de elección que yo no había tenido. Tampoco podía hacer mucho más. Ella quería ser dueña de su destino y yo no me

veía con fuerzas para explicarle que el destino se distingue precisamente por no tener dueño. En fin, es tarde para arreglar eso. Mis tres hijos son adultos ya y, aunque cada uno tiene sus problemas, no puedo decir que les vaya mal la vida. Supongo que con eso basta, pero lamento no haber sido capaz de intervenir más en sus vidas; tal vez haya reforzado sus errores con mi silencio. Tal vez haya pasado demasiado tiempo separada de ellos. Entonces me parecía bueno, estaba convencida de que eso los iba a ayudar a madurar antes, a tomar sus propias decisiones.

Desde luego, si me equivoqué, no puedo pretender ahora que estas palabras corrijan los errores de entonces. Tienen muchos poderes las palabras, algunos perversos, pero no son capaces de remontar el río del tiempo para cambiar su curso. Además, no quiero malgastarlas. Son la vida. En África, en el noroeste de Uganda, los lugbara usan el mismo término para nombrar un logro, un suceso y una palabra. Cuando un hombre está a punto de morir, tiene la obligación de reunir a sus hijos en torno al lecho de muerte y transmitirles sus últimas palabras. Las últimas, en un sentido tan literal que, si luego la muerte se retrasa, así sea durante años, ese hombre no vuelve a hablar. La palabra es la autoridad. Cuando al fin muere el hombre, empieza la etapa del caos. Eso es común en todas las culturas que conozco. La muerte implanta el caos social hasta que los vivos se encargan de reordenar de algún modo la realidad. Para eso sirven los ritos funerarios; para simbolizar la llegada de un nuevo orden. En el caso de los lugbara, cuando alguien muere, se dice que «han terminado las palabras». Sólo se abandona el caos cuando el hechicero del poblado contacta «con la boca del muerto» e intermedia entre éste y sus sucesores para anunciarle que han aceptado el orden establecido por sus últimas palabras. Sólo entonces descansa el espíritu del muerto y deja de representar una amenaza para los vivos.

Nunca me había pasado esto. Fuera de mi profesión, rara vez he escrito más que alguna carta de compromiso. En cambio, ahora me salen las palabras a borbotones y necesito que queden por escrito, que dejen constancia. Aunque no haya, en este reino de los muertos que el azar ha inventado para mí, ningún lector posible. Será que estoy viva y no tengo otra cosa. Será que me voy a morir algún día de verdad y que ese día no está tan lejos. Estas son mis últimas palabras. Anteayer, cuando supe que estaba muerta, decidí escribirlas. Sólo así puedo desprenderme de ellas.

## DOMINGO

—Cuidado con lo que escribes, no se te vaya a escapar alguna mentira —dice Alberto. Ha salido a la terraza para comprobar que todo esté en orden. Papá y Luis se están acostando—. Ya sabes cómo se castiga a los mentirosos.

—¿Cómo? —le pregunto. Lo sé, claro que lo sé, pero tengo ganas de oírlo otra vez.

—Como siempre: encierro, como Simón; o destierro, como Li Po. —Aparenta seriedad, pero le traiciona una sonrisa. Cómo se parece a papá cuando sonrío—. Buenas noches, Serena. Procura no acostarte demasiado tarde. —Se acerca y me besa en la frente. Se va, se está yendo, pero no logra reprimir sus últimas atenciones de hermano mayor—: ¿Tienes suficiente luz? Si quieres te enciendo la halógena, pero se llenará la terraza de bichos. No te pases la noche en vela, que nos esperan días duros. ¿Estás bien aquí? ¿No tienes frío? ¿Te traigo algo de abrigo?

—Alberto... —protesto, con más ternura que rabia. Sé que no lo puede evitar.

—¿Qué?

—Que ya tengo treinta y ocho años.

—Perdona, tienes razón. Bueno, hasta mañana.

Antes de irse, se acerca de nuevo, me da un abrazo, otro beso. Desde que pasó lo de mamá, está más nervioso que nunca, pero también más cariñoso.

—Pagaría lo que fuera por saber qué estás escribiendo —dice antes de desaparecer.

Yo también. Si fuera cuestión de dinero, yo misma pagaría todo lo que tengo, que tampoco es demasiado, por saber qué escribo. Ya he llenado una página de borrones, alguna palabra suelta, garabatos inconexos. No sé por dónde empezar. Aprovecho cualquier excusa para levantar la mirada del papel. Arranco la página, hago con ella una pelota y la aprieto en la mano. Imito en vano el gesto de un mago, como si, incubados en el calor del puño, los borrones pudieran disolverse y convertirse en una frase: la primera, la que necesito. Vuelvo a empezar. Encabezo la página siguiente con la palabra Domingo, aunque sé que no estoy escribiendo un diario. La única relación entre estas palabras y el presente es mi deseo de que sirvan para explicar el pasado que lo hizo posible.

Debería ser más fácil contar las cosas que han pasado últimamente. Por ejemplo: mi madre murió la semana pasada en Guatemala. Ya está, ya lo he dicho. Se ahogó en un río de nombre absurdo: río Pasión. El río Pasión existe, no es una invención ridícula; cualquiera puede comprobarlo en un mapa. Yo misma vi sus orillas arenosas la semana pasada. Mamá iba en una chalupa con otras tres personas. Murieron todos menos el piloto. ¿Qué más puedo decir? ¿Que nos cogió por sorpresa? Bueno, mamá tenía sesenta y nueve años. Hoy en día nadie es viejo a esa edad. Quiero decir que

nadie es viejo para morir. Sí para largarse a Guatemala y montarse en una chalupa. Quién le mandaba. Tenía una salud impecable. Nadie contaba con que se muriese todavía. Y mucho menos de esta manera, arrastrada por las aguas, con los pulmones llenos de lodo y la cara partida por un tajo.

Puedo contar más cosas. Alberto se encargó de los trámites para repatriar el cadáver, pero tuvimos que ir Pablo y yo a identificarlo. Nos trajimos las cenizas en una urna ridícula. Por eso estamos todos en Malespina. Incluso papá ha venido, a pesar de su condición. Sería más exacto decir que lo hemos traído, porque hace tiempo que no va solo a ninguna parte. Falta Pablo, que llegará mañana. Vamos a pasar unos días juntos. Aprovecharemos algún momento de lucidez de papá para disponer de las cenizas tal como mamá hubiera querido: es decir, esparciéndolas en el mar desde la bañera de la rusa, sin demasiada ceremonia. Suponemos que ella habría escogido eso. Es extraño: nunca nos dijo qué debíamos hacer si ocurría algo así. Y eso que era su especialidad.

Ahora sí, ya está. Eso es todo. No hay nada más que valga la pena decir. Sin embargo, no me sirve. Todo eso es el final y yo estoy buscando el principio. Un primer paso que explique el siguiente y luego otro. Tengo en la mano un extremo de un ovillo enmarañado. Tiro de él en busca del otro extremo, pero cada tirón aprieta más los nudos, los superpone, los confunde.

Tal vez tenga que ser así. Tal vez haya que aceptar que la historia de cualquier familia, de cualquier persona, sólo se puede contar de esta manera, a trompicones y hacia atrás; ésta es la historia de Serena, hija de un padre hijo de un padre que a su vez... Y las madres: la madre del padre de una madre, así, hacia atrás, remontando la corriente de la vida en busca siempre de una causa anterior, hasta dar con el primer mono que estiró las piernas y se bajó del árbol, hijo lejano a su vez del primer anfibio, pariente remoto de un pez aberrante, capaz de respirar fuera del agua y dotado de la curiosidad suficiente para adentrarse en el bosque y quién sabe si de la memoria necesaria para recordar a sus padres, abuelos, bisabuelos, y aún más atrás, hasta el fin inevitable, que es el principio de todo: la primera célula, nacida acaso por error hace más de tres mil quinientos millones de años a tres mil quinientos metros de profundidad, en un mar parecido a este que ahora oigo batir contra el acantilado, cuando al corazón de la tierra le dio por soltar una burbuja de aire caliente. Una aberración. Una casualidad monumental, tal vez un error, y luego cientos de miles de millones de azares hasta llegar a mí. Contar cualquier vida es una labor de arqueología. No puedo ir tan lejos.

Me marea un poco. Me agota la lógica impenetrable de las cosas, esa sensación de que cada suceso provoca forzosamente el siguiente y exige la existencia del anterior, y sin embargo la suma de todos ellos no desvela el conjunto, como un pentagrama en el que cualquier borrón minúsculo, al enmascarar una nota, volviera

inconexa y fallida una sinfonía entera.

Yo antes no era así. Creía. Creía en las cosas. En los signos, en mi capacidad para interpretarlos. Hace veinte años, una tarde de verano, en esta misma casa, anuncié a toda la familia mi decisión de estudiar Meteorología. Mamá no dijo nada. Supuse que eso significaba que le parecía bien. Papá me propuso un juego, un reto: tenía que adivinar qué viento soplaba sin mirar por la ventana. Recorrí la casa. Garbí, dije. Era fácil. Las toallas del baño grande, que daba al sur, estaban húmedas. El suelo de la cocina, fregado por mamá casi veinte minutos antes, aún no se había secado. Viento húmedo del sur, garbí. Uno más uno, dos. La predisposición de mi cerebro a procesar aquellos datos era automática, dependía tan poco de mi voluntad como la capacidad de mi corazón para emitir latidos. Tenía dieciocho años: saber cosas era un orgullo y un estímulo.

Ahora es un cansancio. Esta misma tarde, nada más llegar a Malespina, sin bajar siquiera del coche, he visto la cantidad de hojarasca que se arremolinaba junto a la leñera, bajo la ventana abierta del lavadero, y me ha bastado un instante para entender lo que significaba: por lo menos dos días seguidos de garbí, barriendo contra la pared toda la pinaza que el arranque del otoño ha acumulado en el patio trasero.

La ventana abierta significaba que había alguien en casa. Como no se oía música, no podía ser Pablo. Si era Alberto, estaban con él papá y Luis. Si Alberto no había barrido el patio, es que no podía dejar solo a papá. Conclusión, papá no estaba bien. Así, sólo por una ventana abierta. Uno más uno, dos; por dos, cuatro; más dos, seis. Si A, entonces B, luego C, como si existiera la única ley en la que creí siempre, la ley de la lógica. Qué cansancio. No diré que fuera la primera vez, pero nunca me había pasado así, nunca lo había sentido con esta intensidad, como si la urdimbre secreta de la vida tejiera sobre mi pecho una armilla metálica, tan rígida que casi me impedía respirar. O una camisa de fuerza. Como si mi vida fuera una película que ya he visto demasiadas veces; me aburre porque me la sé de memoria, y sin embargo no la entiendo. Me he quedado quieta dentro del coche, sin animarme siquiera a apagar el motor, con una mano en la llave de contacto y la otra en la manecilla de la puerta, incapaz de mover un solo músculo. La mínima concatenación mecánica de sucesos insignificantes —abrir la puerta, sacar una pierna primero, apoyar el pie en el suelo— exigía a mi mente un esfuerzo sobrehumano. Tengo treinta y ocho años. Es probable que me quede media vida por delante. Sin embargo, me sentía como si pesaran sobre mi espalda mil años de conocimiento. Menuda forma de decir que me sentía vieja. No sé cuánto tiempo he pasado así. He llorado un buen rato, supongo. Desde que recibí la noticia de la muerte de mamá, parece que se ha convertido en una costumbre. Al principio era el dolor, claro, la sorpresa; luego, cuando fuimos a recuperar su cuerpo, lloraba de puros nervios. Ahora, no sé. Me viene así, de golpe. Este cansancio tremendo y las ganas de llorar. También puedo echarle la culpa a las hormonas. Sólo

hace seis semanas que estoy embarazada, pero ya noto en mi cuerpo la revolución, el golpe de estado de la sangre contra la tiranía del cerebro. No me pinto los ojos. Tengo la punta de la nariz roja a todas horas, como los borrachos de las caricaturas. Ya ni me miro al espejo después de llorar.

A pesar de eso, al abrirme la puerta, Luis ha dicho que me veía más guapa que nunca. A cualquier otro lo hubiera fulminado por falso, pero mi sobrino no sabe mentir ni por educación. Dice lo que piensa. Tengo ganas de hablar con él a solas un buen rato, muchas ganas. Más guapa que nunca, dice. Me he llevado una mano al vientre. ¿Se nota? No, sé que no se nota. Quizá los labios un poco más gruesos, pero no creo que nadie se dé cuenta todavía. Aún no lo saben. No tiene sentido decirle nada a nadie hasta que decida si lo voy a tener o no. Alberto estaba nervioso, cuidadoso y torpe a la vez, incómodo como si caminara sobre una alfombra de huevos. Cada vez que vengo a Malespina me enseña la casa entera, habitación por habitación, como si fuera nueva. O como si él fuera sólo el guardián que la cuida en mi ausencia. De papá mejor no digo nada, aunque creo que al menos me ha reconocido. No sé, también puede ser que su sonrisa sea mecánica, un truco de su cerebro extraviado para disimular que ya no sabe a quién saluda. Prefiero no hablar de papá. Hemos cenado los cuatro juntos.

Ahora estoy mejor. Aquí, en la terraza, sola. Ya se han acostado todos. Escribir me reconforta. Menudo vicio. Llevo así toda la vida. Necesitaría un almacén para guardar todos los cuadernos que he llenado. Durante un tiempo, los iba guardando. Hace dos o tres años decidí tirarlos todos. Sólo contenían preguntas. Esta tarde, antes de salir de Barcelona, he comprado tres cuadernos como éste. Espero que esta vez sea distinto. Que quede alguna respuesta escrita. Tengo muchas cosas que escribir. Mentiras que me contaron, verdades que he aprendido, cosas que han ido pasando. No tengo prisa. He pedido quince días de vacaciones, aunque supongo que bastarán tres o cuatro para cumplir el trámite pendiente de las cenizas de mamá. Le voy a pedir a Alberto que me deje quedarme aquí cuando se vayan todos. Para seguir escribiendo, para pensar. Le molestará que se lo pida. Es capaz de ofenderse. Dirá que no necesito permiso de nadie, que la casa es mía. Mentira. Tengo mi propia llave y una habitación sólo para mí y sé que puedo entrar y salir cuando me dé la gana, pero la casa es suya. No me quejo; llamo a las cosas por su nombre.

A veces escribo una palabra sin saber cuál será la siguiente. No me importa demasiado. Confío en que sean ellas quienes recorran el hilo y me lleven al otro extremo de lo que soy, al principio de todo lo que quiero contar. Mientras eso no ocurra, basta con que me mantengan despierta para evitar la pesadilla de lodos revueltos que me persigue, la visión de las manos de mi madre, que se agitan en mi cerebro, desolladas, con las uñas arrancadas, y tiemblan en cuanto cierro los ojos para dormir. Desde que murió mamá, estoy en guerra con mi cerebro. Él me traiciona

cuando duermo, y a veces incluso mientras estoy despierta. Me golpea con imágenes terribles y me impide olvidarlas porque ni siquiera son recuerdos, sino imaginaciones. Naufragios en los que no sólo aparece mi madre, sino también yo, e incluso la criatura que ni siquiera sé todavía si voy a tener. Mi venganza es mísera: lo castigo a pasar conmigo estas noches eternas, obligado a suministrarme una palabra tras otra. No duermo mientras quede una palabra por escribir. Ya veremos quién gana.

Me levanto y camino hasta el límite de la terraza. Es noche de luna nueva. Apenas alcanzo a ver la barandilla. No necesito más. Podría describir hasta el último detalle de esta vista con los ojos cerrados. Hay un pino delante de mí, apenas tres metros más allá de la barandilla. Tiene más de cien años, quién sabe si doscientos. Ha crecido casi horizontal, asomado al vértigo del acantilado, como si lo hechizara el mar a lametazos. De niños, trepábamos desde abajo, desde la bañera de la rusa, agarrándonos a las raíces gruesas y robustas de este mismo pino, que tejen una nervadura en la costra de la tierra. Me parecía increíble que la raíz de un árbol fuera tan profunda, mucho más larga que el tronco. Como la de las mentiras. Eso no lo pensaba entonces; lo digo ahora.

Delante de mí, al otro lado de la bahía, se levanta el cabo de San Sebastián. En lo alto del cabo hay un faro construido en 1857. Tiene mucho que ver con la historia de mi vida. Cierro los ojos. Juego a abrirlos en el momento exacto en que su luz barre la terraza y parece detenerse en mi cara. Acierto siempre, pero no tiene mérito; sé que el haz del faro pasa exactamente cada 3,47 segundos. Así que cuento a tres y luego abro los ojos. Me lo enseñó mi padre. Es una de las primeras cosas que supe en mi vida. Por lo menos ésta sí me consta que es cierta.

Todo lo demás eran mentiras. O verdades a medias. La batalla de las Formigues, por ejemplo. A mi derecha, dos o tres millas mar adentro, en algún lugar de la bahía que ahora la noche me esconde, brotan las islas Formigues como si le hubiera salido al mar un sarpullido. Apenas una hilera de rocas pequeñas, hormigas ajetreadas en la espuma. Allí se libró la batalla más importante de toda la Edad Media en el Mediterráneo occidental. Más de ciento veinte embarcaciones partiéndose las amuras en abordajes furiosos. Por qué digo embarcaciones. Son palabras de mi padre. Yo diría barcos. Más de ciento veinte barcos enfrentándose a cara de perro. Miles de muertos. Cuando éramos pequeños, papá nos lo contaba como si fuera un ingenuo combate de niños, armados apenas con tirachinas. Casi se podía decir que todos esos muertos los había provocado el viento.

También el pueblo de Malespina es una mentira. Queda a mi izquierda. Si fuera de día, diría que no puedo verlo desde aquí porque me lo tapa un pinar. Sólo a mí se me ocurre describir una vista que la noche me impide ver. Es decir, una vista que no es una vista. Tal vez sea mejor así. La noche esconde las grúas que se alzan sobre los tejados del pueblo, el cemento que va asomando en los claros del pinar. Desde aquí

puedo mantener la fantasía nostálgica de que Malespina no ha cambiado, fingir que sigue siendo el pueblecito idílico de pescadores en el que pasé los largos veranos de la infancia. El lugar donde se ahogó mi abuelo Simón y sobrevivió tras luchar tres días seguidos contra el mar. El lugar donde mi padre escogió levantar con sus propias manos una casa que mirase al mar en homenaje a Simón. A la derecha de la casa, unos dos kilómetros hacia el sur, está el castillo de la rusa. Tampoco necesito verlo. Incluso podría decir que el viento me trae aromas de su jardín botánico, pero el viento sólo trae salitre y humedad. Por lo menos hoy.

Encierro o destierro. Simón o Li Po. Si he de seguir creyendo los cuentos de mi padre, al poeta Li Po lo desterraron por mentir al emperador. A mi abuelo Simón lo encerraron por engañar a su padre. Has mentido, decía papá cuando éramos pequeños. Te he pillado. Ya conoces el castigo, escoge tú misma: encierro, como Simón; destierro, como Li Po. En realidad, daba igual lo que escogieras porque el castigo era siempre el mismo. A tu cuarto. A la cama sin cenar. Nada grave, no me quejo de eso. No puedo decir que mis padres fueran demasiado estrictos, más bien al contrario. Y, si bien es cierto que a él le obsesionaba particularmente impedir que mintiéramos, a la hora de la verdad el castigo solía ser simbólico. Muy serio tenía que ser el engaño para que el encierro, o el destierro, se prolongaran más allá de un par de horas. No es eso. Lo que me molesta no es eso. Lo que me molesta es que a Li Po no lo desterraron. Y puede ser que a mi abuelo Simón lo encerraran, pero hay tantos puntos oscuros en esa historia que a veces he preferido creerla falsa por completo.

Eso sí es grave. Hace más de veinte años, en plena adolescencia, cuando empecé a sospechar que los cuentos de mi padre eran falsos, me dio por preguntar. Una obsesión. Investigar, buscar fuentes, cotejar datos, descartar hipótesis inverosímiles. Jugar a detectives con la historia. He pasado así la mitad de mi vida y ahora siento que no ha servido para nada. Quizá no tanto. Quizá sí sirviera: al menos, mi obsesión fue como un faro, como este faro que ahora mismo me blanquea cada 3,47 segundos. Iluminó la historia, puso de relieve los puntos débiles de cada cuento, las invenciones flagrantes, los silencios culpables. Durante mucho tiempo me pareció un gran logro. Ahora no. Saber que algo es mentira y conocer la verdad son cosas muy distintas. Además, para eso no hacía falta tanto esfuerzo. Para saber que la noche está sembrada de mentiras no es necesario un faro. Están por todas partes, son prueba de vida; crecen en torno al hombre por su mera presencia, como crece el mísero verdín entre dos piedras a poco que el oxígeno y la luz se dignen reconocer su existencia.

Cuando entendí eso, dejé de atormentarme. Acepté que no es posible conocer el pasado, sino su relato. Una herencia de siglos, de generaciones superpuestas, de cuentos que se suman, se contradicen, se niegan, se enredan. Por eso, explicar y contar son sinónimos. Ley de vida: en el preciso instante en que alguien cuenta una verdad, esa verdad se convierte en un cuento. Dejé de culpar a mi padre. Dejé de



desear para él un destierro largo, o un encierro penoso, en castigo por sus ficciones. ¿Por qué, entonces, vuelvo a sentir ahora esa vieja frustración que ya creía vencida? ¿También de eso he de culpar a las hormonas? Hablemos claro: es posible que decida ser madre. No he buscado este embarazo y no estoy segura de desearlo. Ni siquiera tengo claro de qué depende mi decisión. Supongamos que sigo adelante. Supongamos que acepto convertirme en un eslabón más de la cadena de generaciones que representa toda familia. En ese caso, quisiera tener la certeza de que el otro extremo de la cadena está anclado en algún punto firme. Un principio, por remoto que sea, que merezca tal nombre. Un principio más firme que la burbuja de aire y la primera célula. Un principio que me permita, algún día, contarle a mi hijo quién es. Porque eso no depende de mi voluntad, ni de la suya: somos quienes nos cuentan que somos. La historia del abuelo Simón sería un buen principio si fuera cierta.

*Esto no es el fin del mundo. Tal vez lo parezca, pero no lo es. En el fin del mundo no hay hoteles y la Posada del Caribe, aunque destartalada y abandonada por unos meses, es un hotel. O algo parecido. Dentro de dos o tres semanas, en cuanto empiece la estación seca, desaparecerá la plaga de mosquitos Y volverá la epidemia de los hombres. Grupos pequeños, bien organizados. Los llevarán en canoas a la laguna y a las ruinas mayas. Alguien cocinará para ellos arroz y frijoles negros; huevos revueltos con jamón para el desayuno. Tendrán café soluble y leche en polvo. Se imaginarán intrépidos. Por la noche, a la luz de una linterna, comprobarán que permanece intacto en algún bolsillo de sus mochilas el billete de regreso.*

*No sé qué voy a hacer cuando lleguen. Seguro que no me quedo, pero no sé dónde iré. Lástima que no tenga ya edad ni fuerzas para construirme una cabaña al otro lado de la laguna. Sólo por eso quisiera tener menos años: no veinte, ni treinta, sino doce mil años menos. Comer cada día lo que cazara. Medio crudo, mal asado. Tal vez cultivar algo. Sé cómo se hace; he visto crecer maíz en lugares más insospechados que éste. Dibujar un animal en una piedra sin saber por qué. Creer que los astros me dicen cosas. Interpretar el vuelo de los pájaros. Bañarme en la laguna. Eso sí lo puedo hacer todavía. Cada mañana, camino hasta la orilla, me meto despacio en el agua y nado con los ojos cerrados. Más que nadar, floto a la manera de los cocodrilos, con la cabeza fuera. Me adentro treinta, cuarenta metros sin moverme casi, como si estuviera prohibido levantar siquiera una onda minúscula en el espejo del agua. Al llegar al centro de la laguna, abro los ojos. Es sobrecogedor. La primera vez, cuando estaba en la orilla, con el agua por los tobillos, me dio por quitarme el bañador. Total, aquí nadie puede verme, pero incluso si unos ojos furtivos me espantaran, dudo que encontrasen demasiado pecaminosa la visión de mi cuerpo desnudo. Recuerdo que antes de meter el cuerpo entero en el agua pensé en la rusa y se me escapó una sonrisa. Leyendas del agua y del silencio; leyendas desnudas. Me dejé llevar por la corriente, que fluye sin escándalos pero continua, aportando a la laguna el caudal renovado del río. Abrí los ojos. Se me escapó una carcajada. No sé por qué. Yo misma me llevé tal sorpresa que incluso tragué un poco de agua. Luego me dio por gritar: «¡Estoy aquí!». El agua me ignoró al principio, como si se encogiera de hombros con un silencio vergonzoso para hacerme saber que ni siquiera tomaba nota de mi presencia. De repente, el eco: «¡Estoy aquí aquí aquí estoy estoy aquííííyaestoy aquí aquííí!». Decenas de garzas blancas alzaron el vuelo y en el agua se agitó el reflejo de sus cuerpos invertidos. Entonces me dio pena no haber sido capaz de gritar algo más grandioso, solemne, algo digno de recordar. «Estoy aquí» me supo a garabato de preso aburrido en muro viejo de piedra.*

*El agua de la laguna de Petexbatún es tan espesa que para flotar en ella casi no es necesario saber nadar. Cada mañana, juego a hacer el muerto: suspendida como*

un corcho, abro los brazos en cruz y me quedo absolutamente quieta. Veo pasar el cielo como quien ve pasar el tiempo. En cambio, no me atrevo a bucear. Qué bucear; ni siquiera me atrevo a meter la cabeza bajo el agua. No se ve nada, ni a un palmo de distancia. Me da miedo. No puedo decirlo con menos palabras: miedo. Ahí abajo están los muertos. En fin, ya sé que no están. Nadie sabe mejor que yo que el muerto sólo sobrevive en el gusano que se lo come; que sólo regresa a la vida en la manzana que alberga al gusano; que sólo respira de nuevo en el pájaro que picotea la manzana; que su eternidad es tan breve como el surco de la flecha que apunta al pájaro. No hay más allá que valga. Ni siquiera sobrevivimos en la memoria de los demás. La ciencia ha destrozado ese mito. Cada vez que recordamos algo, en realidad estamos recordando la última vez que lo recordamos, pues la memoria no acude a la muesca original, a la primera que se grabó, sino a la última. La memoria de los humanos es virtual, como la de los ordenadores. Al abrir un archivo, no estamos abriendo el que era cuando lo creamos por primera vez, sino el que quedó la última vez que lo usamos. Se llama hipercatesia. Es el recurso más sofisticado de nuestro cerebro contra el dolor. A menudo nos sorprende la fortaleza de algunas personas, el instinto que les permite sobrevivir a situaciones tremendas, rehacer su vida: las madres de los hijos muertos, los pueblos masacrados, los niños maltratados... No son más fuertes que los demás. Ni más olvidadizos. No es que su memoria borre la fuente del dolor. Lo que hace es diferirla, interponerse, ofrecer a la persona un recuerdo que ya no es el del dolor, sino el de ella misma.

Los wari del Amazonas, por ejemplo. Algunos días después de morir un wari, sus familiares acuden al rincón del bosque donde el muerto solía apostarse para cazar. Desbrozan el suelo alrededor de la zona y queman la hojarasca. Durante un buen tiempo, hasta que la maleza vuelva a tornar posesión del lugar, queda convertido en una especie de santuario. Se supone que cada vez que alguien pase por ahí, recordará al muerto. No saben que en realidad se recuerdan a sí mismos, pues la muesca más reciente en su memoria no es el muerto sino el gesto que ellos hicieron en su honor al desbrozar el terreno. Hay cientos de ejemplos. Quizás el más claro sea el de los laymi, en Bolivia. Los laymi heredan la tierra por sucesión directa entre varones. Es decir: sólo el hijo primogénito se queda con las propiedades del padre muerto. A cambio de eso, debe responsabilizarse de la manutención del resto de la familia. Hereda también la responsabilidad moral de conservar la memoria ancestral de una forma concreta: tiene que recordar el nombre de sus antecesores en la línea de sucesión familiar. Cuantos más, mejor. Eso no lo descubrí yo. Fui a Bolivia por primera vez en 1968 y hacía ya más de quince años que esa costumbre estaba registrada en los anales de antropología. Pero sí descubrí una coincidencia curiosa: nadie recordaba más de seis nombres en esa línea de sucesión. La mayoría se quedaban en cuatro, a veces cinco generaciones, pero sólo dos de los cabezas de

familia que entrevisté llegaron a seis. ¿Un número mágico? No, un registro de la propiedad. El primer registro obligatorio de la propiedad rural en Bolivia data de 1884. Los números hablan por sí mismos, y eso sí lo descubrí yo: por mucho que se aprieten las cuentas, por mucho que se dé por hecha una precocidad sorprendente en todos los miembros de una misma línea sucesoria, entre 1884 y 1969 no cabían de ningún modo más de seis generaciones. O sea que, incluso en una sociedad que premia la memoria como deber moral, nadie era capaz de recordar lo que nunca se había escrito.

En menos palabras: ni siquiera en la memoria sobreviven los muertos. No están debajo del agua. No están en ningún lugar; en eso consiste estar muerto. La palabra lugar es para los vivos. La palabra palabra es para los vivos. Pero me da miedo, qué le voy a hacer. Es un miedo concreto, físico, un miedo de agujas en la piel. Como si, en el momento de hundir la cabeza en el agua, alguien pudiera tirar de mí hacia abajo. Brazos de muertos, brazos como anémonas. En ninguna de las culturas que conozco hay muertos sin agua. El alma de los laymi transmigra a un paraíso que se llama tacna. Para alcanzarlo, debe cruzar el mar en la nariz o en la oreja de un perro negro. Si no lo logra, si sucumbe en el viaje, queda prendida en el agua y se convierte en lo que nosotros llamamos un alma en pena. Si logra cruzar ese mar, llega a un lugar bajo tierra en el que la feliz comunidad de los muertos se dedica a cultivar ají. Una vez al año, las almas regresan al poblado y se les brindan grandes celebraciones. Quienes participan en ellas, deben cruzar luego un río para desprenderse en sus aguas de las almas que pudieran haberseles quedado prendidas.

Debajo del agua. Los muertos de los wari viven en el río, debajo del agua. Para salir, tienen que encarnarse en algún animal: peces, a menudo pájaros, pero sobre todo cerdos salvajes. Cerdos salvajes de morro blanco que los familiares de los muertos cazan con mucho respeto: el muerto revive para alimentar a los suyos. Cuando lo cazan, su espíritu regresa al río. No hacen mucha cosa en el río, más allá de esperar que llegue un muerto nuevo. Entonces, sí; cuando llega un muerto nuevo celebran inmensos banquetes de bienvenida, en los que se supone que consumen litros y litros de licor de maíz. La comunidad de los wari no tiene un líder, sino una especie de consejo de ancianos que a su vez se divide en diversos consejos familiares. En cambio, los wari muertos, los del río, sí tienen un líder: un gigante al que llaman Towira. Towira significa testículo. O sea que el líder de los muertos es un testículo gigantesco. Ésa hubiera sido mi gran investigación, la cumbre de todos mis trabajos, el estudio definitivo: muerte y vida, fertilidad y muerte, sexo y regeneración, virilidad y muerte. No pudo ser. Me echaron de malos modos. Me amenazaron de muerte. Hace más de treinta años que tengo prohibida la entrada en Brasil. Y aun si consiguiera entrar, si me colara en el país desde Ecuador, Perú o Bolivia con papeles falsos, en cuanto me acercara al estado de Rondonia, mucho antes de llegar a las

*aldeas de los wari, a Tanajura, a Deolinda, a Negro-Ocaia, me detendrían y, con suerte, me deportarían a España. Digo con suerte. Sin ella, probablemente me matarían. Más de uno lleva treinta años esperando que la curiosidad y la nostalgia me vengán, que contra el mandato de la razón intente de nuevo entrar en Brasil de algún modo y visitar a los wari. A los pocos que quedan.*

*Nunca me atreví a volver. Sé que no he de pisar jamás de nuevo esa jungla. No tengo más remedio que contentarme con sucedáneos como éste, remedos hermosos como Petexbatún. Estar sola. Bañarme en la laguna. Mirar el cielo e ignorar el fondo. Ignorar a los muertos y al gran Towira.*

## LUNES

Tal vez para contar la historia del abuelo Simón, padre de mi padre, sea necesario olvidar de momento las preguntas y volver la cara cuando aparezcan sus contradicciones. O sea: dar por hecho que es cierta y contarla tal como se la oí a papá tantas veces. Lo voy a intentar, aunque el tamaño de mis dudas amenaza la solidez del relato, como si tratara de levantar un castillo medieval con ladrillos de espuma. Son palabras prestadas. Antiguas, pretenciosas. No tengo otras.

El 10 de enero de 1922, Simón —que tenía entonces diecinueve años recién cumplidos— obtuvo permiso de su padre para salir de casa poco después de las ocho y media de la tarde, supuestamente a preparar un examen con sus compañeros de la universidad. Su verdadera intención era acudir al estreno de *El collar de las estrellas*, de Jacinto Benavente, en el teatro Goya de Barcelona.

Esa travesura inocente, propia de la edad, fue la única mentira de Simón a su padre y resulta fácil de excusar, pues tenía mucho que ver con el conflicto que los enfrentaba desde hacía más de dos años: él quería ser actor y su padre se negaba a permitirle esa veleidad. «Ni hablar —fue la respuesta que obtuvo cuando por primera vez se atrevió a plantearle tal deseo—. No es una profesión digna. De hecho, ni siquiera me parece una profesión. Además, bastante teatro haces ya en casa». Otras muchas veces imploró permiso Simón, pero no consiguió ablandar su resistencia. Al contrario, además de mantener su negativa, el padre aprovechaba cada nueva ocasión para dejar bien claro que el teatro le parecía una actividad propia de vagos en la que no habría de encontrar sino oportunidades para torcer su vida y compañías de dudosa moralidad. «He pasado media vida trabajando como un asno para que tuvieras unos estudios dignos —solía decir, con palabras tan repetidas e inmutables que parecían recitadas de memoria, al tiempo que extendía las dos manos para exhibir la prueba irrefutable de sus abundantes callos— y no voy a permitir que lo echés todo a perder por un capricho. Además, tú no quieres ser actor; lo que pasa es que te tienen sorbido el seso la costurerita ésa y tus amiguitos ricos. No se hable más. Tu santa madre, que en paz descansa, hubiera deseado para ti una profesión respetable. Está decidido, serás abogado. Si no, ya sabes lo que te espera: trabajar conmigo en el negocio familiar».

El así llamado «negocio familiar» era un almacenucho de verduras, frutas y hortalizas en el mercado del Born. O mejor dicho, en un callejón adyacente al mercado por la parte trasera; es decir, por donde apenas se aventuraba algún comprador, salvo quienes, ya hecha la compra, cayeran en la cuenta de que habían olvidado algo y quisieran evitarse el camino de regreso al mercado. Era un local minúsculo y orientado al norte con tal precisión que jamás fue bendecido por un rayo de sol. La trastienda, en realidad un patio de luces mal cubierto, acumulaba

humedades de valor histórico y emitía un olor de calcetines usados contra el que ni siquiera las manzanas nuevas podían luchar. Simón aprendió a detestar aquel rincón desde la infancia, cuando su padre lo sentaba allí entre cajas de cebollas para tenerlo vigilado mientras hacía los deberes al salir del colegio. El tiempo y la costumbre, en vez de atenuar aquel odio, lo habían enquistado en su mente de un modo tan radical que ahora le provocaba auténtica repugnancia y bastaban unas pocas horas de exposición a sus humidades y a sus olores penetrantes para que le brotaran sarpullidos y urticarias por toda la piel. Por eso, enfrentado a la disyuntiva que le proponía su padre, había optado por matricularse en Derecho, aunque no sentía por la abogacía nada que se pareciese siquiera remotamente a una vocación.

La «santa madre que en paz descanse», presente en el discurso paterno con molesta asiduidad, había muerto de disentería mucho antes, cuando Simón contaba apenas dos años. De modo que ni siquiera tenía memoria de ella. Y si el padre la/mencionaba cada vez que quería afear el comportamiento del hijo, éste la usaba precisamente como explicación y causa de todas sus miserias, pues con su muerte prematura no solo lo había privado del afecto materno, sino que encima lo había dejado en manos de aquel bruto insensible y torpe. De manera que, en vez de venerar su recuerdo, Simón tendía a despreciarlo, pensando que la mujer capaz de amar a un hombre como aquél tampoco habría sido, en cualquier caso, una madre adorable.

Por último, era Amparo Ortuño, la novia de Simón, quien merecía en boca del padre el despreciativo título de costurerita por dedicarse a coser y remendar trajes para la Compañía del Corral, especializada en representar obras del teatro clásico español y en la que Simón ansiaba debutar algún día no muy lejano.

En espera de que tal día llegara, se preparaba como actor principal de un grupo amateur cuyos miembros —precisamente aquellos despreciados por el padre como «amiguitos ricos»— alababan sin cesar sus virtudes histriónicas y la poderosa resonancia de su voz. Cuentan, además, que su memoria prodigiosa le permitía recordar obras enteras de los grandes clásicos como si fueran meras canciones de cuna. Dicen que era guapo y bien plantado y no me cuesta creerlo: todos los hombres de la familia han heredado algo de aquella belleza. En resumidas cuentas, estaba bien dotado para la profesión y, por si eso fuera poco, lo acompañaba una vocación obsesiva, capaz de superar cualquier obstáculo. Sólo faltaba que llegara por fin la gran oportunidad y Simón estaba seguro de que, si tal cosa no había ocurrido todavía era sólo porque su procedencia humilde le negaba lo; medios y los contactos necesarios. Por eso, en lugar de decirle a su padre de una vez por todas que no le interesaba en lo más mínimo su apestoso negocio, que estaba harto de que lo chantajeara con el recuerdo de su santa madre y que la así llamada costurerita le merecía mucho más respeto que él, había optado por fingir que aceptaba las normas impuestas, convencido de que hallaría el modo de seguir viendo a Amparo y

frecuentando el mundillo del teatro a escondidas.

No sería del todo exacto decir que Simón llevaba una doble vida, pues eran tres y no dos las existencias que se veía obligado a compatibilizar. Tres vidas bien distintas, por no decir irreconciliables; tres personalidades casi contradictorias.

La peor, la que más deseaba abandonar para siempre, ocupaba todas las mañanas de su vida, con la única excepción de los domingos. O, casi mejor dicho, sus madrugadas, pues aún estaba por romper el alba cuando Simón se despertaba para acompañar a su padre al almacén. Las tres primeras horas —dedicadas por entero a labores de desgaste físico como barrer y fregar el local, descargar el género de los camiones y apilado según las repetitivas instrucciones de su padre— lo dejaban exhausto y deslomado. No eran, sin embargo, las más molestas, pues al estar concentrado en la repetición mecánica de tales tareas apenas era consciente de la lentitud con que pasaban las horas, ni del cansancio que iba acumulando su musculatura. Lo peor venía luego, hacia las diez de la mañana: atendida ya la mayor parte de la clientela fija —por otra parte, escasa—, a Simón se le venía encima la perspectiva de pasar todavía cuatro horas más en aquel lugar aborrecido, rezando para que, al menos de vez en cuando, se dejase caer algún comprador despistado. Cuando así ocurría, Simón se daba por bendecido. Entretenía a los clientes con la conversación más amena, se mostraba simpático y solícito hasta el extremo de ofrecerse a llevarles la compra a casa si vivían en el vecindario; cualquier cosa con tal de no quedarse a solas con su padre, expuesto al simulacro de conversación con que aquél solía martilleado durante largas horas. Porque, si no aparecía ningún cliente, Simón no tenía más remedio que aguantar monólogos eternos sobre los escollos que le esperaban a la vuelta de la esquina, el carácter efímero y engañoso de los placeres tornados luego en sufrimiento, la necesidad de encallecer la voluntad y un sinfín de discursos similares que le parecían tan interminables como inútiles. Se protegía de aquellos sermones como si fueran epidemias mortales y disponía para ello de un amplio e imaginativo inventario de excusas con las que reducía al mínimo imprescindible el tiempo compartido con su padre. Sin embargo, aquellas horas de la mañana en el almacén, con el trabajo ya cumplido, no ofrecían escapatoria.

En esos momentos, fingía contribuir a la conversación con frecuentes cabezazos de asentimiento, pero su mente se dispersaba en un sueño inevitable: se veía a sí mismo muy lejos de allí, encaramado a un escenario, declamando versos antiguos ante un público entregado. Aunque era su mayor deseo, imaginarlo no le provocaba la relativa felicidad de los sucedáneos sino, al contrario, una insoportable pesadumbre. Cuanto más se arrojaba en brazos de aquel sueño, más consciente era de la enorme distancia que lo separaba de su vida real; más presente se le hacía el entorno húmedo y cerrado del almacén de verduras; más mezquina le parecía la figura de su padre.

Cada mañana, mientras su padre desgranaba consejos, Simón notaba cómo el



cansancio de los trabajos previos se iba apoderando de su musculatura y, de los pies a los párpados, lo envolvía en una férrea malla de plomo. Entonces se sentía preso: de su padre, de aquel lugar, de su deseo inalcanzable. Preso de la vida.

Sólo una o dos veces por semana, y apenas durante un rato, conseguía huir de aquella trampa con la excusa de encerrarse a solas en la trastienda para poner orden en las cuentas del negocio. Era una coartada perfecta, pues su padre apenas sabía sumar cifras menores con la ayuda de los dedos y en la trastienda no cabían dos personas. Una mesa y una sola silla, cojas ambas por igual y empotradas a la pared entre sacos y cajas rebosantes de género, hacían las veces de oficina. En aquel incómodo rincón, el espejo enmarcado con cornucopia dorada que colgaba de la pared, encima de la mesa, hubiera parecido una concesión al lujo, salvo por el polvo de lustros acumulado en su marco y por el castigo que el tiempo había suministrado al azogue, hasta tal extremo que cualquier rostro reflejado en aquel cristal tomaba un aspecto fantasmagórico. Allí se instalaba Simón, liquidaba en pocos minutos el asunto de las cuentas y, con tal de no enfrentarse de nuevo al monólogo de su padre, soportaba la humedad de la trastienda y aprovechaba para entretenerse de cualquier modo. Allí aprendió sus artes de tahúr y malabarista. Era capaz de mantener en el aire al mismo tiempo seis y hasta siete frutas de peso y tamaño similares. Al principio del invierno, cuando llegaban las primeras mandarinas, lisas y prietas, ideales por su consistencia, conseguía incluso manejar ocho piezas a la vez. Cuando el cansancio de los brazos le impedía seguir, tomaba asiento y sacaba la lustrosa baraja de naipes que llevaba siempre consigo. Jugaba entonces solitarios, pero no de cualquier manera: antes de empezar, escondía entre las mangas, los bolsillos y algunos pliegues de la ropa todos los ases y las damas de la baraja. Su especialidad consistía en completar un solitario asegurándose, con alguna mirada furtiva a las brumas del espejo polvoriento, de que ningún hipotético observador hubiera notado cómo iba sacando naipes tras naipes de los lugares más insospechados. Cuando le sobraba tiempo, solía entretener su encierro enfrentándose al reto de levantar un castillo de naipes que sólo daba por bueno si conseguía colocar la baraja entera antes de que se desmoronase.

Así pasaba aquellos ratos robados en espera de que su padre, poco antes de las dos de la tarde, le permitiera abandonar el lugar. Entonces, pese a su afán por ganar la calle, Simón retrasaba la salida con un ritual imprescindible: empapaba una esponja de esparto en lejía y se frotaba con ella las manos enérgicamente durante diez minutos, como si pretendiera pulirlas hasta el hueso. Sabía que era inútil: el olor a cebolla parecía sucumbir por unas horas al de la lejía, pero se insinuaba de nuevo a media tarde, agazapado, para ir retomando poco a poco la posesión de su piel.

Aquel aroma era lo único que Simón llevaba consigo en el tránsito de una existencia a la siguiente: del almacén a la universidad. No sólo la ropa modesta lo distinguía entre los demás estudiantes, sino también el gesto apenas consciente con

que, fingiendo rascarse la nariz, se olisqueaba las yemas de los dedos cada dos por tres. Por lo demás, era un alumno regular, procuraba no faltar a clase e incluso dedicaba algunas horas nocturnas al repaso de los libros. No demasiado; lo justo para aprobar y asegurarse así de que su padre siguiera pagándole los estudios. Como en ningún momento había imaginado siquiera que fuese a ejercer la abogacía, las clases le parecían ridículos monólogos de profesores pomposos, pero mil veces preferibles a los sermones matinales de su padre.

Preso por la mañana, estudiante a la fuerza por la tarde. Sólo su tercera vida — mantenida en secreto a la sombra de elaboradas mentiras y coartadas sutiles— le proporcionaba satisfacciones y placeres, aunque nunca hasta el extremo de compensar por completo las amarguras de las otras dos. Igual que la lejía se mostraba incapaz de imponerse por completo a la cebolla, tampoco aquellas noches de placer lograban borrar del todo la pesadumbre de los días. Entre otras cosas, porque eran escasas. Como la coartada de sus escapadas era la ficticia necesidad de reunirse a estudiar con otros compañeros de la universidad, Simón apenas podía acogerse a ella un par de noches por mes, tres a lo sumo. Por eso las atesoraba y las planificaba con esmero.

Dos compañeros de su grupo de teatro aficionado, siempre los mismos, pasaban a buscarlo hacia las ocho de la tarde. Acudían vestidos con seriedad, con el aliento despejado de cualquier vestigio de alcohol y cargados con los mamotretos de Derecho que el propio Simón se encargaba de suministrarles previamente. Prestaban difusa atención durante diez minutos al padre, asentían aparatosamente a su retahíla de consejos y, tras despedirse con toda formalidad, desaparecían con Simón escalera abajo conteniendo las carcajadas hasta que estuvieran bien lejos de la casa. No es de extrañar que Simón anhelara y planificara con tanto rigor aquellas noches, pues en ellas se concentraban los tres únicos placeres de su vida: el teatro, los naipes y Amparo. Me atrevería a decir que por ese orden. Primero ensayaban durante dos o tres horas; luego, mientras devoraban una cena tardía, echaban una partida de cartas. Simón reprimía a veces sus tramposas habilidades para no delatarse, pero ganaba casi siempre. Mejor dicho, siempre que le hacía falta. Como el dinero que le daba su padre apenas bastaba para pagar los libros y el transporte a la universidad, aquellas partidas suponían para él, además de un entretenimiento fabuloso, una fuente secundaria de ingresos. No era mucho el dinero que se jugaban, pero servía para pagar algún capricho modesto y, sobre todo, para comprarle de vez en cuando un regalo a Amparo. Ella se resistía. «Estás loco, Simón —solía decirle—. Mira que eres aún más pobre que yo...». Pero aceptaba sus regalos: alhajas de valor escaso, algo de ropa... Objetos humildes, en fin, con los que Simón agradecía la admiración de Amparo en los ensayos, su silencio en las partidas y sus licencias en los abrazos, de vuelta a casa, amparados en la oscuridad de algún portal.

Aquel dinero servía también para permitirle a mi abuelo el lujo de asistir, muy de vez en cuando, a algún estreno de teatro profesional. Cuando se anunciaba la llegada a Barcelona de una compañía interesante, Simón marcaba la fecha en el calendario y, durante los dos meses anteriores, se aseguraba de ganar todas las partidas, con tantas trampas como fuera necesario. Aun a riesgo de darle la razón a su padre, aliviaba la culpa de su conciencia con la excusa de que sus compañeros eran hijos de familias ricas para quienes el teatro suponía apenas una afición pasajera y el dinero un bien corriente como el agua, cuya merma apenas iban a notar. Con tales mañas pudo pagar Simón su entrada y la de Amparo para el estreno de *El collar de las estrellas*, aquel 10 de enero de 1922. Volvemos a la mentira que originó el terrible encierro de Simón y no puedo dejar de asombrarme al constatar que una falsedad tan ínfima, y tan justificable por las circunstancias, tuviera semejante trascendencia en su vida. Engañó al padre con la estratagema habitual y, en cuanto quedó libre de su vigilancia, pasó a recoger a Amparo. Fueron al Goya y vieron la obra, que les pareció monótona y cursi pese a los esfuerzos de Mateo Alonso por defender su papel protagonista con una cierta sobriedad. El respeto por el trabajo de los actores les obligó a guardar silencio durante la representación, pero no impidió que a su término armasen una escandalera menor de pitos y abucheos en los que Simón participó activamente. No se le ha de culpar por ello: era joven, tenía todo el derecho del mundo a aferrarse a sus convicciones y, amparado en su pasión por el teatro, manifestarlas de la forma más ruidosa posible. Y...

Y hasta aquí hemos llegado. La historia continúa, claro, y me la sé de memoria; podría seguir escribiendo páginas y páginas, derramando palabras antiguas como una cacatúa. No puedo. Es así de simple. Las preguntas me zancadillean la historia. Para empezar, ¿cómo sé yo todo eso? Yo no conocí a Simón. Ni siquiera he visto jamás una foto suya. Todo lo que sé de él me lo contó mi padre. El problema es que mi padre tampoco lo conocía, porque Simón murió antes de que naciera él, probablemente sin imaginar siquiera que Amparo estaba embarazada. Amparo murió hace años. A ella sí la conocí, pero yo era demasiado pequeña para dar con las preguntas idóneas. Ahora ya no puedo preguntarle nada. A papá tampoco; aún no ha muerto, pero su cerebro ya no es capaz de rendir cuentas. Incluso me atrevería a decir que las que rindió en el pasado no fueron muy satisfactorias, a la vista de los resultados. O sea que lo más grave de las preguntas que se me atropellan en la mente no es que carezcan de respuesta, sino que ni siquiera sé a quién dirigir las. Busco un faro en el desierto.

Mi padre nació sin padre. Supongo que Amparo construyó para él una leyenda. Quiso transmitir a su hijo una imagen filtrada del padre ausente: la más bondadosa posible, incluso la más heroica, aunque no necesariamente falsa. No tengo problema para aceptar eso. Lo que me sorprende es la solidez con que esa leyenda se volvió

historia. Lo normal habría sido que con el paso del tiempo, despojada de hipótesis y de adornos, la vida de Simón se hubiera reducido a lo fundamental hasta quedarse, como todas las historias antiguas, en el esqueleto mínimo de sus pocos datos ciertos. No fue así. Tal vez los datos fueran demasiado pocos, o no tan ciertos.

Repaso lo que he escrito y no puedo creérmelo, a pesar de que conozco ese relato tan de corrido que no necesito ni pensar para invocarlo. Sobran detalles; faltan detalles. Cierto que Amparo conoció bien a Simón, que fue su novia, que probablemente hubiera terminado por casarse con él si no llega a intervenir el destino, dejándola viuda antes del matrimonio. Pero esa precisión... No sé. El almacén, por ejemplo. Conocemos incluso su olor, el modo en que el polvo se acumulaba en la cornucopia de la trastienda, pero nunca oí en qué calle estaba. Un callejón adyacente al mercado. Eso es todo. Qué curioso, ¿no? En una época pensé que aquel almacén sería un buen principio para empezar a investigar. Tal vez algún registro del ayuntamiento de Barcelona conservara datos de su dueño, tal vez el local existiera todavía e incluso, por qué no, siguiera siendo un almacén de frutas y verduras. Para eso, necesitaba saber dónde estaba exactamente. Imposible. Sé lo que pensaba Simón mientras estaba a solas en la trastienda, pero no puedo saber un dato tan sencillo como la dirección del almacén. Menuda contradicción. Pretenden que me crea que sí sabemos cómo Simón «aliviaba la culpa de su conciencia» cuando hacía trampas para ganar una partida a sus amigos. Sabemos con toda precisión cómo era el timbre exacto de una voz que nunca hemos oído; ni mi padre, ni yo. Sabemos que era Mateo Alonso, y no otro, el actor principal de la obra de teatro que fueron a ver aquella noche. Y quién coño es Mateo Alonso. Lo mejor, lo más gracioso, era la forma en que papá introducía el asunto de las tres vidas de Simón. «No sería del todo exacto decir que Simón...». Hombre, por favor. En mitad de esa enorme sinfonía de la confusión, un homenaje a la exactitud.

No. Son demasiadas dudas. Me consta que papá las tuvo también y que, como yo hace veinte años, trató de aclararlas. Interrogó a su madre, supongo. Investigó un poco, aunque dudo mucho que lo hiciera de un modo tan metódico y tenaz como yo. Sospecho que al final su imaginación —o su curiosidad, o su necesidad de saber, de construir una historia completa de Simón para facilitar así la penosa tarea de inventarse a sí mismo a partir de la nada— fue dándole respuestas más o menos creíbles, aunque no necesariamente ciertas. Por pura lógica, cuando llegamos nosotros papá se dedicó a contarnos lo que durante tantos años se había contado a sí mismo, con palabras tan antiguas que tal vez ni siquiera fueran suyas, sino de su madre. Las mismas que ahora me veo obligada a utilizar yo.

Ese relato, aquella leyenda de sombras agigantadas en la que mi abuelo salía de un teatro de Barcelona y se encontraba al instante luchando a brazo partido con el mar de Malespina, al tiempo que balanceaba mandarinas en el aire con la ingravidez

imposible de los planetas y declamaba versos antiguos con voz de trueno, no se sostenía. No se sostenía, de ningún modo. Funcionó durante un tiempo, es cierto, pero sólo porque éramos niños. Yo misma me lo creí muchos años e incluso le pedía a mi padre que me lo volviera a contar una y otra vez, sin plantearme ni preguntar jamás cómo podía creerse aquel personaje ubicuo y contradictorio, aquellas peripecias heroicas de cuya suma, sin embargo, resultaba una vida miserable y patética.

Es más: como suelen hacer los niños, fui la primera en exigir que el relato fuera siempre idéntico, palabra por palabra; la primera en protestar si alguna vez papá cambiaba las mandarinas por limones, si se olvidaba de mencionar a Mateo Alonso, si se tomaba la libertad de cambiar cualquier adjetivo aplicado a Simón, así fuera por su más preciso sinónimo. Ningún niño permite que el lobo de Caperucita tome un camino más corto en vez de un atajo. Por desgracia, hoy considero que la transmisión sucesiva de todas esas palabras —de Simón a Amparo; de ésta a mi padre; de él a mi; de mi a quién— no fue préstamo, sino usura; es demasiado el precio que pago en no saber quién soy. Sin embargo, no puedo dejar de reconocer el poder que tenían. Digo que la historia se me cae de las manos al intentar contarla tal como era, pero al mismo tiempo admito que me da envidia. Cómo crecía Simón en la voz de papá, qué fácil era imaginarlo. Qué va; verlo. Hasta que se desmontó el personaje y quedó convertido en lo que era: un muñeco de madera comido por la carcoma y con las articulaciones oxidadas. Empecé a preguntar. Tendría catorce años, casi quince. Y tú cómo sabes esto; y por qué no sabes lo otro; y a ti quién te lo ha dicho; y ella cómo lo sabía... Qué repelente. Pobre papá. Él se parapetaba en el olvido y la ignorancia: quién sabe, hija; ya no recuerdo; pregúntale a tu madre; si viviera la abuela...

Pasé casi tres años bombardeándolo, abriendo boquetes en sus defensas con mis preguntas como misiles. Mucho duró el combate, pero al final vencí. O creí vencer. Y qué triunfo. No sólo accedió papá a repasar conmigo la historia de Simón, sino que fue él mismo quien lo propuso. Fue mi regalo cuando cumplí diecisiete años. Pienso que han pasado veinte desde entonces y no me lo puedo creer. Pienso en los castigos que el tiempo ha impuesto a papá y me dan ganas de llorar. Recuerdo aquella conversación, que duró hasta bien entrada la madrugada, como si la hubiéramos tenido ayer, hoy mismo; recuerdo a papá sentado frente a mí, guapo como siempre y más cercano que nunca. Sobre todo me recuerdo a mí misma, emocionada y orgullosa, adulta al fin gracias a su confianza, digna de heredar algo más que cuentos: también dudas y lamentos, pesares e incertidumbres. Si no me equivoco con las cuentas, papá tenía entonces cincuenta y dos años, pero todavía daba gusto caminar a su lado y notar que las miradas de la gente se te prendían como alfileres. Tal vez su belleza fuera la única herencia que le dejó Simón. La belleza y la autoridad que se desprendía de su voz. Lo demás —el magnetismo, su elegancia, el aplomo— no sé de

dónde salió. Mierda, qué pena tan grande. Decir que hoy es una sombra de lo que fue sería un eufemismo. Es una sombra proyectada en un cristal hecho añicos. Me hace bien recordar aquella noche. Él, parlanchín como siempre, pero comedido, asegurándose de concederme todo el protagonismo en la conversación; yo, coqueteando con mi padre como toda adolescente que se precie, pero sintiéndome adulta, inteligente, responsable. Aquella noche, por primera vez, no sentí que alguien me contaba una leyenda, sino que ponía en mis manos el manuscrito entero, con tachones y enmiendas, con correcciones ilegibles y notas al pie garabateadas en el anverso de cada hoja. Ahora sé que la magnitud de los tachones hace ilegible el manuscrito, pero eso no quita que entonces me pareciera un tesoro.

—Antes de empezar, una cuestión de método —me dijo. Estábamos cenando en un restaurante. Ése era el regalo: cenar juntos, mano a mano, y hablar de lo que yo quisiera tanto rato como hiciera falta. Eso, por supuesto, no implicaba que papá se resistiera a poner algunas condiciones—: Yo te cuento lo que quieras. Pero cuanto te digo que no lo sé, es que no lo sé. Y si te digo que no me acuerdo es que no me acuerdo. Y una cosa más: no te olvides de que mi padre murió antes de que naciera yo. Casi todo lo que sé de él son reinenciones mías a partir de unos pocos recuerdos borrosos de lo que me contaba mi madre. O sea, mentiras al fin y al cabo.

—¿Mentiras? ¿La abuela Amparo te engañaba? Yo creía que el mentiroso era Simón.

—Bueno, tal vez engañar no sea la palabra. Engañar exige deliberación. Yo creo que mi madre improvisaba. Su retrato de mi padre no era falso, pero sí incompleto. La prueba es que me pasé años tratando de completarlo. Más o menos como tú ahora. Por ejemplo, nunca mencionó un solo defecto suyo. Bueno, quizá que era un poco tozudo, pero nada más. ¿No te parece un poco raro?

—Hombre, supongo que es lógico. La abuela lo adoraba.

—¿Estás segura?

—No me irás a decir...

—Nada. No te voy a decir nada. Sólo te pongo un ejemplo. A veces me acusas de contarte cosas que se dan por ciertas sin tener constancia, pero tú haces lo mismo. Das por hecho que mi madre adoraba a mi padre. Está bien, muchas gracias. Pero párate a pensarlo. Apenas se trataron durante un par de años y ni siquiera fueron lo que entonces se llamaba novios formales, ni mucho menos prometidos. Nada que ver. No digo que no se quisieran, pero imagínate que Simón no hubiera muerto. O que ella no se hubiera quedado embarazada. Vete a saber lo que habría hecho con ellos el tiempo.

—Ya, pero la abuela hablaba siempre tan bien de él...

Eso lo recuerdo todavía. Para Amparo, Simón era un catálogo de virtudes. Siempre que hacíamos algo bien, siempre que quería alabar nuestro comportamiento,

recurría a la comparación con él: «Eres tenaz, como tu abuelo —decía para felicitar a Alberto por sus buenas notas—. Llegarás lejos». «Qué bien canta este niño —se emocionaba con los primeros solfeos de Pablo—. Y menuda voz tiene. De casta le viene al galgo».

—Claro. No hay como morirse para que te quieran —dijo papá aquella noche—. La muerte te convierte en una caricatura. Parece que mi padre era un tipo simpático, cariñoso, y ése fue el rasgo que quedó para la caricatura. Además, ponte en el lugar de mi madre. No lo tuvo fácil: sola, sin demasiados recursos, con un bebé en brazos. Piensa que en toda mi infancia no tuve nada parecido a un hogar. Íbamos de pueblo en pueblo, siguiendo a la compañía. Mamá se ganaba un dinero extra cosiendo para las señoras de los pueblos. No dormíamos. Ella se pasaba las noches en vela y yo me despertaba cada dos por tres por el ruido de la máquina de coser. En fin, ya sabes que no me gusta mucho hablar de eso. El caso es que no fue fácil. Supongo que quiso compensar mi orfandad; tal vez pensó que, si sólo iba a tener el padre que me contaran, merecía la pena iluminar un poco mejor el retrato.

—Vale. Todo eso está muy bien, no te lo discuto, pero no es lo que yo quería hablar. Todo eso son teorías, y yo no te estoy pidiendo teorías, sino detalles. Tú mismo reconoces haber tenido las mismas dudas que yo y haber hecho las mismas preguntas. Supongo que averiguarías algo, aunque fuera poca cosa. Quiero decir, algo más que lo que te contaba la abuela. Porque si no, esa historia es increíble. Un hombre sale de cenar después del teatro y aparece al día siguiente en pleno naufragio, a no sé cuántos kilómetros de distancia...

—¡Está bien! ¿Quieres datos? Vamos a repasarlos. Sabemos que al salir del teatro cenaron en un restaurante. Mi madre nunca me dijo cuál, pero da lo mismo: probablemente sería en algún bar de las Ramblas, o de sus cercanías, y no es demasiado atrevido sospechar que era un lugar donde los conocían, porque les permitieron jugar allí mismo una partida de cartas. Puede parecer anecdótico, pero es un detalle importante: normalmente, jugaban en casa de cualquiera de ellos, después de ensayar; pero aquel día, excepcionalmente, tenían alcohol a su disposición y todo hace pensar que abusaron de él. Mi madre contaba que nunca había visto una partida tan estruendosa, con puñetazos en la mesa, faroles insostenibles, insultos y apuestas cada vez más altas. Hay otro detalle importante para comprender lo que pasó luego: uno de los amigos del abuelo tenía coche. Un Hispano-Suiza; un Alfonso.

—¿Alfonso qué?

—¿Cómo que Alfonso qué?

—Que cómo se llamaba. El apellido.

—¿Quién?

—Papá, joder; Alfonso, el amigo.

—No, si Alfonso era el coche. Al Hispano-Suiza lo llamaban Alfonso en

homenaje al rey, Alfonso XIII. El amigo no recuerdo cómo se llamaba.

—¿No lo conociste?

—No. Era uno de los amigos ricos de mi padre. Cuando él murió, no volvimos a saber de ninguno de ellos.

—Pues pongámosle un nombre cualquiera para aclararnos.

—Muy bien. Llamémoslo Alfonso también, si eso te hace feliz. Resulta que andaba todo ufano con su coche nuevo. Los Hispano-Suiza se fabricaban en Barcelona, pero en 1921 hicieron unos pocos de lujo en Francia, en Bois-Colombes, cerca de París; mucho más caros y extravagantes. Eran la sensación del momento. Que un joven tuviera coche en esa época era una rareza, pero conducir un Alfonso fabricado en Francia ya era un privilegio absoluto.

—¿Y cómo sabes tú esos detalles?

—¿Qué pasa? ¿Te crees que tienes la exclusiva de la curiosidad? Yo también tuve tu edad, niña, no seas impertinente. Yo también quise saber ciertas cosas. Ese maldito coche tuvo demasiada importancia en el final de la historia para ignorarlo.

—Pues me extraña. Nunca me habías contado todo esto.

—Puede ser. A lo mejor me parecía que eras demasiado pequeña para entenderlo. Además, a ver si te aclaras. Primero te quejas de no saber cosas. Luego, cuando te las cuento, en vez de alegrarte te quejas de no haberlas sabido antes.

—Perdona, tienes razón. Sigue.

—Al parecer, el tal Alfonso interrumpía la partida cada dos por tres para explicar las mil virtudes de su coche y alardear de lo bonito que era, de lo mucho que le había costado, de la velocidad que alcanzaba. Aunque sólo era un turismo de lujo, les contó que un tal André Dubonnet había participado con él en una carrera en Francia, batiendo a todos los conductores profesionales y estableciendo un récord histórico: más de doscientos diez kilómetros en dos horas. No sé si por envidia, o porque estaba harto de que Alfonso interrumpiera la partida o porque el alcohol ya le nublabla el juicio, Simón lo retó, lo acusó de mentir y aseguró que eso era imposible. «¿Imposible?», dijo el otro, que según mi madre era un chulo y estaba todavía más borracho que mi padre. «¿Imposible? Cuando quieras te lo demuestro». Ya sabes que Simón era un poco tozudo: «¿Más de doscientos kilómetros en dos horas? Ni hablar. Y ciento cincuenta, tampoco. Me apuesto trescientas pesetas a que no lo consigues». Alfonso dobló la apuesta.

—Caray, seiscientas pesetas de entonces debía de ser un dineral.

—Sí, era mucho dinero, incluso para un niño de familia bien como Alfonso; pero se las jugó. No sé si estaba seguro de que iba a ganar o si, más bien, quería convertir la apuesta en una prolongación de la partida y sostener el farol con la confianza de que mi padre, mucho más pobre que él, se rajaría. Si se trataba de lo segundo, se equivocó. El bueno de Simón no podía juntar seiscientas pesetas ni trabajando dos



años seguidos, pero se mantuvo en sus trece. El asunto se fue calentando, intervinieron los testigos azuzando el enfrentamiento y al final, pese a la oposición de mi madre, Simón y Alfonso salieron del restaurante dispuestos a cumplir la apuesta. Tenían que llegar a Malespina en dos horas.

—Imposible, ¿no?

—Claro, ahora vamos en una hora justa, pero en aquellos tiempos hubiera sido una gesta heroica. Absolutamente imposible. Había que estar loco para intentarlo. Piensa que se llegaba a Girona por una carretera endiablada de curvas y luego el último tramo hasta el pueblo era poco más que una pista de tierra para mulos y cabras.

—Espera, que apunto.

Recuerdo que llevaba un cuaderno de papel blanco, parecido a estos que uso ahora. A veces me da pena no haberlo conservado. A medida que papá me iba contando la historia, yo anotaba cosas. No sólo las cosas nuevas que iba aprendiendo, sino también las dudas. Un mapa de instrucciones para seguir jugando a los detectives. *Lista de posibles bares Ramblas salida teatro. ¿Alfonso? Averiguar nombre real. Buscar historia coches Hispano-Suiza. Récord velocidad Francia 1922. Por qué Malespina. ¿Carretera desde Girona?*

—¿Y por qué escogieron Malespina?

—No tengo ni idea. Yo mismo se lo pregunté muchas veces a mi madre. Decía que nunca antes habían ido allí. En realidad, supongo que no habían ido a ningún sitio. Estamos hablando de gente pobre en 1922. Probablemente, para ellos ya era toda una excursión ir a lugares que hoy se consideran parte de Barcelona. Además, entonces ni se hablaba de la Costa Brava y, por supuesto, no había absolutamente nada que se pareciera al turismo actual. Tal vez comprobaron en algún mapa que Malespina quedaba más o menos a la distancia correspondiente a la apuesta. Por el modo en que terminó la historia, sospecho que en algún lugar habrían oído hablar de la pesca del atún, que en esas fechas congregaba allí a todos los pescadores de la zona. Es una lástima que vosotros no hayáis podido verla nunca. Era una auténtica matanza. El mar se teñía de rojo...

—El abuelo, papá.

—¿Qué pasa con el abuelo?

—Que te emocionas con los atunes y me cambias de historia.

Entonces papá todavía se dedicaba a pintar. Si no me fallan las cuentas, aún pasaron dos años antes de que renunciara a su vocación y se convirtiera en marinero. Pero desde mucho antes, la mera mención del mar bastaba para que cualquier otro asunto perdiera importancia. Incluso ahora, a veces, cuando lo veo totalmente ido, le hablo del mar para ver si es capaz de mantener una conversación, por corta que sea.

—Es que los detalles de esta parte no los conozco. No hay manera de conocerlos.

Supongo que hicieron acopio de gasolina en Barcelona y salieron los dos, el abuelo y el tal Alfonso, a resolver la apuesta. Piensa que no existía nada parecido a la iluminación de carreteras... En fin, si es cierta mi suposición de que iban borrachos, se puede decir que el ángel de la guarda que salvó la vida del abuelo en Malespina lo acompañaba ya por el camino.

—Y llegaron, claro.

—Eso, llegaron. Sabemos que les costó más de dos horas, porque el abuelo ganó la apuesta. Pero no creo que tardaran más de cuatro, porque cuando llegaron aún no habían salido los pescadores. Supongamos que a las cinco de la madrugada estaban allí, en la playa del Port Bo.

—¿En el embarcadero?

—¿Qué embarcadero? En aquella época, por no haber, ni siquiera había algo que pudiera llamarse playa con propiedad. Apenas una cinta de arena. Lo que pasa es que, como ahora, el fondo liso y la protección de la lengua de rocas que separan esa cala de la siguiente propiciaban una mar tranquila que permitía manejar con calma las barcas, tanto para montar en ellas como para desembarcar la pesca a la vuelta. La gente cree que fue el turismo lo que terminó con la pesca años después, pero es mentira. Lo que mató la pesca fue precisamente esa playa tranquila y, ya entonces, en 1922, se empezaban a notar los primeros síntomas. Pero no cambiemos de tema. Ya te lo contaré otro día.

—No, sigue. Me interesa.

Claro que me interesaba. Más datos para el cuaderno: *pesca en la época. Buscar historia playa Port Bo. Averiguar si hay alguna constancia de la presencia de Simón en Malespina. ¿Cofradía de pescadores?*

—Te lo resumo. Algunos pueblos cercanos tenían calas profundas. Y madera. Astilleros. Empezaron a construir barcos más grandes, en cuyas bodegas cada vez cabía más pescado. Los de Malespina no podían competir con ellos. Un barco de más de tres metros de calado no podía atracar en ninguna de sus playas. Y no había puerto, ni lugar donde construirlo, ni dinero con que pagarlo. Terminaron vendiendo o guardando sus barcas y ofreciéndose como marineros a sueldo para los armadores de los demás pueblos. De todas formas, cuando el abuelo llegó a Malespina, ese proceso estaba apenas empezando y en las aguas del Port Bo aún había una flotilla más que decente.

—¿Y se fueron a pescar? ¿Así, sin más? ¿Tan tranquilos? ¿Como quien va a comprar pan?

—No sé por qué te extraña tanto. Imagínate aquella playa pequeña a las seis de la mañana, iluminada sólo por cuatro o cinco antorchas clavadas en la arena, una quincena de barcas meciéndose en la penumbra de la cala, unos sesenta pescadores ajetreados con las redes de un lado a otro... Caramba, yo también me habría

apuntado. Para un joven de Barcelona que nunca lo hubiera visto, aquel escenario debía de ser lo más exótico del mundo.

—Ya. Lo raro es que les dejaran ir, ¿no? No los conocían de nada.

—No creas. La pesca del atún suponía un esfuerzo descomunal. No olvides que hablamos de barcas sin motor, botes panzudos de madera en los que para izar una vela latina hacían falta al menos cuatro hombres robustos. Mira si eran pesadas aquellas barcas, que las llamaban bueyes. Y las maniobras se hacían a remo, de manera que un par de brazos fuertes como los de tu abuelo no molestaban a nadie. Aun así, tuvieron sus más y sus menos. El tal Alfonso se tuvo que quedar en tierra porque llevaba una cartera de cuero y se negó a deshacerse de ella. Al menos, ésa fue la excusa. Supongo que tendría miedo, o tal vez le preocupara dejar su flamante coche abandonado todo el día mientras pescaban, yo qué sé. De todas formas, parece que los pescadores eran muy estrictos con esa norma. Estaba terminantemente prohibido embarcarse con cualquier prenda de cuero: ni siquiera en los zapatos o en el cinturón. Daba mala suerte.

—¿Y eso?

—No te puedes ni imaginar la cantidad de supersticiones que tenían los pescadores en aquellos tiempos. Incluso se cuenta que guardaban estricta abstinencia sexual las tres noches anteriores a la salida. El paso de los grandes cardúmenes de atunes duraba, en los mejores años, un máximo de cuatro días. Y en ese corto tiempo se jugaban los ingresos de prácticamente todo el año. No es de extrañar que se volvieran maniáticos y obsesivos. Las capturas podían ser más o menos numerosas según el año, pero una cosa era segura: llegaban entre la primera y la tercera semana de enero. Sin embargo, estaba terminantemente prohibido echar las redes al mar si no daba antes su permiso el curandero del pueblo, que era un pobre desgraciado. Lo sacaban cada mañana: él metía un dedo en el agua y no sólo detectaba la supuesta cercanía de los atunes, sino que incluso predecía las condiciones del tiempo.

*Bueyes. ¿Superstición? Averiguar costumbres pesca.*

—Pues esa vez se lució.

—Se ve que la tormenta vino de golpe, cuando nadie se la esperaba. Al parecer, Simón contaba que, pese a estar en pleno invierno, hacía tan buen día que a las seis de la mañana todo el mundo iba en mangas de camisa. Dicen que era imposible de predecir, aunque eso lo sabrás tú mejor que yo, que para eso te pasas la vida mirando al cielo.

Era mi turno para dar respuestas. Supongo que entonces no reparé en una paradoja que ahora me llama la atención: la historia de Simón —o mejor dicho, la historia de Simón tal como la contaba mi padre— tenía mucho que ver con mi interés infantil por el clima. Por las tormentas. Una tormenta devastadora había convertido en héroe a mi abuelo. Recuerdo que en Malespina, cuando llegaban los temporales de

verano, a la edad en que las demás niñas corrían a buscar la protección de sus padres o se metían debajo de la cama asustadas por los truenos, yo pegaba la nariz a la ventana y miraba con avidez el mar y el cielo, como si un relámpago hubiera de iluminar de repente entre las aguas la figura fantasmagórica de Simón. Me obsesionaba encontrar alguna lógica entre la aparición de las nubes y la caída del agua. No recuerdo exactamente qué edad tenía la primera vez que me atreví a anunciar que iba a llover, pero sí recuerdo que era una mañana de verano, que el cielo estaba claro, que me ofendieron las burlas de mis hermanos y me reconfortó que, cuando por fin cayó el agua aquella misma tarde, papá recordara mi predicción y me felicitará por ella. Siete años, tal vez. El verano siguiente, papá compró el primer barco de la familia, si es que se puede llamar así. Era un optimist, uno de aquellos barquitos minúsculos que se vendían para que los niños aprendieran a navegar a vela. Papá lo llamó *Astor II*, en homenaje al carguero que salvó la vida de Simón. Nos turnábamos con Pablo y Alberto para salir a navegar porque sólo cabía uno dentro del optimist. Si hay alguna imagen que represente el momento más feliz de mi infancia, en ella aparezco a bordo del *Astor II*. Recuerdo que mientras navegaba iba estudiando la superficie del mar como si escondiera un tesoro, obsesionada, buscando los rizos que indican la presencia de rachas de viento. No es que quisiera navegar más rápido. Buscaba el viento por sí mismo. El viento en la cara. Entenderlo, saber adónde iba. En fin, entre esa imagen y la nostalgia barata hay un trecho muy corto, pero la recuerdo ahora porque explica mi vocación y resalta la paradoja de aquella conversación con papá. Forzando un poco las cosas, casi podría decirse que la historia de Simón me hizo meteoróloga. Sin embargo, a la hora de satisfacer mi curiosidad por esa historia, a la hora de aclarar su veracidad, mi padre me pedía que fuera yo quien explicara una tormenta que no conocí.

—La baja.

—¿La qué?

—La baja. Probablemente, si en pleno invierno se paseaban en mangas de camisa a las seis de la mañana, estaban justo en el momento culminante de una baja presión tan tremenda que no me extraña que pasara lo que pasó.

—¿Y eso qué lo provoca?

—No sé, no tengo datos suficientes. Para empezar, ha de calentarse el aire de manera exagerada. Tal vez, en los días anteriores, tuvieron vientos subsaharianos excepcionalmente calurosos, aunque eso sería muy raro en invierno en el Mediterráneo. Sea por lo que fuere, el aire estaba muy caliente e iba cargado de humedad. Estaría bien saber qué clase de nubes había.

—Simón decía que a lo lejos, en el límite del horizonte, vieron un nubarrón negro enorme y muy alto.

—Un cumulonimbo.

—Si tú lo dices... El caso es que el viento soplaba precisamente en dirección a esa nube. Es decir, los pescadores creían que la tormenta se alejaba y luego resulta que fue al revés.

—¿Cuánto tardó en alcanzarlos?

—Bastante, parece que llevaban más de dos horas pescando.

—Qué ingenuos. Se encontraban justo al lado de la chimenea.

—Explícamelo.

—Si te hago un dibujo lo entenderás mejor. —En el mismo cuaderno. Nubes garabateadas entre una lista de preguntas—. La chimenea tiene un principio básico: el aire caliente sube y el aire frío baja.

—Ya. Eso se aprende en el colegio.

—Exacto. Ahora supongamos que el aire estuviera excepcionalmente caliente por la razón que fuera. Llevaría días provocando la evaporación del agua marina sin que llegaran a formarse nubes. ¿Me sigues?

—Más o menos.

—Vale. Por el lado contrario, por donde estaba la nube; se acercaba un aire alto y excepcionalmente frío.

—Caray, todo es excepcional.

—Bueno, la tormenta misma lo fue. En todo el siglo, por estas tierras sólo hubo una parecida en agosto de 1979 y provocó casi una veintena de muertes entre los participantes de una regata de veleros. Pero ésa ocurrió en verano, que tiene más lógica.

—Al grano, niña; ahora eres tú quien cambia de tema.

—Cuando se juntan las dos corrientes, se produce el efecto chimenea. Al ascender, el aire caliente se enfría; pero las gotas de humedad evaporada se condensan y liberan energía. La nube absorbe esa energía, se recalienta y sigue subiendo. Ese proceso llega a reproducirse hasta cuatro o cinco veces seguidas, de tal manera que, cuando la nube ya no puede seguir recalentándose, está a más de ocho kilómetros de altura y cargadísima de humedad. Entonces, choca con la corriente fría que circula por arriba, se enfría de golpe y se precipita hacía abajo con toda la violencia acumulada, como si lo mandara Dios.

—No metas a Dios en esto, niña, que no tiene nada que ver. Y ten cuidado con el bolígrafo, que vas a pintar el mantel.

—Es que me emociono. Seguro que al abuelo le pareció una maldición divina. Piensa que mientras tanto, el aire caliente de la superficie sigue subiendo y repitiendo el proceso. Una calamidad. En esas condiciones, ni siquiera un marino tan experimentado como serían aquellos pescadores es capaz de reaccionar. Es imposible saber en qué dirección sopla el viento, por dónde te va a caer la tromba de agua...

—Eso decía tu abuelo. Al parecer, contaba que el primer golpe de la tormenta fue

el peor porque las barcas empezaron a chocar entre ellas.

—Nunca entenderé por qué no intentaron volver a tierra. Total, estaban apenas a siete u ocho millas de la costa.

—Hubo tres barcas que lo consiguieron. Tuvieron la suerte de que el viento las dispersara, alejándolas de las demás. Esas llegaron a refugiarse en el golfo, al parecer con los mástiles destrozados y, por supuesto, con la pesca perdida por la borda, pero con sus tripulaciones a salvo. Los once muertos que dejó la tormenta iban en las otras barcas, que no pudieron poner proa a tierra. Piensa que el atún se pescaba a la almadraba, con una red enorme, tendida entre todas las barcas formando un cerco. Y por la amura exterior soltaban docenas de sedales para capturar los atunes que lograran evadir el cerco. El primer golpe de tormenta las reviró a todas y se formó una maraña de redes y sedales en la que las barcas quedaron enjauladas y perdieron la capacidad de maniobra.

—Podrían haber cortado las redes.

—No les dio tiempo. O no estaban preparados. O no se dieron cuenta, yo qué sé. Tu abuelo contaba que la única voz comprensible que se alcanzó a oír en su barca ordenó precisamente lo contrario: aferrarse a la red y tirar de ella.

—Un momento. No digas que mi abuelo contaba, porque mi abuelo no contaba nada. Se murió, ¿te acuerdas?

—Vale, pero se murió meses después. Si te parece mejor, digamos que Amparo contaba que Simón le contó...

Recuerdo que anoté en la libreta: *papá cuenta que Amparo contaba que Simón le contó.*

—Da igual quién lo contara —continuó papá—. Se supone que en más de una barca se les ocurrió la misma idea funesta: tirar de la red. El resultado fue que unas cuantas quedaron casi juntas y entonces comenzó la verdadera tragedia. Llevadas en volandas por el viento y el mar, empezaron a chocar entre sí una y otra vez. Apenas se separaban cuatro o cinco metros y volvían a chocar, cada vez con más fuerza. Según contaba mi madre, papá tuvo durante los meses siguientes pesadillas en las que oía el crujido de la madera y veía saltar pedazos de barca por los aires. En uno de esos choques cayó al agua. El resto ya lo sabes.

—Mentira. Sólo sé que al cabo de tres días lo recogió un barco italiano. Siempre he pensado que ésa es la parte más inverosímil de todo este cuento. Que un carguero pueda distinguir a un hombre solo flotando en alta mar, la verdad, es como de cuento de hadas.

—Tienes razón, pero ha pasado otras veces. Si lo piensas bien, lo verdaderamente milagroso no es que lo encontraran, pues ésa era una ruta muy frecuentada por buques mercantes, sino que todavía estuviera vivo.

—Bueno, el Mediterráneo no es tan frío.

—¿Ah, no? Me gustaría verte pasar media hora de noche en alta mar en pleno invierno. Sospecho que cambiarías de opinión. Si no lo mató la hipotermia fue porque consiguió flotar sobre una madera gruesa. De otro modo, con el cuerpo entero dentro del agua, no hubiera superado ni la primera noche. Pero es que no sólo está el frío; imagínate el cansancio, el hambre...

Más material para el cuaderno: *averiguar temperatura media del agua en enero, capacidad de resistencia hipotermia, rutas cargueros italianos, otros casos de náufragos recuperados...*

—Al menos, el abuelo sabía nadar. Según tengo entendido, en esa época los pescadores no sabían; así les fue.

—Ya, pero fíjate que yo tengo una teoría al respecto. Creo que lo que salvó a mi padre fue precisamente que no nadó.

—¿Y eso?

—Él le contó a mi madre que nada más caer al agua se sintió arrastrado hacia el fondo por la fuerza del mar. Y que cuando al fin logró salir a flote vio que la corriente lo había alejado de las barcas. Unos veinte metros. Intentó nadar para acercarse, pero a la segunda brazada entendió que no tendría fuerzas para llegar. Su gran fortuna fue que cerca de él flotara una tabla de madera, un pedazo de cubierta arrancado de cuajo por uno de los golpes. De hecho, siempre he sospechado que se trataba de la tapa de la bodega en que iban acumulando el pescado a medida que salía de las redes. Algo así como un metro y medio cuadrado de madera gruesa. Pequeña, pero lisa, casi como una balsa. Se agarró a ella y no dio una brazada más para no malgastar fuerzas.

—Mucha serenidad me parece.

—Exacto. Mucha serenidad y mucha sangre fría; dos cosas de las que, si mi idea de él no anda desencaminada, tu abuelo carecía por completo. Así que, siempre según mi teoría, lo que lo salvó fue el miedo. El miedo le pedía a gritos que nadara, pero un terror mucho más fuerte, el de sucumbir al cansancio, lo paralizó. Probablemente, como todos los miedos, iría acompañado de una esperanza útil: la de que la tormenta amainara pronto y alguien saliera a buscar supervivientes.

—Cosa que no ocurrió.

—Efectivamente. Bueno, tampoco creas que duró tanto. Al parecer fueron cuatro o cinco horas, pero ya te puedes imaginar el panorama cuando por fin terminó. Mi padre se encontró en alta mar, sin ninguna embarcación a la vista, agarrado a un pedazo de madera. Para colmo, las olas amainaban; pero el viento, no. Durante los tres días siguientes no paró de soplar la tramontana ni por un instante, barriendo el mar desde la costa y empujándolo, milla a milla, cada vez más lejos.

—Sí. Se supone que cuando la tramontana entra así dura siempre tres días seguidos. Pobre abuelo.

—Y tan pobre. Ya conoces la leyenda de la tramontana. Dicen que, cuando sopla

seguido, se mete en la cabeza de la gente y la enloquece. Siempre que alguien se suicida por estas tierras, le echan la culpa al viento. Y eso en tierra seca, en suelo firme. Imagínatelo en una balsa, en alta mar. Parece que eso también estuvo presente en sus pesadillas posteriores: veía una línea fina y oscura en la lejanía y presentía que era la costa, que era su salvación, pero al mismo tiempo notaba que el viento lo iba alejando sin remedio.

—Por Dios, qué impotencia.

—Impotencia absoluta. Se ve que mi padre intentó montar un aparejo de fortuna.

—¿Un qué?

En otras circunstancias, mi desconocimiento me hubiera valido una buena regañina. En nuestro precoz aprendizaje marino, el nombre exacto de las cosas de los barcos tenía la máxima importancia. Desde los cinco años, o incluso antes, aprendimos que los camarotes no tienen puertas, sino tambuchos, que no hay en ellos cuerdas, sino cabos y escotas, que derecha e izquierda, delante y detrás, son direcciones de tierra, y un larguísimo etcétera en el que papá, tan espontáneo, tan poco maniático para otras cosas, se comportaba con un rigor exagerado. Por suerte, en esa ocasión estábamos tan enfrascados en el episodio del abuelo, que papá pasó por alto la bronca.

—Aparejo de fortuna. Cuando un barco se queda sin gobierno posible, cuando no tienes más remedio que inventarte una vela o un timón, lo llaman así. Imagínate que un temporal te parte el mástil. Atas como puedes un trozo de vela a un madero y lo levantas en mitad de la cubierta para recoger al menos algo de viento Y poder navegar, aunque sea despacio. Eso es un aparejo de fortuna.

—Caramba, no lo sabía.

—Es lo que os pasa a los marineros de agua dulce. O de playa, que...

—No empecemos con eso, papá. Sigue con el abuelo.

—Parece que logró arrancar un tablón lateral de la balsa y le ató como pudo su camisa. Más que de fortuna, era un aparejo de infortunio. No había modo de orientarlo. Encima, había tan poco espacio sobre aquella balsa que el propio cuerpo de Simón desventaba la vela. No sirvió para nada.

—Qué horror, pobre Simón.

—Imagínate.

Llevo media vida imaginándomelo. Para empezar, imagino la sorpresa ante la furia repentina del mar. Como si, de pronto, al saludar a un amigo de toda la vida, observarás que le han crecido los colmillos y entenderás que su abrazo no es un saludo amoroso sino una tenaza mortal; que no pretende palmearte la espalda, sino arrancarte el aire de los pulmones y con él la vida.

Imagino el pataleo, el esfuerzo histérico por sobrevivir a la primera embestida y flotar, flotar con la tozudez del corcho, salir a flote como única obsesión. Y luego,



horas después, la desesperación y tal vez el arrepentimiento; la angustia de constatar que pasan las horas, que cae la noche y nadie viene a por ti, la terrible conciencia de que quizás hubiera sido mejor no luchar, dejarse arrastrar hacia el fondo, sucumbir y aceptar el destino de una muerte horrible, angustiada, pero al menos rápida. Acaso trató de poner remedio a su error y no pudo. Acaso jugó con la idea de abandonarse, aflojar el abrazo de madera que lo asía a la vida y dejarse llevar. Tal vez no tuvo valor. O le faltaron las fuerzas. Incluso dejarse morir requiere un esfuerzo.

Imagino la sal. La sal en la boca, pero también en los músculos, una segunda piel de sal, entumecida y rígida. Y el tiempo envuelto en sal: interminable, inmóvil absurdo. Imagino las primeras bocanadas de aire, el fuelle desbocado en los pulmones.

Imagino su voz y me aterra. Su voz famosa, aquel regalo de la naturaleza que él creía destinado a recitar los fragmentos más exquisitos de la historia del teatro ante audiencias emocionadas y que, sin embargo, se veía ahora condenado al monólogo más patético y genuino a la vez: un grito perdido en la inmensidad, un aullido salvaje de auxilio sin más texto que la certeza de la muerte, ni otro público que la más absoluta soledad.

La noche. No una, tres noches. ¿Vio el faro? Tal vez sí; la primera noche, por lo menos. Tal vez las siguientes ya estuviera demasiado lejos. Enloquecido. Sabiendo que aquella luz despiadada iba a pasarle por encima cada tres segundos sin verlo, como si un ciego diera vueltas sobre sí mismo ignorando que, a cada vuelta, la punta de su bastón blanco señalaba a un moribundo. El mismo faro que ahora me mira a mí y señala que estoy viva.

Imagino el sueño, la bendición del sueño, el plomo en los párpados y la noción salvadora del sueño; la Idea obsesiva de que al despertar se encontraría tendido en una playa, abandonado en la firmeza de la tierra por un lametazo del mar; o tal vez incluso arrojado en su cama, abrazado al tremendo alivio de que todo hubiera sido una pesadilla. El sueño como un desmayo, como un abandono definitivo y bendito que, sin embargo, no le estaba permitido. Mil veces el miedo le abriría de golpe los ojos; mil veces lo despertaría el terror a soltarse y perder su único asidero a la vida. ¿Qué haría entonces para mantenerse despierto? ¿Repasar los recuerdos de su vida, como se supone en las novelas? ¿Recordar? Puede ser: tal vez en su mente sólo hubiera lugar para el pasado, porque el futuro era la muerte.

Ignoro si cayó en la cuenta de la tremenda ironía que significaba el sol resplandeciente y la mar tranquila que lo acompañaron durante la mayor parte de su aventura. La tramontana, el mismo viento que lo empujaba cada vez más lejos, había despejado el cielo. Contribuía a alargar su vida, o al menos su esperanza, pero tal vez sólo para hacer más dolorosa y cruel la agonía. ¿Se entretuvo en sopesar las alternativas? ¿Jugó a escoger la menos dolorosa? ¿Prefirió morir de hambre? ¿Supuso

que morir ahogado sería más atroz pero más heroico? ¿Se resistió a creer lo que le estaba ocurriendo? *Qué hago aquí*. Cuántas veces, cuántos cientos de veces se haría esa pregunta. *Qué hago aquí, qué demonios estoy haciendo aquí, en medio del mar*. Un error, pensaría, una injusticia. *No puede ser ésta la muerte que está escrita para mí*. Y lo más importante: ¿pensó en algún momento que cualquiera de aquellas muertes posibles era mejor que su vida? Se supone que Simón odiaba su vida. ¿Se olió las manos? ¿Prefirió el salitre a la cebolla? ¿Se le ocurrió que salvarse significaba regresar a la trastienda, a la mezquina libertad de los malabarismos ante un espejo que ni siquiera se dignaba reflejar su imagen?

Papá no podía contestar estas preguntas. Nadie puede, porque Simón afirmaba no recordar nada a partir del segundo día de naufragio y es muy posible que su amnesia fuera cierta; que no fuese un recurso del miedo sino la consecuencia lógica de haber pasado tantas horas en un vaivén constante entre el sueño y el abandono. De hecho, sólo podemos saber a ciencia cierta lo que ocurrió a partir del momento en, que el *Astor* lo recogió a unas veinte millas de la costa. Me gusta suponer que era de noche, que el faro de San Sebastián lo escogió en la oscuridad para que la tripulación del *Astor* le salvara la vida. En realidad, lo más probable es que fuera de día, pero no hay modo de saberlo. Incluso para ese momento necesitamos recurrir en parte a la imaginación, pues al parecer lo subieron al barco totalmente inerte y lo dieron por muerto hasta que, ya en cubierta, alguien comprobó que su corazón, agazapado en lo más hondo de la inconsciencia, emitía leves latidos lejanos.

No supo que estaba vivo hasta que, pasados ya dos días enteros desde su rescate, lo sacó del sueño la sensación de que el vaivén que lo mecía había cambiado; ya no era el constante chapoteo del mar contra la tabla, sino el contoneo lateral y mullido del *Astor*, que navegaba de través. Sin embargo, alguna constancia del rescate debió de almacenar su memoria, pues tiempo después de regresar le contó a la abuela Amparo que su constante pesadilla de maderas crujiendo y costas esquivas se veía a veces compensada por una imagen feliz. En ella, Simón veía asomar una columna de humo que se le acercaba despacio, con un regodeo casi burlón, como seduciéndolo, invitándolo a un baile, permitiéndole disfrutar de ese instante hasta que, ya al final del sueño, la columna se detenía a escasos metros y él se sabía salvado. ¿Fue así? ¿Alcanzó a distinguir a lo lejos la columna de humo que desprendía el *Astor* mientras se acercaba a recogerlo? ¿Lo imaginó después, acuciado por la necesidad de reconstruir, si no los días en blanco, al menos su final satisfactorio?

—Un héroe, el abuelo —le dije a mi padre aquella noche—. Si no recuerdo mal, la primera vez que me contaste esta historia yo tenía unos seis años. Era la versión resumida, la que me has contado siempre hasta hoy, sin naipes, coches, curanderos ni redes: sólo recuerdo mucha agua, una tormenta tremenda y un hombre, mi abuelo, que en mi imaginación peleaba a brazo partido contra el mar durante tres días hasta el

momento de su rescate. Lo contaba en el colegio, cuando nos llevaban a la piscina para aprender a nadar. Y en verano, con mis amigas. No te puedes ni imaginar mi orgullo al contarles cómo mi abuelo, frente a la misma playa en que nos bañábamos cada verano, había salvado la vida nadando. Sólo recuerdo haberme peleado a bofetadas una vez en la vida y fue porque una niña se atrevió a decir que la historia de mi abuelo era mentira. Para colmo, yo entonces imaginaba que la tormenta había durado los tres días, que el mar estaba infestado de tiburones, cualquier cosa que agrandara su gesta. Y por supuesto, Simón no flotaba agarrado a una tabla, sino que nadaba y nadaba y nadaba...

—A mí me lo vas a contar. Yo pasé toda mi adolescencia deslumbrado por la heroicidad imaginada de mi padre. Incluso me atrevería a asegurar que a esa edad, si alguna vez puse en peligro mi vida con alguna travesura mal calculada, fue probablemente para merecer algo de aquel orgullo heredado. Luego, con el tiempo, he pasado a darle menos importancia. En el fondo, Simón no hizo más que sobrevivir.

—Joder, papá, ¿te parece poco? ¿En esas circunstancias?

—No son muy distintas de las tuyas, ni de las mías. Mira, Serena, yo sé muy bien que algunas partes de esta historia me las he tenido que inventar. A mí también me contó mi madre una versión reducida, digerible y heroica; igual que yo a ti. Probablemente, a medida que iba pasando el tiempo, mi imaginación rellenó los huecos de todo lo que no me habían explicado, de lo que nunca tuve tiempo de preguntar. Tal vez incluso sustituyó lo que no me convenía creer. Pero hay una imagen que recuerdo con una claridad absoluta tal como la contaba mi madre. Si cierro los ojos, aún puedo oír su voz, incluso ver el movimiento de sus labios. Con el tiempo, todos los demás detalles de la historia del naufragio de mi padre se van diluyendo en mi memoria, pero éste no. Éste permanece como si fuera el núcleo de lo que pasó, el único dato fundamental para entenderlo todo. Al cabo de no sé cuántas horas en el *Astor*, cuando Simón recuperó la conciencia, al parecer se encontró en un camarote, acostado en un camastro, apisonado por la triple capa de mantas que le habían echado encima para que entrara en calor y, antes incluso de que su conciencia le confirmara que estaba vivo, sano y salvo, notó que le dolían las manos. Las falanges, decía mi madre. Los nudillos. Como si llevara horas apretando algo. Removió el torso lo suficiente para apartar un poco las mantas y pudo ver lo que era. Un trozo de pan. Tardó un par de minutos en entenderlo. Llevaba horas apretando entre los puños un mendrugo. De hecho, no supo de dónde venía hasta que, ya levantado y con algo de luz en el camarote, vio en el suelo, al pie del camastro, una bandeja con una taza de caldo ya fría. Un trozo de pan. ¿Entiendes? Ésa era la especialidad de mi padre: agarrarse a las cosas mínimas que mantienen la vida. Agarrarse a una madera flotante, a un mendrugo de pan, igual que se agarró siempre al deseo de tener otra vida, al sueño de ser un gran actor. Si ése es el gesto de los

héroes, todos lo somos. O casi todos. No sé si me entiendes.

—Desde luego, también es triste.

—¿El qué?

—Su destino. Sobrevivir a un trance como ése contra todo pronóstico, para morirse apenas unos meses después.

—La verdad es que, a partir de entonces, su vida fue un rosario de problemas. De hecho, no hace falta demasiada imaginación para entender la sucesión de acontecimientos que encadenan las circunstancias del naufragio con su muerte. Fue como si en la historia de su vida cayera un borrón de tinta tan fuerte, tan espeso, que traspasó al papel y manchó todas las páginas que venían detrás. Pero supongo que la culpa de eso ya no es suya, sino de su padre. Al menos, en parte.

—Un poco cabroncete sí era tu abuelo, ¿eh?

Recuerdo que se lo dije así, en diminutivo, como para quitarle importancia. No hacía falta. En la historia oficial de la familia, al padre de Simón le ha tocado el papel de malo, por mucho que papá se empeñara en relativizarlo a veces.

—Bueno, yo no puedo hacer más que intentar comprenderlos a todos. Probablemente, mi padre no supo transmitir la noticia de la mejor manera. Piensa que tardaron cuatro semanas en llegar al puerto de Buenos Aires. Ignoro cuál era el protocolo obligado para estos casos. Supongo que el *Astor* anunciaría de algún modo el rescate de un náufrago en alta mar, pero es fácil imaginar que nadie relacionara aquel joven flotando sobre los restos de una barca de pesca con un almacenero de verduras desaparecido en Barcelona. No sé. El caso es que nadie supo nada de él hasta que, ya desde Buenos Aires, envió a su padre un cable para hacerle saber que estaba vivo.

—¿Lo conservas?

—Qué va, ya quisiera yo. Supongo que su padre lo rompió inmediatamente después de leerlo.

—¿Sabemos al menos qué decía?

—Poca cosa. Algo así como: ESTOY BIEN STOP CUANDO VUELVA LE CUENTO.

—Caray, qué lacónico. O qué cachondo, vete a saber.

—Bueno, ponte en su lugar. ¿Qué iba a decir en un telegrama? UN TAL ALFONSO STOP APUESTA STOP MALESPINA STOP ATUNES STOP NAUFRAGIO STOP ASTOR STOP BUENOS AIRES STOP. Sin duda, conocía de sobras el carácter intransigente de su padre y sospechó que no lo iba a creer, contara lo que contara. Tal vez pensó que lo más urgente era hacerle saber que estaba vivo y que, al volver, en persona, tendría más posibilidades de convencerlo de que aquella historia rocambolesca era cierta.

—Pues fracasó.

—Sí, fracasó. Probablemente, cualquier mentira bien intencionada hubiera sido mejor recibida por su padre. Hay muchos detalles que complican esta parte de la historia. En primer lugar, en Barcelona nadie se habla enterado de la tormenta, ni de los once muertos. Ni siquiera el tal Alfonso, el del coche, que se volvió para casa en cuanto zarparon los barcos y por lo tanto ni llegó a ver caer las primeras gotas. Además, como Alfonso formaba parte de la pandilla del teatro, era un absoluto desconocido para el padre de Simón. Por supuesto, la prensa no mencionó la tormenta. Eso lo puedes comprobar en la hemeroteca si quieres, pero ya lo hice yo hace años. Ningún diario de Barcelona dio noticia de la catástrofe. A lo sumo, alguna brevísima referencia al mal tiempo, a la ola de frío que al parecer hubo después. Nada más. Hoy día parece imposible, pero entonces no lo era. Sospecho que la vida de los pescadores de un pueblecito de la costa no era material informativo de primera necesidad para los lectores de prensa de la ciudad.

—¿Y cómo puede ser que no avisaran ellos mismos? Los supervivientes, quiero decir. Los pescadores.

—¿A quién? Nadie sabía nada de mi padre: quién era, de dónde venía. Y no te olvides de la época. El primer teléfono del pueblo se instaló en el Hotel Mediterráneo en 1934. O sea, doce años después. Piensa que vivían en tal estado de incomunicación que, cuando se desataba una tormenta en plena noche, los pescadores se avisaban entre sí para poner las barcas a buen recaudo tirando puñados de arena a las ventanas. Probablemente darían cuenta a la Guardia Civil, pero dudo que nadie pudiera ofrecer siquiera un retrato remotamente parecido de Simón. Recuerda que nunca lo habían visto antes. Acababa de aparecer, en mitad de la noche. Sólo quienes iban en su misma barca tuvieron ocasión de verle bien la cara, suponiendo que no estuvieran demasiado ocupados en el ajetreo de la pesca. Cabe incluso que ni le preguntaran su nombre. Y mucho menos su apellido.

—¿Y su padre no lo buscó?

—Claro. Bueno, no sé, lo doy por hecho. Faltaría más. Supongo que acudió a la policía, pero igual estaba convencido de que su hijo se había fugado de casa con alguna compañía ambulante de teatro. Tal vez transmitió esa convicción a la policía, que en consecuencia no pondría demasiado afán en la investigación. Vete a saber. No olvides que yo no conocí a mi abuelo. Y mi madre sólo habló con él una vez en la vida. Alarmada por la ausencia de Simón, localizó a Alfonso porque los había visto irse juntos la noche de la apuesta. Alfonso no supo darle ninguna explicación. Lo había dejado pescando en Malespina. Ella se armó de valor y fue a buscar a Simón a su casa, creyendo que su padre lo habría castigado. El padre le dijo que no sabía nada de él y que el hecho de que ella tampoco supiera indicaba a las claras que Simón nunca la había querido de verdad y que sus escarceos con ella habían sido puro entretenimiento... En fin, todas esas cosas. Al parecer, la echó de malos modos,

preguntándole con qué derecho se atrevía a preguntar por Simón, siendo como era la culpable de su mala vida. El vínculo quedó roto para siempre. No tengo manera de saber su versión. No sé qué hizo durante los dos meses de ausencia de mi padre. Que, por cierto, ni siquiera era mi padre todavía, porque Amparo aún no estaba embarazada. Apenas puedo interpretarlo a partir de su comportamiento posterior, cuando Simón volvió a casa y...

—Un momento. Un momento. ¿Cómo que volvió a casa? Estábamos en Buenos Aires. ¿Cómo volvió?

Me exasperaban las dudas, la enorme lista que seguía creciendo en mi cuaderno, con preguntas cada vez más contundentes: *confirmar duración de trayecto a Buenos Aires. ¿Telegrama? Otra vez el tal Alfonso. Hemeroteca, por si acaso. Averiguar si hubo denuncia.*

—A ti qué te parece. En un barco.

—¿Qué barco?

—No sé cómo se llamaba. Sé que Simón pasó cinco o seis días en Buenos Aires esperando que saliera algún transporte hacia Europa. Supongo que volvió en algún carguero. Incluso en el mismo *Astor*, que tal vez regresara después de descargar allí.

—Ya, pero...

—Pero nada, Serena, pero nada. ¿Te crees que yo no tengo preguntas también? ¿Cómo pagó el billete? ¿Dio la casualidad de que encontró un buque cuyo itinerario incluía Barcelona? ¿O tuvo que desembarcar en cualquier otro puerto europeo y seguir el trayecto por tierra? Hay más preguntas que respuestas, Serena. Eso es lo que pasa con los muertos. No le des más vueltas. Además, me estás pidiendo que haga justo lo que no quieres que haga.

—¿Cómo?

—Me acusas de haber construido una leyenda, de haberte contado como si fueran hechos probados cosas que en realidad son fruto de mi imaginación.

—Hombre, tanto como acusarte...

—Llámalo como quieras. En cambio, cuando te digo que no hay manera de saber algo, casi me exiges que me lo invente.

—Está bien, tienes razón. Perdona. Cuéntame lo que sepas.

—El domingo, 19 de marzo de 1922, Simón llegó a casa no sé a qué hora. Creo recordar que era de día. Llamó a la puerta. Su padre abrió, se quedó pasmado un segundo como si hubiera visto aparecer un fantasma y luego, sin mediar palabra, le cruzó la cara de un bofetón.

—Qué bestia.

—Torpe. Debía de ser más torpe que bestia. De todos modos, el bofetón fue poca cosa, comparado con lo que vino después. Sentó a su hijo a empujones allí mismo, en una sillita que había en el recibidor y, entonces sí, le dio la oportunidad de explicarse.

—¿Y?

—Y nada. No se creyó nada. Patrañas, mentiras y excusas. Simón ni siquiera pudo completar el relato porque su padre lo interrumpía cada dos por tres: «Ni una mentira más, Simón», le gritaba. «Dos meses, llevo dos meses sufriendo, dándote por muerto, y ahora me vienes con una novelita de aventuras. ¿Qué pretendes? ¿Hacerte el héroe? Por última vez te exijo que seas valiente y digas dónde estabas. Peor castigo merece la mentira que la verdad, por muy terrible que sea». Porque se ve que el abuelo era así: medio analfabeto, pero grandilocuente.

—Pobre Simón, pobrecito. Qué coñazo. No me lo quiero ni imaginar. Tres días de naufragio, no sé cuántos de inconsciencia en el *Astor*, cuatro semanas más para llegar a Buenos Aires, otras tantas para volver y te reciben con un sermón insoportable.

—Lo peor vino luego. Al final...

—Espera. Hay algo que no encaja. Supongo que Simón tendría alguna prueba, ¿no? Yo qué sé, al menos el billete del barco de vuelta.

—Claro. Incluso tenía una carta del capitán del *Astor*, en la que contaba las circunstancias de su rescate en alta mar.

—¿La has leído?

—No. Mi madre sí la leyó. Incluso decía que la había conservado durante un tiempo, pero yo nunca pude verla. No sé qué se hizo de ella. Se perdería en cualquier viaje, supongo. Como íbamos de pueblo en pueblo... Vete a saber.

¿*Billete de vuelta? Buscar rastro carta Astor*. La lista de mi cuaderno seguía creciendo.

—Qué pena. Me encantaría verla. Bueno, ¿y eso no bastó para convencer al bruto?

—Qué va. Esa carta fue precisamente el desencadenante de lo que vino después. Supongo que si papá la hubiese llevado en la mano, sí la hubiese esgrimido nada más abrirse la puerta, no le habría ahorrado el primer bofetón, pero sí el castigo posterior. Sin embargo, tardó mucho en enseñarla.

—Qué tonto, con perdón.

—O qué orgulloso. Yo creo que fue más por orgullo. Simón quería que bastara su palabra y verse obligado a mostrar una prueba le parecía una bajeza. Bueno; por lo menos, ésa es mi teoría, pero no había nadie con ellos, o sea que no hay testigos. Además, según mi madre, a él no le gustaba hablar de eso. Lo siento, Serena, pero aquí sí que sólo podemos imaginar. Yo creo que no sacó la carta del bolsillo hasta que su padre dio un puñetazo en el respaldo de la silla y le soltó la amenaza que ya te he contado otras veces.

—No importa. Repítelo.

—Le dijo: «Ni una mentira más, Simón. Tienes exactamente un minuto para decirme la verdad. Mírame a los ojos. Y procura que me lo crea. Si no, te juro que te

encierro en tu habitación ahora mismo y no sales hasta que seas mayor de edad».

—Qué estupidez, si ya lo era.

—De eso nada. Entonces la mayoría de edad se obtenía al cumplir los veintiuno y Simón tenía diecinueve. O sea que la amenaza era por dos años.

—Vale, sigue.

—Simón sacó la carta del bolsillo, se la entregó y dijo: «Piense usted lo que quiera, padre, y actúe en consecuencia. No quiero discutir más. Ya sólo tengo fuerzas para acostarme».

—... para acostarme. —Mi voz duplicaba la de papá como si estuviéramos recitando una vieja oración. Me sabía de memoria aquella respuesta del abuelo.

—Veo que te acuerdas.

—Claro, me lo sé de carrerilla. Era un cuento, papá.

—¿Quieres decir que es mentira?

—No, quiero decir que era un cuento. Hamlet no dijo: «No sé qué hacer con mi vida». Ni: «Seguir viviendo o suicidarse», ¿verdad? Dijo «ser o no ser». No se puede contar esa historia sin mencionar esas palabras. Con el abuelo pasa lo mismo. A lo mejor dijo: «Ya está bien, padre; me voy a la cama». O algo como: «Si no se lo quiere creer, no se lo crea, pero déjeme en paz, que estoy muy cansado». Cualquiera cosa, vete a saber. Como tú mismo dices, no hay testigos, nadie sabe cuáles fueron las palabras exactas. Sin embargo, estoy segura de que si le preguntas a mis hermanos, se las saben de memoria como yo. Porque era un cuento. Y después de decir exactamente «ya sólo tengo fuerzas para acostarme», Simón dejaba a su padre con la palabra en la boca y se iba a su habitación. Luego, el ogro le imponía «un severo castigo». Así: «Un severo castigo». O sea, el encierro. Y ahí se acaba el cuento, ¿no?

—Bueno, en realidad el final era un poco más jodido. Eso sí que recuerdo que decidí no contároslo. Y no me culpes por ello. No olvides que erais críos. Se supone que, con esas palabras, o con las que sea, Simón renunció a convencer a su padre, le entregó la carta del capitán del *Astor* y se metió en su habitación. Mi abuelo no sabía italiano, claro. No sé si entendió alguna palabra suelta, o si pensó que era la última tomadura de pelo. Probablemente entendió que algo habría de cierto en todo aquello y no pudo soportar la humillación de haber cometido un error tan gordo. Echó a andar detrás de su hijo, se metió con él en la habitación y redobló el interrogatorio hasta que Simón tuvo un momento de debilidad. Quizá fue por cansancio, por buscar la manera de poner fin a la molesta tozudez de su padre. O quizá de nuevo por orgullo: a lo mejor entendió que estaba a punto de ganar la partida y se permitió el lujo de confesar la mentira menor, la que había dicho dos meses antes. O no tuvo más remedio. A lo mejor se vio obligado a hacer alguna concesión para que su padre aceptara de una vez por todas la historia del naufragio. El caso es que en mitad de la bronca, Simón reconoció que aquella noche lejana, la noche del principio de toda



aquella historia, casi dos meses antes, al salir de casa no había ido a estudiar con sus amigos, sino al teatro, al maldito teatro.

—¿Y entonces?

—Entonces su padre enloqueció. Se puso a gritar: «¿Lo ves? ¿Ves como no haces más que mentir?». Y empezó a pegarle. Primero con la carta abierta en la mano, como si lo fustigara. Luego, soltó la carta y le arreó dos o tres puñetazos. Después, cuando lo tuvo en el suelo, le empezó a dar patadas por todo el cuerpo hasta que lo dejó hecho un mapa. Todo eso, sin dejar de gritar: «¿Lo ves? ¿Lo ves?».

—Hostia, papá. Eso sí que no me lo habías contado.

Papá estaba llorando. Era la primera vez que lo veía llorar. La segunda, y última, fue hace tres semanas, cuando nos dieron la noticia de la muerte de mamá. Dos llantos bien distintos: en aquella ocasión, le caían lagrimones de alivio, gruesos y espaciados. Alargué una mano para tocarle la cara.

—Lo siento. Hablemos de otra cosa, si quieres.

—No, tranquila. Me sienta bien hablarlo. Creo que nunca se lo he contado a nadie. Bueno, quizás a tu madre, hace muchos años. Y esto no tiene nada que ver con los cuentos. De hecho, parece que mi padre nunca quiso mencionarlo, pero cuando lo vio Amparo, a pesar de que habían pasado más de dos semanas, tenía aún las marcas de la paliza en el cuerpo y no lo pudo esconder. La cara amoratada, dos costillas rotas...

—¿Y por qué no se defendió? Total, era joven y fuerte. Con tanto trabajo en el almacén, debía de tener unos brazos...

—Vete a saber. Yo también me lo he preguntado muchas veces. Desde luego, por lo que sé de él, no creo que fuera por falta de rebeldía. Ni mucho menos por exceso de respeto a su padre.

—¿Entonces?

—A veces pienso que su venganza fue precisamente dejarse pegar. Que mientras su padre lo golpeaba en pleno ataque de histeria Simón estaba muy lejos de allí. Es como si, al permitir aquella atrocidad, estuviera armándose de razones para preparar lo que, en el fondo, había deseado toda la vida: desaparecer de aquella casa para siempre.

—O sea, que le dieron encierro, pero él escogió destierro.

—Bueno, Simón no conocía la historia de Li Po. Pero sí, supongo que sí, que al oír que su padre abandonaba la habitación y cerraba la puerta con llave Simón supo reconocer en aquel ruido, por mucho que lo encerrara temporalmente, el primer paso de su libertad.

—Entonces, aún lo entiendo menos.

—¿Qué es lo que no entiendes ahora?

—Que volviera a casa. ¿No dices que siempre había deseado desaparecer?

¿Librarse de su padre de una vez por todas? Entonces, ¿por qué volvió? Podía haberse quedado en Buenos Aires. Su padre lo hubiera dado por muerto, o desaparecido, y él habría podido empezar una nueva vida.

—Buena pregunta, Serena. No lo sé. Tienes razón. Toda la vida soñando con la libertad y luego va y la rechaza justo cuando el azar se la pone en la mano. A lo mejor el problema fue precisamente ése.

—¿Cuál?

—Que era un regalo. Lo despreció. Quizá no le pareció digna una libertad que no era fruto del esfuerzo.

—Entonces, perdona que te diga pero se lo merecía. Por parecerse demasiado a su padre.

—Puede ser. Tal vez tengas razón. Yo qué sé. No olvides que Simón sólo tenía diecinueve años. Y que hablamos de 1922. También hay que pensar que él no quería sólo huir. O sea, no huir a cualquier parte. Quería dedicarse al teatro. Y su única puerta al teatro era Amparo. O sea, Barcelona. No sé.

—¿Y tú nunca intentaste ponerte en contacto con tu abuelo? ¿No tenías curiosidad? Aunque sólo fuera por verle la cara...

—No. Sí. Quiero decir, no lo intenté y sí tenía curiosidad. Muchas veces le preguntaba por él a mi madre. Ella nunca quiso presentármelo. Simón juró que, si lograba fugarse, nunca volvería a verlo. Luego va, se fuga y se muere. Así de simple. Entonces nací yo. ¿Qué iba a hacer mi madre? ¿Presentarse en casa de mi abuelo y decirle: «Hola, soy Amparo, la costurerita, y este bebé tan mono es su nieto Julio, hijo de Simón, quien, por cierto, murió justo después de dejarme embarazada...»? No tenía ningún sentido. Incluso por lealtad a Simón. Tal vez mi abuelo me hubiese aceptado, pero eso no hacía sino empeorar las cosas. Significaba ponerme a mí en el lugar del que mi padre siempre había querido huir. Luego, cuando pude tomar esa decisión por mí mismo, no quise saber nada de él, porque el odio se hereda. Y al pasar los años, cuando por fin logré verlo como un pobre desgraciado, y no como el culpable de todos los infortunios de mi familia como hasta entonces, ya era demasiado tarde. Probablemente él había muerto ya. Además, era mucho más conveniente olvidar. Mi vida ya estaba armada en otra dirección. Suponiendo que siguiera vivo, ¿para qué iba a verlo? Ya ni siquiera tenía reproches para él.

*Por qué volvió Simón. Verdaderas razones de Amparo para no entrar en contacto con su padre. ¿Es posible averiguar algo de él? Azuera no es un apellido tan común. Dónde vivían.*

—Puede ser. De todas formas, yo creo que tu madre te escondió muchas cosas. No puede ser que ni siquiera sepas en qué calle vivía tu padre.

—Sí puede ser. Te parecerá extraño, pero sí puede ser. De hecho, es. Sé que vivía en el barrio de la Ribera, probablemente cerca del almacén porque iban a pie cada

mañana. Pero no sé más.

—¿Nunca se lo preguntaste a la abuela Amparo?

—A ti qué te parece. Claro que sí.

—¿Y?

—Y nada.

—Imposible. Ella tenía que saberlo por fuerza.

—Sí. Nunca dijo que no lo supiera. Dijo que yo no necesitaba saberlo, que son cosas distintas. Cuanto más le preguntaba, más se negaba a contestar. Mira, mi madre decidió que a mí no me convenía recuperar ningún vínculo con la familia de Simón. No la puedes culpar por eso. Yo le estaba preguntando por un tipo que para ella, en última instancia, era el responsable de la muerte de su novio. El culpable de todos sus problemas. Y de los míos. Tomó una decisión. Trazó una línea en el suelo y dijo: ahí está el pasado; aquí empieza la vida. ¿Se equivocó? No tenemos derecho a juzgarla porque no podemos ponernos en su lugar.

—Yo no quiero juzgar a nadie, papá. Yo sólo quiero saber.

Hace frío. Es seco, agradable; lo trae la tramontana. No sé qué hora es. Camino por la terraza. Necesito descansar. Me aturde un poco este barullo, esta maraña de historias cuya única certeza radica en lo que alguien contó que alguien le contó a alguien. En lo que alguien decidió no contar a nadie. No es una queja. Precisamente eso es lo que buscaba cuando me he puesto a escribir: un poco de aturdimiento, algo que me permita cerrar los ojos y caer rendida de puro cansancio. No llevo puesto el reloj, pero calculo que serán casi las cuatro de la madrugada. Casi agoto el cuaderno.

Sigue dando vueltas el faro, resbalando cada 3,47 segundos sobre el papel. Apenas me da tiempo a escribir cuatro palabras nuevas y ya vuelve a pasar, bañándolas de luz, como si se atreviera a corregirlas. O como si quisiera contribuir a esta historia. Tal vez con el recuerdo de una vieja frustración. Hace veinte años, después de aquella conversación con papá, le pedí que me contara en detalle las investigaciones que él mismo había hecho en su momento. Estaba convencida de que en algún lugar se le había escapado una pista, algún detalle insignificante en apariencia pero que, debidamente ubicado en relación con los demás, sirviera para iluminar todas las incógnitas de aquella historia. La famosa pieza clave del rompecabezas. Una respuesta. Una sola que me permitiera encadenar las demás.

Nada. Ni rastro del *Astor*. Imposible encontrar en Malespina alguien que guardara memoria concreta del temporal del 22. Había pasado demasiado tiempo. Durante décadas, todos los registros civiles en los que constaba cualquier acontecimiento relacionado con el pueblo, fueran bodas o bautizos, nacimientos o muertes, temporales o grandes pescas milagrosas, se conservaron en la iglesia. En los primeros días de la guerra civil, alguien le pegó fuego a la iglesia. Adiós, papeles. Adiós, memoria. Durante años, pasé decenas y decenas de horas leyendo periódicos de la

época, libros apenas remotamente relacionados con la historia de la pesca a principios del siglo xx, antiguos diarios de navegantes... Sólo encontré una referencia, que al fin resultó ser también una vía muerta: *Voces del viejo mar*, un libro de Norman Lewis que narraba su estancia en Malespina en los años cuarenta. Lewis dedica un capítulo entero a la pesca del atún y en él menciona a un hombre arrojado al mar en plena tormenta en enero del 22 y del que nunca más se supo nada. Apenas una nota marginal en un texto lleno de detalles preciosos, pero inútiles, sobre barcas, redes, usos y costumbres de los pescadores. Tenía el valor de confirmar lo que ya sabíamos, pero no aportaba nada nuevo. A pesar de eso, papá me felicitó como si hubiera desenterrado la joya más importante de la familia. Entonces me habló por primera vez de la libreta del faro y me animó a consultarla, aunque él mismo lo había hecho mucho antes inútilmente.

La primera vez que subí al faro en busca de esa libreta, estaba tan emocionada que se me salía el corazón por la boca. Entonces no sabía que en lugar de una nueva pista sólo iba a encontrar la última frustración, tan grande y definitiva que incluso puso fin a mis esfuerzos. Fue como si, después de pasar dos años cavando arena con las uñas, hubiera dado al fin con el cofre del tesoro enterrado, sólo para descubrir que estaba vacío. Pocos años después, al terminar mis estudios de Meteorología, los datos recopilados en aquella investigación tan frustrante sirvieron al menos para documentar mi tesina de fin de carrera. No hay mal que por bien no venga.

Desde finales del siglo xix hasta 1968, todos los faros de España conservaban un registro llamado «Libreta de estados de las tempestades». Hoy, los correspondientes a todos los faros de la Costa Brava se conservan en el Archivo Histórico de Girona. Cada año, una libreta. Me encanta ese nombre: estado de las tempestades. Como si una tempestad no fuera algo que ocurre de pronto, algo que viene y se va, sino una presencia agazapada y permanente, una fiera cuyo humor se vigila. Ése fue el tema de mi tesina y tuve la suerte de tocar con mis propias manos aquellos documentos: cuadernos apaisados de tapas rojas y papeles toscos, inflados por la humedad. Cuando el tiempo se embravecía, el farero anotaba en una página los datos meteorológicos simples que se manejaban en esa época: hora de principio y fin de la tempestad; humedad, temperatura y dirección del viento al principio y al final de la misma; cantidad de agua recogida por metro cúbico. En el dorso de la misma página, con ese trazo peleón de cuando se escribía con plumilla, el farero apuntaba sus impresiones personales y, con el estilo rimbombante propio de los tiempos, se demoraba en apreciaciones casi poéticas sobre truenos y relámpagos, espesor de las nubes y violencia de la mar. Antes de firmar, se despedía siempre con el mismo comentario final: «No se sabe que haya ocurrido novedad alguna en los alrededores de este establecimiento». Decenas de tempestades cada año y siempre el mismo comentario, como si la misión del farero no consistiera en levantar acta de la

tempestad, sino de la paz que la sucede. Incluso encontré un parte, firmado el 17 de julio de 1916, con la siguiente variación: «En la villa inmediata a este faro cayó una chispa eléctrica matando a un niño de cinco años de edad estando durmiendo, sin más novedad, que yo sepa, en los alrededores de este establecimiento». La cita es literal, incluido ese brutal «que yo sepa», una concesión al beneficio de la duda mencionada como de paso, casi sin querer. Cuando decimos «que yo sepa», estamos diciendo «seguro que hay algo que no sé». Podría recitar ese informe de memoria. Y otros muchos. He pasado horas interminables en ese archivo, subyugada por el lenguaje antiguo de aquellos fareros, que eran meteorólogos sin saberlo, desconcertada por la cantidad de literatura que eran capaces de derramar para describir una simple nube. Entonces las certezas se obtenían por extensión: necesitaban un párrafo para cada cosa que describían; se aseguraban de matizar hasta el hastío su aspecto, el color, la profundidad, una larga serie de datos que, sumados, aspiraban a representar la realidad con la mayor aproximación posible. Hoy es al revés. Cuantas menos palabras, más preciso. Y si se pueden sustituir por un número, un código, mejor. Entonces se rompían los ojos mirando el cielo. Hoy, se puede predecir el tiempo con bastante exactitud sin apartar la mirada de una pantalla.

Ya digo que todo eso lo vi años después, al documentar mi tesina. La primera vez que subí al faro, en cambio, me importaban un rábano las nubes y las palabras. Sólo llevaba una fecha grabada en la frente: 11 de enero de 1922. Papá me había explicado que no iba a encontrar ninguna página encabezada con esa fecha. Es más, me advirtió que la página correspondiente a ese día estaba arrancada. Arrancada sin mayor cuidado ni disimulo, con un pedazo todavía pegado a las costuras de la libreta como prueba hiriente de que esa página había estado allí hasta que alguien la hizo desaparecer con un tirón despiadado. Vía muerta. Años después, cuando empecé a documentar la tesis, habían trasladado ya las libretas del faro al archivo de Girona. Era más conveniente, porque así se podían consultar todas a la vez, compararlas con las de otros faros. Fui tantas veces que terminé por ganarme la complicidad de las funcionarias del archivo. Les conté lo que buscaba, les enseñé la página arrancada. Una de ellas quiso ayudarme con una teoría que explicara su ausencia. Creía recordar que los fareros escribían aquellas notas por triplicado. Conservaban el original en la libreta y enviaban una copia a Barcelona y otra a Madrid. Tal vez, sugirió la funcionaria, si realmente se trataba de una tormenta extraordinaria, con muertos y todo, el farero había decidido arrancar la página de su propia libreta para enviarla con la mayor urgencia a Madrid, o a Barcelona, pensando que ya redactaría las copias en otro momento. Otro momento que no llegó nunca, pues en ningún lugar hay rastro alguno de esas copias. Le di las gracias. Una explicación perfecta. No sé por qué, en toda esta historia, las únicas explicaciones perfectas son las que no llevan a ningún sitio. Sanseacabó. Una bofetada en la cara de mi curiosidad. Aún tardé meses en

aceptar la derrota. No quiero ni recordar la cantidad de archivos municipales que visité, las instancias que llegué a presentar ante no sé cuántas direcciones generales y secretarías de estado. Inútil. La página arrancada se perdió para siempre en las brumas de la burocracia. O me perdí yo. El caso es que nunca nos encontramos.

Ahí abandoné. Qué otra cosa podía hacer. Si hubiera estado en mi poder la facultad de hacer hablar a los muertos, no habría dudado en usarla. Habría interrogado al mismísimo Simón. O a Amparo. Me obsesioné con Amparo. Cuando ella murió, yo acababa de cumplir diez años. Repartí culpas inútiles: la mía, por la lentitud de mi curiosidad, que había tardado por lo menos otros cinco años en despertarse; la suya, qué sé yo, por no esperarme. La abuela se convirtió en una pesadilla recurrente. La veía en mis peores sueños, sentada en la penumbra emitiendo el inconfundible sonido de sus agujas de calceta al entrechocar. En el sueño era un ruido molesto, entrometido, como de reloj de pared. Yo me acercaba a pedirle que no siguiera y, sólo cuando llegaba a poco más de un palmo de distancia, me daba cuenta de que no eran hebras entrelazadas lo que salía de sus agujas, sino algas: algas húmedas y apestosas en las que se enredaban ojos de ahogados, pieles de mandarina y palabras en italiano; raspas de peces muertos y naipes sueltos...

Qué extraño. Ha hecho falta que el faro me trajera esos recuerdos para darme cuenta de que aquellos sueños no eran muy distintos de los que sufro ahora. Tener dos ahogados en la misma familia no está al alcance de cualquiera. No puedo decir que los sueños sean idénticos. Son peores éstos, los de ahora. Son mucho peores, porque en ellos veo desintegrarse los pechos de mi madre, los veo en el agua como si fueran montículos de arena de los que brotan de repente miles de cangrejos minúsculos. Son mucho peores porque en éstos aparezco yo, con los ojos vendados, y sé demasiado bien lo que significa eso. Sostengo un niño en una mano. Con la otra, rastreo el fondo, sin darme cuenta de que los cangrejos me están mordisqueando, sin darme cuenta de que me arrancan las uñas para que mis manos se parezcan a las manos de mi madre.

*Hay dos razones fundamentales para mantener este equívoco y aún no sé si son la misma: la vida y la muerte.*

*Primero la vida, que está allá. No me he vuelto loca, ni me ha dado por la filosofía barata. Allá quiere decir en Barcelona, o en Malespina. Y la vida quiere decir... no sé, lo que todos entendemos por la vida: la suma de las cosas que haces, lo que te va pasando a ti y a tu gente. Lo que ocurre es que a mi edad pasar, lo que se dice pasar, no pasan muchas cosas. Eso lo acepté hace años; sé que me toca vivir por delegación. En realidad, no sé nada. Ésa es la verdad. Siempre creí que este momento me cogería preparada, pero no ha sido así. Ni siquiera sé muy bien cuáles son las opciones que me ofrece la vida. Sospecho que mis pocas amigas han sabido adaptarse mejor que yo al paso del tiempo. Cada una a su manera. Unas dedicándose a sus maridos con esa abnegación que a mí me parece ridícula, pero que no censuro. Nadie las obliga, o sea que por algo lo harán. Simplemente, no soy capaz de verme en ese papel. Claro que me ocupo de Julio, y más que nunca a lo largo de estos últimos años, desde que no es capaz de valerse por sí mismo. Pero no lo considero el centro de mi vida. Otras han convertido su mundo en una especie de gran parque temático. Hacen cursillos de cocina japonesa, coleccionan alfarería popular, toman clases de pintura, yo qué sé. No las crítico; al revés, confieso que me provocan cierta envidia. Veo que se divierten e incluso es probable que todas esas actividades, por mucho que yo no sepa verles ninguna utilidad, les sirvan de gimnasia neuronal, que a nuestra edad debe de ser importante. Me invitan a acompañarlas. Me dicen que me hará bien, que es bueno hacer cosas distintas. No sé muy bien en qué consisten exactamente esas cosas distintas. No logro que me interesen.*

*O sea que me queda la familia. Verlos crecer, como se dice. Bueno, tengo sólo un nieto de veinte años y no creo que vaya a tener más. Alberto ya no tiene edad para embarcarse otra vez en esa aventura. La única descendencia que dejará Pablo, sí es que deja alguna, quedará escrita en una partitura. En su cadena genética no hay cromosomas, sino corcheas, fusas y semifusas. Serena aún podría ser madre si se da prisa, pero no veo cómo. Nunca ha encontrado al hombre adecuado, ni lo va a encontrar. Quiero decir, al hombre que ella pudiera considerar adecuado. Algo falla. Se supone que todas las hembras del reino animal buscan al macho más perfecto disponible para la procreación. A ella se le olvidó lo de «disponible». Serena busca al hombre perfecto. Y como eso no existe, estamos como estamos. Bien, ningún problema. Como dice ella misma, hace años que la condición femenina no se define por la maternidad. Sólo que si todas pensaran igual se acabaría la humanidad, pero eso ya no es cosa mía. Además, un hijo tal vez contribuiría a arreglar alguno de los problemas de Serena, pero no cambiaría los míos. No soy una de esas abuelas canguro. Temo que nunca hice a Luis el caso suficiente y, aun sabiéndolo, dudo que*

otro nieto fuera a cambiar mi actitud.

O sea que tengo lo que tengo. Como dice Luis: es lo que hay, abuela. Alberto, Pablo, Serena, Julio y mi nieto. Ésa podría ser mi vida. El problema es que cuando los miro veo las cuatro caras de una mentira que preferiría ignorar. No los estoy acusando de nada; es un poco tarde ya para repartir culpas, y además me temo que le tocarían todas a Julio. Me limito a constatar un hecho del que tengo pruebas irrefutables, pruebas físicas, concretas. En el tercer cajón del segundo archivo de mi estudio, en Barcelona, hay una carpeta azul con una etiqueta: JULIO. Hay tres cosas dentro. El retrato que me pintó cuando nos conocimos; el grano de arena que me regaló la misma noche en que decidimos casarnos; y un papel, un documento que demuestra la mentira de Simón y del que prefiero no hablar. Tres mentiras de naturaleza distinta. Las dos primeras, según cómo se mire, son hermosas. Hijas del enamoramiento y por lo tanto falsas, o al menos, como dicen hoy en día, distorsionadas; pero hermosas. La tercera, en cambio, es desagradable. De hecho, la amargura que me provoca es una de las razones que me trajeron aquí y no vine precisamente a regodearme en su recuerdo, sino al contrario, a olvidarla, a enterrarla en estos lodos. No juzgo a Julio por esa mentira, de la que en cualquier caso él sería la primera víctima. Tuve ocasión de hacerlo cuando la descubrí, pero opté por callarme, así que no voy a acusarlo ahora. Además, ya he perdido esa batalla. La ganó el tiempo. La mente de Julio ya no responde; ni siquiera un contraste traumático con la verdad lo sacaría de la deriva.

Tal vez mi silencio me haga cómplice, pero no me vuelve ciega. No me impide ver cómo la mentira de Julio ha teñido nuestras vidas. Veo a mis hijos y me molesta ver en ellos las famosas tres vidas de Simón. Alberto, el abogado que Simón hubiera sido si llegan a cumplirse los supuestos designios de su padre. El tozudo, el empedernido, el superviviente. Pablo, el artista que Simón quería ser. Estoy orgullosa de tener un hijo como él. No conozco demasiadas personas que me gusten tanto, y no dicta mis palabras ninguna ceguera maternal. Desde crío se empeñó en ser artista por dar satisfacción a su padre y lo consiguió. No siempre comprendo su música, a veces incluso me parece dolorosa, pero admito que consiguió ser artista. El precio de semejante logro es un mundo que sólo él puede habitar, un mundo complejo, bien construido, sólido y dotado de la voluntad de superar el tiempo. Esos son, si no ando muy equivocada, los atributos de las buenas mentiras.

A Serena, como siempre, le tocó la peor parte. De las tres vidas de Simón, ella heredó la de los trabajos forzados en el almacén de la verdad. La vida de sacrificios inútiles, de monólogos eternos. Y si dicen que Simón recurría a los juegos malabares para evadirse del almacén, ella busca la huida en las nubes. A los siete años ya se quedaba embobada mirando el delo y contando nubes. Su primer amor fue una isobara. Ahora tiene ya treinta y siete, creo, y aún va por ahí buscando tormentas,



soñando con un ciclón que la transporte en el tiempo, siempre hacia atrás, y le permita salvar a su abuelo y rescatar también a su padre y tal vez salvarse a sí misma de no sé qué.

Ésa es la vida que me espera si regreso: una mentira que ni siquiera puedo denunciar después de haber contribuido a su construcción durante tantos años con mi silencio. Una mentira de la que sólo puedo desprenderme en este sumidero. Aquí.

Aquí es donde está la muerte, mi segunda razón para quedarme. La muerte que me atribuyen: falsa, sin duda, pues estoy viva y en pleno uso de la palabra, pero tal vez más cierta de lo que parece. En estas últimas semanas, unas cuantas personas habrán pronunciado las palabras: «Isabel García Luna ha muerto», sin saber que eran falsas, que se debían tan sólo a un capricho del azar. Sin embargo, contienen una verdad que yo misma he tardado demasiado en reconocer: Isabel, Isabel García Luna, la Isabel que ellos conocían, hija de don Ernesto, madre de sus tres hijos, protagonista de absurdas polémicas profesionales, mujer y amante de Julio, ha muerto de verdad. No ha sido una muerte repentina. Llevaba años agonizando, moribunda, sostenida milagrosamente en vida por los hilos de la costumbre. Se fue apagando la impostora y sucumbió al fin. Muerta Isabel, felizmente desposeída de todos sus atributos, incluido el nombre, quedo yo. Yo soy la que está viva. Ni hija, ni madre, ni profesional: yo. Aún estoy averiguando lo que significa eso.

Hace muchos años, cuando descubrí la mentira de Julio, sentí miedo y pena a la vez. No hubo rabia, ni rencor, ni siquiera enfado. Sólo la pena inmensa que dejan los espejismos cuando se evaporan. Pena por él, por lo que significaba aquella ficción grotesca, por la conciencia del tremendo esfuerzo que le debía de costar mantenerla en pie. Y miedo por mí, por todos. Miedo de mirarme al espejo y ver que mi vida tampoco era cierta. Ése es el peligro de las mentiras ajenas, que son hermanas de las nuestras y las llaman por su nombre. Es inevitable, supongo, que cada uno se defienda de la vida con la armadura que más le convenga. No tengo problema con eso. Pero luego, sobre la armadura viene una armilla y tras ésta un abrigo y encima un mantón y así, capa tras capa de carne disfrazada, nos convertimos en lo que no somos. Aquel día, al ver de pronto la carne de Julio desnuda hasta los huesos, temí que mi vida también fuera una ficción insostenible. Estas cosas no pasan de golpe. Supongo que ya llevaba tiempo arrastrando esa inquietud. Había luchado con cierto éxito por no ser sólo el fruto de la imaginación de otros. Cuando correspondió, me rebelé contra la idea que mi padre tenía de mí. Sí no, hubiera sido ama de casa, o farmacéutica. Nunca dejé que mi condición de madre y esposa se convirtiera en la única cara de mí existencia y, en general, puedo decir que he sido rectora de mi destino en la medida de lo posible. Pero, a partir de aquel día, fueron mis propias ficciones las que me asustaron. Decidí despojarme de ellas, renunciar a todo esfuerzo por parecerme a ninguna idea preconcebida de mí, ni siquiera a la mía. He

tardado muchos años. Tan lento ha sido el proceso, tan lleno de vacilaciones, que casi me atrevería a decir que nadie se dio cuenta. Sí, me decían que era distinta. Distinta. Bueno, puede que eso tuviera algo que ver.

Supongo que las expediciones tuvieron mucho que ver con eso. No las primeras. Al principio, mi biografía era un texto lleno de hijos y marido, de trabajos universitarios, de afanes cotidianos, en el que, de vez en cuando, se abría el paréntesis de un viaje. Durante unas semanas, un par de meses a lo sumo, abandonaba mi personalidad cotidiana como quien guarda en el armario su prenda de abrigo favorita, con la certeza de que volverá a ponérsela en cuanto el otoño traiga los primeros frescores. Luego, con los años, la cosa se fue complicando. En realidad, las primeras expediciones ni siquiera merecían tal nombre. En los años sesenta, una española, mujer, recién licenciada en Prehistoria, tenía un campo de investigación muy limitado: registros protofolclóricos de la Semana Santa sevillana, trabajos de campo en yacimientos romanos... Nos parecía que estábamos descubriendo el mundo y, en realidad, hacíamos poca cosa. Bueno, yo, por ser la única mujer, también cocinaba para todos. Poco más. Cepillar tierra, eso es lo que hacía. Me adjudicaban unos cuantos fragmentos de la cuadrícula en que estaba dividido el yacimiento y yo cepillaba y cepillaba. Se puede decir que era una forma doble de pasar el tiempo: primero, porque podías estar días enteros sin hacer nada más que retirar arenilla sistemáticamente; luego, porque a medida que ibas retirando capas te adentrabas en el pasado. Cuanto más profunda la excavación, más antiguo el tiempo investigado. Pensándolo bien, podría ser que mi especialización en el tema de la muerte no se debiera a la fascinación que supuestamente ejercía sobre mí, sino a mi habilidad con el cepillo. Tenía mucha paciencia. Era capaz de desincrustar de la tierra un fragmento ínfimo de una vasija sin causar el más mínimo desorden. Poco a poco fui pasando de las vasijas a los huesos. Cuando en un yacimiento aparece un esqueleto, acuden los que saben usar el cepillo, los del mimo, los que no rompen nada, los que rescatan intactos los restos. Vi muchos muertos. Pasaba horas y horas mirándolos y no me decían nada. Muertos de polvo, mudos, indescifrables. No tenían ningún mensaje para mí. Como mucho, me hacían pensar en los vivos. No sé si lo explico bien. Para mí, aquellos huesos amontonados no significaban nada. Eran material de laboratorio. El carbono 14 les ponía fecha. Nunca era una fecha espectacular, no había entonces Atapuercas en España, ni nadie esperaba un hallazgo que revolucionara los fundamentos de la arqueología. Alguien recogía el fruto de nuestro esfuerzo y publicaba algo. El resultado de mi trabajo anónimo aparecía mezclado con un montón de datos en algún boletín universitario. Para mí no significaba nada. Cuando encontrábamos un esqueleto, cuando mis compañeros se emocionaban por la aportación que aquel descubrimiento pudiera brindar a la ciencia, yo pensaba en los familiares del muerto. Mientras los demás tomaban nota

exacta de la posición del cuerpo para fijar con más precisión sus implicaciones históricas y escribir luego largas especulaciones sobre los hábitos funerarios de los romanos, yo pensaba en otras cosas: pensaba en las lágrimas de sus amigos, pensaba qué palabras latinas lo habrían despedido, qué clase de vacío habría rellenado la vida de los que quedaron tras él. Veía muertos y pensaba en los vivos. Ahora me pasa al revés. Supongo que por eso estoy aquí. La Antropología era entonces apenas una rama secundaria dentro del confuso árbol de la Historia, perdido a su vez en aquel bosque imposible que llamaban Filosofía y Letras, pero me agarré a ella con todas mis fuerzas. Siempre me sorprendió que los demás valoraran tanto mi contribución a la independencia de la especialidad y mi participación en el establecimiento de la primera cátedra. Bueno, alguien tenía que hacerlo. Yo no me inventé nada. No había ningún país de Europa que no contara ya, por aquel entonces, con una cátedra de Antropología. Era sólo cuestión de tiempo y es probable que mi único mérito fuera estar en el lugar idóneo en el momento oportuno. Tampoco es que la creación de la cátedra cambiara demasiado las cosas al principio. No había dinero para investigar. Como mucho, íbamos a algún pueblo de Extremadura, o de Teruel, y grabábamos a las plañideras en un velatorio. Entrevistábamos a viudas y seguíamos el rastro de su dolor: luto, alivio de luto, reincorporación a la vida.

Poco a poco, el campo de investigación se amplió. Hay muchos detalles que ya no recuerdo. La guerra burocrática, el aburrido acontecer de los despachos y pasillos, mezclado con la ilusión de lo que empieza... El departamento fue creciendo y mi presencia diaria empezó a no ser tan necesaria. Podía viajar, pero no tenía dinero para financiar los viajes. En esa época, tuvo mucha importancia la famosa Beca Julio, creo que ya lo he dicho. Era poco dinero, pero me permitía viajar sola. Luego, bastantes años después, intervino la televisión. No es que la Antropología se pusiera de moda, pero sí había un cierto interés y, de vez en cuando, alguien rodaba un documental y pedía al gobierno asesoría científica. Me enviaban a mí. No sé. El caso es que cada vez viajaba más lejos. Primero fue México. Visitábamos ruinas mayas y aztecas y de paso filmábamos la vida cotidiana de los indígenas. Colombia: ellos querían filmar rastros de las culturas precolombinas y yo los convencía para que dedicáramos un tiempo de contrabando a la vida de los indígenas de la cuenca amazónica. Cada vez que el azar me brindaba la ocasión de asistir a un entierro, la aprovechaba a fondo. Me convertí en especialista en la muerte. Con el tiempo, me volví más selectiva. Dejé de interesarme el silencio de las ruinas. Supongo que me parecía mucho más elocuente el lamento de los vivos. De los que se quedan solos. Empecé a escoger los viajes sólo en función de lo que me interesaba de verdad. Leía mucho. Horas y horas, noches enteras en vela dejándome las pestañas en los textos escritos por mis colegas extranjeros. Robaba horas a la noche y, sí, lo reconozco,

quizá también a mis hijos. Yo veía que otras madres de mi edad se consagraban a ellos, pero a mí me resultaba imposible. No me arrepiento, ni me siento culpable. No estaban abandonados. Creo que nunca les faltó mi cariño. En todo caso, me queda la duda de si una presencia más continuada por mi parte los habría armado mejor para la vida. Tal vez sí. Tal vez las relativas incapacidades que los tres padecen a la hora de enfrentarse a la realidad se deban al hecho de que su padre pasara con ellos muchas más horas que yo. Su padre, lleno de cuentos. En fin, tampoco es grave. Temo que hayan aprendido demasiado bien la lección de cerrar los ojos, toda esa teoría absurda de Julio que defendía la conveniencia de olvidar. Pasar a otra cosa. Bueno, no hay otra cosa. Vivimos y nos morimos, eso es lo que hay. El olvido sólo es la forma más pasiva de la imaginación. Olvidar algo es imaginar que no fue. En fin, tampoco veo que a mis hijos les suponga un lastre mortal. Además, ya es un poco tarde para arreglar eso.

Al no poder viajar con tanta frecuencia como hubiera deseado, escogí un método que terminó por funcionar bien, aunque me causara también constantes dolores de cabeza: cuando alguien afirmaba haber descubierto algo —una nueva costumbre, un hábito ignorado, un rito funerario sorprendente—, yo dejaba pasar un tiempo. Un par de años, por lo general. Luego me aprovechaba de los errores ajenos, casi siempre causados por las prisas. Cuando la comunidad internacional de antropólogos daba por válida una teoría que explicara aquel determinado comportamiento, cuando empezaban a olvidarse del asunto y se emocionaban con la siguiente novedad, acudía yo. No era mejor que los demás. Lo más común era que mi investigación apenas confirmara sus conclusiones, pero tampoco era extraño que de vez en cuando obtuviera algún matiz nuevo, alguna forma distinta de explicar las mismas cosas. Eso reforzó mi nombre y me ganó algo de prestigio. Sin embargo, a veces ocurría lo contrario; a veces, no sé si por intuición o por casualidad, daba con un dato nuevo, con una explicación que desmentía lo que todos los demás tenían por cierto. Así ocurrió con las lágrimas de los andamanes, las costumbres de los wari o la regeneración de la vida por medio del sexo entre los iraqw. Y eso que lo de los iraqw nunca me atreví a explicarlo con detalle.

Los grandes sabios de la materia solían desautorizarme, sin que eso signifique que me prestaran demasiada atención. Más bien se deshacían de mí a manotazos, como quien pretende quitarse de encima un moscardón. Yo era una mosca minúscula, tal vez, pero pesada y tozuda como las de otoño: las que saben que van a morir pronto. Incluso había quien me consideraba una carroñera entre los antropólogos. Se quejaban de que ellos cazaban la pieza y yo, como un buitres, como las hienas, me aprovechaba de los restos. Bueno, a estas alturas no recuerdo una sola polémica en la que el tiempo no me haya dado la razón. No estoy sacando pecho. Me limito a poner las cosas en su sitio.

*Pero no estaba hablando de eso. La comunidad internacional de antropólogos, la ciencia misma, el prestigio, todo eso ya no me importa para nada. Estaba hablando de mí. Cada vez viajaba más lejos, en busca de tribus más remotas, menos contaminadas por el contacto con los occidentales, y me quedaba más tiempo. Cada vez me costaba más volver. Era como sí en el armario, el abrigo que había guardado antes de irme me esperara encogido, impregnado de olores rancios y con los bolsillos cargados de piedras. Se invirtió el paréntesis: el verdadero texto de mi vida, mi auténtica biografía, eran los viajes. Todo lo demás sobraba. Quizá sobrar no sea el verbo adecuado. Quisiera ser capaz de explicar esto con mayor precisión. No es que rechazara la vida que había llevado hasta entonces. No es que me sintiera atrapada en ella en contra de mi voluntad. Ésa sería una queja injusta, pues al fin y al cabo yo misma la había escogido. Es más extraño, más difícil de contar. Supongo que se fue invirtiendo el edificio de mi vida, que lo que antes era mero adorno pasó a ser fundamento. Quería mucho a Julio y a mis hijos. No he dejado de quererlos. Extrañaba a menudo su ausencia cuando los viajes se alargaban, pero tampoco conseguía que su presencia definiera mi vida.*

*Tampoco puedo echar la culpa a la rutina. Más bien al contrario. Muchas veces me han definido como aventurera; es una de las etiquetas que todavía hoy suelen acompañarme y tal vez esta muerte que ahora me atribuyen aumente esa fama. No puedo decir que me sorprenda. La gente viaja poco. La mera mención de palabras simples como África, tribu, Amazonas, rito, despierta en su imaginación ecos de lugares inhóspitos y riesgos insospechados. Pero yo iba a esos lugares a trabajar. Y cuando estaba en Barcelona, lo que más añoraba de los viajes era precisamente cuanto tenían de rutinario. Sabía que, en cuanto subiera a un avión, me iba a acercar a la que, poco a poco, se había convertido en mi rutina favorita: la de las cosas mínimas, la rutina de un mundo mucho más esencial, un mundo donde la vida se resumía de verdad en el alcance de los verbos nacer, crecer, reproducirse y morir, un mundo en el que no era necesario inventar decenas de rutinas secundarias para huir de la principal.*

*Luego estaban los olores, la humedad, los mosquitos, la espesura pegadiza de las ciénagas. Nunca he sumado los meses que pasé en lugares indescritibles. 35 años de profesión; entre 3 y 5 meses de viaje cada año. Si no me fallan las cuentas, son 105 meses, como mínimo. Casi nueve años. Ése es el tiempo interrumpido que he pasado en junglas, altiplanos y desiertos. Casi sola. Acompañada por absolutos extraños, gente que no sólo desconocía mi idioma sino que ni siquiera concebía la hipótesis de mi existencia.*

*Volver a Barcelona se me hacía cada vez más difícil. La ciudad me parecía enferma de fiebre. A veces me refugiaba en Malespina. En la Malespina de entonces, tan distinta de la de ahora por mucho que Julio y mis hijos se empeñen en mantener*

viva una idea falsa, un idílico pueblo de pescadores que ya sólo existe en su imaginación y en su nostalgia. Entonces, todavía lo era. Las calles se llamaban «cuesta del horno», «plaza de abajo», «patio de los limoneros», «esquina del tío Paco». Pocos nombres, todos comunes. En eso se parecía Malespina a mi mundo: pocas cosas, bautizadas como quien señala. Pocos nombres: agua, aire, bosque. Ése era el mundo de verdad. No hacía falta más.

Nombres. A los wari los bauticé yo. En la primera noche de contacto, me metieron en una cabaña y pusieron a una mujer mayor en la entrada. Yo no sabía si era una muestra de hospitalidad, sí aquella mujer estaba, por decirlo así, a mi servicio; o si, al contrario, su misión era vigilarme, lo cual me convertía en prisionera y más que posible víctima. Con el tiempo supe que se llamaba Toco hwet y compartí con ella algo que, en otras circunstancias, habría terminado pareciéndose mucho a una amistad, pero en aquel momento su rostro era todavía impenetrable para mí. Hubiera querido interpellarla, arrancarle con gestos toda la información posible, pero respeté la ley sagrada para los primeros contactos con poblaciones vírgenes: no intervenir, dejar que las cosas sucedan por sí mismas. Estaba dentro de la cabaña, sentada sobre la alfombra de rafia que hablan tendido en el suelo. Desde fuera, Toco hwet descorría de vez en cuando la tela que cubría la entrada y se quedaba unos segundos mirándome sin pronunciar palabra. Tardé un poco en comprender que no quería nada; sólo comprobar que yo seguía allí, que aquella aparición rubia y lechosa no se había desvanecido en el aire. Posiblemente me habían tomado por un espíritu, una deidad extraña, aparecida por ensalmo. Suele ser así. Parece como si a los antropólogos les diera vergüenza explicarlo, pero es frecuente que en los primeros encuentros con miembros de tribus remotas éstos tomen a los expedicionarios por dioses o diablos, o seres galácticos. No nos reconocen como humanos por tener una cabeza, dos piernas y brazos, por hablar, aunque sea en un murmullo indescifrable. No, lo que nos hace humanos es la capacidad de practicar el comercio, en su variante más primitiva: el intercambio. Das unos cuchillos, unos collares, y te devuelven un hueso, una piedra tallada. Generalmente es en ese momento cuando te reconocen como algo parecido a ellos y deciden no matarte, ni temerte. Das y te dan. Primero, abalorios por piedras; sólo después llega el momento de intercambiar palabras.

Mediada la noche, Toco hwet asomó tras la cortina y, por primera vez, pronunció una palabra:

—Wari —dijo, llevándose al pecho la mano derecha.

¿Era su nombre? No supe cómo interpretarlo, ni qué contestar.

—Wari —repitió, acompañando de nuevo la palabra con el mismo gesto.

—Isabel —dije yo, llevándome también una mano al pecho—. Isabel.

Me pareció que fruncía el ceño, pero no supe distinguir si era porque mi

respuesta le había molestado, o por el esfuerzo que le costaba procesar el nombre.

—¿Tsabel? —pronunció al fin, como si mascara las letras.

Bueno, pensé, ya nos hemos presentado. Es un paso. Toco hwet corrió la cortina y desapareció. Volvió al rato, acompañada de otra mujer, algo más joven que ella. Se plantaron ambas en la entrada de la cabaña. Toco hwet señaló primero a su acompañante, luego a sí misma, y volvió a pronunciar:

—Wari.

Después repitió el gesto y la palabra meticulosamente, como asegurándose de que yo comprendía que el nombre las incluía a las dos.

Ya está, decidí: wari, mujer. Me levanté despacio, sin ningún gesto brusco y mostrando las manos en todo momento, como debe hacerse siempre en esas circunstancias. Di un paso corto hacia ellas. Señalé primero a la acompañante, luego a Toco hwet y después a mí misma.

—Wari —dije despacio, tratando de imitar su pronunciación con la mayor exactitud posible.

Me contestaron con una carcajada doble, tan sonora que retumbó toda la cabaña, y se fueron. Al rato regresaron las dos, esta vez en compañía de un niño cuya mirada reflejaba en igual medida un pavor atroz y una curiosidad desbocada. Toco hwet se puso en el centro, rodeó con los brazos a sus acompañantes y dijo una vez más:

—Wari.

Ya no había confusión posible. Wari, nosotros. Los wari. Pasaron semanas antes de que lo comprendiera del todo. Wari significaba «nosotros», pero también «persona», «gente», «ser humano». Desde el punto de vista lingüístico, era de una coherencia aplastante: nunca habían visto a un ser humano que no fuera wari. Así de pequeño era su mundo. No tenían un nombre que me incluyera. Otros subgrupos de los wari habían tenido encuentros fortuitos y violentos con occidentales, pero no aquel grupo. Nunca habían visto una persona de piel blanca y pelo liso. Me costó semanas convencerlos de que yo también era «wari», que había un «nosotros» que me incluía. Sobre todo, me costó hacerles entender que no pertenecía a una raza llamada Tsabel. A los siguientes hombres blancos que aparecieron por ahí después de irme yo los llamaron Tsabel. Prefiero no hablar ahora de los siguientes hombres blancos, ni de la desgracia que supuso para los wari conocerlos. Y para mí. Hablaba de otra cosa. De los pocos nombres. Agua, aire, hambre, muerte, hueso, carne, juego, cielo, casa, enemigo, madre, hijos, enfermedad, maíz. También, pasados los primeros días, otras cosas secundarias: risa y sexo, cantos, caza. Todo lo demás sobraba. No sé cuántos miles de palabras de mi vocabulario, inútiles por completo. No podían traducirse al lenguaje de los wari. Para eso sí estaba preparada. No sólo porque lo dictaba el sentido común, sino porque me había enfrentado ya otras veces a

*desencuentros parecidos. En África, en Nueva Guinea. Llevaba mucho tiempo despojándome de todo lo que sobraba, reduciendo mí nómina de nombres al mínimo imprescindible. Cuando tienes pocas ficciones, es más fácil manejar pocos nombres. Por eso pude convivir con ellos. Tuve esa suerte. O ese infortunio, vete a saber. Sí desmontas las capas de una cebolla en busca del centro, te llevas un chasco; el centro es sólo otra capa. Si desmontas las ficciones de la vida, te pasa algo muy parecido. Sólo queda respirar y comer, tal vez dormir. Pocos verbos. Ningún adjetivo. Poca cosa. Casi tan poca como estar muerta. En la frontera sólo hay un latido. La vida, la vida mínima, se parece mucho a la muerte. Por eso creamos leyendas. Por eso existen los simones y las rusas. Por eso estoy aquí y aprovecho que la muerte, esta muerte falsa, me permite construir una vida casi sin nombres, una vida de verdad. Respiro, como, floto en la laguna, escucho por la noche esta locura de insectos. Es lógico que los demás me den por muerta y yo me sienta más viva que nunca.*



## MARTES

Algo le pasa a Alberto. Si lo conozco tan bien como creo, algo serio. No se explican de otro modo los perros apaleados que lleva en la cara, el ladrido seco de su mirada. Ojalá me equivoque y sea algo pasajero, pero no me acostumbro a verlo así. Se supone que es un tipo simpático. Aún más: se supone que ésa es su función en la familia. Ser simpático, mantener la calma hasta en los peores momentos. Nunca le ha costado demasiado esfuerzo porque lo lleva en la sangre, como papá, como Simón. A lo mejor sólo es que anoche no pegó ojo. Lo sé yo, que tampoco ando precisamente sobrada de sueño y lo oí removerse y suspirar cada dos por tres. De hecho, no se ha levantado hasta las diez, cuando los demás estábamos ya desayunando. Se ha sentado a la mesa sin un triste buenos días, ni media sonrisa por descuido, y se ha bebido dos cafés seguidos sin probar bocado. Quizá lo más inteligente hubiera sido ignorarlo, pero papá no está precisamente para esa clase de sutilezas. Pobre papá, no puedo culparlo. Parece que con la enfermedad ha desarrollado al mismo tiempo una sensibilidad extraordinaria para detectar estados de ansiedad y una torpeza absoluta para manejarlos.

—¿Alguien sabe si se ha levantado Alberto? —ha preguntado, dirigiéndose a mí. Le hubiera tapado la boca con una servilleta. La verdad, para un rato de lucidez que tiene de vez en cuando, podría haber escogido cualquier otro momento—. No recuerdo haberle oído decir buenos días.

—Déjalo, papá. Habrá dormido mal.

—Da lo mismo. No cuesta nada. Sólo son dos palabras: buenos días.

El malhumor no es una excusa para papá. Nunca lo ha sido. En esta casa se premiaba más una sonrisa que una matrícula de honor. Por suerte, Alberto se ha limitado a contestar con un gruñido de libre interpretación. Luego, se ha refugiado en el silencio, enfurruñado, hosco, con los labios apretados en una tensión que no le conocía hasta hoy. Ni siquiera en sus peores momentos. Le he visto sufrir otras veces. En alguna de sus separaciones, por ejemplo. Y durante los meses interminables que Luis pasó en coma. Entonces supe que su determinación, esa constancia suya de naufrago, podía aplicarse también a la rabia. Le he visto tratar a los médicos de Luis como un déspota y no tengo ninguna duda de que para ocupar el lugar de Alberto en el mundo hay que ser capaz de manejar sin miramientos todas las herramientas del poder. Pero no sabía que pudiera atrincherarse en el silencio con esta fiereza. Durante un rato, en la mesa sólo se oía la cucharilla que papá removía sin cesar en la taza, como si su café con leche fuera un campo de pruebas para demostrar la existencia real de la fuerza centrífuga. Todos mirando a mi hermano en espera de un milagro, de algo que nos permitiera romper el hechizo y rescatar al Alberto de siempre, al tipo bonachón y sonriente, al de la palabra oportuna en el momento adecuado. Al final, ha

estallado.

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

—No. Monos, no —se ha apresurado a contestar Luis, que tampoco deja pasar una—. Más bien parece un nido de arañas.

—Pues ten cuidado, no te vayan a picar.

Era de esperar. Una cerilla prendida en un saco de piñas.

—Bueno, chicos, tengamos la fiesta en paz —he intervenido.

Alguien tenía que intentarlo. Además, me gusta tanto discutir como a toda la familia, pero desde que estoy embarazada me crispa más que antes el mal ambiente. No tengo náuseas, ni me mareo, ni siento más hambre; parece que todo se me pone en los nervios.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta? Yo pensaba que esto era un funeral.

—Hombre, Alberto, para una vez que estamos todos juntos...

—¿Juntos? ¿Todos? —Su tono delataba el fracaso irremediable de mi misión diplomática—. ¿Todos? Pues yo no veo a tu hermano Pablo por ningún lado.

—Eh, eh, un momento, señorito. —Yo también tengo mi carácter cuando me aprietan. Me cuesta poco cambiar la bandera blanca por un escudo—. Cómo que mi hermano Pablo. Y tuyo también, ¿no te fastidia? Además, ¿a mí qué me cuentas? Dijo que vendría hoy, y el día no ha hecho más que empezar. No demasiado bien, por cierto.

—¿A qué hora viene?

—Ni idea.

—¿Por qué no lo llamas?

—No sé ni dónde está.

—Coño, al móvil.

—No tiene móvil.

—No jodas que lo ha vuelto a perder.

—A ti qué te parece.

—Vaya con el artista. No gana para móviles. ¿Y cómo viene?

—Yo qué sé.

—Total, que no sabemos si viene en bus o si lo sube alguien. Todo menos aprender a conducir, claro. No sea que por una vez en la vida haga algo propio de un adulto.

—No empecemos, Alberto. Ya sabes que, aunque condujera, Pablo no tiene pasta para comprarse un coche.

—Eso no es problema. Nunca lo ha sido. Si hace falta se lo compro yo.

—Ya, para luego poder seguir diciendo que no crecerá nunca.

—Bueno, déjalo ya. ¿Estás segura de que llega hoy, al menos?

—Dijo que llegaba el martes. Hoy es martes. Si no me equivoco, sólo son las diez

de la mañana. Hazme el favor de calmarte.

—Es capaz de olvidarse las cenizas de mamá.

—Hombre, no creo. Se comprometió...

—¿Cómo se te ocurre dejarle la urna a él, con lo despistado que es?

—También podrías tener un poco más de confianza...

—Da lo mismo —ha cortado Alberto. Papá llevaba ya un rato ausente y Luis se limitaba a mirarnos por turnos como si contemplara un partido de tenis—. No quiero discutir más.

Qué gran frase ésa. Qué útil resulta cuando lo que en verdad se desea es justamente lo contrario, discutir hasta el final, aniquilar al contrario, noquearlo con la última palabra.

Alberto se ha levantado de la mesa, ha recogido su taza con tan mala fortuna que el mantel ha quedado rociado de café y, sin responder al murmullo quejoso de Luis, se ha encerrado en su despacho. A lo largo de la mañana, he estado varias veces a punto de entrar a preguntarle si todo iba bien, si le pasaba algo, pero incluso sin abrir la puerta me llegaban sus bramidos al teléfono. Ha salido del despacho a mediodía, con la chaqueta puesta y las llaves del coche en la mano.

—Tengo que hacer un par de gestiones, Serena. ¿Te importa ocuparte de papá y Luis hasta la noche?

—Ya sabes que no. ¿Te esperamos a cenar?

—No sé si llegaré a tiempo. Mejor no me esperéis. Gracias.

Y adiós. Puerta. Sin darme tiempo siquiera a preguntarle si podía ayudarlo en algo. Tampoco importa demasiado. Ya conozco la respuesta: «No, gracias, no pasa nada. Yo me arreglo». Es una lata. A veces, me gustaría que Alberto fuera tan capaz de pedir ayuda como de ofrecerla, pero no lo voy a cambiar a estas alturas. Él es así. Además, tiene razón: él se arregla. Siempre se arregla.

Son las once de la noche y aún no ha vuelto, ni tampoco ha llegado Pablo, pero no voy a preocuparme por ninguno de los dos. Son mayorcitos, saben lo que hacen. Sólo quiero aprovechar un rato la bendita soledad de esta terraza, anotar un par de cosas más y acostarme. Mañana será otro día. Un día mejor, espero, porque la tarde de tedio que he pasado no se la deseo a nadie. Incluso Luis ha venido a verme hace un rato, me ha dado uno de sus abrazos de oso y ha dicho:

—Vengo a consolarte por la derrota.

—¿Qué derrota?

—Loquitos 2; Cuerdos 1. Bueno, en realidad hemos ganado 3-1, porque papá se ha pasado a nuestro bando por primera vez.

Es su broma favorita. Según Luis, Alberto y yo somos los cuerdos de la familia; mi padre y él forman el equipo de los loquitos, siempre así, en diminutivo, y Pablo juega en un equipo u otro según el día. Una vez le pregunté por mamá y me contestó:

«La abuela no juega. Alguien tiene que hacer de árbitro».

Luis no está loco. En términos médicos, lo que le pasa se llama «Síndrome Transitorio de Desinhibición». En palabras comprensibles, vendría a ser como si el miedo, la prudencia, el respeto, la convención social y, en fin, todas las herramientas mentales que a menudo nos impiden decir lo que pensamos, se hubieran fugado de su cerebro. Se puede decir más sencillo: Luis tiene licencia médica para decir lo que piensa en todo momento. Es más, en palabras del neurólogo que dirigió el equipo de rehabilitación, no es que pueda decir lo que piensa, sino que a menudo es incapaz de evitarlo. Como si, a veces, su mente estuviera conectada a un altavoz.

Explicado así tal vez parezca muy grave, pero no lo es tanto. No es que vaya todo el día hablando solo y diciendo tonterías. De hecho, tengo la sensación de que habla menos ahora que antes del accidente. Pero cuando lo hace, cuando abre la boca, conviene prepararse para cualquier cosa. Una idea brillante, una pregunta ofensiva, un temor impronunciado, un insulto, un elogio de doble valor por no nacer nunca del cálculo: cualquier cosa.

No quiero pecar de melodramática, pero he de decir que el mero hecho de verlo vivo, de oírlo hablar aunque sea a cañonazos, compensa la molestia pasajera que puedan provocar sus comentarios. Luis tendría que estar muerto. Debe su vida a un milagro. Una obra milagrosa, pero no del azar, ni de la intervención divina, ni siquiera de la ciencia, sino de su padre. Luis no estaría vivo si Alberto no fuera tan tozudo. Bravo por la herencia de Simón. Para Alberto no hay en la vida asunto pequeño, ni derrota aceptable. A todo se enfrenta con el mismo afán resolutivo con que lo imagino defendiendo casos ante tribunales y consejos de administración. No me extraña que lo consideren uno de los abogados más importantes del país.

Hace poco menos de tres años, Luis sufrió un accidente gravísimo. Iba de paquete en una moto. Ni siquiera chocaron. Simplemente, la rueda trasera derrapó en una curva mojada y Luis salió disparado. No llevaba casco. Su cabeza rebotó en el bordillo de la acera. Tres veces. Triple fractura craneal. En el último golpe, fue a parar contra la base de una farola, uno de cuyos pernos perforó el cráneo y afectó al lóbulo frontoparietal. Un agujero en la frente, justo encima de la sien. La policía de tráfico avisó a Alberto por teléfono a las dos de la madrugada. Alberto nos convocó a Pablo y a mí directamente en el hospital. Los dos pasamos la noche en la sala de espera de urgencias. A él ni lo vimos. Estaba en el quirófano. No sé cómo conseguí que lo dejaran entrar, ni se me ocurrió preguntarlo. Eso es lo que hace Alberto en la vida: saber lo que quiere y conseguirlo. La operación duró cinco horas. Cuando terminaron era ya de día. Alberto salió del quirófano y nos resumió la situación con palabras que mi memoria se empeña en resucitar, letra a letra, cada vez que veo a Luis: «Está muy mal. Ha perdido mucha sangre. Los médicos no se atreven a pronosticar si vivirá, ni qué lesiones pueden quedarle. Gracias por venir. Mañana os

llamo. Por favor, avisad vosotros a mamá. Mejor que papá no se entere, de momento. Me voy a la cama. Necesito recuperar fuerzas, porque hay que curar a Luis como sea».

Como sea: la mejor clínica y un ejército de neurólogos traídos de donde hiciera falta. Como sea: toda clase de terapias, convencionales y alternativas. Como sea: tozudez y paciencia. Luis pasó catorce meses en coma. Nada importó que, pasadas las primeras semanas, los médicos lo dieran por desahuciado y trataran de convencer a Alberto de que sus esfuerzos ya eran inútiles. Su fe era como debe ser para merecer tal nombre: ciega a la evidencia y sorda a la razón. Mientras todos esperábamos que se desvaneciera el último soplo de fuerza que mantenía a Luis agarrado a la vida, mientras ninguno de nosotros encontraba la valentía suficiente para decirle a Alberto que su terquedad, además de inútil, empezaba a resultar cruel, él fue a visitarlo cada día con la misma sonrisa, como si en lugar de un coma profundo fuera un catarro lo que lo mantenía postrado. Cada día repetía el mismo ritual: echaba a todo el mundo de la habitación, médicos incluidos, se tumbaba junto a su hijo y, mientras le rascaba la espalda, le contaba al oído los sucesos del día en un susurro. Nada importante: noticias de la familia, cosas del trabajo, recuerdos de algún amigo, o incluso los resultados de la última jornada de fútbol, como si sólo pretendiera evitar el desfase cuando Luis se reincorporara a su vida de siempre. Luego, con una paciencia infinita, masajeaba su cuerpo. Todo su cuerpo. Flexionaba un músculo tras otro, empezando por los dedos, y de ahí subía hasta el cuello para luego bajar con un rodillo de masajes por la espalda hasta los riñones. Le movía las piernas en el aire, como si Luis pedaleara con una bicicleta en el vacío, un vacío del que terminaría por regresar algún día para agradecer a Alberto que, en su ausencia, le hubiera mantenido el cuerpo en el mejor estado posible.

Los demás no sabíamos qué hacer. Reconozco que llegué a dar a Luis por muerto y empecé a ver la obsesión de Alberto como síntoma de una terrible incapacidad para aceptar una realidad inevitable. No digo que no comprendiera los esfuerzos de mi hermano, pero mentiría si no admitiera que a veces me parecían patéticos.

—Se va a salvar —me dijo en una ocasión, cuando Luis llevaba ya tres o cuatro meses inconsciente—. Ya lo creo que se salvará. —Aunque me miraba a los ojos mientras hablaba, era evidente que sólo me estaba usando como testigo de la conversación que mantenía consigo mismo una docena de veces por día—. Eso está claro. Lo jodido luego será la recuperación, pero ya nos arreglaremos.

—Pero, Alberto... —por primera vez, me atreví a llevarle la contraria—. ¿Y si no se salva? ¿Y si todo esto sólo sirve para alargar su sufrimiento? Algún día tendrás que aceptar que ciertas cosas no dependen de tu voluntad...

—Te he dicho que se salvará, mierda. Haz como yo. —Hablabo rápido, como un poseso, pero sin levantar la voz, siempre con ese tono suyo de palabras respiradas,

como si hablara para dentro—. Apoya la cabeza en su pecho. Te juro que se oye correr la vida por ahí dentro. Es como escuchar un río subterráneo. Al final, saldrá por un lado u otro. Lo que yo te diga. Además, tiene sangre de superviviente. Acuérdate de Simón. Imagínate que Luis está ahí afuera, flotando, agarrado a algo, no sé a qué pero agarrado a algo, porque si no ya se hubiera muerto.

—Eso es lo que dicen los médicos, que el auténtico milagro es que no haya muerto todavía.

—Pues milagro sobre milagro. Te digo yo que se va a salvar.

A los ocho meses, el neurólogo le pidió que se reuniera con todo el equipo médico para valorar la situación. A todos nos pareció que de aquella reunión saldría la única decisión posible: desenchufar a Luis, así fuera progresivamente; mantener las dosis de analgésicos para evitar dolores que tal vez ni siquiera sintiese, pero ir retirando poco a poco la respiración asistida y toda la batería de aparatos que suplían sus funciones vitales. Ocurrió lo contrario. No estuve en esa reunión, pero me la han contado muchas veces. Alberto no los dejó ni hablar. Con toda la educación del mundo, agradeció que le dieran la oportunidad de dirigirse a todos ellos a la vez y les propuso que siguieran trabajando con la premisa de que Luis terminaría por recuperar la conciencia en algún momento. Dijo que para morir siempre había tiempo. Exigió que, dando por contada su supervivencia, le detallaran en qué estado se encontraría cuando, hipotéticamente, su cerebro decidiera por fin conectarse de nuevo a la vida. La lista de posibles secuelas era aterradora e incluía toda clase de disfunciones que, en el peor de los casos, podían conllevar incluso una parálisis permanente y; en el mejor, una recuperación sólo parcial de ciertas funciones.

Es famoso en la familia el discurso final con que Alberto dio por cerrada aquella conversación: «Hagan ustedes su trabajo y déjenme hacer el mío —les conminó. Y luego, con esa punta de ironía tan suya, añadió—: Y si la fortuna que esto me está costando no me sirve para salvarlo, por lo menos espero que sirva para que ustedes dejen de mirarme como si estuviera loco. Sé muy bien lo que hago, señores. Ya sé que esto es sólo una cuestión de fe. No puedo exigirles que la compartan conmigo, pero por lo menos concédanme que les sale rentable fingirla». Caso cerrado. Como dicen en las novelas de abogados: «No tengo más preguntas, señor juez».

Al día siguiente, por primera vez desde el accidente, no apareció por el hospital. Vino a Malespina, convocó de urgencia a albañiles, pintores y fontaneros y encargó la construcción inmediata, en el terreno anexo a la casa, donde se levantaba entonces el cobertizo de los bártulos de pesca, de un auténtico gimnasio con toda clase de aparatos, pasarelas, espalderas, dependencias para médicos, enfermeras y fisioterapeutas, e incluso una pequeña piscina cubierta, como una bañera grande y climatizada para ejercicios de recuperación.

A principios del décimo mes, a Luis le dio por abrir de vez en cuando los ojos. De

par en par. Se quedaba mirando el techo y podía pasar horas sin cerrarlos. Los médicos insistieron en que era un movimiento muscular involuntario y automático, que no significaba nada, que no vemos con los ojos sino con el cerebro. Yo pasé unas cuantas tardes con Luis en el hospital. Ojos abiertos para ser vistos, no para mirar. Nada más parecido a un faro. Creo que nunca se lo he contado a nadie, pero me daba un poco de miedo. A veces, en los escasos ratos de tranquilidad, cuando se vaciaba la habitación de médicos y enfermeras y me quedaba a solas con él, intentaba provocar una reacción. Le pasaba de repente una mano por delante de los ojos, tiraba monedas al suelo, daba un bote por sorpresa. Una vez me acerqué y le cerré los ojos, como dicen que se hace con los muertos. No fue muy agradable. En cuanto retiré la mano, se volvieron a abrir como si tuviera un muelle en los párpados. Cuando llevaba demasiado rato con los ojos abiertos teníamos que echarle unas gotas de solución salina para que no se le secaran. Un par de semanas después, Luis movió una mano. Nadie lo vio, pero al irlo a cambiar por la mañana las enfermeras descubrieron que tenía el puño cerrado con fuerza en torno a una punta de la sábana. Hubo que arrancársela a tirones. Un gesto automático, volvieron a decir los médicos, una mera convulsión muscular. El gesto de asir es tan innato que ni siquiera necesitamos aprenderlo. Por eso los bebés de pocas semanas se aferran con el puño al meñique de un adulto y luego no saben cómo soltarlo. A soltar sí se aprende. Alberto dijo que sí, que sí, que sería tan automático como quisieran, pero enloqueció al personal de medio hospital, decidió tomarse vacaciones hasta nueva orden para no abandonar el pie de la cama ni un minuto y mandó acelerar las obras del gimnasio.

—¿Lo ves? —me dijo al enterarse de la noticia—. Como Simón.

—¿Como Simón, qué?

—¿No dices siempre que papá te explicó que Simón se despertó agarrado a un mendrugo de pan?

—Sí.

—Pues eso. Luis tiene la misma sangre. Sabe agarrarse.

Aún pasaron otros dos o tres meses sin novedad. Un día, en el preciso instante en que iban a administrarle una inyección, el niño farfulló, casi sin abrir la boca:

—Aquí sobra gente.

Fue un murmullo apenas inteligible. Luego se fugó de nuevo a las tinieblas. Su padre echó a todo el mundo de la habitación, abrió de par en par las ventanas, se tumbó a su lado y le rascó la espalda una vez más. Ha pasado un año y medio desde entonces. Un año y medio de trabajos forzados en lo que Alberto llama eufemísticamente «la instalación» y su hijo «la cámara de torturas». Luis camina casi con normalidad, salvo por una leve indecisión del paso que a veces me hace pensar en las marionetas, y tiene algo limitados los movimientos del brazo derecho. Por lo demás, aparentemente es un muchacho sano, incluso diría que robusto y de aspecto

normal. Su cuerpo funciona. Las fracturas craneales se solidificaron correctamente. El problema fue el agujero en la sien. Aunque me asusta la palabra, sólo puedo compararlo con una lobotomía. Le ha quedado un poco afectada la memoria. A veces, algunos archivos de su mente se vacían por sorpresa. Suelen ser cosas menores, sin importancia. A media tarde no recuerda lo que ha comido. Un día, hace poco, le entró un ataque de risa de repente después de tararear una canción que sonaba por la radio. Acababa de recordar que sabía inglés. Pero también puede olvidarse mañana. Eso significa que, aunque su vida se parece bastante a la de cualquier muchacho de su edad, no puede estudiar. Por lo menos, no de momento. No va a ser médico, como quería su padre. Ni abogado, como probablemente hubiera querido él mismo.

Lo cierto es que mejora día a día, a pasos agigantados. Nadie puede prever en qué momento se estancará, cuándo habrá que dar su evolución por concluida. Según nos han contado los neurólogos, incluso cuando se ven obligados a extirpar una parte activa del cerebro por culpa de un tumor, la evolución es impredecible. Parece que las neuronas se reorganizan y el cerebro redistribuye las funciones. Si antes un lóbulo se encargaba, por ejemplo, del olfato, en su ausencia otra parte del cerebro puede llegar a asumir esa función. Me parece alucinante. Es una victoria de la necesidad. Como si un hombre con las dos piernas amputadas aprendiera a caminar con las manos, sólo que en este caso la voluntad y el esfuerzo no intervienen para nada; por pura necesidad, las neuronas adoptan funciones nuevas.

Luego está lo del Síndrome Transitorio de Desinhibición. Transitorio no significa que forzosamente se vaya a terminar algún día, sino que podría no ser definitivo. No es lo mismo. Al principio nos turnábamos en el esfuerzo de reeducar a Luis, de hacerle comprender al menos que sus arranques de sinceridad podían sembrar de heridos el camino de su vida. Fue inútil. Poco a poco, cada uno a su ritmo, nos fuimos acostumbrando. Entendimos que el proceso de reeducación sólo se daría en el sentido contrario: éramos nosotros los que teníamos que aprender a convivir con su sinceridad. La costumbre, cómo no, trajo consigo una nueva normalidad, funcional y no demasiado problemática. Durante el primer año, intentábamos mantener a Luis en casa el máximo tiempo posible. Si salía, procurábamos acompañarlo. No creo que fuera por vergüenza, porque nos preocupara la cantidad de situaciones embarazosas en que era capaz de ponerse, sino por instinto de protección. No se puede ir por allí tirando verdades como puñales sin que alguna te rebote en los ojos. Con el tiempo, él mismo aprendió a explicar lo que le pasa para defenderse. Es capaz de ver pasar a una madre con su hijo en brazos y decirle: «Caray, qué niño tan feo». Pero acto seguido, si se da cuenta de lo que ha hecho, él mismo pide perdón y explica que tiene un Síndrome Transitorio de Desinhibición e, incluso, si le hacen un poco de caso, es capaz de contar con todo detalle el accidente, el año y medio de coma, lo que haga falta. Tal vez deberían llamarlo Síndrome de Carencia Absoluta de Pudor. No sé si le



creen o si lo toman por un loco inofensivo. Supongo que se le nota en los ojos que no tiene mala intención. El caso es que hasta ahora nunca ha vuelto a casa con un pómulo amoratado.

Cabe la esperanza de que la neurocirugía avance lo suficiente para ocuparse de estos desarreglos. Mientras eso no ocurra, no le queda más remedio que seguir trabajando.

—Me voy a la cámara de torturas —ha anunciado esta tarde, después de comer—. Desde que se murió la abuela, no he hecho nada de recuperación. Si necesitas ayuda con el zombi me avisas.

El zombi es papá, que estaba ya sentado en su sillón, con la manta sobre las rodillas y el periódico abierto en las manos, dispuesto a pasar la tarde sumido en la niebla de su ausencia. El zombi, el loquito.

—No lo lames así, Luis, que te va a oír.

—¿Éste? Qué va, si oye menos que una seta. —Se ha acercado a él para despedirse con un beso—. Abuelo, que no te enteras. Ese periódico es de la semana pasada.

—¿Te vas? Vaya, vaya... —Papá, como si oyera llover—. Así que de la semana pasada.

De manera que me he pasado toda la tarde con papá. Loquitos, 1; Cuerdos, 1. Un empate honroso, arrancado con mucho esfuerzo por mi parte. Toda la tarde mirándolo. Es como mirar al ojo ciego de un faro en pleno día; intuir la luz, saber que está ahí pero no la vas a ver. Cuando está así, no sé qué hacer. Lo miro fijamente, aunque estoy segura de que él ni siquiera repara en mi presencia. Me concentro, clavo en él la mirada con todas mis fuerzas, como si el empuje brutal de mis ojos pudiera descarrilar el tren del tiempo, o al menos aferrarse desesperadamente al último vagón y frenarlo.

Adoro a este hombre. Sólo de ver cómo se apaga, cómo se va acercando a la muerte sin que podamos hacer nada para evitarlo, se me parte el alma. Lo adoro. Sin embargo, a menudo me agota la paciencia. Papá se ha pasado media tarde absorto, contemplando el retrato de la rusa. No es una forma de hablar: media tarde, tal vez más. El cuadro es hermoso. A todos nos gusta porque forma parte de la historia de la familia y papá tiene más derecho que nadie a mirarlo tanto rato como quiera. Al fin y al cabo, él lo pintó, él fue amigo de la rusa y nos contó a todos su historia una y mil veces. El problema es que ni siquiera sabía lo que tenía delante. Estaba embobado, alorado hasta tal extremo que más de una vez he tenido la tentación de levantarme y darle la vuelta al cuadro. No hubiera ocurrido nada. Ni se habría dado cuenta. Ya he pasado otras veces por esta historia. Demasiadas veces. Su mente se va, se sumerge en una especie de lodo impenetrable, pero deja siempre en la superficie una boya a la que volver de vez en cuando. Siempre la misma boya: una frase, una fijación a la que

regresa cada dos por tres. Esta tarde le ha tocado el turno al cuadro de la rusa.

—Y entonces... —preguntaba cada veinte minutos, cada vez como si fuera la primera, con ese rostro suyo tan tranquilo, cargado de brumas ingenuas en los ojos, medio perdido vete a saber dónde—, entonces, ¿este cuadro de quién es?

Creo que las primeras cinco veces me he portado bien. A la sexta, no podía más.

—Tuyo, papá —he estallado—. Es tuyo. Lo pintaste tú. Hace cinco minutos te he dicho que era tuyo y lo sigue siendo ahora. Bueno, en realidad ya no lo es. Ahora es de Alberto. Se lo regalaste cuando se quedó la casa. Es de Alberto. Mi hermano. Tu hijo mayor, ¿recuerdas? A-1-b-e-r-t-o —letra a letra, como si hablara con un niño de pecho—. Le dijiste que, como se quedaba con la casa, podía quedarse también todo lo que contenía, incluido el cuadro. Y como lo vuelvas a preguntar te tapo la boca con un esparadrapo y te encierro en el garaje, ¿vale?

—Vaya, vaya... —Por suerte, no parece que mi violencia haya mellado su espíritu ausente—. Así que de Alberto, ¿eh? ¿Y esta señora quién es?

—La rusa, papá. Esta señora es la rusa. —Me he sentado a su lado. He tomado entre las mías sus manos huesudas—. Lo pintaste tú. ¿Cómo puede ser que ya ni te acuerdes de la rusa?

Me he llevado sus manos a la cara. A veces, busco en ellas el olor de siempre, pero sólo encuentro el aroma de la vejez, instalado en su piel como se instalan los buitres en las ramas bajas de los árboles: una premonición de la muerte. No quiero llorar. Llevo demasiado tiempo tratando de asimilar la vejez de mi padre, e incluso he logrado digerir la idea de su fin como algo inminente. Lo que me niego a aceptar es la devastación de su cerebro. Es como si el tiempo, al robarle la memoria, quisiera jugarle una broma de mal gusto, llevarlo hasta el fin desposeído del pasado, sin otra identidad que el vencido armazón de sus huesos. Como si la vida, antes de abandonarlo, se empeñara en cobrarle la factura pendiente por las muchas veces que se acogió al beneficio del olvido.

—¿No te acuerdas, papá? —lo he intentado una vez más—. La rusa, la de la playa. La del castillo, ¿sí? La del jardín botánico. ¿Puede ser que no te acuerdes de la rusa?

De nada sirve buscar un atisbo de respuesta en sus ojos. Sentada en el brazo de su sillón, he contemplado también yo el retrato como si eso pudiera brindarme un consuelo momentáneo. La rusa, desnuda. Qué extraño. Después de pasar media vida escondida, permitiendo —casi provocando— que el pueblo entero de Malespina la convirtiera en una leyenda precisamente por la escasez de sus apariciones en público, accedió de pronto a posar desnuda para mi padre. No sé cómo lo consiguió. Por simpático, supongo. Casi todo lo conseguía por pura simpatía.

Cuando papá pintó ese retrato, ella tenía más de sesenta años y, aunque hasta el último día hizo justicia a su fama de mujer presumida, en esa época había dejado de

teñirse el pelo y lo llevaba recogido en una larga trenza gris que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Si el tiempo había sido implacable con su cuerpo, los pinceles de papá aún lo fueron más. La hizo posar de perfil y, sobre un fondo oscuro y envolvente, delineó sus carnes blandas, sombreó los pechos caídos y no trató de disimular la pátina mortecina que el tiempo había depositado en su piel. En cambio el rostro, levemente volteado para clavar su mirada en el pintor, y en consecuencia en quien hoy contemple el cuadro, tiene una vitalidad hipnótica. Contra la oscuridad del fondo la única luz del retrato parece proceder de su interior, como si la emitiera el cuerpo de la modelo. En el suelo, a sus pies, se extiende en la penumbra un lecho de flores rosadas. Si en algún momento mi padre se acercó a la maestría como artista, fue sin duda cuando pintaba esas flores, a las que logró otorgar una textura tan real que incitan al tacto. Confieso que de pequeña en más de una ocasión deslicé las yemas de los dedos por la parte inferior del lienzo e incluso alguna vez, tras asegurarme de que nadie me estaba mirando, llegué a pegar la nariz al cuadro y me sorprendió encontrar la acidez penetrante del óleo en lugar de la esencia esperada de flores. Entonces yo creía que eran rosas. No sabía que los jazmines del Japón tienen el mismo color.

Aunque la boca de la rusa permanezca seria, los ojos emiten una sonrisa burlona. Mostrándose desnuda a su edad, se burlaba de su propia leyenda; también de quienes la forjaron, los hombres que habían mantenido durante años el sueño de su cuerpo desnudo, congelado en una especie de juventud eterna que se haría añicos al chocar con la realidad implacable del cuerpo ajado que mostraba el retrato; se burlaba, además, de la vida y con los rescoldos del fuego en los ojos le decía aquí estoy, aquí me tienes todavía. Claro, se burlaba del tiempo. De eso no cabe duda: la rusa murió hace años y papá está como está; el cuadro sigue ahí y está vivo.

Es el mejor retrato de papá. En realidad, ni siquiera se puede comparar con los demás que pintó. Es como si fuera obra de otro pintor, como si cada una de sus pinceladas proviniera de una mano mucho más dotada que la suya para la autenticidad, una mano que por fin iluminaba el lienzo en vez de mancharlo. Tal vez con ese cuadro estuviera abriendo una etapa distinta y superior; tal vez si hubiera seguido por ese camino habría demostrado un talento genial. No lo tenía. No lo había tenido hasta entonces, por lo menos. Era un pintor respetado, un nombre conocido entre los demás pintores, alabado incluso por ellos, y había alcanzado una cotización digna, suficiente para mantener una familia, cosa poco habitual para un artista en la España de entonces. Pero aún estaba lejos de alcanzar el estatus de genio universal. No lo alcanzó nunca. No pintó más. El retrato de la rusa fue su último cuadro. Nunca más, en los veintisiete años que han pasado desde entonces, ha empuñado un pincel, ni siquiera un lápiz a escondidas para emborronar un boceto. Nada. Nunca lo entenderé y no será porque no haya exigido explicaciones. Cientos de veces. Dice

que... Bueno, ahora no dice nada. Decía que no tenía sentido hablar de eso; que el pasado, pasado. Y si yo me indignaba y negaba sus razones, si me resistía a creer que no tuviera ganas de pintar de nuevo, que no sintiera al menos curiosidad, o añoranza, un impulso repentino de vez en cuando, contestaba que no, que nunca, que ya no le interesaba más y punto. Y si yo me ponía pesada, porque era capaz de serlo, y mucho, cuando se trataba de preguntar, él se ponía teórico: entonces decía que no tenía sentido pintar más, que en el mismo instante de terminar el retrato de la rusa, se había dado cuenta de que era su mejor cuadro. No el mejor que había pintado hasta entonces, sino el mejor a secas. El mejor que jamás podría pintar. Que nunca podría superarlo, que había llegado al final del camino.

Teorías. Tonterías. Nunca me ha parecido razón suficiente, pero no puedo ofrecer otra. Incluso reconozco que algo de cierto debía de haber en sus argumentos, porque el cuadro pasó los primeros años en el trastero y, si no quedó arrinconado y de espaldas, si llegó por lo menos a colgar de una pared, fue sólo por nuestra insistencia, porque todos sus hijos reclamábamos la oportunidad de verlo. Él no quería saber nada, como si su mera visión fuera un recordatorio del fin, como si en vez de alegrarse por los méritos sintiera al verlo la devastación de no ser capaz de superarlos. Tal vez si mamá se hubiera sumado a nuestro entusiasmo desde el principio, habría cambiado de opinión. Es otra de las cosas que no sabré nunca. Mamá no participó en el debate. Más de una vez acudí a ella en busca de su complicidad, en la confianza de que entre las dos lograríamos convencerlo para que volviera a pintar. Siempre me contestó que cada uno es responsable de las decisiones que toma, que ella no podía intervenir. Que la libertad de los demás se respeta incluso cuando se equivocan. Tonterías. No me cabe duda de que al final se dio cuenta de que se equivocaba. Por eso, pasado un tiempo, sacó el cuadro ella misma del trastero y lo colgó donde está ahora. Demasiado tarde. Hacía casi seis años ya que papá no cogía un pincel. Ya no era pintor; era patrón de barco. Lo fue desde entonces hasta que se jubiló. Tenía su barco en el puerto de Palamós, a veinte minutos apenas de Malespina y, entre mayo y noviembre, se alquilaban, barco y patrón, para grupos de turistas y de ricachones de Barcelona. Durante una o dos semanas les daba vueltas por la Costa Brava, arriba y abajo; les contaba historias del mar. Si existe un patrón perfecto, un capitán ideal, mi padre lo era. Que a mí me parezca mucho menos interesante ser un marinero de alquiler que un pintor genial es mi problema y no el suyo, y así me lo hizo saber muchas veces. Y, por mucha rabia que me dé, he de admitir que tenía razón. Olvidar. Olvidar fue su gran virtud. Pasar a otra cosa. Nunca tuvo un reproche para nadie. Nunca se quejó. Encerró los bártulos de pintar y puso el barco en alquiler. Se llamaba charter. El negocio, quiero decir. El barco se llamaba *Astor IV*. Después del optimist en el que los niños aprendimos a navegar, hubo un *Astor III*, un velero de recreo, apenas de siete metros, con el que salíamos todos en verano. El *Astor IV* ya

era una cosa seria: dos mástiles, treinta y seis pies, trescientos metros de trapo con balón. Una auténtica joya. Ahora tenemos el *Astor V*. Bueno, lo tiene Alberto, porque es suyo. Salimos de vez en cuando. Es un yate de motor, con doble cubierta.

Cada vez que volvía de una de aquellas expediciones, papá rebosaba felicidad: contaba aventuras dignas del mejor pirata, convertía en ciclones las tormentas de verano, en paz absoluta la calma chicha. Eran siempre viajes cortos, que podían a lo sumo llevarlo a las Baleares de vez en cuando, pero los contaba como si estuvieran llenos de caribes y galeras, como si hubieran de adornar sus orejas los pendientes con que los marinos antiguos se distinguían cuando lograban doblar el Cabo de Hornos. De hecho, siempre pensé que la gente se peleaba por alquilar su barco no tanto por sus habilidades como piloto, que eran muchas, como por el insuperable entretenimiento que les brindaba papá con sus historias. Bastaba que alguien preguntara por el origen del nombre del barco para que él largara, con su tremenda eficacia, el cuento entero del naufragio de Simón; del mismo modo, el paso obligado por las Formigues desencadenaba el relato inverosímil pero fascinante de la batalla medieval, y la mera visión de la costa oeste de la bahía provocaba que papá se pusiera a hablar de la rusa y todos los pasajeros terminaban convencidos de haberla visto bajar, a lomos de su mula, a bañarse desnuda en su playa.

—¿De quién fue la idea? —le he preguntado esta tarde, en un esfuerzo iluso por intercambiar con él algo parecido a una conversación.

—¿Qué idea, hija?

—La de que posara desnuda. ¿La tuviste que convencer, o fue cosa suya?

Ha abierto la boca como si fuera a contestar, pero luego la ha cerrado, se ha encogido de hombros y ha regresado a su mundo, un mundo que quisiera creer poblado de fantasmas y recuerdos pero que, me temo, sólo está lleno de un incontenible éter.

—Da igual, papá. Déjalo. Es demasiado frustrante. No sé ni por qué lo intento.

No es manera de dirigirse a un padre. Estamos todos muy nerviosos estos días. Nunca le había hablado así y sé que no me perdonaría estas palabras si su mente fuera capaz de registrarlas. Pero me alivia comprobar que no las registra, como probablemente tampoco percibe la amarga ternura con que las pronuncio.

Es el cansancio. El cansancio anterior a las cosas. El de saber lo que va a pasar antes de que pase. Sabes en qué momento dirá que necesita ir al baño. Urgente. Lo levantas del sillón con esfuerzo, pero sin problemas. La práctica me ha llevado a dominar esa técnica a la perfección: me agacho ante él, lo obligo a entrelazar las manos por detrás de mi cuello, lo tomo por los brazos, un poquito más arriba de los codos, y al levantarme yo queda él también de pie, generalmente con una sonrisa en los labios, esa sonrisa boba de niño que acaba de presenciar un truco de magia y aún no sabe si le ha gustado.

Damos tres o cuatro pasos. Entonces, se queda parado, pasea la vista por la sala como si lo hubieran plantado allí de pronto por ensalmo o abducción, y luego pregunta:

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—Al baño, papá. ¿No querías ir al baño? ¿No acabas de decirlo? Pues ahí vamos.

Como en esas funciones de teatro que se prolongan una temporada tras otra, el guión se cumple palabra por palabra, acto tras acto, día a día. Lo peor no es que repita las mismas cosas cada dos por tres, sino que me obliga a mí a hacer lo mismo. Trato de convencerlo para que camine sin arrastrar los pies y no tropiece. Él frunce un poco el gesto para demostrarme que no le gusta recibir órdenes. De camino al baño, tres o cuatro veces pregunta dónde vamos. Incluso cuando al fin lo tengo sentado en la taza, es capaz de decir: «Y ahora, ¿qué hacemos aquí?».

No suelo perder la paciencia. Muchas veces estoy a punto, pero no suelo perderla. Quisiera estallar más a menudo. Pesa más la resignación. Hace cinco años que conozco el guión de esta tragicomedia patética. Cinco años. El médico se permitió incluso el lujo de felicitarnos. «No es Alzheimer —dijo—, están de suerte. Es una variante del Parkinson, más benigna, lenta y de síntomas menos graves». O sea que estamos de suerte. Se supone que la naturaleza ha sido piadosa con él y benevolente con nosotros. La progresión gradual y lenta de su desvarío —anunciado cuando olvidó por primera vez quitarse el sombrero al entrar en casa y confirmado como irremediable el día en que hubo que recogerlo en una comisaría porque se había perdido y ni siquiera recordaba su dirección— nos ha permitido ir asimilando poco a poco una situación que, de haberse producido repentinamente, hubiera resultado insoportable.

Por otra parte sospecho que, si se le hubiera concedido la oportunidad de escoger una enfermedad final, papá no habría encontrado otra mejor que ésta. Al fin y al cabo, olvidar ha sido su gran especialidad y, según la teoría que se esforzó en inculcarnos desde la infancia, la clave de sus momentos de mayor felicidad. Trazar una raya en el calendario. Empezar de nuevo. Reinventarse la vida. Pasar a otra cosa.

Bueno, por mucho que nos cueste aceptarlo, ya sólo le queda pasar a morir. Tal vez un día se olvide de respirar y luego se olvide de sí mismo. Sería la culminación perfecta de su teoría. Si cada uno tiene la muerte que le corresponde, ésa sería la suya. Olvidarse de ser. Papá vivía montado en un globo, soltando el lastre de su pasado inmediato para ganar altura cada vez que la vida lo zarandeaba. No niego que el truco funcionara, pero ahora que la caída es irremediable no le queda lastre por soltar; ya no tiene más que este presente devastado y tirarlo por la borda será lo mismo que saltar él, abandonar el globo, abandonar la vida.

Es posible que a mí me ocurra lo contrario. Yo no tengo globo; camino por la vida a ras de suelo. Cargo gustosamente con el lastre del pasado, lo atesoro y permito que

me acompañe a todas partes. A mí lo que me molesta a menudo es el presente, esa jodida manía suya de entrometerse en todo. Al pasado lo envías al bosque del olvido y permanece allí, aun a costa de convertirse en alimaña. El presente, en cambio, te espera al pie del bosque, en mitad del camino, y lleva un hacha en la mano. Estas páginas son el mejor ejemplo. Yo quería recordar, aprovechar las horas de estas noches tranquilas para atar alguno de los muchos cabos que andan sueltos por ahí. Sin embargo, aquí está el presente, sembrando el camino de piedras. No sé cuántas horas llevo escribiendo sobre las cosas del presente, que son mezquinas a la fuerza: el malhumor de Alberto, las bromas de Luis, la pesada ausencia mental de papá.

Hablando de intromisiones, estoy en la cama con mi cuaderno porque ha llegado Pablo hace un rato, a eso de la una. He oído entrar un coche por el camino de grava y he salido por la terraza, creyendo que era Alberto, para comprobar si regresaba de mejor humor. Había un coche negro pequeño, detenido bajo el ciprés de la entrada. Pablo estaba fuera, de pie, inclinado junto a la ventanilla, despidiéndose de quien lo conducía. Mejor dicho, besando a quien lo conducía para despedirse. Un beso largo, de ahogo. Una cabellera rubia de rizos sueltos. Sólo he visto eso: una cabellera rubia de rizos sueltos. Si no fuera imposible, juraría que conozco a la dueña de ese pelo. Antonia. No puede ser. No me tengo por cotilla y no suelo meterme en la vida de los demás, pero reconozco que me he acercado un poco más. Las pisadas resuenan en la grava. Se acabó el beso. Justo cuando Pablo se daba la vuelta, la melena rubia ha metido la marcha atrás y ha arrancado sin darme tiempo a comprobar que no podía ser Antonia.

—Qué bien, Pablo, ya estás aquí.

Dos besos. Tan tranquilo. Olía más que nunca a tabaco. O a lo mejor es que yo ahora noto más los olores. Hay millones de melenas como ésa por el mundo. Será que mi imaginación anda demasiado excitada últimamente.

Si llega a estar despierto Luis, hubiera dicho que hoy los loquitos han ganado por goleada. A pesar de la hora, lo primero que ha hecho Pablo ha sido quitarse la ropa que llevaba, ponerse los trapos viejos que tiene en su armario y salir de su habitación con una toalla enrollada al hombro. Tenía que bañarse. Casi las dos de la madrugada. A mitad de octubre. El agua está helada, pero él tenía que bajar a la playa y bañarse.

—Cada día estás más loco, Pablo.

—De eso nada. La locura sería venir aquí y no meterse en el mar. Para eso, me quedo en Barcelona. De hecho, tendrías que bajar conmigo. No sabes lo buena que está el agua a estas horas en la bañera de la rusa.

—Cuidadito con los tiburones.

—Tranquila, nado mejor que Simón.

Todos aprendimos a nadar a los tres años. Papá nos metía en el mar, nos aguantaba con una mano por debajo de la barriga y nos hacía dar brazadas. «Un

tiburón, que viene un tiburón...», exclamaba mientras chapoteaba con la otra mano más allá de nuestros pies. «Muy bien. Nadarás mejor que Simón», decía luego para felicitarnos.

Por supuesto, no he bajado con Pablo. Suerte que le dio por ser músico, y no político. Habría fundado el Partido de la Autenticidad y lo habría llevado a la radicalidad más extrema. Para Pablo, las cosas que no son «de verdad», de eso que él considera «de verdad», sencillamente no son: si no te plantas en mitad de la calle justo cuando el cielo se desploma en pleno chaparrón y te empapas hasta los huesos, no puedes decir que está lloviendo; si no pierdes el sueño y la cordura, no estás enamorado; si no buceas desnudo las noches de luna llena, ni te atrevas a insinuar que te gusta el mar; si no tiene vela, no es un barco; por supuesto, si no eres capaz de componer algo oscuro, incomprensible y arrebatado, no digas que eres músico. Se ha bañado en la bañera de la rusa. En pelotas. Como debe ser, dice.

Media hora después, mientras Pablo, tiritando en la terraza, me contaba las maravillas de su baño nocturno, ha llegado Alberto. Mucho más tranquilo que esta mañana, aunque a juzgar por su mirada sospecho que no ha resuelto su problema, sea cual fuere. Más bien parece resignado. Siguen los perros en su cara, pero en vez de ladrar se lamen las patas.

—Hombre, si ya está aquí Beethoven.

—Qué tal, Rockefeller.

Muestras de cariño. En las familias, entre hombres, pasan estas cosas: son capaces de demostrarse el cariño a patadas. Se han dado un abrazo. Se quieren un montón.

—Coño, pero si estás mojado. Me has empapado la camisa.

—Mejor, así te acuerdas de cómo huele el mar. Desde el puente de tu yate vas tan alto que ni te llega el olor.

—A mí no me vaciles con el mar, que cuando quieras te gano: a nado, a remo, buceando, como quieras.

El primer momento relajado del día. Cuando estos dos compiten es buena señal. Señal de normalidad. Lástima que ha durado poco, porque a Alberto se le ha ocurrido de pronto preguntar por las cenizas de mamá.

—¡Coño! —ha exclamado Pablo, llevándose la mano a la frente.

—No me lo digas. No me digas que te has olvidado, porque te mato, vamos, te juro que te mato.

—Me las he dejado en el coche —ha explicado Pablo. Tranquilo, como si sólo se hubiera olvidado el tabaco—. No te pongas nervioso, no son más que cenizas.

—Joder, tío. Las cenizas de tu madre.

—Pues eso, cenizas. Además, en vez de quemarla nos la tendríamos que haber comido.

—Ésa es una broma muy vieja, Pablo. Además, no tiene ninguna gracia.



—Pues antes bien que te reías.

—Antes, claro. No sé si te has dado cuenta de que hay una pequeña diferencia: antes mamá estaba viva.

—Déjame el móvil, que la llamo ahora mismo.

—¿A quién?

—A la del coche, la que ha traído a Pablo —he intervenido, mientras sacaba mi teléfono del bolso para dárselo—. Una rubia de pelo rizado.

—Tú no te metas donde no te llaman. —No conozco a nadie capaz de defender su intimidad con tanto tesón como Pablo—. Cuando necesite tu permiso para ver a quien me dé la gana, ya te lo pediré.

—¿Una rubia de pelo rizado? Pues sí que estamos bien. Si tengo que ir a buscar las cenizas yo —se ha ofrecido—, voy ahora mismo. Aunque, si ésa rubia es quien creo, será mejor que me lleve el talonario. Es capaz de vendérmelas.

—Tranquilo, héroe. La he cagado yo, así que déjame que lo arregle yo. Mañana están aquí.

—¿Prometido?

—Prometido.

Etcétera. Por las voces que oigo, me parece que aún dura la discusión, aunque también se escapa de vez en cuando una risa. Bendita normalidad. Sueño bendito, si por una vez consigo que esté despoblado de rostros. Tengo en la mesita, como cada noche, un vaso de agua y mi orfidal. Últimamente, procuro no tomármelo. Es cierto que me ayuda a dormir antes, pero también multiplica las pesadillas. Hay otra razón: dudo que le convenga a la criatura que llevo dentro y, si al final decido parir, no quiero cargar con esa culpa. No me acabo de acostumbrar a esa especie de sucursal que la vida ha abierto en mi cuerpo. Bastante tengo con las intromisiones del presente para aceptar encima ésta que me envía el futuro desde vete a saber dónde. No quiero pensar en eso ahora, porque entonces sí que no conciliaría el sueño ni atiborrándome de pastillas. Será mejor que apague la luz.

## CON LUIS

Como tener un amante prohibido. Necesito ver a Luis. Estar con él a solas. Hablar con él. Busco una excusa. Entro en su sala de recuperación a media tarde. Para ver cómo le va, le digo. Me mira y sonrío. Sabe lo que quiero. No hablamos de la vida, ni de mamá. De nada. No perdemos tiempo en prolegómenos. Ya lo he dicho, como un amante prohibido; está para lo que está. No lo busco por lo que puede darme, sino por lo que puede obtener de mí. Por lo que deseo que obtenga de mí. La verdad.

Te veo muy sola. Es lo primero que dice, en cuanto me ve entrar. No sé por qué estás tan sola. Qué va, le explico, tengo muchos amigos. Se me queda mirando: Serena... No necesita decir más. Significa no me decepciones, no me vengas con ésas; los dos sabemos por qué estás aquí.

La verdad es un hueso y Luis es un perro. No: Luis es un perro, yo soy un hueso y la verdad es el tuétano. No me puedo creer que no tengas novio, dice. Doy un paso atrás. Hago ver que estamos discutiendo la palabra novio. Llámalo como quieras, me corta: novio, colega, rollete, lío, maromo, plan. No es tan fácil, le digo. Hay mucha demanda. Pocos hombres disponibles. Todos tarados. Ya, ya, concede; pero uno, uno... Le hablo de los que confunden la pasión con los empujones. De los hongos en los pies. De las erecciones tímidas. Se lo explico: los hombres de mi generación no dan la talla. No aprueban el examen de mínima salud mental. Cero en compromiso. Muy deficiente en capacidades afectivas. La mitad ni siquiera pasa la prueba de higiene.

Me deja hablar un rato. Ya, ya, me dice. Pero uno, uno... Aunque sea para echar un polvo de vez en cuando. Estamos llegando al tuétano. Pienso en el Síndrome. Pienso que, si se lo digo, si le hablo de Ismael, si le cuento que estoy embarazada, no podrá evitar explicárselo a toda la familia. No es mala excusa. Me asusto. No sé si me pongo roja, pero Luis lo nota. Uy, uy, me dice. Suelta una carcajada. Hay algo que no me quieres decir. El perro ha olfateado el tuétano, pero suelta el hueso de repente. Cambia de tema. Se pone a hablar de sus ejercicios. Mira, me dice: ya casi estiro el brazo del todo. Qué bien, Luis; felicidades. Te dejo, le digo. No quiero interrumpir tus ejercicios. Me suelta, me deja ir. Ya hablaremos, digo desde la puerta. Cuando tú quieras, contesta. Como un amante prohibido. Cuando yo quiera no; cuando me atreva.

*Basta dormir aquí una sola noche para entender que la verdadera voz de la jungla son los insectos. No los mosquitos, que de tan presentes llegan a olvidarse. Los otros insectos. Millones de bichos. Decenas de miles de clases distintas, cada una con un sonido propio. Mientras se pone el sol, la sinfonía es ensordecedora. A veces puede durar toda la noche, e incluso algunos pájaros se suman de vez en cuando, como el vecino que, harto ya de que interrumpen su sueño, se asoma a la ventana y suelta un par de gritos. No hay quien lo explique. Serena se empeñaría en buscarle metáforas: una orquesta pisoteada, un carraspeo de dioses metálicos, un azar ronco de alas de fiebre, cosas así, esas palabras suyas, tan bonitas como inútiles. No es suficiente. Haría falta ponerle un nombre a cada sonido y la tarea sería infinita. Haría falta un Lineo del sonido, alguien capaz de dividir los ruidos en clases, especies y familias, alguien dotado de la locura suficiente para dedicar su vida entera a la obsesión de nombrar. Lineo ideó el sistema nominal moderno y luego él mismo nombró decenas de miles de plantas y animales. Al final de su vida, una afección mental devastó su cerebro. Murió sin recordar siquiera cómo se llamaba. Los nombres hacen eso: arruinan por exceso el lugar que ocupan.*

*Una noche soñé que dormía y en mi sueño sonaba un despertador. Abrí los ojos y maldije, manoteé en el vacío, buscando una mesita de noche que ni siquiera existe. Por supuesto, no había a mi lado despertador alguno, pero su molesto sonido permanecía inconfundible en el aire. Hay por aquí algún bicho que para divulgar su celo, desparramar su alarma o marcar su territorio, reproduce con exactitud absoluta el timbre de mi despertador electrónico de Barcelona: tiritití tiritití tiritití. Hasta las pausas se parecen. Otro, que imagino regordete y ufano, suena como si alguien raspara las cuerdas de un violonchelo con una cuchilla de afeitar.*

*Lo que quiero decir es que aquí se oyen los sonidos más inverosímiles. Por eso, la noche en que murió Judith tardé un poco en identificar aquel zumbido lejano, casi ridículo de tanto estrépito, aquellas gárgaras intermitentes. Me costó entender que no eran obra de un bicho nuevo con ganas de guerra, sino de una lancha que se acercaba por el río. Tampoco tardé demasiado, porque no era la primera vez que lo oía y sólo el nerviosismo que se apoderó de mí, por no llamarlo miedo, me impidió reconocerlo al instante. Ya he dicho que esto no es el fin del mundo. Cada martes, la llegada de Amkiel se anuncia con millas de antelación por el cacareo del motor de La Mimosa. De vez en cuando, una o dos veces por semana, pasan también, con un rugido más rotundo y grave, como de barcaza de carga, las lanchas que llevan provisiones a las ruinas mayas de Pilas, a sólo tres o cuatro millas de aquí. De modo que me he convertido en una experta. Apenas presto atención un par de minutos y casi soy capaz de adivinar qué clase de embarcación sube o baja por el río, qué motor la impulsa y qué propósito la trae o la lleva. Sé casi tanto como Julio. Julio oía un motor a millas de distancia y afirmaba: «Cincuenta caballos, casco de*

madera». Casi nunca se equivocaba. Tenía un catalejo de aquellos de pirata antiguo y lo usaba siempre que se apostaba en la terraza de Malespina a ver pasar los barcos, pero yo creo que no le hacía ninguna falta.

El problema fue que era de noche. Casi madrugada, pues serían más de las cuatro, pero aún oscura. Me dio un mal pálpito. Ningún ruido trae buenas noticias a esas horas. Pensé en los saqueadores de ruinas. Suelen aparecer en plena noche, armados con todo lujo de subfusiles y ametralladoras, y se llevan las ruinas en pedazos, ante la frustración de los vigilantes, que no tienen para defenderse sino machetes romos y oxidados. Cortan las estelas mayas a lo bruto, con unas sierras discales cuyo sonido, en medio de la jungla, resulta casi obsceno. Se llevan los jeroglíficos como si fueran puzzles. Cada incursión, un pedazo. Luego, aparecen en colecciones privadas: alguien los vende en San Petersburgo, alguien los compra en Ginebra.

Me entró el pánico. Pánico. No sé si la palabra sola invoca las rodillas dislocadas, la boca seca. Ya sé que no tenía sentido: me parezco bastante a una reliquia, pero no tanto como para temer que se me lleven los saqueadores de ruinas. Y mi edad me libra de los peores miedos que acechan a una mujer ante el acoso de hombres embrutecidos. Sé que mi cuerpo no despierta ya precisamente la lujuria de nadie. Pero está escrito que el pánico no atiende a ninguna lógica. La memoria tiró de mi conciencia a empujones. Retrocedí treinta años en la noche del tiempo. Me vi en otra jungla: acosada, amenazada. Volví a ver mi vida pendiente de la piedad ajena. En 1971, en Brasil, alguien incendió la habitación en que yo dormía. No fue un accidente. Querían matarme. Yo creía que tenía superado ese miedo, enterrado ya en el olvido para siempre, pero aquella noche supe que no. Fue como si aquel sonido inesperado rebotara en las paredes del pozo de mí memoria hasta llegar al fondo y allí encontrara, agazapado, adormecido apenas, un terror profundo que llevaba todo ese tiempo esperando el momento oportuno para despertarse y trepar, a golpe de uñas rotas, de nuevo hasta la superficie. El pánico te impide pensar. Aunque ahora la veo con una claridad deslumbrante, entonces no fui capaz de apreciar la ironía contenida en aquel miedo: vine aquí, entre otras cosas, para revivir el escenario de los mejores momentos de mi vida, pero bastaba el burbujeo de un motor lejano para resucitar también los peores. En Petexbatún había encontrado un sucedáneo de la bendita quietud del Amazonas que llevaba treinta años buscando; era lógico que aquí me esperase también el terror desbocado del que llevaba treinta años huyendo.

Primero intenté bloquear aquel sonido, ahuyentarlo de algún modo, pero no fue posible. Entonces, opté por lo contrario: concentrarme en él, invocarlo, hacerlo visible en mi mente para convencerme de que no era sino lo que parecía, una embarcación que transitaba la noche sin más afán que ir de un lugar a otro. Sus ocupantes ni siquiera sabían de mi existencia. Nadie pretendía acosarme. Era sólo

gente, gente que iba de aquí para allá, que traía y llevaba cosas. Poco a poco fui recuperando la respiración. Incluso empecé a distinguir con claridad los silencios que, de vez en cuando, se tragaban en la noche el ruido del motor, como si una campana de cristal lo envolviera durante unos segundos. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Una lancha y los islotes; dentro, fuera. Sólo eso.

Al cabo de un buen rato aquella vibración estalló, dos o tres octavas más aguda, como una risotada repentina e insolente. Luego, calló para siempre. A la luz de cuanto supe después, hubiera sido fácil pensar en un accidente, la hélice resonando en el vacío en el instante anterior al vuelco, pero en aquel momento no se me ocurrió. Recordé cómo levantaba Amkiel el motor de vez en cuando para esquivar los troncos flotantes. Tal vez una avería. O acaso simplemente la lancha hubiese llegado a su destino. No pensé en un accidente. Al contrario, di la bienvenida al silencio recuperado y traté de conciliar de nuevo el sueño.

Ya no pudo ser. Durante un par de horas, di vueltas y más vueltas en el camastro, que por primera vez me parecía incómodo, húmedo y áspero. Ni siquiera funcionó el recurso desesperado de contarme los dedos de los pies, infalible en tantas otras ocasiones. Cuando no logro dormir, suelo tumbarme boca arriba, con los ojos cerrados y los brazos estirados, paralelos al tronco. Todo el cuerpo liso y recto, salvo los pies, que apuntan al cielo. Entonces, empezando por el dedo pequeño del pie derecho, los voy moviendo de uno en uno, despacio, muy despacio, y los cuento. Muevo un dedo y lo cuento, uno; muevo el siguiente, dos, tres, cuatro. Al llegar a diez, estoy en el dedo pequeño del segundo pie. Es importante moverlos todos, de uno en uno, no saltarse ningún dedo, no interrumpir la cuenta. Cuando se termina, vuelves a empezar en sentido contrario: once dedos, doce, trece... No suele fallar. A veces he llegado a contar más de ciento cincuenta dedos, pero con tesón y método, si de verdad los cuentas de uno en uno y mueves cada vez el que corresponde, terminas por lograrlo. Te va entrando el sopor. Nunca he tomado una pastilla para dormir. Nunca, ni siquiera una valeriana. Ni en las peores noches de vigilia en el hospital, junto a la cama de Luis. Julio sí; Julio las tomaba con una facilidad que siempre me pareció asombrosa y que han heredado sus hijos. En cuanto el sueño se les resiste unos minutos, lo convocan con una píldora. Yo no; a mí me gusta luchar con él y domarlo. Incluso en la época de las peores pesadillas, durante los meses posteriores al encuentro con los wari o, más aún, cuando ocurrió lo que ocurrió en África, con los iraqw, y volví a Barcelona con la semilla de la culpa echando raíces por todo mi cuerpo. Nunca una pastilla. Siempre los dedos de uno en uno. Aquella noche, sin embargo, no hubo manera. Estaba demasiado nerviosa. Por eso me levanté antes que el sol, cuando apenas una premonición de claridad anunciaba el día. Salí a la laguna, pero tardé un rato en bañarme. Meter siquiera un pie en el agua antes de que la despertara el sol parecía una invitación al gran Towira y yo no andaba

precisamente en busca de esa clase de emociones. Al contrario, quería una cosa tan antigua y simple como un baño purificador, un chapoteo pacífico que me permitiera abandonar en el agua toda la excitación de la noche.

Lo tuve. Apenas duró un rato, pero lo tuve. Cuando el sol asomó por encima de las copas de los árboles fue como si cada gota de agua despertara a la vida y le rindiera un homenaje. Aquí los días empiezan así: un aliento respirado sobre el espejo de la laguna despierta el vaho de todas las humedades; una bruma casi sólida lo envuelve todo como una placenta durante unos segundos y luego desaparece. Como si la luz inaugurase el mundo y me invitara a estrenarlo. Nadé hasta el centro de la laguna, más despacio que nunca, cerrando los ojos de vez en cuando y respirando hondo. Boca arriba, brazos en cruz, piernas estiradas. El agua de Petexbatún es muy densa. Con los pulmones llenos el cuerpo flota mejor, casi quiere salirse del agua. Eso sí es silencio absoluto. Noté un leve golpe en la nuca. Estiré hacia atrás un brazo, dudando entre apartar aquel tronco o, al contrario, acercarlo más todavía y apoyar en él la cabeza, pero el tronco tenía pelo, una cabellera corta y espesa y, en mi tanteo ciego, noté en su base algo demasiado parecido a una nariz, un mentón, el tacto de la carne muerta, y tragué agua y solté un grito y volví a tragar agua, mucha agua, y entre toses y pataleos creí hundirme, casi noté al gran Towira y toda su corte tirando de mí por los tobillos, me imaginé rodeada de muertos, muertos sin nombre, muertos con brazos como algas, muertos ridículos de tribus antiguas, un baile obscuro de muertos con los ojos en blanco, ebrios de licor de maíz, y mi cabeza sumergida y el aire que me faltaba y las fuerzas y mis brazos rompiendo el agua como una turbina, apartando el cuerpo quieto y tozudo que se empeñaba en regresar a mí tras cada empujón y se me echaba encima como si aquel lugar fuera suyo, aquel cuerpo que poco a poco dejó de ser bulto y tuvo cara, una cara reconocible pese al tajo abierto desde la sien izquierda al mentón, como si un hachazo le hubiera arrancado la vida, pese a la hinchazón amoratada del agua, pese a la vida ausente en el ojo derecho, azul, abierto, dueño único del rostro, que miraba al cielo y no veía el cielo: Judith. Judith muerta. Su cuerpo flotando en el agua. Maldije su nombre. Lo grité como una venganza, como una maldición. No voy a explicarle esto a nadie, pero le di una soberana paliza. No sé cómo fue, qué pasó. Poco a poco, la rabia desplazó a la histeria y mis manos abiertas, que antes palmeaban el agua con ansiedad en busca de soporte, se convirtieron en puños como pedruscos; los descargué en su cuerpo, en su pecho inflado, en sus hombros tiesos, como inhibidos, le clavé puñales de agua en pago por su enorme error de estar muerta, de estar ahí, de haberme traído flotando un susto de muerte. Hasta que se agotó la rabia y, con ella, las pocas fuerzas que me quedaban. No sabía qué hacer. No me sentía capaz de regresar a la orilla. Apoyé la cabeza en el cuerpo de Judith. No era un abrazo, ni una señal de duelo. Era un abandono. Tomé aire. No sé cuánto rato estuve así. Luego, sin

*apartarme de ella todavía, apenas con un chapoteo de mis tobillos, empecé el lento regreso. Me faltaba aire en los pulmones. Recuerdo que daba grandes bocanadas y no lograba más que tragar agua. Seguro que no me di cuenta entonces, pero ahora pienso que era el mundo al revés; un salvamento imposible. Tal vez pareciera que yo me esforzaba por salvar su cuerpo, rescatarlo del agua y concederle un descanso digno, aunque todo el mundo sabe que para mí no hay en el descanso otra dignidad que la podredumbre. Era al revés: su cuerpo muerto salvaba el mío. Como un flotador, como una tabla que me permitía llegar a la orilla.*

*No sé cuánto tardé. Tuve tiempo de pensar en la mala muerte. En todas las culturas hay formas buenas y malas de morir. Pocas conciben una muerte peor que la del ahogado. Morir en casa está bien. La casa es el orden. El bosque es el caos y quien muere en él corre el peligro de que su espíritu no encuentre el camino: el camino para volver o el camino para irse, según el caso. Pero el agua es peor. Por lo general, los espíritus no saben nadar, de modo que se hunden con el muerto. Almas en pena para siempre, empapadas. Para los lugbara no hay nada más trágico que un ahogado, pues dan por hecho que el agua en los pulmones le impide pronunciar sus últimas palabras. Morir con ellas en la boca, sin alcanzar a expulsarlas siquiera con el último aliento, equivale a la más cruel de las condenas. Traté de imaginar las últimas palabras de Judith. ¿Una imprecación? Difícil. Tal vez sólo una exclamación de sorpresa.*

*Recuerdo que el cansancio trajo consigo una calma lúcida que, por primera vez, me permitió unir los ruidos de la noche con el susto del día: la lancha y el cuerpo; el último rugido de la hélice desbocada y el tajo despiadado en el rostro de Judith. Los ruidos ridículos de los vivos y el ridículo silencio de los muertos. Llegué a la orilla. Casi no tuve fuerzas para arrastrar el cuerpo de Judith y sacarlo del agua. Apenas pude apoyar su cabeza y los omóplatos en el fango, como cuando Amkiel encaja el morro de La Mimosa. Busqué algo para fijar el cuerpo, pero no encontré nada. No hacía falta. En la orilla no hay corriente. No tengo edad para salvamentos, ni heroísmos de ninguna clase. Estaba agotada. Ni siquiera podía caminar. Me quedé tumbada junto al cuerpo de Judith. Si entonces llego a saber todo lo que sé ahora, me habría dado cuenta de que aquella situación resumía todas las contradicciones de esta historia: Judith muerta en mi lugar, su cuerpo salvado por mí; Judith muerta y vestida, yo viva y desnuda. Al final, junté fuerzas para levantarme y caminar hasta las cabañas. Recuerdo que antes de conectar la radio a la batería me sequé con cuidado las manos, como si la aparición del cuerpo accidentado de Judith me hubiera despertado la conciencia de los peligros al acecho. No fue fácil. Me costó casi media hora conseguir que alguien contestara. Al final di con el patrón. Fue una conversación extraña. Tal vez por contagio de los militares, esta gente habla por la radio como si estuvieran en plena batalla. Además, el aparato crepita como si uno*

hablara en mitad de un incendio. Conseguí explicar más o menos lo que había ocurrido.

—Identifíquese. Cambio.

—Isabel García, Posada del Caribe. Cambio.

—¿La señora? Cambio.

—La señora. Afirmativo. Cambio.

—¿Cómo así, señora? ¿Qué pasó? Cambio.

No sabía qué decir.

—No copio. Repito, ¿qué pasó? Cambio.

—Ha habido un accidente. Cambio.

—¿Dijo accidente? Cambio.

—Sí. Cambio.

—¿Afirmativo? Cambio.

—Afirmativo. Cambio.

—¿Qué le pasó, señora? ¿Se dañó? Cambio.

—No. Yo no. Lo que pasa...

—... ¿Dijo negativo? Cambio.

—Negativo. Yo estoy bien. —Tomé carrerilla para decirlo todo de corrido, porque me estaba poniendo histérica con toda aquella jerga barata de radioaficionado—. No me ha pasado nada. Pero anoche hubo un accidente. Se hundió una lancha.

Silencio.

—¿Oiga?

—Diga cambio cuando termine, carajo. Perdón, señora. ¿Qué lancha? Necesito saber las coordenadas del accidente. Cambio.

—Oiga, déjese de tontadas que esto es serio. Me tiene frita con los cambios y los afirmativos. Déjese de preguntas y haga algo, mierda. Le estoy diciendo que anoche se hundió una lancha y que ha llegado hasta aquí un cadáver y haga el favor de enviar a alguien de inmediato...

—... no le copio, señora, ¿dijo cadáver?

—Afirmativo. Cambio.

—¿Afirmativo? Cambio.

—Afirmativo, joder. Cambio.

Amkiel tardó un par de horas en llegar. Me dio tiempo a caminar hasta la laguna, asegurarme de que el cuerpo de Judith siguiera en la orilla, regresar a la cabaña, vestirme y preparar la mochila con lo imprescindible para desplazarme a Sayaxché. No sé por qué lo hice. Nadie me necesitaba. Tal vez hubiera bastado con entregarle el cadáver a Amkiel. La curiosidad, supongo. Imaginé que alguien querría interrogarme. No sé. Metí en la mochila mi documentación, algo de dinero, una muda limpia y calzado de recambio porque la experiencia me ha enseñado que el



piso de estas embarcaciones siempre está embarrado. Una pastilla de jabón y un bote de repelente de mosquitos. Al abrir el neceser me cayó en las manos mi espejo de viaje. Lo abrí y me miré. No era consciente de que llevaba semanas sin verme la cara. Es un espejo pequeño, de Clinique, de esos que te regalan cuando compras el bote grande de crema hidratante. *Dramatically different moisturizing lotion*. Siempre me llamó la atención esa forma de definir una crema, *Dramáticamente distinta*. Me vi los ojos. Casi me da por saludarme. Tenía cara de sorpresa. Me aposté a esperar en la orilla.

Amkiel llegó acompañado por dos muchachos jóvenes como él. No venían en La Mimosa, sino en La Taciturna, algo más grande y de madera, como si las circunstancias exigieran una solemnidad que el viejo bote de aluminio no podía prestar. Cuando se acercaron a la orilla les indiqué por señas que fueran directamente a la laguna, sin atracar primero para embarcarme. Yo me acerqué por tierra. Levantamos el cuerpo de Judith entre los cuatro. Se puso a chorrear agua. Tuvimos que sostenerlo un buen rato en el aire. Pesaba tanto que se nos hundían los pies en el fango. Por las mangas de su camisa, por el ribete de su falda pegada a las piernas, brotaban litros y litros de agua, una cantidad imposible, como si el cuerpo pudiera desintegrarse y desaparecer, licuado, dejando sólo en nuestras manos el rastro de una humedad mortuoria. Nadie dijo una palabra. Luego, la depositamos en el fondo de la lancha. Amkiel montó en ella, desplegó una de esas lonas verdes impermeables que suelen llevar para tapar el material que transportan cuando los sorprende la lluvia en pleno trayecto, y cubrió con ella el cuerpo de Judith. Ordenó que montáramos todos e inició la maniobra para alejarse de la orilla. En el fango quedó la marca del lugar donde había reposado el cadáver, rodeado por las ocho muescas profundas que hablan dejado nuestros pies mientras lo sosteníamos en el aire. Y mi mochila. Tuvimos que regresar a por ella. Amkiel mantuvo el motor en punto muerto mientras uno de sus acompañantes, con esa clase de agilidad que no se aprende, saltaba a tierra, lanzaba la mochila a nuestros pies y volvía a montar en la lancha apenas un par de segundos después. Cuando estuvo de nuevo sentado a mi lado, musitó:

—Perdón, señora.

—Al contrario, gracias —le contesté.

Luego se me ocurrió que tal vez no se excusaba ante mí por haber lanzado mi mochila por el aire, sino ante Judith, en cuyo pecho había caído.

Amkiel enfiló la proa hacia Sayaxché. Me levanté y, cuidando el paso para que no se tambalara la lancha, fui a sentarme a su lado en la popa. Empecé a explicarle lo que había ocurrido, pero enseguida estuvo claro que él tenía más información que yo. Al parecer, mi llamada había despertado la alarma en Sayaxché, provocando un urgente recuento de lanchas y lancheros con el resultado esperable. Faltaba La

Peleona y su piloto, un tal Armando. Bastaron las primeras averiguaciones para saber que, estimulado por una paga extraordinaria, había contravenido la costumbre de no viajar de noche para llevar a tres pasajeros hasta Aguateca: la gringa, más un francés y un guatemalteco, ambos conocidos en la zona porque solían trabajar en proyectos locales de desarrollo financiados por organizaciones extranjeras.

—¿Qué gringa? —pregunté.

Amkiel señaló con un ademán displicente el cuerpo de Judith, tendido a nuestros pies.

—Se llamaba Judith —le expliqué—. Y no era gringa. Creo que era alemana.

Me miró como si le hablara en chino.

—Claro, señora; gringa de Alemania.

Brotan de nuestro cuerpo las mentiras antes que los gusanos. La gringa. La señora. Pensé que si yo moría en circunstancias similares la etiqueta de señora me iba a acompañar de vuelta a casa, como si ese nombre absurdo pudiera contener cuanto hubiera sido en vida, e incluso insinuar cosas que no he sido. Murió la señora. Se accidentó. Era simpática la señora, aunque un poco rara. Nadie sabía qué hacía aquí. Estaba medio loca la señora. Se bañaba desnuda en la laguna. La gringa. La señora. El naufragio Simón. La rusa. La rusa también se bañaba desnuda. La diferencia es que ella era rica y se compró una playa para bañarse tranquila. Mentira, la verdadera diferencia es que no le hizo falta morir para convertirse en un mito.

La voz de Amkiel interrumpió mis pensamientos.

—A lo mejor los adelantamos.

—¿Adelantar? —Cuando conocí a Amkiel, pensé que su parquedad, aquella forma de hablar como quien envía un cable cifrado, era una gran virtud. Pero en aquellas circunstancias me pareció un defecto molestísimo—. ¿Adelantar a quién?

—A los muertos, pues.

Las tres lanchas más rápidas habían partido de Sayaxché a primera hora de la mañana, cargadas de hombres, al mismo tiempo que Amkiel salía a buscarme. Habían encontrado La Peleona al principio del río Petexbatún, apenas unas pocas millas después de donde se separa como un ramal del río Pasión, volcada y por supuesto vacía, con el morro atascado en un islote de cañas. Amkiel pasó por ahí media hora más tarde que ellos y se los encontró faenando, barriendo el río en busca de cuerpos. Ya habían recuperado uno, el del francés. Alimentaban todavía la esperanza de dar con algún superviviente, a pesar de que el accidente había ocurrido en el tramo más peligroso del río. El brazo del Petexbatún, recién separado del tronco central del río Pasión, reduce su hondura a poco más de tres metros. Además, al estrecharse progresivamente el cauce, el agua circula a mayor velocidad, en una corriente poderosa que a veces incluso ofrece resistencia a los afanosos motores de

las lanchas. Como cuando aprietas la boca de una manguera. El estado del casco de La Peleona ofrecía pocas dudas: un boquete abierto en el fondo de su mitad delantera delataba el golpe que había frenado su carrera. Según Amkiel es relativamente frecuente que el tono pardusco del agua, reforzado en esa zona por la cantidad de tierra que arrastra el río, enmascare la presencia de troncos flotantes. Por eso no suelen viajar de noche. El deplorable estado de conservación de La Peleona, explotada sin piedad durante años y probablemente sobrecargada en el momento del accidente, había contribuido al desenlace fatal de lo que, en otras circunstancias, podría no haber pasado de simple susto. Sin embargo, el cauce del Petexbatún en esa zona es limpio; no hay rocas, ni ningún obstáculo sólido en el que golpearse al caer al agua. Parecía impensable que ninguno de los ocupantes de la lancha supiera nadar, que todos hubieran sucumbido al impacto. Por eso seguían buscando río abajo, convencidos de hallar todavía algún cuerpo con vida.

Nuestros dos acompañantes guardaban silencio y de vez en cuando, con la vista fija en la lona que tapaba el cuerpo de Judith, meneaban la cabeza, en un gesto que bien podía representar una maldición de los azares del destino o una acusación a la imprudencia de los hombres. Amkiel y yo íbamos hablando. Ahora, en la memoria aún cercana, me llama la atención la escasa solemnidad de nuestro viaje. Parecería más apropiado que hubiéramos recorrido el río en silencio, conmovidos por la presencia del cadáver a nuestros pies, enfrascados en penosas reflexiones sobre la fugacidad de la vida. No fue así y mentiría si dijera lo contrario. Tampoco me llamo a engaño, pues he visto con frecuencia en todos los rincones del mundo cómo la presencia de los muertos contribuye a veces a disfrazar la normalidad de los vivos. No soy la única que ha escrito libros sobre eso. Hay miles de ejemplos; toneladas de información sobre las múltiples formas de invocar la vida cuando asoma la muerte. Bailes, bailes rituales de sexualidad desatada; simulacros de batalla; grandes banquetes. En el sudeste asiático, las mujeres de los berawan entretienen la espera entre la muerte y el entierro con juegos de azar. Juegan en las puertas de las chozas y van comentando los avatares del juego con fuertes alaridos. No es que desprecien al muerto. Se limitan a repetir lo que vieron hacer a sus madres, y éstas a las suyas, en una cadena de generaciones cuyo origen se pierde en el olvido y que sólo pretende, de modo inconsciente, representar el caos social que trae consigo la muerte, desarmar ese caos con un juego, fingir que el azar se somete al orden. La palabra. La conversación es el gran conjuro de la muerte. Lo mismo a la sombra de una cabaña en un bosque africano que en la cocina de nuestras casas. No es raro oír chistes en un velatorio. En voz baja, reprimida la risa. Hablar del muerto es una excusa para hablar de la vida. No recuerdo muy bien todo lo que hablamos con Amkiel hasta llegar a Petexbatún. Primero me contó los detalles que conocía del accidente. Luego le pregunté por el origen de su nombre. Me dijo que desconfiara

siempre que un indígena se presentara con el nombre de Miguel. Miguel es Amkiel, como Luis suele ser Churi. Tiene razón. Lo he visto en toda América. Indios que apenas hablan español y sin embargo afirman llamarse Cristóbal. También hay Harrys y Williams. No sé si fueron los conquistadores o los misioneros: alguien se encontró incómodo ante aquellos nombres desconocidos y, conservando las vocales, buscó lo más parecido en el santoral. Amkiel usa su nombre con orgullo, mascando las dos sílabas que lo componen como si cada vez que estrecha los labios para pronunciarlo estuviera escupiéndole a la historia en un ojo. No supo decirme su edad, y no creo que fuese por coquetería. Yo le calculaba menos de veinte años, pero me habló de dos hijas que iban al colegio en Flores.

Cuando llegamos al lugar del accidente, Amkiel redujo al mínimo la velocidad del motor, se puso en pie y oteó la distancia. Al cabo de unos segundos, me apoyó una mano en el hombro para llamar mi atención y luego señaló hacia la orilla. Frunciendo los ojos, alcancé a distinguir el morro volcado de La Peleona, abandonada y casi hundida por completo. No llegué a ver el boquete que supuestamente había provocado el accidente, pero sí me fijé en las innumerables grietas que surcaban el casco de fibra de carbono como telas de araña. No, con menos orden; como varices. El rostro taciturno y concentrado de Amkiel cambió de expresión en un instante, animado por una deducción obvia: si habían dado por terminada la búsqueda sin remolcar río arriba la lancha accidentada tenía que ser porque hubieran encontrado un superviviente; tal vez herido, necesitado de atención urgente. Amkiel nos avisó que nos agarrásemos con fuerza y aceleró a fondo. Sorteó con pericia los escasos islotes de caña que nos salieron al paso antes de ingresar al cauce ancho del río Pasión y luego, buscando siempre las zonas donde la corriente ofreciera menos resistencia, enfiló la lancha hacia el norte. Como el ruido del motor impedía la conversación, recorrimos el resto del trayecto en silencio.

Los cadáveres nos esperaban en el embarcadero de Sayaxché cubiertos con lonas similares a la que, a nuestros pies, tapaba el cuerpo de Judith. A pesar del bullicio de voces y cuerpos que hervía en el muelle, los distinguimos antes de atracar y pudimos hacer el recuento obvio. Había sólo dos bultos, tres con el que acarreábamos nosotros. Como la lancha había partido con cuatro ocupantes, faltaba uno. Un superviviente o un desaparecido. Duró poco la duda, pues mientras desembarcábamos nos llegaron las voces que le contaban a Amkiel que Armando, el lancharo, había sido rescatado con vida y que, sin esperar la llegada de una ambulancia, previsiblemente lenta, alguien lo había llevado en coche a Flores, donde era más fácil encontrar atención médica de urgencia. Recuerdo que pensé cuál sería el verdadero nombre de Armando. Maltrecho, con una pierna partida y los pulmones medio encharcados, había sido capaz, antes de partir, de aclarar las pocas dudas que todavía se cernían sobre el accidente. Judith había sido la primera víctima. Había

caído con tan mala suerte que la hélice del motor, mantenida en el aire durante unos instantes por la violencia del choque, le había partido la cara. Tal vez eso no causara su muerte de inmediato pero, mermadas sus posibilidades de tomar aire y buscar un asidero, había sucumbido poco después. Armando había alcanzado a ver cómo se alejaba su cuerpo sin poder remediarlo. Los otros dos hablan muerto por imprudencia. Las pesadas mochilas, cargadas a la espalda y atadas a la cintura, hablan tirado de ellos hacia el fondo irremediamente. La mayor parte de los hombres reunidos en torno a los cadáveres eran lancheros y el consenso entre ellos parecía absoluto: no debía culparse a Armando por la decisión temeraria de viajar de noche, sino a los extranjeros, que lo habían convencido con el sucio argumento de sus dólares. Lo mismo podía decirse del exceso de carga, una carga repleta de las mejores intenciones, pues al parecer transportaban cajas de herramientas, medicamentos y alimentos para los enclaves mayas de Aguateca. Nadie parecía reparar en la paradoja de que un cargamento destinado a salvar vidas hubiera terminado por segar la de quien lo transportaba. También estaban todos de acuerdo en que aquellos dos hombres se habrían salvado nadando si, en vez de empeñarse en mantener auestas sus mochilas, hubieran seguido el consejo de Armando, dejándolas, como debe ser, en el fondo de la embarcación. Es común que los muertos tengan la culpa de todo. Si son extranjeros, más todavía. En cualquier lugar del mundo.

Amkiel me contó esos detalles, traduciendo en palabras comprensibles el griterío afanoso de sus compañeros, mientras alguien desembarcaba el cuerpo de Judith y lo depositaba, tendido, tapado, anónimo, al lado de los otros. Vi algún uniforme, alguien que tomaba notas, aunque no hubo nada que mereciera el nombre de investigación oficial. De vez en cuando, alguien se agachaba y retiraba apenas un palmo las lonas para verle la cara a los muertos, como si sólo así pudieran creerse lo que había ocurrido. Al poco rato, llegó un furgón y cargaron en él los cuerpos, con destino a Flores. Desapareció el furgón, dejando con su ausencia la estela de una normalidad aterradora.

—¿Y la señora qué va a hacer? —me preguntó Amkiel.

—¿Qué hora es?

Ninguno de los dos llevaba reloj.

—Vienen siendo, pues, como las tres, más o menos. Yo creo que va a ser tarde para volver a la posada, señora.

—¿Tú me puedes llevar mañana?

—Claro.

—Pues consígueme habitación aquí para esta noche. Mañana aprovecho para comprar cuatro cosas y a mediodía nos vamos.

—Como quiera la señora.

*Hay tres hoteles en Sayaxché. Dos son meros hostales donde pasan la noche los escasos funcionarios que de vez en cuando asoman por aquí y los transportistas que aprovechan la mínima infraestructura del asentamiento para hacer un alto en el camino. Escogí dormir en el otro, el Hotel del Capitán, algo mejor acondicionado para acoger a los turistas que, desde allí, se acercan a las ruinas mayas de Ceibal o, con menos frecuencia, a las de Pilas y Aguateca. Por una noche, no tenía sentido rechazar un colchón de verdad y una ducha caliente. Pedí a Amkiel que me acompañara. Sólo al llegar a la recepción, cuando me pidieron que mostrara mis documentos, me di cuenta de que no llevaba conmigo la mochila. Ni se me ocurrió pensar en todas las consecuencias que implicaría aquel olvido. Al contrario, casi me pareció gracioso. Repasé mentalmente su trayecto: de mi espalda al fango, del fango, por el aire, al fondo de la lancha y de ahí, siempre sobre el pecho tapado de Judith, convertida por mi despiste en propiedad de la muerta, a la furgoneta que se llevaba los muertos a Flores. Está claro que el ajetreo del muelle me impidió reparar antes en su ausencia. Podría decir que no volví a posar la mirada en mi mochila desde que salimos de Petexbatún. Sin embargo, cuando cierro los ojos me parece verla como si mi memoria hubiera registrado con todo detalle, a cámara lenta, el momento en que se la llevaban sobre el cuerpo de Judith. Qué engañosa, la memoria. Supongo que ahora me tienta con esa imagen de lo que nunca vi sólo porque hubiera sido importante verlo. Olvidar es inventar que algo no pasó. Recordar es inventar que algo pasó. No sé.*

*No me preocupó demasiado la posible pérdida de su contenido. Apenas había un par de bragas limpias, dos camisetas, unos bermudas, unas zapatillas deportivas viejas. El dinero, tampoco. Sólo había cogido unos doscientos dólares y en la Posada del Caribe tenía el resto de mis ahorros a buen recaudo. La documentación, sí. No hay nada más pesado que perder el pasaporte en el extranjero. Es un accidente menor, pero te mete en un laberinto indeseable de burocracias. Le expliqué a Amkiel lo sucedido y se comprometió a recuperarlo.*

*—Ya mañana la traemos —me dijo—. Yo mismo llamo y me encargo.*

*Me voy a ahorrar las excusas porque ya no tengo edad para andar escurriendo el bulto. El despiste fue mío, pues mía era la mochila, así que renuncié a buscar alguien que cargue con mis culpas. Podría decir que, no habiendo necesitado nada de su interior durante todo el trayecto, al llegar a Sayaxché ni siquiera recordaba haberla cogido. Podría culpar al galimatías armado en el desembarcadero a nuestra llegada; señalar que, ocupada en averiguar y procesar los detalles de la reconstrucción del accidente, perdí de vista no sólo la mochila sino también el cuerpo de Judith mientras lo descargaban. Podría decirlo y lo digo: en esas circunstancias, un despiste lo tiene cualquiera. No me siento culpable por eso, ni tampoco por la lentitud de mis reacciones. Es cierto que al llegar al hotel, en cuanto me percaté de*

la ausencia de la mochila, podría haber pagado a cualquier conductor para que, en aquel mismo momento, me llevara hasta Flores. Bueno, eso es fácil decirlo ahora, conociendo ya las consecuencias de no haberlo hecho. Pero en aquel momento no tenía sentido. Era casi más caro pagar a alguien para que me llevara hasta Flores que comprar en el almacén de Sayaxché un recambio de las escasas pertenencias que contenía la mochila. La documentación era importante, pero no urgente: no tenía la menor intención de desplazarme a ningún lugar en los días siguientes, de modo que no la necesitaba para nada. Ni siquiera diré que tuviera una confianza ciega en la capacidad de Amkiel para recuperar la mochila con urgencia. No, sería falso. Es un tipo inteligente y es probable que nadie conozca como él los secretos del río y las entretelas de barcas y motores, pero no es la clase de persona a quien encargarías una tarea burocrática. La verdad es que di por hecho que la mochila tardaría en aparecer, pero no me importó demasiado. Tampoco debía preocuparme por el dinero, pues mientras Amkiel me acompañara tendría fianza en cualquier negocio. En fin, ya digo: me despisté, lo siento mucho, pero probablemente si volviera a ocurrir haría de nuevo lo mismo que hice entonces.

En cambio, sí admito la culpa de lo que pasó al día siguiente. Bueno, culpa tal vez sea una palabra demasiado gruesa. Digamos que nada de lo que hice, o mejor dicho, todo lo que dejé de hacer, no fue fruto de ningún despiste, ni de la intervención ajena, ni achacable en modo alguno al azar. Al contrario, fue una decisión consciente y deliberada cuya responsabilidad no puedo eludir. Ésta es la ventaja de escribir algo a sabiendas de que sólo yo lo voy a leer. Puedo decir la verdad, la verdad estricta, pura, desprovista de excusas. Y la verdad de lo que ocurrió se explica con pocas palabras. Aquella noche cené en el hotel, una carne de cerdo asada que me supo a gloria aunque la acompañaran los mismos frijoles negros con arroz blanco que llevaba semanas comiendo casi como dieta única. Me acosté pronto y dormí como una marmota, sin que los acontecimientos del día perturbaran mi sueño en lo más mínimo. Quizá por los desvelos de la noche anterior, o por el cansancio acumulado durante el día. A la mañana siguiente, me desperté pronto y desayuné en el hotel. Bajé al embarcadero y localicé a Amkiel. Le pedí prestados cien dólares, con la promesa de devolvérselos en cuanto regresáramos a la Posada del Caribe. Me concedí el lujo de recorrer Sayaxché con ojos de turista, pero decidí abortar el paseo al poco rato, tras constatar que allá donde fuera, iba conmigo el mito de la señora y hasta los transeúntes ociosos se empeñaban en comentar mi estancia en Petexbatún y los acontecimientos del día anterior, con la avidez que suelen provocar las noticias trágicas en los lugares remotos. Regresé al hotel y pagué los nueve dólares que me concedían acceso a Internet en uno de los dos ordenadores dispuestos para tal uso en una pequeña salita contigua al vestíbulo y rotulada pomposamente con la inscripción CENTRO INTERNET. Ya contar eso me da un

poquito de vergüenza, pues siempre he considerado que, cuando una desaparece del mundo, debe desaparecer de verdad. No sé, es como si fuera trampa eso de asomarse por un agujerito, así sea virtual, a ver si en casa todo sigue bien. De hecho, ni siquiera buscaba noticias. Un poco de nostalgia, tal vez. Ganas de consultar la página del tiempo, como si el dato mínimo de la temperatura en Barcelona pudiera ayudarme a imaginar la ciudad y saber qué harían los míos. Era casi un juego. La verdad: cuando vi el titular que anunciaba la muerte de una española en un accidente en Guatemala, ni se me ocurrió sospechar que la muerta fuera yo. Normal, ¿no? Bien viva que estaba. Incluso me llamó la atención la paradoja de estar en Guatemala leyendo, en un periódico digital de España, una noticia de Guatemala. Llevé el cursor hasta el titular y presioné para que se abriera la noticia, todavía sin caer en la cuenta de lo que estaba pasando. Luego... Luego todo fue muy rápido desde el momento en que mi mirada captó primero la palabra Pasión y después Sayaxché y Petexbatún y en seguida mi nombre, mi propio nombre, Isabel García Luna, qué cagada, no hay razón para llamarlo de otro modo, qué gran cagada, y no puedo decir que me costara entenderlo porque lo vi claro desde el primer instante, lo vi todo con un ojo revuelto en la boca del estómago, el furgón llegando a Flores con su nubecilla de polvo, mi mochila descansando sobre la lona, encima del cuerpo de Judith, como sentada en él, incubando a carcajadas aquella broma imposible, y las manos anónimas que descargaban los cadáveres, tal vez con mimo, como quien descarga frutas, pero también con la falta de interés de quien maneja mercancías que ya han perdido su valor, y otras manos que anotaban nombres y datos, una cremallera recorrida con curiosidad indolente, un pasaporte tal vez un poco húmedo, Isabel García Luna, mujer, blanca, estatura media, cabello claro, ojos azules, quizás una autopsia de urgencia, un pie de rey para medir las heridas, restos de agua en los pulmones, las causas de la muerte establecidas con rigor y al mismo tiempo confundida la identidad del cadáver porque un nombre en un papel define más que todas las vísceras juntas, todos los órganos. Por dentro nos parecemos todos mucho, nadie lleva una placa en el riñón con su número de serie.

¿La verdad? La verdad: casi lo encontré gracioso. La verdad: me pareció tremendo, pero no tan grave. Mentiría si dijera que reprimí el instinto de avisar y aclarar de inmediato el equívoco. No sentí ese instinto. Al contrario, desde el primer momento sentí que era un lío ajeno, como si mi nombre me perteneciera tan poco como el cuerpo de Judith. Pensé que se arreglaría pronto. Imaginé a Alberto indignado por la confusión cuando se diera cuenta, presentando denuncias y demandas, exigiendo daños y perjuicios, amenazando con un escándalo internacional. Lo confieso: creí que el error duraría poco y sería divertido. ¿Morbo? ¿Travesura? No sé qué palabra define exactamente cómo me sentía. Ni se me ocurrió pensar que los errores se irían sumando, uno tras otro, como si la estupidez, o la



ceguera, fueran contagiosas. En ningún momento me dio por pensar que mis hijos también pudieran confundirme. No me gusta hablar de eso. Se supone que los hijos están genéticamente preparados para reconocer a la madre. Caramba, incluso en animales supuestamente inferiores, la cría recién nacida reconoce a su madre con los ojos cerrados, por el olor, por el oído, por cualquiera de los sentidos.

*La verdad: yo no tramé esta historia de entuertos, pero sí le di la bienvenida.*

*Aquella tarde, cuando Amkiel se excusó por no haber podido localizar mi mochila y prometió encargarse de ello a la mayor brevedad, le dije que no se preocupara, que no me corría prisa, que ya me la traería el martes siguiente cuando acudiera, como cada semana, con mis provisiones. Le pedí que me llevara a la Posada del Caribe lo antes posible. No le conté lo que acababa de descubrir. Recuerdo que al llegar desconecté de nuevo la batería de la radio, pero la sonrisa que iluminaba mi cara esta vez era menos ingenua. Más traviesa. Yo qué sé. Admito que el silencio es a veces una de las formas más sofisticadas de la mentira. Ninguno de los dos castigos posibles me asusta: encierro o destierro, bienvenidos sean. Ya los tengo. Los escogí yo. Escogí los dos porque son lo mismo. Esto no es un cuento. Yo no soy Li Po, ni Simón. Aquí, muerta para todos, soy lo poco que soy: como, duermo y me baño en la laguna. No necesito rescates imposibles en alta mar, ni contentar al emperador con un poema, ni derrotar flotas enemigas. No necesito que nadie me invente. No soy ninguna leyenda.*

## MIÉRCOLES

Me parece increíble, o por lo menos contradictorio, que mamá no aclarase en vida sus últimas voluntades. Hay un testamento, claro, y ya lo hemos ejecutado según sus instrucciones, que por otra parte eran las previsible: reparto de los bienes en partes iguales entre los hijos, aunque papá queda como usufructuario del piso de Barcelona mientras viva. Antes él era heredero universal, pero mamá cambió su testamento cuando se hizo evidente su enfermedad. Está claro que no le va a faltar nada. Alberto se encarga de eso. A Pablo y a mí nos vendrá bien el dinero, pero tampoco es una fortuna. Salimos a 14.000 euros por cabeza, más lo que toque repartir cuando hayamos vendido el apartamento que mamá usaba como estudio. Alberto dice que no tiene sentido conservar entre tres una propiedad tan pequeña y es partidario de venderlo. Calcula que podemos pedir más de 100.000 euros. Bienvenidos sean. Seguiremos su consejo, como siempre. Dice que cuanto antes, mejor. Si no lo hemos vendido todavía es porque hay que vaciarlo primero. Mejor dicho, porque he de vaciarlo. En el reparto de tareas, a mí me suelen corresponder todas las que guardan relación con la historia de la familia. No me quejo, pero tampoco tengo ninguna prisa. Hay allí toneladas de documentos, artículos y fotos, archivos profesionales que, por suerte, mamá conservaba con buen orden y de cuyo repaso, llegado el día, sabré disfrutar. Llegado el día. Todavía no. De momento, me aterra la mera idea de encerrarme con ese legado y empezar a abrir cajones, el catálogo de lágrimas, nostalgias y complicidades que despertará cada papel, cada fecha. Aún no estoy lista para eso.

De todas formas, al hablar de últimas voluntades no me refería al testamento. Lo que me extraña es que mamá, conocedora al dedillo de todos los ritos con que los vivos honran a los muertos, experta en toda clase de entierros, incineraciones, llantos, lutos, velatorios, pérdidas y plañideras, nunca dijera qué debíamos hacer con su cuerpo cuando muriese. Mentira: siempre dijo que nos la comiéramos. Que nos la comiéramos por compasión. Era broma, claro: tenía que ver con sus viajes a Brasil, con la tremenda impresión que le causó la convivencia con los wari. Y no sólo por haber presenciado ritos caníbales. Al fin y al cabo, por desagradable que fuera, se trataba de un privilegio para alguien de su profesión. Yo creo que lo que más le afectó fue la polémica brutal que se armó a su vuelta, cuando publicó su descubrimiento y se empeñó en defender la necesidad de preservar aquella costumbre. Le prohibieron la entrada en Brasil. Mamá estaba habituada a que la comunidad académica, los antropólogos de medio mundo, se opusieran sistemáticamente a sus teorías y propuestas, pero esta vez la presión fue mucho mayor. En todas las polémicas anteriores su reacción fue entre triste y resignada. Triste tal vez por no contar con más medios para defender sus hallazgos, pero resignada a aceptar que el tiempo se

encargaría de dar la razón a quien la tuviera. Esa vez, en cambio, se plantó a mitad de camino entre la indignación y el miedo. No sé si era exactamente miedo. Sí recuerdo que se empeñó en que era mejor no hablar de aquel asunto y, aunque siguió publicando artículos sobre los wari, nunca conseguí que me explicara exactamente qué había pasado en el Amazonas. En cuanto a la indignación, supongo que era normal. Era la primera vez que mamá discutía por una causa ajena. Ya no se trataba tanto de demostrar que tenía razón, como de defender a los wari de un acoso moral que ella interpretaba como puro expolio de sus costumbres. Ella siempre consideró que el canibalismo entre los wari no era una crueldad propia de salvajes sino, al contrario, una muestra de respeto. Parece que esa teoría no resultaba del todo conveniente para ciertos intereses. Tal vez el mundo no estuviera preparado para entenderlo, aunque no ha faltado, en estos últimos cinco años, quien se atreviera a darle la razón. En fin, el caso es que mamá decía que lo mejor que podíamos hacer con su cuerpo era comérselo y nosotros le seguíamos la broma y Luis opinaba que sería mejor comérsela viva porque estaría más sabrosita y Alberto especulaba con la elección del mejor vino posible para acompañar aquel manjar, tal vez un gran reserva con mucho cuerpo, y Pablo proponía estofarla y hasta yo misma me sumaba al cachondeo sugiriéndole que adelgazara un poco si no quería que nos viéramos obligados a invitar al festín a todo el vecindario.

Muy bien, pero la broma ya no sirve para nada. No nos vamos a comer las cenizas. Están ahí y nadie sabe qué hacer con ellas. Por cierto, ignoro cómo y cuándo llegaron a casa. No sé si Alberto fue finalmente a buscarlas anoche o si lo arregló Pablo a golpe de teléfono. Estando involucrada la rubia innombrable, prefiero no preguntar. El caso es que las cenizas están en la chimenea. No es una broma, ni un juego de palabras. Están en esa urna impresentable, sobre el travesaño de la chimenea. Las he visto esta mañana, a primera hora. Los demás dormían. Mientras esperaba que subiera el café, he entrado en el salón para abrir los postigos de par en par. Entonces he visto las cenizas. Tiene razón Alberto cuando se indigna por la urna que escogimos Pablo y yo. Dudo que haya un objeto más feo sobre la tierra. Es de aluminio, pero le brotan en la tapa y a ambos lados unos imperdonables adornos de bronce bruñido, como de baratija pretenciosa. De verdad que lo siento, no había otra. Al verla en la chimenea, me ha parecido de mal gusto. Quería cambiarla de lugar, pero no he sabido qué hacer con ella. ¿Guardar las cenizas de mamá en un armario? ¿En un cajón? Seguro que quien las dejó anoche en la chimenea padeció las mismas dudas y por eso están ahí, donde sospecho que seguirán hasta que por fin podamos esparcirlas en el mar. Lo íbamos a hacer hoy, pero no ha podido ser. El *Astor V* está en dique seco. Dice Alberto que este año las algas se han vuelto tan pegadizas que después del verano el fondo del barco se le convirtió en una especie de criadero de moluscos. Lo están lijando y repintando. Pablo aprovecha la ocasión para burlarse de

él y le dice que si, en vez de un yate tan pretencioso, tuviera un bote canijo como dios manda, o un velero pequeño, se evitaría muchos problemas. Alberto le contesta que se joda si tiene envidia. Etcétera. Se ha comprometido a encontrar a alguien que nos preste otra, o que nos la alquile, pero no es fácil. Estamos a mediados de octubre. Malespina no tiene puerto, ni puede tenerlo por la escasa profundidad de su calado. Los centenares de boyas que acogen a las lanchas de los veraneantes desaparecen a principios de septiembre, en cuanto llegan los primeros temporales de otoño, que suelen coincidir con las fiestas de Santa Rosa. En realidad, coinciden con los cambios de temperatura propios de los principios de septiembre, pero a la gente del pueblo le gusta seguir creyendo que son obra de la santa y yo les sigo la corriente. El caso es que en Malespina apenas quedan ahora siete u ocho barcas que pertenecen a la gente de aquí, a los hijos y nietos de los pescadores de antaño. Todas en pleno proceso de reparación: octubre es el mes para calafatear, lijar, enmasillar, repintar, desoxidar.

También podríamos hacerlo sin barca. Nos hemos puesto de acuerdo en que el lugar idóneo para esparcir las cenizas es la bañera de la rusa. Desde esta terraza, sentada en la misma silla que estoy usando para escribir, podría tirar una piedra y, si fuera capaz de hacerlo con la fuerza suficiente para que superase la copa del primer pino, terminaría probablemente rodando por esa playa. No estaría mal bajar por las rocas del acantilado, por el mismo camino que recorría la rusa a lomos de una mula para llegar al mar cuando quería bañarse. Por eso la playa se llama así. Pero a todos nos parece mucho más bonito esparcir las cenizas desde el mar. Ojalá Alberto consiga pronto una barca, porque ya tengo ganas de que llegue ese momento. Me da un poco de miedo, porque estas cosas me emocionan demasiado, pero lo que más me importa es cumplir con el trámite de una vez por todas. Por mamá, y por nosotros. No retrasar más el último viaje, el de verdad, el que la haga desaparecer. Si dependiera de mí, después de vaciar hasta la última ceniza, tiraría al agua incluso la urna. Borrón y cuenta nueva. Y pasar a otra cosa, como diría papá. Tengo la sensación de que por esta casa no volverá a correr el aire fresco hasta que hayamos dado ese último paso.

Aunque mamá no solía hablar mucho de su trabajo, creo que esa lección teórica sí la aprendimos todos. Ella siempre nos explicó que los ritos mortuorios no servían para homenajear al muerto, sino para permitir que los vivos reinstauren el orden de sus vidas, y que, por lo tanto, convenía hacerlo lo más pronto posible. Una cosa es la teoría y otra la práctica. No va a ser tan fácil. Sobreponerse a la muerte de la madre debe de ser difícil para todo el mundo, pero sospecho que a nosotros nos va a costar más porque la nuestra era distinta. Ya: todas las madres son distintas, todas únicas. Lo sé. Bueno, mamá era distinta, distinta. Lo hemos sabido siempre, desde niños. No en vano, la larga lista de particularidades que la convertían en alguien especial era uno de los temas de conversación favoritos de la familia, infalible en toda reunión que se preciara. Por ahí, en algún cajón, hay una postal que escribió a los tres años y que

suele esgrimirse como prueba irrefutable de su supuesta genialidad, como si su mera existencia bastara para demostrar no sólo que mamá era distinta, sino que estaba predestinada a serlo desde la cuna. Por motivos de trabajo, a su padre le tocaba pasar el cumpleaños fuera de casa, creo recordar que en Mallorca, y la niña, supongo que aleccionada por su madre, escribió con lápiz rojo: «Felicidades en tu día querido papá te desea tu hija Isabel». Letras de palo. Trazo inseguro pero voluntarioso. Tres años. Ella dice que no se acuerda. Perdón, decía que no se acordaba; me va a costar acostumbrarme a usar el pasado para referirme a ella. Mamá siempre fue así. Siempre que alguien le recordaba que era un ser especial y enumeraba sus méritos, ella fingía no recordar nada de lo que le estaban contando y procuraba llevar de inmediato la conversación por otros derroteros. «Nada, tontadas —solía decir—. Eso no son más que tontadas». No creo que fuera falsa modestia. En realidad, supongo que todas aquellas virtudes supuestas carecían de mérito alguno para ella y tal vez se haya muerto con la sensación de no haber alcanzado ninguna cumbre realmente valiosa, por mucho que todos pensemos lo contrario.

Esa postal, que por el otro lado muestra una horrorosa imagen en tinte color de la Sagrada Familia de Barcelona, cumple la función de inaugurar, cada vez que alguien la resucita —sea por nostalgia o por guasa, por mero afán adulador o por ganas de molestar—, una especie de currículum virtuoso repetido hasta la saciedad, o al menos con la frecuencia suficiente para haberse convertido en un tópico: mamá es distinta. La más lista. Fíjate, tu madre, sólo tres años y mira qué letra tan buena y tan clara, no me extraña que llevara pantalones antes que cualquier mujer de su generación y que fuera a la universidad cuando eso era cosa de hombres. Hablaba idiomas desde los quince y se doctoró cum laude a los veintitrés y a tu padre lo enamoró con sólo mirarlo, y eso que no era una belleza, pero era más lista que ninguna, autora de siete libros, siete libros, asesora de un montón de documentales, y eso mientras viajaba por todo el mundo y encima educó a tres hijos y fundó una cátedra y cuidó de su padre cuando éste enviudó y yo qué sé cuántas cosas más. Tal vez ella tuviera razón al descartarlas todas, al considerarlas meros accidentes de la vida en los que, a lo sumo, tuvo el sentido común de encontrar la salida más sensata y eficaz. Pero un poco especial sí era. No le gustaba que se lo dijeran. En realidad, le molestaba que se hablara mucho de ella. Creo que a mamá lo que más le gustaba era que la dejaran en paz. Y de todas las historias que se contaban sobre ella, le incomodaba especialmente la que servía para explicar su ingreso en la universidad. Es probable que, a costa de repetirla una y mil veces, hayamos convertido esa historia entre todos en una especie de cuento, pero creo que todos los detalles de su argumento son ciertos. Se supone que su padre, el abuelo Ernesto, solicitó, allá por el verano de 1956, una entrevista urgente con la madre superiora del colegio de las Teresianas de Barcelona, en el que ella había cursado el bachillerato, Nadie estuvo presente en esa conversación y sin

embargo solemos recordarla todos con palabras exactas, como si un testigo invisible se hubiera tomado la molestia de grabarlas.

Otra vez las palabras prestadas. Otra vez lo que cuentan que alguien contó que alguien le dijo a alguien. No me molesta tanto como en el caso de Simón, por varias razones. La primera está clara: por lo menos, en este caso el presente confirma el pasado y la pista de cómo una cosa llevó a la otra está más o menos clara. Tal vez la conversación del abuelo Ernesto con aquella monja no se produjera exactamente en los términos en que la hemos contado siempre, pero sus consecuencias se demuestran en lo que conocemos de la vida de mamá. Además, es sólo una anécdota. Si el naufragio de Simón fue, como decía papá, un borrón en el manuscrito de su vida que caló las páginas siguientes, podría decirse que la mancha se salió incluso del manuscrito, que la tinta derramada impregnó también nuestras vidas. Por lo menos, la mía. En cambio, la historia del abuelo Ernesto y de cómo influyó en la decisión de los estudios de mamá no tiene mayor trascendencia. A veces, cuando repaso su vida, pienso que estaba destinada a ser lo que fue. O más bien al contrario: estaba decidida a ser lo que fue. Tan decidida que el destino tuvo poco que opinar, ya fuera por boca del abuelo Ernesto o por cualquier otro medio. Es muy difícil saber cómo tomaba mamá sus decisiones porque no le gustaba nada hablar de sí misma. Dicho de otro modo, tal vez la vida de Simón se escribiera con tinta negra y espesa, capaz de traspasar el papel pautado de las generaciones, mientras que la de mamá, si está escrita en algún lado, es de tinta invisible.

—Verá, madre —se supone que dijo el abuelo Ernesto, famoso por su rigidez moralista, su estilo conciso y su voluntad de ir al grano de cualquier asunto, despreciando las formalidades que se lo impidiesen—. Tengo un problema con mi hija.

—Caramba, don Ernesto. —A la madre superiora todos le adjudicamos un rostro huesudo y estricto y voz aflautada, aunque ninguno de nosotros la ha visto nunca y mamá, en las pocas ocasiones en que no encontraba la excusa idónea para ausentarse del cuento, se limitaba a soportarlo con un encogimiento de hombros—. Caramba, menuda sorpresa. Isabel ha sido siempre una alumna ejemplar. Sus resultados académicos son verdaderamente...

—Ya sé, madre, ya sé. La niña tiene buenas notas. Me consta. Es lista, responsable y trabajadora. Nadie lo pone en duda.

—¿Entonces?

—Verá, es muy testaruda.

—Ah, eso sí, don Ernesto. Aunque la tengo por una de mis favoritas, no le negaré que es, si me permite decirlo claro, terca como una mula. Y respondona, también. Créame, no será porque nosotras no hayamos intentado corregir...

—Ya, ya, madre —atajó el abuelo, que probablemente encontrara

innecesariamente largos los prolegómenos de aquella conversación y estaría preguntándose para qué diablos había acudido en busca de consejo en lugar de hacer, como tenía por norma, lo que le pareciera oportuno—. Conozco sus esfuerzos. No pongo en duda sus métodos. Lo que ocurre es que debo tomar una decisión con respecto a su futuro y, como ustedes la conocen bien...

—No me diga, don Ernesto. —De pronto, el rostro de la madre superiora pareció llenarse de una luz no precisamente beatífica—. No me diga...

—¿Que no le diga qué? —preguntó el abuelo. No le acababa de gustar el rumbo que estaba tomando aquel diálogo—. No entiendo.

—No me diga que su hija quiere tomar los hábitos de nuestra congregación.

La alegría implícita en el comentario era tan radiante que el abuelo consideró definitivamente descarrilado el tren de la conversación y decidió reponerlo en la vía, aun a costa de una cierta brusquedad:

—No, mujer. Pero qué hábitos. Isabel quiere ir a la universidad.

—Ah... —Tal vez la sombra de una decepción asomara en el rostro de la monja—. Así que se trata de eso. La universidad. Y entonces, ¿cuál es el problema? No quisiera parecer indiscreta, pero imagino que usted puede costárselo.

—Claro. Eso no es problema. Lo que pasa es que yo tenía otros planes para mi hija. Hay un chico que anda enamorado de ella. Buen mozo, inteligente y trabajador. No le ha de faltar el sustento, que por otra parte tiene asegurado por proceder de una familia respetable.

—¿Y qué dice Isabel?

—¿Ella? No quiere saber nada. Usted la conoce: mi hija nunca ha sido presumida y, mientras las demás niñas empezaban a coquetear, ella siempre prefirió concentrarse en los estudios.

—Razón tiene, don Ernesto.

—Precisamente por eso, pensando que este muchacho es de la máxima confianza, se me ocurría que tal vez, si entre todos la convenciéramos, si la ayudáramos a mirarlo con buenos ojos...

—Don Ernesto, ¿me está proponiendo que haga de celestina?

—Mujer, no exactamente —contestó el abuelo. De no ser por la impresión que le causaban los hábitos de aquella mujer, probablemente habría dicho: «Ya iba siendo hora, señora. Cuántas vueltas damos»—. No exactamente. Pero tal vez un consejo bien oportuno... Al fin y al cabo, ella confía en usted, siempre le ha profesado una especie de admiración.

—Quite, quite, don Ernesto, que me voy a sonrojar —lo interrumpió la mujer, con una falsa modestia casi cercana a la coquetería.

Un silencio incómodo sobrevoló la conversación, hasta que la monja decidió retomarla por el principio.

—Bueno, bueno... Una alumna excelente. Así que la universidad, ¿eh?

Apesadumbrado, el abuelo contestó:

—Sí. No sé qué mosca le ha picado.

—Pues mire, le voy a decir una cosa que tal vez no quiera oír. —Ahora era ella quien tenía prisa por llegar al meollo del asunto—. Al parecer, estamos de acuerdo en valorar la testarudez de su hija. Si he de serle sincera, sospecho que ni el consejo mejor dado, ni la influencia más sibilina, la obligarán a abandonar el sueño de los estudios. No dará su brazo a torcer. Tal vez debamos admitir que algo de razón lleva, pues está capacitada para sobresalir en cualquier materia.

—Eso no lo discute nadie. Al contrario, es precisamente su enorme capacidad para los estudios lo que me preocupa.

—Me temo que no termino de entenderle, don Ernesto.

—Verá, es muy sencillo. Nadie quiere a mi hija más que yo, pero eso no me impide ver los peligros que la acechan. Digamos que Isabel no es una muchacha normal, no es como las demás. La veo sola con demasiada frecuencia, siempre está estudiando, siempre obsesionada por sobresalir en cualquier empeño y saber más que nadie de todo. Temo que la entrada en la universidad exagere aún más esa tendencia, que la niña se convierta en una rata de biblioteca, que se pase la vida encerrada como..., como una...

El silencio del abuelo era elocuente. La madre terminó la frase por él:

—Como una monja, quiere decir.

—Exactamente. Sin ánimo de ofender.

—Vaya. Pues no sé yo qué podemos hacer para evitarlo.

—Puedo negarme a pagar sus estudios.

—Cierto, puede negarse. Incluso, si me apura, podría obligarla a casarse. Hay formas de conseguirlo. Se ha hecho otras veces. Pero creo que sería contraproducente. Y no sólo por la felicidad de Isabel, que al fin y al cabo es apenas una muchacha y tiene, hasta cierto punto, derecho a equivocarse. Sería una mala estrategia.

—No veo que tenga otra alternativa.

—Sí. La tiene. Tal vez ese chico le guste. Tal vez esté escrito, quiéralo Dios, que haya de ser su marido. Pero bastará con que usted se lo imponga para que ella, con su tozudez, se resista a mirarlo con buenos ojos. Sea sutil, don Ernesto, hágame caso. Deje que el tiempo siembre sus semillas. Permítale ingresar en la universidad sin ofrecer mayor resistencia.

—¿Y el matrimonio? Está en la flor de la edad.

—Ya se casará. No tenga tanta prisa.

—Pero no encontrará mejor esposo.

Al llegar a esta parte de la historia, todos mirábamos a papá. Apenas un año y



medio después de aquella conversación, con la carrera recién comenzada, mamá lo conoció y decidió casarse con él, como quien dice, de la noche a la mañana. Tres meses de noviazgo. Toda la insistencia que el abuelo había puesto en impedir que estudiara, todo su interés en casar a la niña de sus ojos, se desvaneció como por ensalmo. No se negó a aceptar a papá, ni la castigó a ella como hubiera hecho en circunstancias similares el padre de Simón, pero digamos que nunca lo vio como el candidato ideal para llevarse la mano de su hija. Desde luego, la monja tampoco pensaba en alguien como papá cuando aconsejaba al abuelo que tuviera paciencia.

—Si aprende a moderar su inclinación a la desobediencia, no habrán de faltarle buenos candidatos. Además, su hija no es tonta, don Ernesto. Ni ciega. Si ese muchacho es tan buen mozo como usted dice, sabrá reconocer sus virtudes. Procúrele su compañía con cualquier excusa. Deje que sea ella quien lo descubra. Nunca se sabe. A lo mejor, ya le gusta un poco. Pero sólo accederá cuando esté convencida de que no se trata de una imposición, de que es ella quien lo escoge. Acaso entonces invierta en el matrimonio todo el empeño que ahora gasta para resistirse.

El abuelo se tomó su tiempo para reflexionar. No era una propuesta insensata. Aquella mujer parecía conocer a su hija mejor incluso que él.

—No sea impaciente —insistió la monja—. Los designios del señor no siempre son transparentes. Concédale ahora a su hija la sal de los estudios y, cuando llegue el momento, ella acudirá a saciar la sed en el matrimonio.

—Tal vez tenga razón, madre. —La sal de los estudios, saciar la sed... El abuelo se levantó y empezó a preparar la despedida. Se tenía por hombre de buena educación y agradecía el consejo recibido, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a malgastar su tiempo en parábolas de tono bíblico—. Así se hará, si ha de ser lo mejor para ella.

La monja lo acompañó hasta la puerta y se aprestó a despedirlo con gesto solícito:

—Vaya con Dios, don Ernesto. Espero haber contribuido a aliviar sus dudas.

—Está decidido. Irá a la universidad.

—Si Dios quiere, don Ernesto.

—Por supuesto, si Dios quiere.

En ese momento, ella cayó en la cuenta de que había olvidado una pregunta importante:

—Oiga, ¿y qué piensa estudiar la niña?

—Parece que Filosofía y Letras.

Aunque lo dijo en voz apesadumbrada, como si confesara una enfermedad, al abuelo, solventado ya el dilema de si su hija debía o no ir a la universidad, y convencido al fin de que sería un afán pasajero, no parecía importarle qué carrera escogiese. En cambio, a la madre superiora casi le dio un patatús:

—¿Filosofía? ¿Está loco? —Se llevó una mano a la boca, como si hubiera

pronunciado una blasfemia—. Perdón, perdón, no pretendía ofenderle. Pero esto tenemos que hablarlo, don Ernesto. Sería un error gravísimo. ¿Filosofía pura?

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Mire, ya hemos dicho que su hija es un poco terca. En eso estamos de acuerdo, ¿no?

—Sí. Como una mula.

—Pues además es curiosa. Muy curiosa.

—Tal vez. ¿Y qué?

—¿No se da cuenta? ¿Usted sabe lo que le meten en la cabeza a los chicos que estudian filosofía? No digo que su hija no sea una buena cristiana. De hecho, siempre ha cumplido sin mancha todas sus obligaciones. Pero como permitamos que la duda se instale en su tozudez, la puede dar por perdida.

—¿Tanto?

—Huy, y mucho más. Mire, don Ernesto, hágame caso, que en estas cosas sí soy una autoridad. —Se supone que, llegados a este punto, la voz de la monja adquirió un tono rotundo, concluyente—. La fe es un principio que se acata ciegamente. La fe no admite razones. Si una inteligencia como la suya, tan cartesiana, se alimenta con la semilla de la duda, echará a perder todo lo que hemos trabajado durante tantos años. Vaya usted a saber por qué derroteros la llevaría esa curiosidad suya.

—¿Está segura?

—No sería la primera alumna que se perdiera por esa clase de naderías.

—Pues vaya. —Aquel problema no se terminaba nunca y al abuelo se le agotaba la paciencia—. Entonces, que se case.

—No, don Ernesto. Que estudie. Que estudie y obtenga el máximo rendimiento del don de la inteligencia que Dios le ha dado. Pero Filosofía y Letras no es la rama indicada del saber, suponiendo que merezca tal nombre.

—¿Y las Ciencias? Yo había pensado que si estudiara para farmacéutica, tal vez en el futuro...

—¡No! —reaccionó la monja con tiple de vade retro, como si el abuelo acabara de mencionar una herejía—. La ciencia sería lo último. La ciencia es el cementerio de la fe. Además, es cosa de hombres.

—¿Y entonces?

—Entonces, me parece que no habrá más remedio que permitirle ingresar en Letras, pero no para estudiar Filosofía pura, sino la menos dañina de sus derivaciones. —Aquí, al parecer, la monja recuperó la sonrisa, como si estuviera sacando de la manga el último as de la baraja—: Historia, don Ernesto. Y si pudiera especializarse en Prehistoria, mejor todavía.

—¿De verdad le parece lo más indicado? ¿No es un poco inútil dedicarse a estudiar el pasado?

—Al contrario, si me permite la apreciación. El estudio del pasado vuelve a la gente sensata. La historia está llena de atrocidades, don Ernesto. Guerras y epidemias, traiciones y conjuras, pestes y conquistas. Cuando uno la conoce un poco, aprende a conformarse, a aceptar el destino que el Señor nos ha dado. Y sobre todo, se evitan las contradicciones. La historia no admite discusión posible: está todo escrito y su dominio exige sólo una buena memoria y disciplina en el estudio, virtudes que Isabel posee con creces. Además, no nos engañemos. Incluso si se toma el empeño como algo más que un pasatiempo, su hija terminará por aceptar el matrimonio como lo que es: un destino inapelable. Le confieso que una historiadora no tiene demasiado futuro profesional en este país. Como mucho podría ser maestra, pero no creo que en su mente anide esa vocación.

—Bueno, bueno. —El abuelo, temeroso de que aquella mujer de energía incesante aprovechara la ocasión para aturdirlo con toda una teoría de las vocaciones, puso fin a la conversación con cierta brusquedad—: Si ha de ser Historia, Historia será.

—Si Dios quiere, don Ernesto.

—Por supuesto, madre. Si Dios quiere.

Así se decidió. El abuelo regresó a casa y expuso a su hija su dictamen definitivo. Por muy terca que fuera, mi madre comprendió que no se le ofrecía otra salida y, en otoño de aquel mismo año, ingresó en la Universidad de Barcelona para estudiar Historia. Estarnos hablando de 1953. Mamá es del 32, o sea que tenía veintiún años. Eran sólo nueve mujeres en toda la carrera. Las otras ocho, casadas al terminar los estudios, nunca llegaron a ejercer. Ella, sí. Como suele suceder en estos casos, los designios planificados tardaron poco en sucumbir a la realidad y se hicieron añicos. A mamá le faltó tiempo para contradecir todas las expectativas de sus preceptores; no se casó con aquel muchacho, al que de hecho no volvió a ver desde que ingresara en la universidad, y a medida que profundizaba en el conocimiento de la historia del hombre se volvió cada vez más descreída, cínica con las cosas de la religión, atea con todos los dioses. Cierta que se especializó en Prehistoria, como si estuviera dispuesta a cumplir los planes trazados por la madre superiora. Y lo hizo con todos los honores, pero poco tiempo después, atraída por los textos publicados por antropólogos extranjeros, inició su batalla para lograr que la Antropología fuera considerada como ciencia independiente y en 1967 logró instaurar su primera cátedra.

No sé si fue una estrategia deliberada, una especie de venganza saboreada en el tiempo, o si el azar trazó un camino que mamá se limitó a transitar con su voluntad de hierro. En cualquier caso, el resultado fue que, como no le habían permitido escoger libremente su carrera, terminó por inventarse una disciplina para ella misma. Bueno, tal vez sea exagerado decir que se la inventó, pero ahí están los datos para quien quiera consultarlos: fundadora de la Cátedra de la Universidad Central de Barcelona,

decana de antropólogos, pionera en la publicación de artículos en revistas científicas extranjeras, algunos de ellos con descubrimientos que generaron intensos debates... La lista es larga y la ilustran una serie de diplomas que, sumados a la postalita de felicitación a su padre, salen puntualmente del cajón del olvido en comidas navideñas y aniversarios. Tampoco es que mamá fuera famosa. Ningún científico de su época lo ha sido en este país. Ni siquiera popular. Pero sí obtuvo un cierto reconocimiento, como atestiguan los obituarios que se publicaron a su muerte. Todos se deshacen en elogios, citan sus libros, mencionan los documentales como prueba de su aporte a la divulgación de la antropología y se lamentan de un accidente al que coinciden en declarar prematuro e inoportuno.

¿Inoportuno? Qué sabrán ellos. Mucho más que inoportuno. Innecesario, caprichoso, absurdo y, sobre todo, evitable con el más mínimo sentido común. ¿Qué diablos hacía mamá en Guatemala, estudiando ruinas mayas a estas alturas? ¿Trabajo de campo? ¿A sus casi setenta años? ¿Investigación? Hombre, no me jodas. Una cosa es ser distinta y otra volverse loca. Tema por delante diez o quince años espléndidos para disfrutar de la vida como correspondía a su edad: jubilada, respetada por sus compañeros de profesión, publicando tal vez algún que otro artículo memorialístico en revistas especializadas, o incluso dedicando a su familia el tiempo que precisamente los putos viajes le impidieron dedicarle antes. Y luego, a morir en la cama, tranquila, cuidada por sus hijos hasta el último momento. Dentro de diez años. O quince. Nadie se muere cuando se tiene que morir. No existe la muerte oportuna. A papá, por mucho que me duela admitirlo, le convendría morir pronto. Sin dramas, sin grandes aspavientos, sin alargar el sufrimiento más de la cuenta; irse apagando poco a poco. En cambio, a mamá le quedaban años de plenitud. Nadie es viejo hoy con setenta años. Se puede vivir perfectamente bien a esa edad. Sólo hace falta tener un poco de sentido común. No exigirle al cuerpo esfuerzos imposibles. No creerse Indiana Jones. Qué patético.

Mis hermanos se encogen de hombros y culpan al azar de lo ocurrido. Yo me callo porque ninguna discusión tiene ya menos sentido que ésa. Me callo, pero no otorgo. Ya sé que hablo por las heridas. Ya sé que doy palos de ciego y sólo consigo nombrar la rabia de lo que no comprendo ni estoy dispuesta a aceptar. Es más: sé muy bien que el tiempo se lo llevará todo, la rabia y las preguntas, las culpas y hasta el silencio. Yo también me voy a morir algún día y no quedará de mí ni la indignación. Pero conste, al menos, que nunca estuve de acuerdo con este viaje absurdo. Nunca, desde el primer día. Y se lo dije bien claro. Tenía que haber insistido más, haber provocado una pelea si era necesario. A partir de una cierta edad, la cadena de mando se invierte y nos corresponde a los hijos la responsabilidad de imponer ciertas cosas. Bueno, lo intenté y no fui capaz. Tampoco es que mamá me lo pusiera demasiado fácil. La verdad es que fue muy lista y se sirvió de la misma estrategia de dispersión

que siempre hemos usado nosotros con ella cuando teníamos que darle una mala noticia. Convocó una comida con toda la normalidad del mundo, un domingo cualquiera del mes de junio y adelantó apenas la información que le convenía. Le dijo a Alberto que quería explicarnos algo, a mí me preguntó qué planes tenía para las vacaciones y a Pablo, que tiene esa especie de solidaridad automática con los estados de ánimo ajenos, le adelantó que estaba un poco desanimada y tal vez necesitara un tiempo de descanso, un poco de aire fresco. A Luis, ni palabra, por si le daba por hablar demasiado. Muy inteligente. Era inevitable que sus tres hijos, preocupados, intercambiáramos aquellos fragmentos de información y acudiésemos a la comida predispuestos a aliviarla de cualquier modo. Aun así, nos mantuvo sobre ascuas durante todo el almuerzo y, cosa rara en ella, fue la primera en proponer cualquier conversación intrascendente que contribuyera a aligerar la tensión de la espera. Pasó el primer plato y el segundo, llegó el postre y el café. Nada. De pronto, un comentario de Pablo mientras Alberto y yo trasladábamos a papá a su sillón para que hiciera la siesta provocó que mamá soltara su bomba como quien no quiere la cosa.

—Hay que ver lo mal que está papá —fue lo único que dijo Pablo, y además en voz baja.

—¿Mal? Está fatal. Peor que nunca. Cada día da más trabajo —contestó mamá. A partir de ahí, ya no hubo quien la frenara—. Por cierto, os vais a tener que encargar de él durante un tiempo, porque yo me voy de viaje a finales de septiembre y no sé cuándo volveré.

—¿Cómo que te vas? —preguntó Alberto.

—Uy, la que se va a liar —apostilló Luis.

—Yo estoy de gira, o sea que no me puedo encargar de nadie —se apresuró a aclarar Pablo. Hablábamos todos a la vez.

—¿De viaje? ¿Adónde? ¿Para qué? ¿Cuándo te vas? —creo que dije yo, porque a mí siempre me toca preguntar.

—A Guatemala.

—¿A Guatemala? No puede ser. —Alberto estaba todavía procesando la información y tratando de encontrar argumentos sobre los que construir un caso jurídico inexpugnable—. Siempre has dicho que las ruinas mayas estaban muy bien para los turistas pero que a ti no te interesaban.

—Bueno, nunca es tarde para cambiar de opinión.

—Eso no hay ni que decirlo, mamá —saltó Pablo como si lo hubieran pinchado—. Eres libre de ir donde te dé la gana cuando tú quieras. —Pablo es así. Nadie lo va a ganar nunca si se trata de defender la libertad; sobre todo, la suya. De hecho, a veces sospecho que su empeño en defender las libertades ajenas no es sino una coartada para estar legitimado a tomar las armas cuando ve amenazada la suya—. ¿Y cuándo dices que vuelves?

—He dicho que no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Mamá, por favor, que no tienes diecisiete años. Ya no estás para esos trotes. No has vuelto a viajar en este plan desde que te jubilaste. —Me salió del alma. Estaba indignada—. Además, si me dijeras que te vas a París o, yo qué sé, a Lisboa, todavía. Pero a Guatemala... ¿tú crees que estás en condiciones de visitar ruinas? Hazme el favor de explicar...

No me dejó seguir hablando. Ni siquiera tuvo que levantar la voz. Eso es lo que me asombra de la gente que está acostumbrada a tener autoridad moral; la tranquilidad con que la ejercen cuando se vuelve necesaria. Se sentó a la mesa y, en tono suave, mientras iba picoteando con los dedos algunas migas que habían quedado sobre el mantel, contestó:

—Chicos, ya está bien. Precisamente porque no tengo diecisiete años, sino sesenta y nueve, puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana. No me necesitáis para nada. Sólo tenéis que buscar la manera de que vuestro padre esté bien atendido. Eso, pudiéndolo pagar, se arregla fácil. —Aquí alzó la mirada y la posó en Alberto—. Además, tampoco es que me vaya al fin del mundo, o que pretenda desaparecer para siempre. Volveré. No sé si tardaré semanas o meses, pero no será mucho tiempo en cualquier caso. Podéis llamarlo como queráis, pero son unas vacaciones. Necesito descansar, tener tiempo para mí, tiempo de pensar, de estar sola un poco.

Mis hermanos dieron por buena la explicación, pero a mí no me pareció suficiente.

—Nadie pretende meterse en tu vida, ni decirte lo que has de hacer —concedí para aplacarla—. Y por papá no te preocupes. Si hace falta, se puede instalar en mi casa y ya pondremos alguien que lo cuide mientras yo trabajo. Pero comprenderás que nos parezca extraño. Antes tenías la obligación de viajar por tu trabajo y nunca dijimos nada. Pero ahora es distinto. Llevas mucho tiempo sin hacerlo y, por mucho que te moleste aceptarlo, ya no estás para según qué aventuras. Puedes ir a donde quieras, faltaría más. Pero tampoco te cuesta nada dar alguna explicación.

—Tienes razón —contestó, sosteniéndome la mirada y sonriendo, como si habláramos del tiempo—. No me costaría nada dar una explicación si la hubiera. Pero no la hay. No hay nada que explicar. Me voy, me quiero ir. No sé qué os extraña tanto. Como tú misma acabas de decir, he viajado toda la vida sin que eso supusiera un problema para nadie y no veo por qué ha de ser distinto esta vez. Dentro de no demasiados años, os tocará llevarme de un lado a otro como si fuera una maleta, como llevamos ahora a vuestro padre. Cuando llegue ese momento, sabré resignarme. Pero, precisamente porque quizá no tarde en llegar, quiero concederme ese privilegio. Tal vez sea el último. Nadie me lo puede negar. Y si me lo negara alguien, me importaría un rábano. Mirad lo que le ha pasado a vuestro padre: un día creía que estaba en plena forma y al día siguiente no sabía ni dónde tenía la cabeza. Así que,

mientras pueda, gracias por vuestro interés pero tomaré yo misma mis decisiones. Pasaré primero unos días en Londres y luego me voy a Guatemala. Y cuando me canse volveré. Eso es todo. No será demasiado tiempo. Tal vez un par de meses. Sólo quiero cambiar este encierro por un poco de destierro. Además, Guatemala no es el fin del mundo. Y no entiendo a qué viene tanto lío. ¿Acaso me meto yo en vuestras decisiones? ¿Verdad que no? ¿Verdad que siempre habéis podido elegir libremente? Pues esa ley vale para todos. Y no os preocupéis, que si algún día necesito vuestro permiso para algo ya me aseguraré de pedíroslo.

Me indigno. Recuerdo esa conversación y me indigno. No sólo por la actitud de mamá, caprichosa como una adolescente. Me molesta más la mía; o la nuestra, porque mis hermanos también tienen algo que ver en este asunto. En fin, Pablo quizá no tanto, porque ya se sabe que va a su bola, metido en su mundo extraño. Pero Alberto... Hombre, no me jodas. ¿No se supone que es la autoridad de la familia? Pues eso, un poco de autoridad, coño. Pero no. Él, como yo, aceptó el chantaje. Porque no era otra cosa que un vulgar chantaje. Y encima no se puede decir que mamá mintiera. Eso es lo peor. Es cierto que nunca se metió en nuestras decisiones. Es cierto que no nos ha juzgado nunca. Ni siquiera opinaba. Ése es precisamente el problema: que las madres están para eso, para opinar, para meterse. Se supone que está en su naturaleza. Es un poco tarde ya para reproches, pero se ve que la naturaleza de mamá no estaba preparada para eso. En todos los trances de la vida se limitó a intervenir con su silencio. Claro, durante muchos años no me pareció mal. Qué digo: me parecía fantástico, estaba orgullosa de que mi madre fuera distinta también en eso. Pero ahora sé muy bien que era un error. Sé que cuando yo sea madre —quiero decir, si lo soy algún día— cometeré otros errores, pero desde luego no caeré en ése. Y encima, el chantaje. Como yo no opinaba, a pesar de que era mi obligación, ahora te callas tú.

Y se fue a Guatemala. Con la mochila a la espalda, como una adolescente. Se fue y volvió hecha cenizas en una urna absurda. Ése es el resultado del chantaje. Y de nuestra cobardía por aceptarlo. Este silencio es el pago de aquél.

Ya quisiera yo contar con un mínimo de detalle lo que le pasó, pero es imposible. Apenas tenemos cuatro datos sueltos para recomponer un colador de historia, un rompecabezas inconcluso cuya única pieza intacta lleva impresa la fecha de su muerte. Salió hacia Londres el 21 de septiembre y desde allí llamó un par de veces a Alberto en los días siguientes para encargarle que nos dijera a todos que estaba bien y preguntar por papá. Al cabo de diez días recibimos un correo electrónico. De igarcialuna@hotmail.com. Asunto: besos. Ya estoy en Guatemala. Todo perfecto. Tiempo magnífico. Os escribo desde un cibercafé en Flores. Hay unos cuantos. Parece mentira; pronto habrá cibercafés hasta en la jungla. Pero aún faltan unos años para eso, así que tendréis que pasar unas semanas sin noticias mías, porque mañana, a

primera hora, me voy a las ruinas mayas de Ceibal y allí no hay ni una triste conexión telefónica. Cuando pueda bajar a Flores os envío otro mensajito. Besos para todos. Cuidad bien a papá.

No sé si ésas eran sus palabras exactas. Tal vez no fuera tan parca, pero venía a decir más o menos eso: estoy bien, que nadie se preocupe por mí. Adiós. No volvimos a saber de ella hasta el sábado, 14 de octubre. Eran malas noticias y me tocaron a mí. Estaba en casa con papá. Llevábamos casi toda la mañana ordenando y limpiando su colección de sombreros. No sé para qué, porque hace años que sólo se pone su pieza favorita, un borsalino de fieltro, impermeable y tan flexible que se puede llevar plegado en el bolsillo y luego, con una especie de toque mágico, recupera la forma. En realidad, la colección se terminó cuando papá dejó de pintar. Hasta entonces había reunido treinta y siete sombreros. Uno, claramente reconocible por ser más viejo que los demás y por lo menos dos tallas menor, era de Simón. Es la única herencia que le dejó. Parece que lo conservó la abuela Amparo y se lo regaló al cumplir los dieciocho años, pero incluso entonces le quedaba pequeño, de modo que nunca lo pudo llevar. Todos los demás los compró él, o se los regalamos nosotros. De todas las formas, materiales y procedencias posibles, con la única condición de que no fueran meramente decorativos, sino que pudiera llevarlos. Era raro ver a papá sin sombrero por la calle. De pronto, después del retrato de la rusa, en la misma época en que dejó de pintar, anunció que se había cansado de la colección. Pidió que no le regaláramos más sombreros. Dijo que mantenerlos en buen estado le exigía demasiado tiempo y esfuerzo y que el divertimento se estaba convirtiendo en un sacrificio. Desde entonces, sólo volvió a ponerse el Borsalino. Incluso para navegar. Nunca más llevó otro.

De eso hablábamos el 14 de octubre. Lo recuerdo porque cuando sonó el teléfono yo tenía el borsalino en la mano e interrogaba a papá para averiguar de dónde había salido.

—La rusa. Me lo regaló la rusa —me contó.

—Caramba, papá; menudo regalo. Un borsalino cuesta un dineral.

—Fue por su retrato. Cuando se lo di, me dijo que no podía pagarme. Yo le contesté que no hacía falta, pero se ofreció a cambiármelo por el sombrero.

—No puede ser. Algo falla en ese recuerdo.

—¿Por qué?

—Hombre, se supone que los rusos eran millonarios, ¿no? Además, nunca le diste el cuadro. Siempre ha estado colgado en la casa de Malespina.

—Bueno, lo que pasó fue...

En ese momento sonó el teléfono:

—¿Don Julio Azuera?

Era una voz de mujer. Grave, redonda y llena de puntos suspensivos, misteriosa.



Cada vez que la recuerdo maldigo a su dueña, pero he de reconocer que se esforzó por ser amable.

—¿De parte de quién?

—Mire, llamo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Un momento, por favor.

Tal vez no debí pasarle el teléfono a papá. Al menos, no sin preguntar antes de qué se trataba. Eso opinan mis hermanos. En mi descargo sólo puedo decir que, a juzgar por la conversación que manteníamos, parecía estar en un momento lúcido; que no tenía forma de imaginar siquiera la información que traía aquella llamada y supuse que sería cualquier trámite relacionado con alguna exposición de sus cuadros en el extranjero; que me quedé a su lado por si me necesitaba; que nunca me ha gustado meterme en los asuntos de nadie, ni siquiera de mis padres. Si con eso no basta, si fue un error injustificable, pido perdón; nadie es perfecto. Y lo lamento de veras, pues me consta que aquella llamada lo empujó un paso más abajo en la cuesta de su desvarío.

Papá se acercó despacio hasta el teléfono y se puso sin preguntar quién llamaba.

—Sí —dijo. Y luego, tras una pausa—: Sí, Isabel. García Luna, sí, claro que es mi mujer... ¿Que ya sé? ¿Que si sé qué? ¿Pez de betún? ¿Qué dice? ¿Pero qué dice? ¡Niña! ¡Niña! —A voz en grito, mirándome—. Niña, ponte tú, que no entiendo nada.

Pero algo sí debió de entender, porque un cuchillo de dolor le rasgó la cara y, mientras yo tomaba su lugar en el teléfono, se quedó absolutamente quieto, demudado, emitiendo un gemido apenas audible pero lleno de angustia, rasposo, como si en algún rincón de su inconsciencia estuviera sonando una alarma. Me costó arrebatarse el teléfono de las manos porque lo sostenía con una fuerza exagerada, con los nudillos blancos de tanto apretar.

—Perdone, mi padre no se encuentra muy bien —dije cuando por fin logré ponerme al aparato.

—Comprendo —contestó aquella voz, que trataba de transmitir las malas noticias con la mayor serenidad posible—. Lo lamento. De haberlo sabido, hubiera hablado directamente con usted. Estas noticias nunca son gratas de...

—¿Qué noticias? ¿Pero qué noticias?

—Perdón, será mejor que vuelva a empezar. No sé si se ha enterado de la noticia del accidente de un barco en Guatemala, en el río Pasión, entre Sayaxché y la laguna de Petexbatún.

Me flojearon las piernas como si me hubieran succionado la sangre. Me senté en el suelo. No quería seguir escuchando. Qué estupidez, pensé; río Pasión. Aquellos nombres me sonaban a chino, pero sabía muy bien de qué me estaban hablando. Apenas me quedó un hilo de voz para preguntar:

—¿Cuándo?

—Ayer. Hubiéramos querido avisarles antes, pero nos ha costado conseguir este número de teléfono y, con la diferencia horaria...

—Pero... Pero, oiga, ¿avisarnos de qué?

—Al parecer, doña Isabel García Luna constaba entre los pasajeros.

No me lo diga, no me diga que ha muerto, ahogada no, no me lo diga, cuénteme lo que quiera pero no me diga eso, ahogada no, mamá no, no quiero oírlo.

—No puede ser.

—Bueno, lamentablemente, las posibilidades de que ella sea una de las víctimas son muy elevadas, pues su documentación apareció junto al cadáver. Sin embargo, no podremos dar por cierto ese dato hasta que se proceda a la identificación, y precisamente por eso...

—Oiga, ¿y no podría ser...? —la interrumpí.

No podría ser qué. ¿No podría ser que estuviera viva? ¿Como Simón? ¿Qué estuviera flotando, agarrada a un tablón de madera? ¿Tres días?

—Mire, no nos precipitemos. Ya sé que es un momento muy delicado, pero sería conveniente no especular con datos que aún no conocemos con certeza. Por desgracia, los documentos de doña Isabel no dejan demasiado espacio a las dudas. Parece que también se ha podido recuperar algún objeto personal. En cualquier caso, en virtud de la legislación internacional, y en interés propio, es imprescindible que alguien de la familia se traslade a Guatemala para asistir al reconocimiento. Si tiene usted la amabilidad de anotar un número de teléfono...

Maldigo el azar que me escogió como receptora de la noticia. Y lo maldigo doblemente, porque el primero en enterarse carga además con la tarea de comunicárselo a los demás. Ésa no fue, sin embargo, mi preocupación inmediata al colgar el teléfono. Antes tuve que aplacar a papá, que seguía a mi lado, inmóvil, como muerto en pie. En realidad, ahora que lo pienso, su mermada inteligencia le bastó para entender lo que había ocurrido, porque no recuerdo haber pronunciado en ningún momento las palabras fatídicas. No dije: «Mamá está muerta, papá». De hecho, no dije nada. No sabía qué decir. No sabía qué hacer. Lo abracé. Acuné a mi padre sin palabras.

No sé cuánto rato estuvimos así. Recuerdo que, cuando al fin se fue acallando su gemido, tomé su cara en mis manos, lo miré a los ojos y vi que no estaba. Rígido, ido, refugiado en un silencio de piedra. Conseguí con esfuerzo hacerle caminar hasta el sofá, lo senté, lo arropé con una manta de algodón y le di una dosis máxima de tranquilizantes.

Luego, llamé a Alberto:

—¿Diga?

—Alberto...

—Serena. ¿Qué ha pasado?

Es medio brujo. Tiene un detector para los problemas.

—Mamá.

—Mamá qué.

—Mamá...

—Estás llorando, Serena. Tranquila. Respira hondo. Tienes que decirme qué ha pasado. Pero tranquila, no hay prisa. Ya saldrá.

—...

—¿Me oyes? Respira. Di algo. Qué le pasa a mamá.

Su voz. La voz de Alberto, más pausada que nunca. Su voz me dio la mano.

—Está muerta, Alberto. Han llamado. Se murió. Se hundió un barco. En el río de no sé qué laguna.

—Hostia.

—Hostia, sí.

No me sometió al suplicio de un interrogatorio en busca de detalles. No trató de arrancar las palabras que se me atravesaban. Es muy listo. Vive de eso. De saber siempre cuál es la mejor manera de manejar un problema.

—¿Estás con papá?

—Sí.

—¿Lo sabe?

—Sí. Bueno, creo, no sé. Se ha puesto fatal. Le he dado dos lexatines. Ahora está durmiendo.

—Quédate con él. No hagas nada más. Intenta calmarte. Ahora mismo voy para allá. No te angusties por nada. Si hace falta, te tomas un lexatín tú también. Yo me encargo de avisar a Pablo.

—Un beso, Alberto.

—Un beso, niña. Voy para allá.

No solía contar a mis hijos demasiadas cosas de los viajes. Procuraba llevarles algún regalo más o menos exótico y, aunque nunca se me dieron muy bien los cuentos, les explicaba una aventura de vez en cuando, alguna anécdota, leyendas que oía por esos rincones del mundo. Poca cosa más. No es que escondiera nada, pero procuraba no hablar demasiado de lo que veía. Al fin y al cabo, no veía más que muertos y vivos en duelo. No son precisamente cosas para niños. Al contrario, me parecía que debía protegerlos de aquella información. Sin embargo, es posible que me equivocara. Tal vez, si les hubiera contado más cosas, hoy sabrían quién es su madre. Serían capaces de reconocerla. Es un poco tarde para eso. Un poco tarde para contar lo que vi en Melpa. Supongo que no lo hice en su día. Les expliqué que habla estado en Nueva Guinea y quizás aproveché para enseñarles lo que son las antípodas, pero supongo que no conté lo que habla visto. Bueno, eso fue en 1970, o sea que el mayor tenía sólo trece años. ¿Demasiado pronto para empezar a conocer a su madre? No lo sé.

En honor a la verdad, he de decir que tiene bien poco mérito darse cuenta a estas alturas de los errores cometidos en el pasado. Además, no sirve de nada. Es como sí, después de rodar una película, me diera cuenta de que el guión no funcionaba. Ni siquiera puedo aspirar a corregir los errores en la próxima película, porque no la hay. Me sé de memoria las escenas fallidas y no me contenta repasarlas una y otra vez.

El guión de mi vida incluía un reparto encabezado con la inscripción ISABEL GARCÍA LUNA, ANTROPÓLOGA. A media película, me enviaba a Melpa porque cada vez circulaba con más insistencia el rumor de que allí podían observarse todavía ritos caníbales. Era mi especialidad. Además, se trataba del único campo en el que aún podían hacerse progresos considerables. Había toda clase de explicaciones para el canibalismo, pero ninguna conseguía aclarar del todo un fenómeno que seguía siendo la gran asignatura pendiente, el reto mayor de la antropología. Por fin nos habíamos dado cuenta de que no se trataba tan sólo de un ritual salvaje y agresivo, una bestialización regresiva que llevaba al hombre a aniquilar al enemigo hasta el extremo de devorarlo literalmente. Teníamos ya constancia de que el canibalismo se daba en muchos casos también entre miembros de una misma tribu, incluso entre familiares, de modo que hacía falta alguna explicación más sofisticada. Cada quién se apresuró a ofrecer la suya. Muchas eran de origen psicoanalítico; afán de poseer el alma del muerto y las virtudes que hubiera demostrado en vida, multiplicación del ego... Eran hermosas teorías, muy literarias, y parecían responder a un patrón lógico difícil de refutar. Nunca les di demasiado crédito. La teoría de Bloch era un avance. Él estableció el concepto de «predación negativa»: se suponía que los caníbales se comían a sus enemigos no tanto por el beneficio que obtuvieran directamente de tal acto, sino por el perjuicio

creado a la tribu contraria al privar a sus miembros de la posibilidad de celebrar sus ritos mortuorios. Inteligente. Tal vez cierto. Pero seguía sin explicar el canibalismo practicado con los miembros de la propia tribu. También sonaban muy bien las explicaciones técnicas, nutricionistas, según las cuales aquellas comunidades habían adaptado sus códigos morales a sus necesidades alimenticias, para obtener de la carne de sus congéneres la dosis imprescindible de proteínas. Digo que sonaban bien, pero no superaban el contraste con la realidad. Ahora sabemos que en la mayoría de los casos el aporte de proteínas estaba garantizado por medio de la caza, e incluso por algunos cultivos rudimentarios. Yo misma he contribuido a recabar esa información en lugares bien distintos. Era muy difícil, por no decir imposible, realizar una investigación de campo en toda la regla, entre otras cosas porque en aquella época era común que los misioneros llegaran antes que los antropólogos. Y lo primero que hacían los misioneros era convencerlos para que dejaran de practicar el canibalismo. Convencer no es el verbo adecuado: chantajearlos, quizá; forzarlos, en cualquier caso. Nosotros llegábamos después y, en lugar de hechos, encontrábamos memoria de los hechos. Cuentos, no sucesos. Así que teníamos sospechas, teorías, convicciones, pero muy poquita realidad. Entonces empezaron a llegar los rumores de Nueva Guinea. Se hablaba de grupos en los que, sobre todo las mujeres, practicaban el canibalismo en secreto. Eran registros orales, cuentos que divulgaban exploradores deslumbrados por su propia aventura, que adquiría mayor importancia cuanto más numerosos fueran los riesgos que la acechaban. Contaban que algunas mujeres de Melpa, bajo la apariencia nocturna de perros, robaban la carne de los muertos recientes. Se daba por hecho que se la comían, pero también practicaban con ella actos de brujería, a los que ellos mismos daban el nombre de kum. Al parecer, mojaban la carne robada en los manantiales y, luego, quienes bebían el agua de aquellos ríos desarrollaban el gusto por la carne humana. A taste for human flesh: recuerdo que así, en inglés, tal como lo leí entonces, me impresionaba más; era redondo, sonoro, el título perfecto para una novela grandiosa que yo nunca hubiera podido escribir, ni en inglés ni en ningún otro idioma porque el lenguaje que se me escapa es el de la ficción.

Aquellos relatos eran creíbles en parte, pero también convenía desconfiar de ellos. Con frecuencia, la afirmación de que una tribu practicaba el canibalismo era en realidad una acusación interesada y alimentada por la codicia de quienes pretendían obtener de sus territorios algún beneficio en forma de caucho, petróleo o cualquier otro material valioso para cuya extracción convenía alejar a los nativos. Había que tener mucho cuidado con ellos. Lo sé por experiencia. Yo me descuidé una sola vez en Brasil y casi me cuesta la vida.

No quería hablar de caníbales, sino de lo que vi en Melpa, pero ya que estoy diré apenas cuatro cosas. Así de paso me distraigo y dejo de pensar por un rato en lo que

*de verdad quiero decir, lo que me indigna tanto y me rebela, lo que por momentos provoca mi deseo de permanecer aquí escondida y dejar que mis hijos sigan llorando tanto tiempo como haga falta, a ver si las lágrimas les limpian los ojos y se hace el milagro y aprenden a mirar. A distinguir lo que deberían reconocer como suyo incluso con los ojos cerrados.*

*No creo que sea necesario extenderse demasiado para explicar por qué a una antropóloga le puede interesar el canibalismo. Era un imán, un imán poderoso que no me atrapaba sólo a mí, sino a todos mis colegas. Todos íbamos a la caza de la prueba definitiva o, mejor, de la teoría universal que explicara su práctica, una aclaración incontestable del gran misterio: hombres que se comen a otros hombres sin saber por qué. Para mí, esto último era lo más fascinante: la conciencia de que, por muchas vueltas que le diéramos, incluso si alguno de nosotros encontraba la explicación ansiada, el suceso en sí mismo permanecería invariable. Quienes practicaban el canibalismo no necesitaban saber por qué lo hacían, del mismo modo que no nos hace ninguna falta a nosotros saber por qué celebramos el año que pasa, por qué comemos tres veces al día. Ese es el gran poder de las costumbres: todas nacen de algo, todas tienen una explicación más o menos remota en el pasado, pero no la necesitan, ni dependen de ella para reproducirse en el tiempo. Antes de comerse una sandía, nadie necesita pensar en el primer tipo que partió el balón a machetazos, tal vez creyendo que estaba vivo, o acaso temiendo que el filo rebotara en la piedra aparente de la piel verde, y luego enterró la nariz en aquel olor encarnado de asombro y desconfió de las pepitas oscuras como insectos y acercó a la pulpa su lengua precavida primero y después los dientes cautos todavía y terminó por hundir el rostro entero y devorar a dos carrillos su descubrimiento, guardando tal vez un tajo para que también su mujer probara aquel frescor nuevo y rojo y sus hijos y los hijos de los hijos de sus hijos. No. No hace falta conocimiento, sino acierto, para instaurar una costumbre.*

*Volvamos a 1970. Hice las maletas y me fui a Nueva Guinea. Exigencias del guión. Para empezar, yo no necesitaba coartada para ir a donde me diera la gana. Nunca la he necesitado. Además, para una antropóloga especializada en el trato que los vivos dan a los muertos, el canibalismo era como la piedra filosofal del alquimista. Al fin y al cabo, los demás rituales se diferencian apenas en matices estéticos, cambian los tiempos de espera, los ritmos del llanto y el destino del cuerpo, que puede terminar bajo tierra o agua, en caja de madera o en vasija de barro, ser mejor o peor recordado, disponer o no de un territorio para la migración del alma, concebir o no la posibilidad remota del regreso. Pero no hay muchas diferencias sustanciales. La muerte y los ritos que la celebran, invocan o conjuran, se parecen bastante en todo el mundo. En todas partes el dolor inmediato es seguido por un tiempo relativamente breve de caos social, de vacío y reacomodo, sustituido a su vez*

por un nuevo orden para cuyo anuncio y cumplimiento existen precisamente los ritos mortuorios. Es frecuente que un tiempo después de la muerte se celebre alguna ceremonia para reafirmar ese nuevo orden. La visita al cementerio cuando se cumple el aniversario del fallecimiento. El primero de noviembre. Ritos similares para funciones idénticas. Teníamos ya bastante bien estudiadas las diferencias entre Oriente y Occidente, la noción de que los orientales habían logrado cerrar el círculo tal vez mejor que nosotros, reforzar al menos una cierta idea de interdependencia entre la vida y la muerte, una certeza de que cualquiera de las dos carecía de sentido en ausencia de la otra. Conocíamos —en algunos casos, de primera mano— el desprecio extremo que la muerte provocaba en muchas comunidades de cazadores nómadas africanos, la ignorancia con que respondían a su aparición, negándole otra intervención en su vida que no fuera la meramente anecdótica y accidental. Se les morían los viejos y ellos se limitaban a trasladar su asentamiento unas decenas de metros más allá sin enterrar el cuerpo siquiera, o cubriéndolo a lo sumo con unas pocas hojas de palma arrancadas del tejado de la choza más cercana, sin reverencia alguna, sin ninguna clase de ceremonia, con la única intención aparente de retrasar la llegada de los carroñeros. Incluso para esa actitud displicente ante la muerte, para aquella aparente negación absoluta del dolor, el materialismo ofrecía una explicación, pues tratándose de pueblos nómadas y cazadores era comprensible que su propia dinámica los empujara a seguir su camino abandonando a los muertos igual que abandonaban los huesos de las piezas cobradas, sin tregua para reordenar su vida porque su vida no exigía orden sino movimiento, avance, un nuevo desplazamiento, otro animal cazado. Los miembros de las culturas sedentarias necesitan ceremonias más o menos complejas para asegurarse de que siguen vivos. A los nómadas les basta con seguirse moviendo.

En definitiva, creíamos conocer ya los fundamentos de nuestra ciencia, pero el hecho de que los vivos se comieran a los muertos seguía planteando una serie de interrogantes que ninguna de nuestras múltiples fórmulas de pensamiento, ninguna de las muchas teorías que teníamos siempre listas para encajar en cualquier situación, llegaba a explicar por completo. Se nos quedaban cortas las hipótesis. Necesitábamos ver.

Tal vez el de Melpa fue uno de los viajes más frustrantes en ese sentido. No vi nada. Oía cosas, me contaron sucesos ambiguos que tal vez la gente inventara, o que simplemente se repetían, de generación en generación, por puro hábito. No digo que aquellos relatos fueran falsos. Sólo digo que no pude verlo y, si bien en otras facetas de mi vida estoy dispuesta a aceptar el principio de que no sólo existe lo que nuestros ojos ven, en materia profesional no podía permitirme el lujo de ser crédula. Bastante tenía con aguantar polémicas absurdas cuando mis teorías se sustentaban en la evidencia, como para atreverme a despertar sin pruebas una controversia de ese

tamaño.

*Sin embargo, no puedo decir que fuera un viaje en balde. Otros sí lo fueron. A veces, después de pasar dos o hasta tres meses fuera de casa, regresaba con la sensación de haber perdido el tiempo, de volver con las maletas del conocimiento tan vacías como antes de partir. En Melpa, en cambio, tuve la fortuna de presenciar algo hermoso, algo que por sí mismo compensó el viaje, el calor infernal y los sacrificios. Tal vez no fuera un descubrimiento destinado a revolucionar la antropología, ni siquiera a merecer una nota en los periódicos, pero fue hermoso verlo. Cuando nace un niño en un poblado de Melpa, se planta un árbol. En el mismo hoyo cavado para hundir sus raíces, se entierran también la placenta y el cordón umbilical. Se bautiza el árbol con el mismo nombre que la criatura. Mientras el bebé está en edad de lactancia, se usan sus heces para abonar el árbol. Si todo va bien, eso dura tres años. Pasado ese tiempo se celebra un rito de iniciación. El padre invita a un banquete a todos los familiares de la madre. Es una manera de agradecerle no sólo su fertilidad, sino también su fortaleza, demostrada en la larga duración de la lactancia. En ese mismo banquete se le corta el pelo al niño por primera vez. A partir del día siguiente empieza el largo aprendizaje que ha de llevarle a alimentarse de otros modos y a depositar sus heces en los lugares destinados a tal uso. Se supone que el niño vivirá mientras sobreviva el árbol y que éste tiene la capacidad de reflejar los estados de aquél: se secarán sus hojas cuando esté triste el hombre, resplandecerá cuando se enamore, brillarán sus frutos cuando se reproduzca, tal vez humille la copa si el niño enferma.*

*Heces plantadas, un cordón retorcido de vísceras que es necesario cortar para separar dos cuerpos; un hilo de leche que lo sustituye; la vida que da vida. De eso quería hablar; de eso estoy hablando. Está escrito en los libros más antiguos: carne de mi carne, sangre de mi sangre. Maldita sea, no hace falta ir a Nueva Guinea para entenderlo. Ahí están los animales, sobre todo los mamíferos, pero no sólo ellos: apenas acaban de nacer y ya son capaces de reconocer a la madre entre manadas compuestas por miles de individuos. Lo llevan en la sangre. Se supone que todos lo llevamos.*

*Quedan en el mundo sociedades que carecen de lo que para nosotros serían conocimientos básicos de biología. Gente que atribuye el nacimiento de un hijo a la participación intangible de las estrellas, al sobrevuelo oportuno de tal o cual pájaro, a toda clase de fenómenos más o menos esotéricos. A los wari les parecía imposible concebir a un hijo en un solo coito. Ellos creen que la mujer tiene en su vientre una especie de bolsa en la que se acumula el semen. La madre transmite al hijo la sangre y el padre, por medio del semen, lo dota de estructura corporal: huesos y carne. Una vez concebido el feto, consideran imprescindible que los padres aumenten la frecuencia de sus coitos para que así el hijo, beneficiado por el aporte constante de*



semen paterno, nazca más fuerte. Si una mujer enviuda durante el embarazo, es normal que tome un amante, convencida de que, en caso contrario, privado del semen que se acumula en el vientre, el hijo nacerá endeble y tal vez muera en el parto. En fin, he oído por todas partes las teorías más estrambóticas, pero nunca, en ningún lugar del mundo, he visto negar el único vínculo indisoluble: salen los hijos de la madre y son suyos, se reconocen en ella, la reconocen hasta la muerte. Por dios, es tan obvio que hasta lo recoge el refranero y casi da vergüenza repetirlo, por tópico y vulgar: madre sólo hay una.

No sé qué clase de atrofia justifica que un hijo no reconozca a su madre. Qué ceguera, qué mutilación de los sentidos. No lo sé. No soy capaz de entenderlo. Mi profesión y la experiencia me ayudan a comprender no sólo algunas leyes fundamentales de la humanidad, sino también los errores que a veces las contradicen. Sobre todo los errores. Pero no éste. Y aquí sí que no caben ya excusas de ninguna clase, ni podrá nadie decir que yo esté rehuyendo responsabilidades. Cierto que podía haber evitado la confusión antes incluso de que se produjera, en el mismo instante en que me percaté de la desaparición de la mochila. También podía haberlo arreglado al día siguiente y no lo hice. No digo que no se me ocurriera: tuve esa opción y la descarté. La descarté varias veces, pues durante los tres días siguientes al hallazgo del cadáver de Judith no fueron pocas las ocasiones en que estuve tentada de encender la radio y hacer lo que tenía que hacer. Hablemos claro: era mi obligación y no cumplí con ella. Hasta aquí mis culpas. Creo que es ya la segunda vez que las reconozco. Y por escrito. Sólo digo en mi descargo que era demasiado fuerte la otra tentación, la del azar, que me repartió una mano ganadora, una mano de cartas nuevas en mitad de la baraja marcada de la vida. Y que me atreví a jugarla. Vuelvo a pedir perdón si es necesario. Lo que pasa es que las leyes del juego no contemplaban la posibilidad de este error. Qué digo: no las leyes del juego, sino las de la vida. Fue una trampa burda y fea, como si en el momento de ir a dar jaque mate con la dama en una partida de ajedrez resultara que la pieza está atornillada al tablero.

Si al fin regreso, si abandono este remedo del paraíso, será sobre todo para plantarme delante de Alberto. Plantarme delante de Alberto y decirle mírame, mírame a los ojos, hijo, porque eres mi hijo. Mírame a los ojos y dime quién soy. Dime quién es tu madre. Dime si soy yo tu madre. Dime que no soy tu madre. Tócame, si es necesario, sí no te bastan los ojos. Huéleme. Huéleme y dime que no soy tu madre.

Lo más imperdonable es que estoy segura de que el error fue suyo. Él es quien se encarga de estas cosas. En materia de despistes, de los pequeños hubiera esperado cualquier cosa. Que se perdieran de camino a Flores, que con sus cabezas llenas de música y de cuentos y de nubes confundieran a su madre hasta con una babucha.

*Pero no de Alberto. Se supone que él es el hombre de las cosas bien hechas. No me explico su error. Y me cuesta, me va a costar perdonarlo.*

*Admitiré una culpa más, aunque sólo sea a beneficio del inventario pragmático, por si sirve para aclarar la costura menuda de las cosas, por si llegara el momento en que mis hijos se empeñen en saber ese tipo de detalles. Sobre todo Serena, que siempre tiene en la boca una pregunta: qué pasó primero para que fuera posible lo que pasó después; dónde estabas tú cuando yo acudí a donde se suponía que estabas; quién llamó a quién para decirle qué y en qué momento. Esa clase de detalles a los que damos tanta importancia en las novelas me tienen absolutamente sin cuidado porque aquí no estamos hablando de ficciones, sino de la vida: pasó lo que pasó y fue tremendo y no me gustó nada y no me apetece contribuir a aclararlo, o al contrario, a diluirlo, a crear en torno a ese suceso la maraña de datos suficiente para que se vuelva aceptable con la precisión ingenua de horas y días y minutos. Hago, sin embargo, esa concesión: tardé demasiado en reaccionar. Dicho queda. Y no es que me dé cuenta ahora, a la luz de las consecuencias. No, la responsabilidad suele preceder a los hechos y yo no puedo negar que los tres días siguientes a mi regreso a la Posada del Caribe fueron muy distintos de los anteriores, por mucho que mantuvieran su misma apariencia. Pasaban más lentos y ya no me reconfortaba el baño en la laguna y se me eternizaban las horas cerca de la radio con cualquier excusa y hasta respiraba distinto porque tenía como una mariposa incómoda en el estómago. Qué cursi, por Dios, ésta no soy yo, parezco mi hija. Es que no es fácil de explicar. Ni mariposas, ni tontadas: nervios, puros nervios, estaba como un flan porque a todas horas, incluidas las pocas que lograba entregar al sueño, me dominaba la sensación de que, en algún lugar donde yo debía estar pero no estaba, había ocurrido algo que no era lo que debía ocurrir, lo que mandaba la lógica. Porque la lógica mandaba que alguien dijera algo, que la radio sonara de una vez, que se fueran despejando por sí mismas todas las incógnitas de la ecuación del azar.*

*Recuerdo que a veces, de pequeña, cuando jugábamos al escondite, me daba miedo esconderme demasiado bien, encontrar un lugar tan inaccesible y remoto que no dieran conmigo ni al terminar el juego y en vez de escondida quedara perdida por completo. No hubiera sido fácil salir del escondite, asomar la cabeza. No salía. Cerraba los ojos y los apretaba y concentraba todas mis fuerzas en desear que me encontraran, que alguien diera con la pista idónea, que una mano señalara mi escondrijo y una voz denunciara mi nombre y los gritos de toda la pandilla confirmaran que seguía existiendo, que no había traspasado, con la perfección de mi escondite, ninguna frontera irreversible entre mi mundo y el de los demás. Así he pasado media vida, buscando siempre el lugar más remoto, el escondrijo perfecto, y llevando auestas la sensación permanente de no pertenecer, de habitar una especie de mundo paralelo, de ser como un planeta ingrávido, ajeno a las leyes que rigen los*

sistemas, flotando siempre en una deriva propia, temiendo y deseando a la vez que acudieran los demás en mi rescate. Durante aquellos tres días reviví a todas horas esa sensación. Tal vez el silencio del primer día se justificara por el cambio horario; el segundo, por la precipitación, los pasajes, los trámites; y aun otro por la longitud del vuelo, pero ya no más. Al cuarto día acepté que aquel silencio no podía sino ser portador de malas noticias, que sólo yo podía romperlo por muy muerta que estuviera. Aún no sabía exactamente cuál era el error, pero estaba claro que algo fallaba. Ni siquiera lo voy a llamar presentimiento; era una certeza muy desagradable. De modo que me tocó conectar la radio y hurgar el aire con la voz oxidada un buen rato, primero sin éxito, sin saber muy bien siquiera qué decir, oiga, oiga, atención, oiga, hay alguien ahí, socorro, mayday, como en las películas, ¿mayday?, imposible, mejor aló, aló, aló, hasta que, casi al cabo de una hora, cuando ya empezaba a aceptar que nadie iba a contestar, que mi única opción era seguir esperando hasta que apareciera Amkiel el martes siguiente, sonó por fin la voz del patrón, redonda como un flotador.

—Aló. Identifíquese. Cambio.

—¡Aló! ¡Por fin!

—¿Quién habla y de dónde? Cambio.

Isabel García Luna, del reino de los muertos, cambio. Eso tenía que haber contestado, pero no estaba de humor para bromas.

—Isabel. Posada del Caribe. Cambio.

—Caramba, la señora. Cambio.

—Sí, la señora. Cambio.

—Un honor, señora. ¿Todo bien? ¿Qué se le ofrece? Cambio.

No sabía qué decir. O sí sabía, pero ignoraba cómo. Estaba clara la pregunta, pero no encontraba el modo de formularla. ¿Sabe usted algo de mis hijos? ¿Es capaz de explicarme por qué nadie dice nada? ¿Acaso nadie...? No.

—Oiga, patrón, ¿apareció mi mochila? Cambio.

—¿Cuál mochila, señora? Cambio.

—Ninguna mochila. Cambio. Perdón, nada de cambio. Dígame, ¿hay alguna novedad por ahí? Cambio.

—¿Cuál novedad, señora? Cambio.

—Quiero decir, qué pasó con los muertos. Cambio.

—Ah, usted siempre tan amable, señora. No tuve tiempo de agradecerle su colaboración. Cambio.

—Ya, bueno, pero qué pasó. Cambio.

—Ya usted no tiene por qué inquietarse, señora. Eso quedó en manos de las autoridades de Flores, que ya se apersonaron y lo tienen todo bajo control. Gracias de todos modos. Cambio.

—¿Y Judith? Cambio.

—¿Cuál Judith? Cambio.

—La gringa. Cambio.

—No... pues cuál gringa, señora. Si hasta vino su familia a llevársela y dizque era española como usted no más, de la madre patria. Cambio.

—No puede ser, patrón.

—...

—Digo que no puede ser, ¿me oye?

—...

—¡Cambio, caramba! ¡Conteste!

—Bueno, señora, pues, no sé. La verdad es que yo no me encargo de eso, ya usted sabe, pero parece que los documentos estaban claritos y ya le digo que si hasta vino la familia y parece que incluso la enterraron y todo. Cambio.

¿Enterrada? ¿Muerta y enterrada? ¿Familia?

—Oiga, patrón. Envíeme a Amkiel hoy mismo si puede. Quiero ir a Flores. Cambio.

—Entonces, ¿abandona la Posada? Mire que los turistas aún se demoran dos semanas más. Cambio.

—No. No abandono nada. —Lo dije con la garganta acelerada, con las palabras escupidas de quien sabe que tal vez debería meditar mejor la respuesta que ya se le escapa. No tenía mucho sentido discutir con aquel hombre, ni darle detalles que no parecía en condiciones de comprender, ni sabía yo demasiado bien qué iba a hacer en los días siguientes—. Sólo es para hacer unos recados. Tal vez mañana mismo vuelva aquí. Cambio.

—¿Unos qué, señora? Cambio.

—Recados. Mandados. Unas gestiones, ¿sí? Envíeme a Amkiel, hágame el favor. Cambio.

—A la orden, señora.

Las culpas se despejaron rápido, de una en una. Todo el entramado de ineficacias ajenas que yo había construido para negar lo evidente se desmoronó pronto. No era justo culpar al patrón, que al fin y al cabo no tenía más responsabilidad que la gestión de los escasos servicios turísticos de Sayaxché y la cumplía con creces. A él le contaron que había muerto una gringa y luego le llegó el rumor de que la gringa no era tal, sino española; que sus hijos habían llegado a Flores y, tras personarse ante las autoridades, habían cumplido los trámites necesarios para reconocer el cadáver y encargarse de su destino. Pero él no había participado en esos trámites, ni tenía por qué; ni probablemente hubiera visto u oído mi nombre adjudicado al cadáver... Cambio. Mejor dicho, corto y cambio. No tenía culpa ninguna. Amkiel sí, pero sólo en parte. A Amkiel se le podía acusar de desidia, del exceso de indolencia

que le llevó a dejar pasar más tiempo del necesario para recuperar mi mochila. Probablemente delegó esa responsabilidad en alguien, que a su vez la traspasó a alguien, que olvidó... No tenía sentido. No tenía sentido culpar a Amkiel, ni excusarlo siquiera, por un delito del que, en todo caso, yo era la gran inductora. Amkiel sólo era una pieza del engranaje, la correa de transmisión de un motor ahogado por mi voluntad. O por mi falta de voluntad. Si el primer día, al descubrir la desaparición de la mochila, le hubiera dicho: «Vámonos ahora mismo a buscarla a Flores», nada de todo esto hubiera ocurrido. Alguna sensación de culpa sí debía de tener, de todos modos, porque aquel día, tras mi conversación con el patrón, se plantó en la Posada del Caribe casi de inmediato, como si en vez de traspasar los islotes de cañas hubiera encontrado la manera de sobrevolarlos, y nada más llegar, antes incluso de saludarme, ofreció una retahíla de excusas por no aparecer con mi mochila en la mano, un discurso pertrechado de nombres y fechas y horas, le encargué a fulano pero el lunes no fue y entonces el martes le dije a mengano que le dijera a zutano y entonces el miércoles luego en la tardecita dije que le dijeran...

Está bien. Que cada palo aguante su vela. Todos esos detalles ya carecían de interés para mí. La cadena de desidias y burocracias mediocres que pudieran explicar el error me tenían sin cuidado. En realidad, ni siquiera quería conocerlos, no quería añadir ruido a mi única inquietud verdadera, a la frase del patrón que seguía percutiendo mi cerebro con la violencia de lo imposible, de lo que nos negamos a creer: española como usted. Si hasta vino su familia y dizque era española como usted. Española como usted. Su familia. Como usted.

Por eso calmé a Amkiel, le dije que la mochila no contenía nada importante, le aseguré que su desaparición no implicaba ninguna pérdida irreparable y le pedí que me llevara lo más rápido posible a Sayaxché, donde sólo pretendía detenerme unos minutos antes de partir hacia Flores. Hice lo posible por disfrutar una vez más del trayecto, traté de concentrarme en la magia de los islotes, en la bienvenida fresca de la brisa del río, acrecentada esta vez por la velocidad con que navegaba Amkiel, acaso para ganar así el perdón de sus errores, pero mentiría si dijera que lo logré. No había en mi cerebro espacio libre para brisas, cañas o paisajes. Sólo un nombre lo ocupaba: Alberto. Alberto y el error imperdonable. Española como usted. Si hasta vino su familia. Española como usted. Dime que no soy tu madre. Si hasta vino su familia. Mírame y dime que no soy tu madre. Huéleme, hijo. Española como usted. Usted. La gringa. La española. La rusa. La señora, española como usted.

Apenas intercambié palabra con Amkiel en todo el trayecto y, nada más llegar a Sayaxché, salté al embarcadero y me despedí de él, tras pedirle que me tuviera listo un transporte a Flores al cabo de una hora. Sabía que no me iba a costar mucho más tiempo confirmar lo que, ya desde mucho antes, desde mi conversación con el patrón, o antes incluso, desde el largo silencio previo, estaba claro y sin remedio. Centro

*Internet. Nueve dólares. periodistadigital.com. El País, La Vanguardia, El Periódico, ABC, El Mundo, todos. Todos igual. En todos retrocedí hasta el día del accidente y encontré la misma nota que ya había leído entonces, o algo parecido. Luego, en todos, dos días de silencio, dos días sin referencia alguna a «la antropóloga española muerta en un accidente fluvial en Guatemala». Y al tercer día el obituario. La oficialización de la muerte.*

*En Uganda, los lugbara entonan un canto llamado cere para difundir la noticia de una muerte. Se reúnen a la puerta de la cabaña del muerto y cantan el cere. La música, invariable durante generaciones, es un falseto agudo y penetrante que recorre el poblado y el bosque asegurándose de que nadie permanezca ajeno a la noticia. La letra del cere cambia en cada caso y está formada por las palabras que los vivos identifican con el muerto en particular: casa maíz hijos tierra, si el muerto cultivaba; lluvia nueces tiempo curación, si era adivino; flecha bosque pájaro luna para el cazador. No dicen su nombre. Se supone que la elección de las palabras es tan precisa que quienes las oigan sabrán deducir por ellas quién es el muerto. Si no hay cadáver, si el cuerpo, por ejemplo, fue tragado por el río, meten en su cabaña algún objeto que lo represente y luego la incendian. Cuando las llamas se elevan, se entona el cere.*

*Mi cere no tenía música, sino letra impresa, y no estoy segura de que sus palabras, más o menos iguales en los obituarios de todos los periódicos que consulté, me representaran: pionera cátedra libros documentales polémica ciencia tres hijos divulgación jungla. No sé. Creo que si una voz de falsete me hubiera llevado aquellas palabras al bosque no habría pensado que la muerta era yo. Más allá del hecho de que mi capacidad de leerlas implicara que estaba viva.*

*Flores. Ni siquiera me registré en ninguno de los cinco hoteles de la ciudad. No sabía si desde allí volvería a España o a la Posada del Caribe. Curioso: el verbo volver se aplicaba a los dos sitios. Sí sabía que no iba a quedarme en Flores. No tenía nada que hacer allí. Sólo cumplir un trámite: Alberto. Española como usted. Servicios Funerarios La Esperanza. No hay otro tanatorio en Flores y se reconoce a metros de distancia por su aspecto aséptico, su fachada de mármol blanco, su apariencia de hospital, o de centro de masajes. Me atendió una mujer entrenada en la amabilidad.*

*—Pase adelante —me dijo—. ¿En qué puedo servirle?*

*—Soy una amiga de Isabel —mentí.*

*—¿Isabel? ¿Tiene un apellido?*

*—Sí, García Luna.*

*—Ah, la española.*

*—Exacto. La española que murió en el río.*

*—Así que es usted su amiga. Qué lástima. Mi más sentido pésame. Esa clase de*

*accidentes no son usuales por aquí, señora. Lo que pasó fue que...*

*—No se preocupe —la interrumpí—. Ya conozco los detalles. Sólo quería saber dónde está enterrada, tal vez visitar su tumba.*

*—Claro, señora. Lo que pasa es que doña Isabel no está enterrada. La incineramos ayer...*

*—Ah, la incineraron. Me dijeron que la habían enterrado.*

*—Es lo que se aconseja en estos casos, porque los trámites para repatriar el cadáver a España se demoran mucho y luego está la complicación del transporte y todo eso.*

*—Ya.*

*—En cambio, para incinerarla sólo era necesaria la firma de sus familiares.*

*—Ah, entonces vinieron sus familiares.*

*—Sí. Estuvieron aquí sus hijos.*

*—¿Hijos?*

*—Un hombre y una mujer. Aunque sólo él estuvo en el reconocimiento. Se conoce que a ella le dio pena. Es comprensible, ocurre con frecuencia. Mucha gente se rehúsa a contemplar la última imagen de los muertos, prefieren quedarse con el recuerdo de la persona viva.*

*—Si yo le contara todo lo que sé de los muertos y los recuerdos... —se me escapó en voz baja.*

*—¿Perdón? ¿Cómo dijo?*

*—No, nada; cosas mías.*

*Alberto y Serena. En mitad de aquella confusión, en la cadena absurda y ridícula de errores, aquélla era la primera información que tenía sentido. Alberto y Serena. Serena, negándose a mirar. Entre la realidad y la memoria, Serena había escogido la memoria. Normal. Había hecho todo el esfuerzo de venir hasta aquí, para dejar luego a su hermano la responsabilidad de ver mi rostro muerto y decir mi nombre y firmarlo, supongo, en algún documento. Lógico y coherente. Alberto sí había aceptado esa responsabilidad. Lógico también. Él se encarga de estas cosas. Alberto es el que afronta los problemas y los resuelve, no como su padre. Su padre prefiere no ver los problemas. Su hermano Pablo prefiere no resolverlos. Su hermana Serena prefiere recordarlos. Alberto mira y decide y actúa en consecuencia. Sólo que esta vez se equivocó. No quiero contar las veces que le he dado vueltas a eso. Cierto que el tajo de la hélice había desfigurado la cara de Judith. Pero yo la reconocí y sólo la había visto una vez en mi vida. Mi hijo Alberto: heces, leche, cordón umbilical, cuarenta y cinco años de hijo. No me reconoció. No se dio cuenta de que no era yo.*

*Sigo sin explicármelo.*

*Cenizas. Muerta e incinerada. La constatación definitiva del error no me indignó, no sentí ganas de buscar un teléfono y resolver a gritos el entuerto. No estaba*

enfadada, sino triste. No sé qué palabra hay para eso. Una tristeza profunda, empantanada, unas ganas tremendas de darle la razón al azar y al mundo, de desaparecer, de estar muerta de verdad, de sentir la levedad de esas cenizas que no me representaban. Y, sobre todo, de escribir. De escribir mi propio obituario. La única biografía perfecta, el único relato completo de la vida, porque incluye la muerte.

Ahora sería fácil decir que volví a Petexbatún para vengarme de mis hijos. Para dejar que me llorasen un poco más en pago de su error. No. No tenía esa clase de ira. Al revés, estaba casi aliviada. Acababa de entender por qué estaba allí. Yo no estaba en la jungla por la jungla, ni por los wari, ni por el río, los mosquitos, la paz, el silencio y la distancia. Yo estaba en la jungla del Petén por la muerte. El último viaje. Desde que salí de Barcelona, incluso durante la semana que pasé en Londres visitando hemerotecas, averiguando cosas de la rusa y fingiendo ante mí misma un interés mundano que no sentía, iba sólo buscando el último viaje.

Empecé a escribir aquella misma noche al regresar a la Posada. Exhausta, muerta de cansancio. Creía que iba a contar mi vida y cantar mi cere; quería confirmar que estaba viva escribiendo, una por una, las palabras que me representan para que, cuando me muera de verdad, alguien pueda reconocerme. Quería dejar escrito quién soy. Desde entonces, no he pasado un día sin escribir unas cuantas páginas. Repaso las primeras y no me sorprende que al principio sólo encontrara palabras para la sorpresa: ¿Muerta? ¿Muerta yo?

Hoy he hablado con el patrón y he sabido que el primer grupo de turistas llega dentro de tres días. Está claro que no podré seguir aquí. Aún no sé qué voy a hacer. ¿Volver? ¿Volver a casa? Supongo: Pero es pronto todavía. Me quedan muchas cosas por decir. Está incompleto el cere. Hay palabras que aún no he mencionado siquiera. Angustia compasión soledad peligro injusticia cobardía felicidad miedo son palabras que me representan y aún no me he atrevido a nombrarlas. Dudo del significado de algunas. Volver, por ejemplo. No sé muy bien qué significa la palabra volver.



## JUEVES

Hijos de Simón. Todos somos hijos de Simón. He de escribirlo ahora mismo sin falta porque lo tengo fresco en la memoria, aunque me duela el dedo vendado y tirante, aunque sea incómodo escribir así, con el pálpito intermitente de la sangre empantanado bajo la uña. La sangre. La sangre y la memoria. La cebolla y la memoria; hijos de Simón. No es nada grave, ni importante. Sólo un corte limpio, que apenas tardará cuatro o cinco días en cerrarse, aunque ha sido aparatoso. Estaba cortando cebollas para hacer una tortilla de patatas y casi me llevo medio dedo por delante. Por tonta. Por despistada, por estar siempre pensando en otras cosas. Por culpa de Simón. Es que no puedo ver una cebolla sin pensar en mi abuelo, en sus manos restregadas en lejía; veo una cebolla y casi oigo su voz de trueno, una voz que ni siquiera conocí, un invento mío de terciopelo malgastado.

Es difícil encontrar una cebolla en mi casa. Mamá sí; mamá la usaba en todos los guisos, decía que es la base imprescindible de un sofrito y que ella no estaba para cuentos de simones ni milongas. Pero yo no. No es que no soporte el sabor: en un restaurante, o en casa de quien me invite, me la como sin problemas. Pero no en mi casa. Es una cuestión de principios, como no dar agua al enemigo. Cada uno tiene sus manías. Es mi pequeña venganza histórica, una manera de abofetear al padre de Simón, de preguntarle qué hiciste, idiota, dónde está tu hijo. De reprocharle su mezquindad.

Pero Pablo ha comprado cebollas. Dice que una tortilla de patatas sin cebolla no es auténtica. Y que tampoco me cuesta tanto hacer una excepción por él. Por eso esta tarde me ha tocado enfrentarme a ellas como si las viera por primera vez en la vida o, peor, como si estuviera rebanando insectos, y quizá por eso me he cortado, por las dudas del cuchillo y los dedos remilgados que apenas se atrevían a tocar la cebolla, como si su mero contacto me expusiera al contagio de la maldición de Simón, como si el olor llevara consigo una condena histórica. Y la lleva: la condena de la memoria, encadenada a ese olor y a todos los que lo acompañan: el olor acre y viciado del almacén, el olor espeso y salino y turbio del naufragio, el de las lámparas de aceite con que estudiaba Simón, graso, gris, pegajoso. Sobre todo, el olor repulsivo de sus sueños frustrados.

Cuando las lágrimas han empezado a nublar-me la vista, ni yo misma sabía si eran auténticas; si eran sólo efecto de la cebolla cortada con torpeza sobre la tabla o tenían algo que ver con el recuerdo del abuelo, con la memoria de su vida percibida de pronto así, desprovista de su leyenda, carente de todo heroísmo. Simón, manos avergonzadas, lejía y un estropajo de esparto.

El cuchillo ha traspasado parte de la yema del dedo índice, rebanando incluso un pedazo de uña, pero yo estaba tan lejos, tan embobada, que he tardado unos segundos

en darme cuenta y aun entonces he sido incapaz de reaccionar, hipnotizada como estaba por los meandros caprichosos que la sangre trazaba entre las láminas de cebolla. Me he quedado ahí plantada, en mitad de la cocina, como si ante mis ojos discurriera la historia entera de mi familia, como si esa sangre contuviera no sólo los genes que me explican, no sólo la historia microscópica de Simón y su padre y el mío, sino también la tozudez de Alberto y las corcheas de Pablo y mi colección de nubes y he visto a Simón nadar desesperado contra una corriente de sangre y a Alberto estudiar mamotretos interminables de Derecho y a Pablo renunciar a todo por un piano y me he visto a mí buscando faros en la noche de un naufragio y he pensado hijos de Simón, todos somos hijos de Simón, creo que incluso lo he dicho en voz alta antes de desmayarme. A lo mejor ahora, con el embarazo me he vuelto más débil todavía, pero hace años ya que me desmayo cada vez que veo sangre. Sin ruido ni golpes ni escándalos, no como en las películas, sino despacito y a gusto: he apoyado la espalda en la pared y he doblado poco a poco las rodillas, dejándome caer, y tal vez seguiría allí si no llega a entrar Luis y luego Pablo y Alberto, alarmados todos porque hay que ver la cantidad de sangre que llega a brotar de un corte tan ridículo y no sé si he dicho ahí tienes tu tortilla auténtica, pero recuerdo que lo he pensado. Entre todos se han encargado de las curas de urgencia, tiritas, vendas y esparadrapos, y me han traído a la cama, un poco aturdida aún por la sangre y el mareo, pero también por el tumulto de voces, que en los accidentes domésticos a nadie le falta una opinión concluyente y uno dice que pongas el dedo bajo el grifo y el otro que mejor contengas la respiración y alguien opina que sobre todo no te mires el corte y alguien pide que mantengas el dedo apretado, que piel con piel se cura, y una voz pregunta cuándo te vacunaste del tétanos por última vez y hasta me ha parecido que papá gritaba desde el comedor: «En alto. Que mantenga el brazo en alto».

No es la primera vez que me pasa. Siempre que veo sangre me desmayo. Soy así de blanda, no soporto ni un pinchazo. Me molesta esa debilidad, pero no logro superarla por mucho que me esfuerce. Cuando me tienen que sacar sangre para un análisis, pruebo toda clase de trucos: mirar para otro lado, cerrar los ojos, contar hasta cien; incluso una vez probé lo contrario, mirarla fijamente, concentrarme en la sangre y pensar que era agua, volverla transparente con la fuerza de mi mirada. Inútil. Apenas aguanto unos segundos antes de notar esa flojera que nace en los pies y se instala en la boca del estómago, luego caen los hombros, se vence el cuello, se me aflojan las mejillas como cera derretida y cuando llega el frío al cerebro ya no estoy. Apagón. No es desagradable. Al contrario, tiene algo de bendito ese abandono, esa desconexión total de la conciencia. Ya quisiera yo dormir siempre así, flotar a la deriva en esa paz con todas las amarras cortadas. El desmayo, como el sueño, está fuera del tiempo, en una dimensión propia que parece eterna aun si dura apenas unos segundos. No sé cuánto rato habré estado hoy en el suelo de la cocina; un minuto,

uno y medio como máximo. Sin embargo, cuando he oído las primeras voces, cuando he notado que varias manos fuertes me levantaban por los hombros, me parecía regresar de un viaje interminable por el torrente de la sangre, arropada por su calor y envuelta en el manto de sus palabras. Porque eso es lo que viaja por las venas. Serán genes, pero el tiempo los arrastra y los esculpe, los va limando, una generación tras otra, hasta formar con ellos palabras como guijarros de río: redondas, perfectas, acomodaticias.

A lo mejor es más sencillo. A lo mejor todo es culpa de la sangre y la cebolla, pero yo estaba muy lejos de aquí y creo que si no llegan a acudir mis hermanos, si me dejan en el suelo unas pocas horas, me habrían encontrado en un charco inmenso de palabras, todas las palabras de la historia de Simón derramadas por la punta de mi dedo índice, el dedo acusatorio, el que señala las mentiras, los castigos, las huidas.

Más o menos así: el encierro de Simón no duró dos años, ni dos meses, sino poco más de dos semanas interminables, durante las cuales el padre abrió la puerta sólo tres veces al día para entregarle un plato de comida y, cuando se hizo necesario, dejarlo salir al baño. El mismo trato que reciben los presos, empeorado incluso por las demostraciones de cariño que se empeñaba en darle el padre, trocando los bofetones por manoteos torpes que aspiraban a ser caricias, obviamente acompañados de consejos, admoniciones sobre la necesidad de reflexionar y cambiar, y rematados por la consabida advertencia de que todo aquel sufrimiento era por su propio bien, como él mismo sabría agradecerle algún día no muy lejano.

Durante ese tiempo, a Simón le fueron muy útiles las lecciones del naufragio: había aprendido que sólo la resistencia pasiva resulta útil cuando el enemigo es mucho más fuerte que uno. En el mar supo que cada brazada lo acercaría a la muerte, que debía conservar el tesoro de sus fuerzas hasta el fin de la batalla; del mismo modo ahora, ante el castigo paterno, tocaba bajar los brazos, tomar aire y concentrar todo el esfuerzo en mantenerse a flote mientras durase aquella tormenta imprevisible de caricias y sermones. Renunció a la pelea, fingió un arrepentimiento que de ningún modo podía sentir e incluso se declaró merecedor del castigo que se le imponía. Si en el mar la fortuna había puesto a su alcance una tabla de madera, ahora la obcecación de su padre le obligaba a tejer, para la supervivencia de sus sueños, una balsa de mentiras.

Ningún castigo es eterno. Se fue ablandando el padre y terminó por ofrecerle un pacto, una supuesta tregua que en realidad respondía mejor al nombre de capitulación. Le abriría la puerta a cambio de su compromiso irrenunciable, jurado con solemnidad ridícula sobre el nombre de la madre muerta, de reducir su vida a dos espacios: el almacén y la casa. De la universidad ya hablarían cuando llegara el inicio del nuevo curso. Nunca más un teatro: ni como actor, ni como espectador. Nunca más una mentira. Ni un triste paseo. «Quiero saber dónde estás en todo momento», le dijo.

O suponemos que le dijo. Y a los amigos, ni mencionarlos. Simón firmó el pacto y aceptó con él una vigilancia permanente, un escrutinio riguroso de todos sus actos y palabras, que el padre prometía ejercer personalmente y con el rigor necesario.

Ironías del destino: cuanto más se empeñaba su padre en prohibirle el ejercicio de sus dotes para el teatro, más lo estaba empujando a usarlas precisamente contra él. En el reparto teatral de la vida, Simón se adjudicó el papel de hijo modélico y estudiante ejemplar. Durante unos meses, lo representó con tal pulcritud que ni siquiera el examen constante y severo de su padre pudo achacarle fallo alguno.

Creo que a papá le gustaba, en esta parte de la historia, dejar abierto un interrogante, admitir la duda de que tal vez Simón experimentara de verdad un cierto arrepentimiento, o siquiera una resignación, como si en algún momento hubiera estado dispuesto a aceptar aquel destino impuesto de leyes y a renunciar a su vocación artística. Yo no estoy de acuerdo. Durante muchos años casi me parecía ilícito discrepar, como si papá, por ser su hijo, tuviera más derecho que yo a establecer la verdad del caso. Hace tiempo que me deshice de ese pudor. Qué diablos, los dos tenemos sólo palabras prestadas para contar esta historia, así que las mías valen tanto, o tan poco, como las suyas. Estoy segura de que, con su aparente sumisión, el abuelo sólo pretendía ganar tiempo. Poco a poco, la mano que lo asfixiaba empezó a abrirse: se volvieron más flexibles los horarios, menos rígida la vigilancia y más confiado, aunque permanente todavía, el examen de su comportamiento. Entonces Simón pidió tiempo para estudiar. Por culpa de sus dos meses de ausencia forzada de las aulas había suspendido Derecho Romano y tenía que examinarse de nuevo en septiembre. Insistió en que la vida le brindaba la oportunidad de corregir sus errores, argumento que parecía inventado por su propio padre. Éste tuvo sus dudas. Por un lado, veía con orgullo la transformación de su hijo y estaba dispuesto a conceder que lo hacía merecedor de una cierta confianza. Por otro, entendía que eran precisamente sus castigos y amenazas los causantes de aquel progreso y temía que, al recuperar la libertad, Simón lo echara a perder. Ni una cosa, ni otra, decidió al fin. El muchacho dispondría de cuatro horas diarias para estudiar, pero debería certificar su aprendizaje sometiéndose cada noche a un examen de repaso que él mismo supervisaría. Pobre padre desgraciado. Aquellas sesiones debieron de ser para él un auténtico suplicio, pues su conocimiento de las letras apenas le permitía manejar sin demasiada soltura cartas simples, anuncios y carteles.

Cada noche, después de cenar, Simón le ponía delante algún mamotreto de textos jurídicos, jeroglíficos impenetrables, y recitaba como una cacatúa los pasajes que hubiera memorizado aquella misma tarde. Él, insistiendo cada dos por tres en que recitara más despacio, seguía con los ojos la línea que su dedo índice trazaba sobre los renglones y se esforzaba por comprobar si coincidía con el borbotón de palabras que proclamaba su hijo. Ni siquiera trataba de entender lo que oía: bastante tenía con

perseguir en paralelo aquellas dos informaciones y asegurarse de que su contenido fuera el mismo, palabra por palabra. A veces, Simón titubeaba y él le daba con regocijo el pie para continuar, agradeciendo íntimamente la oportunidad de demostrar que no se había perdido en el bosque oscuro de letras. Otras, el hijo cambiaba una palabra, o alteraba el orden de una frase; entonces, saltaba el padre a corregirlo y, mientras le recordaba con tono severo las virtudes del rigor, aprovechaba para conceder a su mente ofuscada un breve descanso. A veces, la densidad de aquellos textos, lo tardío de la hora y lo reciente de la digestión se aliaban para provocarle una modorra invencible, pero él, quebrando el cuello en inevitables cabezadas, luchaba por mantener los ojos abiertos y la espalda rígida e, incluso si había perdido el hilo de la lección, seguía desplazando un dedo sobre el texto para que no se percatara su hijo. Éste, que sin duda se daba cuenta de la batalla que el padre sostenía cada noche por conservar la vigilia, se vengaba recitando en un tono monocorde, carente por completo de pausas y contrastes y, desde el principio de la lección, procuraba que su voz acarrease una invitación al sueño. Caía al fin rendido el padre, hipnotizado, mecido en aquella canción de cuna hecha de leyes y enmiendas, y aprovechaba el hijo para ultrajarlo: sin levantar la voz ni alterar en lo más mínimo su timbre monótono para no despertarlo, sustituía el recitado de los textos jurídicos por una retahíla de insultos y burlas y blasfemias y le decía cosas que, de haber estado el padre en condiciones de oírlas, hubiera castigado con una buena paliza.

Ah, las palabras prestadas, las palabras vacías, las malditas, ubicuas palabras. De Simón a su padre, de Amparo al mío, derramadas, tirando cada una de la siguiente en su caída libre hasta llegar a mí para quedarse sólo un tiempo hasta que las transmita a quien tal vez ya está en mi sangre; ajenas, pero asimiladas por la repetición. Me duele el dedo. Cierro los ojos, intento dormir, pero mi memoria excitada sigue en aquel otro mundo, desde donde me envía las palabras exactas de papá, envueltas todavía en su voz redonda y en la avidez con que yo las escuchaba una y otra vez. Las palabras exactas: «Los vestigios del mínimo respeto...».

Los vestigios del mínimo respeto que Simón hubiera tenido por su padre se desleían como azucarillos bajo la presión de su autoridad excesiva y arbitraria. Perdido el temor, exhausta la ira de los días inmediatos al castigo, le quedaba sólo un leve desprecio, al que tampoco destinaba demasiado tiempo ni energías. Probablemente, durante los escasos meses de vida que pudo disfrutar después de su fuga, Simón no mantuvo el recuerdo del padre injusto y terrible que lo encerraba sin compasión, sino la triste imagen de aquel hombre capaz de defender con un esfuerzo ingente y ridículo los pocos principios trasnochados que albergaba su mente rudimentaria.

Fácil de odiar. El padre de Simón, el abuelo de mi padre, mi bisabuelo, es un hombre fácil de odiar. Demasiado fácil. Sin embargo, no creo que en esa época

Simón lo odiara. De verdad. Ni siquiera que le guardara rencor. El rencor es un ancla que nos fija en el pasado y Simón andaba huyendo precisamente de esas dos cosas: de las anclas y del pasado. Había trazado un plan de huida y sólo le inquietaba un futuro que imaginaba feliz y, sobre todo, a medida que pasaban los días, inminente. Estaba fijada la fecha de su libertad: 12 de agosto de 1922. Siete meses y un día desde su naufragio. Casi cinco meses desde el regreso. Días pesados, densos, insoportables, como si no hubiera abandonado en ningún momento el mar de Malespina, como si aún se mantuviera a flote sobre un frágil tablón. Simón sabía que para alcanzar al fin la tierra firme de su liberación era imprescindible cumplir sin rechistar con la agenda que su padre le tenía preparada. Se levantaba a las cinco de la madrugada, desayunaba con él un mal remedo de café que más sabía a achicoria, lo acompañaba andando hasta el almacén y sin perder tiempo se entregaba a la agotadora tarea de descargar y apilar el género del día. Aunque tenía todavía el cuerpo dolorido y amoratado por la paliza que había recibido semanas atrás, Simón trasladaba con diligencia los sacos de patatas y cebollas, las malditas cebollas, ordenaba las frutas en montones de hileras perfectas y, cuando su padre le reprochaba la disposición inexacta de una manzana, en vez de protestar, desarmaba obediente la pila entera y volvía a colocarla tantas veces como fuera necesario hasta obtener su aprobación. Luego, rotulaba con caligrafía perfecta el precio de cada producto en los viejos recortes de papel que su padre atesoraba para tal uso y, durante el resto de la mañana, fingía con esmero prestar atención a las interminables lecciones sobre cómo vender más y mejor. Nunca le dijo a su padre que aquel negocio no tenía ningún futuro, que ni con las mejores artes comerciales podría jamás competir con los puestos del mercado. Nunca le preguntó por qué, si conocía los fundamentos del comercio tan bien que incluso podía permitirse el lujo de sentar cátedra al respecto, había sido incapaz de progresar en la vida y abandonar aquella tienducha minúscula, apestosa y condenada al fracaso. Y no por falta de ganas, sino por la conciencia de que aquél ya no era su problema. Ya sólo le importaba asegurar el cumplimiento de su plan de huida, para lo cual era imprescindible mantener a toda costa la confianza de su padre. Por eso comía con él en la trastienda los tristes bocadillos mohosos de embutidos innombrables y, tras barrer el local de cabo a rabo, en vez de desaparecer a la hora pactada, fingía estar demasiado ocupado para mirar siquiera el reloj y esperaba a que él lo despidiera con el consabido recordatorio de que sólo el tesón y la constancia garantizarían el éxito de su aprendizaje.

La artífice principal del plan de huida fue Amparo. Se enteró de que Simón había regresado y supo de su castigo. Era lista, la abuela. Reprimió durante algunos días la tentación de verlo, de presentarse en el almacén, por miedo a que el padre la reconociera, aunque sólo la había visto una vez. Pasado un tiempo, le envió un mensajero, uno de los tramoyistas de la Compañía del Corral, a quien Simón conocía

de vista. Se acercó un día, a media mañana, y como si se tratara de un cliente más pidió unas manzanas. Le pagó con un billete en cuyos pliegues se escondía un papel blanco y le dijo: «Hágame una nota con el precio, por favor, que no son para mí». Simón vigiló de soslayo a su padre para asegurarse de que no lo estuviera mirando, desplegó el papel blanco y vio que sólo contenía un interrogante y la firma de Amparo. Tomó el lápiz grueso que solía usar para anotar los precios de la mercancía, dio la vuelta al papel y escribió: «Sácame de aquí». Sin firma. Dos días después, el mismo amigo de Amparo se presentó de nuevo en el almacén, y pidió medio kilo de judía verde. De nuevo intercambiaron notas con el mismo sistema. Esta vez, Amparo había escrito: «¿Cómo?». Simón garabateó: «Teatro».

Amparo no pudo aguantar más. Con la ayuda de algunos colegas de la compañía, se preparó un disfraz que la volviera irreconocible. Un disfraz completo: con maquillaje, peluca, e incluso unos trapos arrebujados entre la ropa para simular una carne y unos pechos que la naturaleza le había negado, porque la abuela era más bien seca y huesuda. Con ese disfraz iba a verlo todos los martes por la mañana. Era tan perfecto, que la primera vez ni siquiera la reconoció Simón hasta que oyó su voz:

—Joven, póngame un kilo de esas peras de San Juan, que no las pruebo desde el año pasado.

Simón se quedó pasmado, inmóvil, como si la voz de Amparo, al abrir una ventana en su triste encierro, hubiera provocado una corriente de aire helado.

—Sí, ya tardaban un poco este año. Éstas son las primeras —contestó al fin, mientras removía con manos temblorosas el montón de las peras, fingiendo escoger las mejores—. Mire ésta. —Señaló una algo mayor que las demás. Grande como una casa. —Aprovechando que el padre quedaba a sus espaldas, Simón guiñó un ojo—. ¿Cuántas le pongo?

—Poca cosa, tres o cuatro —contestó ella—. Son para esta misma tarde.

—Entonces, mejor le pongo cinco. Ya verá qué buenas están. Seguro que no le duran nada. Cuando llegue a la puerta de la casa ya se las habrá comido.

Milagro. Mensaje transmitido: aquella misma tarde, a las cinco en punto, en el portal de la casa de Simón. Eran el único momento y el único lugar posibles, pues Simón, con la excusa de encerrarse a estudiar, abandonaba el almacén a las cuatro y media. Su padre terminaba de recoger, echaba la cancela y lo seguía media hora después. De modo que el encuentro fue forzosamente breve. No hubo mucho tiempo para poner al día los besos postergados, para vengar la sequía del pasado. Era mucho más urgente resolver un futuro cuya tardanza apesadumbraba ya en exceso a Simón. Imploró a Amparo su ayuda, le pidió que intercediera por él, que recurriese a todos los medios a su alcance para convencer al director de la compañía de que le reservara algún papel en la gira veraniega que estaba preparando. Un papel. Cualquiera. Y si no, en última instancia, estaba dispuesto a hacer de apuntador, de tramoyista, de lo

que fuera. Ella se comprometió a intentarlo y le rogó que no desfalleciera, que confiara en ella y que, mientras tanto, se cuidara mucho de cometer ninguna insensatez que pudiera despertar la ira de su padre.

El martes siguiente se repitió la visita y cuando Amparo fingió interesarse por la calidad de unas chirimoyas, Simón contestó que eran tan buenas como las peras de la semana anterior. Exactamente igual de buenas. O sea, a las cinco en casa otra vez. Encontraron el modo de renovar la cita semana tras semana. Simón, cada vez más ansioso, redoblaba sus peticiones. Ella procuraba calmarlo. Un día le explicaba que primero debía ganarse la confianza del director, a la semana siguiente le daba la noticia de que ya había logrado mencionarlo en una conversación y, en fin, aunque a Simón le parecía que los días se le iban sin progreso, ella insistía en que paso a paso estaban cada vez más cerca de la meta.

Bueno, tal vez la historia no fuera exactamente así. Yo no sé si papá ha visto alguna vez en su vida una pera de San Juan de la que pueda decirse que es grande como una casa. Son del tamaño de una ciruela, verdes, duras. Y, que yo sepa, en verano no hay chirimoyas. A él le daba lo mismo. De hecho, yo creo que, de toda la historia del abuelo, ésta era la parte que más le gustaba contar, pues le permitía adoptar distintas personalidades, subrayar el pecho para ilustrar el disfraz de Amparo, atiplar la voz para representar su parte en los diálogos y sembrar el relato de guiños para resaltar los sobrentendidos de las conversaciones en la frutería. Disfrutaba como un crío, vamos. La verosimilitud sucumbía al histrionismo. Quizá tuviera razón; qué más da si eran peras o melones. El caso es que tras varias visitas sucesivas Amparo consiguió al fin alimentar el fuego de las apagadas esperanzas de Simón. Así era, si no lo recuerdo mal: alimentar el fuego de sus apagadas esperanzas.

Aquella tarde, nada más llegar al portal, sin prestar casi atención a los abrazos de su novio, la abuela sacó del bolso un ejemplar de *El burlador de Sevilla*.

—Me parece que lo vamos a conseguir —le dijo mientras se lo entregaba—. Toma, vete aprendiendo esto, por si acaso.

—¿Esto? —preguntó Simón, con el libro en la mano—. ¿Esto?

—Es la próxima obra de la compañía. Empezamos en agosto. Aún no sé el día. Puede que haya un papel para ti.

—¿Un papel? —Simón la cubrió de besos, pero esta vez no lo impulsaba la urgencia de los atrasos, sino el agradecimiento—. ¿Un papel para mí?

—Aún no lo sé. Me ha dicho el director que ya hablaremos. Que a lo mejor te hace una prueba.

Ya se alargaba demasiado la visita. Se despidieron. Tenía ella ya la puerta abierta y un pie en la calle cuando Simón cayó en la cuenta de un olvido importante.

—¡Espera! —la retuvo—. ¿Qué papel?

—¿Cómo?



—¿Qué personaje me aprendo?

—No sé, Simón. Aún es demasiado pronto.

—Entonces, ¿qué hago?

—Apréndetelo todo —dijo Amparo, ya con la puerta cerrándose a sus espaldas.

Desde luego, si hay algo indudable en esta historia es que la memoria de Simón era verdaderamente prodigiosa, pues a partir de entonces cada noche, después de pasar el ridículo examen doméstico de Derecho Romano, Simón se acostaba y, sólo cuando ya el padre dormía como un tronco, volvía a levantarse para aprender, a la luz de una lámpara de aceite, el texto de su secreto mejor guardado: *El burlador de Sevilla*. En quince días de vigilia furtiva logró sabérselo de punta a cabo, personaje por personaje, palabra a palabra, incluidas las esporádicas acotaciones con que Tirso de Molina ordenaba las entradas y salidas de los personajes. Tan puesto estaba en la obra, tan empapado de sus frases, que en sus escasas horas de sueño musitaba entre dientes largos fragmentos de corrido e incluso de día tenía que morderse a veces la lengua para no hablar en rипios encadenados, delatando así el verdadero origen de sus ojeras y de sus mal contenidos bostezos de sueño atrasado, que el padre atribuía ingenuamente a los remordimientos de la conciencia.

En una de sus siguientes visitas, Amparo le dijo que el director le reservaba, siempre en el caso de que superase la prueba, el papel de un pescador.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Simón, que ya se sabía el reparto de memoria—. ¿Anfriso? ¿Coridón?

—No lo sé —contestó Amparo—. Cualquiera. Ha dicho un pescador. No me ha dicho ningún nombre.

—Bueno, da igual. —Ya no había modo de reventar el globo de sus esperanzas—. Ya casi me los sé los dos.

Nada más subir a casa, Simón abrió su ejemplar de *El burlador* y localizó a toda prisa, en las últimas páginas de la Jornada Primera, la entrada en escena de Anfriso y Coridón. Leyó sus respectivos textos y concluyó que ambos eran igual de importantes. Contó la cantidad de veces que aparecían y resultó ser similar. Cualquiera de los dos colmaba sus esperanzas con creces, pues no había imaginado que una compañía profesional confiara a un debutante papeles tan importantes como aquéllos.

A la semana siguiente, Amparo se presentó con la serenidad de quien sabe cumplidas sus promesas, pero aún con el temor de que un último coletazo del destino pudiera quebrarlas. Estaba fijada la fecha para la prueba definitiva de Simón. Tenía que encontrarse con el director el lunes siguiente, a la hora del café, en el restaurante Can Soteras, del Paseo de San Juan.

Esa vez sí que Simón la cubrió de besos. Estaba tan convencido de sus facultades que ni siquiera dudó del resultado de la prueba. Eufórico estaba, hasta el extremo de

olvidar que si prolongaba por unos minutos más sus muestras de afecto y gratitud podía llegar su padre y poner fin a la aventura de su libertad antes de tiempo. Por suerte, Amparo no perdía la cabeza. Se desembarazó de sus abrazos y, ya desde la puerta, se despidió con una advertencia que casi sonaba a amenaza.

—No me falles, Simón. No sabes cuánto me ha costado conseguir esto. Le he contado al director cosas muy buenas de ti. Ahora las tienes que demostrar.

El domingo, Simón fingió un malestar que fue creciendo a lo largo del día hasta convertirse en enfermedad de obligada convalecencia. Fue como el prólogo de la prueba que iba a pasar al día siguiente, sólo que en ésta el examinador era mucho más severo: su padre. Por eso no reparó en ayudarse de toda clase de tembleques y moqueos que, sumados al dictamen de un termómetro oportunamente frotado en la pernera del pantalón de franela, terminaron por convencerlo. No sólo le permitió guardar cama todo el día, sino que incluso le puso algún emplasto y le administró jarabes. El lunes por la mañana Simón se atrevió a mostrar una cierta voluntad de levantarse a pesar de su supuesta fiebre, concediendo así a su padre una ocasión para mostrarse magnánimo y, entre llamadas a la sensatez, exigirle que guardara cama un día más.

La hora del café era una hora incierta. Mejor pronto que tarde, pensó Simón. Salió de casa a las dos y tardó apenas quince minutos en llegar al restaurante. Le costó poco reconocer al director, pues se habían visto en alguno de los pocos estrenos de la compañía a los que Simón había podido asistir. Se acercó a la mesa, pero maldijo su exceso de puntualidad al descubrir que el director estaba acompañado. Se dio la vuelta, dispuesto a hacer un discreto mutis por el foro. Sin embargo, la voz de aquél lo detuvo en tono imperativo:

—¡Simón! ¡Simón! Ven aquí, Simón, no seas tímido.

—No es timidez, señor. Era por no molestar.

—Siéntate. Éste es el productor de la compañía. Precisamente le estaba hablando de ti.

El abuelo tomó asiento, pero rechazó la invitación a acompañarlos con café y copa, aduciendo que andaba ocupado en tareas urgentes.

—Tengo una propuesta que te va a interesar.

—Aceptada está —se apresuró a contestar Simón—. Lo mismo me da Anfriso que Coridón. Y vaya por delante mi agradecimiento.

—Espera, déjame que te cuente. Como sin duda sabrás, no somos una compañía sobrada de recursos. La temporada es dura; los desplazamientos, largos y, por lo general, incómodos.

—Nada de eso ha de ser molestia para mí —interrumpió Simón—. Estoy dispuesto a...

—Déjame terminar —atajó el director, quien encontraba gracioso, e incluso

admirable, su empeño por debutar, pero no por ello le concedía el derecho a interrumpirle—. Actuamos con frecuencia al aire libre, expuestos a las inclemencias del tiempo. Las malditas tormentas de verano suelen traducirse en abundancia de catarros y afonías y toda clase de indisposiciones.

—No me da miedo, maestro. Soy joven. Estoy fuerte y sano.

Las ansias de Simón por obtener un papel lo cegaban hasta tal extremo que le impedían incluso escuchar en silencio precisamente el ofrecimiento que tanto anhelaba. El director lo miró con una sonrisa condescendiente en los labios; el productor también, aunque en su mirada pudiera apreciarse una relativa exasperación.

—Lo que intento explicarte es que con demasiada frecuencia nuestros actores principales caen enfermos. No podemos permitirnos el lujo de tener un sustituto para cada uno de ellos y, en según qué pueblos de este país, suspender una representación, así sea por causa justificada, no sólo es poco rentable sino que nos expone a las iras de gente que no se caracteriza precisamente por su exceso de civilización. Así las cosas, necesitamos alguien capaz de memorizar todos los papeles masculinos a la perfección para suplir, si se presenta la ocasión, a cualquiera de los actores. Amparo dice que tienes muy buena memoria.

—Ah, de apuntador...

—No exactamente. Serás el suplente, que no es lo mismo. Y para que le vayas perdiendo el miedo al escenario me he inventado un personaje para ti. Serás un pescador. Saldrás con Anfriso y Coridón cuando rodean a Tisbea en la playa. Según tu novia, ya conoces la obra, ¿no? Es la escena en que aparece Don Juan, salvado de un naufragio.

—No quiero pecar de inmodestia, señor, pero si me permite le diré que tal vez pueda resultar para esa escena más valioso de lo que usted cree —apuntó Simón, cegado a la evidencia por efecto de su euforia—. No es que sea un experto en materia de naufragios, pero algún conocimiento tengo al respecto, pues no hace demasiado tiempo yo mismo...

—Qué interesante —le interrumpió el director—. No te olvides de contármelo otro día. Ahora, lo más importante es tu conocimiento del texto. Amparo dice que tienes una memoria fabulosa, que eres capaz de aprenderte la Biblia si hace falta. Si eso es cierto, ya te puedes dar por contratado. Piensa que iremos a muchos pueblos en los que ni siquiera hay teatro. Actuamos en plazas mayores, en centros sociales, en tablados improvisados junto a una tapia. En definitiva, allá donde nos paguen. No suele haber sitio para el apuntador y la experiencia me ha enseñado a no confiar demasiado en la memoria de mis actores. Tendrás que estar siempre cerca por si alguien necesita que le soples una frase. Ya te buscaremos papeles silenciosos para que estés en el escenario con cualquier excusa, en segundo plano. Sólo falta que me demuestres si eres capaz.

Simón no desperdició la oportunidad. Como si llevara años esperando aquel momento, se apresuró a declamar allí mismo algunos fragmentos de *El burlador* con la misma eficacia con que le recitaba a su padre los textos legales, sólo que en vez de humedecer la voz en el pozo del sueño la matizó con la mayor variedad de tonos e incluso, cuando la comprensión del texto exigía la introducción de un personaje femenino, fue capaz de comprimir su garganta en busca del falsete apropiado. Así, durante casi quince minutos, pasó de la gravedad de Don Gonzalo al tembloroso agudo de Doña Isabel, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida que convivir con aquellos personajes, hasta que el productor, que asistía impertérrito a su despliegue, sin tomarse siquiera la molestia de apartar el cigarro que sellaba sus labios, musitó:

—Ya vale.

Entonces, el director formalizó la propuesta:

—Suficiente, Simón. Estás contratado. Serás el suplente. Salimos el día doce de agosto. La cita es a las siete de la mañana, delante del Teatro Goya. Es fundamental que para entonces conozcas todo el texto como la palma de tu mano.

—Pierda cuidado, maestro. Y no dude que sabré recompensar la fe que deposita en mí. Ahora, si no tienen inconveniente, debo retirarme.

Mientras Simón se levantaba, el productor se acercó al director y le dijo unas palabras al oído. Éste, como si acabara de recordar algo importante, retuvo al abuelo:

—Un momento, Simón.

—Tantos como haga falta, señor —contestó, sentándose de nuevo.

—Lo del coche también es importante.

—¿Coche?

—Supongo que Amparo te habrá contado, ¿no?

El final de la conversación demuestra que Simón, como temía su padre, era un mentiroso de tomo y lomo. Pero también prueba algo más importante: su complicidad con Amparo y su fe ciega en ella. El abuelo no tenía ni la menor idea de cuál podía ser el coche al que se refería aquel hombre, ni de qué tenía que ver con él, ni mucho menos del papel que Amparo hubiese podido representar en aquel asunto tan oscuro. Sin embargo, un sexto sentido le aconsejó seguir el juego, confiar en ella y no estropear las cosas con un arrebato de sinceridad perpleja.

—Ah, ¿lo del coche? —contestó al fin—. Por supuesto. Lo puede dar por hecho.

Claro que al salir del restaurante, de camino a casa, repasó durante un rato aquella inexplicable referencia al coche. No se puede decir que le restara importancia. Al contrario, era consciente de que, mientras no se aclarase aquel misterio, un velo inquietante empañaba su felicidad. ¿Un coche? ¿En qué lío lo habría metido Amparo? Sin embargo, al pensar en ella la gratitud se impuso al incordio de las dudas y no olvidó que él mismo le había implorado que provocara aquella cita por todos los medios a su alcance. Recordaba habérselo dicho con esas mismas palabras: todos los

medios a su alcance. Si Amparo había tenido que inventarse algo, bendita fuera su imaginación; ya habría tiempo de preocuparse de eso ahora que lo habían conseguido. ¡Porque lo habían conseguido! Iba flotando por la calle, como si volara, suspendido en el aire por el globo inflado de su alegría, empujado por el torrente de sueños que, una vez abierta la puerta de la esperanza, se atropellaban por salir en estampida. Llegó a su casa en un santiamén.

No se puede decir que en los veintitrés días que pasaron hasta el de su liberación definitiva Simón no mantuvo la mente ocupada. El día siguiente a su encuentro con el director, como cada martes, a las cinco, Amparo acudió a la cita alegre como nunca porque sabía ya, por boca del director, que Simón había pasado la prueba. También compungida porque había llegado el momento de poner las cartas boca arriba sobre la mesa y explicarle a su novio el entuerto del coche, que llevaba semanas escondiéndole. Se lo contó nada más verlo, sin perder tiempo esta vez en besos y saludos. Le dijo que el director había contestado más de una vez a su insistencia con negativas, alegando que no había espacio para todos en el furgón que usaban para desplazarse de pueblo en pueblo. Le dijo que había mentido en su nombre sin pensar en las consecuencias y se excusó por ello. También pidió perdón por no habérselo contado antes. «No te quería desanimar», le dijo. Al parecer, a la tercera negativa del director, temerosa de que Simón terminara haciendo alguna locura si ella no cumplía con su cometido, Amparo había decidido vencer sus resistencias con la primera mentira que se le viniera a la mente. «Simón tiene coche propio», le dijo al director, casi mordiéndose la lengua pero sabiendo al mismo tiempo que el mal ya estaba hecho y era al mismo tiempo un bien; que la mentira ya no tenía remedio, o que tal vez lo tuviera más adelante, cuando encontraran el modo de arreglarlo. En vez de reñirla, Simón le dijo: «Lo encontraremos, claro que lo encontraremos. No te preocupes por nada. Tú sólo has hecho lo que tenías que hacer. Ahora déjalo en mis manos. Ya encontraré la manera».

Pero no la encontraba. Iban pasando los días y no la encontraba. Seguía posponiendo el problema, convencido de que su imaginación le brindaría una salida, pero lamentaba no tener tiempo siquiera para pensar. Necesitaba concentrar todos sus esfuerzos en mantener a su padre en la ignorancia de lo que se estaba tramando. Eso implicaba acudir cada mañana al almacén como si nada hubiera cambiado en su vida, perder las tardes desesperado con sus mamotretos de Derecho Romano, cuyo aprendizaje tenía ahora menos sentido que nunca, y aguardar a que en la casa durmiesen hasta los espíritus para perseverar en el dominio de *El burlador de Sevilla*. Ese era su momento feliz del día. No tenía otro. Ni siquiera le quedaban ya las citas a escondidas con Amparo, pues habían acordado anularlas para no poner en riesgo la huida ahora que era inminente. Pero el esfuerzo daba buena recompensa. Aunque se conocía la obra de memoria, seguía abriéndola cada noche para poder dar rienda

suelta a su imaginación. Hasta le parecía que el texto le lanzaba guiños cómplices en cada página. Donde Tirso de Molina acotaba «vase Don Juan», él añadía «y lárgome yo también» y se llevaba una mano a la boca para reprimir la carcajada. Abriera el libro por donde lo abriese, en cualquier página encontraba un verso que lo remitía a su propia circunstancia: «Ausentarme es mi remedio —leía en boca de Octavio—. Embarcarme quiero a España y darle a mis males fin». Simón asentía al leerlo. Los músicos cantaban por las calles de Sevilla: «El que un bien gozar espera, cuanto espera desespera». Simón sonreía y le ponía al coro una música risueña y exultante. Y, en fin, cada vez que Don Juan retaba al destino con su famoso: «Cuán largo me lo fiáis», volvía a asentir el abuelo, contaba los días que le quedaban y llegaba a la conclusión de que, siendo pocos, le parecían demasiados.

A veces le resultaba imposible ocultar, durante el día, la sonrisa que se le asomaba al rostro. Entonces, su padre reaccionaba como si hubiera visto aparecer en la frente de su hijo el rubor de un ataque febril.

—¿Qué te pasa, Simón? ¿Estás contento? —le preguntaba.

—No, padre —se excusaba al punto el hijo, esforzándose por recuperar la seriedad, casi ofendido, como si lo estuvieran acusando de un crimen—. Pensaba en el futuro.

—¿Y tan buenas cosas trae que te hace sonreír?

—Cuando me licencie —mentía Simón—, cuando sea abogado, lo sacaré de este negocio y no tendrá que trabajar más.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera irme de aquí? —zanjaba el padre—. ¿Acaso oíste alguna vez una queja de mis labios? Éste es mi lugar en el mundo, Simón. No tengo ni quiero nada que hacer fuera de él. Y por lo que a ti respecta, no vendas la piel del oso antes de cazarlo y acuérdate del cuento de la lechera.

Muchas noches pasó en vela, dándole vueltas al asunto del coche. Al final le podía el cansancio y se dormía pensando que ya lo arreglaría al día siguiente, y si no al otro, tal vez mañana, mañana... Y así llegó hasta el 10 de agosto, penúltima noche de su presidio. Viendo que pasaban las dos de la madrugada y nunca llegaban las tres, decidió someterse a la última prueba. Cerró el libro y lo escondió, se acostó en la cama, mantuvo los ojos cerrados y empezó a recitar en un murmullo desde la primera palabra, acotaciones incluidas. *Sala en el palacio del rey de Nápoles. De noche. Salen Don Juan Tenorio e Isabela, Duquesa.* Yo misma me lo sé de memoria y me consta que papá, hasta que el parkinson se empeñó en arrebatarle la conciencia, también se lo sabía. Pero sólo a trozos. No como Simón. Aquella noche, él estaba convencido de que podría llegar al final sin recurrir ni una sola vez a la guía del texto. Era como un último ensayo general en el que, a la dificultad de representar él solo todos los personajes, se añadía el obstáculo de ofrecer la máxima expresividad sin poder alzar la voz para no despertar a su padre. El susurro de dientes prietos resultaba muy

apropiado al cuchicheo con que empieza la obra: «Duque Octavio, por aquí podrás salir más seguro» , decía Isabela en un palacio de Nápoles. «Duquesa, de nuevo os juro de cumplir el dulce sí», contestaba Don Juan. No recuerdo exactamente cómo siguen esas primeras estrofas. Se supone que Don Juan acaba de robarle la dignidad a Isabela haciéndose pasar por Octavio. Robarle la dignidad. Entonces se decía así, ¿no? Vamos, que han echado un polvo. Ella enciende una vela, se da cuenta del equívoco y despierta al rey con sus gritos indignados. Don Juan huye. Simón lo consideraría una irreverencia, y tal vez mi padre también, pero el caso es que Don Juan ya no hace otra cosa en toda la obra: follar y huir. Pero no estamos hablando de eso. Estamos hablando de Simón tumbado en la cama, recitando en voz baja. Seguro que, de nuevo, la obra se le hacía pura representación de su vida: la nocturnidad, el sigilo, el personaje enmascarado... A medida que avanzaba el recitado, le resultaba imposible contener la voz. Así, los gritos de sorpresa en palacio al sorprender a Don Juan en cama impropia salían ahogados de su garganta, pero mucho más sonoros de lo que él creía, y el fragor del duelo posterior era irreprimible. El padre se despertó, oyó las voces lejanas y, creyendo que provenían de lo más profundo de sus sueños, se dio la vuelta en la cama para seguir durmiendo. Pero el murmullo incomprensible no cejaba. Al fin, se levantó y caminó de puntillas hasta la habitación de su hijo, tras cuya puerta se apostó sin conseguir explicarse las voces que oía, ni darles crédito siquiera. Dentro, por boca de su hijo, Don Juan exclamaba en brazos de Tisbea:

Ya perdí todo el recelo  
Que me pudiera anegar,  
Pues del infierno del mar  
Salgo a vuestro claro cielo.

Sigiloso, abrió la puerta el padre y se coló de puntillas en la habitación. Simón, sin percatarse de su presencia, con los ojos cerrados y concentrado por completo en su gran prueba, continuaba el recitado:

Un espantoso huracán  
Dio con mi nave al través  
Para arrojarme a estos pies  
Que abrigo y puerto me dan.

Incapaz de encontrarle sentido a aquellas palabras, y viendo que Simón las pronunciaba con los ojos cerrados, el padre creyó que hablaba su hijo en sueños. Entonces, su creciente enfado se volvió preocupación. Se agachó junto a la cama, alargó una mano y lo sacudió por el hombro, dándole un susto mortal. Simón soltó un

grito aterrado, como si hubiera visto aparecer un fantasma.

—Despierta, hijo —le urgió el padre—. Estabas hablando en sueños.

Sin darse cuenta, acababa de ofrecer a su hijo una excusa perfecta para salvar su mentira. Simón, con los ojos recién abiertos y empezando apenas a entender la situación, se agarró a aquella excusa:

—¿Y qué decía?

—No sé. Tonterías. Algo del mar.

—Ahora entiendo. Tenía una pesadilla horrible, padre. Soñaba que estaba naufragando otra vez. Ni siquiera sé cómo encendí la vela.

—No importa, hijo. —La preocupación parecía ablandar los rigores del padre—. Ya pasó. Duérmete, que faltan pocas horas para abrir el almacén.

Musitando un agradecimiento, Simón cerró los ojos, se dio la vuelta en la cama y, para conciliar de una vez por todas el sueño, se entregó a la feliz idea de que ya sólo un día lo separaba de su libertad. Pero estaba escrito que esa noche no iba a dormir. Un coche, necesitaba un coche. Si no, se iba todo al traste. Por un coche. Maldijo a su novia. A quién se le ocurre, pensó. Pero luego recordó que no estaba en aquel trance por culpa de Amparo, sino gracias a ella, y pidió mil veces perdón y besó la almohada murmurando su nombre y diciendo gracias, gracias, amor. Mañana. Pero mañana ya no era un tiempo indefinido para arreglar los problemas, sino un día solo.

Sé que consiguió el coche. Mejor dicho, sabemos que nos contaban que consiguió el coche. El problema es que no hay manera de saber cómo. No debería sorprenderme, porque lo mismo se aplica a toda su historia. La muerte convirtió a Simón en un fantasma. No hay fotos. No hay un solo documento. Los busqué, vaya si los busqué. Durante años pensé que en algún teatro de cualquier ciudad de España aparecería un folleto de reparto en el que saliera al menos una breve mención con su nombre. *Un pescador, Simón Azuera*. Incluso, por qué no, una foto. No digo un retrato suyo, que nunca tuvo la categoría suficiente dentro de la compañía para merecerlo, pero quizá sí una foto de grupo. Un retrato colectivo en el que asomara su rostro entre los demás. Imposible. La Compañía del Corral nunca actuó en ningún teatro que mereciera tal nombre. Iban por los pueblos y trabajaban en las plazas, sin prensa ni cámara alguna que registrara su presencia. Así que de nuevo tenemos como única fuente fiable a la abuela Amparo. Otra vez las palabras prestadas.



## CON LUIS

Llegar hasta el final. Necesito llegar hasta el final. Se lo digo todo de golpe. Casi todo: se llama Ismael, lo conocí en el trabajo. Cuántos hijos tiene, me pregunta. Qué quieres decir. Hombre, si no has dicho nada a nadie será que está casado. No, no está casado. Entonces cuál es el problema. El problema es. Me corto. Me callo. Bajo la cabeza. Luis no presiona. Sabe que estoy a punto de decirlo: el problema es que tiene veintitrés años.

Se queda un rato callado, mirando al techo. Está sacando cuentas. Le echo una mano: quince, Luis, le digo. Soy quince años mayor que él. Y qué, dice. Me mira. Y qué. Pero pienso que habla por hablar. Por quedar bien. Eso no es ningún problema, dice. No seas ridículo, Luis. Soy una mujer. Soy una mujer madura. Ismael es un crío. Bueno, si estás enamorada de él... ¿Enamorada? No sabes lo que dices. Estoy a punto. Quiero decírselo: enamorada no, lo que estoy es embarazada. Pero no se lo digo.

Me pregunta por qué. Dice que si es por el sexo. Sí, le digo. Bueno, por el sexo también. Qué quieres decir. Quiero decir que supongo que hay más cosas. No te entiendo, Serena. Habla claro. Le vuelvo a contar que los hombres de mi edad están tarados. Quemados después de no sé cuántas separaciones, hartos de fracasar. O al contrario, totalmente verdes por mucho que pasen los años. Ismael es virgen, le digo. ¿Virgen? Se escandaliza. No me entiendes. Quiero decir que le enseño cosas. Que tiene curiosidad. Que puedo hablar con él. Que para follar con él no necesito hacerle antes una terapia completa. Quiere que hablemos de eso. Me da un poco de vergüenza. ¿También le enseñas?, pregunta. No. Yo creía que sí, pero no. Me vuelve loca. Se lo digo: Ismael me vuelve loca. Pues disfruta mientras puedas, dice. Porque me temo que eso no tiene mucho futuro. ¿Futuro? El futuro lo tengo yo, le digo. Estoy jugando. Estoy metiendo el pie en el río, tentando a la corriente. Qué quieres decir. Nada. Ah.

*Esta jungla, este silencio, esta distancia. Esta muerte, si alguien quiere llamarlo así. Eso es lo que tengo. Lo que he escogido. Si estuviera segura, diría que me basta. Será que no lo estoy: a veces me asaltan las dudas; pienso en volver a menudo. Me excuso en la necesidad de permanecer aquí unos días más, siquiera el tiempo imprescindible para poner por escrito las cuatro cosas que me quedan por decir. Tampoco se me escapa que, a lo mejor, esa sería precisamente una razón para el regreso: volver a casa —en Barcelona, en Malespina, dondequiera que esté mi casa—, volver con mi familia y hablar. Hablar todo lo que callé tantos años. Porque lo más probable es que no sirva de nada escribirlo aquí. Poco se perdería si tirara estos papeles a la laguna, para que se los tragase el gran Towira. No sirve de nada escribir algo que sólo yo voy a leer. Es una pérdida de tiempo. Yo no soy como mi hija, que suele escribir por pura metodología, para poner en orden sus ideas, para consignar las preguntas que la obsesionan, para ver si asoma una verdad que ilumine nada. Quizá por eso necesita derramar palabras a caño suelto. Yo no. Yo sólo estoy contando cosas. Pero soy un poco mayor ya para engañarme: no me las cuento a mí misma. No tendría sentido, porque me las sé de memoria. Son las cosas fundamentales de mi vida. Y lo peor es que tampoco estoy muy segura de que, a estas alturas, tenga sentido alguno contárselas a mis hijos. No ahora, por lo menos. Y no desde aquí. Si lo hubiera hecho en su momento, a medida que iban ocurriendo, sería distinto. Tal vez entonces sí me reconocerían mis hijos con los ojos cerrados. Con todos los ojos cerrados: los míos, por la muerte; los suyos, por el dolor. Quizá debería ocuparme ahora de eso: no de las cosas que no conté, sino de las razones por las que escogí no contarlas. Suponiendo que hubiera tales razones. Suponiendo que realmente lo escogiera.*

*Tampoco sería justo acusarme de engaño, de haber escondido sucesos importantes de mi vida. No creo haberlo hecho con más frecuencia de la normal. Al menos, no de un modo consciente. Que yo recuerde, cuando escogí no contar no lo hice por perjudicar a nadie, sino al contrario, por puro instinto de protección, por la sensación de que a mis hijos podía hacerles daño saber ciertas cosas. También a veces por pura incapacidad: no sabía cómo. Por ejemplo, lo que pasó en el norte de Tanzania, cuando estuve con los hadza. Había planeado pasar dos meses con ellos y por lo menos uno más con los !Kung de Botswana, pero regresé a Barcelona a las tres semanas. Conté a mis hijos, y a cualquiera que quisiera oírlo, que había acortado el viaje porque los ritos mortuorios de esas tribus eran tan precarios que no justificaban una investigación larga en toda regla. Tribus nómadas cazadoras, creo que ya he hablado de eso en algún momento. Cadáveres abandonados. Ni siquiera eso era muy significativo: también abandonaban a los ancianos y a los heridos. Les dejaban víveres y agua para unos pocos días, en la confianza de que, si lograban recuperarse, se unirían al grupo más adelante. Si no lo lograban, si estaba escrito*

que no iban a recuperarse, no tenía ningún sentido quedarse a esperarlos. Eso no lo vi; me lo contaron. Lo aclaro sólo porque, con el tiempo, el rigor se vuelve costumbre. Expliqué las anécdotas del viaje, porque para eso siempre hay oídos bien dispuestos. Para la descripción de hombres en taparrabos y mujeres adornadas con piedras, para los cuentos de flechas y lanza, siempre hay audiencia. Expliqué los dos días que había pasado en el bosque, acompañando a dos hadza en una expedición de caza. Conté muertes de pájaros ensartados que ya no recuerdo bien. Conté la historia del antílope que se burlaba de las flechas y me limité a aportar las razones que explican ese suceso según la mitología de los hadza. La muerte apenas tiene incidencia en sus vidas. Los antropólogos hemos convenido en aceptar que eso se debe a su condición de cazadores: conviven con la muerte a diario. Es más, viven de ella, se alimentan de la muerte. Tal vez por eso la aceptan sin mayor complicación y carecen de liturgias que la expliquen. Lloran a sus muertos y, si son propicias las circunstancias, celebran algún baile rudimentario en su honor. Pero parecen olvidarlos con una rapidez poco común. El fallecimiento de un miembro de la tribu, cualquiera que sea su edad y su jerarquía, apenas afecta a la vida cotidiana de los demás. Acaso por la urgencia de vivir, de cazar, de comer hoy y mañana, incluso si alguien murió ayer. O tal vez precisamente porque alguien murió ayer.

Sólo en una circunstancia muy concreta se contradice ese principio y la muerte interviene en la vida: cuando un miembro de la tribu muere y otro no se entera. Supongamos que un hadza muere en el asentamiento y otro no se entera por haberse adentrado en el bosque para cazar. En ese caso, sus flechas errarán la pieza una y otra vez y, por muy certera que sea la puntería del cazador, saldrá ileso el animal de su acoso. Eso lo he visto yo. Y no con un cazador, sino con dos al mismo tiempo. Que lo haya visto no quiere decir que lo crea. Me limito a transcribir los hechos. Llevaba más de diez días en Tanzania con los hadza cuando dos hombres jóvenes decidieron separarse del grupo en una expedición de caza. Me permitieron que los acompañara, no sin antes tomar las precauciones necesarias, que consistían principalmente en arrancarme la promesa de que no tenía la regla ni la esperaba en los días siguientes. No fue fácil el acuerdo, porque yo no hablaba bantú y una no siempre encuentra la manera de entender y expresar esa clase de detalles con la única ayuda de los gestos. Ni siquiera cuando se es, como yo, una experta en la materia. Una mujer en plena menstruación es el peor enemigo de un cazador entre los hadza. Su presencia anula el poder mortal del veneno con que empapan las flechas antes de lanzarlas. De eso se desprende toda una teoría de la imposición de la vida sobre la muerte en la que no me detengo ahora porque no es el momento. Ya escribí un libro sobre eso. El caso es que aceptaron mi compañía y durante el primer día los vi cazar piezas menores, aves que se llevaban ensartadas en un palo. Aunque no era la primera vez que asistía a una cacería en el bosque, me admiró de nuevo su habilidad: entre las copas de los

árboles, o entre los breves espacios que los separaban, sus flechas cazaban pájaros cuya presencia yo ni siquiera había tenido tiempo de distinguir. Digamos que vi muchos pájaros muertos o agonizantes, pero casi ninguno vivo. Al amanecer del segundo día, un pisoteo de huellas húmedas que para mí carecía de significado les delató la presencia de un animal al que sin duda llamaban mbema, porque ésa fue la única palabra que se cruzaron hasta que dimos con él. Era un antílope pequeño, pero del tamaño suficiente para que incluso yo fuera capaz de distinguirlo cuando vi que mis dos acompañantes empuñaban el arco y esta vez no lo dirigían a las alturas sino casi al suelo, a un bulto semioculto en la maleza. Recuerdo que anhelé tener también yo un arco; disparar una de aquellas flechas limpias en el aire, breves, casi humildes. Vibraron los dos arcos al unísono y pareció por un segundo que estaba cobrada la pieza. Sin embargo, en el último tramo de su recorrido, apenas a un metro del antílope, las flechas se desviaron. Ya les había visto fallar en alguna otra ocasión: disparos inútiles por la precipitación, otros errados desde el principio por la postura incómoda del tirador, o por el vuelo repentino de su presa. Pero esta vez fue distinto: una flecha cayó a los pies del mbema, como si le hubieran faltado las fuerzas en el último instante; la otra pasó escasos centímetros por encima, casi rozándolo, y fue a morir unos metros más allá. Huyó el animal y hubo que interpretar de nuevo sus huellas para recuperarle el rastro. Tardamos horas en dar con él. Otra vez perdieron el rumbo las flechas cuando ya casi mordían la piel del antílope, como si el aire se espesara en torno a él y lo protegiera con un escudo invisible. Dos fracasos bastaron para convencer a los cazadores de la inutilidad de perseverar en el intento. Iniciamos el regreso al asentamiento. Hasta entonces había llamado mi atención la cautela y el sigilo de sus pasos, su habilidad para convertirse en sombras, o en algo aún menos perceptible que las sombras, porque aquellos hombres, cuando acechaban la presa, eran capaces de fundirse literalmente con el entorno hasta el extremo de no emitir siquiera ningún olor. Ahora, en cambio, me sorprendía la velocidad del regreso, la determinación con que atajaban entre malezas y raíces, sin importarles lo más mínimo que las posibles presas se percataran de su presencia y huyeran. En dos ocasiones avisté pájaros de tamaño no desdeñable, similares a los que llevaban ensartados de regreso al asentamiento. Avisé a mis acompañantes, orgullosa de haber detectado una pieza antes que ellos. No me prestaron la menor atención. Ni siquiera hicieron ademán de apuntar sus arcos. Al principio desdeñaron también mis muestras de extrañeza ante su actitud. Sólo la insistencia me valió una serie de gestos aclaratorios, de los que deduje que, tras la caza fallida del antílope, aquellos hombres consideraban malditas sin remedio sus flechas; que renunciaban a malgastar tiempo y esfuerzo en dispararlas contra ningún otro objetivo, con la certeza de que sólo el fracaso les esperaba, por muy grande, quieta y visible que estuviera la presa. Insistieron mis manos en gesticular

preguntas y poco a poco pude ir deduciendo de sus respuestas que la renuncia a seguir cazando tenía algo que ver con la muerte.

Si hubiera hecho bien mis deberes, si hubiera documentado el viaje como Dios manda, habría sabido de antemano que ellos interpretaban como un aviso aquellas flechas inexplicablemente desviadas apenas unos segundos antes de clavarse en el objetivo. Significaba que debían regresar al asentamiento con la mayor rapidez posible porque acababa de fallecer un miembro de la tribu. Como las campanas de los pueblos de Europa cuando tocan a muerto. En otras culturas, estaríamos hablando del alma del fallecido que, tras migrar al bosque, se interponía entre el animal y las flechas. Pero los hadza no creen demasiado en almas y espíritus, ni les conceden mucha importancia. Todo eso lo había documentado un colega mío, un tal Woodburn, que había pasado cuatro meses con ellos el año anterior. Pero yo entonces no conocía sus trabajos de campo con los hadza, ni con otras tribus nómadas africanas. De haberlos conocido, otro gallo me cantara. Porque en aquellos mismos textos, contaba una de las costumbres más destacables de los iraqw, tribu que comparte origen, lenguaje y geografía con los hadza, pero en una etapa evolutiva distinta, pues en las últimas décadas han ido abandonando el nomadismo para dedicarse progresivamente a la recolección. Para no entrar en tecnicismos, digamos que son como primos lejanos.

Al llegar al asentamiento, los dos cazadores lo recorrieron dando voces que sólo pude interpretar como preguntas, hablaron con ancianos y mujeres y después les quedó en la cara la desconfianza. Nadie había muerto. Los vi deambular durante horas por los alrededores, inquietos, ansiosos, como si no pudieran atribuir a las flechas erradas otra explicación que la muerte segura de alguien; casi como si la estuvieran deseando para confirmar que no habían perdido la habilidad o estropeado los arcos. La noticia llegó aquella noche. En un poblado cercano, habitado por los iraqw, había muerto una mujer joven, llevada por las fiebres.

Los trabajos de Woodburn, que sólo se publicaron cuando yo llevaba ya meses de vuelta en Barcelona, contaban que los iraqw, al volverse sedentarios, habían desarrollado la necesidad de enterrar a sus muertos. No podían abandonarlos y seguir su camino, porque ya no tenían camino que seguir. Eso les enfrentaba a un nuevo problema, propio de los ritos funerarios del sedentarismo, que entre antropólogos llamamos polución mortuoria. Casi todas las culturas establecen una práctica u otra para que los parientes puedan purificarse después de manipular el cadáver. Algo que les permita desprenderse de las últimas huellas del muerto, y con ellas de su recuerdo. Suelen ser rituales simples y no es extraño que impliquen el uso del agua. Desprenderse, casi todo consiste en desprenderse. Entre los iraqw, que son monógamos, el viudo o la viuda tienen permiso para mantener relaciones sexuales con una persona de otra tribu en los días inmediatos a la muerte de su pareja, y sólo

después de hacerlo quedan limpios de los rastros indeseables de la muerte. Decir de otra tribu es decir de los hadza, que son los más cercanos. No es que tengan permiso; se les incita a que lo hagan con la mayor presteza posible, pues no se les permitirá reintegrarse a la vida social hasta que hayan cumplido con el rito de purificación. La misma persona que, por medio del sexo, libra al familiar de la polución, da por concluido el rito afeitándole la cabeza, sea hombre o mujer. A cambio de esos servidos, los hadza suelen obtener ropa y víveres y nadie se molesta si se llevan cualquier objeto que perteneciera al muerto, pues los iraqw consideran que esos objetos también están contaminados y, por lo tanto, renuncian a heredarlos. Tiene sentido. Todo el sentido del mundo. Los iraqw se limpian y nadie se contamina, porque quienes participan con ellos en el ritual ignoran o desprecian sus creencias. Para los hadza, no habiendo espíritu, tampoco hay polución ni nada que se le parezca; no pueden contaminarse. Incluso tiene un sentido evolutivo porque, al tratarse de dos tribus muy poco numerosas, de otro modo se verían abocadas a la endogamia. Yo no sabía nada de todo esto. Ni de muchas otras cosas. Era joven. Si no recuerdo mal, tendría entonces treinta y siete o treinta y ocho años, más o menos los que tiene ahora mi hija. Como ella, ignoraba demasiadas cosas. Tampoco era novata. Había viajado bastante. Siempre hacia el sur, cada vez más abajo. Marruecos primero. Luego Senegal, Mali, Benín, que entonces se llamaba Dahomey. Pero era mi primera experiencia con las tribus nómadas cazadoras, con su parquedad, con la idea de que el recinto de tu piel contenga casi todo lo que vas a necesitar en la vida. Sabía pocas cosas. Quizá por eso, mi obsesión por conocer me llevaba a todas partes. En cuanto supe que se había producido un fallecimiento en el poblado de los iraqw cogí mi grabadora y mis cuadernos y pedí que alguien me acompañara. Me interesaba más la muerte que la caza; ahora me doy cuenta y supongo que significa algo. Llegamos al amanecer. Fue fácil localizar a la familia del muerto. Siempre lo es: siempre hay llanto, fuego, agua o bailes. O una fiesta. A veces sólo una choza tapada con mantos oscuros.

Me va a costar un poco contar esto. Han pasado muchos años, pero todavía me produce una sensación extraña, que no puedo identificar sino como pura vergüenza. Quisiera tener al menos la certeza de que es sólo mi desconocimiento de entonces lo que me avergüenza. Pedí permiso para ver al viudo. Sus familiares me detuvieron ante la entrada de su choza. Me hicieron esperar un par de horas, durante las cuales entraron varias veces a conferenciar con él y al salir me miraban de un modo que entonces me parecía extraño. Al final, alguien me indicó por gestos que el viudo estaba listo para recibirme. Yo no estaba ni mucho menos lista para lo que me esperaba, pero aún no lo sabía. Al entrar, me encontré a un hombre sentado en el suelo, en mitad de la choza. Con una erección enorme. No sé cómo definirla. Palpitaba: apenas con el roce de un dedo en la piel encarnada hubiera podido

tomarle el pulso. Vete a saber qué diría Serena, qué metáforas encontraría para el ramal de venas infladas sobre el tronco de la carne. Un faro, seguro que Serena hablaría de faros. Pero ella no sabe nada de esta historia. Por eso la estoy contando ahora. Me quedé paralizada, con los ojos clavados en aquella sorpresa. No había leído a Woodburn. No tenía ni la más remota idea del papel purificador que aquel desgraciado esperaba de mí. Di un paso atrás. Él se levantó y me dio algo parecido a un abrazo, con la clara intención de retenerme. Mentiría si dijera que fue violento. Brusco, torpe tal vez, torpe y ansioso, pero no violento. Él no quería hacerme daño. Quería otra cosa. Yo no sabía qué hacer. Reprimí el impulso de gritar. Tal vez si alguien acudiera a mis voces no lo hiciera con la intención de ayudarme a mí, sino a él. Reconozco que me pasó por la mente la imagen aterradora de una violación colectiva. Le dije que no. Que no, que no, que no. Con la boca, meneando la cabeza, con todo el cuerpo. Que no, que no, bien bajito, casi le susurré que no una y otra vez y seguí haciéndolo incluso después de comprobar que me había entendido, que su abrazo se aflojaba por mucho que no lo hiciera su erección, que regresaba al centro de la choza y se arrodillaba, como si esperara de mí un castigo que yo no podía ni imaginar. Tapándose el pene con una mano, tomó en la otra una cuchilla oxidada que había ante él, en el suelo. Una cuchilla de afeitar. En esos mundos, el metal es un intruso, una señal inconfundible para el antropólogo de que alguien estuvo antes ahí. Siempre intercambiamos metales y espejos por conocimiento. Si hubiera leído a Woodburn, si hubiese tenido conocimiento de su estancia en aquellas tierras, previa a la mía, habría pensado que la cuchilla era suya. Aunque no estaba para pensar demasiado. El llanto de aquel hombre, más aterrador que sus gruñidos anteriores, captaba toda mi atención. Sin dejar de llorar ni un instante, me señalaba con la cuchilla y luego se la llevaba al pelo, largo, sucio y áspero, una y otra vez, implorándome, en su idioma incomprensible, que le afeitara la cabeza. Para entender eso no me hizo falta ningún Woodburn. Me acerqué a él, tomé la cuchilla y me situé a su espalda. Empecé a recorrer su cabello con el filo oxidado, temerosa primero de cortarle, deseando que se tratara sólo de un acto simbólico, que bastara con desprender unos mechones, pero pronto entendí que se esperaba de mí una faena completa. Sentí la misma compasión que probablemente había experimentado él por mí unos segundos antes, al ver la rotundidad de mis negativas. Me esforcé por concentrar la mirada en el pelo que caía, en la piel que asomaba debajo de la cuchilla, a veces perlada de sangre, pero me fue imposible no ver también desde arriba, en un escorzo cenital perfecto que ninguna cámara podría filmar jamás, las lágrimas que aquel hombre seguía derramando y la cabeza inflada de su pene, el palpito que ahora parecía mirarme desde abajo con la fijación de un cíclope. Unas pocas gotas de semen mancharon al final la enredadera de pelo retorcido que había ido cayendo al suelo. No me molestó. Ningún suceso de la vida me da tanto asco

como algunas de las teorías que nos inventamos para explicarlos. Teorías perfectas, mentiras insoportables. Después de Woodburn, que tuvo el acierto de limitarse a anotar lo que había observado, algunos quisieron darle explicación: hablaban de la regeneración de la vida por medio del sexo. Teorías, tontadas. Yo he tocado esos cabellos en los que se secaba la sangre, he visto el semen caer con más tristeza que las lágrimas. Nada regenera nada. A lo sumo nos limpiamos con todos los líquidos disponibles. Y nos desprendemos: de las personas, de las cosas, de los espíritus. De nosotros mismos.

Recuerdo que en el momento de abandonar la choza, tuve la tentación de agacharme y recoger del suelo uno de aquellos mechones secos. No lo hice; para qué. ¿Un recordatorio? ¿Una prueba? Esa misma noche, nada más llegar de vuelta al asentamiento de los hadza, entendí que mi viaje había llegado a su fin. Los mismos hombres que durante las dos semanas anteriores me habían franqueado el paso a sus cabañas, los mismos que con sus gestos precarios, apenas señalando objetos y enunciando palabras sueltas, habían compartido conmigo costumbres que ellos ni siquiera sabían tener, pasaron incluso a negarme la mirada. Podría decir que no encontré el modo de aclarar el malentendido, de explicarles que durante el rato que duró mi presencia en la choza del viudo iraqw no había ocurrido nada de lo que imaginaban. Sería falso. Ni siquiera lo busqué. No intenté aclarar nada. Sólo el silencio podía defenderme de su desprecio, mucho más hiriente que la erección lacrimosa del iraqw. Incluso en Nairobi, entre esa calina de brumas que sólo saben traer las mañanas africanas, mientras despegaba el avión que había de llevarme de vuelta a Barcelona, supe que me llevaba conmigo aquel silencio y que ya no sabría desprenderme de él.

No conté nada de esto a mis hijos. La historia del antílope terminaba en el momento en que, tras regresar al asentamiento, nos enterábamos de la visita de la muerte al poblado vecino, quedando así explicado el desvarío de las flechas y la renuncia posterior de los cazadores. Gustó mucho esa historia, no sé cuántos cientos de veces la habré repetido desde entonces, en cenas y reuniones, en fiestas, en congresos. Pero me tuve que callar el resto, la parte que de verdad importaba. En fin, no sé si tuve que hacerlo o si lo escogí. Supongo que parecía lo más conveniente. Los niños eran muy pequeños. Ya sé que eso no es excusa. Podía habérselo contado años después, cuando estuvieron listos para entenderlo. A lo mejor yo también era demasiado joven, me parecía que una madre no debía contar ciertas cosas.

Puede ser que el silencio me protegiera también a mí. Que me protegiera de mí misma, que me ayudara a convertir aquellos sucesos en algo que casi le había sucedido a otra persona. Por eso al regresar de Varanasi hablé de cenizas flotantes en el Ganges y de piras funerarias, mencioné incluso la impresión del olor de cabellos rustidos y de los peronés que asomaban entre el fuego como si fueran un



leño más, pero no conté nada de mi encuentro con los ascetas aghori. Mentira, sí conté eso a mis hijos, e incluso escribí en múltiples ocasiones todo lo que había visto. Pero no les hablaba de mí. Aquellos relatos tenían que contarse forzosamente en tercera persona: los escritos, porque en la comunidad científica no existe el yo, ni debe existir; los hablados, los relatos de sobremesa al regresar, los cuentos a la familia, a los amigos, porque... Qué sé yo, porque era más fácil. Es difícil explicar lo que sientes después de ver a un hombre, porque era un hombre a pesar del aspecto animal que le otorgaban las greñas enloquecidas y la condición huidiza de su mirada, sentado junto a una pira funeraria, bebiendo su propia orina en el cuenco improvisado de un cráneo. Los aghori hacen eso. Y los antropólogos vamos a verlo, si nos dejan, y lo contamos. Nadie nos pide que hablemos de nosotros mismos. He visto a los bara dividirse en grupos de hombres y mujeres y bailar danzas frenéticas sin dejar de llorar, ni siquiera cuando se enconaba la lucha entre los dos grupos, cuando vencer significaba poseer y, ante mis ojos desorbitados, el duelo se convertía en orgía y delante mismo de la puerta de la choza del muerto, se confundían los aullidos. Eso lo he visto y lo he contado. Con pelos y señales: incluso he mostrado fotografías y difundido grabaciones cuando era posible. Pero no hablaba de mí. Cómo le explicas a tus hijos que se puede sentir el miedo en la vagina y la excitación en la boca del estómago, todo a la vez, todo mezclado en la argamasa del dolor con humedades que ni siquiera tienen nombre. No es fácil. Y no todo lo que callé tenía que ver con la impresión indefinible de lo sexual, o de lo escatológico. Tampoco fui capaz de contar el relámpago que me atravesó cuando vi lo que hacían los zulús con sus cadáveres. Cuando muere un varón, su viuda lo entrega a los herederos para que lo entierren. Atan el cuerpo para que quede en posición fetal. A veces, si los rigores de la muerte ya han endurecido sus miembros, tienen que partir huesos para conseguirlo. Cuando está atado el cuerpo, la viuda lo saca de la cabaña para entregárselo a los hijos, que esperan en la puerta. Lo saca con la cabeza por delante. Es una reproducción simbólica del parto: impulsado por la mujer, un cuerpo encogido sobre sí mismo asoma la cabeza, como si en vez de morir naciera.

Se supone que para una antropóloga contar todo eso no es difícil. Establecer una teoría coherente y creíble que lo explique tampoco cuesta demasiado si se dispone de la información suficiente. Al fin y al cabo, pese a sus múltiples variantes, todos los ritos coinciden en una razón común: que la vida siga, que todo siga igual. Las sociedades son eternas, o al menos duraderas; los individuos que las componen no lo son. Ésa es la ley universal. Es la contradicción que pretendemos resolver los humanos de cualquier tribu con nuestros ritos. Por eso disponemos de los cuerpos de maneras más o menos teatrales, en ceremonias que, al fin y al cabo, sólo sirven para ayudarnos a deshacernos de ellos. Deshacernos para siempre y anunciar al mundo que el individuo desapareció pero el grupo permanece, tras restablecer el orden con

la mayor velocidad posible. Se reparten las herencias, se dispone el futuro de las tierras, de los objetos personales del muerto, que no sirven, en contra de las apariencias, para recordarnos que murió, sino que nosotros seguimos vivos; como si cada uno de nosotros fuera sociedad, y no individuo. Por eso en Madagascar los merina obligan a las mujeres a bailar con el esqueleto del muerto. No sé si las obligan, o si lo hacen a voluntad; si también ellas creen que eso significa que la vida sigue.

Lo difícil es explicar qué vericuetos sigue esa información dentro de ti cuando la vas acumulando, en qué pozos del cerebro se estanca, por qué presas de la conciencia se derrama. Sobre todo cuando no es una teoría, cuando la información no está hecha de datos sino de cuerpos, cuando decir que venimos del polvo y vamos al polvo no es una cita de referencia sino una constatación física, seca, instalada en la piel, más allá incluso del conocimiento. He visto demasiados muertos. A lo mejor es eso lo que me pasa. Y que soy un poco egoísta. Mis padres murieron de viejos y todo el mundo alabó la entereza con que asumí su desaparición. Hubo incluso quien manifestó envidia por mi conocimiento de la muerte, tal vez suponiendo que mi profesión me dotaba de una preparación especial para la llegada del momento fatídico. Bueno, quizá sí para el de los demás; no para el mío. Cada vez vivía menos preparada para morir. Toda la información acumulada durante tantos años me decía a gritos dos cosas: que cada vez me acercaba más al momento en que ya no podría ser observadora de la muerte ajena, sino protagonista de la propia; y que cuando eso ocurriera, la vida seguiría. La de los demás. Por eso terminé viniendo aquí. Para que los demás no existieran. Y por eso, cuando el azar me dio por muerta, no quise contradecirlo. Era una ridícula victoria moral, mi única posibilidad de afirmar que la vida sigue aún estando muerta.

Olvido. Ésa es la palabra. Ésa es la herramienta mental cuyo uso se me negó siempre. Yo escogía no contar, pero mis silencios no anulaban el recuerdo. Al contrario, lo envolvían, lo conservaban al vacío. Envidio la inmensa capacidad de olvidar que ha tenido Julio. La envidio porque yo no la tengo. Entre otras cosas, porque para olvidar como él hay que ser capaz de inventar como él. Incluso ahora que su mente está incapacitada para erigir las gigantescas fortalezas con que solía defenderse de las verdades de la vida, seguro que levanta al menos castillos de naipes, o siquiera de aire. Julio podía olvidar cualquier cosa porque era capaz de inventar la contraria. Yo no. Yo he visto lo que he visto. Falta de imaginación, tal vez. Qué se le va a hacer, tengo también otras carencias. Por ejemplo, no soy buena para frivolizar. Creo que tengo un cierto sentido del humor, pero no se me da muy bien la ceguera de la burla. Porque la muerte es eso, una burla inmensa y grotesca a la que los hombres contestan con burlas menores, con chistes infantiles, risas complacientes. Yo nunca supe hacerlo. Nunca supe restarle trascendencia a las

cosas, como hacían la mayoría de mis colegas. Igual que en las cenas de médicos se cuentan chistes de enfermedades, cuando nos reuníamos los antropólogos era frecuente que la conversación fuera juguetona, irónica, incluso picante. Siempre supe que era un simple mecanismo de defensa, pero no dejaba de asombrarme. Me asombraban los esqueletos de plástico que algunos llevaban en sus llaveros, los cráneos usados como pisapapeles. Conocí a un canadiense que limpiaba el polvo de su escritorio con un plumero hecho de pelo auténtico, que afirmaba haber recogido del suelo tras un funeral en la China cantonesa. Los mismos pelos con que las familiares jóvenes del muerto, de rodillas a sus pies, habían frotado el ataúd para absorber la polución. Para los cantoneses esa polución es tan contaminante que las familias que cuenten entre sus miembros con un recién nacido quedan eximidas de la obligación de asistir al funeral, por miedo al contagio de poderes mortales contra los que no hay defensa posible. Tan poderosa, que sólo los oficiantes del rito pueden mirar el cadáver en el transcurso del mismo. Y sin embargo las mujeres tienen que frotar con sus cabellos el ataúd. Y sin embargo, un antropólogo canadiense es capaz de recoger esos cabellos y hacerse con ellos un plumero. Felicidades, tal vez reírse así fuera lo más sano. Yo nunca supe hacerlo.

Sospecho que también la ingenuidad sirve para defenderse. Veo gente capaz de preguntarse todavía de dónde venimos y adónde vamos, como si el polvo no brindara respuesta a esas dos preguntas. Y la imaginación. La imaginación que nunca tuve. Aunque conozco los estragos que puede producir, envidio la imaginación de quienes, como Julio, son capaces de reinventar su pasado con tal eficacia que incluso les brinda un futuro nuevo. Y quienes creen recordar mientras inventan. Carezco de esas facultades. Sé muy bien de dónde vengo y, por mucho que me esfuerce en imaginar adónde voy, sólo concibo lugares que se definen precisamente por mi ausencia. O, como mucho, por la presencia elocuente y fría de mis huesos. O de mis cenizas, da lo mismo.

Denegado el olvido, imposible la burla y averiada la imaginación, poco a poco me fueron quedando sólo el silencio y el despojo. El silencio, a cuyo amparo llegué a sentirme segura, lo reconozco, refugiada de la vida como quien contempla un desfile militar tras una ventana abierta, sabiendo que puede cerrarla en cuanto suene la primera salva y que están blindados los cristales. No sabría decir en qué momento cerré esa ventana simbólica, dejando fuera la vida y su parloteo incesante y quedándome yo dentro con poco más que el aire estancado de mi silencio. Creo que durante muchos años logré mantener practicables los puentes, ir y venir del vértigo de la vida a la certeza de la muerte, que eran la misma cosa pero no se parecían nada y quedaban muy lejos. Nadie puede negar que lo intenté. Caramba, si llegué incluso a escribir siete libros, como si tuviera algo que decir. Yo, que sólo domino de verdad el lenguaje de los gestos. Y luego estaban mis hijos. El amor que sentía por

*ellos, si se puede simplificar tanto una sensación como ésa. La conciencia de que me necesitaban. Eso también ayudó. La obligación de atender a los demás te vuelve real. Pero eso no dura demasiado.*

*No sé, pienso en mis amigas, o en los compañeros de la universidad, y me doy cuenta de que hemos envejecido al revés. Tal vez buscáramos lo mismo, unas pocas certezas, y seguramente cada uno habrá encontrado las que mereciera, o las que pudiera alumbrar su conocimiento, pero hemos llegado a ellas por caminos distintos. Ellos, sumando; yo, restando. Ellos, en los ajetreos cotidianos, que no me atrevo a criticar aunque reconozca que a veces se me antojan ridículos. No sé si me explico: pasean a los nietos, pagan las facturas, van a la tintorería, como si esos actos intrascendentes, sumados a otros millones de actos de naturaleza forzosamente enana, sirvieran para algo más que llenar la vida; como si sirvieran para explicarla. Yo lo hice al revés. Eso es cosa del despojo. Es una disfunción mental, no me cabe duda: empiezas por prescindir de lo que te parece accesorio y terminas en la parquedad de los nómadas. Respirar, comer, creo que ya he hablado de eso. En chacapura, el idioma de los wari, el verbo wereme significa «respirar» y «pensar» al mismo tiempo. Pobrecito Descartes. Respirar, ser. Pensar. Despojo, desprendimiento de todo lo demás. Durante décadas he maldecido el mito del buen salvaje cada vez que se me presentó la ocasión, incluso por escrito. Pero nadie me va a negar la sabiduría de los wari. Cuentan los días al revés que nosotros, de ocaso a ocaso. Quiero decir que sus días empiezan al terminar el día. Son sabios. Y se comen a sus muertos. Eso tiene mucho que ver con mi silencio y mi despojo, porque es probable que mi convivencia con los wari marcara el momento preciso en que el agua arrasó los puentes y reventó las ventanas blindadas y me señaló el camino. Un camino. El que trae hasta aquí: a esta jungla, este silencio, esta distancia. A esta muerte, si alguien quiere llamarlo así. A la única verdad que queda cuando te has despojado de todo lo demás.*

## VIERNES

Esta mañana me he comprometido a escribir la historia del destierro de Li Po. Alberto ha salido a primera hora, empeñado en encontrar alguien que nos preste o alquile una barca. Luis ha propuesto que saliéramos a pasear un poco y Pablo se ha ofrecido a quedarse con papá porque tenía que ensayar. Lo hemos dejado sentado al piano, con papá instalado a su lado en el sillón. Menudo lujo, ensayar en un Steinway de cola, a ciento cincuenta metros del mar. A veces pienso que no somos justos con Alberto. Deberíamos darle las gracias por lo menos una vez al día por su generosidad, pero nos olvidamos. Nos parece que es fácil ser generoso cuando te sobra todo como a él. Es un error. Ese piano, por ejemplo. Cuando Pablo llevaba un año casado con Antonia y empezaron las tensiones, el ambiente se hizo irrespirable en su casa. Ella lo chantajeaba a todas horas, le decía que era insoportable convivir con aquellas escalas cuatro horas al día, interrumpía sus ensayos con dolores de cabeza fingidos, invitaba a sus amigas a tomar algo en casa justo a las horas en que Pablo solía encerrarse a tocar. Un infierno, vamos. Pablo fue tragando durante meses, pero al final estalló y nos lo contó una noche que Alberto nos había invitado a cenar. Una vez; sólo le hizo falta explicarlo una vez. Alberto escuchó sus quejas y le propuso: «Por qué no te pasas por casa mañana hacia las doce. A lo mejor podemos arreglarlo». Al día siguiente, Pablo se encontró con el Steinway de cola instalado en la biblioteca de Alberto, que encima había tenido el buen gusto de salir de la casa unos minutos antes para dejarlo ensayar a solas. O para no abrumarlo, no sé. Sobre la tapa del teclado había una nota: «Espero que esté a tu altura». Cuando terminó de tocar, Pablo añadió en la misma nota: «No, estaba un poco baja». Y la dejó sobre la banqueta.

No sólo somos ingratos, sino que encima nos gusta poner pegas. Cuando al fin Pablo se separó de Antonia y pudo volver a ensayar en su viejo piano de pared, Alberto trasladó el Steinway a Malespina para que su hermano pudiera tocar también cuando está aquí. No viene con mucha frecuencia, pero de vez en cuando se instala aquí un par de semanas a componer. Y lo primero que hace al llegar es quejarse de que el piano no tiene alma porque nadie lo toca. Dice que la humedad de Malespina le ablanda las entrañas de madera y vuelve insípidas las notas. Una sarta de tonterías, con perdón. Y no es el único. Yo misma debería aprender a no quejarme tanto. Todos. No seríamos nada sin él. Ni siquiera tendríamos esta casa. Cuando papá se jubiló, creo que fue en el 86, tuvo que ponerla en venta. No podía mantenerla. Ni siquiera tuvo el valor de decírnoslo, aunque no lo culpo por ello. Era mucho más que una casa para él. No era sólo un lugar en el mundo, sino un lugar en la historia. La había construido con sus propias manos. Había escogido el emplazamiento en homenaje a su padre, para encarar todos los ventanales hacia el lugar de su naufragio. Me imagino lo que debió de significar para él aceptar que ya no podía mantenerla. Digo

que me lo imagino, porque nunca quiso hablar de eso. Cuando ya la había vendido, no le quedó más remedio que informarnos. Se limitó a decir que había que mirar hacia delante, que la casa ya formaba parte del pasado y que algún día encontraríamos otra cosa. Otra cosa, otra casa, como si aquella fuera sustituible. Lo que papá no sabía entonces era que el comprador era su propio hijo. Tardamos todos un tiempo en saberlo. De hecho, si no recuerdo mal, papá firmó la venta en junio, más o menos, antes del verano en cualquier caso, y Alberto mantuvo el secreto hasta que llegó la Navidad. Nochebuena, para ser exactos. Al sentarnos a la mesa para cenar, nos encontramos cada uno con un paquetito encima del plato, envuelto en papel de regalo. Lo abrimos todos a la vez. Eran copias de la llave del viejo portón del garaje de Malespina. No sé los demás, pero yo tardé en entenderlo. Pensé que era un gesto nostálgico, un último recuerdo de la casa de nuestra infancia. Hasta que Alberto se levantó, pidió la palabra y brindó por el futuro con uno de sus discursos contundentes pero lleno de estilo, de tacto. Dijo que se había enterado desde el principio de la intención de papá de vender la casa. No explicó cómo se había enterado, a pesar de nuestra insistencia. A nadie le extrañó, de todos modos. Dijo que el comprador era un emisario suyo, un hombre de paja. Pidió perdón a papá por la maniobra. Fue muy emocionante. «No te puedes imaginar las dudas que tuve —dijo. O algo parecido—. Primero pensé en prestarte el dinero, o en dártelo directamente, pero me pareció terrible. Supongo que no lo hubieras aceptado. O, en cualquier caso, se hubiera establecido entre nosotros una deuda injusta, porque soy yo quien te lo debe todo a ti. No sé si hice lo mejor, pero creo que el resultado es bueno para todos, porque la casa está a mi nombre pero no hace falta decir que no es mía: es vuestra, de todos, como siempre. Me muero de ganas de que vayáis. Ya me contaréis qué os parecen las reformas que he hecho».

Ah, las reformas. Qué quieres que te diga. Nadie puede discutir que la casa está mucho mejor ahora. Más cómoda, llena de lujos por todas partes, con un baño en cada habitación, todos los ventanales reconstruidos. En fin, es increíble el partido que le sacó Alberto. Y yo encima tengo la desfachatez de quejarme. No se lo digo a él, faltaría más, pero me quejo. Aunque nadie me oiga, me quejo de pura nostalgia, añoro los tiempos en que había que sortear turnos para el único baño, aquellas noches de dormir en el sofá porque ni siquiera había una cama para cada uno, la sinfonía profunda de la carcoma de las vigas en los primeros atardeceres de marzo, el diapason de las goteras recogidas en un balde de zinc. En fin, es injusto. Tomo nota y procuraré ser más agradecida de ahora en adelante.

No debería costarme. Basta con pensar lo que sería de nosotros sin esta casa, sin este pueblo. A mí, si me han de robar la historia, prefiero que me arranquen una pierna. Además, ya lo dijo la rusa: es el lugar más hermoso del mundo. Sí, ya sé que eso es relativo y que probablemente la rusa lo dijo sólo para adular a los vecinos, pero

no se puede discutir que si existiera esa especie de concurso universal Malespina estaría por lo menos entre los finalistas. Y más aún en esta época, entre semana, sin gente, con la luz impagable del otoño. No sé si hay muchos lugares donde se pueda dar un paseo como el que hemos dado Luis y yo esta mañana. Hemos terminado sentados delante del mar. No podía ser de otro modo. Dos horas sentados en el muro bajo que separa la calzada de la playa, con los pies colgando apenas dos o tres palmos por encima de la arena. Era uno de esos días de premio que brinda el otoño. Una tramontana ligera pero constante, que ya empezó a soplar anoche, se ha llevado hasta la última nube. Dicen los sabios de por aquí, y dicen bien, que cuando la tramontana se presenta de esta manera, sin rachas alocadas, trae consigo una bonanza que nunca dura menos de tres días. Cualquiera que hubiese visto la curiosa estampa que debíamos de componer mi sobrino y yo sentados en el murete, habría deducido que estábamos dispuestos a pasar los tres días sin movernos de allí. O tal vez hubiera creído estar viendo una fotografía, porque hemos pasado no sé cuanto rato sin mover un dedo, sin decir ni una palabra. Las Formigues rompían el horizonte, apenas a tres millas de distancia, modestas, sin aspavientos. Es imposible mirar esas rocas y no pensar en el acierto de quien las bautizó. Por cierto, ignoro quién fue, aunque me consta que ya las llamaban así en la Edad Media. En cualquier caso, debió de ser una mañana como ésta, bajo el imperio de esta misma luz.

—Es un pájaro —ha dicho Luis en un susurro, como si su voz llegara de otro mundo.

Ni siquiera se oía el mar. Cuando el viento de tierra lo empuja así, hacia fuera, parece que le prohíba romper el silencio. No se veía un alma. No ha pasado un solo coche. Incluso un perro que dormitaba al sol se permitía la indolencia de contemplar con un ojo abierto a los dos gatos que jugueteaban en la playa, como si renunciara a perseguirlos en virtud de un tratado de paz firmado por el universo. Se me ha quedado la mente en blanco. Me pasa con frecuencia. En esos raros momentos de paz me quedo como ida. Se me van las manos al vientre. No me palpo. Es muy pronto aún para notar nada. Sólo apoyo las palmas en el vientre y noto el calor de ida y vuelta. Podría pasar horas así.

—Qué pájaro —he reaccionado al cabo de un buen rato—. ¿Qué dices? No hay ningún pájaro.

—La luz —ha aclarado Luis, todavía sin levantar la voz—. Que la luz es un pájaro.

—Ah.

Son esas cosas suyas. Luego se queda callado otra vez. Una frase me rondaba la mente: «No se sabe que haya ocurrido novedad alguna en los alrededores de este establecimiento». Con letra de plumilla rasposa. La paz después de la tormenta. Al final, el sentido de la responsabilidad ha tirado de mí y me ha sacado del ensueño del

sol.

—Habría que ir subiendo, Luis. El pobre Pablo lleva toda la mañana con papá. Y hay que preparar la comida.

—¿Ya? Joder, con lo bien que se está aquí. Siempre con las prisas. Por lo menos, ya que las tenemos delante, me podrías contar la batalla de las Formigues.

—¿Estás loco? Necesitaría toda la tarde.

—Coño, ¿tan larga fue?

—Duró una noche entera. La del 28 de agosto de 1285. Pero eso es lo de menos. El cuento es largo porque en realidad no fue una batalla, sino tres. Y hay tantos detalles oscuros que ni siquiera los cronistas se ponen de acuerdo.

—¿Cuántos muertos hubo?

—No se sabe a ciencia cierta. Pero miles, en cualquier caso.

—Entonces, no entiendo nada.

—¿Por qué?

—Porque el abuelo contaba...

—Ah, no, no —me he apresurado a interrumpirle—. Ya conozco esa historia. Lo que contaba el abuelo era mentira.

—¿Mentira? No jodas.

—Sí jodo, sí.

—¿Se lo inventó todo?

—No sé, no creo. Supongo que se lo habría oído contar a algún pescador, o a alguien de por aquí. Vete a saber. Suena a cuento de navegantes. ¿Tú recuerdas bien la historia?

—Hombre, más o menos.

—A ver, cuéntamela.

—Bueno, resumido vendría a ser más o menos así. —Se ha puesto de pie. Como papá. Como yo, supongo. Las buenas historias se cuentan de pie—: A Roger de Lloria lo perseguían dos barcos franceses y vino a refugiarse a la bahía de Malespina. Era por la tarde. Soplaban el garbí, que como todo el mundo sabe es un viento del sur que, hacia las cinco, desaparece de golpe. Al quedarse desventadas, las tres embarcaciones arriaron las velas.

—Sigue, sigue. Vas muy bien. —Reconozco que me emocionaba un poco oír en boca de Luis las palabras exactas de papá: como todo el mundo sabe, desventadas, embarcaciones...— ¿Y luego?

—Los franceses ignoraban que el garbí suele despertarse de nuevo un par de horas después. Roger de Llúria sí lo sabía. Apenas cinco minutos antes de que eso ocurriera, mandó izar las velas de su barco a toda prisa. Cuando llegó el viento, lo encontró listo. Los franceses no tuvieron tiempo ni de entender lo que estaba pasando. Llúria maniobró, se situó tras ellos y los hundió a cañonazos.



—Perfecto. Ésa es la historia de papá. ¿Y si te digo que los barcos eran galeras?

—¿Qué más da?

—Aunque llevaban mástil y velas, las galeras se desplazaban a remo, sobre todo para maniobrar. Por eso existe la expresión «condenar a galeras», porque los remeros solían ser presos y su trabajo era penoso y extenuante. O sea que un cambio de viento, por mucho que Roger de Llúria lo conociera y se aprovechara de él, no podía tener tanta influencia en la batalla. Un enfrentamiento entre galeras exigía una serie de maniobras que, forzosamente, se hacían a remo.

—Bueno, es un detalle. Quién sabe. Pero de eso a negar...

—¿Y si te digo que en esa época las galeras no llevaban cañones?

—Coño, eso sí que cambia.

—Pues sólo falta que te cuente que no eran tres barcos, sino decenas de ellos, más de cien en cualquier caso, para que la versión del abuelo se vaya a pique, y nunca mejor dicho. Aquí mismo, en estas aguas que ahora ves tan calmadas, había miles de hombres rugiendo, apuñalándose, ahogándose.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Porque está escrito. Hay unas cuantas crónicas de la época que lo cuentan. También están llenas de mentiras, pero son menos falsas que la historia de tu abuelo.

—Pues cuéntamelo de una vez.

—Ahora no, de verdad. Ahora nos vamos a casa. La próxima vez que tengamos un rato de calma, te lo cuento.

—¿Me lo juras?

—No hace falta.

—De eso nada. Aquí el único que no necesita jurar soy yo, que digo siempre la verdad... Ventajas de estar loquito.

Mientras subíamos hacia casa, bastaba mirar a Luis para ver en sus ojos que seguía dándole vueltas a lo que acabábamos de hablar. A medio camino, le ha salido por la boca:

—O sea que el abuelo era un mentiroso. Y luego, venga a amenazar con la chorrada ésa del encierro o destierro. Pues no he pasado yo noches castigado sin cenar por culpa de una mentira. Vaya cabronazo. En cuanto lo vea, se lo digo.

—No lo juzgues, Luis. Y no se te ocurra decirle nada. —Me preocupaba que su sinceridad pudiera provocar una trifulca, pero además creo de verdad que papá no merece ser juzgado por las libertades que se tomaba con sus historias—. Al fin y al cabo, eran cuentos. Sólo pretendía entretenernos. Además, no te va a entender.

—Eso también es verdad.

—¿Quieres saber una cosa más? —Tal vez no debería habérselo dicho, pero la tentación era demasiado fuerte—. Lo del destierro también era mentira.

Luis se ha quedado pasmado. No es una forma de hablar. Lívido, como si

acabaran de robarle el aliento. Sospecho que para él, como para todos nosotros, la historia de Li Po es intocable.

—Ah, no; eso sí que no.

—Eso sí que sí, chaval.

—¿Li Po? ¿Mentira también?

—Mentira a medias.

—Igual que la batalla.

—Igual, pero al revés.

—No entiendo nada.

—Bueno, en el caso de la batalla de las Formigues, papá tomó una historia larga, sangrienta y compleja, una guerra que implicaba al menos a tres países, más el Vaticano, con la estabilidad económica del Mediterráneo en juego, y convirtió todo eso en una anécdota simple que se cuenta en dos minutos, como acabas de hacer tú. En el caso de Li Po, hizo justo lo contrario. Cogió los cuatro datos pelados que se conocen de su biografía y construyó con ellos una leyenda gigantesca.

—Era preciosa. Mira que me la contó un montón de veces, pero siempre me parecía nueva y tenía ganas de oírla otra vez.

—Tienes razón. A mí me pasaba lo mismo. Pero era falsa. Mejor dicho: es cierto que Li Po fue el mejor poeta de su época, que bebía más de la cuenta, que el hijo del emperador lo descubrió. Todo eso es verdad. Y que el emperador en persona se emocionó tanto con sus versos que lo instaló en el palacio, también. Y que el eunuco de la corte conspiró contra él por envidia podría ser cierto, aunque los buenos biógrafos dicen que no es un dato seguro. Tampoco está claro que fuera un eunuco.

—¿Y ya está?

—Ya está. No hubo destierro. Tal vez sea cierto que Li Po se fue al bosque, pero no hubo destierro. En todo caso, sería una huida. Ni siquiera se sabe cómo murió.

—Pues vaya mierda. A mí me gustaba mucho más la historia del abuelo.

—Y a mí. Me la sé de memoria.

—Hostia, pues ésta sí que me la cuentas.

—No puedo, Luis. La historia de Li Po sólo podía contarla papá.

—¿No dices que te la sabes de memoria?

—Sí, las palabras sí. Pero en la magia de ese cuento había mucho más que palabras. Estaba la voz de papá. Empezaba a hablar y te sentías de repente en la China, en un palacio, con sedas por todas partes y joyas y flautas de jade. Cuando decía aquello de «un rugido tan poderoso que hizo temblar los cimientos del palacio» a mí me daban ganas de esconderme debajo de una mesa.

—Es verdad. Recuerdo que a veces casi me daba miedo, porque se le achinaban los ojos y todo. Y cuando recitaba los poemas de Li Po...

—... que no eran de Li Po.

—¿Hasta los poemas eran falsos?

—Bueno, siempre metía cuatro poemas en esa historia. Dos eran de Li Po. Los otros dos, no. Supongo que papá se los inventó. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que representaba tan bien la historia que nadie más puede contarla. Yo lo he intentado alguna vez, pero la voz...

—A lo mejor podrías escribirla.

—A lo mejor.

He cavilado un poco mientras caminábamos. Apenas cuatro pasos. Luis tenía razón. Si nadie va a contar nunca más esa historia como lo hacía papá, tal vez sea justo que alguien la escriba para que quede registrada de algún modo. Y si no lo hago yo, que recuerdo sus palabras exactas y el tono en que las pronunciaba, no sé quién lo va a hacer. Además, me apetece someterme a esa prueba por varias razones. Primero, por el puro reto de ver si soy capaz. Segundo, para que quede. Para que, por una vez, en el futuro no tenga que decir cuentan que tu abuelo contaba, sino toma, léelo tú mismo. Da igual a quién. Incluso si nunca viene nadie detrás de mí para leerlas, al menos esas palabras no quedarán desterradas en la deriva de la sangre, sino encerradas en la certeza de un texto para siempre.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Un día de éstos la escribo.

—¿Cómo que un día de éstos? Hoy.

—Bueno, esta noche lo intento.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, pesado.

Y aquí estoy. Paso página y comienzo.

## LA VERDADERA HISTORIA DE LI PO

Hace muchos, muchos, pero muchos años, vivió en el lejano imperio de la China un poeta llamado Li Po, tan habilidoso con las palabras que ni la transparencia del río ni la efímera plenitud del rocío ofrecían resistencia a sus certeras metáforas. Criado en un mísero poblado rural, en el año 742 acudió a la corte de la ciudad imperial de Chang An, dorada metrópoli, muy ocupada en disfrutar de la opulencia y el esplendor obtenidos tras dos décadas de paz inusual y de cosechas excepcionalmente productivas. Nadie hacía caso al bueno de Li Po. Cuentan que durante siete noches recitó a plena voz en las calles oscuras de Chang An sin que nadie reparase en la belleza de sus versos, tal vez por el aspecto de campesino que tenía el poeta, o por la textura aguda y chillona de su voz, que no hacía justicia a sus palabras. Desesperado, Li Po acudía a las cantinas y anegaba en el vino sus penas. Sin embargo, la octava noche, el hijo primogénito del emperador, llamado Ho Chi Chang, acertó a pasar por delante de la Cantina del Dragón Alado, ya cerrada, donde Li Po acababa de declamar sus versos. Dicen que el poeta estaba de rodillas y que, tomando por única audiencia la copa, vacía y rota, con que se había embriagado, la sostenía entre sus manos y recitaba:

Maldito cristal, que ni alcanzas a ser espejo.  
No es de extrañar que mirándote no me vea,  
Si cuando alzo la voz tampoco me escucha nadie.

Ho Chi Chang, acaso conmovido por los versos del poeta o por su postración humillada, hizo llevar a Li Po al palacio. Mandó que lo lavaran, le dieran de comer y envolvieran su sueño con sábanas de la mejor seda. Así lo agasajó durante semanas, prestándole no sólo los cuidados materiales que necesitaba, sino también, y mucho más importante, un oído atento para sus poemas. Hubo de pasar un mes antes de que Ho Chi Chang se atreviese a molestar a su padre, el gran emperador:

—Suan Tsong, señor de la tierra y de cuanto en ella respira, padre justo y sabio —le dijo al fin—. Tengo en mi casa al más grande poeta que puebla nuestro imperio.

—Tráemelo de inmediato —ordenó el emperador.

—No oso, padre —contestó el hijo—. Son sus versos puros como la luz de la luna, mas tiene el poeta un defecto que podría ofenderos.

—¿Y cuál es ese defecto? ¿Qué puede ser, tan importante y terrible, que mancille la belleza de sus versos, si son éstos tan puros como dices?

—Bebe mucho, padre. A todas horas bebe y, cuando el espíritu del vino se apodera de su lengua, no son odas lo que canta, sino sátiras despiadadas.

Cuentan que el emperador caviló unos segundos antes de decidirse:

—Tráelo igual. Quiero escucharlo.

Acudió Li Po al día siguiente ante el máximo mandatario. Tanto temían los cortesanos que el poeta estuviera ebrio y dejara escapar entre sus versos alguna inconveniencia, que aquel día reinaba en la corte un silencio cristalino. Pero Li Po estaba sobrio. Recitó sus poemas y encandiló al emperador, quien mandó que se mudara sin dilación a sus aposentos. Nueva mudanza: mejores alimentos, más suave y reposado el vino, más fina y mejor tejida la seda. En pago de aquellos agasajos, Li Po sólo debía recitar un poema cada día. Y así lo hizo durante todo aquel invierno. Preocupado por mantener sus privilegios, decidido a conservar a toda costa los favores de su benefactor, Li Po fue cambiando poco a poco la naturaleza de sus versos: ya por sus rimas no aparecía tanto el ciruelo en flor de invierno, ni los dragones de oro encendido; ya el blanco perfecto de las arenas del río no se parecía tanto al mejor papel de arroz, sino a la tez perfecta, al rostro puro y único de la princesa Yu Chen, hija predilecta del emperador.

Li Po no amaba a Yu Chen. Simplemente la adulaba, procuraba su alegría para seguir mereciendo los parabienes del padre todopoderoso. Y la trampa cumplió su cometido con tal eficacia que el emperador, no contento con redoblar su protección al poeta, se animó a acompañar las lecturas con la música legendaria de su flautín de jade. Era lo nunca visto. Se sabía que el todopoderoso era capaz de extraer de su instrumento notas que hacían morir de envidia a los ruiseñores, pero jamás se le había visto poner su música al servicio de un súbdito. Ante tan inusitado gesto, el desdén sembró su simiente en el palacio y, acrecentado en sus poderosas raíces, invadió todos los aposentos.

Apareció entonces Kao Li Hi, eunuco poderoso, pésimo poeta e intrigante de la peor calaña, que vivía en el palacio precisamente con la misión de cuidar de la integridad de Yu Chen. Molesto por el olvido a que se veía sometido desde que el emperador decidiera no escuchar ningún verso que no procediera de la portentosa pluma de Li Po, el eunuco aprovechó su cercanía a la familia del poderoso y se encargó de despertar en él la bestia oculta y adormecida de la suspicacia.

—¿No veis que os engaña? —le decía en las comidas, entre lisonjas y falacias—. Vos, que sois justo y sabio, ¿no os percatáis de que, aprovechándose de vuestra bondad, sólo busca el beneficio propio?

—Nada más lejos de la verdad, Kao Li. Li Po enaltece con sus versos el honor de mi familia.

—¿Y no os parece mucha casualidad? —preguntaba el eunuco al día siguiente—. ¿No es mucha coincidencia que sea precisamente vuestra hija el objeto de sus alabanzas?

Así, insidioso y astuto, tenaz como la carcoma, prosiguió el eunuco día tras día su tarea hasta que logró perturbar la conciencia y el sueño del emperador. Éste, al fin,

incapaz ya de discernir si la verdad se hallaba en las oscuras advertencias de Kao Li Hi o en los lisonjeros versos de Li Po, hizo llamar al poeta y lo sometió a interrogatorio ante todos los dignatarios de la corte.

—Li Po, poeta maldito, dicen que me engañas —bramó el emperador en cuanto lo vio entrar en la sala.

—¿Cómo podría, señor? ¿De qué modo alguien como yo, que no soy sino un insignificante servidor, podría engañar vuestra inteligencia, de merecida fama en todo el imperio?

—Déjate de lisonjas. Dicen que desprecias a mi hija.

—Pero, señor, vos mismo habéis oído...

—Sí, ya sé. He oído tus versos. He sido testigo de tu admiración. Pero dicen que mientes cada vez que recitas. Dicen que cuando comparas sus ojos con el más puro cristal no te refieres a su transparencia, sino a su carencia de expresión.

Contrariado, abatido, el poeta no supo contestar.

—Dicen —continuó, ya en lo alto de un rugido tan poderoso que hacía temblar los cimientos del palacio— que cuando afirmas que su talle se cimbreaba como un junco, no piensas en la flexibilidad de sus pasos sino, al contrario, en su aspecto humilde y campestre.

Li Po seguía sin respuesta. Los dignatarios de la corte se rebullían en sus asientos, incapaces de contener el murmullo que iba creciendo poco a poco.

—¿No dices nada? ¿Debo interpretar tu silencio como la aceptación de tu culpa? Maldita sea, Li Po, di algo. Habla en tu defensa ahora, que aún estás a tiempo. De otro modo, entenderé que tienen razón quienes te acusan de mentir y, en ese caso, no dudaré en tomar tu vida con mis propias manos.

—Señor —balbuceó al fin Li Po, reduciendo su voz aguda a un hilillo apenas audible. La corte se estremeció con la espera. Encorvado y frágil, dueño apenas de sí mismo, habló el poeta sin atreverse a mirar a su señor a los ojos—. Me pedís que hable, mas me negáis la palabra.

—¿Cómo así, poeta?

—Felicidad de mi parte a quienquiera que sea el autor de esas calumnias. Ha tendido en torno a mí un cerco perfecto, una trampa insuperable.

—¿Qué dices, Li Po? No te entiendo. Es menester que hables más alto y claro. El vino entorpece tu lengua.

—No es el vino, señor —se atrevió a discrepar el poeta—, sino la inteligencia de mis enemigos.

Hubo exclamaciones en la corte, pero Li Po levantó una mano para acallarlas y, ya algo más dueño de su voz, pronunció en su defensa un alegato que, desde entonces, figura en los libros de Historia Oriental como modelo de oratoria y construcción del discurso, con la misma prominencia que en Occidente concedemos a

los antiguos filósofos griegos.

—Señor —empezó, humillando la cabeza como si pidiera perdón—, si vos no creéis mis versos, es inútil que intente convenceros. Vos mismo afirmáis estar dispuesto a matarme si miento. Como sois generoso, me concedéis esta oportunidad, que no puedo sino agradecer, de demostrar la veracidad de mis versos y salvar con ello la vida. Mas no dispongo para tal empeño de otra herramienta que mis palabras. Sólo puedo ensalzar de nuevo la belleza de vuestra hija. Sólo puedo reafirmar mis palabras viejas con palabras nuevas. Y si habéis admitido dudar de aquéllas, ¿por qué razón ibais a creer éstas? La levedad del porte de Yu Chen me recuerda a los juncos mecidos por el viento. Sólo puedo demostrarlo diciendo que la levedad de los juncos mecidos por el viento me recuerda a Yu Chen. —Alguno de los presentes se atrevió a asentir en silencio, pero enseguida escondió la cara, temeroso de contrariar al emperador—. Concederéis que es duro el trance en que me hallo. Sin embargo, es aún peor de lo que parece. Imaginad por un momento que os convenciera. ¿Crearíais entonces que es sólo admiración lo que anima mis versos? Lo dudo, pues para convenceros debería poner tanto énfasis en la belleza incomparable de la princesa, tanto ardor en describir la pureza de su alma, que me tomaríais entonces por insensato y crearíais que aspiro a obtener su amor y tomar su mano. Sé muy bien quién soy, señor. Sé que tan alto honor no merezco. Sé que tan atrevido deseo, tan descabellada osadía, sería igualmente castigado con la muerte. ¿Para qué defenderme entonces, si derrotado o victorioso habré de enfrentar el mismo castigo? A vos corresponde encontrar la solución de este entuerto. Mirad a vuestra hija, señor. Mirad su rostro cuando la luz de la luna lo mece en el río; mirad la sombra de sus pies cuando camina sobre un lecho de jazmines. Dejad que sean vuestros ojos los jueces de este equívoco. Saber si un hombre miente, saber si sus palabras traicionan sus intenciones, es misión tan imposible que no atañe a poetas, señor, sino a emperadores.

Li Po, el muy taimado, el gran poeta, había conseguido traer de nuevo el silencio a la sala. Un silencio admirativo, que subrayaba su clarividencia. Acababa de poner al emperador, con un golpe de ingenio magistral, en un brete tan arduo como el suyo. Suan Tsong, hombre de mano firme cuya voz de trueno jamás tembló a la hora de enviar a sus ejércitos en busca de la muerte, rector de los destinos ajenos, acostumbrado desde la cuna a interpretar y dictar la voluntad de los dioses, se sintió de pronto incapaz de decidir. Atormentado por la duda, mandó retirarse al poeta y lo emplazó a un último encuentro, que tendría lugar al día siguiente. Cuando volvieron a verse, esta vez en privado, lo saludó con un halago:

—Eres listo, Li Po, eres muy listo. Eres astuto. Te exijo respuestas y me devuelves preguntas, mas no te saldrás con la tuya. He pasado la noche en vela, pues sabes que es mi afán ser justo y generoso. Te concedo la razón que tienes: sólo tú sabes si mientes o no. No está al alcance de mi razón determinar la veracidad de tus

palabras, por mucho que cavile. Ni siquiera arrancándote el corazón podría saber qué intenciones alberga. Por eso exijo tu respuesta. Mas no a la pregunta que te hice ayer. No me importa ya saber si admiras a mi hija o te burlas de ella. Busco ahora la respuesta a la pregunta que tú mismo hiciste, y quiero oírla de tus labios: ¿Cómo saber si un hombre miente? Mira bien de convencerme antes de que se ponga el sol, pues de otro modo con mi propia espada he de cortar tu lengua embrujada.

Li Po ponderó el asunto unos segundos y contestó:

—Acepto, señor, la tarea que me imponéis. Justo es el castigo si a vos os lo parece, mas no así la premura. Quien pretenda contestar a esa pregunta en tiempo tan escaso es un insensato y se enfrenta a un error seguro. Me veo, a mi pesar, obligado a pedir algo más de tiempo.

—¿Cuánto necesitas?

—Diez años, señor.

No cuenta la leyenda si el poeta se sonrojó al emitir su petición, ni dice que se ofendiera el emperador al oírlo. Será tal vez por la proverbial capacidad oriental de medir el tiempo en grandes ciclos. Sí cuenta, en cambio, que Suan Tsong accedió a conceder el dilatado plazo que le pedía Li Po, aunque puso también sus condiciones.

—Tendrás el tiempo que me pides —se supone que le dijo—, e incluso más si fuera necesario. Cuando el fruto de la espera es tan valioso, diez es lo mismo que diez por diez. Mas perderás mi protección y el amparo del palacio. He decretado ya tu destierro. Esta misma tarde te adentrarás en el bosque, de donde no podrás salir hasta que lleves en tu mano escrita la respuesta a este enigma. Y deberás resolverlo por ti mismo. No podrás, por tanto, hablar con persona alguna mientras dure tu cautiverio. Así lo haré saber en todos los rincones del imperio. Si te atreves a abandonar el bosque, te esperará en cada pueblo, en cada camino, el más impenetrable de los silencios, pues bien me voy a asegurar de que hasta el último de mis súbditos sepa que quien intercambie contigo una sola palabra, así sea un saludo de mera cortesía, ha de perder para siempre la lengua, tal vez el cuello. Y, puesto que en más de una ocasión te he oído afirmar que encontrabas en el vino inspiración y respuestas, tendrás prohibido catarlo. No ha de salir la verdad de otro lugar que no sea tu corazón.

Cumpliose la voluntad del emperador. Li Po se adentró en el bosque sin más carga que una pequeña daga para defenderse de las alimañas y un legajo de papeles en los que, si la inspiración le brindaba una respuesta, podría escribirla. Nunca más se supo de él. Pasados los diez años, extrañado por no tener noticias suyas, el emperador mandó en su busca una patrulla de sus mejores hombres. No encontraron al poeta. En cambio, les sorprendió ver, clavado por el puñal a la corteza de un árbol, el legajo de papeles escrito hasta en los márgenes con lo que los historiadores de la literatura china consideran la obra poética más importante de su tiempo.



Mucho se especuló sobre el final de Li Po. Hay quien dice que la soledad del bosque echó raíces en su mente y lo enloqueció. Para sostener esa teoría esgrimen la diferencia entre el primer poema del legajo y el último. El primero dice:

Me preguntáis por qué estoy aquí, en la montaña azul.  
Yo no contesto, sonrío simplemente, en paz el corazón.  
Caen las flores, corre el agua, todo se va sin dejar huella.  
Es éste mi universo, diferente del mundo de los hombres.

El último, en cambio, afirma:

No es hoy lo que es hoy  
Ni me veo en lo que he sido.  
No sé si he enloquecido  
O ya no soy lo que soy.

Otros, suscritos también a la teoría del rapto de locura que habría sobrevenido a Li Po, lo achacan a la carencia del vino, tan necesario para el poeta. Aportan éstos otro poema para avalar tal suposición:

Una jarra de vino entre las flores.  
No hay ningún camarada para beber conmigo,  
Pero invito a la luna  
Y, contando mi sombra, ya somos tres.  
Mas la luna no bebe  
Y mi sombra se contenta con seguirme.

Nadie sabe cómo murió Li Po, ni cuándo ni dónde. Algunas voces quedas, tras puertas y ventanas cerradas a los poderosos oídos del emperador, decían que una noche, en pleno bosque, subyugado por el reflejo de la luna en la superficie del río, quiso acercarse tanto el poeta a la orilla que se lo llevó la corriente. Mas no habiéndose encontrado jamás su cuerpo debemos sospechar que ese final pertenece al lejano, improbable mundo de las leyendas.

Misión cumplida: hasta aquí llegaba el cuento de papá. Casi me atrevería a decir que éstas eran sus palabras exactas. Después de «leyendas», hacía casi una reverencia, una leve inclinación de la cabeza, y lo daba por terminado. Bendita imaginación. Ninguna de las diversas notas biográficas de Li Po que he podido consultar supera las

dos o tres páginas. Tal vez en chino exista algo más largo, eso no puedo saberlo. Da igual, en cualquier caso, porque papá no sabía chino.

Cuanto más comparo el cuento con los datos que tengo por ciertos, más me admira la inteligencia con que mi padre dio rienda suelta a su imaginación. Porque es muy fácil señalar, uno por uno, todos los elementos del cuento que no se corresponden con la biografía, todos los que se deben sólo a su afán de ambientar la historia y darle un alcance legendario; sin embargo, es imposible demostrar que ninguno de ellos sea falso. Por eso su cuento del destierro de Li Po era casi perfecto. Y si digo casi, si le pongo una mínima pega, es sólo porque a papá le faltó documentarse. La obsesión por el rigor de un dato, la capacidad de encerrarse en una biblioteca y hurgar hasta que no quede el menor resquicio para la duda, no iba con su carácter. Si yo tengo esa virtud será que la heredé de mi madre, no de él. Si papá se hubiera tomado la molestia de consultar un par de antologías respetables, si además de emocionarse con la vida de Li Po se hubiese detenido a reflexionar sobre sus múltiples significados, habría mejorado la historia en varios aspectos fundamentales.

Primero, los poemas. Obviamente, esa coplilla que dice «no es hoy lo que es hoy» no pertenece a Li Po. Imposible. Aunque compuso muchas canciones, él nunca usaba esa clase de rimas ripiosas y, aun si por una vez hubiera cedido a la tentación, sería mucha casualidad que la rima se mantuviera al traducir el poema. Simplemente, necesitaba unos versos que ilustraran la hipótesis del enloquecimiento de Li Po y, por pereza, o por pura vanidad, se los inventó. Una lástima, porque entre los poemas de este chino genial sí hay algunos que insinúan un cierto enajenamiento y además corresponden a su última época; lo cual demuestra que la invención de papá, precisamente por innecesaria, tal vez fuera cierta. Eso por no hablar del «maldito cristal...». Tengo tres antologías distintas de Li Po y en ninguna figura ese poema, ni otro que se le parezca.

La segunda pega es más importante. Es cierto que no se sabe nada de la muerte de Li Po. Papá la adornó con esa imagen de la luna reflejada en el río, pero no se sabe nada de nada; ni siquiera hay una leyenda sobre su fin. Sólo algunas hipótesis. Quizá la más creíble sea la que afirma que terminó con su vida una cirrosis hepática. También hay quien habla de una intoxicación por inhalación de mercurio, cosa relativamente probable porque, como todo poeta cercano al taoísmo, Li Po pasó muchas horas haciendo experimentos de alquimia. Pero es imposible saber la verdad. Mi padre no supo darse cuenta de que ése era el elemento que faltaba para convertir su cuento en una historia perfecta. La desaparición de Li Po sin dejar rastro era un monumento a la justicia poética. Se supone que le habían exigido una respuesta a un dilema indescifrable: verdad y mentira; vida y leyenda. Precisamente porque no volvieron a saber de él, sus contemporáneos pudieron construir con su vida una leyenda y mi padre, mil trescientos años después, pudo hacer con ella lo que le diera

la gana. Casi me imagino a Li Po escondiéndose antes de morir. «Me acusáis de mentir, como si un poeta pudiera hacer otra cosa —debió de pensar—. Pues vosotros mismos construiréis para explicar mi ausencia una mentira tan perfecta que ni siquiera el tiempo podrá derrotarla». Lástima que papá no se diera cuenta. Tampoco reparó en el papel del emperador, en la insoportable soledad que debió de asolar el palacio en ausencia de Li Po. Me imagino el cuento de papá si hubiera entendido el significado de ese posible final: lo que habría hecho con el emperador enajenado, paseando arriba y abajo por los pasillos del palacio, tal vez exigiendo que la banda imperial sonara a todas horas para disfrazar aquel silencio despiadado; tal vez culpándose de haber escogido la verdad, dándose cuenta de que al escogerla se había quedado sin nada; o tal vez degollando con sus propias manos al eunuco, como si así pudiera retornar al momento de su error y enmendarlo.

La tercera y última pega es la más grave, pues sí es cierto que, desaparecido el poeta, se encontró un manuscrito suyo que respondía a la insidiosa pregunta del emperador. Ya sé que, probablemente, el emperador jamás le preguntó nada, que no hubo destierro sino huida. Pero Li Po dejó una respuesta. No apareció en el bosque, clavada con una daga a la corteza de un árbol. Nada de eso. Supongo que alguien la encontró en un baúl, como suele suceder. Fue bastante después de su muerte, en el 837, cuando ya ni el emperador ni su hijo vivían. Se llama *Los siete proverbios de Li Po*, aunque el título es una convención pactada entre sinólogos. Era un manuscrito de ocho páginas tan sólo. Tengo una edición facsímil, que venía incluida en el número 28 de la revista *Poesía*, publicado por Editora Nacional en 1997 y dedicado por entero a la poesía oriental. La primera página de ese manuscrito contenía el título, *Siete proverbios de la mentira*, pero el primer ideograma, el que correspondía a la palabra «mentira», estaba tachado. Debajo: *Siete proverbios de la verdad*, también con el primer ideograma tachado, como si el poeta hubiera dudado entre las dos fórmulas, sin decidirse finalmente por ninguna. Por eso me gusta llamar a esta historia *La verdadera historia de Li Po*. Después del título indeciso, cada página contiene un proverbio, ya sin más dudas ni tachaduras, sin una sola corrección, como si el poeta los hubiera escrito todos con la certeza fanática propia de los pocos hombres que creen haber tropezado con una ley universal. El primero dice así: «Quien pronuncia una mentira, busca con ella un beneficio». El segundo: «Quien persigue la verdad, busca con ella un beneficio».

Ojalá esta situación resultara de un plan premeditado. Ahora podría tumbarme a orillas de la laguna, sonreír satisfecha, respirar hondo y afirmar que todo ha salido bien. No sólo a este lado del río. También allá los vivos, mis hijos, han cumplido sin saberlo su parte: vinieron a certificar mi muerte. Si esto fuera una película, estaríamos ante la última escena, un primer plano glorioso en el que me despediría del público, tal vez con un último guiño de complicidad a la cámara. He visto muchas con ese mismo argumento: alguien simula desaparecer y, desde la impunidad de su supuesta muerte, va tejiendo los hilos de la trama para que los vivos le den la razón. Hay algunas diferencias. Por ejemplo, si se tratara de una de esas películas, la última escena no se firmaría aquí, en este lugar inhóspito, sino acaso en una isla paradisíaca de la Polinesia, o en Acapulco, o vete a saber si en la mesa de juego de un casino en Montecarlo. Además, yo sería probablemente un hombre. Bueno, tal vez hoy en día haya un porcentaje relativo de posibilidades de que la protagonista de una historia así sea una mujer, pero entonces aparecería un hombre a mi lado en el último momento. Un golpe de efecto para la audiencia: el amante secreto y prohibido, fuente de deseos cuyo cumplimiento hubiera sido imposible en mi vida anterior y, por lo tanto, causa comprensible de mi voluntad de desaparecer. O tal vez la cámara, en un barrido aparentemente casual, revelarla la presencia, a mis pies, de un saco con no sé cuántos millones de dólares, quizás un maletín lleno de joyas en el asiento trasero de un descapotable; cualquier cosa que representara un beneficio.

Pero no hay beneficio. Al contrario, hay perjuicio y soy yo quien lo sufre. No hay explicación final, redonda y capaz por sí misma de justificar la confusión. Si éste es el fin de la película, me quedo aquí sola y sin nada y el público abandona la sala entre abucheos, lamentando que una confusión tan tremenda haya sido sólo mera excusa para pasar un rato; una tomadura de pelo. No le pido perdón. Al contrario, aun siendo la autora involuntaria de ese guión absurdo, me sumo a sus protestas y soy la primera en lamentarlo. Porque esta confusión no es el resultado de una trama, sino su origen. No empezó cuando anuncié a mis hijos la decisión de venir a Guatemala, ni cuando un motor partió en dos la cara de Judith y la noche, ni cuando el agua hizo de corcho los cuerpos. Tampoco cuando el azar jugó y ganó un solitario con mis documentos gracias a la complicidad de mi silencio.

No, la confusión es anterior y la traje yo, o vino conmigo, que no es lo mismo. No fue un capricho del destino quien convirtió esta jungla en territorio de la muerte, sino yo. Yo, que quería estar sola y pensar, sobre todo pensar sin ruido. Bueno, ya lo he hecho. He pensado mucho y ahora pago las consecuencias de saber. Porque sé algunas cosas. Sé que la única razón para venir en busca de este silencio era acallar de algún modo el quejido monótono de mis huesos, enmudecer el murmullo rencoroso con que cada músculo de mi cuerpo anunciaba el deterioro irreparable del tiempo. Sé que fui yo quien trajo la muerte a esta laguna porque vine aquí

precisamente a morir.

Tal vez sea exagerado decirlo así. Tal vez el destino estampado en mi billete de regreso, a pesar de la fecha abierta, demuestre lo contrario. Quizá sería más acertado decir que vine a prepararme. Puede parecer contradictorio —de hecho, a mí misma me lo parece—, pero me he pasado toda la vida tratando de ignorar este momento. Como si un albañil, atareado siempre en levantar casas ajenas, olvidara reparar las grietas de la propia. Haber visto a la muerte burlarse de los hombres en todos los idiomas posibles no me vuelve inmune a sus carcajadas, sino al contrario. No soy candidata al premio de la paz que supuestamente obtienen quienes saben aceptar que les llega la hora. Mi padre, por ejemplo. Mi padre se murió de viejo. Tenía noventa y un años. Apenas pasó dos meses en cama, consciente sólo a ratos, con los pulmones encharcados pero sin sufrir demasiados dolores. Pocos minutos antes de morir fue víctima de un ataque de tos que amenazaba con ahogarlo. Sentada al borde de su lecho, traté de remediarlo: lo incorporé en la cama, le palmeé inútilmente la espalda, creo recordar que le di un jarabe. Al ver la ineficacia de mis esfuerzos, volví a tumbarlo y quise levantarme para llamar al médico. Papá me retuvo con la escasa fuerza que le quedaba en las manos. Me miró a los ojos. Negó con la cabeza y, por si no estaba suficientemente claro, con un hilo de voz que ya parecía llegar del lado vacío de la vida, me dijo: «No hace falta». Y se murió. Está bien morir así, pero yo no me contentaba con eso. No quería sólo esa lucidez del último instante, esa capacidad de bajar los brazos al final del combate y aceptar la derrota. No, yo quería ganar el combate. Mirar a la muerte a los ojos cuando viniera a buscarme no era suficiente; quería tutearla como si fuéramos viejos amigos, bailar con ella en un abrazo ligero y encima ser yo quien dirigiera el baile. Yo quería decirle: «No trates de sorprenderme, que te conozco bien. Llevo toda la vida estudiándote».

En fin, tal vez el verbo querer le quede grande a mis intenciones, a la vista del resultado. Era menos que una voluntad, apenas un runrún inconsciente, arrinconado en algún desván de mi cerebro como esas palabras que afirmamos tener en la punta de la lengua pero somos incapaces de pronunciar cuando más falta nos hacen. Ahí estaba todo mi conocimiento de la muerte, en el desván donde se guardan los tesoros que fueron valiosos un día, pero que el tiempo y el desorden han vuelto inútiles. Para eso vine aquí, entonces. Para poner el orden necesario antes de la última mudanza. He dedicado muchas horas a ese esfuerzo durante las últimas semanas y no puedo estar precisamente orgullosa de mis logros. ¿Vine aquí a pensar para llegar a la brillante conclusión de que vine aquí a pensar? Caramba, felicidades. ¿He fracasado en el intento, entonces? Tal vez sí. Prueba de ello es que no llevaré en mi equipaje de regreso el orden que buscaba, ni siquiera una mínima claridad, sino al contrario, un lío enorme, un universo caótico y seccionado en dos por el río Pasión: a este lado,

un reino de los muertos al que aún no pertenezco por mucho que se empeñe el azar; pues no ha de aceptar el gran Towira mi presencia en él mientras respire; al otro lado, más allá del río, un reino de los vivos en el que ya nadie me espera. Al contrario, lloran mi ausencia certificada por el fuego, y tal vez se empeñen en recordarme sin saber hasta qué punto eso me condena al olvido. Qué cosas: sólo para mí la vida es el más allá. Dos mundos separados por un purgatorio confuso, un limbo poblado sólo por islotes de vegetación inverosímil. Ah, si el bueno de Amkiel conociera los mitos de mi cultura como conozco yo los de la suya... Cada vez que cruza esos islotes se sentirla a la vez Ave Fénix y Caronte; sepulturero cuando entra, comadrona cuando sale. Dentro, fuera; dentro, fuera. Será curioso volver a cruzarlos con esta nueva perspectiva cuando regrese. Porque yo sé que al final volveré y que no ha de demorarse demasiado ese momento.

Entonces, ¿vine aquí a pensar para llegar a la brillante conclusión de que debo volver? Felicidades de nuevo. Segunda reflexión, segundo fracaso. O tal vez no. Tal vez la única manera de aprender algo sea ésta, comprobar que estaba equivocada e intuir que volveré a estarlo. En mi caso, aceptar que morir es el último trabajo de los vivos y que sólo puedo cumplirlo en su territorio. Allá. Esta jungla, este silencio, esta distancia, tal vez sean buenas para estar muerta, pero no para morir. Siguen quejándose mis huesos, pero ahora entiendo que para acallarlos sólo puedo dejarlos gritar, sostener su lamento hasta que se agote. Seguir viviendo es el único camino hacia la buena muerte. Igual que la única manera perfecta de apagar un fuego es encenderlo.

No es una revelación. No hay epifanía, ni saberes ocultos que me visiten de pronto, ningún relámpago del conocimiento me ha deslumbrado. Basta con sumar lo que sé, y me sorprende no haber sido capaz de hacerlo antes. Todas las culturas que conozco conciben la existencia de muertes buenas y malas muertes, aun si todas se resisten a aceptar las primeras como deseables. La buena muerte llega en casa, no deja palabras sin decir y se rodea de los vivos. La mala muerte es ésta que el azar se inventó para mí y a la que contribuí con mi silencio: lejos, ahogada, sola, sin pronunciar esas últimas palabras que tal vez ya no pueda decir nunca, ni siquiera si vuelvo, porque mi regreso no ha de borrar lo que he aprendido aquí. Mentira. Tal vez habría sido ésa mi última palabra si hubiera muerto en esta jungla. Si me quedo. Si me lleva un día el agua por delante como a Judith. El rictus final de la muerte atenazaría entre mis labios esas tres sílabas: Mentira. Mentira Simón, mentira Julio y yo y nosotros, mentira el amor que hizo posible todo esto. Mentira la rusa, los cuentos, mentira necesaria esta vida. Diría mentira y sería verdad, no sé si me explico. Da lo mismo. Ahora sólo espero que la vida me respete y me conceda algo de tiempo. A cambio, prometo aprovecharlo para escoger con mucho cuidado mis últimas palabras. Es la única decisión importante que me queda por tomar y no va a

*ser fácil, porque esta vez me importa mucho acertar. A menudo me culpo de haber vivido atrincherada en el silencio, no tanto por el daño que me pueda haber causado a mí misma, sino a los demás. A mis hijos, sobre todo. Ahora quisiera hablar, decirles las cosas que sé, pero temo que el daño sería aún mayor porque mis palabras pueden descorrer el velo tras el que se han escondido durante tantos años todas esas mentiras. En otro tiempo las consideré mezquinas, venenosas. Hoy pienso que tal vez sólo sean ficciones necesarias, cuentos nacidos del deseo, sueños imprescindibles para mis hijos, e incluso para mí, mientras estemos vivos. Quiero merecer lo más parecido a una buena muerte y para ello es importante que mis últimas palabras contribuyan a construir algo, aun si se trata precisamente del castillo de naipes que me gustarla derruir de un manotazo.*

*Morir bien no significa esquivar el dolor sino evitar las sorpresas. Si eres hindú, intentarás morirte en Varanasi, a ser posible durante el solsticio invernal y entre cánticos que enaltezcan los nombres de los dioses. Si no, si el final te sorprende en cualquier otro lugar, dirán de ti que no has muerto «tu propia muerte». O sea, como yo, que he muerto la de Judith, pero no la mía. Un caso como el mío sería curioso entre los ascetas hindúes. Aceptarían mi regreso. Tal vez no lo comprendieran, pero tendrían que aceptarlo como designio de los dioses. Me considerarían como una especie de alma en pena, como un fantasma. En consecuencia, me tratarían bien, serían compasivos conmigo y hasta se esforzarían por consolar mi espíritu, supuestamente atormentado. Sin embargo, se negarían a comer conmigo. Tiene una lógica aplastante: los fantasmas no comen. Podría ser más grave. Si perteneciera a la tribu de los dogon, al regresar al poblado me ignorarían por completo. Nadie me dirigiría la palabra. En cambio, cuando al fin muriera de verdad, reconocerían por fin mi existencia y celebrarían por mí los ritos necesarios.*

*Si fuera una lugbara debería morir en casa, tumbada en el lecho, rodeada de los míos y sólo tras pronunciar mis últimas palabras. Luego, alguien entonaría el cere con los hechos más notorios de mi vida. Creo que ya lo he contado. No sé si también he contado que eso sería especialmente importante para los lugbara sólo si yo fuera hombre. Como mujer, podría morir más o menos como me diera la gana, porque a nadie le iba a importar demasiado.*

*En general, el tiempo y el espacio señalan la calidad de la muerte, como de la vida. Sólo es buena si llega cuándo y dónde corresponde. Morir cuando no se espera, sea por una enfermedad prematura, por un accidente o por un acto de violencia, es una maldición. Y morir donde no toca es un error. Así de simple. Obviamente, a quien menos le importa la posible bondad o maldad de la muerte es al propio muerto. Los muertos, adiós. No importan, no saben, no se enteran. Lo que importa son los vivos, con su necesidad de orden perpetuo, con su obsesión por mantener la ficción de que la muerte es algo que siempre le ocurre a los demás. Por ser inmortales*

mientras estén vivos.

Incluida la nuestra, todas las tribus, menos los wari, tratan la muerte como si fuera el último león de un circo pobre: le echan cadenas al cuello, le liman los dientes, meten la cabeza en su boca para que los niños crean que está domada la fiera, que no es un cazador sanguinario e imprevisible, sino una gata doméstica. Para eso existen los ritos funerarios y las leyes de transmisión, para convertir en rutinario el único suceso de la vida que de ningún modo puede serlo porque sólo sucede una vez. Los aghori hindúes y los hechiceros dinka llegan al colmo de esa tergiversación porque celebran su funeral en vida, comandado por ellos mismos. Como líderes de sus respectivas comunidades, no tienen mejor fórmula que ésa para establecer su poder: son tan poderosos que llegan a presidir la ceremonia de su propia muerte. En el caso de los aghori el control llega hasta extremos tan inverosímiles que son incluso capaces de revertir la naturaleza de su cuerpo: permanecer minutos seguidos sin respirar, controlar mentalmente todos los fluidos vitales, incluido el semen, que según la leyenda llegan a hacer circular en sentido contrario; es decir, a absorberlo por el pene después de la eyaculación. Por medio de técnicas asombrosas entran en un estado que llaman samadhi; una existencia suspendida en el tiempo y en el espacio, una existencia gemela de la que vivía Brahma cuando creó el mundo, en la que no están ni vivos ni muertos porque se trata de un estado anterior incluso al nacimiento de esa dualidad. Se atribuyen la capacidad de controlar el tiempo de su desaparición. Se equiparan a los dioses.

Control. Por eso queremos morir en casa. Hay muchas diferencias según el hábitat, pero en general se puede concluir que las peores muertes tienen que ver con el bosque y el agua. La mía, ahogada en la jungla, encabeza el índice del catálogo universal de los horrores. A todos los efectos soy un alma en pena, incapaz de resucitar, reencarnarme o simplemente desaparecer.

No hacen falta más argumentos. Está clara la conclusión: si quiero morir bien, debo preparar el regreso. Ya no tiene sentido darle más vueltas. Bueno será que aproveche los pocos días que me queden aquí para resolver las dos dudas que ahora me mortifican. La primera puede parecer menor, incluso ridícula, una menudencia pragmática que tal vez el tiempo se encargue de solucionar, pero no consigo quitármela de la cabeza. ¿Qué hago? Mejor dicho, ¿cómo lo hago? Ésa es la pregunta que estoy rumiando a todas horas desde que decidí volver. Cómo lo hago. Cómo demonios lo hago. Se me ocurren posibilidades, pero todas quedan descartadas de antemano por absurdas, como si ni siquiera merecieran el tiempo malgastado en sopesarlas. Bajar a Sayaxché y enviar un correo electrónico. De igarcialuna@limbo.com, a mis hijos; asunto, el error: queridos todos, aunque os pueda parecer imposible, estoy viva y... Ridículo. Absolutamente ridículo. También podría llamar. Llamar a Alberto, supongo. Y qué le digo. Con qué voz de ultratumba



le cuento que estoy viva. A menudo me da por imaginar esa conversación y de inmediato descarto la posibilidad y vuelvo a pensar que es mejor el correo electrónico; menor el sobresalto, un poco más controlada la emoción, o al menos diferida. También podría volver y presentarme así, sin avisar, pero me parece sencillamente imposible. No creo que la mejor forma de poner punto final a esta tragicomedia sea convertirla en melodrama. ¿Qué voy a hacer? ¿Aparecer con una túnica blanca, arrastrando cadenas? Me lo tomo en broma porque no se me ocurre otra cosa. Volver sin avisar es imposible.

Por eso hago lo que hacemos todos cuando no sabemos qué hacer: nada. Paso días. Hace tiempo que no conecto el transmisor de radio, pero estoy segura de que en cuanto lo haga recibiré la noticia de que están ya a punto de llegar los turistas. Me voy a ir de aquí. Eso ya lo sé. Sólo estoy arañando un poco de tiempo para encontrar la fórmula menos dañina. Pienso en mis hijos todo el día. No hago otra cosa. Y en Julio. Pienso en cómo será el reencuentro. No al principio, no los sobresaltos iniciales, las alegrías y los lamentos desbordados. Eso durará lo que tenga que durar. Pienso en lo que ha de pasar luego, cuando nos miremos a la cara. ¿Sabe Julio que estoy muerta? Se lo habrán dicho, claro, y es probable que haya asistido tembloroso a los rituales de mi supuesta muerte como si las cenizas de Judith fueran realmente mías. Pero vete a saber qué piensan sus neuronas mientras bailan en el vacío. Es imposible prever su reacción: igual ni me reconoce, o me recibe emocionado como si regresara de un largo viaje, o me saluda con toda normalidad como si llevara tan sólo unos días sin verme.

Tampoco sé qué va a pasar con Alberto. Quizá se muera de vergüenza. O puede volverse loco, por una vez en la vida, cuando le diga mírame, Alberto, mírame a la cara, huéleme y dime que no soy tu madre. Si se lo digo. También puede ser que se indigne, que se deje llevar por la rabia de las preguntas, dónde coño estabas, mamá, y por qué has tardado tanto. Claro que habrá muchas preguntas, eso ya lo sé. No puedo negar a mis hijos el derecho de formularlas. Incluso Pablo, sus preguntas desconcertadas, sin palabras, sus preguntas con los ojos: quién le devuelve al pobre Pablo todas sus lágrimas. Y Serena, no lo quiero ni pensar.

Ah, no lo quiero ni pensar, pero no tengo más remedio. Porque ésa es mi segunda duda, menos urgente tal vez que la primera pero mucho más importante. Si no me fallan las cuentas, hace más de tres semanas que me dan por muerta. Es decir, hace por lo menos diez días que Alberto y Serena salieron de Flores con mis cenizas. Por cierto, a saber qué habrán hecho con ellas. Nunca hemos hablado de eso y ahora me parece extraño. Extraño que yo no les dijera nada, pero más todavía que nunca me lo preguntaran. Qué quieres que hagamos contigo el día que te mueras. Es una pregunta normal, ¿no? Supongo que muchos hijos la hacen. Y tal vez en mi familia hubiera sido más normal todavía. Bueno, sí les dije unas cuantas veces que yo lo que

quiero es que me coman, pero eso no cuenta; siempre lo tomaron como una excentricidad y yo permití que así fuera, que quedara como una broma algo que en el fondo es un deseo cierto y razonable. Podría escribir ahora mismo decenas de páginas con mis razones indiscutibles para desear que me coman, pero no estaba hablando de eso. Estaba hablando de Serena. De sus preguntas. Sigo la cuenta de los días. Supongamos que hayan dedicado dos o tres a cumplir los trámites necesarios para deshacerse de mí y de mi memoria: esparcir las cenizas vete a saber dónde, tal vez reunirse en la casa de Malespina y compartir sus recuerdos. Concedámosle al azar dos o tres días más, con cualquier excusa: tal vez Serena necesitara descansar después del viaje y las emociones, tal vez hayan perdido más tiempo del debido en trámites administrativos, notarios y esas cosas. Haga las cuentas que haga, llego tarde. No me cabe ninguna duda de que Serena ha estado ya en mi estudio. Si una cosa puedo decir de mis hijos es que han aprendido a repartirse las funciones. El orden le toca a Alberto. Por eso se encargó él de organizar todos los trámites administrativos relacionados con mi muerte: el reconocimiento del cadáver, por llamarlo así, la cremación, todo eso. En cambio la historia es cosa de Serena. Y como mi muerte me ha convertido en historia, estoy en sus manos. Me da terror. La mera imagen de Serena en mi estudio, con todos los cajones de mi archivo abiertos, llenando cajas de papeles, tomando notas, apuntando en algún cuaderno una lista interminable de preguntas, me da terror. Pobre Serena, me la imagino. Me imagino la avidez con que habrá abierto cada carpeta, su sorpresa, su indignación ante ciertas cosas que habrá encontrado. Y, sobre todo, me imagino y temo su inteligencia, su enorme habilidad para convertir cada dato nuevo en una pregunta acertada. Toda la historia de la familia entre interrogantes: afilados, punzantes, hambrientos. Y yo no sé qué voy a hacer. Durante muchos años me ha valido el silencio. He fingido no conocer las respuestas de muchas de las dudas que atormentaban a mi hija. No tengo que defenderme ante nadie, pero puedo decir una vez más que sólo hice lo que me parecía mejor para todos. Ahora eso ya no sirve. Ahora, la información que obra en poder de Serena me obliga a contestar. No puedo decir que no sé, que le pregunte a su padre, que no recuerdo. Algo tengo que decir. Algo, no cualquier cosa: la verdad o la mentira. Ésa es la duda. Sería fácil optar por la verdad, decirle a mi hija que sí, que esos papeles significan lo que ella teme que signifiquen. Siempre es heroica la verdad. Puedo acogerme a su fuerza, a su supuesta capacidad de limpiarlo todo a su paso como un torrente, a su efecto curativo. Pero también temo lo contrario: que en vez de limpiar arrase, que una dosis de ese calibre en vez de curar envenene. Es un faro la verdad: puedo señalar con ella la seguridad de la costa, iluminar los escollos, lograr que los barcos perdidos en la noche consigan al menos verse a sí mismos. También puedo quemar con su luz los ojos de mi hija. O peor aún, puedo usarlo como los piratas antiguos, que encendían hogueras en mitad de los arrecifes para

*que los barcos, engañados por aquella falsa luz de verdad, embarrancaran sin remedio.*

## SÁBADO

—¿Qué dirías si te preguntaran cómo era la abuela? —ha propuesto Luis a su padre, cuando ya casi terminábamos de cenar—. Sin enrollarte, ¿eh? En cuatro palabras.

—¿Cuatro? Distinta. Inteligente. —Una pausa—. Un poco misteriosa.

—Te falta una.

—Ya va. No es tan fácil. Estoy pensando. Lúcida, quizás.

—¿Y tú? —ha dicho Luis, mirando ahora a Pablo, para invitarlo a participar.

—Uf. Inteligente y distinta, hasta ahí estoy de acuerdo. Auténtica y... yo qué sé.

Canija —ha añadido, con esa sonrisa suya de duende.

—¿Qué os parece? ¿Probamos con el abuelo? —Luis tenía ganas de jugar.

—Déjalo, Luis —he intervenido—. No lo va a entender.

—Tú pruébalo —Pablo, azuzando—. No necesitas permiso de nadie.

—Abuelo, ¿cómo definirías a la abuela en cuatro palabras?

Papá se ha quedado absorto, mirando fijamente el cuenco de fresones que tenía delante.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que...

—Tenía unos pies preciosos —ha sonado de pronto su voz, esta vez firme y clara—. Callada. Única. Sorprendente.

—¡Toma ya! —ha exclamado Pablo, mirándome para afear mi escepticismo.

—Eso no vale, son más de cuatro palabras —Alberto, siempre tan meticuloso con las reglas del juego.

—Bueno, Serena; sólo faltas tú.

—A mí me vais a perdonar, pero yo paso. —Para no convertirme en el blanco de su insistencia, me he levantado de inmediato—. Me voy a regar las plantas, que lleva días sin llover. ¿Alguien pone una cafetera?

Es un juego, ya lo sé. Negarse a participar sólo sirve para darle más importancia de la que merece. Pero me cansa. Llevamos décadas jugando a eso sin saberlo, intercambiando etiquetas como intercambiábamos cromos en la infancia. Falti, tengui, decíamos. Repe, repe, repe, repe, falti, repe, tengui, repe, repe. Somos familia. Barcos del mismo astillero, hechos con cuadernas de la misma madera. Nos vemos venir. Hemos navegado muchas millas juntos. Estamos en mares distintos, pero nos conocemos de sobra los rumbos y los puertos. Podríamos tener largas conversaciones en silencio; sentados a la mesa, alguien enunciaría el asunto a tratar y luego bastarían las miradas para llevar los mensajes de ida y vuelta, explícitos hasta el detalle. Nos reconocemos en la distancia, como se reconocen ciertos barcos en la noche, aun en mitad de la niebla. Nos conocemos tanto que ni siquiera nos hace falta hablar. Quiero decir hablar de verdad, más allá del cacareo bondadoso que intercambiamos cada dos por tres. Más allá de las cuatro palabras sabidas de antemano. O sea: no es verdad que

nos conozcamos tanto.

Papá tenía un catalejo antiguo con el que solía espiar el horizonte de Malespina desde esta misma terraza y hacía gala de su habilidad para reconocer casi cualquier embarcación que lo cruzara. «Ahí va el *Altazor* —decía, tras echar apenas un vistazo—. No sé qué le pasa. Navega más despacio». Al cabo de un rato: «Mira, la *Pañacocha*. Sí que sale tarde hoy». Luego: «Ése es el mismo carguero que ayer bajaba hacia Barcelona. Ya va de vuelta a Génova». A veces oía el retumbo lejano de un motor y se atrevía a afirmar: «Poca pesca lleva hoy la *Salamandra*».

Reconocer no es volver a conocer, sino confirmar que alguien es quien ya sabías que era. Darlo por hecho. El reconocimiento es la mortaja del conocimiento. Mamá era distinta; todos de acuerdo. Pero qué significa distinta. ¿Inteligente? Sorprendente, dice papá. Menuda contradicción. Alguien sorprendente sería, por principio, imposible de definir. Decir que algo es imposible de definir es una manera de definirlo. Se encadenan las contradicciones; los eslabones de la cadena están vacíos de significado. No me interesa este juego.

¿Cuatro palabras? Déjame en paz, hombre. Las cuatro palabras que yo quisiera oír son las que nadie dirá nunca. Las que el silencio se tragó para siempre en la neblina pegajosa del cerebro de papá. Las que anteayer se retaban a duelo de navajas en la mirada herida de Alberto. Las de mamá, tal vez monosilábicas, o incluso pronunciadas en algún idioma que desconozco, en un parloteo tribal hecho de gestos primarios. Y las mías. Las cuatro palabras de Pablo sólo suenan delante de un piano. Cuando toca. No cuando ensaya, ni en las cada vez más escasas ocasiones en que acepta entretenernos: un poco de Beethoven para mamá, tres canciones para que papá pudiera cantar a *Everything happens to me* imitando a Chet Baker. No, digo cuando toca de verdad: cuando libera la manada de lobos que se esconden en su piano y le vienen a comer en la punta de los dedos y se dejan acariciar y le muerden las tripas y luego se van, dejando un fango pisoteado de almohadillas nerviosas y un silencio primitivo detrás. Esos lobos son sus cuatro palabras. Pobre Pablo, no sé qué va a pasar con su música. A menudo me quejo y le riño y le digo que tener éxito no es ninguna traición, que ha de cuidar más su carrera, que está lleno de manías, que parece una diva endiosada y caprichosa, pero no puedo dejar de admirar su valentía. Por no decir los sacrificios de toda la vida. Eso, incluso si le hubiera llevado a un fracaso rotundo, ya tendría por sí mismo un mérito enorme. Las horas de ensayo, por dios, los millones de horas y los calambres en los dedos. Nunca abandonó. Jamás, ni un día. Ni siquiera cuando Antonia se empeñó en convencerlo de que la música estaba muy bien como afición pero no para ganarse la vida. Le puso toda clase de trampas: ofertas espectaculares para que trabajara en la inmobiliaria de su papá, presiones insoportables. Antonia quería viajar mucho y divertirse y comer y cenar fuera y divertirse y disfrutar y tener un yate más grande y divertirse y vivir mejor y

divertirse; en resumen, aspiraciones muy legítimas si no fuera porque las usaba para angustiar a Pablo, que mientras tuviera un piano ni siquiera necesitaba respirar. Tenía veintiún años y acababa de cosechar los primeros triunfos, y lo llamaban para festivales y se peleaban por él las discográficas y los críticos decían que nunca, tal vez con la excepción de Tete Montoliu, Barcelona había producido un pianista tan universal como él. Y tenía que esconderse en casa de Alberto para ensayar con el Stenway sin que se enterase Antonia. Por eso no me da ningún apuro reconocer que, a pesar del escándalo que se armó, a pesar de lo embarazoso que fue el final, me alegré mucho cuando se separaron. No sé si alguna vez se lo he dicho a Pablo, pero aquella noche abrí una botella de champán.

Antonia era imbécil, creo que eso sí lo he dicho antes. No tengo ganas de perder el tiempo con ella, o sea que me permitiré el lujo de simplificar: era una pija. Una niña pija de las de entonces, de las de verdad. Por dios, si en vez de por favor decía «porfi». Y papi en vez de papá. Y decía o sea y decía y tal y seguro que ahora dice guay, todavía con esa voz empalagosa y nasal. O a lo mejor dice cool, porque también era muy moderna. Caramba, Pablo era músico, se supone que tenía oído. ¿Cómo pudo enamorarse de alguien así? Ya, tenía ojos también, y Antonia era una rubia preciosa, pero sigo sin entenderlo. Que un tipo inteligente, un tipo sensible, brillante, se enamorara de semejante personaje sigue siendo un misterio para mí. Él tenía toda una serie de excusas y decía que no hay mejor encuentro que el de los opuestos y hablaba de mundos complementarios. Yo que sé. Dicen que el amor es ciego y me consta que insensato también, pero no tiene por qué ser tan estúpido. La razón debe de estar escrita en sus cuatro palabras, y es probable que sirva también para explicar por qué se complica tanto la vida, por qué escoge siempre la opción más inviable, aquella que consigue ponernos a todos de acuerdo en que se va a estrellar. Si triunfa con un trío de jazz quiere que el siguiente disco sea sinfónico y si le aplauden sus versiones de clásicos decide componer música propia y si le alaban la digitación opta por el minimalismo y... Ahora se ha metido en un lío tremendo. Me lo contó en el viaje a Guatemala. Parece que su casa de discos le está presionando. Quieren que grabe ya y pueden exigírselo en virtud del contrato que firmó en su día. Además, quieren que vuelva a su música de antes, a la del éxito, a la que le llevó a llenar el Palau de la Música y a recibir invitaciones casi para dar la vuelta al mundo con su piano. Se niega. Dice que el error no es no tener un disco listo, sino haber firmado un contrato. Dice que nadie, ningún abogado, ningún juez, puede obligarle a grabar lo que no quiere. Cuando Pablo menciona la palabra abogado le crecen los colmillos. Dice que su próximo disco, cuando esté preparado para grabarlo, se llamará *El fin del mundo*. Pretende montar el piano en la cubierta de un buque y navegar una noche de tormenta aporreando las teclas con un martillo en cada mano. Bueno, él no dijo aporreando. Primero me lo tomé en broma. Le dije que por la parte de la tormenta no

se preocupara, que yo le avisaba con tiempo cuando se acercara una. Pero luego vi que iba en serio. Pablo tiene muchos defectos, o carencias, o como se llame. Pero hay que reconocer que a valiente no lo gana nadie.

Fue una buena conversación. En realidad, todo el vuelo hasta Guatemala fue fantástico porque tuvimos horas y horas para hablar como hacía mucho tiempo. Además, íbamos en primera, cómodos y bien atendidos. Detalle de Alberto; según Pablo, para compensar su sentimiento de culpa por no haber podido volar él. Nunca nos dijo exactamente por qué. «No puedo —insistió cuando tratamos de convencerlo de que él era el más idóneo para la tarea—. Imposible. Yo me encargo de todos los trámites, hablo con quien haga falta, hago todo lo que se pueda hacer desde aquí. Pero tenéis que ir vosotros». Mencionó la necesidad de atender a Luis, no sé qué juicios pendientes y juntas de accionistas y esas cosas suyas. Por supuesto, nos fuimos con el trabajo hecho, una carpeta con todos los nombres y teléfonos de contacto, todos, desde el cónsul hasta la funeraria, la reserva del hotel pagada por adelantado, el asiento del vuelo de empalme entre Guatemala capital y Flores reservado y confirmado. Todo por escrito y subrayado con marcadores fluorescentes de al menos tres colores. A la manera de Alberto. Precisamente de eso hablábamos Pablo y yo al despegar, de lo meticuloso que es nuestro hermanito, de lo raro que nos parecía estar ocupando un lugar que sin duda le correspondía a él, de sus mil cosas. Estábamos de acuerdo en que es el tipo más generoso del mundo. Pablo opina que toda generosidad implica un egoísmo y en eso ya no estamos tan de acuerdo, pero me resistí a entrar en esa discusión porque ya lo hemos hablado demasiadas veces.

Luego, estuvimos hablando un rato de mí. Reconozco que hice trampas y, si necesitara alguna excusa, supongo que podría decir que estaba hecha un lío. No tenía ningunas ganas de explicar que estaba embarazada, y por supuesto a Ismael prefería no mencionarlo. Así que hablamos un poco de mi trabajo, de casa... No sé, de esas cosas inofensivas. Pero viajaba con nosotros la sombra de mamá y poco a poco se volvió inevitable hablar también de eso. Al fin y al cabo, no íbamos a Guatemala de vacaciones. Le confesé que estaba muerta de miedo y de rabia, que nunca había estado de acuerdo con el viaje de mamá, que morir ahogada me parecía una de las formas más atroces de morir, sólo superable por un incendio, y que no me apetecía nada, pero nada de nada, enfrentarme a su cadáver; que, desde la noticia de su muerte, tenía pesadillas llenas de algas y estrellas de mar con uñas rotas en las puntas. Pablo me escuchó como sabe escuchar, sin interrumpirme, mirándome a los ojos, asintiendo apenas de vez en cuando y sin creerse obligado a opinar cada dos por tres sobre lo que le estaba contando. Me dejó terminar y luego contestó que a él le ocurría lo contrario, que necesitaba ver a mamá por última vez, que no podría dormir tranquilo hasta que la hubiera visto.

—Si puedo, le doy un beso de mariposa —dijo, y yo supuse que lo decía en

broma, por tranquilizarme, por quitarle trascendencia al asunto. Besos de mariposa nos daba mamá al acostarnos cuando éramos pequeños. Si no estaba de viaje. Primero, uno de esquimal, frotándonos la punta de la nariz. Luego, el de mariposa: pegaba su cara a la nuestra, ojo contra ojo, y entonces parpadeábamos para que chocaran las pestañas—. Y si no, al menos le veo la cara por última vez.

—Uy, calla. Vete a saber cómo estará. Dicen que a los ahogados se les infla la cabeza...

—Me da lo mismo —me interrumpió Pablo—. Inflada o no, es la suya.

—No te hagas el chulo —le contesté—, que te conozco como si te hubiera parido. Estás tan nervioso como yo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad te lo parece? Pues te equivocas. Bueno, ahora mismo un poco nervioso sí estoy, pero sólo porque no puedo fumar.

—Desde luego, Pablo —le dije, imitando la voz de mamá—, ni siquiera sabíamos que fumabas.

Era una broma. La entendió a la primera. Casi se atraganta de la risa. Me quedé un rato en silencio, sorprendida por mi propio comentario, por el recuerdo de Antonia que se escondía en aquella frase lanzada al aire sin pensar. Últimamente, desde que me pareció ver su cabellera en el coche que trajo a Pablo el otro día, no hago más que pensar en ella. Pero cuando pasó esto llevaba años sin recordarla. También me sorprendió la risa de Pablo. En realidad, desde que se separaron no habíamos vuelto a hablar de ella, ni siquiera a mencionarla así, medio en broma, con una indirecta. Desaparecida de la noche a la mañana; muerta en combate, y nunca mejor dicho. No creo que lo hiciéramos sólo por ahorrarle a Pablo un disgusto, porque ni siquiera en su ausencia, entre los demás, volvió a sonar el nombre de Antonia. Ahora me pregunto por qué. ¿Cumplíamos la máxima de papá, olvidar, pasar a otra cosa? No estoy segura. ¿Por respeto? ¿Sólo por respeto a la intimidad, al sacrosanto derecho de cada uno de hacer con su vida lo que le dé la gana? Ojalá, pero lo dudo. Me temo que también un poco por vergüenza. O por falta de costumbre. En casa cada uno ha lavado sus trapos sucios siempre en privado.

Fue una noche de julio de 1986. Pablo tenía veinticinco años recién cumplidos y, en teoría, estaba en el momento más exultante de su vida, pues apenas una semana antes había celebrado su primer concierto en solitario en el Palau de la Música de Barcelona, dentro del festival de jazz, y por primera vez con repertorio íntegro de composición propia, aplaudido a rabiar por el público, con varias peticiones de besos, y saludado en los días siguientes como escenario de su consagración definitiva. En el recibidor de mi casa, nada más entrar, está enmarcado el recorte de *La Vanguardia*. Pablo se molesta cada vez que lo ve y me pide que lo descuelgue. Ni hablar. Si no le gusta, que se joda. Eso lo ha heredado de mamá, esa falsa modestia tan vanidosa. Sólo le falta decir que son tontadas. A ver si no puedo estar orgullosa de mi hermano.



Me lo sé casi de memoria, por lo menos el principio: «Pablo Azuera no es sólo un pianista excepcional. Está llamado a escribir páginas fundamentales en la historia del jazz. Como Thelonius Monk en su momento, como Chick Corea después y Petrucciani en fechas más recientes, Azuera reinventa el piano, encuentra en su teclado claves nuevas y brillantes, pero a la vez tan lógicas y coherentes que constituye una sorpresa monumental el hecho de que nadie haya dado antes con ellas». Si no son las palabras exactas, poco les falta. Y luego, el final apoteósico: «El concierto de anteanoche supuso un aldabonazo definitivo en las puertas de la historia de la música, de la música con mayúsculas, más allá de cualquier género. Su música es como la vida: te emociona mientras la escuchas, pero no la comprendes hasta que termina». Toma ya. Qué te parece. Lo que se llama un éxito rotundo, por mucho que Pablo se esforzara en restarle importancia.

A los pocos días del concierto, Antonia convocó a toda la familia a una fiesta, una especie de homenaje. Había conseguido, sin que se enterara Pablo, una copia de la grabación completa del concierto que algún programa de televisión planeaba emitir meses después. O eso dijo. Era una fiesta sorpresa. Sorpresa. Ya verás qué chuli. Imbécil. Imbécil ella y estúpidos nosotros. Lo montamos todo en casa de Alberto porque su televisor tenía mejor sonido y porque así Antonia podía mantener a Pablo ajeno a los preparativos hasta el último momento. No sé con qué engaño lo llevó a la fiesta, pero Pablo pareció genuinamente sorprendido al vernos a todos y aceptó de buen grado que quisiéramos compartir y celebrar sus éxitos. Pasamos el aperitivo entre bromas y brindis y, al sentarnos a la mesa, servido ya el primer plato, Antonia se acercó al televisor, puso el vídeo, reclamó unos segundos de silencio y anunció:

—Ahora viene la sorpresa. Brindemos por el artista.

Ojalá fuera cierto que la memoria es selectiva. Ojalá la mía pudiera borrar para siempre ese momento. Recuerdo a Antonia como si la tuviera delante, casi puedo tocarla. Con la botella de vino en una mano, el mando a distancia en la otra. Llevaba un vestido negro corto, una gargantilla de coral rojo, sus pendientes de perla gruesa y los rizos rubios recién salidos de la peluquería, con reflejos claros y la cantidad justa de fijador. Y sobre todo sus ojos, la luz de sus ojos, una luz perversa, como de un faro que no buscara barcos en el horizonte para guiarlos, sino para poner en evidencia su fragilidad y, con un poco de suerte, iluminar su naufragio. Accionó el vídeo y, todavía sin sentarse, nos animó a mirar la pantalla.

—¿Un vídeo? No jodas —protestó Pablo.

—No, si la que jode no soy yo —contestó Antonia, y ahora me parece imposible que no nos diéramos cuenta de lo que se avecinaba, que nadie hiciera nada para impedirlo—. Chssstt —llevándose un dedo a los labios acalló el murmullo colectivo—. Un poco de silencio, porfi, que al principio no se oye del todo bien.

La pantalla permaneció negra y sólo se oían unos sonidos irreconocibles y lejanos

al principio; luego, poco a poco, aún confusos, pero ya interpretables: goznes de una puerta, tal vez un ascensor, una voz de hombre, una risa de mujer, pasos mullidos sobre una moqueta. De pronto, mucho más claro, el sonido inconfundible de una llave al penetrar en una cerradura. La pantalla seguía en negro.

—¿No íbamos a ver el concierto? —pregunté. Ingenua. Gilipollas.

—Ah, ¿es el concierto? —Pablo parecía aliviado.

Supongo que la cámara estaba preparada para empezar a filmar cuando se abriera la puerta porque ése fue el momento en que aparecieron las primeras imágenes. Una habitación impersonal como las de miles de hoteles: la cama en el centro, flanqueada por dos mesitas de noche, cada una con su lámpara. Por el escorzo forzado de la imagen, supuse que la cámara estaba en un rincón del techo. Se apreciaba casi toda la habitación, pero el enfoque estaba centrado en la cama, dejando el resto de la habitación en una especie de penumbra. De pronto, por el lado izquierdo de la pantalla, todavía desenfocados, se adivinaban los bultos de un hombre y una mujer, o tal vez debería decir el bulto, sólo uno, porque entraban abrazados, quitándose a empellones la ropa, en una especie de baile circular y apretado que sólo se detenía junto a la mesita de noche, antes de llegar a la cama, apenas un par de segundos, el tiempo suficiente para que el hombre, sin desembarazarse del todo del abrazo, diera un par de caladas profundas a la colilla que fumaban a medias, entre beso y beso, y luego la aplastara en un cenicero.

Pablo soltó los cubiertos en el plato con un golpe seco, pero nadie lo miró. Mejor dicho, todos lo mirábamos pero no a él directamente sino a aquel remedo suyo que, inconfundible ahora, sin tomarse siquiera el tiempo de destapar la cama, sentaba en ella a la mujer y amasaba sus pechos con afán de panadero. Tan pronto entendió que el protagonista de aquellas imágenes era su hijo, papá masculló: «No tengo por qué ver esto». Se levantó, se fue y se encerró en la cocina. A olvidar, supongo. A pasar a otra cosa. Mamá parecía una figura de mármol atornillada a la silla.

A los pocos segundos, toda la familia hablaba al mismo tiempo, menos Pablo, que había fijado en Antonia una mirada asesina y tenía los labios sellados. Y yo, que hubiera querido arrancarme los ojos con tal de no seguir contemplando aquel despropósito pero no pude evitar que mi mirada quedara prendida de la escena. Antonia no se había sentado, ni obviamente pensaba hacerlo. De pronto, justo en el momento en que Pablo, con los pantalones por los tobillos, penetraba a la mujer, Antonia subió el volumen del televisor hasta una altura insoportable y el comedor quedó invadido por una serie de jadeos y exclamaciones que no detallaré aquí, no tanto por sentido del pudor como por la pena, la inmensa pena que me daba Pablo. Sólo diré que, si a él parecían sobrarle manos y brazos y pollas por todo el cuerpo, no era menor la cantidad de piernas que le brotaban a aquella mujer, ni la fuerza con que las usaba para envolverlo como si fuera a tragárselo, como si aquella filmación

hubiera de convertirse de pronto en una especie de dibujos animados apocalípticos en los que los dos cuerpos acabarían por desaparecer, dejando sólo el rastro de un charco húmedo sobre la cama. Qué contradicción: cuanto mayor era el placer que se desprendía de aquellas imágenes, más hondo resultaba el dolor que producían. Por el rabillo del ojo alcancé a ver a Pablo, quieto y silencioso como una estatua pero altivo, aferrándose no sé cómo a la dignidad de su orgullo. Yo no sabía a qué Pablo mirar, porque no quería ver a ninguno de los dos; ni al que guardaba silencio a mi lado, ni al que jadeaba en el televisor. Me iban los ojos como avispas, de Antonia a Pablo, al otro Pablo, a mamá, a Antonia de nuevo, hasta que se me escapó un grito:

—¡Basta! ¡Por favor!

Al mismo tiempo Alberto, como siempre, escogió la acción: se levantó, se acercó al televisor con dos grandes zancadas y arrancó el enchufe de cuajo. A Antonia no pareció importarle que se interrumpiera la emisión de su venganza. Misión cumplida. Con un último gesto teatral, vació su copa de vino en la pechera de Pablo y, sin decir palabra, se dio la vuelta y abandonó la sala, y acto seguido la casa, con un portazo. Hasta hoy. Bueno, hasta el martes pasado, si mis sospechas son ciertas. Siguió un silencio descomunal, de cemento, roto sólo cuando mamá encontró una manera perfecta de resumir lo que sentía y dijo, con voz temblorosa y baja, pero audible para todos los presentes:

—Desde luego, Pablo, ni siquiera sabíamos que fumabas.

En otras circunstancias, hubiera sido una broma excelente. Pablo, que desde el momento en que Antonia accionara el vídeo no había abierto la boca ni por un instante, reaccionó con ese sentido del humor que no se sabe bien si nace de la resignación o de la rabia:

—No te preocupes, mamá —contestó, como si la escena que acabábamos de presenciar hubiera sido un incidente carente de la menor importancia—. Fumo muy poquito. Sólo un canuto de vez en cuando.

Ahora se ríe. Por lo menos el otro día, en el avión, se moría de risa. Pero las pasó putas. Nunca lo he visto tan nervioso como en aquel tiempo. Lo curioso es que, bromas aparte, era cierto que fumaba poco. Fue a partir de entonces cuando empezó a empalmar un cigarrillo tras otro. Y además de esa manera tan compulsiva: sin pausas entre caladas, aspirando como si le fuera la vida en ello, fumándose hasta el filtro. No fue el único cambio. Nunca más tuvo una pareja formal. Empezó a desarrollar sus largas teorías sobre lo que es auténtico y lo que no. Se encerró aún más en sus partituras. Creo que también fue entonces cuando nació esa especie de desprecio suyo por la ley, concretado en una manía persecutoria según la cual todos los abogados del mundo vendrían a ser representantes en la tierra del mismísimo diablo. Todos, incluido su hermano Alberto, cosa que es hoy en día motivo de bromas continuas entre los dos, pero que, en los meses inmediatos a la separación, provocó más de una

pelea. Antonia había decidido hacer de su vida un infierno y para ello no dudó en recurrir a la vía judicial: no sólo solicitó la venta de las propiedades comunes sino que, amparada en las pruebas demoledoras que todos habíamos visto y aduciendo unas secuelas que más de un psicólogo se aprestó a documentar, exigió una compensación económica que Pablo de ningún modo podía satisfacer. Él no quiso saber nada del asunto. Contestó a los requerimientos notariales con el silencio y, ante la insistencia de Alberto para que negociara una salida airosa, se limitó a responder que estaba demasiado ocupado con su música como para perder el tiempo con leguleyos. «Que me denuncie. En la cárcel hay mucho tiempo para componer. Ni siquiera necesito un piano», llegó a decir. Menuda herencia de tozudez y melodrama llevan los genes masculinos de esta familia.

Al final, Alberto solucionó el problema a su manera. Llamó a Antonia y la citó en un café. Según me contó, la conversación fue tan breve que ni siquiera dio tiempo a que se acercara un camarero para tomarles nota.

—No quiero ver a mi hermano ante un juez —dijo Alberto tras el inevitable intercambio de saludos y banalidades—, ni pienso permitir que lo vuelvas loco.

—Tranqui, cariño, no te preocupes por eso —contestó Antonia. Imagino su sonrisa de serpiente—. Para volverse loco se basta él solito.

—Precisamente por eso quiero que lo dejes en paz.

—Pues hay una forma muy sencilla de conseguirlo.

—¿Cuánto quieres? —atajó Alberto.

—Cuarenta kilos.

—Estás loca. Sólo te corresponde la mitad del piso y del coche.

—Y una compensación por mi salud mental. Estoy muy deprimida.

—Ya he visto tu demanda. Eres muy lista. Y tu abogado, muy bueno. Quiero decir, el abogado de tu papi. Pero no hay hijos de por medio. Tendrás que contentarte con menos.

—¿Por ejemplo?

—Diez.

—Ja, ja, ja. De qué vas, tío. Ni en broma. Tú sí que estás loco.

—Quince, y lo arreglamos ya.

—Dieciséis. Un talón conformado. Esta tarde.

—Dame veinticuatro horas.

—Tienes hasta mañana. A las dos termina el plazo. Y os estoy haciendo un favor.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—No seas cínico, Alberto. No lo estropees. Lo mires como lo mires, yo soy la víctima de esta historia.

—Puede ser. Incluso te concedo que comprendo tu rencor. Pero tú me reconocerás que, reducido a una mera cuestión de dinero, se vuelve un poco vulgar.

—Eso te lo diré mañana, cuando me hayas pagado.

Al día siguiente, en el mismo lugar, Alberto le entregó el talón y se aseguró de que ella firmara una serie de papeles con las correspondientes renunciaciones. Aquella misma tarde, cuando Pablo se enteró del acuerdo, montó en cólera, acusó a Alberto de entrometerse en su vida privada, y amenazó con hacer alguna locura, aunque nunca llegó a concretar de qué clase de locura estaba hablando. Alberto trató de aplacarlo, pero el diálogo entre dos mentes tan obcecadas no fue precisamente pacífico:

—Con la ley en la mano —le explicó—, es el mejor acuerdo al que podías llegar.

—Ya. Será legal, pero no me parece justo. Aunque ése es un matiz imperceptible para un abogado.

Indignado, Alberto le dio un repaso histórico. Le dijo que no tenía ningún derecho a hablar de justicia. Le recordó que la ley estaba de parte de Antonia y que las pruebas eran concluyentes. Pablo contestó que ninguna ley le podía decir dónde tenía que meter la polla y que lo único que demostraban las pruebas era la intención de Antonia de hacerle la vida imposible. Alberto contraatacó diciéndole que para eso no hacían falta pruebas ni detectives, ni cámaras ocultas, que eso lo habían sabido todos desde antes de que se casaran, todos menos él, y que, si no había sido capaz de darse cuenta a tiempo de que se casaba con un ser materialista y sin escrúpulos, ahora no le quedaba más remedio que apechugar y cargar con las consecuencias. Por desgracia, me tocó presenciar esa conversación, aunque me guardé mucho de abrir la boca. Si alguna vez han estado cerca de llegar a las manos en serio fue en ese momento. Luego Alberto, viendo que la confrontación no le llevaba a ningún lado, cambió de estrategia.

—Es lo mejor para ti —le insistió—. Ya está pagado. Ya te puedes olvidar del asunto. Ahora podrás concentrarte en tu música.

—Tengo edad más que suficiente para ser yo quien decida qué es lo mejor para mí. Además, te equivocas. Puede que no me sobre el dinero como a ti, pero nunca he tenido una deuda. La mera idea de deberte ese dinero me pone histérico. Y así no hay quien se siente a componer. Cómo quieres que me concentre. Además, no sé de dónde sacaré el tiempo. Voy a tener que trabajar mucho para devolvértelo.

—No tienes que devolver nada a nadie.

—¿Y debértelo toda la vida? No, gracias.

—No seas tan orgulloso, Pablo. Me lo estás poniendo muy difícil. Antonia te tenía cogido por los huevos, y nunca mejor dicho. En realidad, es muy sencillo: a mí me sobra y a ti no. Para eso somos hermanos, joder. Mira, es como si hubiera hecho una inversión.

—¿Una inversión? ¿Ahora soy un caballo de carreras?

—No, cabrón. Eres un músico. Un pedazo de músico. Y tu talento es mi

inversión. Yo liquido el problema con Antonia y tú te dedicas a componer y me lo devuelves con tu música.

—No, Alberto. Mi música no es moneda de cambio. Te pagaré peseta por peseta, así pasen mil años.

Y lo hizo. Por supuesto, no gracias a los ingresos que le proporcionaran los cinco discos que ha grabado desde entonces. Por mucha admiración que produjera entre los especialistas el talento de mi hermano, el jazz no da para tanto. Además, ése fue el cambio fundamental que aquellas circunstancias provocaron en él. Sería difícil rastrear hasta qué punto se debió a su conflicto con Antonia, pero no debe de ser casualidad que justo en aquella época Pablo abandonara el camino que le había llevado al éxito. Poco a poco, su música se volvió menos complaciente, más oscura y personal. Llámalo como quieras: más incomprensible. Supongo que el talento salió ganando con el cambio. Su prestigio aumentó y terminó por convertir a Pablo en eso que llaman «compositor de culto», admirado y respetado por los demás profesionales como los pioneros que se atreven a abrir caminos, pero cada vez se le hacía más difícil llenar una sala de conciertos, hasta el extremo de permitirle apenas vivir de su música con muchos apuros. Admiro la manera en que ha sido capaz de mantenerse fiel a sus dos compromisos contradictorios: uno con su arte, en el que desde entonces no se ha permitido en ningún momento la menor concesión a la facilidad; el otro con Alberto, a quien ha ido pagando poco a poco, un sobre ahora, un talón después, con el dinero que ganaba en empleos de toda clase para los que robaba horas interminables al sueño, al ocio, a todo menos su música. Así ha pasado los últimos años: cada vez más castigado, más necesitado de sueño y descanso; pero también más feliz, si por felicidad entendemos un cierto aire que transmiten quienes han logrado vivir de acuerdo con sus prioridades, cualquiera que sea el sacrificio exigido en pago por ese logro.

—Al menos entonces fumabas sólo canutos —le dije el otro día, en el avión, por seguir la broma—. Y pocos.

—Fumaba menos, es verdad —me contestó, ya recuperado del ataque de risa. Por un momento parecía que se tomaba el asunto en serio—. Y me aburría más —añadió.

Pasamos el resto del viaje criticando a mamá con un cariño inmenso. Nos reímos de ella a gusto. Fue un buen homenaje. Nos dio por recordar sus pataletas cuando papá mencionaba a la rusa y luego ya no hubo modo de detener el carrusel de la memoria.

—Pobre mamá. El único que cumplió sus expectativas fue Alberto —dijo Pablo cuando ya nos acercábamos a Guatemala. Llevábamos todo el viaje hablando, sin pegar ojo—. Yo tenía que haber sido médico. ¿Te lo imaginas? Pobres pacientes. Y tú abogado, o arquitecto, o cualquier cosa seria, en vez de pasarte la vida mirando el cielo.

Pasarme la vida mirando el cielo. Mamá lo llamaba así. Contar nubecitas. Jugar a los ciclones. Pero no se opuso nunca, eso hay que reconocérselo. Se lo dije a Pablo. Lo reté a que recordara una sola ocasión en que mamá hubiera entorpecido cualquier decisión nuestra con su opinión, o nos hubiera chantajeado con sus expectativas. Me contestó algo que incluso ahora me hace dudar, pese a que desde entonces le he dado unas cuantas vueltas. Dijo que el silencio de una madre no es una declaración de paz, sino la bomba que pone fin a la guerra. Dijo que cuando una madre se reserva su opinión lo que hace es transmitirla de un modo incontestable.

—Nosotros sabíamos perfectamente lo que opinaba por mucho que se lo callase —dijo para convencerme—. Si lo hubiera dicho, por lo menos nos habría concedido la oportunidad de discutirlo. Como no decía nada, tomábamos nota igual de su censura y encima no podíamos rebatirla. Es un método infalible. No digo que se lo inventara ella. Supongo que muchas madres lo hacen.

—Por lo menos tú contentaste a papá, que quería un artista en la familia. De hecho, se lo debes en parte a él.

—¿Sí? No estés tan segura. Es verdad que me estimuló siempre, pero también estuve a punto de abandonar más de una vez por su culpa. Bueno, culpa no es la palabra, no quiero juzgarlo. Pero yo sentía que me imponía la obligación de ser artista. Como si el hecho de que el abuelo Simón no hubiera podido ser actor estableciera la obligación de que, en cada generación de la familia, un hombre vengara esa injusticia. Papá pintando, yo con el piano... Bueno, por suerte eso se acabó.

—¿Qué quieres decir?

—Hombre, Luis no va a recoger ese testigo. Yo tengo muy claro que no quiero hijos, y tú, como no te des prisa...

—¿Me estás llamando vieja?

¿Me estás llamando vieja? Qué estúpida. Qué truco fácil y barato, disfrazar la verdad con una broma.

El anuncio de la llegada a Guatemala puso fin a la conversación. Se acabaron las bromas, los recuerdos, todo. Se acabaron las risas y empezó el prólogo de las lágrimas, que se iban acumulando ya para desbordarme durante los dos días siguientes. Rogamos a los pasajeros que se abrochen el cinturón, coloquen el respaldo de su asiento en posición vertical y se vayan preparando para ver a su madre muerta. Casi me sonó así. Como si la misión de aquella voz metálica fuera recordarnos para qué estábamos allí. Ya no volvimos a abrir la boca. La mano que Pablo me clavó en el muslo mientras aterrizábamos pretendía tranquilizarme, pero para saber eso había que conocerlo mucho, porque todo su cuerpo lo desmentía, hasta la piel de la cara, arrugada en torno a sus ojos como si quisiera enterrarlos, y las cejas, que parecían huir de un ataque repentino de avispas mientras sus pies tanteaban pedales

inexistentes y todavía un rato después la mano, la misma mano que pretendía calmarme, me dejaba marcados en el muslo derecho los veinticuatro preludios de Bach, con fugas y todo. Siempre me sorprende la fuerza de sus manos, que no son lo que la gente espera de un pianista: anchas, carnosas, rematadas por dedos más bien cortos, manos de viejo labriego resabiado.

Apenas pasamos una hora en el aeropuerto de Guatemala y resolvimos la incomodidad de los silencios riéndonos de Alberto, de la exactitud del plan trazado para nosotros, con el tiempo justo para el cambio de vuelo medido con un perfeccionismo que se confirmó con el coche que nos esperaba al salir del aeropuerto de Flores y con las dos suites del Hotel Petén, pagadas de antemano y listas para recibirnos. Era de noche ya cuando llegamos, y no había nada que hacer hasta el día siguiente, salvo llamar al cónsul y dar noticia de nuestra llegada. Pablo no quiso ni cenar y, amparándose en el cansancio acumulado por el vuelo y en la necesidad de levantarnos temprano a la mañana siguiente, se fue directo a dormir. Bueno, a la cama. No sé si durmió o le pasó como a mí, que después de cenar una ensalada y un jugo de no sé qué me pasé media noche en la cama con los ojos abiertos y la otra media dando vueltas a la habitación como dicen que las dan los fantasmas, o las bestias encerradas. Era la cuarta noche de la cuenta infernal inaugurada en el momento en que me dieron por teléfono la noticia de la muerte de mamá. Sólo la ayuda del arsenal médico de papá, sus lextatines, sus tranxiliums, me había permitido robarle al insomnio algún rato las tres noches anteriores. Un sueño despedazado en ratos sueltos e interrumpido a trompicones, un sueño bastardo y traidor. Aunque llevaba las píldoras en el neceser, aquella noche en Flores, entre el insomnio y la pesadilla escogí lo primero. Y así me fue. Sólo quien escoge se puede equivocar y yo en aquel viaje me equivoqué más de una vez, desde el principio, porque tenía que haberme negado a ir, ése fue el primer error, no reunir el valor suficiente para decirle a Alberto que no, que de ninguna manera, que yo no sirvo para estas cosas, que yo no estaba preparada, cómo iba a estarlo, si veo una gota de sangre y me mareo; y me volví a equivocar esa noche, ya digo, en vela y descompuesta, con los párpados oxidados por el miedo a las pesadillas, como si de verdad el insomnio pudiera aniquilarlas, como si desde entonces no me persiguieran incluso cuando estoy despierta por culpa del último error, el más grave, que cometí a la mañana siguiente, cuando me negué a ver a mamá. Porque yo no vi a mamá muerta. Ya está. Ya lo he dicho. No la vi. Tres palabras.

Debería ser más fácil decirlo, y más duradero el alivio que me provoca. Ése fue mi gran error, decirle a Pablo, en la misma puerta de la funeraria, que no podía, pedirle perdón, perdón mil veces y decirle que no, que era imposible, que no era capaz, que no me fiaba de mi memoria, que yo sé cómo soy y cómo me agarro a las cosas y cuánto me cuesta olvidarlas, que no podían hacerme eso, ni él ni Alberto ni



nadie podía obligarme a cargar para siempre con esa muesca imborrable en la memoria. Y Pablo hizo lo que sabe hacer: me abrazó y quiso secarme las lágrimas y me dijo no seas tonta, si no pasa nada, pero claro que nadie te va a obligar, entro yo solo y la veo y le doy un beso de tu parte, tontorrón. Entramos en la funeraria y yo me tuve que apoyar en la pared y se me vencían las piernas, casi como el otro día, cuando me corté, estaba resbalando, lejos ya, muy lejos. Pablo fue a buscar alguien que me atendiera, cumplió con las presentaciones y los trámites burocráticos y, mientras a mí me daban agua y conversación que no bebí ni escuché, a él se lo llevaron por un pasillo, acompañado por dos señores pequeños y un montón de condolencias enormes. Ojalá Pablo hubiera sido capaz de obligarme a entrar. Sí, señor. Llevarme en brazos si era necesario, ponerme a la fuerza delante del cuerpo de mamá. Decirme que ya no tenía edad para esconder la cara. La verdad, y no el insomnio, era el único remedio para mis pesadillas. Pero no lo hizo y aquí sigo con ellas. Salvo cuando escribo.

Otra contradicción: sólo invocar la memoria me sirve para huir de los recuerdos. Ya no sé muy bien qué pensé mientras Pablo reconocía a mamá. Sé que todo me parecía muy extraño. Servicios Funerarios la Esperanza. Yo esperaba una morgue, como en las películas. Gente uniformada, neveras de aluminio y etiquetas colgadas del dedo gordo de un pie. No una funeraria revestida de un mármol que se esforzaba demasiado en representar el color de la carne. Esperaba trámites procelosos y largas explicaciones, y no la rapidez con que Pablo regresó, pasados apenas diez minutos y, mostrándome la mochila de mamá como si fuera una reliquia adorada, me dijo:

—Ya está. Tienes que firmar unos papeles ahí, en ese mostrador. Y luego nos podemos ir.

—¿Y mamá? —le pregunté.

¿Y mamá? Como una niña perdida en el bosque. Como si Pablo hubiese podido contestar: «Salvada. Se agarró a una balsa. La rescató un vapor italiano y está en Buenos Aires. Ha enviado un telegrama». Como si una voz garabateada en tinta vieja hubiese podido decirme: «No se sabe que haya ocurrido novedad alguna en los alrededores de este establecimiento». ¿Y mamá? Muerta, qué te pasa.

—Volveremos esta tarde para incinerarla. Firma eso, luego te lo cuento todo.

Bien pensado, el viaje entero fue como un sueño y así lo recuerdo. Como un sueño de mentira. Como la mala película de un sueño. El paseo a orillas del lago y las explicaciones de Pablo. Le habían propuesto que fuéramos al río Petexbatún, a ver el lugar del accidente.

—Creía que era en el río Pasión. Eso me dijeron por teléfono.

—Es casi lo mismo. El Petexbatún es un afluente del Pasión que llega hasta una laguna que se llama igual —me explicó—. Dicen que no queda muy lejos, pero es un poco pesado. Hay que ir hasta no sé dónde en coche y luego coger una canoa y...

—Yo paso —lo interrumpí—. Si quieres ir tú, te espero en el hotel.

No tenía ningún sentido. Para qué. Tal vez el lugar fuera el mismo, pero el agua ya no lo era. Pablo tampoco quiso ir.

Le habían explicado los trámites necesarios. La opción de llevarnos el cuerpo implicaba un proceso largo y molesto, con los correspondientes problemas de traslado, la intervención forzosa de los ministerios de sanidad de Guatemala y España, permisos y licencias... Estaba claro que resultaba más práctico incinerarla, pero me entró una duda.

—¿No deberíamos llamar a Alberto?

—No. Ya lo he decidido. Está todo listo para esta tarde, a las tres y media. Así nos da tiempo a tomar el último vuelo a Guatemala y tal vez incluso empalmemos con el que sale esta noche desde allí a Madrid.

—No sé, Pablo. A lo mejor es un poco precipitado. Conociendo a Alberto, es capaz de estar preparando un entierro por todo lo alto.

—¿Por todo lo alto? Pues que se lleve las cenizas al Himalaya. Además, estoy seguro de que lo entenderá. Es lo más práctico, y Alberto siempre entiende ese argumento. Y si no, que hubiera venido él. Luego lo llamamos desde el hotel y se lo contamos todo.

Así quedó zanjada la cuestión. Pablo contestó con evasivas a todas mis preguntas sobre el estado del cuerpo de mamá. Me aseguró que la tenían embalsamada, que no estaba muy deteriorada porque la habían encontrado apenas unas horas después de ahogarse y se negó directamente a dar detalles, con el argumento de que si no había querido entrar a verla carecía totalmente de sentido que luego me empeñara en conocerlos.

Pobre, seguro que callaba con la mejor intención. Pero yo sé insistir. Insistir y preguntar. Al final, no tuvo más remedio que entrar en detalles; primero vagos e inconcretos, como si en vez de a su madre hubiera visto una fotografía; luego, poco a poco, se dejó llevar. Supongo que también necesitaba aliviarse, contar lo que había visto. Yo lo escuchaba para grabar en la memoria todos aquellos detalles, como si su relato me permitiera borrar mi cobardía y convencerme de que lo había visto con mis propios ojos. Cuando dijo que la cara de mamá estaba partida de arriba abajo le pedí que no siguiera, pero ya era demasiado tarde. Ya sabía que había sido un error no entrar a verla yo misma. Que mi imaginación se iba a portar conmigo mucho peor que la vida con mi madre.

Como un sueño extraño fue el almuerzo en el hotel, rodeados de italianos elocuentes y mochilas saturadas, en la terraza, junto a la piscina, como si estuviéramos allí para tomar el sol. Como un sueño el rato que pasé sola, mientras Pablo llamaba a Alberto por teléfono. Como un sueño el lago Petén, que casi acudía a lamerme los pies, sus aguas malditas, que en mi imaginación procedían del río Pasión

o Petexbatún o como quiera que se llamara, sus aguas en mis ojos otra vez hasta que volvió Pablo. Qué bruto es a veces, y sin embargo cuánta delicadeza invirtió en mí aquellos días, cuánto esfuerzo por entretenerme y no dejarme pensar, con qué cariño me llevó de nuevo hasta la funeraria por la tarde, hablando de mil cosas como si estuviéramos de paseo, restándole importancia a mi cobardía, cómo estuvo pendiente de mí mientras fue transcurriendo el sueño, porque lo era, tenía que serlo, un sueño absurdo en el que me obligaban a escoger una urna y todas me parecían cursis y ridículas, un sueño extraño en el que el fuego asomaba apenas unos segundos por una boca metálica y nos echaba el aliento en un rugido imposible antes de tragarse la madera y los huesos y la carne. Recuerdo que mientras duró la ceremonia, si es que aquella incineración merecía tal nombre, sonaba por unos altavoces invisibles una música torpe de violines entrometidos, ajena al tecleo de dedos nerviosos que el pobre Pablo agitaba en el piano de mi hombro.

Y un sueño el regreso. Pero un sueño de verdad, atiborrado de pastillas, interrumpido sólo un par de veces por Pablo, que me sacudía para avisarme que estaba llorando. Otra vez. Menuda novedad. Alberto nos recogió en el aeropuerto al llegar a Barcelona. No lloré más. De camino a casa, muerta de cansancio, asistí al recuento preciso de todos los detalles, exigido por Alberto y brindado con paciencia por Pablo. Desde el asiento trasero del coche de mi hermano lo escuché todo en silencio, sin intervenir siquiera cuando vi que el plural se imponía, que al fuimos y llegamos y vimos y hablamos y nos dijeron le sucedía el nos llevaron y entramos y la vimos y la reconocimos, y allí mismo, en el coche, Pablo le daba a Alberto una carpeta con todos los papeles, y nuestras firmas al pie confirmaban su plural bienintencionado, porque desde el principio entendí que no era una confusión, ni un despiste, ni un equívoco, sino una mentira, una mentira piadosa y protectora, porque yo no vi a mamá, yo no reconocí a mamá y ahora todos creen que sí, incluso Pablo lo ha dicho tantas veces que tal vez él mismo se lo crea. Culpa mía. Culpa mía por negarme a verla y por no intervenir en aquel mismo momento, aunque no era fácil, porque nunca es fácil afearle a nadie la mentira con que intenta protegerte. Recuerdo que repasé los proverbios de Li Po, pero no encontré ninguno que se aplicara al caso, salvo que fuera el séptimo, el único que no estoy segura de entender bien: «El miedo a la verdad es la madre de la mentira, como el miedo a la verdad es el padre de la verdad».

## CON LUIS

No hace falta que se lo diga. Me mira a los ojos y pregunta: cuándo dices que viene ese futuro. Hago ver que no lo entiendo. Qué dices. Qué cuándo viene ese futuro. Serena, joder, que para cuándo esperas. Cómo lo sabes. A ti qué te parece. Me vienes a ver para contármelo, pero te da miedo. Me hablas del futuro. Estoy loquito, Serena, pero no soy tonto.

Quería decírtelo, Luis, pero no sabía cómo. Es muy fácil. Se dice: estoy embarazada. Ya, pero me daba miedo. Miedo por qué. Porque no puedo estar segura de que no se lo contarás a nadie. Tienes razón, concede. Es un riesgo que has de correr. No te puedo prometer nada. Lo más normal es que no lo diga si nadie me pregunta. Por qué te iban a preguntar. Por nada, ¿qué vas a hacer? ¿Lo vas a tener? Coño, me gustaría tener un primo. Aunque sea un criajo de mierda. No hables así, Luis. Además, aún no sé si lo voy a tener. No sé por qué dudas tanto; es tu última oportunidad. De eso nada, no soy tan mayor. Claro, puedes esperar unos años más. Tener un hijo a los ochenta. A lo mejor así conseguirías lo que quieres. No te entiendo. Si esperas muchos años, a lo mejor en vez de un hijo pares un padre. Me parece que eso es lo que te gustaría. Tener una criatura en los brazos y llamarlo papá y contarle cuentos. Contarle los mismos cuentos que te contaba tu padre. Cerrar el círculo. No parir el futuro, sino el pasado. Qué morbo, Serena.

Me voy. Me gusta que diga la verdad. No me gusta que diga esas cosas.

*¿Tan grave es? ¿Tanto me importa que Serena escarbe en mi estudio? Importar no es el verbo adecuado. Me incomoda, me molesta un poco. Ya sé que la intimidad es cosa de tiempos pasados, pero resulta que son los míos. He sido siempre celosa de mi intimidad. He procurado conservarla, protegerla. Nunca he escrito nada que pudiera considerarse exactamente un diario, pero he tomado tantas notas y guardado tantos papeles relacionados con mi vida que cualquier persona capaz de darles orden y un cierto sentido podría juntar con ellos algo muy parecido a mi autobiografía. Si esa persona es Serena, razón de más. Casi puedo verla registrando un documento tras otro, cuaderno en mano, tomando notas, escribiendo listas de preguntas y respuestas no tan relacionadas entre sí como ella cree, imaginando lazos inexistentes entre un papel y el siguiente, buscando patrones de lógica irrefutable que expliquen toda mi vida, improvisando teorías para sustituir el azar por la razón. El resultado será una biografía incompleta o, en todo caso, apuntalada por su imaginación, que deberá inventar los sucesos ignorados, las razones nunca escritas. Sin embargo, no será más falsa que si la escribiera yo misma; yo también invento lo que no alcanzo a entender de mi propia vida y esas invenciones forman parte de lo que soy.*

*Está bien que mi hija lea todo eso. Un poco pronto, tal vez. Habría sido mejor retrasar ese momento hasta que yo estuviera muerta de verdad y no negaré que me provoca una sensación de impudor casi pornográfico, como si de repente, en plena ducha, alguien descorriera la cortina sin que yo me diera cuenta. Bueno, soy demasiado mayor para angustiarme por eso. Además, no hay ningún secreto mayúsculo en mis notas. Serena no va a encontrar en ellas ningún pecado inconfesable. A lo sumo pequeñas sorpresas, suspicacias a las que su imaginación dará alas. Mejor para ella; ya tiene edad para saber quién es su madre. Lo que más le extrañará serán las notas de los viajes, tomadas al regreso de cada expedición, generalmente en el mismo avión de vuelta para aprovechar el calor de la inmediatez. No me refiero a las notas científicas; éstas están todas publicadas. Me refiero a las personales, a todas las impresiones que nunca conté a nadie pero sí guardé por escrito, tal vez porque necesitaba desembarazarme de ellas de algún modo. Algunas le habrán parecido criptogramas, mensajes cifrados que sólo yo podría entender, meros recordatorios para mí misma. En otros casos, quizá por tratarse de sucesos que me hablan conmovido, eran más explícitas. No importa. No es malo que salgan esas palabras del encierro de mi silencio. O del destierro, porque de algún modo las palabras silenciadas quedan vagando en el bosque falso de la inexistencia. Como yo. Si Serena las rescata, mejor para todos.*

*Entonces, lo que importa es la carpeta azul.*

*La carpeta azul. Para qué tanto misterio. Está en el tercer cajón del primer archivo. Contiene tres objetos, por llamarlos de alguna manera, pues sólo uno de ellos es exactamente un documento. Tal vez uno de los tres le haya pasado*

inadvertido. Está enganchado con celo a la cara interior de la cubierta y es tan pequeño que quizá sólo pueda verlo quien sepa de antemano que está allí. O sea, yo. Es un grano de arena minúsculo. Viene de no sé qué playa de Marruecos. Lo traje Julio hace exactamente cuarenta y ocho años, cuando volvió, cuando rompió su promesa de no verme, ni llamarme, ni quererme, y después de desaparecer de mi vida durante casi dos meses, se plantó una tarde en casa y venía tan encendido que bajamos a la calle para que no llegara papá y se lo encontrase allí y se armara la de Dios es Cristo. Ya en la calle le pregunté qué haces aquí, se puede saber a qué has venido, me juraste que no nos veríamos y él me tapó la boca con una mano, me dijo cállate, cállate un segundo sólo, por favor, sólo un segundo, y se quitó un zapato en mitad de la acera mientras yo lo reñía por estar allí, por haber vuelto, por estar otra vez conmigo haciendo el payaso, y como no sabía si matarlo o comérmelo a besos le iba dando empujones y él retrocedía a la pata coja, calla un segundo te digo, y se quitó también el calcetín; luego lo sacudió con cuidado sobre el cuenco de la mano derecha como si buscara en su interior una pepita de oro, pero no era oro sino arena, un grano de arena de tamaño insignificante, y entonces dijo mírame, mírame ahora y por favor no digas nada. Yo creía que Julio se había vuelto loco porque su mirada iba como un abejorro exasperado de mi cara a su mano, de mis ojos al grano de arena, y parecía frustrado, casi indignado, se dio la vuelta y gritó mierda, no puede ser, es imposible, dijo, y luego se llevó el grano a la boca, lo chupó, lo tomó de nuevo en la mano, apenas entre la punta de los dedos, me lo acercó a la cara y dijo ahora sí, ¿lo ves?, ahora sí, tiene exactamente el mismo color, ya lo sabía, el mismo, lo que pasa es que estaba seco, pero es el mismo, por eso he vuelto. Cómo que has vuelto, le pregunté, vuelto de dónde, dónde estabas. En Marruecos, dijo, pero da lo mismo; estaba en la playa, en una playa y me encontré este grano que tenía el mismo color que tus ojos, el mismo, y pensé que me estaba volviendo loco y te veía por todas partes, incluso si cerraba los ojos, cuanto más trataba de olvidarte más te veía, pero el grano, este grano, era tan exacto y dije tengo que volver, ahora tengo que volver...

Si ya está la carpeta en manos de Serena, si ha reparado en esa cosa minúscula enganchada en su interior, yo sé lo que habrá hecho: llevárselo a los labios, humedecerlo y acordarse de mí. Del color de mis ojos. Porque ella conoce esta historia. No sé si entiende lo que significa, pero la conoce.

Aquella noche perdí la virginidad. Ahora me parece una expresión ridícula, pero entonces lo llamábamos así. En realidad, perder, lo que se dice perder, no perdí nada. Gané un hombre al que he seguido queriendo toda la vida y de cuyo amor por mí, a pesar de todas sus rarezas, puedo dar fe después de tantos años. No es poca ganancia. Pero también gané un miedo que nunca he perdido del todo. El miedo a que fuera todo mentira. Julio y yo nos enamoramos como adolescentes, lo cual era lógico por las dos partes: yo lo era todavía; él tenía doce años más que yo, pero

nunca dejó de serlo. Sé que el tiempo multiplica los efectos de la nostalgia y no quiero dejarme llevar, magnificar algo que, en el fondo, le ocurre a cualquiera por lo menos una vez en la vida. Me enamoré, punto. Sin embargo, tampoco me parece justo restarle importancia. Aquello sí se parecía mucho al fin del mundo. Era eléctrico. Por eso me daba miedo. No sé si saben las bombillas que se va a apagar la luz, si sus filamentos temen o anhelan quedarse temblando en la oscuridad. Algo así me pasaba. Yo me quería morir. No debo olvidarme de eso. Me quería morir con él y aquella noche le pedí que me matara, que siguiera matándome, que se muriera conmigo; se lo pedí mientras él, tan dulce, tan feliz, tan preocupado de no hacerme daño, entraba en mí por primera vez. Luego me fui a casa, a no sé qué horas de la madrugada, rabiosa, feliz y extenuada, y papá me esperaba despierto, se puede saber de dónde vienes a estas horas, me voy a casar, ¿estás loca?, ¿estás borracha?, he dicho que me voy a casar. Pobre papá, casi lo mato del susto, qué grave le pareció entonces, con qué furia templada trató de oponerse, de prohibirlo si hubiera podido. En cambio ahora, aquella discusión que duró hasta la mañana me parece anecdótica. Casi ni recuerdo sus argumentos. La dimos por terminada cuando quedó claro que ningún razonamiento suyo iba a quebrar mi tozudez. Entonces me metí en mi cuarto, muerta de cansancio, pero en vez de acostarme busqué debajo del colchón el retrato que Julio me había pintado cuando nos conocimos; allí, debajo del colchón, donde escondieron mis hijos muchos años después sus primeras revistas pornográficas, donde esconden los viejos sus mezquinos ahorros. Y lo miré igual que se miran esos ahorros: con la pesadumbre de saber que son todo lo que tenemos y la angustia de pensar que tal vez no duren lo suficiente. Nunca hasta entonces me había reconocido del todo en aquel retrato. Aquella fue la primera vez. Vi en los trazos del papel lo mismo que sentía al verme, como si en vez de un dibujo tuviera un espejo entre las manos.

Ese retrato es el segundo documento guardado en la carpeta de Julio. No sé si Serena lo habrá comprendido, aunque tal vez no importe demasiado. De hecho, recuerdo que yo misma se lo enseñé un par de veces, así que no le vendrá de nuevo. Lo habrá sacado ya del cajón, e incluso puede que me haya criticado por tenerlo ahí, relegado a un olvido cuya falsedad no es capaz de entender. Porque yo lo tenía en ese cajón precisamente para fingir que lo olvidaba. Está bien, ya da lo mismo. A estas alturas estará enmarcado, colgado incluso de alguna pared en casa de Serena. Ojalá siempre que lo mire se acuerde un poco de mí y de su padre. Porque fue su padre quien le contó la historia del retrato, una y mil veces.

Entonces, si Serena conoce ya la historia que acompaña a esos dos objetos, aunque sea en la más que relativa versión de Julio, tampoco debe preocuparme. Nada nuevo. Viejas mentiras, porque ambos son falsos. Quizá falsos no sea la palabra. El único parecido entre el color de mis ojos y ese grano de arena estaba en

la imaginación de Julio. No es un reproche. No me duele decirlo. El milagro es que los dos hayamos sido capaces de mantener esa ficción toda la vida. Con mucho esfuerzo, desde luego; será que nos compensaba. No son ésas las mentiras que me importan. Lo del retrato es más complicado, porque la falsedad es doble, pero tampoco me parece grave. Era apenas un boceto trazado en pocos minutos y, cuando Julio me lo dio, pensé que no se parecía en nada a mí. Algo sí tenía. Como si fuera de una prima lejana, tal vez. Luego estuve dos meses sin ver a Julio. Un mes más y me casé con él, no sólo en contra de la opinión de mi padre, sino de cualquier guión previsible de mi vida. Incluso del guión que hubiera imaginado yo misma. Podría escribir miles de páginas para intentar aclarar mis razones, pero serían falsas: enamorarse es una sinrazón. Siempre. Por principio. Maravillosa, pero una sinrazón. En todas las escalas de la naturaleza se supone que las hembras están dotadas de sistemas casi infalibles para identificar al macho más idóneo, al candidato que mejor garantice la supervivencia de la especie. Son mecanismos simples, relacionados con la fuerza, con la velocidad, con rasgos que aseguran la fortaleza de los genes. Nosotros hemos inventado el amor. Un mecanismo imprevisible, poco fiable, caprichoso y perecedero. No sé, supongo que en mi caso funcionó y tal vez mis tres hijos sean prueba suficiente de ello. Serena se indignaría si me oyera decir esto. Me llamaría antigua. Me diría que el amor representa una muestra de la evolución superior del ser humano, de su capacidad para desligar el sexo y la reproducción. Bueno, yo sé lo que me digo. Además, en aquella época, los conceptos de escoger una pareja y formar una familia estaban muy unidos. No afirmo que fuera mejor así; afirmo que era así. Desde luego, incluso sin saber de él todas las cosas que he sabido con el tiempo, Julio no era el hombre más indicado para formar una familia. Era el mejor hombre para enamorarse de él, que son dos cosas distintas. El hombre capaz de pintar un retrato más parecido a su deseo que a mí; el hombre capaz de lograr que yo deseara parecerme. Tal vez en otros tiempos, en los de hoy, el amante perfecto. Si ahora tuviéramos la edad de entonces, si se me concediera el don de volver a empezar, lo escogería como amante. Nunca como padre de mis hijos. Por todo lo que sé. Por todo lo que a estas alturas ya sabe o sospecha mi hija Serena.

La carpeta azul. El tercer documento. Una lámina de papel antigua, escrita a mano con plumilla rasposa y arrancada de una libreta. Una fecha en la cabecera: 11 de enero de 1922. No tiene ningún mérito que me sepa el texto de memoria, no sólo por su brevedad, sino por la cantidad de veces que lo he leído: «Hacia las nueve horas de la mañana impulsado por fuertes ráfagas de componente sur, presentose un cirro nimbo que, a unas siete millas de la costa, tras colisionar con el frente cálido cuya presencia se ha venido reseñando en días anteriores, desató una tormenta de poderoso aparato eléctrico y dotada de gran despliegue pluvial. Cífrase su duración en aprox. tres horas. Por celebrarse en estas fechas la pesca del atún en almadraba,



*viéronse afectadas catorce embarcaciones, algunas de las cuales quedaron por completo desarboladas, sin que ello impidiera finalmente su regreso a tierra y la puesta a salvo de todos sus tripulantes sin excepción. No se sabe que haya ocurrido novedad alguna en los alrededores de este establecimiento».*

*De todos sus tripulantes sin excepción. La puesta a salvo de todos sus tripulantes sin excepción. Sin excepción. Si ese documento cayera en manos de Pablo o Alberto, no me inquietaría tanto. Es probable que ni siquiera reparasen en la fecha. Pero Serena sabe. Por el amor de dios, si visitó mil veces el faro de San Sebastián y luego se pasó no sé cuántos años buscando precisamente ese papel en todos los archivos posibles. Si se doctoró en faros, cómo no va a saber. Le basta leer este texto como lo leí yo la primera vez —en diagonal y de corrido, con el corazón en la boca, sin dar crédito a mis ojos— para sacar conclusiones. Eso lo tengo claro. Lo que no tengo tan claro es si sacará las adecuadas. Y si sabrá lo que significan.*

*Primera conclusión posible: todos los hombres que iban en aquellas barcas de Malespina el 11 de enero de 1922 regresaron a tierra. Nadie murió. No hubo naufragos. Si Serena entiende eso, de inmediato la asaltarán, como me asaltaron a mí, dos dudas urgentes: por qué, entonces, la historia habla de once muertos; por qué el farero no se enteró del naufragio de Simón. La primera duda no tiene respuesta. La segunda sí, tiene algunas pero todas intangibles y condicionales: tal vez como nadie lo conocía... quizás al no saber su nombre... a lo mejor prefirieron no decir nada...*

*Todas están lejos de la verdad. Tanto la conclusión como las dudas y las respuestas.*

*Segunda conclusión posible: Simón no llegó a montar en aquellas barcas. ¿De dónde viene entonces toda la historia de su naufragio? Ésa ya es una duda más dolorosa y además Serena sólo puede encontrarle respuesta en su imaginación. Amparo y yo podríamos dársela, pero las dos estamos muertas. A Julio ni se le puede preguntar.*

*También esa conclusión está lejos de la verdad, aunque no tanto como la primera.*

*Tercera conclusión posible: Simón no existe. No existió nunca. Ésa es la verdad.*

*La hoja arrancada de la libreta del faro es uno de los pocos papeles que Julio ha guardado en su vida, por no decir el único. Yo nunca he espiado a nadie, ni acostumbro cotillear. No me gusta hurgar en las intimidades ajenas. Si cayó en mis manos fue sólo porque lo quiso el azar. Fue hace poco más de cuatro años, cuando confirmamos que la enfermedad de Julio era irreversible. Eso lo convertía en candidato a una pensión de invalidez permanente para cuya obtención había que actualizar y presentar una serie de papeles oficiales. Nos volvimos todos locos, porque él tenía esa clase de ineptitud para la burocracia que se le supone a los*

artistas. Nada de papeles. Vade retro al orden. Viva la improvisación. Le preguntábamos y él sonreía. Le insistíamos en que era importante y contestaba: «¿Cotizaciones? Vaya, vaya, así que cotizaciones». Me tocó hurgar en los lugares que siempre había respetado, amontonar bocetos y bitácoras antiguas, clasificar hojas sueltas que, en la mayoría de los casos, no servían para nada, porque Julio sólo conservaba lo que le apetecía, no lo que pudiera ser útil algún día. Un lío monumental. Ese papel apareció en una antigua libreta de dibujo. Una en la que sólo había bocetos. Julio dejó de pintar en el 73. Yo encontré el papel en el 97. Además, conozco bien los cuadros de mi marido. Ninguno de aquellos bocetos estaba fechado, pero conozco incluso a la mayoría de las personas retratadas en ellos, de modo que el cálculo es fácil y doloroso: aquel documento estaba en su poder desde 1969. Hay una prueba más contundente. A mediados de los años 70, cuando la curiosidad de Serena se volvió demasiado peligrosa, Julio le habló de la libreta de tempestades del faro; la animó a consultarla pero, con la excusa de que ya él lo había hecho antes, le advirtió que no encontraría la página del 11 de enero del 22. Al enterarme, le pregunté por qué lo había hecho, por qué enviaba a su hija en busca de algo cuya inexistencia no haría sino reforzar su frustración. «Para que descanse», me contestó. Tenía su lógica. Poner a Serena en la vía muerta. Dejar que su tren descarrilado de preguntas llegara extenuado al fin de la carrera. Funcionó. Fue el último chasco, la última pelea. Poco después, cuando Serena agotó las posibilidades de encontrar esa hoja de la libreta, se terminó la guerra de las preguntas sobre Simón. O se volvió subterránea, no sé. Lo que sí sé es que aquellas razones de Julio eran falsas. Lo que de verdad quería era convertir a su hija en testigo involuntario de la mentira. Por eso la envió al faro. Porque él mismo había estado allí antes. Porque fue Julio quien arrancó la hoja de la libreta. Y luego, en vez de reconstruir su vida, escogió dejar las cosas como estaban. Supongo que supo que escogía por nosotros.

Fue uno de los peores episodios de mi vida. Creo que me lo hubiera tomado mejor si llego a encontrar una prueba de que Julio tenía una amante, o un hijo secreto; cualquiera de esas mentiras ridículas de los culebrones me hubiera parecido menos dañina que aquélla. No recuerdo haber tenido jamás una bronca igual. En fin, no exactamente una bronca, porque no obtuve de él ni media palabra. Yo le preguntaba desde cuándo sabes esto y cómo puede ser, te das cuenta de lo que has hecho, nunca pensaste en tus hijos, nunca se te ocurrió pensar lo que significa para ellos Simón... Julio sostenía el papel y lo miraba como si no supiera leer y no decía nada. Luego rompió a llorar y, la verdad, hasta hoy no he conseguido saber si lloraba por lo que había hecho o si tal vez no lo entendió nunca, si aquellas lágrimas eran sólo una respuesta a mi ansiedad, a la violencia desconocida con que lo estaba acosando. Era desesperante. Como cuando lloran los bebés en mitad de la noche y no consigues saber qué les pasa. Qué enfermedad tan oportuna. O qué astuto el azar,

revelando las pruebas del delito sólo cuando ya el criminal estaba mudo.

Nunca dije nada a nadie. Claro que tuve la tentación. Tal vez hubiera sido mejor reunirlos a todos y decírsele: «Chicos, no hubo muertos ni naufragos en Malespina el 11 de enero de 1922. Todo es mentira. Simón no existió nunca». Estuve a punto, pero enseguida imaginé las preguntas que provocaría aquel descubrimiento a mis hijos, las mismas que me estaba haciendo yo, y me di cuenta de que no iba a tener respuestas. Indicios sí, sospechas, intuiciones, incluso alguna certeza. Pero no respuestas. Por eso me callé. ¿Hice mal? Sinceramente, creo que no. Creo que mi único error fue no deshacerme de aquella hoja suelta. Debí quemarla. Tirarla al mar. La guardé porque me consta que mis hijos han heredado mi respeto por la intimidad. Ninguno de ellos se atrevería a abrir un solo cajón de mi archivo sin pedirme permiso. Claro que para que te pidan permiso has de estar viva.

Tuve otras razones para guardarla. Representaba a Julio con la misma precisión que los otros dos objetos, por eso están juntos. Todo lo que hay en la carpeta azul representa a un hombre capaz de inventarse a la mujer que ama. Cómo no iba a serlo, si fue capaz de inventarse a sí mismo.

A la hora de las conclusiones, hay una diferencia fundamental entre Serena y yo. Ella estará culpando a su padre; yo no lo hice. Lo maldije, hubiera querido matarlo, pero no lo culpé. Lo conocía demasiado bien. Muchos años antes de aquel hallazgo, el episodio de la rusa me había enseñado ya, con más dolor del que estoy dispuesta a admitir, que el mundo de mi marido estaba hecho de espuma, que sí intentabas encerrarlo se te deshacía en las manos. Ya hablaremos de la rusa.

Además, no era justo culparlo, o por lo menos no del todo, porque él sólo era el transmisor de aquella historia rocambolesca. Ya he repasado las fechas. Julio heredó la historia de Simón como se hereda el color del pelo y cuando se enteró de su falsedad tenía ya más de cincuenta años, una mujer, tres hijos, una vida entera armada en homenaje a su padre ausente. ¿Era justo culparlo por no desmontar todo aquello a la luz de su descubrimiento? ¿Era justo siquiera ponerlo en evidencia? No, la verdadera culpable era Amparo. Eso lo tuve claro desde el principio. Amparo. Ah, cuánto quisiera ahora haberla conocido más. Amparo murió cuando Julio y yo llevábamos trece años casados, sí no recuerdo mal. Supongo que tuvimos lo que entonces se entendía por una relación correcta. No le acababa de gustar mi profesión. Decía que no podía ser bueno eso de estar toda la vida viendo muertos. De hecho, supongo que le parecía mal que tuviera cualquier profesión, pero se guardó mucho de mostrar nada parecido a una oposición frontal. Alguna alusión de vez en cuando, indirectas que yo dejaba caer en el vacío. Era mi suegra. Tampoco convivimos tanto. Yo pasaba mucho tiempo fuera. Si estaba en Barcelona, comíamos juntos los domingos; de vez en cuando pasaba una semana con nosotros en Malespina y compartíamos también las fiestas obligadas. Jamás se metió en nuestras

decisiones, ni trató de interferir en la educación de mis hijos. Cualquier cosa que hiciera Julio le pared a bien. Era una de aquellas abuelas antiguas, clásicas, limitada por propia voluntad a contentarse con que se le hiciera el caso estrictamente necesario y se la tratara con el respeto que entonces se consideraba obligatorio. Una especie de abuela de postal. Pasaba las tardes en una mecedora, con su moño canoso tamizado de azul y su chal negro, cosiendo y tejiendo prendas para los niños, y contando de vez en cuando alguna historia. Historias de Simón. Eso fue lo que más me hizo sospechar de ella cuando apareció el maldito papel del faro. Amparo nunca hablaba de sí misma; siempre de Simón. Y siempre exactamente con palabras idénticas, como quien cuenta un cuento clásico. Las mismas que luego Julio repetía, excusándose en el hecho de que él no había conocido a su padre y por lo tanto era lógico que su relato coincidiera al detalle con el de ella.

Ya que estamos repartiendo culpas, y hablo en plural porque Serena debe de estar haciendo lo mismo en Barcelona, voy a intentar no ser injusta. No digo que Amparo se inventara la figura de Simón para fastidiarle la vida a nadie. No, tan corta no soy. Lo hizo más por compasión que por maldad. Quería darle un padre a su hijo. Estoy convencida de que el verdadero padre de Julio debió de ser algún actor. Vete a saber, alguien de la compañía de teatro, en cualquier caso. Alguien que pasó por su vida como pasan las tormentas: con mucho ruido y dejando huellas de humedad, pero nunca dispuestas a quedarse. Tiene toda la lógica del mundo. Es casi un tópico: la costurerita soltera, engañada por alguien que luego no quiso saber nada de ella. Hay un dato transparente: Amparo no sabía nada del mar. Absolutamente nada. En cambio, sabía mucho de teatro. Del mundo del teatro. Por eso, la parte del naufragio estaba llena de abstracciones, barcas sin forma concreta, nubes sin nombres, tormentas nunca bien explicadas, balsas inverosímiles. Tuvo que ser Julio, que sí lo sabe todo del mar, quien años después llamara tambucho a la balsa y bueyes a las barcas y almadraba a la pesca, sin saber que estaba contribuyendo a darle a aquella mentira una solidez que la volvería indestructible. En cambio la parte final, todo lo que supuestamente ocurría a partir del momento en que Simón se incorporaba a la compañía de teatro, o incluso antes, cuando se preparaba para ello aprendiéndose de memoria *El burlador de Sevilla* con un ejemplar que, no casualmente, le había dado la propia Amparo... Todo eso tenía en el relato un realismo intachable, lleno de nombres y lugares precisos, versos concretos, supuestos testigos puntuales, lugares y fechas.

Demos por hecho que mi teoría es válida y sigamos con ella. Amparo se inventó a Simón por piedad o vergüenza. Un padre para su hijo Julio. Le concedió al personaje una historia y necesitó un montón de datos porque los hijos preguntan mucho, eso lo sé yo. Quizá supo de la tormenta de Malespina y le pareció un lugar suficientemente lejano y creíble a la vez. Eso ya no lo sabremos nunca. En cambio, mi teoría aclara

uno de los aspectos más sorprendentes de su invención. ¿Por qué Simón no moría en el naufragio? Si el objetivo de toda aquella farsa era justificar su ausencia, ¿por qué no aprovechó que lo tenía ya tragando agua y lo arrastró al fondo? Adiós, Simón; tu mujer y tu hijo no te olvidan. ¿Por qué? Porque temía las preguntas de Julio. Porque no se sentía capaz de flotar en el mar que se había inventado. Amparo sabía poco del mar. Por eso lo sacó de allí y lo llevó al teatro, un mundo cuyos detalles conocía con la certeza suficiente para improvisar ante cualquier acoso del desconcierto de Julio. Allí, en el teatro, podía darle la voz necesaria y la memoria, la voluntad y la frustración. Podía incluso hacerlo feliz, feliz al menos una vez, inventar la única ocasión en que Simón pudo por fin subirse a un escenario y ser el protagonista, nada menos que don Juan en *El burlador*, y encima concederle una ovación cerrada del público. Y luego, entonces sí, matarlo. Y encima matarlo de esa manera tan violenta, como si con la muerte de Simón se estuviera vengando de su propia historia.

¿Ha llegado Serena hasta aquí conmigo? Tal vez no hasta el final. Cuando murió Amparo, Serena tenía sólo siete años. Si yo la conocí poco, ella menos todavía. O sea: desde que vio la hoja del faro ha de saber que Simón es un invento, pero no estoy segura de que haya entendido de quién. Tal vez sea ésa la única pregunta que me espera. Entonces, ¿por qué dudo? ¿Por qué temo enfrentarme a ella? Porque no sabré explicarle que está bien así. Nunca he sido muy buena para hablar con mis hijos. Creo haberlos educado decentemente. Cada uno a su manera, han aprendido a usar las herramientas de la vida con la destreza suficiente. No tengo mucho que reprocharme en ese sentido. Pero no he sido capaz de contarles las cosas que sé de mí misma, las cosas que van mucho más allá de la biografía. Las cosas que pienso. Tiene mucho que ver con quien soy. Todo tiene que ver con quienes somos. Y no es tan importante que sea falso. Eso es lo que no va a entender. Los demás quizá sí, pero Serena no. Le costará dios y ayuda aceptar que Simón es un invento. Y mucho más perdonar que su padre lo avalara con el silencio. Mejor dicho, que lo multiplicara con el eco de sus cuentos. Pero se equivoca, porque Julio sí es hijo de Simón. Lo es incluso biológicamente, porque lo lleva en la sangre. Simón corre por sus venas. El cuento que inventó Amparo es una especie de plasma inoculado en las venas de su hijo. Qué digo, en las de todos nosotros, yo incluida.

Al principio, cuando encontré el papel del faro de San Sebastián y decidí no contar esto a nadie, tuve muchas dudas. Luego, dos años después, vino el accidente de Luis. Entonces supe que había hecho lo mejor. Cuando vi que Alberto se empeñaba en mantenerlo a toda costa con vida en contra del consejo de los médicos, convencido de que tenía naturaleza de superviviente; cuando el propio Luis, pocos días después de recuperar el sentido, atribuyó el milagro de su salvación a los genes de su abuelo inexistente. La ficción había recorrido ya dos generaciones. Entonces entendí que privar de ella a mis hijos hubiera sido una injusticia imperdonable, por

mucho que se cometiera en nombre de la verdad. Además, ¿qué verdad? ¿Qué les iba a quedar cuando los despojara de aquella mentira? Nada. Y entonces hubiéramos vuelto a empezar. No hubieran tenido más remedio que hacer por sí mismos lo que Amparo ya había hecho por ellos mucho antes de que nacieran: inventarse quiénes eran. Inventar y creer, poniendo en los dos empeños la misma fe, la misma astucia, la misma ceguera. Del mismo modo que la leyenda de Simón había explicado hasta entonces su procedencia, sus vidas, habrían querido explicarla a partir de ese momento con la leyenda de su falsedad. En vez del heroísmo de Simón, la mentira de Amparo. O la traición de Julio.

Escogí por ellos. Escogí bien. Insisto, no sé si Serena lo va a entender. Se ha pasado la vida luchando contra la ficción como luchan los buenos soldados: obsesionada con detectar su presencia, acosarla, perseguirla, suprimirla. Debo encontrar la manera de explicarle que se confunde de enemigo, que si suprime la ficción aniquila la vida, que con ella desaparece todo lo que es, todo el amor, todo el deseo. No es tan grave que el pasado sea un invento. Al fin y al cabo, también el futuro lo es y a nadie le cuesta mucho aceptarlo.

Ése es el daño que Serena puede hacerse aniquilando la mentira. Tal vez yo esté aún a tiempo de evitarlo. Puedo buscar respuestas que atemperen el efecto. Decirle, por ejemplo, que su padre nunca vio ese papel. Que lo encontré yo y, temiendo el mal que pudiera causarle, decidí esconderlo. Incluso que, por el bien de todos, fui yo quien lo arrancó de la libreta, precisamente para que su padre nunca lo viera. Pedirle perdón, entonces. Podría culparme de alargar la vida de una mentira vieja con la sangre de una nueva, pero no de haber inventado esa técnica. Es más vieja que la humanidad. También puedo callar una vez más. El cerebro humano, como el de los ordenadores, tiende a funcionar con sistemas binarios: cero, uno; sí, no; verdad, mentira. No dudo que, después de descubrir la mentira de Simón, el cerebro de Serena se habrá apresurado a sustituirla con alguna verdad; cualquier cosa menos el vacío, porque los sistemas binarios no funcionan si falla una de las dos partes. No existe el cero sin el uno. Vete a saber qué nueva verdad ha construido mi hija. Quizás una tan falsa como la que se inventó Amparo, ojalá igual de convincente. En cualquier caso, mucho más poderosa en sus manos, por el mero hecho de ser suya. Sospecho que ésa es mi función en este momento: reforzar ese poder. Contribuir a que mi hija se invente de una vez a sí misma. Que levante su edificio, aunque ello exija la demolición de los castillos heredados. Que borre de un plumazo su historia, porque borrar es rescribir. Si lo logro con mis últimas palabras, podré darme por satisfecha.

## DOMINGO

Antes de ir al mercado, intento hacer una lista de la compra y Pablo se indigna:

—Una lista de la compra es lo más parecido a un prejuicio. Está bien para ir a la droguería, pero no al mercado. Los campesinos se levantan a las cinco de la madrugada y preparan sus productos del día para que luego llegues tú, los mires, los huelas, los toques y te quedes lo que más te apetezca justo en ese momento. Es como si tuvieras una huerta a tu disposición. —Y luego, remata convencido—: Para ir con una lista en la mano, mejor llamas al súper y lo encargas todo por teléfono...

Etcétera, etcétera, etcétera. No sabe lo que dice. Tiene razón, pero no sabe lo que dice. En el mercado de Malespina apenas quedan dos o tres campesinos que respondan más o menos remotamente a esa visión nostálgica. Campesinos: hasta la palabra se ha quedado antigua. Los demás sacan cada mañana de sus cámaras frigoríficas los vegetales que, en muchos casos, ni siquiera han cultivado ellos mismos. Lo que él llama autenticidad se parece mucho a la nostalgia.

—Ya —concedo. Hago una bola con la lista de la compra y la echo a rodar por la mesa—. Bueno, no pasa nada. Sólo pretendía ahorrar tiempo.

—Pues no tenemos ninguna prisa.

No tengo ganas de discutir. Por eso tomo la carretera vieja. La nueva es recta y ahorra unos diez minutos de camino, pero ni se me ocurre preguntar. En realidad, la carretera nueva ni siquiera es tan nueva. Hará unos veinticinco años que la construyeron. Sin embargo, está bien cuidada, mantiene el pavimento impecable, unos arcenes respetables... En fin, las cosas que se le suponen a una carretera moderna. La otra, abandonada desde que alguien con más conocimiento que nosotros la declaró obsoleta, tiene un trazado inverosímil, lleno de curvas contradictorias, el asfalto socavado por baches al acecho del menor despiste y una serie de construcciones a pie de la cuneta, de las que en cualquier momento puede salir un niño detrás de una pelota, un gato inoportuno. Podría coger la nueva sin pedirle permiso a nadie. Podría decirle a Pablo que aprenda a conducir si quiere decidir por dónde va. Alberto haría eso. Yo no. No tengo ganas de discutir. Para Pablo, es obligatorio circular por la carretera vieja porque es auténtica, original, la única que existía cuando éramos pequeños. La otra, la nueva, es territorio enemigo, pues por ella llegaron los invasores, los turistas, los niños bien, los forasteros. Papá hizo ver que ignoraba su construcción. Eran los tiempos del Seat 1500, con cambio en el eje del volante y asiento delantero corrido. Papá negociaba las curvas con torpeza porque le podía la ansiedad, las ganas de llegar al momento en que, tras remontar una cuesta flanqueada de cipreses, atisbábamos el primer destello del mar. Entonces, aunque quedaban todavía más de tres kilómetros para llegar a casa, detenía el coche en mitad del asfalto, echaba el freno de mano, bajaba la ventanilla, aspiraba profundamente

para impregnarse del olor del mar y afirmaba: «Chicos, estamos en Malespina». A mí también me gustaba. Yo también lo recuerdo con una cierta nostalgia, porque aquel momento suponía una especie de inauguración de cada verano. No le explico a Pablo que la nostalgia es, por definición, el sentimiento menos auténtico. No le recuerdo que donde se alzaban aquellos cipreses hay una discoteca de hormigón, ni le señalo que para ver el primer atisbo del mar ahora hay que llegar casi hasta la orilla. Cojo la carretera vieja y conduzco despacio, con cuatro ojos. Vamos todos callados. El silencio es una buena alternativa a la discusión.

—Ahora que no está tu padre —le pregunta de pronto Pablo a Luis—, ¿se puede saber qué le pasa? No hay quien lo aguante.

Luis piensa antes de contestar. Supongo que piensa. A veces, cuando le preguntas algo se queda callado un buen rato y no hay forma de saber si está pensando o si no se ha enterado de la pregunta.

—Nada —contesta, un kilómetro después—. Vamos, nada nuevo. Lo de siempre. Me parece que está enamorado.

—¡No! —exclama Pablo, dándose un manotazo en la frente, como si encontrara la noticia al mismo tiempo divertida y aterradora—. ¡No jodas! ¿Otra vez?

—Tú calla, que menuda carrera llevas —contesta Luis, quitándose las palabras de la boca.

—Ya, pero al menos yo sólo me casé una vez.

Tiene razón. Alberto lleva cuatro. Quizá no sea el récord del mundo, pero es una buena marca. Empezó a los veintiséis con Clara. Tuvieron a Luis un año después. Pasaron otros cuatro y un buen día nos reunió a todos para explicar que se divorciaban. De común acuerdo: custodia compartida, pero el niño se quedaba con él. Nunca mencionó el precio de ese acuerdo, ni quiero imaginármelo. Nos contó cuánto quería a Clara, aportó razones intangibles, habló de la eterna gratitud que le debía por haberle dado un hijo que era lo más preciado de su vida y resaltó el esfuerzo que ambos estaban haciendo por mantener su amistad más allá de las desavenencias puntuales. Desavenencias puntuales, así lo llamó. Creo que no se soportaban. No he vuelto a ver a Clara y apenas sé de su vida por lo que me cuenta de vez en cuando Luis, que come con ella una vez por semana. Parece que no le va mal. Recuerdo que papá se sumó encantado al aire formal que había querido darle Alberto a la reunión y la clausuró con un discurso emotivo que, en pocas palabras, significaba más o menos que en esta vida cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana, que lo más importante era evitarle al niño las consecuencias y que, en un momento como aquél, todos los miembros de la familia teníamos la obligación moral de apoyar a Alberto. Mamá dijo que ella no se metía en la vida de nadie. Sólo quiso saber si había alguna tercera persona involucrada; una forma fina y discreta de preguntarle a Alberto si tenía una amante, cosa que éste negó con talante ofendido. Ocho meses después



anunció que se casaba con Esther, su antigua secretaria, y para que quedara claro que aquella sí era su unión definitiva, que Esther era por fin la mujer de su vida, montó una boda por todo lo alto, con más invitados que la primera. Duraron dos años. Nueva reunión familiar con todas las formalidades al uso, nuevo discurso de Alberto. Esta vez fue más corto y triste. El amor lo había cegado. En realidad, nunca había sido exactamente amor, sino un deslumbramiento que no soportaba los rigores de la convivencia. Esther era el mayor error de su vida, eran tan distintos que no podían vivir juntos. Con todo el dolor del mundo, entendía que era mejor asumir su error y ponerle fin antes de que fuera demasiado tarde. Etcétera. «Bueno, hijo, pues te separas y ya está. No hay por qué prolongar un sufrimiento innecesario», dijo papá. Mamá preguntó si había terceras personas involucradas y Alberto juró que no. Es más, dijo que ojalá las hubiera, que ya le gustaría a él haber encontrado otra mujer, una con quien de verdad mereciese la pena el esfuerzo de construir a medias una vida, alguien capaz de implicarse en su destino con todas las consecuencias, alguien con un proyecto propio, una mujer que no se limitara a montarse en el tren de su vida, sino que ocupara con él un lugar en la locomotora, alguien con ganas de devolver lo mucho que él daba a sus parejas, cosa que nadie podía negar. Es decir, alguien muy parecido a Mariana, la gaditana con quien casualmente estrenó oficialmente noviazgo dos meses después. Mariana era preciosa, divertida, simpática, lista, cariñosa. La mejor cuñada. Pero quería hijos y los quería ya; pero ya, ya. Eso incomodó un poco a Alberto, que no tenía demasiada prisa, y sobre todo despertó en Luis unos celos terribles. Tenía algo menos de seis años y, aunque aparentemente aceptaba con naturalidad el carrusel de madres putativas que le había preparado su padre, no parecía muy dispuesto a permitir que ninguna de ellas echara raíces demasiado duraderas. No es justo culpar al chaval, pero el caso es que les hizo la vida imposible. Mariana aguantó cinco años de promesas postergadas: quizás el año que viene, un poquito más adelante, en cuanto Luis se acostumbre a la idea, necesita crecer y madurar... Mariana hizo las maletas y se volvió a Cádiz. Tampoco he sabido más de ella. Me gustaba Mariana.

Susana, la cuarta esposa, pidió el divorcio cuando Luis llevaba cuatro meses en coma. Veía tan poco a Alberto, que hubo de usarme a mí de emisaria. Me explicó que no aguantaba más. Que no quería joder a Alberto en un momento delicado, pero se daba cuenta de que ella no pintaba nada en su vida. Me dio pena. Supongo que mi hermano la había excluido de su drama particular sin darse cuenta, empeñado como estaba en convertir la salvación de su hijo en una cuestión personal. Esta vez no hubo heridos. Creo que se ven de vez en cuando y son medio amigos.

Lo de Pablo es muy distinto. La cagó una vez, cuando se casó con Antonia. Desde entonces, si Alberto escogió la monogamia sucesiva, Pablo prefirió la promiscuidad permanente. Y el escepticismo. Dice que no tiene sentido contradecir la única ley

sagrada de la vida: que todo lo que nace muere. Dice que cuanto más arde el amor, antes se consume. Dice muchas cosas, Pablo. Habla del amor auténtico.

Yo no me he casado de momento. No creo que me case, salvo que pierda la cabeza. Soy la última esperanza de la familia, como solía decir papá cuando su cerebro aún valía para esa clase de bromas. No sé.

El caso es que no me importaría que Alberto estuviera enamorado. Esta vez le dura el duelo más de dos años y ya le va tocando. Además, cuando este hombre se enamora es una bendición para todos. Se vuelve eufórico, gracioso, expansivo, esparce su alegría como si estallara. Generoso. Alberto es generoso siempre y para todo, pero en cuanto se enamora pierde el freno y regala alegría de vivir a raudales. Ya tengo ganas de volver a verlo así, en ese estado de excitación permanente, risueño, alhelado. Eso es precisamente lo que me preocupa y lo que me hace pensar que la sospecha de Luis no anda demasiado acertada. Alberto está nervioso, sí, pero no de esa manera. Está enfurruñado, con el morro y las cejas prietas casi todo el día. Ni siquiera triste.

—O sea que pronto habrá boda... —dice Pablo—. Pobre Alberto, le va a tocar regalarme un traje otra vez.

—Qué jeta, tienes el de los conciertos —le digo, aunque ya me sé la respuesta.

—Cómo te atreves. El de los conciertos se llama así precisamente porque es para conciertos, ¿no?

—El día que me case yo, te pediré que toques en mi boda. Así me ahorro comprarte un traje.

—Ni hablar —se exalta Pablo—. No faltaba más puta que confesar. Mi música no es...

—Era broma, Pablo —lo interrumpo, sin darle tiempo a que se deje llevar por la indignación. Su música no es ruido de fondo, no es un pasatiempo ni es compañía, ni entretenimiento. Su música es el sonido del río de la vida. Conozco ese discurso—. Sólo te estaba provocando. —Me apresuro a cambiar de tema. Tercera discusión que sorteo en apenas un cuarto de hora. Buen promedio—. ¿Conoces a la candidata? —le pregunto a Luis.

—No. Todavía no. Esta vez lo lleva todo muy en secreto. Pero ya me enteraré.

Eso confirma mis sospechas. Cuando Alberto se enamora, suele llevar un nombre grabado en la frente; cada parpadeo suyo lo pronuncia, lo proclaman a gritos sus manos. Como no tengo una explicación mejor para su nerviosismo, opto por callarme.

Llegamos al mercado y empieza la cruzada del vegetal auténtico, comandada por Pablo. ¿Alcachofas? Imposible. A quién se le ocurre. Por mucho que estén ya en la cesta y yo a punto de pagarlas. Alcachofas en octubre, dónde se ha visto eso. Serán de plástico. Seguro que no saben a nada. Las alcachofas de aquí, las auténticas, salen en

mayo y tienen las hojas de color violeta, casi moradas. Esos tomates tampoco valen: son muy redondos, demasiado perfectos por fuera; serán de fábrica. Coliflor. Cómo puede ser que nadie venda coliflores. Ahora es tiempo de coliflor y remolacha. También los primeros pimientos rojos, pero sólo si son los de cuerno de toro, con el pico más oscuro, casi negro. Setas, bueno. Boletus edulis, sólo si son edulis edulis. ¿Apio en otoño? Qué te pasa. Nada de espárragos, serán de invernadero. Las cerezas en octubre, claro, son una broma de mal gusto. El que quiera kiwis o aguacates, que se vaya a vivir a Nueva Zelanda. Pamplinas.

Total, que una hora después de llegar al mercado apenas llevamos en la cesta alimentos suficientes para una cena. Exquisita, pero frugal. Suenan en mi mente trompetas de retirada porque la batalla se presenta larga y pesada. Con la excusa de que aún me duele el dedo por el corte del otro día, le paso las bolsas a mi hermano. Propongo a Luis que me acompañe a comprar pan y dejamos a Pablo discutiendo con sus supuestos campesinos, averiguando la procedencia exacta de cada producto, tocándolos de uno en uno, olisqueándolos antes de echarlos al cesto.

Quedamos en juntarnos en la cafetería cuando Pablo termine su inspección manual y olfativa de todas las zanahorias del mercado. Supongo que Luis, como yo, ha estado un buen rato pensando en las mujeres de su padre. Ex mujeres.

—Pobre Mariana —dice, en cuanto nos sentamos.

—¿Pobre? ¿Por qué?

—Creo que le hice la vida imposible.

—La verdad, un poquito sí. —Parece preocupado. Intento tranquilizarlo—: No te culpes por eso. Han pasado muchos años. Además, los adultos eran ellos. Si tú creaste un problema, ellos no supieron solucionarlo.

—Ya, sí, yo también he pensado esos rollos. ¿A ti te gustaba Mariana?

—Sí, me caía bien.

—Yo le tenía manía.

—Bueno, todo el mundo le tiene manía a alguien.

—¿Todo el mundo? ¿A quien le tienes manía tú?

Estamos estrenando juego, lo veo venir. A Luis le encantan esas chorradas. Se le asoma a la cara el adolescente. Juegos de preguntas. A los catorce años, nos pasábamos el verano jugando a la verdad. Íbamos al bosque, toda la pandilla. El juego de la verdad: quien mienta paga prenda. Siempre era la misma pregunta, aunque se disfrazara con palabras distintas: «¿Te gusta fulanito?». «¿Te gustaría que menganito te diera un beso?». Pobre de la que se sonrojara antes de contestar, porque esa reacción delataba la mentira y la prenda solía ser humillante. Al verano siguiente ya íbamos con chicos y tocó cambiar de juego. La botella. Jugábamos en el bosque. Todos sentados en corro, una botella en el centro. La hacíamos girar. El morro de la botella señalaba quién tenía que dar un beso y quién recibirlo. Cada vez, antes de

empezar, se especificaba la clase de beso: con lengua, sin lengua; largo, corto; con manos, sin manos; de pie, tumbados; con los ojos abiertos o cerrados. Si tenías mala suerte y te tocaba alguien que no te gustaba, apretabas los labios y hacías de tripas corazón. Dejamos de jugar a la verdad para jugar a la mentira: era más hermosa. Y aprendíamos: aprendíamos a besar mal, pero por lo menos aprendíamos algo. Qué curioso: el juego de la verdad no tenía premio. No se podía ganar. Perdías, o como mucho te quedabas igual. Había castigo para la mentira, pero no había recompensa para la verdad. En cambio, en el juego de la mentira, por pura estadística, ganabas siempre. Era cuestión de tiempo. Por mucho que la botella se empeñara en equivocarse de persona, el azar te traía al fin el beso soñado. Jugábamos toda la tarde y daba tiempo a todo. La botella tanteaba todos los rumbos, como una brújula enloquecida; uno de ellos tenía que ser el premio anhelado. A veces pienso que Alberto y Pablo, y también yo a mi manera, seguimos jugando a la botella, apurando las probabilidades de la estadística. En cambio, ya no podemos seguir jugando al de la verdad. Todos llevamos puesta la mordaza de la convivencia. Todos menos Luis, que sigue inventando juegos. Parece que hoy toca jugar al de las manías. Me dejo llevar.

—¿Yo? ¿Ahora? Ahora creo que no le tengo manía a nadie.

—Bueno, pues antes.

—Antonia. Supongo que Antonia. Pero eso no cuenta. Antonia se lo merecía.

—¿Y la abuela por qué le tenía tanta manía a la rusa?

—¿Manía? ¿La abuela?

—Sí. La abuela, tu madre. No te hagas la despistada. Decía que la rusa era una mentira con patas. Según ella, la rusa no era rusa, lo del lugar más bonito del mundo era un cuento chino para engatusar a los pescadores, el castillo no existía...

—Un momento, un momento... —lo interrumpo—. Te voy a tener que leer el tercer proverbio de Li Po: «Nada más peligroso que la mentira con que desmentimos una mentira».

—¿O sea? ¿En cristiano?

—O sea, ni tanto, ni tan calvo.

—Pues aquí te espero. No tenemos ninguna prisa. Seguro que el pesado de tu hermanito tarda un poco todavía en encontrar una coliflor auténtica.

—Eh, un poco de respeto.

—No te ofendas, que sólo digo la verdad. Además, se te acumula la faena. Aún me debes la historia de la batalla de las Formigues.

—Bueno, no sé muy bien por dónde empezar, porque la verdad no la sabe nadie. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Siempre me llamó la atención que los abuelos tuvieran visiones tan opuestas de los rusos. Según él, eran una especie de héroes admirables: aventureros, exquisitos,

pioneros. En cambio, la abuela... Bueno, a la abuela no le gustaba demasiado hablar de este asunto. Pero si la apretabas mucho decía que eran unos impostores, unos fantoches de mal gusto, falsos millonarios, pretenciosos...

—Tienes razón. No había manera de ponerlos de acuerdo. Y eso que tú no habías nacido en la época más pesada de esa discusión, que fue cuando papá pintó el retrato de la rusa.

—¿Qué pasó?

—Bueno, a mamá no le hizo ninguna gracia.

—Pues debía de ser un buen encargo. Si es verdad que eran tan ricos...

—No estés tan seguro. Es una de las cosas que no están del todo claras. Piensa que el retrato siempre ha estado en casa, en la misma pared donde está ahora.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Usa la cabeza, Luisito. Si papá se quedó el cuadro, quiere decir que no era un encargo. O, por lo menos, que no lo cobró.

—Coño, claro.

—Hace poco, estuve a punto de averiguar ese misterio —le explico. La verdad es que lo había olvidado desde entonces y sólo esta mañana, al tratar de contárselo a Luis, lo he recordado—. Estábamos ordenando la colección de sombreros de papá y me contó que la rusa le había dado el borsalino a cambio del cuadro.

—Eso no aclara nada. Tú misma dices que el cuadro nunca salió de casa.

—Cierto. Se lo dije, pero no pudimos seguir hablando.

—Qué pena. ¿Se le fue la bola?

—No. No fue por eso.

Todavía se me hace un nudo en la garganta. Hago un esfuerzo:

—Justo entonces, llamaron del ministerio para decir que mamá había muerto.

—Qué putada. Vete a saber cuándo lo vuelves a pillar con ganas de contar algo.

—Hazme el favor de hablar con propiedad, Luis. —A veces, me crispa los nervios la ligereza con que usa la patente de corso que le concede su enfermedad. Está bien que diga siempre la verdad. Ya me he acostumbrado. Pero, ¿es necesario que la verdad sea siempre un sarcasmo? ¿Ha de sonar forzosamente como una burla? —. No es cuestión de ganas.

—Eso no lo tengo yo tan claro. ¿Nunca has pensado que a lo mejor es un zorro, que nos engaña a todos, que se entera más de lo que parece? Bueno, eso es otro tema. Estábamos en lo del cuadro.

—O sea, en el verano de 1973. Duró casi dos meses. Cada tarde, después de comer, papá anunciaba: «Me voy al castillo, a pintar a la rusa». Y mamá saltaba como si la hubieran pinchado: «De rusa nada, que es inglesa. Y de castillo, menos todavía. A no ser que llames castillo a cuatro ladrillos y una ventana mal puesta».

—Qué mala leche, la abuela.

—Tampoco tanto, no creas. Lo decía medio en broma. En realidad, yo creo que a mi madre la rusa le tenía sin cuidado. Lo que le molestaba era la tendencia de papá a tragarse todas sus fantasías.

—¿Y qué decía él? —pregunta Luis, tirando del hilo.

—Nada. A papá nunca le gustó discutir. Cogía sus bártulos y se iba al castillo. A veces lo oías renegar en voz baja, pero no se enfrentaba.

—Qué cobarde.

—No. De eso nada. Mi padre nunca ha sido un cobarde. Además, tenía su pequeña venganza. Cada noche, durante la cena, nos contaba historias de la rusa. Era alucinante. Empezaba contando lo que había hecho aquel mismo día, sus conversaciones con ella, sus paseos por el castillo y por el jardín botánico, y luego nos explicaba cómo habían huido de la Revolución rusa para refugiarse en Londres. Era una historia tan fascinante que incluso mamá se quedaba prendada. Disimulaba, hacía ver que sólo escuchaba porque no tenía más remedio, pero estaba tan prendada como nosotros. Era como un culebrón. Cada día, un capítulo. Por eso digo que papá se vengaba así. En vez de discutir con ella, la embaucaba. Papá era así. Pensaba que no merecía la pena discutir, que el tiempo ya dictaría sentencia.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué dijo el tiempo? Han pasado casi treinta años.

—Nada, Luis. Ése era el error de papá. El tiempo nunca aclara las cosas. El tiempo es muy bueno para los cuentos, pero no necesariamente para la verdad. Ahora, muertos los rusos, vete tú a saber...

—Mira, no me jodas con las ambigüedades. —Si hay alguien neurológicamente incapacitado para aceptar que la verdad pueda no existir, se llama Luis y es mi sobrino—. Alguien tiene que saber la verdad, ¿no? Hubo un montón de gente que los conoció, que los trató desde el principio, desde que llegaron a Malespina, gente que incluso convivió con ellos.

—No es tan fácil —le aclaro, resignada. Ya sé que no vamos a salir de ésta con un cuento resumido—. Para empezar, han pasado muchos años. Los rusos llegaron a Malespina en 1928. Bueno, hay quien dice que en el 27, pero es lo de menos. No viene de un año. Si no eran los primeros extranjeros que pisaban estas tierras, poco les faltaba. Ya te puedes imaginar la sorpresa que se llevaron los de aquí. Encima, no venían de visita, sino a quedarse, cosa más extraña todavía.

—¿Venían de Londres?

—Sí. Bueno, parece que llevaban un año viajando por Europa. Se ve que llegaron en coche de caballos y pasaron un día entero recorriendo las afueras del pueblo. Escogieron la mejor vista al mar desde la cima de la montaña y anunciaron su intención de comprar, pagando al contado, todas las tierras que bajaban desde aquel

punto hasta el mar. Todas, incluida la playa minúscula que remataba el acantilado.

—La famosa bañera de la rusa.

—Exacto. La famosa bañera de la rusa.

—Y se las vendieron.

—Se lo vendieron todo.

—O sea, que se compraron una montaña entera, vamos.

—Tal cual. Y así empezó la leyenda. Malespina, 1928; no te olvides. O sea, el culo del mundo, hace mucho tiempo. Ser extranjeros y millonarios ya los convertía casi en extraterrestres. En cuanto comenzaron los contactos para negociar la compra de las tierras, su historia se llenó de leyendas imposibles de demostrar.

—Por ejemplo.

—Por ejemplo, se dice que iban hablando con los propietarios de uno en uno, fijando el precio de cada terreno. Y cuentan que cuando le llegó el turno a uno que consideraba el suyo menos valioso por estar en el tramo más escarpado, ellos mismos subieron el precio para que no saliera perjudicado.

—Qué generosos.

—O no.

—Ya estamos otra vez.

—Mira, a lo mejor sí fue un acto de generosidad. Pero eso no queda tan claro cuando contemplas la montaña desde el mar. Pídele a tu padre que te lleve un día con su yate. Dime si encuentras una manera de acceder a la playa que no pase precisamente por ese terreno escarpado. Además, fue un golpe de efecto que les hacía mucha falta.

—¿Por qué?

—Hombre, imagínate. Sin la complicidad del pueblo era casi imposible construir un castillo y un jardín botánico en pleno precipicio sobre el mar. Necesitaban ayuda, mano de obra, materiales. No te quiero ni contar las penurias que pasaba aquí la gente en aquella época. Se jugaban la vida pescando para ganar un dinero que apenas pagaba los gastos mínimos de subsistencia. Por una cantidad probablemente ridícula, los rusos se ganaron una fama de generosos que pronto rentabilizarían.

—Total, que los aceptaron.

—Claro. Y por si fuera poco, por si quedaba alguna reticencia, en su primera entrevista con el alcalde ya se ganaron la complicidad de todo el mundo. Parece ser que fue entonces cuando anunciaron que no querían competir con la industria corchera local.

—Para, para... —me interrumpe Luis, como si le hablara de Marte. Bendita juventud—. ¿Qué industria?

—Claro, tú no la conoces porque ahora no hay aquí más industria que el turismo. Pero te habrás dado cuenta de que, en los pocos bosques que quedan, además de

pinos hay alcornoques, ¿no?

—Sí.

—Pues en aquellos tiempos, y hasta no hace tanto, cuando el invierno se ponía duro y les impedía pescar, los hombres se dedicaban a pelar la corteza de los alcornoques y la vendían para hacer corcho. Se manipulaba en pequeños talleres artesanales para hacer taponés.

—Vale, vale, volvamos a los rusos.

—Le dijeron al alcalde que estaban dispuestos a ceder al pueblo la explotación de los alcornoques de sus tierras recién compradas a cambio de dos condiciones: que nadie pisara sin permiso suyo el jardín botánico y que se respetara escrupulosamente la intimidad de la playa.

—¿Y cómo hablaban con el alcalde?

—Buena pregunta. Según la leyenda, se trajeron expresamente un intérprete desde Barcelona para la ocasión. No me parece muy verosímil y supongo que para negociar precios de las tierras les bastaría con un francés chapurreado, algunos gestos, números garabateados en un papel. En cambio, en esa famosa conversación con el alcalde seguro que intermedió alguien porque, si es cierto lo que se cuenta, hablaron largo y tendido.

—¿De qué?

—No sé, pero dicen que al final el alcalde no pudo reprimir su curiosidad y quiso hacer la última pregunta.

—Ya me la imagino.

—A ver.

—«¿Qué coño quieren aquí?».

—Bravo, Luis. Bueno, no creo que el alcalde fuera tan vulgar como tú, pero es de creer que se moriría de ganas de preguntar algo parecido. Al fin y al cabo, en aquellos tiempos, la propiedad de las tierras sólo tenía sentido en la medida en que se obtuviera de ellas algún beneficio. Y, habiendo renunciado a explotar los alcornoques...

—Claro, por eso digo.

—Pues tú sólo tienes curiosidad, pero estoy convencida de que el alcalde debía de tener pura desconfianza. Sospecharía que aquellos extranjeros disponían de alguna información privilegiada, algún secreto que multiplicaría el valor de las tierras y que sólo harían público cuando estuvieran ya firmados y a buen recaudo todos los contratos de compra. Yo qué sé, petróleo, algún mineral valioso...

—Bueno, ¿y la respuesta?

—La respuesta fue bien sencilla e inteligente, y estableció los cimientos para la leyenda. Contestaron que llevaban un año entero recorriendo Europa en busca del lugar más bonito y aislado. Y que no tenían ninguna duda de haberlo encontrado



precisamente aquí. Más que eso: les parecía el lugar más hermoso del mundo.

—Caray.

—Eso, caray. No sé si esa respuesta satisfizo la curiosidad del alcalde, pero imagínate cómo inflaría su orgullo. Aquella misma noche corrió la voz como agua suelta. En todas las casas del pueblo la gente se acostó convencida de vivir en el lugar más hermoso del mundo. No sólo eso: de haber nacido en él.

—Bueno, tampoco eran tan falsos. Nosotros decirnos muchas veces que no hay ningún lugar tan bonito como éste.

—Claro, pero es una forma de hablar. Parece que los de Malespina se lo tomaron en un sentido literal. Supongo que a ellos también les gustaba, aunque no creo que se acercaran con frecuencia. Quedaba en las afueras del pueblo, el acceso no era fácil... Iban un par de veces por año, arrancaban la corteza de sus alcornoques y se volvían a casa. Es probable que, hasta que llegaron los rusos, el concepto de belleza en este pueblo fuera más aplicable a una red rebosante de pescado que a un paisaje. Además, ellos nunca habían salido del pueblo, no podían compararlo con nada. De repente, llegaban unos extranjeros, gente viajada que hablaba idiomas extraños, y afirmaban que aquel monte era el lugar más hermoso del mundo. Lo convirtieron en el centro del universo. Como si todos los hombres del planeta se pusieran de acuerdo en que tu novia de toda la vida es la más guapa. El efecto de ese comentario fue tan contundente que, todavía hoy, si preguntas a los nietos de aquellos pescadores por qué se quedaron aquí los rusos, te mirarán como si fueras tonto. «Hombre, pues porque es el lugar más hermoso del mundo», te dirán, como si te hubiera dado por preguntar cuánto son dos más dos.

—Claro, así se hicieron amigos de todo el pueblo.

—Ah, no. De eso nada. Respetados, sí; pero amigos ya es mucho decir. Los aceptaron con una distancia reverente, aumentada por el hecho de que casi nunca los veían.

—¿No dices que mucha gente trabajaba para ellos?

—Sí, pero no directamente. Antes de empezar las obras nombraron capataz a un tal Federico Albala, un emigrante murciano que debía de ser más o menos habilidoso con las manos y hacía las tareas de albañil en las casas del pueblo. Albala fue su hombre para todo: se ocupaba de la intendencia del castillo, contrataba al personal y dirigía las obras, transmitiendo a los trabajadores las instrucciones de los rusos. Como te puedes imaginar, eso lo convirtió en el hombre más poderoso del pueblo.

—¿Y ellos qué hacían?

—Parece que trabajaban en su jardín botánico. De vez en cuando llegaban emisarios con semillas de todo el mundo: jazmines rosados del Japón, cedros del Himalaya, cualquier cosa.

—¿Y no salían nunca?

—Sólo los domingos por la tarde. Cada domingo recorrían el pueblo con toda la parsimonia del mundo, en un paseo que duraba unas dos horas. Si se cruzaban con alguien saludaban con educación, pero siempre manteniendo la distancia, sin pararse a hablar con nadie. Esos paseos aumentaron aún más la especie de bruma misteriosa que los envolvía.

—¿Por qué? ¿Qué misterio hay en un paseo dominical?

No intento explicárselo. Luis es de otra época. Posterior al nacimiento de la televisión en color y a la muerte de la intimidad. No lo puede entender. Incluso a mí me queda lejos, pero me resulta más fácil comprenderlo, imaginar los rumores como gatos de puerta en puerta, saltando tapias, colándose en los patios, reproduciéndose en la penumbra. Detrás de cada ventana, a la sombra de cortinas entreabiertas con disimulo, unas cuantas decenas de ojos seguirían aquellos paseos: ojos como faros, miradas que registraban cada movimiento para multiplicarlo luego, al calor de los hogares. Los paseos por la calle y su eco en las alcobas. El porte de aquella extraña pareja también debió de contribuir a la leyenda.

—Si preguntas por ahí qué aspecto tenían —le explico a Luis—, encontrarás cientos de versiones distintas, pero todas coincidirán en una cosa: todas dirán que su comportamiento era majestuoso y aristocrático.

—Pues la abuela decía que de eso nada. Decía que eran altivos y pretenciosos.

—Bueno, son dos formas distintas de ver la misma cosa.

—Coño, no es lo mismo.

—Cierto, no es lo mismo. Pero sí da lo mismo. Supongamos que tu abuela tuviera razón. Supongamos que eso se pudiera medir científicamente, que un aparato neutral confirmara su opinión. Da igual. La gente quería verlos como aristócratas majestuosos y así los vieron. ¿Quieres una prueba de lo poco que importaba la realidad?

—Claro.

—¿Has estado alguna vez en la tumba de los rusos?

—Sí, un par de veces, con papá. La última, hace tres o cuatro años.

—Entonces, te habrás fijado en sus lápidas, ¿no?

—Más o menos.

—¿Cómo se llamaba la rusa?

—Ni idea.

—¿Lo ves? No te has fijado. Pues muy mal. Hay que fijarse. Hay que abrir bien los ojos. Luego te extrañas de que sea difícil saber la verdad.

—Venga, menos sermones. ¿Cómo se llamaba?

—Margaret Baker.

—Coño con la rusa.

—Exacto. Coño con la rusa, que era inglesa. Del mismísimo Londres. Y nadie

puede decir que en el pueblo no lo sabían, porque había un montón de documentos en los que constaba el nombre de los dos. Él se llamaba Teodor Korzeniowski, pero dudo que nadie intentara siquiera una sola vez pronunciar semejante apellido, así que se aplicaron a la tarea de encontrarle un mote. Supongo que sería objeto de discusión en todas las tertulias del pueblo porque Teo, que hubiera sido lo obvio, era demasiado familiar, demasiado vulgar para un aristócrata ruso. Creo que Albala terminó pronto con las especulaciones, porque siempre que se refería a su patrón lo llamaba «El Coronel», e incluso aportó algunos datos que le daban credibilidad al mote. Una noche contó en la taberna que su patrón era un alto oficial del ejército ruso que, tras recibir heridas graves en defensa del zar, se había visto obligado a huir a Londres.

—Pues allí debió de conocerla a ella, si dices que era inglesa.

—Exacto. Así que Korzeniowski quedó para siempre como El Coronel. Para ella, ni siquiera hizo falta un nombre. Era mujer del ruso y, en consecuencia, era la rusa. Para todos. Eso es lo que hay. La bañera de la rusa tendría que haberse llamado bañera de la inglesa.

—Sí. A la abuela le encantaba llamarla «la bañera de la rusa que no era rusa».

—Ya sabes lo que opinaba de ella la abuela.

—Lo que yo te diga; le tenía manía. En cambio al abuelo le encantaba, ¿no? Me gustaría saber por qué.

—Bueno, yo tengo mi teoría. En un sentido simbólico, creo que estaban hechos el uno para el otro. La rusa estaba empeñada en convertirse en una leyenda. Papá nació para creerse las leyendas y sólo tenía las del pasado: cuentos de caballeros y dragones, el naufragio de Simón, el destierro de Li Po, batallas medievales. En cambio, la rusa era una leyenda contemporánea. Encima, la conoció personalmente. Por primera vez, no estaba repitiendo historias que había heredado, sino construyendo una con información de primera mano. Además, estaban hechos el uno para el otro.

Ah, la leyenda de la rusa. Otra vez en mi memoria las palabras de papá, pidiendo paso. Las palabras prestadas: «Hay que decir que...».

Era más o menos así. Hay que decir que esta mujer, pese a su reticencia a mostrarse en público, o precisamente gracias a ella, enloqueció a todos los hombres del pueblo. Cada mañana, a eso de las once, la rusa bajaba a su playa, una lengua de rocas lisas al fondo de un acantilado tan pronunciado que no había manera de trazar por él un camino practicable. Tal vez ella fuese la primera persona que se bañó en aquellas aguas, pues la playa sólo era accesible para quien tuviera una embarcación: es decir, para los pescadores, que no sabían nadar y, además, consideraban los baños de sol y de mar como una frivolidad, propia de bárbaros de costumbres extrañas. La nueva burguesía de las ciudades ya empezaba a asimilar los baños de mar como algo saludable y necesario, pero para la gente de este pueblo seguía siendo una excentricidad inmoral. La rusa, sin embargo, había comprado aquella playa para

usarla y no estaba dispuesta a aceptar que las dificultades del terreno se lo impidieran. Encargó a Albala que le consiguiera una mula recia y, a lomos del animal, aprovechando la terquedad que se le supone, corría cada mañana el riesgo de descalabrarse entre las peñas a cambio del placer exclusivo de bañarse en la playa de su propiedad, cosa que sólo dejaba de hacer cuando la lluvia excesiva volvía impracticable el descenso. Algún pescador debió de verla bañarse en la lejanía y pronto corrió la voz: unos decían que el coronel había mandado cavar en secreto un túnel que permitía a su mujer descender hasta el mar por las entrañas de la tierra; otros, que un ingenioso sistema de poleas accionado por una docena de criados la depositaba directamente en el agua cuando expresaba tal deseo; los más contaron que, aprovechando la inaccesibilidad del terreno, se bañaba desnuda. Por supuesto, no faltó quien afirmara haber gozado a solas de aquella visión, parapetado en alguno de los muchos escondites que la naturaleza brinda en esas laderas escarpadas.

Nunca me ha parecido creíble el cuento de los baños desnudos, por mucho que hubiera gente dispuesta a describir incluso el último recoveco de su cuerpo, a pintar en su leyenda pecas, lunares y palideces extremas con tal de sostener esa falacia. Estamos hablando de 1928. No me cabe la menor duda de que la mujer se cubría con un bañador de los de entonces, completo como una armadura medieval, y tal vez incluso se tapara la cabeza con algún paño cerrado.

—¿El uno para el otro? —La voz de Luis me saca a tirones de la leyenda—. ¿Tú crees que el abuelo tuvo un lío con ella?

—No.

—Muy segura pareces.

—Lo estoy. Mi padre adoraba a mi madre. Además, la rusa era quince años mayor que él.

—¿Y qué?

—Tienes razón. Eso no es impedimento. Pero en aquella época representaba toda una barrera. Además, mamá se hubiera enterado. Menudo escándalo. Mamá no habría perdonado una infidelidad de ese tipo. Una cana al aire..., no sé, no pongo la mano en el fuego por nadie. Pero un rollo así, en el castillo, yendo cada tarde a pintarla... No. Seguro que no.

—Entonces, ¿por qué la pintó desnuda?

—No seas inculto, Luis. Si vas a suponer que siempre que una modelo posa desnuda es porque está liada con el pintor, toda la historia del arte sería una especie de orgía continua. Además, ese retrato no es precisamente erótico.

—¿Ah, no? ¿Eso quién lo dice? A mí sí me lo parece.

—Porque eres muy joven. Para ti, un cuerpo desnudo es erótico por principio.

—No. Te equivocas. Al contrario. El cuerpo es lo de menos. Si para el abuelo era una mujer mayor, imagínate para mí. A mí lo que me parece erótico son esas flores.

Las flores y la sonrisa de la rusa. Siempre lo he pensado. Cuando era pequeño, me gustaba mirar el cuadro y me imaginaba que las flores le acariciaban la planta de los pies, que le hacían cosquillas y por eso ella sonreía de esa manera tan extraña.

—La verdad es que era un personaje bien curioso.

—¿Tú la conocías?

—No exactamente. Pero sí la vi varias veces. Recuerdo que la primera me impresionó mucho.

—Cuéntamelo.

—De hecho, aquella vez ni siquiera llegué a verla de cerca. Íbamos en la barca de papá. Yo era muy canija: tendría cinco o seis años, o sea que debía de ser el *Astor III*.

—¿El *Astor III* no era el optimist?

—No, ése era el segundo. El tercero era el velero pequeño. Llevaba un motorcito fuera borda. Una cosa pequeña, me parece que era de ocho caballos. Sólo servía para maniobrar. No soy capaz de precisar qué año sería, pero tiene que haber sido a finales de los sesenta. Papá maniobraba para entrar en la cala de la bañera de la rusa. No era fácil, porque es bastante rocosa y hay que conocer bien el fondo. De repente, nos llegaron unos gritos desde la playa. Al levantar la vista vimos una escena ridícula que yo no supe interpretar. Era Albala, que con los años había pasado de capataz a mayordomo. Estaba plantado en la mitad de la playa, vestido de uniforme.

—¿Qué?

—Te lo juro. Con librea y todo. A sus pies había un mantel extendido con platos y un par de cestas de mimbre.

—No te puedo creer. Parece una escena de Fellini.

—Bueno, yo era tan pequeña que no pensé en Fellini, ni en nada que se le parezca. Sólo veía a un señor, vestido de un modo extraño, que vociferaba en mitad de la playa y nos hacía señas para que nos alejáramos, moviendo los brazos como un molino. De hecho, creo que incluso a papá le costó entender lo que estaba pasando. Debí de dejar el motor en punto muerto porque nos quedamos ahí parados un rato, sin saber qué hacer, hasta que mamá descubrió a la rusa. Estaba bajando el acantilado a lomos de su famosa mula. Qué espectáculo.

—¿Y qué pasó?

—Todo esto era unos años antes del retrato. O sea, papá nunca había hablado con ella. Debía de conocerla de vista y seguro que sabía lo que se contaba en el pueblo. Y de repente, ahí estaba. El acantilado era tan escarpado que la mula parecía a punto de resbalar montaña abajo, pero la rusa iba bien erguida y tiesa, como si montara una yegua purasangre por una llanura. Recuerdo que mamá y papá, después de quedarse un rato boquiabiertos, hablaron al mismo tiempo. Mamá dijo: «Qué fantoche». Y papá dijo: «Qué divina». Y yo pregunté qué era un fantoche y recuerdo que me enfadé porque nadie me hacía caso y se armó una pequeña bronca a bordo porque

papá metió la marcha atrás para salir de la cala y mamá le dijo que era un cobarde, que las playas son de todos y papá que de eso nada, que aquella era propiedad de la rusa y tenía todo el derecho a bañarse cuando quisiera y la cosa no paró hasta que llegamos a casa y ya no recuerdo muy bien los detalles pero yo iba preguntando qué es un fantoche, qué es un fantoche, mamá, qué es un fantoche, y mamá murmuraba, ridículo, vamos, ridículo, pero ridículo, y papá sonreía como si acabara de ver salir la luna llena.

—Para que luego digas que la abuela no le tenía manía.

—Sigo pensando que la rusa le importaba un bledo. Si se indignó tanto fue porque papá no plantara cara y echara el ancla ahí mismo.

—Fue una pena que no os quedarais. Habrías visto si se bañaba desnuda.

—Por supuesto que se bañaba desnuda —suena de pronto la voz de Pablo a mi espalda. No sé cuánto rato lleva escuchando la conversación, pero al ver que Luis no se sorprende comprendo que él ya lo había visto—. Aquella mañana iba con un albornoz. Azul clarito, lo recuerdo perfectamente. Supongo que montar desnuda en una mula no es muy agradable. Pero estoy seguro de que se bañaba en pelotas.

—Hombre, Pablo, qué raro que estés tan seguro de algo.

—Es más, estoy seguro de que, en cuanto nos fuimos, se puso a follar con Albala en la playa. Como locos. Como conejos.

—Sí, hombre. ¿Con Albala, el mayordomo?

—Y con medio pueblo. La rusa se cepilló a media Malespina. Por eso se hablaba tanto de ella.

—¿Tú también?

—¿Yo también qué?

—Luis está convencido de que tuvo un lío con papá.

—Por supuesto. No tengo ninguna duda.

—Vaya, qué casualidad. Sois todos iguales. Nunca nadie ha podido demostrar que tuviera un lío con nadie. Precisamente por eso, os habéis montado una especie de fantasía...

—Fantasía, la tuya. Papá te contó tantas veces el cuento de que era una especie de princesa, que necesitas creértelo. Claro que tuvo un lío con ella, faltaría más.

—Pablo...

—Ni Pablo, ni hostias en vinagre. A ver cuándo despiertas, que ya no eres una niña. ¿O te crees también que mamá fue fiel toda la vida? No conozco ninguna pareja que lo haya sido. No sé por qué razón mis padres tendrían que ser distintos en eso. De qué estamos hablando: ¿cincuenta años de fidelidad? ¿Ni siquiera un polvito, una noche loca? Hombre, Serena, no jodas, por favor, no seas tan ingenua.

—De ingenua, nada. Eran otros tiempos. Echar un polvo era...

—Echar un polvo era una manera de conseguir algo. Como ahora, como siempre.

¿En qué mundo vives? ¿Cómo te crees que consiguió la abuela Amparo que aceptaran a Simón en la compañía?

—Pero qué dices, tú estás loco. ¿Amparo? ¿Tú recuerdas la cara de mosquita muerta de la abuela?

—Uy, sí, mosquita muerta. Lo que yo te diga. Dime cómo lo consiguió. ¿Explicándole al director que su novio tenía una voz portentosa? ¿Hablándole de los prodigios de su memoria? Qué te pasa, ¿te crees todo lo que te cuentan?

Esa discusión sí merecía la pena. Todavía no lo tengo claro. Hemos vuelto a casa en silencio. Por la carretera nueva. No lo he hecho queriendo para joder a Pablo. Iba despistada, pensando... Tal vez Pablo tenga razón, pero me cuesta aceptarlo. Es ridículo, casi infantil, ya lo sé. El sexo es imprescindible para que existan los hijos, y sin embargo para los hijos sus padres son una especie de seres asexuados. Y eso que a nosotros no nos contaron el cuento de la cigüeña, ni las tonterías de París, ni nada por el estilo. La primera vez que pregunté de dónde venían los niños, mamá me dio una respuesta científica, con toda clase de detalles: el espermatozoide y el óvulo y la fecundación y el cigoto y el parto y el cordón umbilical y todo lo que tú quieras. Como debe ser, con toda la naturalidad del mundo: «Tu padre y yo hicimos el amor...». Incluso creo que mi imaginación construyó una representación mental del acertijo extraño que me estaban contando, en la que el pajarito de papá encajaba en la cuevita de mamá con precisión geométrica y limpia, como encajan las piezas de madera de los juegos de construcción. Pero no era una imagen de verdad. No es una imagen de verdad. La imagen de los padres que nos procrean no está llena de pelos y de sudores, de pollas altivas y reventonas, de huidas y posesiones. No sólo la imagen de cómo nos engendran es falsa. También la de cómo nacemos. Toda esa humedad envuelta en un llanto rabioso, la sangre y los desgarros, los coágulos apelmazados que sellan los párpados, el frío, la ingravidez perdida con susto y esa repentina obligación de ser, de ser en serio y solos, todo ese pantano de células forzadas a juntarse en órganos y crecer y dividirse, que es su forma de multiplicarse, y buscar una salida. Eso es nacer: buscar una salida, buscarla a tientas y a empujones, cegados por la sangre. Y después la vida entera buscando una salida que nos saque del atolladero en que nos metió la salida anterior, quizá porque no era exactamente una salida y así, con la memoria entretenida, nos llegamos a creer que no nacimos así, que vinimos al mundo limpios y envueltos como un caramelo, oliendo a gasas y pomadas, con la piel hidratada de cremas, no de sangre. Es la primera leyenda. Aún no terminamos de nacer y ya nos estamos inventando cómo nacimos. Nos gusta la idea de ser hijos de una idea. Queremos ser hijos del amor y somos hijos del sexo. Cabe que el amor contenga el sexo, como los manantiales apenas perceptibles contienen ríos inmensos. No lo niego. Es más, tengo pocas dudas de que así fue en nuestro caso. Pero ese amor es cuestión de estadística, es la botella del juego, la brújula enloquecida que señala, con

la cabeza una y otra vez, quién besa a quién y cómo. O, como diría mi hermano Pablo, quién se la mete a quién y, ojalá con el placer suficiente, le hace un hijo que tal vez con el tiempo ignore de qué es hijo. No de quién, de qué. Porque también somos hijos de las palabras y eso lo complica todo. Hijos de las primeras palabras, así sean apenas sonidos articulados, de la voz que nos dice arrorró y guriguri y a mimí agüita guau guau y nos dice quién es esta niña tan bonita ay pero quién es quién es, y nos nombra, desde el principio nos nombra, una y otra vez nos nombra para contarnos quién somos. Mejor dicho: para que no nos dé tiempo a saber que somos lo que nos cuentan mientras eso nos baste. Y cuando ya no basta...

—¿Es verdad que el abuelo nunca volvió a pintar? —ha preguntado Luis, interrumpiendo mis pensamientos cuando ya casi encarábamos el camino de entrada a casa.

—Es verdad.

—¿Nada? ¿Ni un triste boceto? ¿Un garabato en una servilleta de papel?

—Nada.

—¿Y por qué? Joder, yo nunca le he visto pintar y me da rabia. Además, de todos los cuadros suyos que conozco, el de la rusa es el mejor. El mejor con diferencia.

—No lo sé, Luis. Él decía que precisamente por eso. Que ya nunca pintaría un cuadro mejor que ése.

—Lo que yo te diga. No es que el abuelo se haya vuelto loco ahora. Siempre lo estuvo. Vaya gilipollez.

—Nada de gilipollez —salta Pablo—. Lo que pasa es que era una verdad a medias. A ver, ¿por qué el retrato de la rusa era el mejor cuadro de su vida? ¿Por casualidad? No me jodas, hombre. Papá estaba enamorado de ella.

—Ya. No sólo echaron un polvo, sino que encima se enamoró —intervengo—. Lo que faltaba.

—Pues llámalo como quieras. Di que se encoñó, si te parece mejor. ¿Cuántos retratos ha pintado papá en su vida?

—No sé, cientos.

—O miles. Unos mejores, otros peores, como cualquiera. Sólo hay dos que sean especiales. El que pintó cuando se enamoró de mamá y el de la rusa.

—¿Qué quieres decir con eso? No te sigo. No sé adónde quieres llegar.

—Porque prefieres no saberlo. Papá se encoñó con la rusa, más o menos como le había pasado con mamá un montón de años antes. Le pintó un cuadro. Luego entendió que nunca volvería a pintar otro tan bueno. Pero no era una cuestión técnica. Lo que entendió era que no volvería a tener otra pasión como aquélla. Por eso no podía volver a pintar un cuadro tan bueno. ¿Lo entiendes ahora? Si yo consiguiera componer algo perfecto, tampoco volvería a tocar otra nota jamás.

—Desde luego, el abuelo estaba zumbado —lo ha interrumpido Luis—, pero tú



estás peor.

—Qué sabrás tú, niño —ha contestado Pablo.

Me ha extrañado que sólo contestara eso, que no aprovechara la ocasión para saltar sobre Luis y desbaratarlo con un discurso encendido sobre la música auténtica, el arte auténtico, la vida auténtica. He buscado su rostro en el retrovisor y lo he encontrado ausente, como ido. Tenía una mirada casi de ensueño, como si en vez de temer ese momento que le atribuye a papá, esa vía muerta de la perfección, estuviera anhelándolo. Como si de verdad quisiera componer un solo compás nuevo y perfecto y luego dejar de tocar. O morir.

—Qué sabrás tú de las noches sin luna —he dicho, buscándolo de nuevo con una mirada furtiva al retrovisor para comprobar si se había fugado ya del todo a ese país suyo de la música imposible.

—Qué sabrás tú del amor sin fortuna —ha contestado Pablo, sin poder reprimir una sonrisa.

Así es la complicidad de los hermanos: los cabos del lazo que nos une están atados siempre a la memoria. Qué sabrás tú de las noches sin luna; qué sabrás tú del amor sin fortuna. Creo que son versos de Lorca y ni siquiera estoy segura de que se le puedan atribuir literalmente y en ese orden. Es la respuesta que nos daba papá cuando, de pequeños, preguntábamos algo que no quería contestar. Mamá tenía otra frase favorita para las preguntas indiscretas, para la insolencia, para los momentos en que nos atrevíamos a opinar sobre lo que ignorábamos: «A ti quién te ha dado vela en este entierro», decía entonces ella. Tal vez yo lo diga algún día. Sé que no dependerá de mi voluntad. Sé que si soy madre, llegará el momento en que salgan por mi boca palabras ajenas, como si yo fuera una de esas antenas que sólo sirven para repetir una señal radiofónica. Si tengo este hijo, me convierto en eco. Lo sé y me resisto.

Pienso en Li Po. Quinto proverbio: «No todo lo que ignoras es mentira».

No existen los viajes de vuelta. El lugar al que vuelves está marcado por tu ausencia. Tú no eres quien se fue. Hace muchos años que lo sé. Lo aprendí en cada viaje y, sin embargo, seguí usando el verbo volver con toda la ligereza del mundo. Lo conjugaba: cuando vuelva, mañana volveré, ahora que he vuelto... Esta vez no puedo permitirme ese lujo. No vuelvo; voy. Voy al lugar donde me creen muerta, al encuentro de las personas que sólo pueden confundir mi llegada con un recuerdo o una aparición. Aún no sé cuándo. Mañana me recoge Amkiel. Me despediré de él para siempre. Tal vez le diga que éste es el lugar más hermoso del mundo. La Mimosa me llevará a Sayaxché, algún furgón hasta Flores, una avioneta me dejará en Guatemala. Si no hay sorpresas, estaré en la capital mañana mismo, por la noche. Luego me toca empezar a decir que estoy viva. Primero, en la embajada. Puro trámite. Me molesta, pero no puedo evitarlo. No quiero que en cualquiera de las fronteras que he de cruzar en este viaje algún funcionario me impida entrar o salir con el argumento indiscutible de que los muertos no viajan. Ni siquiera tengo pasaporte, así que no hay modo de librarse del trámite. Sospecho que me toca hacerme la tonta. Diré en la embajada que perdí el pasaporte y espero ahorrarme con eso una larga serie de explicaciones que no tengo ningunas ganas de dar. Si cuela, bien. Si no, si me dicen que estoy muerta, haré lo mismo que hacen los buenos mentirosos: aferrarme a la mentira, sostenerla contra viento y marea. ¿Muerta? ¿Muerta yo? A quién se le ocurre. Yo sólo sé que perdí el pasaporte. Estaba en la jungla. Me acabo de enterar; no saben cuánto lo lamento; no, no llamen a mis hijos. No quiero darles un susto de muerte. Prefiero decírselo yo misma. Mi pasaporte, gracias. Adiós.

Quedará un asunto pendiente: Judith. Mentiría si dijera que no he pensado en ella en estos últimos días. Bueno, en ella no. En sus hijos, si los tiene. Tal vez los míos hayan pasado un drama, y les espera todavía un último capítulo que ni siquiera imaginan, pero al menos el final es feliz. Eso me tranquiliza un poco. Puedo equivocarme en la forma de transmitírselo, pero es feliz: mamá está viva. En cambio, los hijos de Judith, si los hay, o cualquier persona que tal vez la espere en algún lugar... Esta confusión es mucho peor para ellos porque el final es malo. El peor. Vete a saber, tal vez la estén buscando todavía, y en ese caso sería mejor que supieran la verdad. O no. No sé. Debo ocuparme de eso en cuanto llegue a Barcelona. Tampoco puedo hacer demasiado, porque es bien escasa la información que tengo sobre Judith. Sólo su nombre, ni siquiera un apellido. Ya veré qué hago. Supongo que puedo enviar una carta al embajador desde Barcelona explicándole que conocí a una tal Judith y que me consta que estaba por la zona y tal vez ella... En fin, ya me ocuparé de eso. Ahora sólo me importan las fronteras. La primera, aquí mismo, en el río Pasión, en forma de vegetación flotante. La frontera de la vida, que esta vez cruzaré en sentido contrario. En sentido de vuelta, si pudiera llamarlo así:

*fuera, dentro; fuera, dentro. Dentro de la vida, allá.*

*Ni siquiera en un sentido técnico sería correcto decir que será un viaje de vuelta. Vine por Londres y, por una mera cuestión de precio, saqué el billete de vuelta con los mismos tramos que la ida. Eso es lo primero que quiero arreglar en Guatemala, pasado mañana, a primera hora si es posible. Espero que no me toque pagar ninguna diferencia de tarifa. El dinero que tengo en metálico, aunque suficiente para mantenerme hasta que llegue a Barcelona, no alcanzaría para comprar un billete nuevo. Y doy por hecho que Alberto ha cancelado ya mis tarjetas de crédito. Ése es otro asunto curioso: los trámites ridículos. El papeleo. He conocido culturas en las que el reparto de las propiedades del muerto está tan reglamentado que los hijos heredan incluso sus amantes. Según mi último testamento, mis hijos son propietarios a partes iguales de todo lo que tengo. Que tenía.*

*No quiero ir a Londres. Por muchas razones. Para empezar, está el cansancio, claro. No quiero escalas, transbordos, esperas. Bastante duro es este viaje como para demorarlo con escalas innecesarias. Además, no tengo nada que hacer allí. Nada. Ya lo hice y me dejó en la boca un sabor amargo que aún no he olvidado. Encima, lo hice por motivos mezquinos. Esa clase de motivos a los que no habría que ceder nunca porque son viscosos, te dejan las manos manchadas. ¿Celos? ¿Se llama celos el impulso que me llevó a Londres para confirmar algo que, al fin y al cabo, sospechaba desde muchos años antes? ¿Venganza? ¿Se llama rencor? Da igual cómo se llame. Es feo.*

*Quería demostrar que la rusa era un fraude. Nada nuevo; eso lo sabía yo sin salir de Barcelona. Era inglesa y permitió que la llamaran rusa toda la vida. En público, llamaba coronel a un marido del que nadie pudo comprobar jamás que hubiera pegado un solo tiro. En fin, toda su historia olía mal. Su castillo pretencioso, al que llamaron castillo desde antes de poner la primera piedra, cuando todavía era apenas un solar de bosque talado. Y su afán de adular, de decirle a todo el mundo que Malespina era el lugar más hermoso del mundo. ¿El más hermoso? No, eso siempre es relativo y lo sabían ellos, que habían viajado por toda Europa. Lo que pasa es que era el único. No digo único, sino el único. El único lugar del mundo donde podían vivir sin que la leyenda de la que iban huyendo los acosara, los señalara por la calle. Sin que la verdad los lapidara.*

*Intentar averiguar en Londres algo sobre el pasado de una inglesa llamada Margaret Baker podría parecer una locura, pero a mí se me dan bien esas cosas. Quizá no tenga la capacidad obsesiva de Serena, su fijación enfermiza y dolorosa, pero conozco las herramientas de la búsqueda de información y estoy profesionalmente preparada para usarlas. Me lo jugué todo a una sola carta: la hemeroteca de la National Library. No era una apuesta a ciegas; tenía sentido. Según la leyenda, ella era una aristócrata y él un alto oficial del ejército zarista,*

*huido de la revolución bolchevique. La prensa de la época tenía que haberse ocupado de ellos en mayor o menor medida. La verdad, no esperaba encontrar todo lo que encontré. Tal vez alguna foto, o apenas una mención en páginas de sociedad: El coronel Korzeniowski y su señora, duquesa de no sé qué, acudieron a la puesta de largo de la hija de los condes de esto y lo otro. Algo así. Acerté. Repóquer de ases con una carta sólo. Primavera del 27; ésa fue mi consulta. De marzo a mayo. Es decir, un año antes de que los rusos aparecieran en Malespina.*

*Suelo ser muy lenta para estas cosas. Soy incapaz de abrir un diccionario sin que la mera visión involuntaria de una palabra me obligue a detenerme y se convierta en el primer puerto de un itinerario que me lleva atrás y adelante por el abecedario completo, mecida en la marea de todo lo que ignoro. Pero esa vez mi curiosidad estaba bien concentrada y dirigida. El blanco, claro e inmóvil; las balas listas en la recámara. Yo quería fusilar el recuerdo de la rusa, pero nunca hubiera imaginado encontrarme con un paredón de aquel tamaño. Un escándalo de ese calibre. Resumido: a principios del mes de marzo de 1927, Margaret Baker se divorció de un tal William Lingard, duque de Worcester. La noticia ocupaba páginas enteras por la alcurnia de los protagonistas y porque en esas fechas un divorcio no era el pan nuestro de cada día. No digo que las parejas fueran más duraderas que ahora, ni siquiera que en mi época; sólo que se divorciaban menos. Incluso en Inglaterra, las leyes eran mucho menos permisivas y, además, la mayoría de los sucesos que hoy se entienden como causa fulminante de separación se mantenían entonces en secreto. Eso está bien estudiado, no lo voy a descubrir yo. Quizás en 1927 el matrimonio de conveniencia fuera ya una institución sobrepasada por la historia, pero seguían en uso muchas de sus cláusulas complejas. Era lícito tener amantes siempre que no se exhibieran en exceso; la pareja no era un ideal de perfección, sino un mecanismo puesto al servicio de la supervivencia de la especie humana; ningún matrimonio aspiraba a la satisfacción permanente que hoy los hace imposibles. En fin, un divorcio entre aristócratas aireado por la prensa exigía otra explicación, algún escándalo, algo que, ni siquiera en las circunstancias de entonces, pudiera guardarse en el armario de las apariencias. Me quemaban las manos. No leía las palabras, devoraba. Los artículos se ilustraban con una fotografía de la rusa, lo que me permitió comprobar otra cosa que había sospechado siempre: si era bonita de mayor, de joven había sido mucho más que eso. Única, espectacular. Quizá no tanto como en las fantasías de mi marido, pero muy llamativa en cualquier caso. Aparecía la misma imagen en todos los periódicos, con mínimas diferencias, como si varios fotógrafos hubieran tomado a la vez su retrato desde ángulos apenas distintos. La mala calidad del papel y de la impresión no había conseguido apagar la viveza de su mirada, ni siquiera después de todo el tiempo transcurrido. Y la fuerza, la fuerza de su rostro, los labios levemente apretados como si estuviera a punto de soltar una palabra*

gruesa. Recuerdo que me empujaban las prisas, que las ganas de leer aquellos artículos me urgían a prescindir de los retratos, pero me quedé un largo rato prendada de ellos, como si la voluntad autónoma de mi mirada estuviera seducida por la rusa. Pero leí. Al fin, leí. Mucha tinta derramada sin justificación aparente. El texto dedicaba más espacio al pasado de los dos cónyuges, a sus raíces familiares y a valorar sus propiedades, que al divorcio en sí mismo. Sólo al final, casi enmascaradas entre líneas, como tapándose la cara, encontré las palabras que buscaba. Era él quien había pedido el divorcio y ella, no contenta con concedérselo sin pedir nada a cambio, le cedía también la patria potestad y la custodia del único hijo que tenían. Los autores de aquellos artículos coincidían en señalar que tales concesiones eran una muestra de la buena voluntad con que ambas partes habían afrontado el proceso, contribuyendo a una separación amistosa, bla, bla, bla. Para que una aristócrata aceptara, en 1927, separarse de un millonario sin recibir nada a cambio, y encima le entregara a su hijo, tenía que haber razones poderosas y ocultas. Seguí leyendo. Repasé los días siguientes. Durante varias semanas, nada. Al fin, poco más de un mes después, volvió a sorprenderme el rostro de la rusa en un periódico. Había asistido a un acto de beneficencia acompañada, por primera vez en público, por Teodor Korzeniowski. Media página. Devoré los primeros párrafos, en los que se explicaba que él era hijo de un militar ruso huido de la revolución bolchevique. Hijo. El coronel era el padre. Aunque en la foto se tomaban del brazo, el texto sólo hablaba de un amigo con el que Margaret Baker compartía confidencias mientras se consolaba del reciente fracaso de su matrimonio. Enseguida saqué mis conclusiones: Korzeniowski era el amante de la rusa. Su marido la había sorprendido y tal vez tuviera pruebas de su infidelidad. Por eso ella no había tenido más remedio que conceder el divorcio en condiciones desventajosas; para no verse denunciada públicamente como adúltera. Para mí no era una película de malos y buenos. No me daba ninguna pena el duque Lingard. Al contrario, pensé que probablemente él tendría también una amante y no había hecho más que aprovechar a su favor las circunstancias.

Hubiera podido dar por terminada la investigación. Era poca cosa, pero más de lo que esperaba antes de empezar. Sin embargo, había pedido los periódicos de todo el mes de mayo y los tenía delante de mí, encuadernados en un solo tomo gigantesco, con tapas de cartón grueso forradas de tela azul. Afortunadamente, seguí pasando días. Sólo dos. Al tercero me golpeó una imagen mucho más tétrica, menos lustrosa que las anteriores. El duque de Worcester posaba con el semblante serio, amenazante. Sostenía entre los brazos un niño, apenas un bebé de seis o siete meses, que le negaba la mirada a las cámaras. Primero creí que las manchas de la cara del niño se debían a la mala conservación del periódico. La primera frase del artículo, entrecomillada, me sacó del engaño: «Mi ex mujer pegaba a nuestro hijo».

*Al día siguiente, otra foto. Margaret Baker, ya ex duquesa de Worcester, anunciaba su inminente partida en un viaje por Europa, del que tardaría meses en regresar, y en el que esperaba aprovechar para reponerse de los disgustos sufridos durante el proceso de su separación, al tiempo que desmentía... Eso sí lo explicaba todo. El duque había exigido un divorcio sin contrapartidas porque tenía pruebas de que ella maltrataba a su propio hijo. Es probable que, a cambio de su rendición completa, la Baker pusiera como única condición el silencio. Su marido podía quedarse el niño y la fortuna siempre que guardara discreción y no la delatara. Él debía de ser el primer interesado en respetar ese pacto. Sin embargo, ella cometió el error de exhibirse en público con el ruso demasiado pronto. El duque pensó que todo el mundo concluiría que Korzeniowski era la causa de la separación. Tal vez ella lo hizo precisamente con ese objetivo: tener una coartada si alguna vez él se iba de la lengua. Poder contestar que no, que nunca había tocado a su hijo, que el duque simplemente estaba celoso. Indignado, él mostró en público las magulladuras de su hijo y alzó la voz. Ella no tuvo más remedio que poner tierra de por medio. Hasta aquí, todo bien. Quiero decir, a mí qué me importan sus mezquindades, sus adulterios, sus maltratos. Incluso la cobardía de su falsa retirada. Nada, no me importaba nada. Tal vez me fastidiara un poco más el remate de esa cobardía, su aparición en Malespina y su afán por esconderse en las penumbras de una leyenda ridícula. ¿El lugar más hermoso del mundo? Y una mierda, con perdón. Será el más lejano, el más ingenuo. El fin del mundo, eso era para ellos Malespina. Porque en las semanas siguientes la imagen de Margaret Baker seguía siendo motivo recurrente en las páginas de sociedad: a las puertas de una joyería de París, en cuyos cristales se intuía el reflejo de un elegante Korzeniowski; en el paseo marítimo de Niza, donde él la cubría galante con un parasol; visitando los campos de lavanda en flor de Provenza; gozando de los aires purificadores de los Dolomitas. Solía acompañar aquellas imágenes un texto, cada vez más breve, pero en el que cabía siempre una alusión, más o menos indirecta, a las acusaciones del duque, acompañadas sólo a veces del inverosímil desmentido de la rusa. Tuvieron que llegar a Malespina para que los dejaran vivir en paz. Ironías del destino: sólo el destierro, el encierro en el bosque, les permitió sobrevivir. Sólo la mentira de que aquél era el lugar más hermoso del mundo acalló la voz que los acusaba de representar lo más abyecto.*

*Sin embargo, ni siquiera eso podía molestarme tanto. Al fin y al cabo, era su problema, no el mío. Yo no inventé esa leyenda, ni me la creí del todo; de modo que no me incumbe, no me afecta. Lo que me afecta es otra cosa, porque todo esto explica lo que descubrí en Londres, pero no por qué fui a buscarlo. Cuenta los hallazgos, no los motivos. Quiero explicarlos ahora. A nadie. Desprenderme de ellos.*

*El terreno de la casa de Malespina linda con el bosque del castillo de los rusos. Se puede decir que éramos vecinos, aunque entre una casa y otra haya casi dos*

kilómetros. De eso no se puede culpar a nadie, salvo al azar, que bastante ocupado está en otras conspiraciones para meterlo también en ésta. Julio levantó allí su casa sin haber visto nunca a la rusa. Es posible que cuando compró el terreno no hubiera visto siquiera el jardín botánico, porque el camino que llevaba hasta allí permanecía siempre cerrado. Habían prometido abrirlo sólo cuando estuvieran terminadas las obras para que todo el pueblo pudiera disfrutarlo. Hasta entonces, una cadena de hierro cortaba el camino justo en el punto en que se adentraba en el bosque. Cuando entraban y salían los camiones de las obras, acudía el capataz y retiraba la cancela. Creo que se llamaba Albala. De apellido; el nombre de pila no lo recuerdo. Y lo llamo capataz porque no sé cómo describirlo: hombre para todo, jefe de obras, mayordomo y supongo que amante de la rusa. Qué más da. Para llegar al bosque, aquellos camiones tenían que pasar por delante de nuestra casa. Más exactamente, por detrás. Al principio, a veces, al oírlos subir la cuesta salíamos corriendo para verlos, porque de vez en cuando pasaba uno que no llevaba material para las obras del castillo, sino para el jardín. Cargamentos indescriptibles: jazmines del Japón, flor preferida de la rusa, que anunciaban su paso con una caravana de olores; palmeras enanas de no sé dónde; cajas con miles de semillas de todo el mundo. Bueno, da lo mismo; entonces me fascinaba verlos pasar, pero ahora no me importan para nada, ni quiero perder tiempo con ellos. Lo que quiero decir es que durante muchos años fuimos vecinos de la leyenda. Ver pasar aquellos camiones confirmaba que las habladurías del pueblo sobre un inmenso jardín con plantas de todo el planeta no eran tan fantasiosas como pudiera parecer. Alguna vez nos cruzamos con la rusa en sus paseos dominicales, que ya se prodigaban menos porque el coronel, mayor que ella, no debía de estar para muchos trotes. No sé exactamente qué edad tenían, pero los datos de Londres confirmaron más o menos lo que suponía por intuición. Yo creo que la rusa nació entre 1908 y 1912. El coronel murió en el 68. O sea que se quedó viuda con sesenta años, más o menos. No volvió a salir del castillo. O de las obras del castillo, mejor dicho. Quizás esa versión sea demasiado fiel a la leyenda. Digamos que nosotros no volvimos a verla nunca más. En total, yo creo haberle visto la cara seis o siete veces en toda mi vida, sin cruzar jamás una palabra con ella y siempre medio de lejos. Menudo personaje. Era capaz de bajar a bañarse a su playa, montada en aquella mula absurda y enviar al tal Albala por delante, vestido de mayordomo, para que le preparase el picnic en la arena. Ni siquiera sé cómo bajaba él, porque en la mula sólo montaba la rusa. Y todos los hombres del pueblo enloquecidos, imaginando yo qué sé qué fantasías. Babeando. Todos, mi marido el primero. Una vez la vimos bajar por la montaña, justo cuando estábamos maniobrando para anclar delante de su playa, y Julio reaccionó como un vasallo en tiempos feudales: desapareciendo para dejarle al señor la plena posesión de la tierra. Claro, era mucho más fácil mantener viva la leyenda si todos cerrábamos los

ojos. Porque, desde luego, la visión de aquella señora absurda, con su trenza infantil y ridícula a la espalda, haciendo equilibrios para sostenerse sobre la mula, era todo menos legendaria.

Quizá Julio la viera un par de veces más que yo. Él tenía mucho más contacto con la gente del pueblo, salía en barca con frecuencia, hablaba con los pescadores. En fin, tal vez tuvo más ocasión de verla que yo, pero no se puede decir que la conociera. Eso sí, recogía cualquier historia que se contara sobre ella y las iba sumando todas para contribuir a aumentar una figura que ya el pueblo de Malespina había distorsionado durante décadas. La convirtió en protagonista de uno de sus cuentos favoritos. Quizá sólo el de Simón fuera más importante para él. O también el de la batalla de las Formigues, pero ése era muy largo, de modo que el cuento de la rusa ocupaba el segundo lugar de preferencia. Yo ni siquiera creo que ella fuera consciente de ser protagonista de semejante fantasía. Sí, debía de imaginar que en el pueblo se contaban historias extrañas, pero no creo que tuviera la menor intención de provocarlas. Hacía las cosas que hacía porque era rara, o porque estaba loca, o porque vivía huyendo de su pasado, yo qué sé. Desde luego, si llega a ser voluntario y premeditado, no hubiera encontrado mejor cómplice que mi marido para propagar la invención. Y para no ser injusta diré que incluso a mí me gustaba el cuento. No sé muy bien por qué. Por excéntrico, por antiguo. ¿Tal vez porque la rusa, cavando tierra para sus jazmines en un bosque extranjero, me recordaba a mí misma en mis expediciones? O porque la teníamos cerca. Qué más da.

El caso es que en 1973, al principio del verano, Julio llegó un día eufórico a casa. Fuera de sí, desatado. Dijo que Albala le había hecho llegar el mensaje de que la rusa quería que la retratara. Una oportunidad única. A mí también me lo pareció. Caramba, retratar a la leyenda... Perfecto. Julio tenía que ir cada tarde, después de comer, y disponía de tres horas seguidas para pintar. Así fue. Durante las dos primeras semanas todo me pareció normal, salvo la excitación inusual que Julio aparentaba ante aquel encargo. Podía comprender que le emocionara pintar a la rusa, incluso el mero privilegio de verla por fin de cerca, de pasar largas horas entre las obras de un castillo que para muchos era puro objeto de especulación. Pero, sinceramente, no me parecía que hubiera para tanto. Julio comía mal, estaba nervioso, agitado. Sobre todo, fue perdiendo el interés por cualquier conversación que no tuviera a la rusa por protagonista. Rusa por la mañana, por la tarde y por la noche. Rusa en la sopa. Para el almuerzo y para la cena. Me empezó a parecer excesivo. Y extraño. Mucho lío para un cuadro. Me harté de ver a mis hijos boquiabiertos cuando Julio les contaba lo que aquella mujer le había dicho, las conversaciones que mantenían mientras ella posaba, lo que pensaba preguntarle al día siguiente. Lo más extraño de todo eran las idas y vueltas del lienzo. Normalmente, si Julio retrataba a alguien en su casa, dejaba allí sus bártulos.



Lógico. Durante el tiempo que durase el proceso, él acudía cada día, pintaba el rato que fuese y se volvía a casa. El lienzo, la paleta, los pinceles, las pinturas, todo se quedaba allí, esperándolo hasta el día siguiente. Sin embargo, con la rusa no. Durante aquellas dos primeras semanas, Julio volvía a casa cada tarde con el caballete, el lienzo y el maletín de los bártulos atados a su carrito de ruedas, como si hubiera salido al campo para pintar un paisaje. Incluso se llevaba puesto el borsalino que yo le había regalado precisamente para que se tapara la cabeza cuando pintaba al aire libre.

El lienzo pasaba las noches tapado con una sábana blanca vieja. Nunca le pedí que me lo enseñara porque Julio era muy celoso con todo el proceso de creación. No le gustaba que nadie viera lo que pintaba hasta que lo consideraba terminado. Solía decir que ni siquiera a las retratadas les permitía echar un vistazo antes de ese momento. Tuve muchas ocasiones para levantar la sábana y mirarlo, pero no lo hice. Ya he dicho que respeto mucho la intimidad. Eso no quiere decir que la tentación no estuviera ahí. Mientras Julio hablaba y hablaba de la rusa, mientras nutría a la familia de nuevas historias diarias que empezaban con una apoteósica huida en plena revolución bolchevique y no terminaban nunca, yo iba pensando qué pintará, por dios, qué estará pintando, con qué luz habrán tropezado los pinceles de este hombre para deslumbrarlo de este modo. ¿Celos? Ay, ojalá.

Era difícil imaginar que Julio tuviera una historia con la rusa. No niego que un hombre pueda amar a una mujer mayor que él, pero la experiencia me dice que eso es más frecuente cuando ellos son jóvenes, cuando una mujer mayor encarna la fantasía del aprendizaje. Luego, a medida que crecen, si es que ese verbo puede aplicarse con rigor al género masculino, se van quedando con la fantasía contraria, la de la enseñanza: encontrar una mujer joven a la que enseñar todo lo que creen saber, sin desdeñar el beneficio de rejuvenecer ellos de paso. No; que Julio, con cincuenta años recién cumplidos, tuviera un lío con aquella mujer de casi sesenta y pico no era muy verosímil. No digo que si llega a ser cierto no me hubiera molestado. Soy un poco antigua para esas cosas, aunque nunca me obsesioné con el asunto de la fidelidad. Creo en las viejas teorías de la lealtad y el compromiso. Que la historia las haya condenado al olvido no significa, al menos en mi caso, que fueran erróneas. Si llego a tener sospechas fundadas de que mi marido tenía un lío con la rusa, o con cualquier otra mujer, no me hubiera presentado en el castillo, no habría protagonizado ninguna escena de celos histéricos, ni me habría tirado de los pelos con nadie. Simplemente, hubiera hablado con Julio para dejarle las cosas bien claras.

¿Hablar? Hablar era imposible. Más de una vez intenté abordar el asunto con él, hacerle ver que estaba perdiendo la cabeza, que esta vez sus cuentos habían sobrepasado cualquier medida de lo razonable. Le expliqué que ni siquiera yo podía

tener ya una conversación normal con mis hijos; que, en su ausencia, sólo querían saber de rusas y de castillos y flores exóticas. Mírate, le decía, estás en los huesos. Hace semanas que no comes. Te pasas las noches dando vueltas en la cama. ¿O te crees que no te oigo? Inútil. El cuadro de su vida. Sólo decía eso: estaba pintando el cuadro de su vida. El mejor, el único. Todo lo que había hecho hasta entonces eran apenas ensayos, un aprendizaje para poder aprovechar aquella oportunidad irrepetible.

Aguanté una semana más, por pura resignación. Ya terminará, pensaba; no pueden quedar muchos días. Ya casi lleva un mes. Mientras tanto, crecía mi impaciencia, pero también mi curiosidad. Yo sabía que la única respuesta a toda aquella intriga estaba en el cuadro, que sólo al verlo entendería en qué laberinto de luz había perdido Julio la cabeza. No voy a perder tiempo con las excusas. He dicho que quería desprenderme de la verdad y éste es el momento idóneo para hacerlo: un día, a primera hora de la mañana, aprovechando que Julio acababa de conciliar el sueño después de pasar toda la noche entre suspiros, me levanté de la cama y me planté delante del cuadro. Estaba en el cobertizo, entre las bicicletas de los niños y los bártulos de pescar, como abandonado por casualidad. Me quedé un rato sin destapararlo, sin hacer nada, como si estuviéramos midiendo nuestras fuerzas antes de una pelea. Luego respiré hondo, alargué una mano, cogí la sábana por una esquina y empecé a levantarla. Despacito, como si retirara la manta que cubre a un gigante dormido. Poco a poco fue apareciendo un fondo oscuro, muy denso. Con la sábana apenas prendida entre dos dedos, seguí desvelando el cuadro: en la melena, casi mezclada con el fondo, destacaban las canas trenzadas. De pronto, el contraste absoluto: la piel de la cara, pálida, luminosa, viva. Y los ojos. Mejor dicho, un ojo, el izquierdo. Mirándome. El gigante, despierto. Corrí la sábana de golpe y dejé el cuadro tapado. En aquel momento pensé que mi reacción había sido por puro pudor; como si la indiscreción de estar mirando algo oculto, sumada al miedo de que Julio pudiera sorprenderme, hubieran accionado el resorte que me llevó a dejar de mirar. Sin embargo, a lo largo de la mañana, aquella incomodidad fue tomando forma. No era la culpa de haber vulnerado un secreto; al fin y al cabo, me sentía cargada de razones. Tampoco cabía buscar la explicación en el cuadro: apenas había entrevisto un mínimo fragmento de un rostro que ya conocía y, aunque con el tiempo hube de aceptar que eran ambos hermosos —el rostro y el cuadro—, no había tenido tiempo siquiera de valorar lo que estaba viendo. La mirada, entonces. Aquel ojo era un polo magnético, emitía un campo poderoso de vibraciones interrumpidas bruscamente por mi presencia. Quizá mi reacción tuviera algo que ver con el hecho de que el retrato estaba sin terminar. Me sentía como si mi cuerpo se hubiera interpuesto entre las miradas del pintor y su modelo, como si mi presencia ante el lienzo estorbara a la mano del pintor. Se parecía mucho a esa incomodidad que todos sentimos cuando nos

parece que alguien nos mira fijamente desde atrás. Eso era: como si Julio estuviera detrás de mí, maldiciendo mi presencia, esperando que me apartara de una vez para poder terminar el cuadro.

El ojo de la rusa no me abandonó en toda la mañana. Estaba allí, brillante, húmedo, amenazador, interpuesto entre las cosas del mundo y mi propia mirada. Pensé que me volvería loca. Aquella tarde, cuando Julio se levantó de la mesa dejando su plato prácticamente intacto y anunció que se iba al castillo, me comporté como una adolescente desairada. Me burlé de su leyenda delante de los niños. Qué castillo, le pregunté, a qué diablos llamas tú castillo, si no son más que cuatro piedras. Y por qué la llamas rusa, si todo el mundo sabe que es inglesa. En fin, deplorable. Julio evitó la discusión. Eso se le daba muy bien.

Quisiera justificar lo que hice esa tarde como una reacción imprevisible, fruto de un arrebató repentino, pero sería mentira. Cuando Julio salió de casa, yo sabía ya muy bien lo que iba a hacer. Esperar. Esperar apenas una hora y luego salir tras él. Presentarme en el castillo. Algo de arrebató sí tenía, porque ni siquiera dediqué un momento a preparar una excusa. Pensé que ya se me ocurriría por el camino. Eché a andar por el bosque. Recuerdo que se me pegaba la ropa al cuerpo. El garbí, húmedo y sólido, que escalaba los acantilados cargado de sal. De pronto, creí oír la voz de Julio. Apenas un murmullo, como si tarareara por lo bajo una canción sin darse cuenta. Mejor dicho, como si hablara solo. Me quedé quieta, petrificada en mitad del bosque, con el oído atento. Era él, su voz inconfundible. Anduve hacia ella de puntillas, en silencio. Una treintena de metros más allá, en un claro del bosque, estaba Julio de pie, delante de su caballete, murmurando sílabas que no alcancé a comprender, mientras perdía la mirada en el vacío. Su mano, aparentemente autónoma, iba de la paleta al lienzo con movimientos breves. Alguna vez he visto uno de esos documentales horrosos, filmados en un quirófano. La mano del cirujano se desplaza sobre el cuerpo como si no llegara a tocarlo y el observador sólo comprende que el bisturí ha cortado la piel un segundo después, cuando un hilo de sangre brillante recorre con retraso el mismo trazo que la mano. Así pintaba Julio aquella tarde. Se movía su brazo en el aire y después, al retirarlo, el color parecía brotar del lienzo. Seguí caminando en silencio, esforzándome por no pisar ninguna rama ni hacer el menor ruido, aunque tenía la sospecha de que ni el sonido de un terremoto hubiera roto la concentración con que pintaba Julio. Siempre a sus espaldas, busqué un lugar que me permitiera contemplar el cuadro. La rusa, de cuerpo entero, desnuda, miraba a Julio desde el lienzo. Mucho más bonita que en la vida. Sus ojos —esta vez, los dos— me ignoraban por completo. Estaban enfocados en Julio, pendientes de cada movimiento suyo. De cada gesto con que el pincel se los inventaba. Porque la rusa no estaba allí. La busqué incluso en la penumbra más lejana del bosque. Aunque Julio estaba de espaldas, traté de deducir dónde se perdía

su mirada; en qué lugar, tal vez fuera de mi alcance, podía estar escondida la modelo. Llegué incluso a darme la vuelta, temerosa de encontrarla detrás de mí. Otra vez aquella sensación, como si entre los dos me hubieran encerrado en una circunferencia. Recuerdo que en ese momento vi el borsalino, colgado de la rama inferior de un árbol. Lo cogí y lo apreté entre las manos sin saber qué hacer. Incluso me lo llevé a la boca y lo mordí con todas mis fuerzas para reprimir el grito que ya casi se me escapaba mientras seguía mirando el cuadro y esperaba que en cualquier momento se hiciera patente la clave del misterio. Durante un rato, hice cuanto pude por negar lo evidente: Julio pintaba en el bosque porque necesitaba aquella luz tan única que casi parecía irreal; la rusa se había retirado a descansar, o paseaba por las cercanías mientras él retocaba rasgos suficientemente absorbidos por su memoria; tal vez las sesiones anteriores sí hubieran tenido lugar en el castillo, en presencia de la rusa, y sólo aquel día, quizá para dar las últimas pinceladas... Mentiras. Excusas. Julio estaba pintando un fantasma y eso explicaba su comportamiento durante aquellas semanas.

Toda la determinación con que había salido de casa, decidida a plantarme en el castillo y reclamar explicaciones, se había desvanecido. Un temor casi infantil la sustituía, como si tuviera delante a un sonámbulo y no pudiera despertarlo por miedo a que quedara sumido en el trance para siempre.

Me fui. Me fui del bosque. Me fui del bosque sin comprender nada. Mejor dicho, sin querer comprender, porque estaba todo claro, por mucho que me resistiera. A medio camino me di cuenta de que todavía llevaba el sombrero en la mano. Al entrar en casa lo dejé colgado del perchero, pensando que en cuando Julio lo viera allí se sentiría obligado a hablar. Y sí; llegó y habló. Como cada noche. Con la mayor naturalidad del mundo, como si fuese un día cualquiera en la vida, como si yo no hubiera visto lo que había visto, se puso a contarnos las cosas que la rusa le había explicado aquella tarde en el castillo. En el castillo. Tuve que levantarme de la mesa con la excusa de una indisposición repentina y fingida, aunque no era del todo falso que la cena se me había atravesado en el estómago. Los dejé a todos cenando con sus cuentos y me acosté, pero aquella noche fui yo la que no logró pegar ojo. Repasé una y otra vez la lista de mentiras. Algunas simbólicas, a las que traté de no prestar demasiada atención. Por ejemplo: la rusa no era tan bella como parecía en el cuadro. Nunca hubo esa luz en sus ojos. Bueno, también el retrato que Julio me pintó a mí al conocernos se parecía más a su imaginación que a la realidad y eso no lo convertía en falso. El bosque. El bosque me preocupaba más. Y la ausencia de la rusa. ¿Por qué decir que iba al castillo a pintar, si probablemente no lo había pisado jamás? Y todos aquellos cuentos. Ahora casi soy capaz de reírme de eso, pero entonces me parecía angustiioso. ¿Por qué hablaba tanto de la rusa, si en realidad no la veía? Al fin y al cabo, pintar un retrato a partir de la imaginación es una de las

muchas opciones que tiene cualquier artista. Y bien legítima. Pero disfrazar la ausencia de la modelo con toda aquella sarta de fantasías elaboradas y repetidas hasta la extenuación... Pasé la noche en vela tratando de encontrar una explicación. Hice lo que hacemos todas las madres cuando nuestros hijos mienten demasiado. Primero, excusarlos; convencernos de que se trata de un error, esperar que en cualquier momento surja el detalle que ignorábamos y lo explique todo. No iba muy lejos por ese camino. Había visto con mis propios ojos que la rusa no estaba allí, que Julio perdía la mirada en las sombras del bosque antes de representar sobre el lienzo cada rasgo de aquella mujer con una exactitud indiscutible: era el retrato de una idea; el retrato perfecto de una idea perfecta. Una mentira. Luego, busqué el modo de cargar yo con las culpas. Tal vez mi rechazo a los excesos de la fantasía de Julio había provocado... No, podía compartir la culpa si de ese modo me tranquilizaba, pero eso no cambiaba lo que había visto. Sobre todo, porque nada hubiera impedido a mi marido hablar conmigo tranquilamente. Conmigo se puede hablar. «Quiero pintar a la rusa desnuda y no me atrevo ni a proponérselo. He estudiado bien su cara. Me voy a inventar el retrato. Y como es una leyenda quiero hacerlo en el bosque para tener esa luz tan especial». Y punto. No era tan difícil. Ah, pero Julio no era así. Esas palabras son mías; no cabían en su boca porque la tenía llena de cuentos.

Han pasado treinta años y, en ese tiempo, mi opinión sobre ese suceso ha ido cambiando. Primero lo consideré abyecto, repulsivo, como solemos hacer con todo lo que no comprendemos. Sobre todo, al ver que pasaban los días y todo seguía igual. Se renovaban cada noche los cuentos y el maldito castillo de sus fantasías me iba echando de casa. Con toda clase de detalles. Julio era capaz de explicar que aquel día la rusa se había presentado con unos pendientes antiguos, y que al preguntarle por su origen le había contado cómo, en su apresurada salida de Rusia, había tenido tiempo de envolverlos en unas enaguas y cómo luego al llegar a Londres se había visto obligada a empeñarlos por las exigencias de la vida de los apátridas. Y otro día contaba que, mientras él la retrataba, la rusa había mandado a Albala preparar una infusión con pétalos de jazmín japonés. Y al día siguiente inauguraba un capítulo bélico, en el que el coronel cruzaba fronteras llevado en camilla por los últimos sirvientes fieles, mientras ella rezaba en silencio rogando que las heridas sufridas en defensa del zar no terminaran con su vida. Como siempre. Eso era lo que más me asustaba. Lo que me indignaba. Porque yo siempre había tenido razones para sospechar que muchos de sus cuentos eran fruto de una imaginación demasiado poderosa, pero en aquel momento sabía a ciencia cierta que la distancia entre sus palabras y la realidad se parecía mucho a la que separa la cordura de la enajenación. Y él seguía como siempre. No puedo decir que su comportamiento conmigo, con nosotros, cambiara en absoluto. Sus muestras de amor eran continuas,

alegres, indudables. Eso, en vez de tranquilizarme, me inquietaba más todavía. ¿Cómo podía pasar las tardes perdido en aquel reino suyo, inexistente, y regresar a nosotros como si nada? ¿Cómo podía traspasar dos veces cada día, de ida y vuelta, las fronteras de aquella locura? ¿Cómo podía hablar conmigo después de ver el borsalino colgado en el perchero, de saber que yo sabía? Tal vez sería una exageración decir que llegué a dudar de mi propia existencia, pero algo de eso hubo. Los ojos con que Julio me miraba, la boca con que afirmaba quererme, eran los mismos que se inventaban a la rusa en el bosque; la misma que fingía ser mera intérprete de sus historias.

Terminó el cuadro. Lo enseñó. No como si fuera uno más, pero tampoco con mayores ceremonias. Lo destapó en la sala y respondió a las felicitaciones con una sonrisa inmensa. Es mi mejor cuadro. Lo dijo varias veces. Su mejor cuadro. Cuando anunció que no volvería a pintar, todo el mundo creyó que se había vuelto loco. Nuestros hijos, los amigos, todo el mundo. Acudían a mí, me rogaban que intercediera, que lo convenciera de que era absurdo dejarlo justo después de encontrar su mejor estilo, que era un pecado, un suicidio. Yo, en cambio, me alegré por él. Por él y por nosotros. No quiero ser cínica. No negaré que me daba pena imaginar lo que supondría para Julio una vida sin pintar, pero entendí que era lo más conveniente. Como si hubiera anunciado que dejaba una droga mortal. Pensé que, afortunadamente, mi marido habla atisbado el enorme peligro que representaba para su salud mental aquella fantasía desbocada y, en consecuencia, había decidido arrancarla de su vida de raíz. Me alegré. Incluso estuve a punto de hablar por primera vez, de revelar que lo había visto pintando fantasmas en el bosque. Si no hice fue por su bien; por contribuir a que aquel asunto pasara lo antes posible al olvido, igual que nadie le recuerda a un ex alcohólico las copas que solía tomarse antes de dejarlo. Además, lo conocía bien. Sabía que precisamente el olvido iba a ser su medicina.

Casi podría decir que a partir de aquel momento todo volvió a la normalidad. Su nueva profesión, a la que se entregó con el entusiasmo envidiable que sabía poner en todo lo nuevo, trajo un beneficio secundario para todos: se renovaron las historias. La batalla de las Formigues pasó entonces a ocupar el lugar preferente, más incluso que la de Simón, aunque nunca dejaba pasar la ocasión de mencionar en tono solemne que en aquellas mismas coordenadas, en el lugar exacto en que ahora el Astor IV viraba para ceñir contra la tramontana y regresar a la costa, había naufragado su padre. Dedicaba al cuidado del barco y al entretenimiento de sus clientes las mismas atenciones que hasta entonces había volcado en la pintura. Trazó su línea en el calendario: hasta aquí el pasado; a partir de este día, una nueva vida.

También yo retomé mis viajes y siguieron creciendo los niños, ajenos por completo al arriesgado coqueteo de su padre con la locura. Dicen que algunos

mentirosos llegan a creer sus propias invenciones a fuerza de repetirlas. Ojalá el mismo mecanismo funcionara también para el olvido; ojalá cuando escogemos callar algo lográramos creer de verdad que nunca existió. Porque yo fracasé en ese empeño. No diré que lo pensara de continuo, que la visión de Julio en el bosque hablando solo y pintando un deseo ausente me persiguiera. No. Sin embargo, allí estaba. A la espera. Inútil, invisible, pero activa; como la mina que estalla en tiempos de paz, pisada por un campesino incapaz de imaginar siquiera quién la puso ahí.

Porque estalló. Tardó veinte años, pero estalló. Cuando Julio empezó a perder la cabeza, los médicos dijeron que era una variante del Parkinson. Lo sometieron a toda clase de exámenes: resonancias, escáneres, pruebas de reflejos. Hablaron de riego sanguíneo. Yo simulé creerlo. De hecho, no he negado nunca la contribución de la naturaleza al desvarío de mi marido, pero sabía que todos aquellos aparatos sofisticados no servirían para trazar el mapa de conexiones entre el bosque de la rusa y la jungla impenetrable de aquella nueva enajenación.

Tres años después, apareció la hoja del faro de San Sebastián. Ya he contado eso. Ya he dicho que no resultó difícil fechar los pasos del desvarío. Primero, Julio supo que Simón no existía. Luego, pintó a la rusa ausente. Después dejó de pintar para siempre. Ése es el orden. Soy científica, la profesión me ha entrenado en el rigor, en el desprecio de los datos intangibles, pero eso no quiere decir que esté ciega. Cuando apareció la maldita hoja entendí la vida de mi marido con una claridad que ya quisiera para la mía. Julio heredó la leyenda del heroísmo, protagonizada por su padre y magnificada durante años: primero en su memoria; luego en su imaginación. La hoja de la libreta del faro, la hiriente evidencia de que Simón no existía, hizo añicos la leyenda. En el fondo, sospecho que ese hallazgo fue anecdótico, una mera herramienta de la vida para cumplir con su cometido. Porque la vida se dedica a eso: a acosar permanentemente cualquier leyenda del heroísmo que no se limite al puro valor de la supervivencia. Y después no queda nada. Apenas breves leyendas efímeras: la pasión, la perfección, una belleza ideal e intocable. La rusa. Batallas medievales. Historias de poetas chinos. Nos convencemos de que vale la pena vivir por esas cosas aunque vivir se acabe. O porque vivir se acaba. Primero inventamos una inmortalidad frágil como un reloj de arena: el tiempo le da vueltas y vemos caer los granos sabiendo que en cualquier momento un manotazo del azar hará añicos el cristal y los desparramará. Luego inventamos las ideas, que son un reloj mecánico: guardamos la llave en un lugar seguro y le damos cuerda cada vez que parece a punto de pararse, creyendo que ni siquiera la muerte podrá detenerlo, o esperando que al menos quede tras ella la memoria, como si al desaparecer el reloj quedara el péndulo todavía suspendido en el aire, marcando los dos extremos de nuestra existencia.

Pero yo sé que no queda nada. Julio también lo sabía. La única diferencia entre

*nosotros es que él lo supo antes y se resistió con todas sus fuerzas. Cada uno lucha contra la devastación del tiempo con sus mejores armas. Yo apenas he sabido oponerle la resistencia del conocimiento, que es engañosa y endeble. He visto venir la muerte y me he refugiado en esta sabiduría aparente pero inútil, como quien pretendiera defenderse de un virus golpeándolo con un microscopio. Julio no buscó refugio. Salió a campo abierto y plantó en la primera línea del frente las armas de su imaginación. Obuses cuando los tuvo; luego guijarros; ahora apenas un escupitajo. ¿Puedo culparlo por eso? ¿Cuál es su delito? ¿Inventarse a sí mismo? Entonces, subo con él al patíbulo y ofrezco mi cuello a la soga. Aún más, doy por concedido el indulto, porque al menos él ha obtenido un triunfo final, mínimo si se quiere, pero contundente. La rusa no fue su mejor obra. Se acercó a la perfección, pero era sólo un ensayo. El arma definitiva, su invención absoluta, es esta enfermedad que ahora lo refugia en la ausencia. Julio se ha inventado que no es. Cuando su mirada se pierde, cuando no es capaz de recordar su propio nombre y mis hijos se desesperan, yo sé dónde está. Sé qué mundo habita. Un mundo vacío. El autorretrato de su leyenda. Ésa es la victoria final: que al llegar la muerte encuentre desierto el campo de batalla.*

*Por eso mis pesquisas en Londres eran mezquinas y estériles. Por eso me dejaron en la boca aquel sabor amargo. Qué quería, ¿derrotar al pasado? ¿Desmitificar, como se dice ahora, a la rusa? ¿Fusilar su memoria? Munición malgastada fusilando sombras.*



## LUNES

Todo esto, todo lo que me contaron y cuento, incluso la mera posibilidad de que yo lo cuente, se debe a una minúscula coincidencia ocurrida en la primavera de 1957: mis padres se conocieron en un tranvía. Se casaron tres meses después. Necesito explicarlo como si me lo creyera.

Él se llamaba Julio y tenía treinta y cuatro años. Se dedicaba a retratar por encargo a las señoronas de la burguesía barcelonesa. Bueno, hacía algo más que retratarlas: las adulaba, les daba conversación y tal vez las sedujera, no necesariamente en un sentido simbólico. Desde luego, las pintaba mejores de lo que eran. Más guapas, claro, pero también más felices y sabias. Les inventaba algún misterio en la mirada, como si supieran un secreto. Sin embargo, lo hacía con la prudencia suficiente para que sus retratos no se convirtieran en mentiras ofensivas, para que aquellas mujeres llegaran a creerse de verdad mejores de lo que eran y pagaran contentas y al contado. Además, solían correr la voz de inmediato entre sus amigas, de modo que se renovaba permanentemente la fuente de ingresos. A él no le importaba demasiado el dinero. Vivía modestamente. Mantenía a Amparo, su madre, en un pequeño piso del barrio de Sants de Barcelona. Su único lujo, una casa en el pueblo costero de Malespina, apenas merecía tal consideración, pues por aquel entonces constaba sólo de un baño y una habitación que cumplía las veces de dormitorio y estudio. Julio llevaba cinco años construyéndola con sus propias manos con la intención de homenajear la memoria de su padre, naufragado en aquellas mismas aguas. La casa iba creciendo a golpes y sin planos, con la única premisa de mostrar sus ventanales al mar. Cuando Julio cobraba algún encargo, llamaba a los dos albañiles que solían ayudarlo y los contrataba apenas por unas semanas para apuntalar un tejadillo, instalar dos tuberías y un desagüe, acaso levantar la primera pared de una nueva habitación, montar una puerta. Cuando se agotaban los fondos, aceptaba un nuevo encargo y, durante dos o tres semanas, pasaba las tardes en casa de su nueva modelo.

Ella, Isabel, tenía veintitrés recién cumplidos. Responsable, algo tímida, correcta, cuidadosa en las maneras. Una muchacha de clase media. De carácter independiente, tal vez tozuda, pero prudente. No tenía el impulso de quienes rompen los muros a cabezazos, sino el tesón de quienes no cejan hasta encontrar el modo de rodearlos. Gracias a esa virtud había conseguido que su padre le permitiera matricularse en la carrera de Historia, a la que dedicaba sus mejores esfuerzos. No salía mucho, ni había tenido novio hasta entonces, más allá de los hipotéticos escauceos de la adolescencia.

Unas pocas fotos de la época nos permiten describirla como una mujer menuda, con cara de sorpresa permanente y los ojos asomados siempre al balcón de los párpados como si temieran que algo importante pudiera pasar lejos de su alcance.

Tenía una buena mata de caracoles castaños y, aunque no era especialmente coqueta, se empeñaba en alisarlos con planchas y togas. Suele apreciarse en esos retratos un gesto típico de ella, un tic apenas perceptible para quien no la conociera, que consistía en apretar los labios por el lado derecho de la boca, como si estuviera mordiéndose la punta de la lengua o, más probablemente, hablando consigo misma. Por lo demás, podría decirse que era una persona normal, si es que eso define a alguien.

Él era guapo. Muy guapo. Habría competido muy dignamente con los galanes de cine de la época, como puede apreciarse en las mejores fotografías de por aquel entonces, tomadas en blanco y negro, como salidas precisamente de esa clase de películas. Cary Grant. Tal vez Gary Cooper. Metro ochenta y pico de elegancia. Dos tizones negros en mitad de la cara, debajo de unas cejas bien pobladas. La nariz perfecta, recta y sin accidentes, pero de puente amplio, delatora de una personalidad expansiva. Boca ancha, carnosa y, sobre todo, lista siempre para exhibir una sonrisa franca en la que participaba todo el rostro. Un cuerpo flexible, ligero... Por resumir, era tan elegante que flotaba.

Sabemos poco de sus vidas antes de que se conocieran. Como si todo lo anterior quedara reducido a la categoría de prólogo esquemático y prescindible. Como si el destino les hubiera reservado un papel en la cadena de las generaciones, en el que lo único importante era que se juntaran en algún momento. Él estaba probablemente acostumbrado al trato con mujeres experimentadas. Ella, para disgusto de su padre, había rechazado a un candidato al matrimonio apenas un año antes; quizá no tanto porque no le pareciera el idóneo, sino porque no entraba en sus planes casarse todavía.

Dicho en pocas palabras, no estaban hechos precisamente el uno para el otro. En realidad, ni siquiera el azar tenía demasiadas probabilidades de juntarlos: procedían de mundos bien distintos, por no decir opuestos; vivían en lugares separados por más de cien kilómetros; se llevaban once años. De hecho, ella siempre contó que en aquel primer encuentro hizo cuanto pudo por ignorarlo. Lo que pasa es que no era fácil. Robar miradas era la especialidad de mi padre. Siguió siéndolo durante muchos años. Se las llevaba puestas casi sin querer, como dicen que se llevan los buenos carteristas el dinero ajeno. No creo que de ella pudiera decirse lo mismo. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención en las reuniones por la agudeza de sus comentarios y se sabía merecedora de respeto en la universidad, incluso entre las mujeres más codiciadas, que tal vez envidiaran su inteligencia y su sentido común. Los hombres acudían a ella en busca de consejo, la tomaban por confidente, solicitaban su ayuda para preparar exámenes y le auguraban un futuro brillante, pero no se dedicaban precisamente a cortejarla. No robaba miradas. Y, si alguna vez lo hizo, lo más probable es que no se diera cuenta porque, ya en esa época, iba por la vida con los

labios apretados, dialogando consigo misma, siempre ocupada en dar respuesta a las mil preguntas que acosaban a su inteligencia.

Bueno, está claro que el azar desprecia la estadística y el cálculo de probabilidades: los juntó un mediodía de abril en la parte trasera de un tranvía. Quizá convenga explicar que los tranvías tenían dos cabinas de conducción gemelas, una en cada extremo, para poder circular en las dos direcciones de la vía. Cuando el coche iba hacia un lado, los mandos del extremo contrario quedaban desconectados y la cabina libre para ser ocupada por los pasajeros. Allí iban los dos. Ella de pie, apoyada en un lateral, aprisionada por el exceso de gente y cargada con un bolso enorme en el que llevaba las carpetas de apuntes y los libros de la universidad. Él, sentado en el sillín del conductor, se entretenía con los mandos. Fingía accionar la palanca de marcha para acelerar, volverla a su tope inferior cuando llegaban a una parada, concentrado como si de su precisión en el gesto dependiera la seguridad de todos los pasajeros. Exageraba un poco. Estiraba la espalda hacia atrás al acelerar y echaba todo el cuerpo para delante al imitar la frenada. Incluso toqueteaba los botones de apertura de las puertas y reproducía su sonido inflando los dos carrillos y soplando entre los dientes. Como una criatura. Sólo que tenía treinta y cuatro años. Ella afirmaba que encontró su representación pueril y patética y que se esforzó en no premiarla con su mirada precisamente porque estaba claro que aquel desconocido sólo buscaba llamar la atención. Él, en cambio, creía recordar no sólo que Isabel lo miraba, sino que en cierta medida participaba del juego, aunque sólo fuera con una sonrisa tímida. Quizás animado precisamente por esa sonrisa, abandonó de golpe su representación y, como un niño sorprendido en plena travesura, enarcó las cejas, encogió los hombros y trató de confirmar sus señas de complicidad. Ella se sonrojó, molesta por la insistencia con que la miraba aquel extraño, fijó la mirada en el techo y aparentó no haberlo visto. Sin embargo, cuando al fin le resultó inevitable mirarlo de nuevo, aunque fuera sólo de reojo, lo encontró de pie, señalando el sillín que acababa de liberar con un ademán casi cercano a la reverencia. La estaba invitando a sentarse. Aceptó la invitación, aunque durante años mantuvo que no lo hizo por la necesidad de descanso, ni mucho menos para acercarse a él, sino para evitar que siguiera llamando la atención de quienes los rodeaban. Se abrió paso entre la gente, tomó asiento, murmuró un agradecimiento cortés y, ofreciéndole al extraño el silencio de su espalda recta, perdió la mirada más allá del parabrisas trasero del tranvía.

Él se plantó a su lado, de pie. En la siguiente parada, cuando el tranvía estaba a punto de arrancar, tomó de repente la mano izquierda de Isabel y, ante su muda sorpresa, la apoyó en la palanca de marcha.

—Ahora —la animó—. A fondo, que en este tramo no hay curvas.

Ella no quería jugar. Lo miró como si estuviera loco. Apartó la mano, se encaró a él y, con la mayor sequedad posible, aunque siempre sin perder la compostura, le

dijo:

—Oiga, estese quieto. Haga el favor de no molestar.

Apenas unos milímetros separaban sus rostros. Él dijo en más de una ocasión que había estado a punto de robarle un beso y que si dejó de hacerlo no fue tanto por el miedo a recibir una bofetada como por el placer de prolongar un rato más aquella tensión, que le parecía deliciosa. Ella solía contestar que ojalá se lo hubiera dado, no porque lo deseara sino porque, efectivamente, le habría cruzado la cara con toda la mano.

—Como quieras —contestó Julio—. Pero no me trates de usted.

—No tengo por qué tutearlo —protestó ella, muy digna—. No nos conocemos.

—Todavía no —contestó él, quizás animado por la calentura que se asomaba en las mejillas de Isabel y que, según la versión de cada cual, podía deberse a la indignación o al rubor propio de los coqueteos—. Todavía no.

Ella se volvió de espaldas y se juró ignorarlo por completo, pero él no le quitaba los ojos de encima. Le clavó en el cogote una mirada de berbiquí. Surtió efecto. Ella cargó incómoda con el escrutinio, como si le hubiera salido joroba, como si un monito de feria se le hubiera colgado de la espalda y desde allí, asido con firmeza, le susurrara melindres al oído. Al final, viendo que ya sólo quedaban dos paradas para llegar a la suya, movió la cintura con brusquedad para volver el sillín giratorio, encararse a él y exigirle que dejase de importunarla de una vez por todas. Pero él, agarrado al respaldo del sillín, acompañó el giro y quedó de nuevo a su espalda. Se había convertido en su sombra. Dos veces repitió ella la operación, revisando al mismo tiempo su diccionario mental para tener listas, cuando llegara la ocasión, las palabras oportunas. Las dos veces adivinó él su intención y permaneció escondido tras ella. Con susurros, codazos y carraspeos, cada viajero llamaba la atención de sus acompañantes y el rubor de mamá aumentaba por momentos al sentir que ya en aquel tranvía nadie permanecía ajeno a su bochorno particular. Pensó en dar una voz para llamar la atención del cobrador. Buscó el tirador de la alarma y deseó que su mirada pudiera accionarlo, pues se veía incapaz de acercarse a él sin tropezar con aquel hombre. Cerró los ojos, apretó las rodillas y giró de nuevo el asiento con todas sus fuerzas. Al abrirlos, encontró esta vez su rostro delante, adornado con una sonrisa amable, casi ensoñadora, aunque no por ello dejó de parecerle impertinente. Con los puños prietos, infló los pulmones y abrió la boca, pero en vez de la retahíla de insultos que tenía en la punta de la lengua apenas pudo pronunciar una pregunta, disfrazada de exclamación:

—¡Qué!

—Estaba pensando si te importaría tener un novio pobre, —contestó él, en un susurro más propio de una confesión que de una respuesta a la indignación de la muchacha.

Ella no contaba con aquella voz, herencia al parecer de su padre. Una voz de agua, capaz de alternar en el mismo relato la ira y la ternura, de saltar como una cascada en los duelos a muerte, derramarse en las amenazas y detenerse en el remanso subterráneo de los secretos. No diremos que ella se empapó de aquella voz, ni siquiera que se dejara arrastrar por la corriente, pero sí que cedió a la tentación de meter la punta de un pie, como quien prueba la temperatura antes de bañarse. Si no, no habría contestado aquella mentira que, bajo la pretensión de alejar al intruso, escondía su voluntad de prolongar la conversación:

—Ya tengo —anunció, probablemente con pose orgullosa.

—¿Perdón?

—Que ya tengo novio.

—Ah. Entonces no es pobre. Es el hombre más rico del mundo.

—Si no le importa, me bajo en la próxima —mintió ella de nuevo, pues le quedaba todavía otra parada antes de llegar a su destino—. Haga el favor de dejarme pasar.

—Con mucho gusto —contestó él. Luego, acompañándose de media reverencia, en voz audible para quienes los rodeaban, añadió—: Paso a la reina.

Ella bajó del tranvía y recorrió a pie las cinco manzanas que la separaban de su casa. Repasó una y cien veces la escena que acababa de vivir y, con los peores insultos, se recriminó la lentitud de reflejos, el inexplicable atolondramiento que le había negado momentáneamente las respuestas agudas y cortantes que ahora, en cambio, acudían en tropel a su mente. Sólo una vez volvió la vista atrás y, al comprobar que aquel hombre no la estaba siguiendo, sintió una mezcla de alivio y decepción. Bueno, eso no es lo que decía ella. Decía que se alegró de haberse deshecho de él y que, por supuesto, pensó que no lo vería nunca más y pasó a olvidarlo de inmediato.

Concedamos que aquel encuentro fortuito pudiera haberle provocado al menos una cierta curiosidad; tal vez algo más que eso. Y, pese a su negativa a aceptarlo, admitamos que la vanidad jugó también su parte. Es probable que de camino a casa, mientras se maldecía a sí misma, experimentara al mismo tiempo la satisfacción vanidosa que a todos nos provoca sentirnos escogidos. Y en ese caso, no por un tipo cualquiera, sino por un hombre que robaba miradas.

Tampoco sabemos con certeza qué pensaba él mientras tanto. Ni siquiera sabemos en qué parada abandonó el tranvía, al que por cierto había subido para dirigirse a casa de una de aquellas señoras con cuyos retratos se ganaba la vida. Durante el resto de su vida, ella afirmó que se hubiera reído a carcajada limpia si alguien llega a decirle que faltaba poco para que aquel hombre se convirtiera en su marido. Él, en cambio, mantenía que desde aquel instante nunca tuvo la menor duda, que si no le propuso matrimonio allí mismo fue porque no se le escapaban sus escasas probabilidades de

éxito. Es fácil pensar que se trataba de una exageración, pero algo de cierto debía de tener porque al día siguiente se aseguró de tomar el mismo tranvía a la misma hora. En la misma parada, delante de la universidad. Que ella acudiera también puntual a la cita es más explicable, pues hacía ese mismo recorrido cada día. Él ocupó su lugar apenas a dos metros de ella. La miró. A los ojos, sin pestañear, sin apartar la mirada ni un segundo. Sacó un papel y un carboncillo y se puso a dibujar. Ella no podía ver lo que estaba dibujando. Él garabateó apenas diez o doce trazos. Se acercó a ella, arrancó la hoja superior del cuaderno y se la dio.

Ella no pudo evitar cogerla, echarle un vistazo y devolvérsela. Según él, le temblaban las manos.

—¿No te gusta? —preguntó él.

—Es bonito —concedió ella—. Pero no soy yo.

—Ya lo serás —dijo él. Esta vez no hubo aspavientos, ni representaciones teatrales, ni disimulos. Apenas los separaban ya un par de palmos y el mismo vaivén del tranvía mecía sus cinturas—. Algún día te parecerás mucho.

He visto ese retrato. Puedo decir, objetivamente, que sí había un cierto parecido; tal vez como si Isabel y la retratada fueran parientes lejanas. Quizá parecía algo mayor, más trabajada por el tiempo y por todas las cosas que el tiempo trae consigo: el deseo y el miedo y el placer y la resignación. Si es cierto que a ella le temblaban las manos, quizá se debiera a que todas esas cosas se veían juntas en el mismo rostro sin llegar a ser contradictorias.

—No sé si quiero parecerme —dijo.

—Da lo mismo. No va a depender de lo que quieras.

—Eso está por ver —contestó ella, aparentemente con la voz cada vez más baja y las rodillas cada vez más flojas.

Hasta aquí, puede pasar. Conociendo a quien contaba esta historia, se le puede descontar un porcentaje importante de histrionismo, obviar el tono y la ambientación y dar por hecho que es más o menos creíble, como lo son o lo dejan de ser todas las historias de amor. Pero luego viene la parte en que él le dijo pues si está por ver veámoslo juntos y ella contestó tú vas un poquito rápido, ¿no te parece? Él se dio cuenta de que lo había tuteado por primera vez, se lo tomó como un estímulo y respondió será porque sé adónde voy y ella, con una sorprendente seguridad en sí misma lo retó con un pues no seré yo quien te detenga y ahora las sonrisas ya no se disfrazaban y si él apartaba la mirada de sus ojos apenas un momento era sólo para posarla en los labios y si ella se los mordisqueaba no lograba más que acentuar sus ganas de besarlos. Él dijo no, si lo que quiero es que vayamos juntos, y a ella le costó ligar el diálogo porque aquella frase ya venía de un mundo nuevo, de un mundo imposible antes de conocer a aquel hombre y oír su voz, un universo ingrátido en el que de pronto se sentía suspendida.

Si estuviéramos hablando de hace diez, quince, o incluso treinta años, esta historia terminaría con una copa en cualquier sitio y una cama y se acabó. Chan chán. Pero hablamos de 1957 y entonces las historias también acababan así, porque siempre han acabado así, pero tardaban más, había más pausas y trámites, una calentura insoportable de pasos intermedios obligados, de opciones que una chica de clase media de Barcelona ni siquiera podía concebir, por mucho que mi hermano se empeñe en creer que todo el mundo, en cualquier época, se ha pasado la vida follando. Así que él puso las prisas y ella los plazos. Quedaron una tarde para tomar un café y otra para pasear, y fueron a bailar un par de veces, siempre a escondidas del padre de Isabel, a quien ella no habría sabido ni cómo empezar a contarle que estaba saliendo con un hombre once años mayor que ella, artista y, para colmo, residente en un pueblito de pescadores, sin sueldo fijo ni profesión decente, ni padre conocido; un hombre que, de hecho, tenía como único referente familiar una madre, costurera por más señas, con la que ni siquiera vivía a pesar de ser soltero.

O sea que siguieron viéndose a escondidas durante un par de semanas. Bueno, supongamos que también esa parte encaja dentro de lo previsible. Ciertamente que a él le debía de resultar molesta, o cuando menos extraña e innecesariamente larga, la escala del noviazgo; una escala del placer que convertía el primer contacto de las manos en una aventura sexual y exigía robar los besos con promesas. ¿Puede ser que lo encontrara gracioso? ¿Como un juego nuevo? Puede ser. Tampoco para ella debió de ser fácil regresar con una culpa del demonio a la casa paterna después de aquellos encuentros, convencida de que era la última vez, prometiéndose que nunca más vería a aquel hombre que la embriagaba con cuentos extraños, jurando que no volvería a engañar a su padre, esforzándose inútilmente por concentrar toda su atención en unos estudios que tenía medio abandonados pese a que se acercaba con peligro la fecha de los exámenes finales. Y sin embargo volvía a verlo; tal vez fuera ella misma quien lo buscara.

Aceptemos que el azar y las recurridas flechas de Cupido basten para explicar la fiebre de aquellos primeros encuentros. Se han usado para justificar otros menos comprensibles, de modo que no veo por qué no habríamos de permitirlo en este caso. El famoso flechazo. Al parecer, pronto las flechas sacaron chispas. Como dos imanes enfrentados por el polo opuesto, se rehuían con la misma fuerza con que se habían atraído. No me conviene este hombre, pensaba ella cada dos por tres; esta niñata me va a volver loco, debía de pensar él. Ponían en las peleas la misma pasión que habían puesto en los primeros interrogatorios, en los larguísimos paseos furtivos. Había pasado ya un mes desde que se conocieran cuando él la citó una tarde para decirle que sufría demasiado, que todo había empezado como un juego pero ahora se daba cuenta de que la cosa iba en serio, que era mejor dejarlo ahora que estaban a tiempo, antes de que nadie sufriera demasiado porque sus mundos eran tan distintos que

aquello no podía tener buen fin y para él no había nada tan importante como su libertad, y sin embargo nunca dejaría de quererla y sólo podía pedirle perdón, aunque estaba dispuesto a entender que no lo perdonara jamás y que por lo menos le aceptara que nunca había tenido la intención de hacerle daño. Entonces ella lo interrumpió para decir yo también, tú también qué, que yo también, que pienso lo mismo y no soporto el daño que me estoy haciendo y tampoco quiero hacértelo a ti, pero si te veo lo paso mal y cuando no estoy contigo lo paso peor y esta historia no nos conviene a ninguno de los dos y él le preguntó entonces estamos de acuerdo y ella contestó pues sí, parece que sí, y por primera vez en toda la conversación sonrieron los dos como si acabaran de quitarse un gran peso de encima, como si celebraran la victoria definitiva de la razón sobre las tinieblas, como si saber que el otro también estaba dispuesto a poner fin a aquella locura fuera de verdad un alivio y no una condena y al rato él dijo no sé si lo que nos hace falta es un poco de tiempo para reflexionar y ella contestó quizá sí, Julio, eso mismo estaba pensando yo, a lo mejor si no nos vemos por un tiempo seremos capaces de pensar con más tranquilidad y sabremos mejor lo que queremos y seguro que ella estaba pensando que se quitaría aquel arrebato por pura disciplina y él suponía que era digno disfrazar una derrota como si fuera una tregua y ella le dijo ven aquí, tonto, ven, dame un beso, dame el último y se lo dio tan largo como pudo y se levantó y se fue. A su casa. A pensar con tranquilidad. A ella le gustaba mucho pensar con tranquilidad.

Bueno, ya. Es una manera de resumirlo, pero decían que ocurrió más o menos así. Él se encerró en su casa de Malespina. A olvidar. A Julio le gustaba tanto olvidar como a ella pensar. Pero parece que no pudo ser. Por primera y última vez en su vida, se le estropeó la maquineta de pasar a otra cosa. Estuvo no sé cuanto tiempo en Malespina, dos o tres semanas, levantando paredes para darle a la mente una rutina, una dedicación automática que lo distrajera. La pared lateral del lado oeste del cobertizo que levantó en esos días, y que imaginaba en un futuro destinado a cobijar bártulos de pesca y navegación, es testimonio irrefutable de la cantidad de veces que, entre ladrillo y ladrillo, dijo Isabel, Isabel; de la torpeza nerviosa que atontaba sus manos mientras construía. Quedó retorcida. Como si cada ladrillo siguiera el diseño de un plano distinto. Al terminarla, entendió que cada una de sus muchas torceduras delataba un pensamiento involuntario, un recuerdo prohibido de la mujer que tal vez estuviera, como él, fingiendo no pensar y no recordar. Decidió poner tierra de por medio. «Si hay que olvidar hay que olvidar —se dijo—. Y si es cuestión de distancia, que no sea por unos pocos kilómetros».

Tardó apenas una hora en dejar lista una bolsa con cuatro prendas de ropa y un bulto desordenado de papeles y carboncillos y se subió a un tren que pasaba por Barcelona pero resistió la tentación de bajarse, porque su intención no era llegar, sino irse. Al sur, al límite, a la última estación del mapa, que en este caso no era metáfora



de la muerte, sino de la nueva vida que empezaría en el momento en que abandonara el tren y tomara un barco para cruzar el estrecho, cambiar de país y buscar un vehículo que lo dejara en una playa donde pudiera encontrar una habitación barata y pasar pintando tantos días como fuera necesario hasta que el olvido trajera consigo la serenidad perdida.

Bueno, sigamos con las concesiones. Por qué no. Poner tierra de por medio, el miedo a la intensidad, el terror a un compromiso con el que ninguno de los dos contaba antes de conocerse... Está bien. No diré que el empeño en olvidar me parezca inverosímil, pero sí es contradictorio. Sólo gana esa batalla quien olvida incluso que quería olvidar.

Parece que él no cayó en la cuenta de esa contradicción. «Nada mejor que un buen baño para pensar en otras cosas», decía, y pasaba horas interminables sumergiéndose a pulmón libre, batallando contra el asedio permanente de la memoria, que le proponía comparaciones demasiado obvias entre las protuberancias de ciertos corales y el cuerpo de Isabel, apenas intuido todavía. O decía: «Nada como un ronquito para olvidar». Y se entregaba al abrazo del ron, conocido precisamente por su capacidad de invocar los recuerdos, incluso de agitarlos y confundirlos hasta tal extremo que en su sabor encontraba rastros de ciertas partes del cuerpo de Isabel que ni siquiera había catado jamás, llegando así al despropósito de inventarse placeres negados, que es la forma más traicionera de recordar.

Perseveró en la contradicción. Se convenció de estar cada vez más cerca del objetivo. Ya se iban desdibujando los rasgos del rostro de Isabel y su voz, aquella voz que había llegado a creer enroscada en sus tímpanos, no lo perseguía con su goteo de sílabas. Lo interpretó como una victoria. Celebró que el olvido empezara a derramar aquella neblina espesa por los rincones de su cerebro y sucumbió sin darse cuenta al más sutil de los engaños, pues es precisamente entre las brumas donde mejor se esconde el enemigo para preparar el asalto final. Todavía tardó unos días en entenderlo. Creyéndose ya inmune al hechizo, sacó los papeles y los carboncillos, feliz de poder concentrarse de nuevo en sus dibujos. Salía antes del alba y se apostaba frente al mar, cuaderno en mano, en busca del momento en que la luz nombra las cosas como si fueran nuevas, y entonces descubría que eran antiguas y tenían el mismo nombre de siempre: Isabel, Isabel.

Pasó una mañana entera en la playa, tumbado boca abajo y dándole vueltas en la mano a un grano de arena, buscando en la modorra del sol un estado de inconsciencia que se parecía bastante al olvido. Cuando abrió los ojos, lo primero que acudió a su mente fue la idea absurda de que aquel grano tenía exactamente el mismo color que los ojos de Isabel y se lo quedó mirando un rato y luego lo sacudieron en estampida la noción de que se estaba volviendo loco, la ridícula sensación de que ninguno de sus esfuerzos servía para nada y la convicción de que no tenía sentido seguir postergando

el encuentro con su destino. Incluso afirmaba haber caído en la cuenta de que las palabras destino y sentido contenían las mismas letras.

Aquel día regresó a Barcelona. Cruzó de vuelta el estrecho en el mismo barco u otro y luego el país entero de abajo arriba en el mismo tren o uno muy parecido, aunque se le antojó infinitamente más lento. También se le hizo eterna la caminata desde la estación hasta la casa de Isabel, suspendida en las dudas, en la angustia de no saber si ella lo esperaba. Y claro que lo esperaba, no había hecho otra cosa en aquellas semanas, de modo que respondió a sus aldabonazos en la puerta con la prontitud de quien sabe y teme y desea lo que se le viene encima y agradeció que no estuviera en casa su padre pero, temerosa de tentar demasiado al destino, le propuso que salieran de allí, que se fueran a cualquier lugar, a donde él quisiera llevarla y escogieron la pensión más cercana. Ellos alargaban esta parte del relato con el detalle de todo lo que pensaron y de lo mucho que hablaron aquella noche. Yo me imagino lo que pasó. Mi hermano Pablo diría que seguro que follaron como animales.

No tengo muchas pegadas que poner. Quiero decir, he oído historias de amor mucho más rocambolescas que ésta. Cuentan de un pescador de Malespina que era tan tímido que tardó cinco años en proponerle matrimonio a la mujer que, según sabía ya todo el pueblo, estaba dispuesta a casarse con él. Al final, un día la abordó en la puerta de su casa y le dijo:

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer tú y yo?

Ella comprendió que aquél era el paso más atrevido que podía dar el buen hombre y le contestó:

—Pues casarnos, qué quieres que hagamos.

Tuvieron un hijo que heredó la timidez del padre. A los veinte años se enamoró perdidamente de una joven del pueblo. Cada vez que intentaba declararse, se le atascaban las palabras en la garganta. Al final, optó por usar la misma fórmula que su padre.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer tú y yo? —preguntó a la muchacha, creo que esta vez en una discoteca.

—Nada; tú y yo no tenemos nada que hacer —contestó ella.

O sea, me creo cualquier cosa, incluso que se casaran al cabo de un mes. Incluso que ella anunciara su intención de casarse aquella misma noche, cuando llegó a casa ya de madrugada y su padre puso el grito en el cielo y la amenazó con enviarla a un internado de Valladolid hasta que se le pasara lo que él interpretaba como un delirio adolescente. Ella le contestó que habría boda con o sin su consentimiento y que le daba lo mismo Valladolid o Sebastopol porque ninguna ciudad quedaría lo suficientemente lejos para impedir que cumpliera su promesa y él, lívido según cuentan, echó la culpa a las monjas y a la universidad, dijo que para casarse más le hubiera valido hacerlo el año anterior con un candidato decente, en vez de con aquel

desconocido, y habló incluso de desheredarla. Cuando no le quedó ningún argumento razonable recurrió al chantaje y le prometió a su hija que si se casaba con aquel indeseable no iba a ver ni una peseta de su bolsillo. Ella, envalentonada y firme, le vino a contestar que se metiera su dinero donde le cupiera, como sea que se dijera eso en aquellos tiempos y entre dos personas educadas. Porque ambos lo eran, muy a su pesar, no eran como Simón y su padre; estaban condenados a la razón y al pacto. El padre perdió fuerzas en la discusión, fue cediendo, pasó de la negativa rotunda a la búsqueda de solución y compromiso, del no absoluto al eso ya lo veremos y después al tal vez y al fin afirmó que aceptaría la boda siempre y cuando aquel novio sobrevenido se buscara un trabajo. Ella aceptó la condición, pero le propuso que fuera él quien lo buscara, aprovechando sus muchos contactos. Él preguntó qué sabe hacer este muchacho y ella le dijo no es ningún muchacho, papá, tiene treinta y cuatro años. Eso provocó que de nuevo se enconara la conversación y renacieran las amenazas hasta que el padre claudicó, porque todos claudicamos si el deseo ajeno es más fuerte que nosotros, y la discusión terminó con un proverbial ya veré lo que puedo hacer.

Lo que pudo hacer fue colocarlo en la Phillips, con cuyo director general jugaba al bridge todos los martes. Cuando Julio se enteró, en vez de responder con el ataque de rabia que ella se esperaba, contestó con mucha calma que, si iba a aceptar un trabajo, cosa que hacía sólo por el amor que le tenía, lo mismo le daba uno que otro. Sólo por curiosidad quiso saber qué cometido le esperaba en la Phillips y ella le explicó que no era tan grave porque se trataba precisamente de dibujar, y él preguntó dibujar qué y ella carraspeó y dijo, bueno, los diagramas esos que salen en los manuales de instrucciones de los electrodomésticos, y al ver que él tragaba saliva le pidió que tuviera paciencia y le prometió que en cuanto se hubieran casado, en cuanto fueran capaces de demostrarle a su padre que podían mantenerse, ella sería la primera en desligarlo del compromiso. Y se casaron. Él no dejó de pintar. Al contrario, siguió haciéndolo a costa de sus noches y aceptó retratar a cualquiera que pudiera pagarlo hasta que se hizo evidente, incluso para el padre de Isabel, que sus cuadros daban para vivir mejor que los ridículos diagramas.

Y colorín, colorado, este cuento acaba de empezar. Porque a partir de entonces dejaron de ser él y ella, Julio e Isabel, y se convirtieron en papá y mamá: primero para Alberto, que al parecer pronunció esas sílabas pronto y con seguridad; luego para Pablo, que probablemente las dijo casi sin querer, o entre dos silbidos; y después para mí, que nunca me las he acabado de creer. Quiero decir, me creo todas esas cosas que papá contaba porque no tengo una versión mejor con que contradecirlas. ¿Mentía papá cuando contaba esta historia? Sí, según el criterio de Li Po. Me refiero al cuarto proverbio: «Sólo quien ignore que miente podrá alumbrar la mentira perfecta». Una mentira perfecta; un amor de los de antes. Me creo el azar y las flechas, y las idas y venidas; me creo incluso las tonterías de los granos de arena y los

retratos del deseo. Las prisas, el destino. A partir de entonces vivieron juntos y medianamente felices durante cuarenta y cinco años. Cuarenta y cinco. Incluso hubieran sido unos cuantos más si a mamá no le da por subirse a una ridícula chalupa cuando ya no tenía edad para eso. Toda la vida, en cualquier caso.

No me lo creo; me lo tengo que creer, que no es lo mismo. Tiene mucho que ver con el cansancio que siento estos días. He de creermelo por fuerza todos los millones de cuentos que van desde la burbuja de sal en el fondo del océano hasta el cruce de miradas casual en un tranvía. Sólo si me los creo es posible la consecuencia: yo. Yo aquí, contándolos como si me los creyera. Como si llevara no sé cuántos siglos asegurándome de que acudieran puntuales los tranvías, se cumplieran las promesas, fracasaran los olvidos y los destierros. Miles de millones de años mimando los cultivos del azar, asegurándome de que cada semilla diera el fruto idóneo en el momento preciso, que cada tronco se bifurcara en la cantidad de ramas estrictamente necesarias para garantizar que, al final, en una punta remota del árbol de la vida brotara el bulbo que soy yo... Y ahora, encima, ahora que la muerte de mamá empieza a secar las raíces, noto en mi interior el tumulto de las semillas nuevas. Cómo no voy a estar agotada.

*Escribo estas palabras rumbo a Barcelona, en el vuelo 6112 de Iberia. Calculo que faltan un par de horas para llegar. Limbo, trasmigración, resurrección. Conozco todos los nombres de este estado intermedio. Ayer estaba muerta en la jungla, hoy estaré viva en Barcelona. Hoy, mañana, no sé; cuando me vean mis hijos, en cualquier caso, porque sólo los demás pueden certificar que estamos vivos. Esta vez me van a reconocer. Yo sé lo que me espera. Para eso sí estoy preparada. Me espera un nuevo orden que me excluye, una organización del pequeño caos que provocó mi muerte. No habrá cambiado tanto el mundo. Apenas los mínimos reajustes necesarios para que la vida siga como si no hubiera pasado nada.*

*No pensaba volver a escribir, porque sé muy bien que a partir de ahora sólo van a contar las palabras que diga en voz alta, o las que escoja callar. Todo lo que escribí en la Posada del Caribe está revuelto en mi maleta. Ni siquiera tengo ganas de releerlo. Sin embargo, hace un rato he pedido a una azafata papel para escribir porque me siento un poco inquieta. Uy, un poco inquieta; estoy histérica. Escribir me calma: es una de las cosas que he aprendido en este viaje. Sobre el papel puedo tachar los errores, sumar las ideas. Puedo dudar, cazar las mentiras automáticas que de otro modo se quedarían revoloteando por ahí. Por ejemplo, diría que estoy inquieta porque anticipo la carga emocional que tendrá el encuentro con mis hijos. Mentira. O verdad a medias. Es cierto que eso me preocupa, y que aún no sé cómo solucionarlo, pero también lo es que se trata de una preocupación pasajera. Intensa, pero pasajera. Al fin y al cabo, mi presencia en este avión significa que ya no hay modo de evitar ese momento, ni siquiera de retrasarlo mucho más. Lo haré lo mejor que pueda y pasará lo que tenga que pasar. Lo más importante es eso, que en algún momento las causas de esta inquietud pertenecerán al pasado. O sea que no es eso lo que me reconcome, lo que estoy pensando sin descanso desde que salimos de Guatemala. Al revés, aunque sepa que el trance del reencuentro será duro, casi me reconforta. ¿No estamos todos vivos? Pues lloremos y abracémonos, intercambiamos reproches como mordiscos; hagamos lo que tengamos que hacer. No, lo que me angustia es precisamente lo contrario: la idea de que he muerto y no pasa nada. El mundo sigue. Sigue, casi exactamente igual que antes. Mi ausencia no significa nada. Alguien me añora, claro. Sí mis hijos han cumplido lo que el mundo espera de ellos, a estas alturas se habrán hartado ya de recordarme. Ya no encontrarán en cada pequeñez de la vida una excusa para invocar mi memoria.*

*En pocas palabras: he muerto y no pasa nada. No a mí, eso no importa. Yo ya sé que una vez muerta ni siquiera soy polvo. Me refiero al mundo. No pasa nada. ¿Es egoísta pensar así? Bueno, y qué. Además, no creo que lo sea. No estoy diciendo que me sentiría mejor si al regresar comprobara que todos mis seres queridos se han suicidado por no poder soportar mi ausencia. No va por ahí. Lo que lamento es que el mundo sea el mismo, como lo sigue siendo un collar de perlas aunque le quites*

una. En realidad, a mí la muerte nunca me importó un comino. La mía, quiero decir. No quería nada después, y sigo sin quererlo. Pero, sinceramente, confiaba en que al llegar daría algún valor a mi vida. No sentido; de eso ya me encargaba yo, con mayor o menor éxito. Valor. El justo, el mínimo necesario para que vivir significara algo. Y si el mundo permanece igual cuando yo ya no estoy es que no significa nada. Lo siento, no consigo reconciliarme con esa idea. Por eso he pedido papel para escribir. Porque, desde que me monté en el avión, estoy pensando en los wari. Ellos se comen a sus muertos. Mejor dicho, se los comían. No es eso lo que me ha hecho pensar en ellos al principio, pero tiene mucho que ver. No tengo tiempo ahora de escribir todo lo que sé de los wari, ni ganas, ni le importa a nadie, y además ya lo escribí prácticamente todo y está publicado para quien quiera leerlo. En realidad, estoy hablando de mí, de lo que significó para mí descubrirlos.

Bueno, hablemos con propiedad: yo no descubrí a los wari. Los bauticé, pero no fui la primera en verlos. Creo que, de haberlo sido, no hubiera dicho nada a nadie. Por su bien y por el mío. Pero se me adelantaron los misioneros. Los jodidos misioneros, con perdón, y los hijos de puta de los gomeros. Ahí sí que no pido perdón a nadie, porque a esa gentuza hay que llamarla por su nombre. Ellos son los que deberían pedir perdón de rodillas. A mí y a los wari. Porque a mí estuvieron a punto de matarme, pero a ellos les arruinaron la vida. Me consta que las cosas han mejorado hoy en día, pero durante décadas, cada vez que un wari veía a un hombre blanco, estaba viendo el rostro de la muerte. Desde el principio. Desde 1919, cuando ocurrió el primer encuentro. En esa época, el Amazonas se había convertido en fuente de extracción de caucho y látex. Se inició la construcción de una línea ferroviaria para ligar San Antonio do Madeira con Guajara-mirim y así poder llevar la goma hasta el puerto de Manaus. Los trabajadores de la ferrovía toparon con un grupo de indígenas desconocidos. Secuestraron a unos cuantos para exhibirlos en su regreso a las ciudades. Los wari, que aún no se llamaban así, tuvieron que recular hacía la cabecera de los afluentes del río Pacaas Novas, cuyas orillas habían habitado desde tiempo inmemorial: los ríos Lage, Ouro Preto, Ribeirao, Formoso. Más adentro; cada vez más adentro de la jungla. No hubo más contactos durante muchos años. De hecho, en 1921, justo cuando se inauguraba la vía del tren que había provocado aquel conato de genocidio, la demanda de goma amazónica decayó ante la competencia de los bosques de Malasia. Desaparecieron los caucheros y los wari recuperaron el territorio. En los años cuarenta, durante la segunda guerra, los japoneses ocuparon Malasia. Occidente volvió a necesitar caucho amazónico. Regresaron los trenes y los caucheros, y esta vez no estaban dispuestos a permitir que nadie les estropeará el negocio. Armados con metralletas, atacaban los poblados al amanecer. Nunca se pudo demostrar, pero parece claro que en alguna ocasión llegaron a exterminar aldeas completas. Los wari se vengaban como podían. De vez

en cuando aparecía un cauchero acribillado por sus flechas. Se comieron unos cuantos. Vaya que si se los comieron, y bien a gusto. El gobierno brasileño tuvo que intervenir. En 1950 se creó un supuesto plan de pacificación de las tribus indígenas, comandado por una fundación gubernamental que respondía al nombre de SPI y que, según ha demostrado la historia, fue responsable de auténticos desmanes hasta que la sustituyó la actual FUNAI. El plan duró casi veinte años. En 1956 se consiguió entablar el primer contacto pacífico. Llamar contacto pacífico a lo que se hacía en aquella época es un eufemismo de masacre. Los occidentales establecían el contacto por medio de regalos útiles. Buscaban los caminos abiertos en la jungla por los indígenas y dejaban en sus márgenes bultos con material muy atractivo: herramientas metálicas, machetes, ropa, espejos. Una vez contactados, los indígenas empezaban a morir como moscas. Eso no es la historia de los wari, sino de casi todas las tribus contactadas por occidentales. Los gérmenes se encargan del trabajo con una eficacia impresionante. Microbios que a nosotros apenas nos provocan un estornudo, una vez inoculados en el flujo sanguíneo de los indígenas, se convierten en fuente de epidemias mortales. En 1969, la población de los wari se había reducido en dos terceras partes. Lo más terrible es que en esa época teníamos suficiente información de los efectos devastadores del contacto en otras tribus como para haber intentado evitar que el mismo proceso se repitiera con ellos. Pero el contacto físico real no estaba en manos de antropólogos, sino de extractores de caucho y misioneros. Misioneros protestantes. Nunca dejaré de preguntarme qué mierda se les había perdido en mitad de la jungla. Ellos son los responsables de un círculo vicioso imperdonable. Se adentran en la espesura, seducen a los indígenas con sus ridículos regalos, les contagian toda clase de enfermedades y luego desaparecen por un tiempo. Poco, apenas unas semanas. Después regresan con los medicamentos necesarios para curarlos. Así de simple: la presa pasa a depender del predador; la víctima, del asesino. Lo necesitan para sobrevivir. No sólo los enferman para luego curarlos, sino que encima les convencen de que la enfermedad se debe a sus malas prácticas. Cómo no vais a enfermar, sí os coméis a vuestros muertos. En ese momento se puede empezar a negociar con ellos: utensilios a cambio de territorio explotable; medicamentos a cambio del abandono de sus costumbres. Y, sobre todo, se les puede explicar que todo lo que hacen está mal. Que comerse a los muertos es cosa de animales. Mejor cavar una fosa y rematarla con dos palos cruzados. Mejor mantener santuarios de la memoria y llevarles flores. Absurdo.

No me quiero calentar con las protestas. No soy una de esas estrellas de Hollywood que de vez en cuando pasan una semanita con los Yanomani, o con los inuit, o con quien haga falta. Sólo intento explicar por qué fui a Brasil y, en última instancia, por qué ahora estoy pensando en ellos. En 1970 hacía ya más de veinte años que se sabía más o menos quién eran aquellos indígenas, aunque todavía se los

llamara Pacaas Novos por su proximidad al río del mismo nombre. Ya se habían ocupado los lingüistas de estudiar el chacapura e incluso antropólogos eminentes como Métraux y Levi-Strauss les habían dedicado numerosas páginas, siempre agrupándolos bajo conceptos tan amplios como «tribus chacapuras», o «poblaciones del sudeste amazónico y de las fuentes del Madeira». Se intuía que entre ellos había todo un mundo propio, con su jerarquía de grupos y subgrupos.

Entonces empezaron las acusaciones de canibalismo. Yo llevaba un tiempo documentando lo poco que se sabía de ellos, porque había decidido ya que aquél iba a ser mi siguiente proyecto. Las acusaciones no me sorprendieron. Es un truco muy viejo. El canibalismo fue una de las excusas más recurridas por los cronistas de la conquista de América para justificar el exterminio de los indígenas: a los ojos de Occidente, aquella práctica los deshumanizaba y los convertía en animales que requerían una domesticación urgente. En 1503, apenas diez años después del descubrimiento de América, la escabechina había sido tan salvaje que se levantaron algunas voces de protesta. La reina Isabel se vio obligada a promulgar un edicto en el que se prohibía la esclavización de indígenas, salvo que pertenecieran a tribus caníbales. Huelga decir que al cabo de pocos meses eran escasas las tribus que no hubieran sido acusadas de canibalismo.

En fin, todo eso está escrito ya y no es noticia. Sí lo fue para mí que el mismo mecanismo se activara una vez más casi quinientos años después. Por eso hice las maletas antes incluso de lo que había previsto. Quería hacer las cosas bien. Ya en Brasil, me puse en contacto con la SPI. Yo no era nadie importante, pero sí tenía un cierto nombre en el mundo académico, ganado a base de polémicas sucesivas, y supongo que les convino fingir que me hacían caso. Pusieron a mi disposición un grupo de cinco hombres y, previo pago por mi parte, toda la estructura necesaria para adentrarme en la cuenca amazónica: lanchas neumáticas, canoas, víveres, todo. Yo ya no viajaba con la beca Julio, sino con presupuestos dignos a cargo del estado. No voy a contar toda esa parte ahora porque, si me dejara llevar por la nostalgia, podría dedicar semanas enteras a ese relato. En todo caso, creo haber explicado en algún momento lo que significa para mí la jungla desde entonces.

Me bastó la primera mañana para darme cuenta de que mis compañeros de viaje no eran exactamente científicos. Compartían conmigo la curiosidad y la obsesión por dar con alguno de los subgrupos que, suponíamos, permanecían todavía ajenos al contacto. Para mí era imprescindible. Era la culminación de mi carrera, y pronto entendí que fracasaría en el intento si me dejaba acompañar por aquellos cafres. Remonté con ellos el Pacaas Novas, nos adentramos en el Mamoré hasta llegar a la bifurcación del Lage. No teníamos la certeza de encontrarlos, pero tampoco íbamos a ciegas. Sabíamos que en 1961, unos treinta waris habían sobrevivido a la epidemia que diezmó al subgrupo de los Oro Mon y se habían adentrado en el Mutum Paraná,



tal vez para juntarse con algún otro grupo. En los dos años anteriores, los avistamientos habían sido relativamente frecuentes. Unos pocos cientos de hectáreas separan los cauces del Lage y del Mutum Paraná. No era descabellado suponer que estarían cerca de las orillas de uno de esos dos ríos.

Una noche, tomé la decisión más atrevida, y no sé si también la más imprudente de mi vida, la más estúpida. Desaparecí. Es fácil. La gente suele convertir eso en una gran aventura y hay quien con un momento como ése es capaz de construir una novela entera, pero desaparecer en la jungla es sencillo. Quince pasos, treinta. Lo difícil es no perderse. En fin, entonces me pareció así de simple y, sin embargo, ahora sé que no lo fue tanto, que nunca llegué a desaparecer del todo y aquellos cinco brutos me siguieron la pista en todo momento. Sí, cargo con la culpa de haber llevado tras mis pasos a cinco caucheros camuflados hasta el último subgrupo de los wari que faltaba por homologar.

Éste es mi mayor problema a la hora de contar lo que pasó: ¿debo explicarlo todo como lo viví, con la ingenuidad de quien creía saber muchas cosas y era en el fondo una ignorante? O como lo entiendo ahora, ahora que sí sé muchas cosas y, precisamente por eso, concedo mucha menos importancia al conocimiento.

Tambores en la jungla. Odio esa expresión, esa imagen ridiculizada por el cine y la literatura. No soporto la frivolidad de tarzanes y tam-tams y el supuesto fragor de su eco. Yo no oí tambores, sino golpes de palo sobre cortezas de árboles, golpes rítmicos y constantes cuyo origen humano descarté al principio creyendo que los producían los macacos; no oí alaridos tribales, sino un murmullo embarullado que si en un momento alcanzó el volumen necesario para llegar a mis oídos fue porque el poblado entero participaba de él. A partir de ese momento, todo fue sencillo, pero incomprensible para mí. Tres horas de camino me llevaron al poblado. En realidad, estaba a menos de dos horas de distancia, pero incluso para alguien con mi experiencia resulta difícil orientarse en la jungla, y más aún cuando todo tu sistema nervioso está tan excitado que te hace ver lo que no existe y suponer lo que no oyes. Lo primero que vi al llegar fue un grupo confuso de hombres. Tal vez veinte, o pocos más. Todos tumbados en el suelo sobre hojas de palma. Sólo uno de ellos, sentado en mitad del tumulto, permanecía aparentemente despierto. Un poco más allá, un grupo de seis mujeres murmuraban algo que llamaré canción por acogerme a una convención lingüística. Aunque los hombres tumbados permanecían en quietud absoluta, de vez en cuando alguno de ellos emitía un quejido lastimoso. Tardé un poco en entender lo que estaba pasando. Me ayudó el potente olor de la chicha, el licor de maíz, que se apoderaba de todo. Era tan fuerte que parecía capaz de embriagar a quien lo oliera. Entonces no fui capaz de ponerle nombre, pero era evidente que había llegado al final de una celebración importante. Luego supe que se trataba de un hüroroin. Los wari lo celebran en ocasiones muy señaladas,

especialmente cuando se reencuentran dos grupos que viven separados. Durante días y noches seguidos escenifican batallas ficticias entre ellos y bailes absolutamente obscenos; ritos de posesión y entrega. Mientras tanto beben sin cesar el licor fermentado hasta perder el sentido. Literalmente: van cayendo desmayados uno tras otro. Ése fue el momento en que aparecí yo. Todos los hombres del poblado estaban inconscientes.

Siempre me quedará la duda de qué habría pasado si mi aparición se llega a producir en cualquier otro momento. Yo tenía ya una experiencia considerable en el trato con indígenas y conocía los fundamentos teóricos del comportamiento adecuado en un primer contacto. Pero nunca había protagonizado uno. Nunca había sido la primera. Sabía de la hostilidad surgida en otros primeros encuentros entre blancos y waris, pero estaba convencida de que se debía a la provocación de aquéllos. En cualquier caso, me tranquilizó mucho saber que mi primer contacto sería con las mujeres. Di un paso adelante. Ninguno de los hombres tumbados sobre las hojas de palma se enteró de mi presencia. Los dos chiquillos que golpeaban un tronco con sus varas de madera fueron los primeros en verme. Dejaron de golpear, soltaron las varas y salieron corriendo. Entonces las mujeres pararon de cantar y, hablando entre ellas, se levantaron y se acercaron a mí. Yo me quedé quieta, mostrando las manos y esforzándome por conservar una sonrisa que, imagino ahora, debía de parecer mero gesto de histeria. Caminaron despacio hacia mí. No nos olisqueamos como perros, ni hubo amenazas, gruñidos, ningún ademán agresivo, nada. Esas cosas pasan en las películas. En sus ojos abiertos, redondos como planetas, sólo habla curiosidad. Vinieron a tocarme. Los brazos blancos, el pelo. Formaron un círculo en torno a mí y echaron a andar, forzándome a dirigirme con ellas hacia las primeras chozas visibles del poblado. Por así decirlo, me escoltaron hasta una de ellas. Creo que querían esperar hasta que los hombres, al día siguiente, disipados ya los efectos del licor de maíz, decidieran qué hacer conmigo.

Recuerdo haber escrito, mientras estaba en la Posada del Caribe, cómo fue mi primera noche con ellos. Mejor dicho, con ellas. Cómo supe lo que significaba la palabra wari y decidí bautizarlos con ella. No he contado todavía, ni podré hacerlo ahora con detalle, las cinco semanas siguientes, las más felices de mi vida, las que pasé con ellos haciendo real el sueño de cualquier antropólogo. Qué digo, el sueño de cualquier persona con un mínimo de curiosidad. Conocer a alguien distinto y permitir que te lleve de su mano a los rincones de su existencia. Es la única época de mi vida en que recuerdo haber pasado tantas horas escribiendo como en estas últimas semanas. Pude anotar todo. Me abrieron la puerta de todas sus costumbres. Me hubiera quedado a vivir con ellos. Sabía que no era posible, pero sí tomé al menos la decisión de no traicionar su amabilidad, de homenajearla con mi silencio y no publicar nada sobre aquel encuentro. Tuve algunas dudas. Al fin y al

*cabo, estaba allí con un propósito científico. Pero no me costó demasiado renunciar a él. Tomé notas y pensé que tal vez tras mí muerte mis hijos las publicarían. Tenía incluso un plan descabellado que consistía en regresar a orillas del Lage cuando hubiera reunido el conocimiento suficiente y presentarme en la zona del último campamento de mi expedición, fingiendo haberme perdido y haber pasado aquellas cinco semanas alimentándome de raíces. Si mis falsos compañeros hablan desmontado el campamento para regresar a Sao Paulo y dar noticia de mi desaparición, no me iba a resultar demasiado difícil dar con los caucheros que abundaban río abajo. Qué ingenua. Pero qué imbécil. Probablemente estuvieron detrás de mí en todo momento, espiándome, frotándose las manos mientras tomaban nota de cada paso que daba. Estoy segura.*

*A principios de la sexta semana, murió un anciano del poblado. Eso ya no lo puedo explicar con la ingenuidad del momento. Es imposible, porque dediqué los siguientes veinte años de mí vida al estudio y la interpretación de las cosas que vi durante aquellos días y que quedaron marcadas a fuego en mi memoria. Pasó el muerto cuatro días en una cabaña. Teorías disparatadas de toda clase explican que los wari dejaban a sus muertos a la intemperie para facilitar así su descomposición y podérselos comer más blandos. Mentira. Mentira cruel. Voy a explicar lo que vi. Algunos jóvenes abandonaron el poblado y partieron con sus canoas para avisar a los demás grupos de la muerte del anciano. Mientras tanto, los preparativos ocuparon a todos los habitantes con un ajetreo constante. Si no se celebraron antes los ritos funerarios fue porque los jóvenes tardaron esos cuatro días en regresar con representantes de los demás subgrupos, que acudían a mostrar sus respetos. Vi que todos, absolutamente todos los presentes, lloraban a lágrima tendida. Llorar es obligatorio. Y no sólo por generosidad con los familiares, sino también con uno mismo. El lamento con que se da noticia de la muerte de un miembro de la tribu es exactamente el mismo en cada ocasión, siempre con las mismas palabras exactas, independientemente de la edad, el género, el nombre y el rango del muerto. De este modo, la noticia de las muertes ajenas es un recordatorio de las propias. La muerte es un hecho social para ellos. Nosotros nos empeñamos en creer que muere el individuo y la sociedad sigue. Ellos no. En nuestro mundo, el cuerpo nos define y limita. Yo llego hasta donde llegan físicamente mis extremidades. Más allá de eso, no soy. Para ellos, el cuerpo es una frontera flexible por ser penetrable a los fluidos. Tanto que los cónyuges, si conviven el tiempo suficiente, se convierten en consanguíneos. Todos los miembros del poblado mueren un poco con el muerto. De hecho, se atiborran de licor de maíz hasta perder la conciencia, pero no porque tengan nada que celebrar, sino porque en su cultura la pérdida de conciencia representa una pequeña muerte y de ese modo pueden afirmar haber acompañado al que se va.*

*En fin, quería explicar lo que vi, no su interpretación antropológica. Vi que arrancaban una caña del tejado de todas las chozas del poblado y encendían con ellas un fuego. Vi que los familiares acarreaban haces interminables de leña para alimentarlo. Vi la cantidad de leña que hace falta para comerse a un muerto. Vi que tanto los troncos de madera como el propio cadáver estaban pintados con tinte roja vegetal. Vi que despiezaban el cuerpo con puntas de flechas de bambú y disponían las partes sobre una inmensa parrilla. Vi el esfuerzo de los presentes por evitar en todo momento que los fluidos del cadáver tocaran la tierra. Porque la tierra, esa misma tierra en la que hoy les obligan a enterrar a sus muertos, siempre ha sido para ellos un lugar sucio y contaminante, hasta el extremo de que los adultos nunca se sientan en ella. Vi que los descendientes del muerto se dividían en dos grupos. Uno formado por los que tenían lazos sanguíneos con él: hijos y esposa, pues ésta es considerada sangre de su sangre. El otro lo formaba la familia política: eso que nosotros llamamos cuñados y cuñadas, suegros, consuegros. Estos últimos se encargaban de mantener vivo el fuego. Los otros supervisaban su trabajo. Cada uno de ellos, al plantarse ante la pira, pronunciaba unas palabras que significan «Nunca antes vi este fuego», si se enfrentaban a la muerte de un familiar por primera vez; «no quiero volver a ver este fuego jamás», si ya habían pasado alguna vez por ese trance. En fin, ya estamos otra vez. Todo eso lo supe después. Lo que vi entonces era que pronunciaban palabras extrañas y que algunos amenazaban con lanzarse a las brasas y otros se lo impedían, recurriendo si era necesario a unas largas varas de madera. Vi cómo descuartizaban órganos. Vi cómo envolvían el corazón y el hígado en hojas de algún árbol. Vi que echaban al fuego los intestinos y los genitales.*

*De repente, el grupo de la familia política empezó a apartar del fuego los fragmentos del cuerpo y se dispuso a prepararlos. Aunque parezca increíble, no diré que fuera una visión angustiosa. Al contrario, reconozco que derramé lágrimas como nunca antes en mi vida, pero no nacían del dolor, sino de la compasión. El enorme amor, el mimo inmenso con que trataban los miembros del difunto era tan evidente que despejó de mi mente cualquier leyenda de salvajismo. Todo lo hacían por compasión, y yo fui partícipe de ella. Presentaron a la mujer y a los hijos aquellos fragmentos limpiamente dispuestos sobre tapetes tejidos con hojas de palma. Los hijos se encargaron de separar la carne de los huesos y cortarla en fragmentos pequeños. Luego limaban los huesos para reducirlos a un polvo con el que condimentaban la carne. Alguna vez me contaron que, en determinadas épocas, ese polvo se mezclaba con miel.*

*Entonces vino el momento que no supe entender. Justo cuando parecía que los hijos se iban a comer aquella carne cortada y dispuesta con tanto mimo, el volumen de su llanto aumentó hasta volverse insoportable. Luego, entregaron la carne a los miembros de la familia política. Éstos la rechazaron primero un par de veces*

*delicadamente, pero después la tomaron en sus manos y empezaron a comer. Un grupo observaba al otro. Los hijos se deshacían en muestras de agradecimiento. Las cuñadas, los sobrinos, todos los demás comían con un respeto que me llamó la atención. Yo les había visto comer antes lo que cazaban: con las manos, desgarrando la carne con la dentadura, casi como perros hambrientos. En cambio, en aquella ocasión empleaban unos palillos con gesto respetuoso para no tocar la carne con las manos.*

*Digo que no supe entenderlo mientras ocurría, pero mis investigaciones posteriores me permitieron desvelar los pormenores de ese ritual. Comer carne entre los wari es motivo de celebración. Así se trate de cualquier pieza de caza menor, su consumo es una fiesta. Comer es celebrar la vida. Los descendientes sanguíneos del muerto necesitan que su cuerpo sea devorado por entero para que desaparezca con él el rastro del dolor; sin embargo, no pueden hacerlo ellos mismos porque significaría una ofensa para el difunto. Negándose a comérselo demuestran que su espíritu no está para fiestas. Por eso recurren a su familia política. Éstos rechazan la carne al principio como muestra de solidaridad. Significa que ellos también están tristes y poco predispuestos a comer. Pero luego la aceptan como favor a los hijos para ayudarles a olvidar al difunto. Unos comen, los otros miran. Los dos grupos lloran sin parar durante todo el proceso.*

*El rito terminó cuando no quedó muerto que comer. Entero, desapareció entero y eso me ayudó a entender la función de lo que había visto. Comerse el muerto era una forma de repartir su memoria y contribuir a su desaparición, un intento de despachar los restos con la eficacia suficiente para que el dolor se disipara con ellos.*

*Cuando terminó el ritual, estaba ya bien entrada la noche. Me tumbé en la choza que habían tenido la amabilidad de levantar para mí, convencida de que sería incapaz de dormir. Estaba agotada, sí, pero también muy excitada. Se atropellaban en mi mente las imágenes que acababa de ver, las hipótesis aventuradas para explicarlo, las dudas, el repaso alocado de mis propias reacciones. Sin embargo, me quedé dormida como una santa. Como si el exceso de tensión hubiera colapsado mi sistema nervioso. Al día siguiente me esperaba una sorpresa mayúscula, más significativa incluso, y más importante para mí, que lo sucedido la noche anterior. Me desperté al alba, como siempre, por puro efecto de la luz, y al salir de la choza me sentí como si alguien hubiera aprovechado la profundidad de mi sueño para trasladarme a un poblado desconocido. No reconocía ninguna de las chozas contiguas a la mía. Y, si alguna me parecía familiar, lo era sólo vagamente, pues tenía la entrada por un lugar distinto al habitual. Caminé por el poblado sin entender siquiera por qué el camino mismo había sido modificado, como si en las horas del alba alguien hubiera trazado de nuevo, por lugares distintos, los senderos de tierra que iban de una choza a la siguiente. La choza que hasta la noche anterior*

había ocupado el muerto con su familia ya no existía. Pregunté. Evité molestar a los familiares, pero pregunté a quien pude. Me confirmaron que ésa era su costumbre. Después del rito funerario, los familiares se acostaban y unos cuantos hombres jóvenes, escogidos por el consejo de ancianos, quedaban encargados de mudar por completo la apariencia del poblado. Quise saber la razón y me dieron dos distintas, igualmente válidas para quien conozca algo de antropología. Una: si el espíritu del muerto no encontraba el camino del río, donde lo esperaba el gran Towira, y en su desconcierto decidía regresar al poblado con malas intenciones, no lo podría reconocer. La otra: los familiares, al despertarse, encontrarían tan cambiado el poblado que no tendrían en cada rincón, en cada choza, un recordatorio de su dolor. Ni siquiera el lugar donde habían asado el cadáver y se lo habían comido era reconocible. Hasta las cenizas habían desaparecido. Absolutamente todas las pertenencias privadas del muerto habían sido entregadas al fuego. Aquella misma tarde me dieron un machete suyo con la petición de que lo llevara conmigo al irme del poblado porque ya sabían que el metal no desaparecía al quemarse. Incendian incluso la cosecha plantada por el muerto, por muy necesaria que sea a la comunidad. Hoy en día, según he podido leer en documentos recientes, a pesar de que ya no les dejan comerse a sus difuntos, cuando muere un niño la familia pide al maestro que les devuelva sus trabajos escolares para quemarlos.

Creo, y así lo escribí en su día, que los wari han comprendido los mecanismos de la memoria y el conocimiento mejor que ninguna otra tribu. En chacapura, el verbo kerek significa a la vez «ver» y «conocer». Saben que la única forma de anular el recuerdo de los muertos es modificar el rastro de la vida. Para olvidar, son capaces de reinventarse. Contra el caos de la muerte, nosotros nos esforzamos por restablecer el orden; ellos se inventan uno nuevo, que se distingue precisamente por ser opuesto al anterior. Nosotros reconstruimos el edificio de la vida; ellos permiten que se desmorone y luego construyen otro distinto. Nosotros decimos que la vida sigue; ellos la recrean. Nosotros concebimos la memoria como un homenaje; ellos conocen tan bien los peligros de la memoria que prefieren homenajear con el olvido. Han encontrado la fórmula del olvido activo, que no se define por dejar de pensar en algo viejo, sino por inventar algo nuevo. Sólo cuando la muerte visita de nuevo el poblado aceptan que el recuerdo de sus muertos invada la vida por unos días. Se lo pueden permitir; saben que cuando el último soplo de viento esparza las cenizas de nuevo todo volverá a empezar. Así se prestan un enorme servicio. Pero no sé si son conscientes del último efecto de sus costumbres. Del que a mí me parece más importante: los wari pueden vivir con la certeza de que a su muerte nada seguirá igual. Saben que su presencia en el mundo es tan importante, que cuando desaparezcan ya no será el mismo. No se me ocurre mayor homenaje a la vida que ése. Por eso ahora pienso en ellos con envidia. Por eso, al saber que mi ausencia no

*cambiará nada, me siento minúscula a su lado. Eso no es nuevo. Ya me pasó cuando los conocí.*

*El descubrimiento de su inteligencia, del enorme poder de su compasión, vino acompañado de la conciencia de mí propia estupidez. Por supuesto, durante aquellas semanas casi me había olvidado de mis caucheros, de Sao Paulo, de Barcelona incluso y Malespina. De mí misma. Pasé los cinco días siguientes reuniendo datos, poseída por mi propio descubrimiento. Supe que, durante mucho tiempo, los familiares del muerto dejan de pronunciar su nombre o el lazo que los unía a él. Si no son capaces de evitar hablar de él, diluyen en la colectividad el nexos que los unía: ya nunca más dirán «mi padre», sino «nuestro padre». Supe que, una vez integrado en el mundo subacuático del gran Towira, el muerto sólo puede regresar en forma de espíritu benefactor, encarnado en algún animal que los habitantes del poblado se aprestarán a cazar y comer con la certeza de que el espíritu regresa automáticamente al río. Llené cuadernos y cuadernos de notas. Agoté las baterías de mí grabadora y las cintas vírgenes. Tomé fotos hasta del último rincón.*

*El último día me enteré de que los familiares hablan ido al bosque para localizar el lugar donde solía apostarse el difunto a cazar, desbrozarlo y quemar el suelo. Como estaba apenas a un centenar de metros del poblado, decidí ir sola a verlo. Mientras tomaba fotos, algo pasó a toda velocidad junto a mi cabeza y fue a clavarse en el tronco de un árbol cercano. Me agaché. Fue un gesto instintivo, pero me salvó la vida. Una segunda flecha cruzó de inmediato el aire que mí cuerpo ocupaba apenas un instante antes. No necesité ver a mis atacantes ni preguntar nada a nadie para entender lo que estaba pasando. Los wari utilizan flechas de bambú para cazar. Aquellas no eran de bambú, sino de madera espesa, con la punta metálica. Los caucheros. No hacía falta ser muy inteligente para comprender que intentaban deshacerse de mí como quien se deshace de la herramienta que ya no va a necesitar. Culpa mía; yo los había llevado hasta los wari.*

*Regresé corriendo y sin resuello al poblado. No tengo ganas de recordar eso. Aún no sé sí me equivoqué. A veces creo que sí y lo lamento, pero tenía que tomar decisiones. Ya había cometido el error más grave: descubrir a los caucheros el rastro de los wari y su presencia en aquella zona. Pensé que sí permanecía con ellos pondría en peligro algo más valioso que su independencia: su vida. Conocía bien la crueldad de los caucheros. Sabía de sobra que la supuesta buena intención del SPI era apenas una fachada para favorecer los intereses de los comerciantes. Era obvio que habían podido ver las escenas de canibalismo que yo misma había presenciado días antes. Estaba claro que no iban a interpretarlas como yo. Estaba segura de que, a aquellas alturas, el relato de prácticas inhumanas y salvajes habla llegado ya a oídos de las correspondientes autoridades en Sao Paulo y éstas se habrían encargado de divulgarlo convenientemente aderezado. Si encima permitía que me*

mataran en el poblado, les daba la excusa perfecta, pues sin duda atribuirían mi muerte a la violencia de los indígenas. Tenía que abandonar a los wari. Pasé el resto de aquel día encerrada en mi choza y salí del poblado a la mañana siguiente no sin antes explicar lo sucedido a las mujeres con las que había establecido una relación más cercana durante mi estancia entre ellas. Rechacé el ofrecimiento de un grupo de hombres que querían acompañarme hasta orillas del Lage. Me fui sola. Llegué al río aquella misma tarde. El campamento seguía allí y aquellos cinco hijos de mala madre me recibieron con grandes muestras de alegría, como si hubiera resucitado. No fue demasiado convincente su interpretación, a pesar de que incluso fingieron creerme cuando les conté que me había perdido. Reconozco que estaba muerta de miedo. Aquella noche viví con ellos un terror que jamás había sentido entre los habitantes de las tribus supuestamente más hostiles de todo el mundo. Lo que más miedo me daba eran sus sonrisas cínicas, aquellas carcajadas de pozo envenenado en cuyos molares brillaba el oro de su codicia. Aquella noche dormimos en el campamento y supe que no me iban a hacer nada. Interpreté que, tras haber abandonado el poblado de los wari, ya no tenían interés en matarme. Al contrario, les convenía evitar el posible escándalo y dejarme sana y salva en Sao Paulo para asegurarse de mi regreso a España. Estaba equivocada. Probablemente alguien había decidido que convenía retrasar sólo un poco mi muerte. Hacer que pareciera un accidente. Llegué a Sao Paulo y cumplí con mi obligación: informé al SPI de mi hallazgo porque ya no tenía sentido esconderlo, pero procuré ser lo más olvidadiza posible al respecto de su localización. Explicué por escrito el nuevo significado que tenían sus ritos a partir de mi experiencia personal. Recomendé muy encarecidamente que se evitara el contacto oficial con ellos y, si eso no era posible, que se respetaran sus costumbres. Traté de aclarar el enorme valor que tenía la preservación de las mismas para la ciencia en todo el mundo. Me dijeron que sí a todo. Me fui a dormir al hotel y me despertó al cabo de pocas horas una angustiada sensación de sofoco. Vi las llamas y creí estar soñando con los wari. Por suerte, tardé poco en entender que estaba bien despierta. Aturdida, pero despierta. El humo llenaba por completo la habitación y era tan espeso que adoptaba formas sólidas. Conseguí salir. Alguien había empapado de combustible unas toallas y les había pegado fuego dentro de la habitación. Había más humo que fuego. Al día siguiente regresé a Barcelona. Publiqué el relato de lo sucedido como suele hacerse en esos casos: es decir, bajo la sensación de estar sometida a un chantaje cuyas consecuencias no pagaría yo misma sino los wari. O sea, precisamente aquellos a quienes pretendía proteger. Evité mencionar lugares demasiado concretos. Hablé de vínculos gubernamentales pero no di nombres. Hice todo lo posible por enmendar mi error.

Durante cinco años recibí por correo toda clase de amenazas: cartas vulgares y



*despreciables, paquetes con restos de huesos. Ya no importa. En fin, claro que importa, pero ya no hay nada que yo pueda hacer. Según el último censo, que data de 1991, quedan 1930 waris en toda la amazonía. Hace años que no existe el SPI. Ahora se encarga de los indígenas el FUNAI, con mejores intenciones, pero sometido a presiones especulativas parecidas y a las mismas carestías. Los wari ya no se comen a sus muertos. Eso sí me importa. Ya no queda ningún lugar en el mundo en el que morir se dé lo mismo, en el que cuando alguien desaparece la vida se rinda el homenaje de un nuevo principio. Sólo quedan lugares como éste al que me dirijo, lugares a los que regresamos los muertos para comprobar que nada ha cambiado, que todo sigue igual tras nuestra muerte. Ya casi estoy llegando.*

## MARTES

Si predecir los cambios de tiempo se me diera tan mal como prever las cosas de la vida, pronto me quedaría sin trabajo. Ayer llegué a pensar que esto terminaría mal. Me acosté con una sensación parecida a la que deben de tener los barcos cuando la calma chicha lame sus cubiertas hasta borrar de ellas cualquier noción de movimiento. La verdad, vine a Malespina convencida de que estos días de luto serían buenos para todos, agradecida de poderlos pasar junto al mar y deseando que fueran lentos y me brindaran la ocasión de recordar, anotar, indagar, en fin, de hacer despacio las cosas que suelen darme algo de paz, como mirar el cielo y caminar y hasta discutir con mis hermanos. No diré que no hayan servido para nada, pero ya se estaban alargando demasiado. Sí, está bien, recordamos a mamá, hablamos mucho de ella y supongo que eso es bueno. O necesario. Lo que pasa es que ya no tenía mucho sentido seguir aquí. Era como si, una vez agotadas las lágrimas y los recuerdos, nos quedaran sólo los nervios. Sobre todo a Alberto. Daba miedo ver sus pasos de fiera enjaulada, teléfono móvil en mano a todas horas, recorriendo de punta a cabo la casa como si hubiera de trazarle planos nuevos. Por un momento llegué a pensar que si no nos íbamos pronto se volvería loco. De hecho, ojalá sus nervios se debieran a eso, porque si no quiere decir que esta vez ha topado con algún problema más grande que él, algo capaz de amargarle el carácter para siempre.

Eso es lo que pensaba ayer. Hoy ha cambiado todo. De golpe. Buena prueba de ello eran nuestras caras esta noche, cuando nos hemos sentado a la mesa después de pasar la tarde navegando. Parece mentira, pero subirse a un barco estando embarazada es algo distinto. Se multiplican las sensaciones: sobre todo los olores, claro; pero también ese efecto extraño que produce en el cuerpo estar flotando y saber que al mismo tiempo algo flota dentro de ti. O tal vez todo sea pura paranoia mía, porque estoy de tan poco tiempo que no creo que dentro de mí flote nada verdaderamente. En cualquier caso, el miedo a marearme se ha desvanecido nada más pisar la cubierta. Cuánto tiempo sin navegar y qué poco me ha costado recuperar ese viejo disfrute. Por fin la sal en los labios. Por fin la euforia del viento en la cara y bajo los pies la madera rezongando. Y las palabras benditas: ceñida, través y empopada, escota y orza, amura, proa, caña y trapo.

Pero ya antes de navegar estábamos vivos de nuevo, ya de buena mañana, activos todos como si por algún hueco del hormiguero de nuestros días se hubiera colado un rayo. Claro, como siempre, habrá que atribuirle una buena parte del mérito a Alberto, quien —en contra de mis previsiones— se ha despertado hoy con una sonrisa en el rostro y ganas de compartirla. Insisto: ojalá el pronóstico de las personas se me diera tan bien como el de los cielos. No sé en cuál de sus muchas llamadas de anoche dio por fin con la solución de sus problemas, o tal vez con la resignación suficiente para

aceptarlos.

Luis ha aparecido en pijama, se ha plantado en mitad del comedor, mirándonos mientras domaba la revolución de su melena y se desperezaba, ha caminado hacia la chimenea y, con la urna de mamá en las manos, sopesándola como si fuera un pisapapeles, ha dicho:

—Suerte que ya llegó de Guatemala incinerada. ¿Os imagináis que todavía hubiera que enterrarla? No habría quien se acercara.

Tal vez no fuera la mejor manera de decirlo, pero tenía razón. El velatorio se estaba alargando demasiado. Al fin y al cabo, la única misión concreta que nos trajo aquí era esparcir las cenizas de mamá en la bañera de la rusa. Todo lo demás podíamos haberlo hecho en Barcelona.

Alberto estaba sentado a mi lado y, al oír el comentario de Luis, he apoyado una mano en su pierna por debajo de la mesa, como quien acaricia el lomo de un gato nervioso. No quería empezar el día con una bronca, y menos a propósito de las cenizas de mamá. Pero su respuesta me ha confirmado que era día de buenos augurios.

—Precisamente de eso quería hablaros —ha dicho, invitando con un gesto a Luis para que se uniera a nosotros en la mesa—. Creo que tengo una barca. De hecho, la tengo seguro, si la queremos. Pero es un poco complicado. Lo he de confirmar por teléfono dentro de un rato. Antes necesito vuestra aprobación.

—Coño, ya era hora —ha exclamado Pablo. Y luego, corrigiendo el tono—: Sabía que no me fallarías, hermanito. Y que pidas nuestra opinión ya me parece la hostia. Soy capaz de componerte un himno.

—No cantes victoria todavía, que no es tan fácil. Además, tengo otras noticias. Habrá que organizarse un poco.

—¿Cuál es el problema?

—Es una vela latina.

—Vaya, vaya... —ha soltado papá, como si la mención de la vela latina hubiera perforado la niebla de su cerebro—. Así que latina, ¿eh?

—Pues mejor todavía —Pablo parecía entusiasmado—. No sé dónde está el problema.

—Bueno, es un poco vieja.

—Como todas.

—Un poco más. Y no tiene motor.

—Ah, sin motor.

Mientras mis hermanos hablaban, yo he sumado dos más dos, porque las cuentas estaban claras. En Malespina sólo hay cinco embarcaciones de vela latina. Una de ellas es moderna, de fibra de carbono. Horrorosa, vamos. Un monumento flotante al mal gusto. Y con motor, claro. Descartada. Hay otras tres antiguas, auténticas, de los

años cuarenta, no demasiado grandes, recuperadas en la década de los ochenta por locos de la navegación que las restauraron con todo el mimo del mundo y, aprovechando los huecos de las sentinas de carga de pescado, les instalaron motores para asegurarse el regreso a casa cuando las condiciones no fueran favorables, porque navegar con vela latina en según qué mar puede implicar ciertos riesgos. Descartadas también, por el motor. La quinta se llama *Amén* y lleva casi veinticinco años encerrada en un garaje, con el mástil desmontado. No tiene motor. Nunca lo tuvo. Es el único buque de pesca original que se conserva. O sea, es de los años veinte, o anterior. Es muy probable que fuera una de las barcas que participaron en la pesca del atún del 22, cuando naufragó Simón.

Alberto seguía jugando con Pablo, dándole a pedazos la información que él quería tragarse de un bocado. He pronunciado el nombre en voz baja, en parte porque no terminaba de creérmelo y en parte, lo confieso, porque sólo de pensarlo me daba miedo.

—Amén.

Pablo ha saltado como si lo pincharan:

—¿Qué? ¿La *Amén*? —Le daba vueltas la cabeza de tanto mirar a Alberto y a mí para que alguien le dijera que sólo era una broma—. ¿La *Amén*? ¡No me lo puedo creer! Alberto, dime que no es verdad.

—Bueno —Alberto no perdía la sonrisa—. Ya os he dicho que está por confirmar. De hecho, he dejado una paga y señal. Se han comprometido a devolvérmela si al final no usamos la barca.

—¿Cómo? ¿Encima vas a pagar por ese trasto?

—Está recién calafateada y se han gastado una pasta en restaurarla. Dicen que están buscando comprador.

—Me niego a creer lo que estoy oyendo. Lleva no sé cuántos años sin navegar. Ni siquiera sabemos si flota.

—Querido tío Pablo —ha intervenido Luis, con ademanes teatrales, como si fuera a soltar un discurso—, no hay quien te entienda. Te pasas la vida hablando de la autenticidad y de lo genuino y de todos esos rollos tuyos y de repente, cuando te dan la oportunidad de navegar en serio, en un barco auténtico, antiguo, sin motor, te cagas por la pata abajo.

—Tú calla, que no tienes ni puta idea de lo que dices. Eso no es navegar en serio, sino jugarse la vida.

—No exageres, que todos sabemos nadar. Además, tampoco se va a hundir, ¿no?

—Coño, pues no sería la primera vez.

—A mí me da lo mismo. Nado incluso mejor que Simón.

Los dos tenían su parte de razón. Es verdad que, por muchos riesgos que implique, navegar en la *Amén* es un homenaje a la autenticidad que Pablo debería

apreciar. En estas tierras, ninguna barca permite una navegación tan pura como ésa, sin ayuda mecánica o electrónica de ninguna clase. Sólo un triángulo de vela, enorme, pesado, sostenido en lo alto del mástil por una pértiga y capaz de desplazar las toneladas de peso muerto que suman sus quince metros de eslora. Si la *Amén* fuera un vehículo de tierra, se parecería a esos tractores de pueblo que, cincuenta años después de salir de la fábrica, aún remontan sin ningún alarde cualquier cuesta que se les ponga por delante. A lo mejor resulta que el amor de Pablo por la vida supera su amor por la autenticidad, y no seré yo quien lo critique por ello. Al fin y al cabo, nadie que conozca el historial de esa embarcación puede navegar en ella sin sentir por lo menos un escalofrío. No siempre tuvo el mismo nombre. Hasta el año 1956 se llamaba *Carmen*. Aquel verano, como casi todos, llegaron los temporales de Santa Rosa a principios de septiembre y causaron los estragos de rigor. La *Carmen* estaba resguardada en la bahía, amparada en la protección del cabo de San Sebastián y asegurada con doble ancla. El viento tiró de ella a empujones y, viendo que no lograba arruinarla, se fue en busca de otras víctimas menos tozudas y delegó en el mar sus tareas de destrucción. Porque el mar es mucho más letal que el viento. Sólo el mar tiene la tenacidad aniquiladora del tiempo. Y con la *Carmen* celebró un festival de la fragilidad. No consiguió partir sus cuadernas, pero la venció por aburrimiento: llegó a entrar tanta agua en las sentinas, que se hundió simplemente por una cuestión de peso. Tuvo la fortuna de que el fondo no fuera rocoso, de modo que, mientras duró el temporal, el casco reposó ileso en un lecho de algas. El propietario, un tal Marcelino, que la había heredado de su padre y que obviamente ya no la dedicaba a las tareas anacrónicas de la pesca, sino a pasear a los primeros turistas que aparecieron por estas costas, entendió que le resultaría menos costoso reflotarla que comprar una nueva. Cuatro buzos le ataron balones inflados de aire y la izaron con un sistema de poleas. El reflote de la *Carmen* fue espectacular y convocó a todos los presentes en el pueblo. Mi padre estaba entre ellos y por eso conozco la historia, aunque tal vez él ni siquiera la recuerde ya, pues ha asistido a toda nuestra conversación sobre la barca como si habláramos del primo lejano de un desconocido. Tras horas de forcejeo, lograron que asomara la amura de babor, pues la barca subía de costado, vomitando mar por un lado a borbotones y aspirando aire por el otro. Al asomar la popa, vieron que el nombre había perdido la *e* inicial y la *r*: en vez de *Carmen*, se leía *a men*. Cambiarle el nombre a un barco trae mala suerte. Mala no; la peor. Según las viejas supersticiones de los pescadores, cuando le cambias el nombre a una barca, el mar reacciona tratándola como a una desconocida: es decir, la ataca o, peor todavía, se defiende de ella. Sin embargo, el tal Marcelino debió de pensar que en este caso el destino había hablado ya y en voz bien alta; que si el mar había hundido la *Carmen* para devolverle la *Amén*, maltrecha pero viva, no iba a ser él quien le llevara la contraria. Y el tiempo le dio la razón, pues veinte años después, al

morir Marcelino, la *Amén* seguía navegando en plena forma. Sus hijos trataron de dar continuidad a la tradición de la familia, pero abandonaron al poco tiempo. Mantener una embarcación antigua de vela latina es muy costoso y navegar con ella exige, además de pericia y conocimiento, una disciplina que resulta doblemente molesta a quien no obtiene de ella ningún beneficio. Por eso, no encontrando comprador dispuesto a pagar lo que pedían, decidieron guardarla en un garaje en espera de mejores tiempos para venderla.

—Yo también tengo noticias que daros —he intervenido, dispuesta a plantear un mal agüero, por si el historial de la barca no era suficiente—. El pronóstico del tiempo no es precisamente muy halagüeño.

—No jodas —Alberto.

—Lo que faltaba —Pablo.

—Leña al mono, que es de goma —Luis.

Papá no ha dicho nada.

—No os lo puedo asegurar, porque aquí no tengo más datos que la pura observación, pero se acerca una borrasca.

—Y eso qué importa. Si llueve, nos ponemos un chubasquero. —Bastaba ver la cara de Luis para entender que ni siquiera el anuncio de un ciclón iba a reducir su ilusión por esa aventura—. Os veo un poco acojonados, la verdad.

—Bueno, Luis, verás: si no me equivoco, no será sólo un poco de lluvia.

—¿Tan grave es? —Cuando Alberto se pone a medir riesgos, suele significar que ya ha tomado una decisión—. Podemos salir igualmente, ¿no?

—No creo que sea grave. Además, ni siquiera estoy segura. Está soplando levante desde ayer y se mantendrá por lo menos un par de días más. Vientos de fuerza cinco o seis y, efectivamente, algo de lluvia. Como antes hubo un par de días de garbí, la atmósfera está saturada de humedad. En algún momento es probable que haya temporales localizados. Nada grave. Quizá tengamos rachas de hasta veinticuatro nudos.

—¿Y eso en cristiano qué significa?

—En cristiano, más de cuarenta kilómetros por hora.

—Chupado.

—Qué sabrás tú, canijo. —Pablo se estaba empezando a poner nervioso con la insolencia de Luis—. A mí me parece una insensatez. Además, ya me contaréis qué hacemos con papá...

—Espera —lo ha interrumpido Alberto—. Es más complicado todavía. Tengo más noticias que daros. Mañana hemos de bajar a Barcelona.

—¿A Barcelona? Pero si aún no hemos tirado las cenizas...

—Un momento, Luis, no te adelantes que tú no vienes. —Alberto tiene una especie de talento natural para dar órdenes con la certeza de que nadie dudará en

cumplirlas—. Serena y Pablo tienen que venir conmigo, y alguien ha de quedarse con papá. Y hazme el favor de no discutir, que es importante.

—¿Se puede saber a qué vamos a Barcelona? —pregunto.

—Al notario. He vendido el estudio de mamá.

—¡Hostia! ¿Cuándo cobramos? —Aún no sabíamos la cantidad y Pablo ya se veía feliz, tocando el piano en plena tormenta, en la cubierta de un barco.

—Pero, Alberto... ¿Por qué tanta prisa...? —Se me atropellaban en la boca los problemas y no sabía por cuál empezar. Aún tengo que vaciarlo y eso me va a costar por lo menos un par de semanas y...

—Tranquila, Serena. Yo no tengo ninguna prisa, pero los compradores sí. Déjame que te lo explique. —Conozco muy bien a mi hermano. Sé que «déjame que te lo explique» significa «está todo atado y bien atado y no hay más vueltas que darle y ahora mismo te convenzo de que tengo razón». Además, suele tenerla—. He encontrado una pareja que lo quiere tal como está porque también lo van a usar como estudio. Se quedan los muebles y todo. Están dispuestos a pagar más de lo que vale. Me han ofrecido 190.000 euros, siempre que aceptemos por lo menos la mitad en negro. Es un chollo.

—Pero...

—Déjame terminar. Quieren firmar ya y saben que no lo podemos rechazar. Me han dado de tope hasta mañana. Si no, retiran la oferta. He tenido que aceptarlo. Bueno, por supuesto es una decisión que nos corresponde a los tres —ha añadido, como si eso fuera cierto—, o sea que si no os parece bien siempre puedo anularlo porque aún no han dado paga y señal y por lo tanto no hay compromiso. Pero no vamos a encontrar una oferta mejor. Además, he negociado que, a cambio de firmar mañana mismo, retrasemos la entrega de llaves tres semanas. O sea, que tendrías todo el tiempo del mundo para vaciarlo.

—Ay, no sé, Alberto. —Nunca he sido muy buena para improvisar decisiones—. Estábamos tan tranquilos y de repente apareces tú con todo a la vez. La barca, el estudio...

—Os propongo una cosa: planifiquémoslo todo como si lo fuéramos a hacer. Si vemos que es posible y estamos todos de acuerdo, lo hacemos. Y si no, pues lo que queráis. Hay distintas posibilidades...

Pronto nos hemos puesto de acuerdo. Es decir, hemos aceptado la propuesta de Alberto, que consistía en sacar la *Amén* esta misma tarde, navegar hasta las Formigues para probarla y, si quedábamos contentos, dejarla apalabrada para pasado mañana. No ha querido decirnos cuánto cuesta alquilarla. Mañana nos vamos al notario a primera hora, firmamos la venta del estudio y regresamos a tiempo para alistar los últimos preparativos. Pasado mañana, las cenizas. Todo en orden. Todo previsto.

Pablo es el que más se ha resistido. Le parece muy bien, cojonudo, pero no se sube ni loco a la *Amén* mientras no le conste que flota y además alguien se tiene que quedar con papá, así que mejor se queda él y si nos vamos a pique ni cenizas ni hostias, organiza un banquete caníbal que no deja ni los huesos. Yo sólo he dicho que me gustaría entrar en el estudio, aunque sea sólo un momento, antes de ir al notario. No sé, para despedirme de las cosas de mamá, supongo; Luis ha dicho que él no tenía ninguna condición, que el plan le parecía fantástico, que Pablo es un cagueta y que si vamos a ir a las Formigues podríamos aprovechar para que yo le cuente la historia de la batalla medieval de una puta vez. Alberto ha contestado que esa historia es tan corta y simple que él mismo se la sabe de memoria y se la cuenta en un minuto, dos cambios de viento, cuatro cañonazos y colorín colorado, y yo he saltado como si me pincharan. Serán los nervios, porque ya me dirás tú si me tiene que importar lo que piense mi hermano de la batalla de las Formigues. Nos enzarzábamos en la discusión, pero Pablo ha hecho gala de una sensatez desconocida en él y ha propuesto que nos pusiéramos manos a la obra porque había mucho trabajo por delante. Que dejáramos las batallitas para luego.

Por supuesto, Alberto había dado por descontado que aprobaríamos el plan, de modo que tenía ya encargado el remolque para bajar la *Amén* hasta la playa y contratada la ayuda de dos marroquíes para empujar con nosotros, playa abajo, rodando la barca sobre grandes cilindros de goma inflados. De pequeños, los llamábamos butifarras. Cuando el mar se embravecía, les pedíamos prestados esos cilindros a los pescadores y, montados sobre ellos a horcajadas, remontábamos la rompiente de las olas como si fuéramos jinetes.

Estábamos todos en la playa. Papá no ha dado muestras de reconocer la barca ni, por supuesto, ha arrimado el hombro a sus costados para empujarla, pero por la vivacidad de su mirada y la rapidez con que se ha puesto a dar órdenes de quién debía empujar y quién tirar, por el volumen con que salían de nuevo por su boca los babores y estribores, juraría que durante un rato se ha visto a sí mismo encaramado otra vez a un puente de mando. Después de mucho empujar, la proa ha dado su primera cabezada de agua en la orilla y de inmediato se ha puesto a hablar a gritos toda la madera del barco, como imagino que hacen los presos de larga condena cuando por fin consiguen ver el cielo abierto.

No había pensado que, en pleno mes de octubre, un martes cualquiera, pudiera haber tanta gente en este pueblo. Hemos sacado la *Amén* del garaje poco antes de las doce y nos ha costado casi tres horas tenerla lista para zarpar. Durante ese rato ha ido apareciendo gente y más gente, como si en vez de una barca paseáramos por las calles del pueblo el santo patrón y una campana anunciara nuestra presencia. Al final, gracias a la ayuda desinteresada de unos pocos y en contra de la opinión espontánea de muchos, hemos conseguido zarpar. Habría unas cuarenta personas en la playa y



nos han despedido con vítores y aplausos. Parecía que fuéramos a emprender una travesía transoceánica. Papá agitaba los brazos en el aire y desde la lejanía me ha parecido que lloraba. Pablo estaba pendiente de él, pero al volver estaba tan excitada que me he olvidado de preguntárselo.

Hemos sacado dos conclusiones. La primera es que la *Amén* flota. Caramba, que si flota. Parece tan sólido su casco que me atrevería a enfrentarme con él a cualquier temporal. Responde al timón con obediencia, aunque también con cierta lentitud, como si necesitara procesar las órdenes antes de cumplirlas. Nunca he navegado en un barco con tanta personalidad como éste. Otra cosa es la arboladura. Si alguien cometiera la locura romántica de construir hoy en día un barco así, se aseguraría de instalarle un mástil mucho más flexible, lo fijaría con obenques más gruesos y probablemente reduciría a la mitad el velamen. Demasiado trapo.

La segunda conclusión es que para manejarla no basta con tres personas. Una vez la tienes en alta mar y con la vela izada, sí; entonces parece incluso apta para navegar en solitario, siempre que no necesites hacer demasiados bordos. De hecho, hoy mismo, al regresar a la playa, Luis y yo íbamos enfrascados en el relato de la batalla de las Formigues y no se puede decir que hayamos colaborado demasiado, pero Alberto se las ha arreglado solo. El problema está en los preparativos. Izar la vela es un trabajo de titanes. Son más de veinte metros cuadrados de trapo viejo enrollados a una pértiga de roble que no sé cuántas decenas de kilos pesará. Y para izarla... Para izarla sólo hay una maroma gruesa y un sistema de doble polea. Ni siquiera colgándonos los tres de la maroma conseguíamos levantarla más que de palmo en palmo. Incluso hemos llegado a creer que no podríamos zarpar, que nos quedábamos a cinco metros de la orilla con la vela a medio mástil como si la *Amén* estuviera de luto. Me he acordado de Simón, cómo no. Bueno, de papá. De cuando decía que para izar una vela latina hacían falta cuatro hombres robustos y que por eso dejaron subir a Simón en uno de aquellos bueyes. Hoy nos hubiera venido bien su ayuda. Lo hemos conseguido, pero creo que mis riñones siguen ahí, deslomados en la cubierta. Hablo de la bendición de la sal en la cara porque prefiero no recordar el punzón que llevo todavía clavado en los antebrazos, las agujetas repartidas como hormigas por todo el cuerpo, la protesta rígida de mis antebrazos, que casi ni escribir me dejan.

No importa. Nada de eso importa. Volvería a montar mañana en la *Amén* aunque se quejara todos los músculos de mi cuerpo. De hecho, si por mí fuera seguiría todavía a bordo y muy gustosamente hubiera pasado la noche en ella. Lamento tener que bajar mañana a Barcelona, porque la *Amén*, anclada en el embarcadero del Port Bo, me va a estar llamando todo el día. Esta tarde soplaba un levante arisco, pero benévolo, de los que marean el mar y lo disgregan en olas de picadillo, molestas, pero apenas de medio metro. Al izar la vela, la *Amén* ha cogido viento durante unos segundos sin llegar a mover el casco, como si una cadena amarrada al fondo nos

frenara. Luego Alberto, que había ocupado casi sin darse cuenta el puesto de patrón y tenía ya la caña en sus manos, ha entendido que hacía falta amollar un poco de escota para salir de través y se ha puesto a dar órdenes que Luis y yo cumplíamos como autómatas. El casco ha anunciado la partida con un último gemido y a partir de entonces ha demostrado ser un socio más en este empeño de locos. Apenas el trapo de la vela, viejo y pesado, protestaba de vez en cuando con un flameo inoportuno. No quiero ponerme cursi. Sólo diré que después de dar dos bordos con éxito, Luis ha atado la escota a una cornamusa y los tres nos hemos puesto a dar botes y a gritar de pura emoción, como náufragos recién rescatados. Luego nos hemos dado un abrazo tan fuerte en la cubierta, tan intenso y largo, que todavía estaríamos allí si no lo llega a interrumpir Luis al grito de: «Venga, dejaos de mariconadas, que no estamos aquí para lloriquear, sino para navegar como piratas. Ya lloraréis el jueves, cuando tiremos a la abuela por la borda». Hubiéramos llegado a las Formigues en línea recta, pero Alberto ha querido probar la barca en todas las variantes posibles: recorre la ceñida con altivez, como si tuviera demasiado orgullo para escorarse, y en la empopada traga aire con los carrillos de la vela hinchados.

Hemos llegado por fin y Alberto ha decidido anclar a sotavento de los islotes, amparados del levante y sin arriar la vela porque no nos sentíamos con fuerzas para izarla de nuevo a la hora de regresar. No nos hemos atrevido a bañarnos. Está demasiado fría el agua, pero eso no hubiera sido impedimento si no fuera porque además nos preocupaba abandonar la cubierta de la *Amén*, como no se abandona a un niño de cuyas respuestas aún no se está seguro. Aunque el óxido se la ha ido comiendo con el tiempo, desde ese lado de las Formigues se alcanza a distinguir la placa que el ayuntamiento clavó en la roca en 1985: SÉPTIMO CENTENARIO DE LA BATALLA DE LAS FORMIGUES. Después de leerla en voz alta, Alberto le ha dicho a Luis:

—¿Ves? No hace falta que tu tía te cuente sus batallitas. Ahí está todo escrito.

—De eso nada. Ni siquiera la fecha es del todo cierta.

—Bueno, pues ya puedes empezar. —Luis quería obligarme a cumplir mi promesa—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—No creas, no tanto. Como máximo dentro de una hora se pondrá a llover.

—Sí, hombre. Menuda excusa. No se ve ni una nube.

—No es ninguna excusa. Si no ha llovido dentro de una hora, friegas los platos esta noche.

—Vale. Ya puedes empezar.

—No es tan fácil. Ni siquiera sé por dónde.

—Pues sí que estamos bien. Cuéntame por qué peleaban.

—Qué gracioso. Eso ni se sabe. O en todo caso se sabe al final de la historia, nunca al principio. Salvo que des por hecho que peleaban por el poder. En ese caso,

por pura estadística, lo más probable es que aciertes.

—Cuéntame al menos qué hacían aquí los franceses.

—A ver, situémonos. Estamos en el año 1282, ¿vale? La historia empieza en Sicilia.

—Joder, yo pensaba que la globalización era un invento moderno. —Alberto escuchaba como si la cosa no fuera con él, pero no ha podido evitar intervenir con su sorna habitual—. Tengo mucha curiosidad por saber qué extraña explicación une Sicilia con las Formigues.

—La globalización, querido, es tan vieja como la humanidad. O como la lucha por el poder, que de eso sabes tú un rato largo.

—Eh, no empecéis con la política, que yo lo que quiero es una historia —nos ha interrumpido Luis—. ¿Por qué Sicilia?

—Porque el papa, Martín IV; acaba de nombrar a Carlos de Valois rey de Sicilia y Aragón. Pero los señores feudales sicilianos se rebelaron y pidieron ayuda al rey de Cataluña y Aragón, Pedro el Grande.

—¿Por qué?

—Porque el rey francés les negaba una serie de prerrogativas que tenían como señores feudales. O sea, porque perdían poder. Buscaron un rey ajeno que pudiera defenderlos. A cambio, le concedían la soberanía de la tierra, pero ellos mantenían sus ventajas. Aunque te parezca increíble, hasta ahí llegan las raíces históricas de la Mafia. Pero si nos detenemos en eso no llegaremos nunca a la batalla. Pedro el Grande concedió su protección a los sicilianos y les envió una flota mandada por Roger de Lloria.

—¿Lloria? Yo creía que era Llúria.

—Claro, porque así se llama su calle en Barcelona. Por cierto, tiene tela que le den una de las calles más importantes de la ciudad a un salvaje...

—¿Tan bruto era?

—Espera, espera, ya verás. De momento sólo estamos en el nombre. En tiempos de Franco lo españolizaron, convirtiéndolo en Lauria. En cualquier caso, con el nombre que fuera, era el mismo tipo. Yo lo llamo Lloria porque así se referían a él las crónicas de la época. Cuando llegó a Sicilia...

—Un momento. ¿Qué coño se le había perdido al rey de Aragón y Cataluña en Sicilia? ¿Qué ganaba él con esa guerra?

—Buena pregunta. Supongo que obtenía poder y territorios, que no era poco en una época en que las fronteras del Mediterráneo aún estaban por dibujar. Pero podría haber una razón más simple e inmediata. Cuando Roger de Lloria ya había conquistado Sicilia y la había sometido al trono aragonés, el rey le envió una carta con un emisario urgente. En ella le explicaba que la escasez de grano en Cataluña era tan seria que no sólo peligraba el abastecimiento del pueblo, sino el de la propia casa

real. Como la cosecha de trigo siciliano era abundante, le pedía en la carta que se asegurara de que nadie opusiera resistencia a los comerciantes que iban en el mismo barco que el emisario. Su misión era hacer acopio urgente de grano y regresar de inmediato, protegidos por la flota si era necesario, para abastecer los silos del rey.

—Mucha obsesión con la verdad de la historia, pero ya le estás comiendo el coco al chaval —ha protestado Alberto—. Perdona que te diga, pero no sé si creérmelo. ¿Una carta privada del rey, enviada por barco hace casi ochocientos años? Ya me dirás tú si eso no es una leyenda.

—No corras tanto en defensa del poder, que vas a tropezar. La carta existe todavía y puedes consultarla cuando quieras. No tienes más que ir al Archivo de la Corona de Aragón, que está en Barcelona y conserva el documento original.

—Ya —escéptico todavía, medio resignado—. O sea que todo empezó por un poco de grano.

—Poco o mucho, no lo sé. Pero se armó un lío monumental. El papa excomulgó a Pedro el Grande. No sé qué se le perdía a él en esa guerra; ignoro si quería los territorios o si también necesitaba grano, pero el caso es que ordenó una auténtica cruzada contra el reino de Cataluña y Aragón.

—¿Una cruzada? Yo creía que las cruzadas eran contra los musulmanes.

—A los que no te atreves a llamar moros por miedo a que te acuse de ser incorrecto. No te preocupes, entonces los llamaban moros. Pero da lo mismo: las cruzadas son siempre contra el enemigo, sea quien fuere. Y a Pedro el Grande le tocó el papel de enemigo. Para que te hagas una idea, quien participara en la guerra contra él obtenía las mismas ventajas que quien colaborase en la Guerra Santa para recuperar el Santo Sepulcro.

—¿Bulas y esas cosas?

—Bulas. Perdón de los pecados. Salvación eterna. Como la cosa va para largo, te adelanto ya una anécdota del final, por si luego me olvido. Esta guerra terminó con la retirada de los franceses. Las crónicas de la época cuentan que algunos soldados que ni siquiera habían tenido tiempo de entrar en batalla, desde la frontera tiraban piedras al bosque para poder decir que habían atacado tierra enemiga y por lo tanto merecían la bula papal.

—¡A las armas! —gritaba Luis, dando botes como un crío sobre la cubierta, mientras Alberto y yo discutíamos.

—Exacto, a las armas. Ahora, demos un salto, que si no nos va a pillar aquí la noche. Entre bulas, cartas, trigos y batallas en Sicilia han ido pasando tres años, ¿de acuerdo?

—Si tú lo dices...

—Lo digo. 1285. Las tropas del rey de Francia, Felipe III, el Atrevido, cruzan los Pirineos y toman Girona, siguiendo las instrucciones del papa. Su siguiente objetivo

es Barcelona. Pedro el Grande consigue ofrecerle una resistencia relativa por tierra, pero como el grueso de su flota está en Sicilia, no es capaz de frenar el avance por mar. La flota francesa, que es la más poderosa del Mediterráneo en ese momento, toma el puerto de Roses y envía una avanzadilla numerosa a Sant Feliu.

—Coño —ha exclamado Luis—. Eso es aquí al lado.

—¿Una avanzadilla numerosa? —No hay nada como los números para despertar el interés de Alberto—. ¿De cuántos barcos estamos hablando?

—Es imposible saberlo a ciencia cierta. —Como conozco bien a Alberto, me he apresurado a añadir—: Antes de que me llames maniática, te explicaré una cosa. La falta de números concretos no se debe a la escasez de información, sino al contrario, a su abundancia. Hay cinco crónicas de la época. Bueno, seguro que hay más, pero yo he podido consultar cinco: dos sicilianas, escritas en un latín macarrónico; una francesa, o mejor dicho provenzal; y dos catalanas. Pues las cinco difieren en un montón de cosas, pero sobre todo en los datos numéricos. Nunca se ponen de acuerdo cuando se trata de aportar cantidades, ya sea de barcos o de muertos, lo cual es absolutamente sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—Hombre, precisamente eso es lo único que podían saber con certeza. Es imposible que una flota tan importante se movilizara sin generar una serie de registros oficiales en los que constara el número de barcos y la cantidad de gente que iba en ellos, probablemente con nombre y apellidos.

—Entonces, ¿por qué los cronistas no lo sabían?

—Claro que lo sabían. Por eso digo que es sospechoso. Lo que pasa es que las crónicas se escribían después de que ocurrieran los hechos. En algunos casos, inmediatamente después; en otros, diez o veinte años más tarde. Y no se escribían para contar ninguna verdad, sino para adular al poder y aleccionar a las masas.

—¿No te parece mucha casualidad que la culpa sea siempre del poder? Ya me empieza a mosquear un poco.

—Será por la parte que te toca. Mira, hay una prueba bien sencilla. Cada cronista exagera en su relato la cantidad de barcos del enemigo. Los perdedores, para hacer más comprensible y perdonable la derrota. Los ganadores, para que la victoria parezca más heroica.

—Total, que no sabemos cuántos barcos eran.

—Se puede calcular un promedio. Yo lo he hecho. Salen unos ciento cincuenta barcos franceses; setenta anclados en el puerto de Roses; una veintena en el de Sant Feliu y otros setenta ambulantes, que iban de un puerto a otro en un trasiego permanente de víveres y soldados, según las necesidades de la batalla. Y eso contando sólo las galeras. Además, habría otros tantos barcos menores.

—¿Y los españoles?

—Querrás decir los catalanoaragoneses, porque España como tal era todavía una entelequia. Aunque será mejor que no nos metamos en ese berenjenal.

—Veinte minutos —ha dicho de pronto Luis, pillándome por sorpresa.

—¿Qué?

—Que han pasado veinte minutos y sigue sin verse ni una nube.

—Tranquilo, ya llegarán. La flota de Pedro el Grande estaba en Sicilia, de modo que no tenía con qué defenderse. Durante la primavera de 1285, el rey envió varias misivas a Lloria advirtiéndole que lo acechaban los franceses y pidiéndole que estuviera listo para acudir en su auxilio. En una de ellas le pedía consejo sobre cómo defender el puerto de Barcelona en caso de que los franceses atacaran antes de su regreso. El rey Pedro sería todo lo grande y valeroso que queráis, pero el francés, Felipe, además de atrevido, era muy rico. Podía construir barcos nuevos con más facilidad. En cambio, parece que Pedro se estaba quedando sin recursos.

—Hombre, qué raro; una historia de ricos y pobres.

—Bueno, el dinero tiene algo que ver, pero no es lo más importante. En el mismo Archivo de la Corona de Aragón, junto con la carta que decíamos antes, hay otros dos documentos valiosísimos. Una nota del propio rey, en la que ensalza los méritos de dos mercaderes barceloneses, llamados Marquet y Mallol. Incluso concreta cuál había sido su aportación al reino en una especie de inventario: tantos tornasoles de plata, tantos carlines de oro, etcétera.

—¿Y eso qué tiene que ver con la flota del rey?

—¿A quién te crees que encargó el rey la defensa de Barcelona? Pues a Marquet y Mallol. Pero aquí es donde entra el segundo documento, que es todavía mejor. Para comandar la defensa de la ciudad, tenían que ser nombrados almirantes; para ser almirantes, tenían que ser nobles. Y no lo eran. Tal vez fueran muy ricos, pero no eran nobles, pobrecitos. Y con su nombramiento el rey podía granjearse la enemistad de toda la aristocracia. Así que en la carta en que les daba permiso para armar una pequeña flota defensiva e instalarla en la playa de Barcelona, el rey rehusó por todos los medios usar la palabra almirantes y se limitó a concederles «la potestad de ejercer el almirantazgo». Incluso algunas crónicas se refieren a ellos como vicealmirantes. Total, que con un pequeño truco semántico el rey consiguió contentar a todos. La historia no siempre es una suma de mentiras, pero suele estar llena de juegos de palabras.

—A mí, lo que me gustaría saber —ha intervenido Luis— es qué tiene que ver eso con las Formigues.

—Calma, que ya llegamos. Marquet y Mallol reunieron suficiente dinero para armar unas pocas galeras e instalarlas en Barcelona. Once, según la crónica de Montaner; doce, según la de Desclot. Obviamente, con tan pocos efectivos no hubieran resistido ni el primer ataque del enemigo. Sin embargo, no contentos con

eso, se empeñaron en que el rey les concediera permiso para desplazar sus galeras hacia el norte y atacar a los franceses.

Aún no asomaban las nubes por encima del cabo de San Sebastián, pero yo ya estaba detectando su presencia en la humedad del aire.

—¿No os sorprende? ¿Os digo que ni siquiera tenían suficientes efectivos para defenderse y no os sorprende que quisieran atacar?

—Pues ahora que lo dices, sí, claro.

—Si vas a buscar la explicación en las crónicas medievales te dirán que eran héroes, auténticos patriotas, tan valientes que no le temían a nada. Pero si lees entre líneas, sabrás que la piratería era una industria muy rentable en aquellos años. A pesar del poderío de los franceses, era difícil que no quedara de vez en cuando algún barco desprotegido. Y cuando eso ocurría se le echaban encima los corsarios para apresarlos. Si el barco era de avituallamiento, lo requisaban, se repartían la carga y luego lo vendían. Y si sólo llevaba soldados, los mataban a todos, menos a los nobles que fueran al mando.

—¡Qué bestias! ¿Y por qué?

—Hombre, por qué va a ser. Pues, aunque a tu padre le moleste, por dinero.

—Claro, no faltaba más. Siempre el maldito dinero. Digo yo que los matarían por ser enemigos, ¿no? Al fin y al cabo, estaban en guerra.

—La noción de que un prisionero es algo parecido a un ser humano es un invento moderno. Es de este siglo, fruto de las guerras mundiales. Y ni siquiera hoy en día se respeta del todo. Pero en aquella época, conservar prisioneros a los que debías vigilar y alimentar era sencillamente implantable. En cambio, se conservaba la vida de los nobles por la sencilla razón de que se podía pedir por ellos un cuantioso rescate. Uno solo de ellos valía más que todos los otros doscientos tripulantes de una nave. Por eso a los demás los mataban al momento.

—Asesinos.

—Cuando sepas lo que hizo el amigo Roger de Lloria al final de la batalla, los corsarios te parecerán angelitos.

—Pues si seguimos dando vueltas no lo sabré nunca. —Yo empeñada en dar una lección de historia y Luis quería una película de acción. Cada uno es hijo de su tiempo—. Entonces, ¿atacaron a los franceses, o no?

—Marquet y Mallol querían atacar para recuperar al menos parte del dinero que se habían gastado en armar su flotilla. Lo intentaron. Tres veces salieron de Barcelona con dos galeras, pero en vez de encontrar algún barco francés suelto en alta mar se toparon con el grueso de la flota y no se atrevieron ni a acercarse. Uno de los dos cronistas medievales, ya no recuerdo si Montaner o Desclot, explica que había tantos mástiles de barcos enemigos que la luz apenas pasaba entre ellos y el mar parecía un bosque oscuro.

—Bonita imagen.

—Todo lo bonita que quieras, pero a los barceloneses no les gustaba demasiado. Empezó a correr la voz de que los encargados de defender la ciudad eran unos cobardes o, peor aún, unos embaucadores que habían engañado al rey. Tanto se extendió el rumor que al final llegó a oídos de Marquet y Mallol. Éstos entendieron que no les quedaba más remedio que zarpar de nuevo y enfrentarse a los franceses a vida o muerte. El miedo, como el dinero, también es un motor de la historia. Marquet y Mallol temían al enemigo, pero aun les daba más miedo que la población de Barcelona se volviese contra ellos. Así que la noche del veintiocho de julio decidieron zarpar con sus once galeras hacia el norte y, al amanecer, se toparon con más de treinta galeras francesas.

—¿Dónde?

—Lo siento, pero es imposible saberlo con exactitud. En cualquier caso, sería cerca de Roses.

—Bueno, ¿y qué pasó? Los machacaron, ¿no?

Luis parecía ansioso por que empezara a correr la sangre.

—De eso nada. Ganaron los catalanes.

—¿Once contra treinta?

—Sí señor. Tenían un truco.

—¿Qué truco?

—Eran los mejores arqueros del Mediterráneo. Pero no porque Dios estuviera de su parte, como afirmaban los cronistas de aquí; ni porque fueran más numerosos, como sostenían los cronistas franceses. Simplemente, tenían mejor organizado el trabajo a bordo de las galeras.

—Claro, por algo eran catalanes —ha propuesto Alberto.

—Bromas aparte, habían inventado lo que llamaban *ballesters en taula*. Os recuerdo que, a la hora de entrar en batalla, las galeras se movían a remo. Y que no había cañones, ni nada parecido. Si no fuera por la cantidad de sangre derramada, me atrevería a decir que lo más parecido a un enfrentamiento entre galeras son los autos de choque de cualquier feria de pueblo. Para derrotar al adversario había que chocar con él, abordarlo y luchar cuerpo a cuerpo en cubierta. Las galeras llevaban la proa reforzada con planchas metálicas. Al chocar, causaban auténticos estragos en la estructura del barco enemigo.

—¿Y eso de los *ballesters en taula*?

—Cuando los barcos estaban ya cerca, pero no tanto como para iniciar el abordaje, se lanzaban flechas entre sí con la intención de diezmar al adversario y debilitarlo antes del encontronazo final. En las demás flotas, los propios remeros hacían de ballesteros. Es decir, remaban como locos para acercarse al barco contrario y, llegado el momento, soltaban los remos, cargaban las ballestas y disparaban. No



olvidéis que los remeros eran, por lo general, presidiarios o reclutas forzosos escogidos entre los parias de las ciudades. O sea, eran prescindibles, desechables.

—Ya estamos con la ideología. Las pobres víctimas en manos del poder, etcétera, etcétera, etcétera.

—Y más etcétera todavía. En cambio, los catalanes tenían las funciones bien repartidas. Los remeros, a remar; los ballesteros, bien sentaditos y tranquilos. No es que fueran marqueses, ni que recibieran un mejor trato por piedad. Si tenían ese privilegio era sólo porque, llegada la hora de disparar, estaban más frescos; y descansados. Y, sobre todo, no les temblaba el pulso y podían afinar mucho mejor la puntería. Por si eso fuera poco, detrás de las dos filas clásicas de remeros había otra, preparada para sustituir a los que iban cayendo. Los primeros se ponían aquí —he explicado por gestos, convirtiendo de repente la pobre *Amén* en una galera medieval— y los otros esperaban detrás, más o menos donde estás tú, Luis. En resumen, una organización perfecta. Cuando llegaba el momento del abordaje, las tripulaciones de los barcos enemigos estaban destrozadas por las flechas.

—Así cualquiera gana.

—Tampoco les quites su mérito. Recuerda que eran once contra treinta. Al empezar la batalla estaban absolutamente rodeados por el enemigo, así que les hizo falta mucha pericia.

—¿Qué pasó con los derrotados?

—Lo de siempre. Se quedaron con Guillem de Lodera, que era el capitán de la flota francesa de Roses y debía de valer una fortuna. Los demás, ya sabes.

—¿Cómo los mataban?

—¿A ti qué te parece? ¿Cuál era la forma más rápida y barata? Los dejaban malheridos y maniatados en la cubierta de los barcos que estuvieran en peor estado y los hundían.

—Vaya tortura.

—Era tan normal que los cronistas lo explican con transparencia absoluta, como si no hubiera de extrañar a nadie. Ahora, no. Ahora estaría mal visto. Eso no quiere decir que no se haga, sino que no se cuenta.

—Joder, Serena —ha protestado de nuevo Alberto—. Es que no dejas pasar una, ¿eh?

—A veces no sé en qué mundo vives. Piensa en la guerra del Golfo o en Chechenia. Pero tienes razón, no perdamos el tiempo con eso. Sería una discusión demasiado larga. Volvamos a la batalla. Una galera francesa consiguió huir. Mallol la persiguió unas cuantas millas, pero como llevaba a remolque las cuatro o cinco galeras que había requisado no pudo darle alcance.

—Oye, ¿y qué tiene esto que ver con las Formigues? —Luis, harto de ideología, impaciente—. ¿No dices que fue cerca de Roses?

—El otro día no te creías que esta historia fuera tan larga, pero ya te conté que en realidad no fue una batalla, sino tres. O dos y media. Esta primera sólo fue el prólogo. El barco huido consiguió llegar a tierra, dicen que en Tamariu, y dio a conocer la derrota. En pocas horas, hombres a caballo llevaron la noticia a Felipe el Atrevido. Éste, como os podéis imaginar, montó en cólera. No sólo por la derrota, sino también por la humillación añadida, si tenemos en cuenta la diferencia numérica. Entonces decidió...

—Entonces decidió que tenías razón con lo de la lluvia —me ha interrumpido Alberto, que también tiene desarrollado el olfato para la humedad—. Tendríamos que ir volviendo.

—Tranquilo. Cuando aparezcan las primeras nubes por encima del cabo de San Sebastián, levamos el ancla. ¿Dónde estábamos?

—Once galeras catalanoaragonesas derrotan a treinta galeras francesas, pero una logra huir y el rey de Francia se entera.

—Perfecto. Han pasado dos semanas. ¿Dónde dirías que están los vencedores?

—Coño, en Barcelona, bebiendo como cosacos y gastándose el botín en putas y banquetes.

—Parece lo lógico, ¿verdad? Lo mismo debieron de pensar los franceses y por eso no salieron de inmediato en su busca. Pero se equivocaban, igual que tú. Precisamente para evitar que la tripulación se dedicara a celebrar una victoria que, al fin y al cabo, sólo era parcial y anecdótica, Marquet y Mallol buscaron un puerto pequeño pero con capacidad suficiente para reparar su flota después de la batalla. Anclaron en Sant Pol de Mar.

—¿Sant Pol? Hombre, yo he navegado allí. Una vez fui a una regata y...

—Espera, Luis. No me interrumpas ahora y concéntrate, porque a partir de aquí pasan un montón de cosas a la vez y la historia se vuelve confusa.

—¿Aún más?

—¿No querías saber la verdad? Pues la verdad siempre es confusa.

—Desde luego, tía, cuando te pones sentenciosa... Bueno, dale, soy todo oídos.

—Según la crónica de Desclot, el prior del monasterio de Sant Pol avisó a los franceses.

—¡Cura traidor!

—¿Traidor? ¿Por qué? Se supone que la patria de un prior es la Iglesia, ¿no? Recuerda las bulas del papa. Roma había convertido a Pedro el Grande en el mismísimo Satán. Así que probablemente el prior consideró que dar aviso de la presencia de la flota en Sant Pol era su obligación. De paso se ganaba el cielo, que no era mal premio. Eso suponiendo que el tal prior existiera, porque ni siquiera está claro.

—Venga, al grano.

—Al grano, y nunca mejor dicho. Y a la sangre, que si no me equivoco es lo que andas buscando. Felipe el Atrevido se entera de que Marquet y Mallol están en Sant Pol. De inmediato, manda que se armen veinticinco galeras y zarpen en su busca para vengar la derrota. Está tan indignado que promete los castigos más severos si se produce otro descalabro. Al mismo tiempo, y sin tener todavía noticias de la expedición francesa, Pedro el Grande se reúne con Marquet, Mallol y Roger de Lloria, recién llegado de Sicilia con toda su flota, salvo cuatro galeras rezagadas que, por temor a ser atacadas, se habían refugiado en el puerto de Barcelona. El veintisiete de agosto, más o menos al mismo tiempo, se ponen todas las partes en movimiento sin tener cada uno de ellos la menor idea del paradero del otro. Los franceses se acercan a Sant Pol costeano desde Roses. La flota de Lloria sale de Sant Pol y se adentra en alta mar. Las cuatro galeras rezagadas, más una que se les ha unido en Barcelona, costean hacia el norte, creyendo que Lloria está todavía en Sant Pol.

—¡Mi reino por un teléfono móvil!

—Exacto. O por un GPS. Iban todos a ciegas. A media mañana, las cuatro barcas que pretendían unirse a la flota de Lloria atisbaron a lo lejos un bosque de mástiles. Al acercarse, se dieron cuenta de que eran franceses.

—Las veinticinco galeras de castigo.

—Las mismas. Cuatro, contra veinticinco. Imagínate el miedo. Por mucho *ballester en taula* que llevasen, por muy ordenados y eficaces que fueran, no podían ni soñar con la victoria.

—¿Y se rindieron?

—¿Estás loco? Rendirse era lo mismo que suicidarse, o peor todavía. Hicieron lo único que podían hacer: media vuelta y viento en popa a toda vela. En cualquier guerra, la inferioridad numérica te brinda una sola ventaja: puedes huir más rápido y eres menos visible. Los franceses salieron tras ellos pero, al ver que no les daban alcance, suspendieron la persecución y se fueron en busca de refuerzos. Los escapados, por su parte, lograron dar con Lloria en alta mar y sumarse a su flota. Ese encuentro frustrado vendría a ser la segunda batalla, que la contamos por media porque no llegaron a cruzar las armas.

—Joder, voy de chasco en chasco. Creía que esta vez iba en serio, que ya llegaba la sangre.

—Tranquilo. Ya faltaban pocas horas para que estas mismas aguas en las que estamos anclados se mezclaran con la sangre de unos cuantos miles de hombres. Porque en seguida llegamos a la tercera batalla y fue el enfrentamiento naval más sangriento de toda la Edad Media en el Mediterráneo occidental.

—Espabila, que eso ya me lo dijiste el otro día.

—Ya voy, pero no tan rápido. Aquí vuelven a discrepar los cronistas. Según Desclot, con tanto ir y venir, la noche del veintiocho de agosto acabaron topándose de

frente las dos flotas en algún lugar indeterminado, más o menos cerca de aquí, y se armó la de Dios es Cristo. Los historiadores dicen que su versión es más fiel a la realidad, pero Montaner era de aquí, o sea que hay que suponerle más rigor a la hora de concretar lugares. Y, según él, la batalla ocurrió exactamente aquí, justo donde estamos anclados.

—Entonces, la cosa está clara.

—No tanto. Montaner llega a afirmar que el mismísimo Roger de Lloria desembarcó en las Formigues y las usó como plataforma para planificar la batalla. Tú has buceado alguna vez por aquí y conoces el fondo. Acabas de ver cómo tu padre, a pesar de que esta barca no tiene quilla, ha tenido que anclar por lo menos a diez metros de las rocas, ¿no? Ya me dirás si te parece creíble que una flota de ochenta galeras, con sus quillas inmensas, se acercara tanto a este racimo de rocas en el que no había ni una superficie plana para desembarcar.

—Imposible.

—¿Lo ves? Además, siempre según Montaner, los ochenta barcos se emboscaron detrás de las Formigues para sorprender a los franceses. Mira por estribor. ¿Tú crees que aquí hay espacio para diez o quince barcas como ésta sin que se vean desde el otro lado? Pues imagínate ochenta galeras.

—Volvemos a lo mismo de siempre. ¿Por qué mentía Montaner, si dices que era de aquí y conocía esto?

—También por lo de siempre. Si contaba que se refugiaron en la bahía, no les atribuía más que el lógico sentido común. Si los pintaba emboscados detrás de las Formigues, los convertía en grandes estrategas. Y si a alguien le parecía imposible, siempre cabía invocar a la ayuda de un dios, que por supuesto estaba de parte de los vencedores y los volvía invisibles.

He mirado a Alberto para ver si respondía a la provocación, pero estaba demasiado preocupado con las nubes, que ya se nos acercaban a toda velocidad en brazos del levante. Los obenques que sostienen el mástil de la *Amén* anticipaban su llegada con un tembleque sonoro.

—Vámonos, si quieres. No te preocupes demasiado, de todas formas. En cuanto llegue la lluvia amainará un poco el viento. Por cierto, Luis, te toca fregar esta noche.

—Yo no friego, ni ceno, ni duermo ni nada, mientras no termines la historia.

—Pues ayúdame a cazar la vela y te sigo contando.

Con el ancla a bordo, ha bastado una presión mínima de Alberto sobre la caña del timón y un tirón de la escota para que la *Amén* cogiera viento y arrancara a navegar. Íbamos con el aire de través y no necesitábamos hacer ni un solo bordo para llegar a la playa, de modo que, más allá de la molestia de la lluvia, no había razón para preocuparse por nada.

—Bueno, Luis —he retomado la historia—. Si miras a estribor, verás que

prácticamente toda la bahía queda resguardada por el cabo de San Sebastián.

—Y sin mirar también lo sé.

—Perfecto. Pues ahí quedaron apostadas las naves de Lloria. Dicen que desembarcaron a un hombre en tierra para que, desde la punta del cabo, avisara de la llegada de los franceses para tomarlos por sorpresa. Pero no sé quién se llevó el susto más grande. Iban todos engañados. Los franceses buscaban las cuatro galeras que habían visto sueltas aquella mañana. O, como mucho, las once de Marquet y Mallol que los habían humillado un mes antes. Aún no sabían que el grueso de la flota de Lloria había vuelto de Sicilia. Al doblar el cabo, se encontraron con ochenta barcos bien armados.

—Qué miedo.

—Imagínate. Pero el engaño fue mutuo. Los catalanoaragoneses esperaban las veinticinco galeras francesas que habían avistado aquella misma mañana... ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Y resultó que aparecían más de cien. Caza un poco la escota, que llevas la vela demasiado abierta.

—Caramba.

—No, Luis. Caramba no es suficiente. Haz un esfuerzo, por favor. Imagínatelo. Imagínate que ahora mismo agachas la cabeza por debajo de la botavara y ves asomar la proa de una galera de guerra. Y luego otra. Y otra. Y detrás cinco, doce, veinte. Hasta cien. Con todo el trapo de sus velas desplegado. Con cientos de hombres armados hasta los dientes en cada una de ellas y empujados hasta el suicidio, si era necesario, por la certeza de que, en caso de derrota, les esperaba peor castigo en manos de su propio rey que en las del enemigo.

Con la mirada perdida en el vacío, Luis simulaba escalofríos de estremecimiento, y creo que no todo era broma.

—Me lo imagino —ha dicho al fin—. Terrible.

—Pues debió de ser peor todavía, porque era de noche. Es posible que fuera luminosa, incluso de luna llena, pero noche al fin y al cabo. ¿Te imaginas el terror de aquellos soldados? Ver que se te echan encima cien naves de aquella envergadura debe de ser atroz, pero oírlo, intuirlo sólo por el volumen de las sombras, por el chapoteo del agua desplazada... ¿Oyes el ruido que hace el viento en nuestra vela? La más pequeña que llevaba cualquiera de aquellos barcos medía cinco veces más que ésta. Multiplica, Luis, multiplica el ruido. No quiero ni pensarlo. La gran mayoría de aquellos hombres, en ambos bandos, estaban allí en contra de su voluntad, castigados por haber cometido delitos que, en muchos casos, ni siquiera eran de sangre. Casi ninguno sabría nadar. Y de repente, se encontraban en mitad del mar, temblando en brazos de un miedo tan terrible que estoy segura de que más de uno

sucumbía al pánico y se tiraba directamente al agua para evitar suplicios mayores.

—Sin embargo, acabas de contar que eran eficaces peleando. O sea, que mantenían la sangre fría.

—Hombre, a ti qué te parece. ¿Crees que luchaban por la gloria de su patria, o de un ideal? Peleaban por su vida y, sin embargo, se permitían el atrevimiento de arriesgarla porque incluso morir era menos trágico que caer en manos del enemigo y ser sometido a torturas inimaginables.

—Bueno, será por lo que sea, pero ganaron.

—Ganaron. Bueno, ganó Roger de Lloria, que para eso sale en las crónicas y tiene su callecita. La verdad es que era un hijo de puta pero debía de ser un buen estratega, eso no puedo negarlo. O sea, un mentiroso.

—¿Por qué?

—Porque, en aquellos tiempos, con fuerzas más o menos igualadas, ganaba el que mejor supiera engañar al adversario. Esconderse, fingir la retirada cuando se estaba a punto de atacar, aparentar debilidad en los momentos de mayor fuerza, disimular de algún modo los efectivos de que se disponía... Ésas eran las armas de la estrategia. Fíjate, si uno se olvida de los muertos, hay un momento al principio de la batalla que hasta podría parecer bonito. En un instante, Lloria mandó a todas sus naves que se agruparan y encendiesen tres fanales cada una: uno en la proa, otro en el centro y el tercero en la popa.

—¿Y eso para qué?

—Pues lo que te estoy diciendo: para mentir. O para responder a una mentira. Según una versión, los de Lloria se abalanzaron sobre los franceses al grito de «¡Aragón! ¡Aragón!». Y éstos, al verse sorprendidos, entremezcladas las naves en plena batalla, por tratar de refugiarse en la confusión gritaban también: «¡Aragón!». Se supone que entonces, el almirante mandó encender los tres fanales para que sus hombres reconocieran los barcos propios y evitaran atacarse entre sí. Pero yo no me creo esa versión.

—¿Por qué?

—Hombre, ya me dirás cómo transmites a grito pelado a cada uno de los ochenta barcos, en mitad de una batalla, la orden de encender tres fanales. Y cómo se cumple esa orden con la rapidez necesaria. Además, ¿por qué tres fanales? Si sólo se trataba de identificar las naves propias, con uno en cada cubierta sobraba. La otra versión parece mucho más lógica. Lloria mandó encender los tres fanales mucho antes para que, al doblar el cabo, los franceses creyeran que se enfrentaban a una flota de casi trescientos barcos.

—El muy astuto.

—El muy salvaje.

—Ahí quería llegar yo.

—Pues ya hemos llegado. Y ahora te voy a pedir otro esfuerzo de imaginación. Alguna vez habrás oído partirse una madera, ¿verdad?

—Claro.

—Pues ahora multiplícalo por cien, por mil. Recuerda que no había cañones, ni ningún arma que permitiera hundir un barco enemigo desde lejos. Había que chocar con él, hincarle la proa en el vientre, saltar a cubierta y luchar a mano armada, cuerpo a cuerpo. Imagínate una manada de elefantes peleando a cabezazos. Toneladas y toneladas de madera crujiendo en alta mar. Súmale el zumbido de la ballestería. Miles, decenas de miles de flechas, volando de nave a nave. Y, sobre todo, escucha el rugido de más de quince mil gargantas, quince mil hombres rompiéndose los pulmones para asustar al enemigo, pero sobre todo para sacudirse su propio miedo.

—Qué brutalidad.

—A partir de hoy, cuando oigas la expresión «el fragor de la batalla», ya sabes lo que significa. Supongo que todo ese ruido, además de alejar el miedo, tenía también otro efecto positivo. En un ambiente tan ensordecedor, con los sentidos emborrachados de adrenalina, era más difícil darse cuenta de que a tu lado, en un espacio tan pequeño como esta bahía, iban muriendo miles de hombres.

—¿Miles? ¿Cuántos miles?

—No sé. Desclot hablaba de seis mil. Pero es probable que inflara un poco las cifras para ensalzar la ferocidad de los vencedores. Por otra parte, también podría ser que fueran más, porque en ningún momento menciona las bajas propias, como si aquí sólo hubieran muerto franceses.

—O sea, muertos por todas partes, vamos.

—Lo mismo da seis mil, que el doble o la mitad. Sitúate en la época. No estamos hablando de una bomba teledirigida que destruye un edificio entrando por la chimenea, ni de patrañas de ese tipo, sino de hombres que mueren de uno en uno. A tu lado, tres compañeros caen de golpe, tumbados por las flechas; unos metros más allá, un hombre le destroza los pulmones a otro con la punta del sable y luego a otro, hasta que alguien se le abalanza por la espalda, cuchillo en mano, y lo degüella. Al verte atacado, tratas de dar un paso atrás, pero tus pies están trabados por algún objeto pesado. Con un poco de suerte, la gravedad del peligro que corres no te permite bajar la mirada y comprobar que estás pisando una alfombra de muertos y moribundos, un suelo de miembros cercenados de hombres malheridos que tal vez lleven ya demasiado rato clamando al cielo por una segunda puñalada que remedie el insufrible dolor causado por la primera. Muertos mal matados por todas partes, agonías extremas...

—¡Eh! ¡Basta ya!

—¿Qué? ¿No querías sangre? —Qué torpe soy. Estaba tan emocionada con mi batallita que no me he dado cuenta de que Luis llevaba ya un buen rato lívido como la

cera. Encima, no he sido capaz de entender por qué le afectaba tanto sin preguntárselo—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Desde cuándo te importan tanto los muertos?

—No, si los muertos me la traen floja. Lo que no soporto son los moribundos.

—¿Y eso? —Desde luego, no puedo decir que haya estado demasiado lista—. ¿A ti qué más te da?

—¿Qué más me da? ¿Qué más me da? ¿Será posible que no lo entiendas? —Me lo merecía, por lenta—. ¿Te lo tengo que explicar? —Se ha tumbado boca arriba sobre la cubierta y luego ha exclamado—. ¡Mírame! ¿Te recuerda algo?

—¡Hostia! —Lo he entendido de repente. Mira que estaba claro.

—Hostia, sí; hostia. Catorce meses en coma. Eso sí es la hostia.

—Perdona, Luis. Perdóname. —Me he agachado para estar junto a él, sin saber qué más decirle—. Lo siento.

—No, perdóname tú —ha dicho, mientras se levantaba—. No es para tanto. Me he puesto nervioso. Además, fui yo quien te pidió que lo contaras. Suerte que ya se han acabado los muertos y los moribundos. Ya sólo quedan los supervivientes, si es que hubo alguno.

—Sí que los hubo, pero no te creas que es la parte más agradable. Mejor descansa un poco y eso te lo cuento cuando llegemos a la playa, porque ahí es donde los supervivientes dejaron de serlo.

Yo pensaba que Alberto no estaba siguiendo la conversación, pero he visto que no perdía palabra.

—Ya que paras, pásame el micrófono, que he de pasar un anuncio —ha dicho. Seguía bailándole en los ojos la sonrisa, pero se adivinaba tras ella una cierta preocupación—. Señoras y señores, la *Amén*, habiendo concluido con éxito su singladura, está a punto de atracar. —Luego se ha quedado mirando a Luis y ha añadido—: ¿Estás bien, chaval?

—Sí, ya está.

—Pues prepárate, que ahora os necesito. Vamos a entrar por la playa del Port Bo. Luis, tú agarras la escota y cuando te diga la largas del todo. Serena, ponte a babor y coge el bichero. Voy a intentar abarloarme al embarcadero, pero si ves que me acerco demasiado rápido tienes que parar el golpe.

La maniobra ha sido perfecta. Digna de los aplausos que nos han brindado los pocos curiosos que todavía esperaban en la playa nuestro regreso. Inmediatamente después de amarrar la *Amén* al embarcadero, hemos arriado la vela. Las mismas razones que convierten la tarea de izarla en una gesta —es decir, su enorme extensión y su peso— hacen que arriarla sea casi cosa de niños y se cumpla en unos pocos segundos. Desprovista de trapo, la barca parecía muerta. Luis y yo hemos saltado a tierra y Alberto se ha quedado unos minutos más a bordo, asegurándose de que todo



quedara bien recogido. Mientras lo esperábamos, Luis ha insistido en que le contara lo que pasó con los supervivientes. Creo que ha sido más o menos entonces cuando han caído las primeras gotas de lluvia.

—No sé, Luis. Esto no es ninguna broma. Quizá será mejor que te lo acabe de contar otro día.

—No, mejor terminemos ya con los muertos. Una cosa es que me ponga nervioso y otra que no sea capaz de escucharlo.

—Bueno, te lo resumo. El cronista que más se ocupó de los detalles finales de la batalla fue Desclot. Según él, hubo unos seiscientos prisioneros franceses. En su crónica explica que Roger de Lloria mantuvo presos a cincuenta de ellos porque eran «buenos hombres y honrados». De eso ya hemos hablado. Significa que eran nobles y se podía pedir rescate por ellos... —Luis parecía ya recuperado y me escuchaba con atención, pero yo misma, a medida que anticipaba las palabras que iba a decir, sentía que eran demasiado duras. He parado un momento, buscando la manera más suave de explicarlo, pero no la había—. ¿Seguro que quieres que siga?

—Claro, sigue, sigue. Joder, no será para tanto, ¿no?

—Bueno, depende de cómo se mire. En fin, tú sabrás. Quedaban quinientos cincuenta hombres. Lloria mandó formar a trescientos de ellos en fila india sobre la arena.

—¿Dónde?

—Aquí, Luis. En esta misma playa que estás pisando. Cuando los tuvo formados, mandó que los ataran a todos con una misma soga, cuyo extremo estaba anudado a la popa de una galera.

—Me cago en la hostia. Ya me lo estoy imaginando.

—Pues te ahorro detalles. Lloria dio la orden y la galera zarpó con su estela de trescientos desgraciados. Parece que el almirante amaba el trabajo bien hecho. No permitió que la galera regresara hasta bien entrada la noche; o sea, al menos doce horas después. Obviamente, alguien desató la soga antes de volver a la playa.

—Bueno, nos quedan doscientos cincuenta sobrevivientes.

—Está bien, si los quieres llamar así. Pero no te creas que corrieron mejor suerte. El almirante dio para ellos una orden más truculenta que la anterior. Si quieres, te lo digo en provenzal, tal como está escrito en la crónica de Desclot.

—Vale.

—«Feu-los trer abdós los ulls e enfilá'ls en una corda».

—Sólo entiendo lo de la cuerda.

—Traducido literalmente sería «hizo que les quitaran los dos ojos y los enfiló en una cuerda».

—Joder, con el almirante.

—No creas, era un hombre piadoso. Al primer hombre, al que encabezaba la

cordada, le arrancó sólo un ojo para que pudiera guiar a los demás.

—¿Guiarlos? ¿Adónde?

—Hasta la frontera. A Francia. A ver al rey. Lloria quería asegurarse de que Felipe el Atrevido oyera en primera persona el relato de su derrota. Así que mandó escoltar aquella hilera esperpéntica de ciegos, guiados por un tuerto, hasta la frontera.

—Qué hijo de puta.

—De eso nada. Un héroe nacional. Con calle y todo. A los pocos días aparecieron unos emisarios del rey de Francia que venían a negociar con él. Al haber perdido la batalla naval, su avance por tierra quedaba truncado porque ya no podían contar con la flota de Roses para el transporte de tropas y provisiones. Francia no tardó demasiado en retirarse. Pero aquellos emisarios pretendían ganar tiempo y pidieron una tregua. Lloria se negó. Ellos lo amenazaron. Avisaron que su rey había reunido el dinero suficiente para armar más de trescientas galeras y que regresaría con ellas al año siguiente para vengar la afrenta. Lloria no se amilanó.

—Ese tío estaba loco.

—Qué va, un valiente. ¿Sabes lo que contestó? Les dijo que estaba convencido de que, desde aquel momento, ningún barco, ninguna embarcación, fuera cual fuese su tamaño, se atrevería a navegar por aquellas tierras si no pendía de sus mástiles la enseña de Aragón. Y remató con una frase que la historia ha hecho famosa: «Ni siquiera creo que ningún pez se atreva a alzarse sobre el mar si no lleva en la cola un escudo con el emblema del rey de Aragón».

Luis me escuchaba en silencio.

—¿Qué piensas?

—Que no me vuelvo a bañar en esta playa. Nunca más, en la puta vida.

De vuelta a casa, en el coche, parecía recuperado ya de la impresión. Le ha explicado a su padre el final de la historia, el destino de los prisioneros, pero lo ha hecho a su manera, como si contara una novela, poniendo el acento en lo anecdótico. Le he llamado la atención, pero Alberto ha salido en su defensa:

—Mira quién fue a hablar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú también lo haces, sólo que con más dramatismo. Siempre cuentas las cosas como si tu única intención fuera trasladar los hechos puros y desnudos, sin intervenir en ellos. Pero te traicionan las palabras, Serena. No pongo en duda nada de lo que has contado. No estoy diciendo que mientas. Pero todo lo que cuentas suena a leyenda. No sé si te has fijado en que, cuanto más antigua es la historia, más infladas se vuelven tus palabras.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, si tuvieras que explicar cómo discutíamos ayer Pablo y yo, dirías que nos pillamos un cabreo bestial, o que tuvimos una bronca, o qué sé yo. En

cambio, cuando se trata de un rey del siglo XIII, no dices que se cabreó, sino que montó en cólera. Te podría poner cientos de ejemplos: tus comerciantes no cargan de grano sus barcos, sino que hacen acopio de él; el rey no se enfrenta a la oposición de la nobleza, sino que se granjea su enemistad, los nobles no valen mucho dinero, sino un rescate cuantioso. ¿Cuantioso? Ni siquiera abundante. Cuantioso.

—Tal vez tengas razón —he concedido—. Supongo que es inevitable. No sé, cuando hablo de estas cosas me siento un poco como se debía de sentir papá al contar la historia de Li Po. Como si fuera una especie de médium de otros tiempos. Como si, por mucho que yo me empeñe en escoger las palabras, ellas tuvieran vida propia y me estuvieran usando a mí para reproducirse.

—Ya te entiendo. Y no es una crítica. Yo mismo disfruto más de tu historia si me la cuentas así. Es probable que lo hayas heredado de papá, aunque lo suyo era mucho más exagerado. El san Jorge de papá no le cortaba el cuello al dragón, sino que le asestaba un tajo letal, ¿te acuerdas?

Me he quedado pensando. Claro que me acuerdo, pero no hay comparación posible. Cuando San Jorge le asestaba al dragón un tajo letal con el perfil de su espada, porque ésas eran las palabras exactas, yo veía brotar la sangre sin necesidad de que papá la mencionara. No sé si a mis hermanos les pasaba lo mismo, pero en mi mente rebotaban sus palabras y se agigantaban hasta tal punto que yo conseguía ver el color púrpura derramado por el cuello del dragón, y escuchaba incluso la fuga rasposa del aire, burbujeando, mezclado con la sangre, y anticipaba el bramido final de la bestia antes de desplomarse y morir. Un bramido interminable, que me acompañaba luego en la imaginación, y en los sueños, y quedaba como suspendido en el aire de un bosque por el que paseaba también Li Po, recitando con su voz de flauta versos extraños a las sombras de los árboles, temeroso de un emperador que se parecía demasiado al padre de Simón y tal vez estremecido por el retumbar lejano de unos cañones imposibles. Aquellas palabras, con la ayuda de la voz incomparable de papá, eran como un conjuro, el ábrete sésamo que franqueaba las puertas de un territorio mítico en el que todo era posible y dramático.

No pretendo imitarlo. Mejor dicho, sí quisiera, pero no soy capaz. Una vez le oí opinar que si existiera un cuento perfecto constaría sólo de la palabra vida, cuya mención bastaría para que brotaran de la nada los planetas y los hombres y se hicieran tangibles todas las cosas que les suceden. Era su versión del Génesis: hágase la luz, hágase la vida. Un Creador de todas las cosas por medio de la palabra. Papá quería parecerse a él; yo sé que no es posible. Por eso, cuando nombro seis mil muertos y veo que Luis no tiembla, me empeño en recontarlos de uno en uno y hablo del ruido y menciono la sangre y las heridas y la brevedad de las esperanzas que se llevan consigo. Pero eso es más fácil cuando se habla del pasado. O cuando se habla de algo que en realidad nunca existió, que es la forma más remota del pasado.

También sirve para eso el futuro. Empiezas a decir: «Vendrá un tiempo...», y no cuesta nada terminar la frase con las palabras más grandilocuentes. Salen solas. En cambio, el presente inmediato casi siempre está lleno de palabras minúsculas. El mío, por lo menos. Voy, vengo. Pienso, digo, he dicho. Duermo, hago. No hay más que pasar hacia atrás las páginas de este mismo cuaderno. «Hoy hemos ido al mercado»; «mientras desayunábamos»; «vamos de paseo...». Qué poco heroico es el presente. Qué pequeña es la verdad. Salvo que te la inventes, como ha hecho papá toda la vida. O salvo que te inventes que no existe, como hace ahora.

## CON LUIS

Ni se te ocurra, le digo. Ni se te ocurra volver a decir una cosa así. No lo puedo evitar, Serena, yo siempre digo la verdad. De eso nada. Vamos a terminar de una vez con ese cuento: tú dices siempre lo que piensas. No es lo mismo que decir la verdad. Por lo menos, no necesariamente. Bueno, llámalo como quieras, pero no te enfades por eso. He dicho lo que pienso.

Lo que piensa es que todos deseábamos que se muriera. Todos, menos su padre. He ido a ver cómo estaba porque ayer me quedé preocupada por su reacción en la *Amén*, cuando hablábamos de los moribundos. Le he preguntado si tan profunda era la marca que le había quedado de los catorce meses en coma. Era una muestra de cariño. Ha contestado con un mordisco: a ti qué te importa. Cómo puedes decir eso, Luis. Pues lo digo así: a ti qué te importa. Tú querías que me desenchufaran. Todos queríais que me desenchufaran. No digas eso Luis. Ni se te ocurra decirlo. Sólo digo lo que pienso; ya sabes, es una enfermedad. No, Luis, te equivocas. Te equivocas aunque tengas razón. Tu problema no es decir lo que piensas. Tu problema es que has perdido la capacidad de pensar. Pensar no es saber cosas, sino aprender a compararlas, le explico. Mejor dicho, le intento explicar. No es escoger entre dos cosas, sino descubrir todos los matices que las separan. Por eso el desarrollo de la inteligencia va acompañado del aumento de vocabulario. Conocer más palabras no significa que seamos más cultos, sino más capaces de comparar sus significados. Bueno, no te enrolles, me corta. No me enrolla, Luis. Tú dices que queríamos desenchufarte. Podrías decir que deseábamos evitarte sufrimientos. Podrías decir que estábamos obligados a escoger. Podrías decir que a lo mejor tú hubieras pensado lo mismo en nuestro lugar. Vale, vale, no te defiendas. Yo sólo digo que queríais desenchufarme. Atrévete a negar que es la verdad.

## MIÉRCOLES

Qué extraño escribir aquí. En Barcelona, sentada en esta cafetería en cuyo nombre ni siquiera he reparado al entrar. Y sobre todo escribir a estas horas, a plena luz del día. Voy con mis cuadernos a todas partes y, aunque hasta hoy nunca encontré el momento ni las ganas de releer todo lo que llevo escrito en poco más de una semana, me asombra la cantidad de páginas que he rellenado. Son tantas que antes de salir de vuelta hacia Malespina haré bien en comprar un cuaderno nuevo, porque éste, al paso que voy, me lo termino en un santiamén. Y van tres. Qué extraño. Empecé convencida de que sería breve. Ni siquiera tenía demasiado claro qué quería escribir. No sé, tomar notas, aclararme un poco. Pensándolo bien, supongo que estaba un poco asustada y tiene su lógica. Me he pasado media vida preguntando y la otra media tratando de rebatir las respuestas que me daban, como en esos interrogatorios cruzados de las películas de abogados. Sentados en el banquillo, mi padre y mi madre, y con ellos todo el pasado de la familia. A veces cumpliendo el mero papel de testigos, pero también como acusados en más de una ocasión. Desde hace cinco años, el estado mental de papá lo incapacita para participar en este juicio. Me costó un poco aceptar ese cambio, porque me quedaban aún muchas preguntas por hacerle. Sin embargo, entendí que por desgracia no se trataba de una pérdida grave; al fin y al cabo, papá era uno de esos testigos que hablan de oídas y difícilmente podía merecer la confianza de ningún tribunal. Quedaba mamá: el testigo oculto, o el cómplice silencioso, según se quiera ver. La única persona que había conseguido rehuir con éxito todos mis interrogatorios. De repente, su muerte dejó vacía la sala del juzgado. Mejor dicho, me dejó a mí sola dentro, obligada a representar a la vez todos los papeles, juez incluido, si no quería que el juicio quedara sobreesido por el tiempo. Supongo que el hecho de estar embarazada también ayudó un poco.

Casi me atrevo a decir que el esfuerzo ha merecido la pena. No puedo atribuirme ningún hallazgo colosal, ninguna prueba definitiva que baste por sí sola para iluminar todas las incógnitas y dar por concluido el juicio, pero sí me siento orgullosa de algunos pequeños avances. Quizás orgullosa no sea la palabra exacta, pero al menos puedo declararme parcialmente satisfecha. Tengo alguna certeza nueva. Simón, por ejemplo, el héroe destronado. Tantos días de pensar en él me han servido para caer en la cuenta del principal error de su leyenda, e incluso me siento capaz de explicarlo: papá centraba todo el peso de su relato en la escena equivocada. Un error comprensible, porque no todo el mundo sobrevive a un naufragio después de pasar tres días a la deriva sobre una tabla en alta mar. Además, no censuro a mi padre. Es probable que escoger el único momento en que Simón pudo comportarse como un héroe y convertirlo en el centro de su vida fuera un acto bondadoso, inteligente, incluso necesario. Sólo digo que era un error. El momento más importante de la vida

de Simón es su muerte. Porque explica su ausencia, claro; pero también porque lo define mejor que ningún otro. La muerte de Simón, aplastado en el coche que él mismo había robado un par de meses antes, describe a un tipo cobarde, víctima no sólo de las circunstancias, sino también de sus propias mentiras. Parece increíble que no se me haya ocurrido antes, que tantos años de indagaciones no me revelaran esa contradicción. Ni siquiera puedo jactarme de haber topado con ella por un arrebatado de lucidez o de inteligencia; este hallazgo me lo ha brindado la casualidad. El otro día, al escribir la historia de Li Po, me saltó a los ojos el exceso de coincidencias: si le quitas al destierro del poeta chino toda la ambientación exótica, las flautillas de jade y los juncos, los palacios y las sedas, te queda una historia demasiado parecida a la huida y muerte de Simón. Esa fue la pista verdadera. No sé qué pensarán mis hermanos cuando les cuente que, en el fondo, el abuelo no fue más que un pobre desgraciado, para más inri un ladronzuelo de cuarta y un cobarde. Bueno, sí sé lo que pensarán: no les va a gustar nada. Ellos prefieren no saber demasiado, pero si han de aceptar a gusto alguna novedad no será precisamente ésta. Aún no se lo he contado porque me da pena romper esta paz nueva que tenemos desde ayer, desde que salimos con la *Amén* y comprobamos que por fin podremos ir a la bañera de la rusa y liberar las cenizas de mamá de esa urna espantosa. Pero no se van a librar. Mañana mismo, durante la cena, los pongo al día con la historia.

He hecho otros progresos, tal vez menos tangibles, más difíciles de explicar, pero igual de importantes para mí. Por ejemplo, creo que conozco mucho mejor a mi padre. También sé más cosas de mí. He vivido obsesionada con este hombre toda la vida y sólo ahora empiezo a entender las razones. Toda esa ansiedad mía, toda la fijación con sus cuentos, con saber si era verdad o mentira lo que explicaba... Siempre lo entendí como un acto de justicia, como si la familia me hubiera entregado una antorcha y me hubiera encerrado en el sótano del pasado con la misión de permanecer allí hasta que pudiera rescatar de la oscuridad no sé qué tesoros escondidos. Nunca se me ocurrió pensar que en aquel sótano había un espejo, que la luz de la antorcha me iluminaba más a mí que a las cosas escondidas. ¿Por qué aquella obsesión, esa ceguera? Ahora sí lo sé: necesitaba ser merecedora de las leyendas de mi padre, figurar en ellas de algún modo, incluso protagonizarlas. Tal vez él tuviera algo de culpa en eso, porque siempre me transmitió la sensación de que sólo lo legendario era digno de su atención. Caray, si llegaba a despreciar su propia vida, a arrinconarla periódica y sistemáticamente en el olvido, ¿cómo iba yo a merecer que le concediera la menor importancia a la mía? ¿Cómo podía convertirme en una leyenda? Qué iba a hacer, ¿naufragar y salvarme? ¿Dejarle una carta clavada en un tronco con no sé qué poemas? ¿Hundir barcos franceses? No podía construir con mi vida una leyenda que estuviera a la altura de las suyas; por eso me dediqué a destruirlas. En la guerra, no hay mejor manera de salvar tu ejército que destruir el

contrario.

Hay un tercer descubrimiento cuya importancia no me atrevo a valorar todavía, pero que también me reconforta. Me gusta escribir. Incluso la mera actividad física, la rutina de sentarme cada noche en la terraza de Malespina cuando los demás se han acostado ya y el faro de San Sebastián mantiene el pulso de la noche como un corazón que latiera siempre cada 3,47 segundos, sin permitir que el sueño o los sobresaltos alterasen el ritmo en ningún momento. Me gusta. La otra noche, justo cuando acababa de pasar página, cayó con un pequeño chasquido sobre el cuaderno algo verde. Brillante. Pensé que era una hoja de menta. Cuando la iba a apartar, dio un bote y desapareció en la oscuridad. Ni siquiera tuve tiempo de saber qué era. Un saltamontes, supongo, o algún bicho parecido. Como si hubiera venido a decirme algo. No escribí en esa página. A veces me quedo atascada a media frase. Entonces cierro los ojos y juego a predecir la siguiente barrida del faro. No suele durar demasiado. Será que la luz me trae palabras.

Pero no es sólo eso. Es algo más, como si el trazo de mi caligrafía representara de algún modo el ovillo que tanto me preocupaba desenmarañar al principio. Tal vez no lo haya logrado del todo, tal vez sigan ocultos sus extremos en medio de la maraña, escondidos entre nudos que nunca conseguiré soltar, pero le he dado otra forma. Ahora el ovillo es mío, tiene la forma exacta de mis letras. He sido capaz de hacer mías las palabras prestadas, por muy altisonantes que fueran, incluso si son falsas, y eso me satisface. Siento que ya nunca dejaré de escribir y, aunque casi me da un poco de vergüenza confesarlo, no descarto la posibilidad de atreverme incluso en el futuro con una novela: siento que cualquier cosa que me invente será tan mía como este diario. Si no, que se lo pregunten a mi padre.

Por eso ahora escribo a todas horas y en cualquier sitio; incluso aquí, en este café a plena luz del día. Está bien. Tal vez esta noche esté tan cansada que no me haga falta ni salir a la terraza. Tal vez pueda acostarme pronto y dormir por fin una noche entera, larga y sin pesadillas, porque estaré agotada. Y ya no me refiero al cansancio de los primeros días, a aquella sensación de que los sucesos se encadenaban sin que yo pudiera hacer más que interpretarlos. No, me refiero al bendito agotamiento físico. Ayer, con el cuento interminable de la batalla, me acosté demasiado tarde. Hoy nos hemos levantado a las siete y llevamos todo el día corriendo de un lado a otro como ardillas, como si nos persiguieran, como si estuviéramos jugando al gato y al ratón con alguien. Es lo que suele pasar cuando Alberto toma el mando y la agenda. Hacer cosas. Muchas cosas, una detrás de otra. Y hacerlas rápido. Eso es lo que le gusta a Alberto. Conduce como un loco. Esta mañana, ni siquiera nos ha dejado tomar un café en Malespina antes de salir y yo, como duermo tan mal, no soy nadie hasta que me termino una cafetera entera. He pensado que aprovecharía el viaje para echar una cabezada, pero en las dos primeras curvas Alberto se ha encargado de quitarme las



legañas de la cara a golpe de acelerador. He pasado miedo en la autopista.

—Si corres siempre así —le he dicho al final, al ver que nos íbamos a plantar en Barcelona en menos de una hora—, terminarás como Simón. Un día de éstos te vas a pegar una hostia que tendrán que sacarte del coche con aspirador.

—Simón no sabía conducir, chavala —me ha contestado—. Además, no se mató precisamente aquí.

—Qué más da, aquí o donde sea.

—Hombre, pensando que entonces esto era un camino de cabras, que iban borrachos y llevaban un coche de la época...

—La diferencia no es ésa, Alberto. La diferencia es que él iba huyendo y tú no. A ti no te persigue nadie.

—¿Huyendo de qué? Pero qué dices. Además, ¿a ti qué más te da?

—Me mareo. Me molesta.

—Lo que pasa es que estás nerviosa por lo del notario. No hay quien te entienda. Ni que fueras rica, oye. Ni que te sobrara la pasta. En vez de alegrarte, te cabreas. Total, sólo es un trámite y encima te beneficia.

—No es el trámite lo que me jode, sino las prisas.

Puede parecer contradictorio. Tantos días lamentando que no pasara nada y ahora me cuesta aceptar que todo vaya tan rápido. Esto se acaba. Tal vez sea eso lo que me molesta, y sin embargo sé que no debo quejarme: todo es cuestión de trámites, como dice Alberto, trámites que se van cumpliendo por mucho que una se resista. Hoy nos hemos encargado en Barcelona de los de la vida. Mañana, a bordo de la *Amén*, nos espera el último de la muerte, el que nos reunió en Malespina. Después ya no tendrá sentido prolongar nuestra presencia allí. Es decir, seguirán los trámites, pero en otro lado y cada uno los suyos.

A mí me tocará vaciar el estudio de mamá. No me apetece nada. No me estoy quejando. Acepto la tarea porque si mis hermanos se encargaran de ella el resultado sería calamitoso. Ninguno de los dos es capaz de entender ni la mitad de las cosas que hay allí dentro. Pablo no terminaría nunca. Dedicaría horas enteras a los documentos más intrascendentes y, en cambio, pasaría por alto los fundamentales. Alberto, en cambio, lo liquidaría demasiado rápido y sin criterio. O, mejor dicho, con algún criterio equivocado. Práctico, eso sí. Me lo imagino haciendo montones en el suelo como si tuviera que vender a peso todo el material: esto para ti, esto para mí, esos paquetes de allá los metemos tal como están en el desván de Malespina y el resto se puede tirar y después llamarnos a alguien que venga y lo deje todo bien limpio y sanseacabó. Plis, plas. Estoy segura de que lo liquidaría en una mañana. A mí me va a costar más, mucho más. Hoy mismo se me ha volado el rato, y eso que ni siquiera he empezado a revisar papeles en serio. Apenas he abierto unos pocos cajones del primer archivo. Hay cosas interesantes, claro. He visto tres o cuatro libretas gruesas

de papel cuadriculado, unidas por una goma elástica y marcadas con una etiqueta con la palabra VIAJES. He llegado incluso a retirar la goma y abrir la primera libreta, pero no he leído nada. Se me cae el alma a los pies, la verdad. No sé cuántos miles de papeles habrá allí dentro. Claro que no lo voy a leer todo, eso sería una locura. Basta con ordenarlos, apartar los que no valga la pena conservar, adjudicar a cada uno de nosotros los que puedan tener algún valor personal y encontrar la manera de reubicar todo lo demás en algún sitio. Supongo que en Malespina. Es decir, lo que haría Alberto, pero más lento y con criterio. No puede ser de otro modo porque yo conozco el significado de las cosas y sé que me van a hablar. No espero ninguna revelación deslumbrante. Mamá nunca tuvo secretos, ni era amiga de melodramas.

No, más o menos ya sé lo que me espera y no cuento con ningún sobresalto importante. Sólo me inquieta la cantidad. Ya lo he dicho: no me apetece, me da pereza. Me siento como si hubiera de escalar el Everest sin saber siquiera en qué dirección dar el primer paso. Tal vez sea eso: no sé por dónde empezar. Impresionan un poco esas cajoneras de caoba enormes, tan oscuras, con su orden preestablecido y codificado con rótulos y etiquetas. Aquí los viajes, allá la correspondencia oficial de la universidad, en este cajón las fotos, en aquél todos los artículos publicados, los borradores en el siguiente, en otro un fichero con referencias bibliográficas alfabetizadas... Incluso he visto una carpeta azul con el nombre de papá en la cubierta, supongo que llena de papeles relacionados con su pensión de invalidez. No sé qué es lo que me incomoda tanto. Demasiado orden, quizás. Y no es que me disguste el orden por sí mismo. Al contrario, creo haber heredado de mi madre un carácter metódico. El orden es necesario para la vida. Tal vez sea ése el problema. Este orden muerto. Este orden sin continuidad posible.

Se lo he contado a mis hermanos al salir del estudio, camino de la notaría. Alberto ha contestado que si me hace falta ayuda no deje de pedirla se ha quedado tan tranquilo, como siempre que consigue convertir cualquier dilema en una mera cuestión práctica y, por lo tanto, susceptible de ser solucionada. ¿Ayuda? ¿Qué clase de ayuda? A lo mejor se cree que esto se arregla pagando a una brigada de bibliotecarias para que vayan al estudio y lo pongan patas arriba. En cambio, Pablo me ha soltado un rollo de los suyos, que vendría a resumirse en la idea de que mi problema es no haber asumido todavía la muerte de mamá. Dice que aún necesito tiempo, que mi mente apenas ha comenzado a procesar lo que significa su ausencia y por eso rechaza cualquier señal que lo confirme. Sólo le ha faltado decir que esto no me pasaría si me hubiera atrevido a ver el cadáver de mamá. Se ha puesto a hablar de paz, de la relación entre la paz y la verdad, con esas mismas palabras, como si le hubiera dado un empacho de autoayuda. Hombre, no me jodas. Filosofía barata y psicología de bolsillo. No, gracias; no me interesa. Es un poquito más complejo que eso. La muerte de mamá la tengo bien asumida, si es que significa algo ese verbo que

parece estar tan de moda. El problema es otro.

Hoy mismo, sentada en su escritorio, medio a oscuras, he reparado en algo que me llama la atención. Bueno, lo que de verdad me llama la atención es no haberme dado cuenta antes, porque no es la primera vez que entro en el estudio. Las paredes. Las paredes, casi desnudas. Vale que mamá era muy discreta y las exuberancias no iban con ella. En materia de decoración siempre fue partidaria de eso que ahora llaman minimalismo, y no sólo en su estudio. También en casa, e incluso en Malespina, aunque ahí, como era más territorio de papá, tuvo que aceptar unos cuantos objetos llamativos que a ella le parecían meros trastos. El timón del *Astor III* en la pared, la cortina de paso a la terraza, hecha con una vieja red de pesca... Siempre se burló de esas cosas. Pero esta desnudez es triste y además incoherente. En el recibidor hay un cuadro de papá, una marina con las Formigues en primer plano y la línea de la costa de Malespina apenas intuida al fondo. No es especialmente hermoso, pero sí excepcional porque papá sólo pintaba retratos. Sobre el escritorio hay dos fotos. En una aparecen papá y mamá bailando descalzos en la playa de Malespina. Es antigua. Creo que yo aún no había nacido. Están guapísimos los dos. Supongo que, cuando muera también papá, éste será el retrato oficial de la pareja. En la otra foto estamos todos en la terraza. Por lo mucho que abulta mi bañador se diría que aún llevo pañales debajo. Salimos todos en primer plano, de medio cuerpo, y detrás está la abuela Amparo sentada en su mecedora con las agujas de tejer en el regazo. Es la única que no mira a la cámara, sino a nosotros, con una sonrisa medio enigmática, aquella sonrisa típica suya que te obligaba a preguntarte en qué estaría pensando. Un poco más allá, junto a la puerta del baño, hay una reproducción de un grabado antiguo. Se ve un grupo de mujeres que se llevan los brazos a la boca, como si estuvieran mordiéndose los codos. No hay más texto que la inscripción WARBURG, 1557. Supongo que tiene algo que ver con los caníbales porque el gesto de las mujeres es elocuente; parece que se devoren a sí mismas. Supongo que, gracias a la inscripción, podría investigar de dónde salió este grabado, pero tampoco me interesa demasiado.

No hay nada más a la vista. Todo lo demás está archivado. Ah, sí, un mapamundi sobre su escritorio. Tal vez sea el mapa lo que me ha hecho pensar todo esto. Si entrara un desconocido en el estudio, ningún otro elemento visible le hablaría de la vida pública de mamá. Joder, ni una triste máscara africana, un tapiz, cualquier colgajo extraño, o el clásico sari de la india, una tela de colores cálidos para cubrir algún mueble viejo, algo, cualquier cosa. Nada. Cierto que mamá no solía frivolar con esas cosas, pero tampoco es que ignorase su existencia. Recuerdo que siempre regresaba de sus viajes con maletas llenas precisamente de esa clase de objetos. Organizaba cenas en las que contaba algunas anécdotas del último viaje y repartía entre los amigos y parientes un montón de artículos exóticos. Ella decía que lo hacía

sólo para ahorrar tiempo, que le resultaba más cómodo reunir a todo el mundo y contar y repartir todo de una sola vez, pero para nosotros, sobre todo cuando éramos pequeños, aquellas cenas eran auténticas fiestas. Como si los reyes magos hubieran venido verdaderamente de Oriente. O de África, o América, o incluso de Australia en alguna ocasión. ¿Qué se hizo de todo aquello? ¿Todo lo regaló? ¿No se quedó nada para ella? ¿No hubo ni un solo objeto que por su exotismo, por su belleza, o siquiera por su valor documental, mereciera ser exhibido en una pared? O al menos abandonado con descuido sobre una cajonera, yo qué sé.

No lo entiendo. En realidad, lo que me molesta no es no entenderlo sino, al contrario, saber que al final lo entenderé. Cuando haya abierto todos los cajones. Porque lo sé. Del mismo modo que digo que no espero ninguna sorpresa importante en esos archivos, también sé que cuando los haya abierto todos, cuando el repaso global y sistemático del orden de toda una vida me permita establecer los vínculos invisibles entre todos los documentos que lo forman, empezaré a entender. Todo archivo reproduce el orden mental de quien lo mantiene. Ésa es la única novedad que me espera: el esquema lógico que la vida traza con cada uno de nosotros, incluso más allá de nuestra voluntad; el momento en que el azar deja de serlo para convertirse en razón. No descubriré nada, ya lo he dicho, pero voy a entender muchas cosas. Eso es lo que me molesta: que ninguno de los objetos que representan de verdad a mi madre esté a la vista. Reconozco que es coherente. Se pasó la vida escondida tras el cristal opaco de su silencio, de sus viajes, de su respeto a la sacrosanta intimidad y al derecho de cada uno de tomar sus propias decisiones; no sé por qué habría de esperar que ahora, muerta, diera alguna muestra de transparencia. Si quiero ver algo, me va a tocar buscarlo. Y no sé si quiero. Por lo menos, no sé si quiero todavía. Si a Pablo le apetece simplificarlo diciendo que necesito asumir no sé qué tontadas, me parece fantástico. Y si Alberto cree que eso se arregla pidiendo ayuda, también. Pero yo sé bien lo que me espera y, aunque admito sentir el punzón de la curiosidad, no tengo ninguna prisa por cumplir ese trámite.

Trámites. El notario. Diagonal, 571, sobreático. Ya estuvimos allí hace unas semanas, cuando tocó abrir el testamento de mamá. Un tipo simpático, medio amigo de Alberto, aunque nunca he sabido en qué consiste esa categoría de medio amigo. Los compradores son una pareja joven. Sonreían mucho, parecían contentos. Casi no hemos hablado. Lo miraban todo con los ojos de par en par. Han dicho que nunca habían estado antes en una notaría. Me han entrado ganas de contarles cosas del estudio. Nada importante, no sé: que no siempre fue un estudio porque lo compraron mis padres al casarse y vivieron en él unos cuantos años; que la cicatriz minúscula que llevo sobre la ceja me la hice a los seis años, al chocar contra el cristal de la puerta de doble hoja que separa el recibidor y el escritorio... Al final, no les he dicho nada. Yo estaba allí para vender el pasado; ellos compraban futuro. Al despedirnos,

viéndolos tan jóvenes y modernos, he cerrado los ojos un instante para imaginarme el estudio dentro de unos meses, cuando lo tengan ya decorado a su gusto. He visto color, mucho color. Máscaras, telas, lámparas exóticas. En fin, todo ese rollo étnico que está tan de moda. Paradojas de la vida. Ya no hace falta ir a África para tener una máscara africana. Se compran a la vuelta de la esquina.

Total, he salido del notario con una sensación medio triste que Alberto se ha esforzado por disipar con toda clase de bromas y mimos. Ya vuelve a ser el de siempre. Qué ganas tenía de verlo otra vez así. Está eufórico, alegre a rabiar, más simpático que nunca. Ha dicho que necesitaba una hora para hacer unas gestiones. A lo mejor tiene razón Luis y lo que le pasa a su padre es que está enamorado y ahora mismo está con ella, quienquiera que sea. Es un buen motivo para estar contento, no lo niego. Pablo ha dicho que quería aprovechar para ver a alguien. No le he preguntado si es alguien de melena rubia rizada. Que cada palo aguante su vela.

Pronto llegarán los dos, porque Alberto ha insistido mucho en la necesidad de salir de aquí a la una y media en punto y así llegar a tiempo para comer en Malespina con papá y Luis. No sé qué récord de velocidad piensa batir a la vuelta. Ya lo veremos. Después de comer, hemos de bajar todos al mar y dejar la *Amén* lista para salir mañana. A ellos les preocupa la barca, pero a mí me inquieta más el cielo. Esta mañana, el levante olía a violencia. No va a pasar nada serio si no hay ningún cambio brusco de viento. Cuatro rachas fuertes, algo de lluvia y poco más. Pero como le dé por entrar al garbí justo ahora, se va a liar una bien gruesa. En fin, supongo que no será grave. Que venga la tormenta, si ha de traer la paz después. Algún día aprenderé a no angustiarme por las cosas que no dependen de mí. De modo que si ocurre, me limitaré a anotarlo y, si todo termina bien, podré despedirme con el fantástico conjuro de los fareros: «No se sabe que haya ocurrido novedad alguna en los alrededores de este establecimiento». Pero mientras no llegue ese momento tengo todo el derecho del mundo a inquietarme porque, si mis sospechas son ciertas, se nos va a caer el cielo encima.

Si me quedara algo de humor para bromas y juegos de palabras, diría que estoy muerta. Muerta de cansancio. De ansiedad y desconcierto. ¿Muerta de miedo? Tal vez sí. Llevo muchos días pensando en Julio y en mis hijos, en el susto imperdonable que les voy a dar, pero no he dedicado el tiempo suficiente a pensar en mí, en la emoción que yo misma sentiré al verlos de nuevo. Le tengo miedo a esa intensidad. Por lo menos me he liberado ya de la ansiedad que me provocaba no saber cómo decirles que estoy viva. No hay más vueltas que darle: el teléfono es la única manera posible. Me ha costado decidirlo. Pronto hará veinticuatro horas que salí de Guatemala, casi sesenta desde que Amkiel me recogió en la Posada del Caribe, y he pasado buena parte de ellas dándole vueltas a esa conversación imposible, triturándola entre las ruedas de molino de mi cabeza hasta hacer del anuncio de mi llegada una papilla indigesta. Estoy aquí. No se me ocurre otra cosa, ni forma distinta de decirla. Estoy aquí. Puedo gritarlo, como recuerdo que hice entre carcajadas y llantos la primera vez que me bañé en la laguna de Petexbatún. Puedo gritarlo y esperar que la jungla de la vida me devuelva algún eco y tal vez dentro del archivo que ahora me rodea aleteen los papeles como si quisieran alzar el vuelo. O puedo escribirlo. Una de las cosas que siempre me han fascinado de las grandes novelas del diecinueve es la facilidad con que la gente intercambiaba notas urgentes por medio de mensajeros. Dickens usaba muy bien ese recurso. Daba lo mismo si los personajes implicados vivían en el mismo barrio y el intercambio se limitaba a establecer una cita para el té aquella misma tarde, o si alguien necesitaba anunciar algún suceso terrible a una persona perdida en los mares del sur. Iba el mensajero con una nota y volvía con la oportuna respuesta, y mientras tanto la vida seguía como si no dependiera para nada de aquellos mensajes. Notas de amor, citas clandestinas, amenazas, anuncios de muerte o boda. Incluso a veces alguien enviaba una nota con un breve anuncio de algo que prometía relatar aparte, con todo detalle, por medio del correo convencional. «Murió tu padre. Sigue carta con detalles». Ahora no. Todas las fórmulas que tenemos para comunicarnos son de efecto inmediato, como una puñalada en la yugular. El teléfono. El correo electrónico. Enviamos un mensaje a alguien y lo llamamos al cabo de cinco minutos para confirmar si lo leyó.

El teléfono es la herramienta de los tiempos que me ha tocado vivir y no me queda más remedio que usarla. Ya está decidido. Otra cosa es reunir el valor necesario para hacerlo. Llevo dos horas en el estudio, sentada junto al teléfono, muerta de frío a pesar de que el sol amable de Barcelona se cuele por todos los rincones. He levantado el auricular tres o cuatro veces. He llegado a marcar los primeros números, pero sin atreverme a continuar. Como una adolescente. ¿Cobardía? Sí, para qué me voy a engañar. Me da mucho miedo. De hecho, nada más llegar aquí este mediodía, he vivido un anticipo brutal de lo que sentiré cuando

*al fin hable con mis hijos. He tenido que pedirle las llaves a la portera, pues no había otra manera de entrar en el estudio. He llegado al portal de la calle con mi maleta y, cuando estaba ya empujando la manecilla de la puerta, se me ha ocurrido que tal vez la buena mujer hubiera tenido noticia de mi muerte. Como si me sacudiera la corriente. Qué sensación tan extraña. Estoy viva, me lo dicen a cada minuto mis huesos, baldados por el viaje y la emoción, pero de repente me siento fantasmagórica, transparente como si las miradas hubieran de atravesarme. Me daba miedo llamar a la portera y que ella mirara en mi dirección sin verme, acaso frunciendo el ceño como quien percibe una presencia extraña. O, peor aún, que sí me viera: «¿Pero usted no estaba muerta?». Ridículo, vergüenza; un poco de culpa, sí, no sé por qué. Y taquicardia. Se me ha subido el corazón a la garganta. No he tenido más remedio que cerrar la puerta, volver sobre mis pasos y meterme en la cafetería de la esquina. He pedido una tila. Hoy reconozco que, si hubiera estado a mi alcance tomar cualquier sedante, me habría drogado hasta las cejas. Me ha costado casi media hora juntar el valor suficiente para volver. Es obvio que la portera no sabía nada, porque no era mi presencia aquí lo que la extrañaba, sino al contrario, mi ausencia de estos últimos meses. Desde luego, ya se puede decir que la vida sigue. Incluso parecía contenta de verme y bien dispuesta a mantener una larga conversación en la que yo, todavía con la flojera en las rodillas, no he colaborado demasiado. El colmo ha sido cuando ha mencionado a Serena. Bueno, ni siquiera ha pronunciado su nombre. «Precisamente ha venido su hija esta mañana —ha dicho—. La he visto subir a primera hora y se conoce que habrá estado esperándola pero no tendría mucho tiempo porque al cabo de una hora se ha ido».*

*El ascensor me parecía una jaula. Serena. La carpeta azul, mis cuadernos, el estudio, mi estudio. Lo imaginaba vacío, desangelado, o peor, lleno de cajas de cartón, toda mi vida repartida en montones por el suelo. Sin embargo, lo que más me ha impresionado al entrar ha sido verlo igual que siempre. No he mirado el reloj antes de entrar, pero creo que llevo aquí más de dos horas, sentada en mi escritorio, atenazada por las dudas y por algo más, algo que me incomoda y no soy capaz de nombrar. Ni siquiera he soltado el bolso todavía y tengo aún la maleta a mis pies, como si fuera un perro fiel y cansado. Sólo he abierto el tercer cajón para comprobar que sigue ahí la carpeta de Julio. No tengo modo de saber si Serena la ha visto, pero yo creo que su presencia en el cajón es elocuente. Todo parece indicar que he llegado a tiempo. Así que no es eso lo que me preocupa. Ha de ser otra cosa. No he abierto ningún cajón más, ni he mirado nada. Nada de nada. Estoy aquí, dejando que pase el tiempo, esperando que se disipe esta perplejidad. Hay algo que no encaja.*

*Nadie diría que he pasado tantas semanas fuera. Está todo tal como lo dejé. Eso debería complacerme, pues en ningún otro lugar del mundo he pasado tantas horas como en éste; siempre fue mí único espacio inmutable. Sí me volviera ciega de*

repente, vendría a vivir aquí. Puedo recorrerlo entero con los ojos cerrados sin tropezar ni una sola vez. Es mío. Nos conocemos. Y sin embargo, nada más entrar, al comprobar que Serena no habla empezado todavía las obras de demolición de mi pasado, he sentido que le hacía falta un cambio radical. Una buena mano de pintura, como las muchas que le he ido dando con los años, pero esta vez no para conservarlo, sino para cambiarlo de arriba abajo. Color. Aquí falta color por todas partes. Me parece inhóspito, estricto, demasiado austero. Como si sus paredes me estuvieran mirando con el ceño fruncido y anunciaran un juicio intransigente. El cuerpo me pide tumbarme a descansar en el sofá cama, al pie de la biblioteca, pero por algo rechazo esa idea. Parece una celda de monja de clausura: la cama, una mesita de noche y basta.

Se supone que los lugares donde vivimos terminan pareciéndose a nosotros. ¿Yo soy así? ¿Así, como este estudio? ¿Tan austera ha sido mi vida? ¿Tan despojada? Me imagino que entrara un desconocido, alguien que no supiera nada de mí. Por ejemplo, si me viera obligada a vender el estudio y viniera alguien a vaciarlo antes de traer sus cosas. ¿Qué pensaría de mí? Al ver la marina de la entrada deduciría que me gusta el mar. Cierto, pero probablemente no sabría que se trata de Malespina, ni podría imaginar la importancia que ha tenido en mi vida y en la de toda mi familia. Tampoco tendría modo de averiguar que el pintor de ese paisaje es mi marido, ni mucho menos que, si entre todos sus cuadros escogí precisamente éste, fue porque era el único que no representaba una invención. Tenía razones para no fiarme de sus retratos. Superado el recibidor, el desconocido se acercaría a mi escritorio. Paredes blancas. Dos fotos: una en la que bailo con Julio en la playa. Supongo que le parecería bonita, todo el mundo dice que lo es. Será por Julio, porque yo salgo de espaldas. «Mira, tenían tres hijos —diría al fijarse en la otra foto—. Y ésta debía de ser la abuela». Punto. Nadie puede imaginar lo que significa la mirada de Amparo, concentrada en su hijo Julio y en sus nietos. Nadie. Ni siquiera ella pudo imaginarlo. Un mapamundi sobre la mesa. Una persona viajera. O ensoñadora. Bueno. Nada más.

Para interpretar el grabado de la pared, el desconocido debería conocer la historia de Hans Staden, cosa difícil porque ocurrió hace casi quinientos años. Eso sí lo sabría, porque está fechado: WARBURG, 1557. Staden era un artillero alemán que viajó a América contratado por los españoles en 1552. El barco en que viajaba naufragó frente a las costas de lo que hoy sería Río de Janeiro. Se salvó y fue rescatado por los portugueses, que tenían allí un asentamiento en un islote. Por sus conocimientos de artillería, le encargaron la defensa del enclave, que no debía de ser demasiado valioso porque lo dejaron allí solo. A las pocas semanas lo secuestró una tribu de indios tupinambas. Los tupinambas eran caníbales. Se lo llevaron a su poblado en una canoa, herido, pero vivo todavía, para comérselo allí. Al llegar a la



orilla, los hombres que iban en las canoas empezaron a aullar y a golpear entre sí los remos para que las mujeres, en tierra, se percataran de su llegada. Aunque Staden iba malherido y corría el peligro de morir desangrado, un hombre lo obligó a levantarse. Luego, se puso a golpearle la nuca con la mano abierta mientras repetía una y otra vez las palabras: «Ajú ne xé peé remiurama». Al final Staden entendió lo que esperaban de él: tenía que repetir aquellas palabras. Así lo hizo y, al ver que no arreciaban los golpes, dedujo que debía repetirlas más alto para que lo oyeran las mujeres del poblado, reunidas ya en la orilla. Sacó fuerzas de flaqueza y consiguió gritar: «Ajú ne xé peé remiurama». Al oírlo, las mujeres se llevaban los brazos a la cara y fingían mordisquearse los codos. Lo más sorprendente es que Staden convivió dos años con los tupinamba sin que se lo comieran, engañándolos con toda clase de trucos. Llegó a aprender los fundamentos de su idioma y supo que aquellas palabras iniciales significaban: «Soy yo, vuestro alimento; vengo a que me comáis».

Staden logró escapar, regresó a Europa en un barco portugués, se reunió con su familia en Warburg, donde todo el mundo lo daba por muerto, y buscó un grabador capaz de reflejar, en una serie de dibujos fascinantes, todo lo que había visto durante su cautiverio. Esos grabados representan hoy en día un documento antropológico de valor incalculable.

Desde luego, ningún desconocido puede suponer siquiera lo que esa imagen de la vida de Staden tiene que ver con la mía. Ahora más que nunca: el naufragio, la salvación, el canibalismo. Creo que ni siquiera mis propios hijos sabrían establecer esa conexión. Mal asunto, porque no hay ninguna más. Ninguna visible. Nada que diga algo de mí, de quién soy, salvo que el visitante se pusiera a abrir archivos. Eso sí es elocuente. El hecho de que toda la información sobre mi vida esté escondida es muy elocuente. Mucho. Habla de mis silencios. De los que he mantenido siempre y tal vez, si es cierta mi deducción de que Serena aún no ha metido la mano en estos cajones, me vea obligada a seguir manteniendo. Pero eso será luego. Cuando estemos todos juntos. Antes he de ser capaz de levantar el teléfono, marcar el maldito número y decir algo. Lo que sea. Mi voz debería bastar para transmitir el mensaje de que estoy viva, sean cuales fueran las palabras. «Ajú ne xé peé remiurama»: soy vuestro alimento; vengo a que me comáis. Tal vez debería decir eso.

## MIÉRCOLES NOCHE

No sé. No sé qué decir ni qué pensar ni si lo supiera sabría cómo decirlo. Me tiemblan tanto las manos que casi no puedo escribir. Mamá está viva. Ya está. O mejor, dice Luis que mamá está viva, porque yo no me lo voy a creer hasta que la vea. Dice que ha sonado el teléfono y Luis lo ha cogido y le ha dicho que está viva. O sea, ella se lo ha dicho. En realidad no ha dicho eso, sino Luis, soy la abuela. Dice el niño que ha colgado el teléfono porque le daba un mal rollo que te cagas. Son sus palabras. Un mal rollo que te cagas, pero que te cagas. Ha vuelto a sonar y Luis ha dicho quienquiera que sea el hijo de etcétera se puede meter el teléfono donde le etcétera. Que no, Luis, qué te pasa, soy la abuela. Que está viva. En Barcelona. Dice Luis que hablaba tan bajito que le ha preguntado si llamaba desde Guatemala. No, Barcelona; ha llegado hoy. Le ha preguntado dónde estábamos nosotros.

Quisiera encontrar una frase a la altura de las circunstancias. Algo grande. Sobre la vida y la muerte y las fronteras y las sorpresas, no sé. Claro que estoy contenta. Muy nerviosa. Estamos todos. Históricos. No entiendo nada, nadie entiende nada. Me he tomado un orfidal, pero si quiero dormir tendré que tomar otro, o por lo menos medio más, porque así no hay quien concilie el sueño. No se puede dormir. Supongo que aturdida es la palabra.

No sabemos nada más. No puede ser. Se lo ha dicho Luis, pobre: abuela, no puede ser que seas la abuela. Se lo ha contado todo. La llamada del ministerio, nuestro viaje a Guatemala, el cadáver, las cenizas, todo. Incluso lo de la *Amén*. Dice que ella no ha querido contar nada. Luis le ha explicado que estaba solo con el abuelo, te lo paso, le ha dicho, ahora mismo te lo paso para que se lo digas tú, te lo paso. No, Luis, por teléfono no. Que está bien. La ha notado muy nerviosa, pero dice que está bien. Que no nos preocupemos. Que eso ya no importa. Que viene mañana y ya hablaremos de todo. Que da lo mismo. Luis le ha explicado que precisamente estábamos volviendo de Barcelona y le ha propuesto que llamara al móvil de Alberto. Que no. Que nos lo dijera él. Que ni se nos ocurra ir a buscar. Dormir. Dice que necesitaba dormir y que ya vendrá mañana. No me he enterado muy bien de los detalles porque Luis estaba nerviosísimo y lo hemos acibillado a preguntas todos a la vez, pero supongo que sé lo único que importa de verdad: mamá está viva y viene mañana.

Lo sé desde las tres de la tarde, pero no me he sentido capaz de ponerme a escribir hasta ahora. Por los nervios. Sólo faltaría echarle la culpa al pobre Luis, pero la verdad es que no es la persona indicada para recibir esta clase de noticias. Y mucho menos para darlas. Qué bruto. Síndrome. Aquí te pillo, aquí te mato. Lo ha soltado en cuanto nos ha visto entrar por la puerta, sin saludar siquiera, sin esperar un momento propicio, sin avisar antes. Cualquiera otra persona hubiera dicho sentaos, que os he de dar una noticia. Es buena, tranquilos. Es una magnífica noticia, pero os va a pillar un

poco por sorpresa. Yo qué sé, algo así. Luis no. Cuando hemos llegado, estaba sentado en la banqueta del recibidor, junto a la puerta de entrada. Probablemente habrá oído el coche y nos esperaba con la boca abierta y media palabra entre los dientes. Hola, la abuela está viva. Qué dices, Luis, se puede saber qué estás diciendo. Digo que la abuela está viva. ¿Qué? ¿Pero qué? Dice que la abuela está viva. Qué dices. Se puede saber qué está pasando aquí. Te lo juro. Ha llamado.

Alberto estaba preocupadísimo, creía que el chaval se había vuelto loco del todo. Y será mejor que no levantéis la voz, porque no le he contado nada al abuelo y si no habláis más bajo se va a enterar. Luis, por favor, cálmate. No, si estoy calmado. Bueno, estoy histérico, pero te juro que ha llamado. Tienes que creerme. Mírame a los ojos, Luis. Explícamelo todo bien. Despacio. Empieza por el principio. Y vuelta a empezar: pues ha sonado el teléfono y yo lo he cogido... Y más preguntas. Todos a la vez. Qué te ha dicho, qué le has dicho. Pero, ¿sabe? ¿Se lo has contado? ¿Sabe que nos creíamos que? Claro que se lo he contado. Y qué. Qué de qué. Qué ha dicho. No importa. Cómo que no importa. Ha dicho que no importa, lo ha dicho ella. Que todo ha sido un malentendido. Una confusión, dice.

No creo que consiga dormirme. Ni orfidal ni nada. Cierro los ojos y se me tensa todo el cuerpo. Me noto los huesos oxidados. Según mamá, cuando no se puede dormir hay que contarse los dedos de los pies. Me gustaría verla en mi lugar. Yo los tengo como sarmientos. Sólo de pensar en moverlos me dan rampas. Me he puesto a escribir para ver si así me relajaba, pero me temo que hoy la terapia es inútil, o al menos tiene efectos retardados. Escribo en la cama, por si me asalta el sueño, pero lo dudo. Nadie duerme en esta casa, salvo papá. Ya veremos cómo se lo explico mañana. Bendita inopia la suya. Alberto y Pablo siguen en el comedor. Oigo el murmullo de sus voces, interrumpido de vez en cuando por los sorbetones de Pablo. Le brota el llanto por momentos, como si la emoción lo atacara a oleadas y cada vez lo pillara por sorpresa. Ojalá la verdad tenga para él un efecto balsámico, igual que para mí. Porque cuando Luis ha terminado de contar su conversación con mamá, cuando ya no teníamos más remedio que creerle, Alberto se nos ha quedado mirando con esa cara suya de pasar cuentas y ha dicho que no podía ser, que alguien tenía que explicarle qué estaba pasando porque era imposible que nos hubiéramos confundido los dos y de Pablo me espero cualquier cosa porque no vive en este mundo pero tú, Serena, no puede ser, tú reconocerías a tu madre con los ojos cerrados, y entonces yo no he aguantado más y me he sentado a la mesa del comedor y he dejado el bolso en el suelo y casi sin darme cuenta han salido de mi boca las palabras: yo no vi el cadáver de mamá. ¿Qué? Lo que has oído, Alberto: yo no vi a mamá muerta.

Qué alivio. Sólo recuerdo haber sentido algo así cuando era pequeña. La verdad. El peso de la verdad descargado de mi conciencia: yo no vi a mamá. Sorprendida de la firmeza de mi voz. De un tirón: la culpa es mía yo no la vi no sé qué me pasó me

daba tanta pena tenía mucho miedo quería conservar un buen recuerdo me aterraban las pesadillas te juro que lo intenté me pasé la noche en vela pero fui a la funeraria lo que pasa es que no pude era incapaz de dar ni un paso y no me preguntes por qué no he dicho nada hasta ahora; en realidad tenía ganas de decirlo pero me sabía mal por ti, Pablo, perdóname, tú lo hacías por mí, ya sé que lo hacías por mí, para protegerme, aunque tampoco sé muy bien de qué, pero como tú sí la habías visto yo pensaba que daba lo mismo, bueno, ya está, ya lo he dicho, ya lo sabéis. Por fin, así, todo seguido como si fuera un derrame y Alberto sentado a mi lado, cogiéndome de la mano, ya, Serena, ya, no llores más, mujer, te digo que no llores, se puede saber por qué estás llorando, mamá está viva, carajo, tendríamos que estar todos felices, dando botes de alegría, qué más da quién se equivocara y por qué. Y yo, no, si lloro precisamente por eso, tonto, lloro de alegría, ¿no lo ves?, bueno, no sé.

No me ha fundido un rayo, ni se ha abierto la tierra para tragarme. No hay destierro, ni encierro. Y luego ha venido el momento más extraño y más incómodo, porque nos hemos quedado todos mirando a Pablo como si sólo él pudiera darnos una explicación y el pobre estaba como un flan y casi ni se le entendía y primero se ha puesto a la defensiva con Alberto, a mí no me mires que yo hice lo que pude y si no estás contento haber ido tú mismo, ya te dije que yo no servía para esas cosas y a Serena no la culpes que ella tampoco quería ir, no sé qué coño sería eso tan importante para que no pudieras ir tú; luego ha cambiado de excusa, el tiempo, la culpa fue que pasó demasiado tiempo y el cuerpo estaba irreconocible. Alberto lo ha visto tan nervioso que le ha dicho déjalo, Pablo, nadie te acusa de nada, no tienes por qué defenderte, voy a abrir una botella de champán ahora mismo y nos la vamos a beber y vamos a brindar todos porque estamos contentos, qué hostias, mamá está viva y estamos muy contentos. Además, tienes razón. Me lo merezco por no haber ido yo.

Pablo se ha sentado a mi lado, entre los dos: no, Alberto, no corras tanto, espérate. Deja en paz el champán, que yo también tengo que deciros algo. Se ha quedado un momento en silencio buscando la voz, que le temblaba. Yo también estaba muerto de miedo. Yo también pasé la noche anterior en vela. Joder, incluso compuse un réquiem para mamá y nunca me he atrevido a tocarlo. Yo tampoco quería verla, pero alguien tenía que entrar. Me hice el fuerte, lo siento. No quería engañar a nadie. Antes de entrar en la salita donde la guardaban, me avisaron que tenía la cara destrozada por el accidente. Que la hélice del motor le había rajado toda la cara. Yo pensaba que no me iba a afectar, pero cuando me dijeron eso me acojoné. Entonces me dieron la mochila. Era la suya. Dentro estaba su pasaporte y tres o cuatro cosas más. Sus zapatillas de deporte. Las reconocí. Pedí que me dejaran entrar solo. Estaba tumbada en una camilla, tapada con una sábana. Sólo se veían las plantas de los pies. Estaban un poco morados, como inflados y arrugados a la vez, no sé. Metí una mano por debajo de la sábana y toqué un pie. El tobillo. No era muy agradable. Frío. No

levanté la sábana. No vi la cara ni el cuerpo; no miré nada. Estaba la documentación. Ni por un momento se me ocurrió pensar que pudiera ser otra persona.

Coño, Pablo, podías habérmelo dicho. En vez de hacerte el valiente, podías habérmelo dicho. Era fácil: Serena, te necesito. Mira si era fácil. Necesito que entres conmigo porque yo solo tampoco me atrevo. Entre los dos lo habríamos hecho.

Se lo he dicho. Se lo he dicho todo porque me daba rabia. Todo este tiempo sufriendo, llamándome cobarde a mí misma cada noche, todas las pesadillas por no haber entrado a ver a mamá y ahora resulta que él, resulta que mi propio hermano, tanto cuento, tanto decir que a él no le importaba, y encima todos los detalles que me contó después, tan tranquilo, como si la hubiera visto de verdad, qué digo, casi como si hubiera hablado con ella. Besos de mariposa, no te fastidia. En cambio, ahora me arrepiento de haberle dicho todas esas cosas. Quién soy yo para juzgarlo. Suerte que Alberto me ha interrumpido, lo ha intentado tres o cuatro veces pero yo no le dejaba hablar, tú cállate, tú cállate que esto no va contigo, esto es una cosa entre Pablo y yo.

Al final, Alberto me ha cogido por los hombros y me ha dado un vaivén y luego me ha obligado a mirarle a los ojos y ha empezado a decir no me jodas, Serena, no me jodas, no digas que esto no va conmigo porque va, y mucho, esto va con todos porque el primer culpable fui yo, que tenía que haber estado allí, vosotros mismos lo dijisteis un montón de veces, eso me tocaba a mí, pero tenía razones para no ir, o creía tenerlas, razones ridículas que en ese momento me parecían importantes; y tú no te atreviste a entrar y nadie te va a culpar por ello, y Pablo al menos lo intentó, o sea que ahora no me jodas porque él fue el más valiente, el que llegó más lejos, aunque luego, cuando lo dejaron solo, no se atreviera a mirar. ¿Sabes por qué? Porque no hacía falta. Porque era un puto trámite. Lo único que se esperaba de vosotros era que firmarais los papeles. Mamá estaba muerta. ¿Lo entiendes? Te lo dijeron a ti misma por teléfono. Estaba la mochila con su documentación. Pablo vio lo justo para confirmar lo que daba por hecho. Como hacemos todos. Todos, menos tú. Dar las cosas por sentado, porque alguna vez hay que atreverse. Alguna vez hay que dejar de preguntar y de dudar de todo.

En fin, me ha dado un repaso brutal. Dice que yo no quise entrar porque me negaba a aceptar lo que había pasado. Que era mi manera de dejar claro que, desde el principio, estuve en desacuerdo con ese viaje. Mi manera de castigarme a mí misma por no haber sido capaz de impedirlo. Y que además qué coño importa, dice, qué coño importa eso ahora, para qué necesitas un culpable, por qué siempre necesitas un culpable. Tu madre estará aquí mañana, Serena. Viva. Y a mí me gustaría que fueras la primera en recibirla con una sonrisa así de grande, que le des un abrazo de puta madre y le digas qué contenta estoy, mamá, no te puedes ni imaginar lo feliz que soy en este momento. Y que sea verdad. Eso es lo que espero de ti, no esta mierda de rencor que yo no sé de dónde viene.

Todo eso me lo ha dicho mientras me sostenía la cara por el mentón, obligándome a mirarlo a los ojos, igual que hacía papá cuando éramos pequeños y nos pillaba mintiendo, incluso con la misma voz tranquila que usaba él para decir las cosas más gordas. Y le he dado la razón porque la tenía, pero sobre todo porque, mientras tanto, Pablo me miraba y me miraba y me miraba y yo me sentía injusta, me sentía como la mierda porque al fin y al cabo él no había hecho más que protegerme. Al final ya no escuchaba a Alberto. Iba pensando todo el rato perdona, Pablo, perdona, perdona. Se lo he dicho: perdóname.

Nos hemos quedado todos como si nos hubieran pegado una paliza. Será la adrenalina. Pablo ha venido a darme un abrazo y yo quería estrujarle y decirle te quiero, cabrón, te quiero mucho, pero no he encontrado fuerzas más que para darle un beso. Alberto nos miraba y no decía nada. Yo creo que nos hubiéramos quedado los tres así toda la noche, petrificados, si no llega a ser por Luis, que ha sido el primero en recuperar el humor. «Bueno, pues como diría el abuelo, lo que tenemos que hacer ahora es olvidarnos de todo esto. Pasar a otra cosa. Y dejaos ya de cursiladas que sólo falta que me ponga también yo a llorar». Los nervios le han disparado la máquina de bromear. Dice que como él también resucitó una vez le quiere proponer a mamá que funden el club de los zombis. Club Simón, lo quiere llamar. Dice que el partido ha terminado con goleada: Loquitos, 6; Cuerdos, 0.

No sé cómo está Alberto. Con él siempre es difícil. Parece entero, creo que es sincero cuando dice que es la noticia más feliz de su vida. Pero nunca se sabe. Claro, quería coger el coche y bajar a Barcelona a buscar a mamá, pero Pablo y yo lo hemos convencido para que no lo hiciera. Bueno, más Pablo que yo. «Se fue como quiso; déjala que vuelva como le dé la gana». Cuando me he venido a la cama, Alberto estaba con su Mont Blanc en una mano y la calculadora en la otra. Le he preguntado qué escribía y me ha contestado que estaba dándole vueltas a todo el asunto legal, porque se ve que el papeleo en estos casos es complicadísimo. Nadie tenía hambre. A media tarde nos habíamos hecho un té y unas tostadas. Se han empeñado en abrir el champán y hemos brindado por la vida, pero me parece que las copas se han quedado intactas. A papá lo he tenido toda la tarde en la terraza. Pobre, estaba tan feliz. Atiborrado de lextatines. Alberto se ha ocupado de él. Yo casi no he salido más que a darle un beso, porque no sabía con qué cara mirarlo.

Mañana será un día extraño, ya lo sé. Habrá que ver cómo viene mamá. Si me pusiera a escribir la lista de preguntas que tengo para hacerle, no me bastarían todas las páginas de los cuadernos nuevos que he comprado esta mañana en Barcelona. Estoy segura de que ella también querrá saber unas cuantas cosas. Antes, tengo que decidir cómo se lo cuento a papá y cuándo. Mis hermanos tienen claro que me toca a mí. No sé, ya veré cómo lo hago. Por cierto, tengo que hablar de esto con Luis. Es urgente. Mañana, sin falta. De hecho, hubiera querido decírselo hoy mismo, pero me

ha parecido que ya eran demasiadas emociones para un solo día. El caso es que ando con la mosca detrás de la oreja, porque he descubierto que este cabrón miente. Ya, todos mentimos; eso ha quedado claro hoy. Pero Luis, Luis... A lo mejor lo he entendido mal. No creo. Lo ha dicho él mismo. No levantéis la voz porque he decidido no decirle nada al abuelo. Muy bien, me parece una decisión sensata, la mejor posible, pero hay algo que no encaja. Síndrome de Desinhibición Transitoria. Se supone que Luis no puede decidir eso. Es incapaz de escoger no decir algo. Y mucho menos algo tan gordo como que mamá está viva. O me equivoco. A lo mejor es al revés. A lo mejor la noticia le ha impresionado tanto que su cerebro ha reaccionado tomando el control por un momento. No sé. No quiero sacar conclusiones precipitadas, pero he de aclarar esto mañana mismo.

Digo que será un día extraño, pero lo más raro de todo, lo que más me alucina, es que acabará pasando, como todos. No sé cuándo, ni con qué ánimo, pero en algún momento podré escribir que no hay novedad en los alrededores de este establecimiento. Entiendo a los fareros antiguos. No es que después de la tormenta siempre venga la calma, como cree la gente. Es que después de la tormenta, venga lo que venga, lo tomamos por calma. También si mamá hubiera muerto de verdad. Ni siquiera llevamos aquí dos semanas y yo ya estaba dispuesta a afirmar que la vida sigue. Mañana hubiéramos sacado la *Amén* y, una vez esparcidas las cenizas, habría llegado a su fin esta especie de diario que al final no sirve para explicarme nada, ni siquiera para ordenar las dudas que no hacen sino amontonarse y confundirse una con otras hasta que algún soplo de la vida las agita y el temporal las tumba y luego las reconstruyo, las cambio de lugar, les doy nombres nuevos y durante un tiempo las archivo en la memoria para poder afirmar que no hay novedad en los alrededores del establecimiento. Y así voy pasando el tiempo, aprendiendo a reconocer la paz por la ausencia de tormentas, jugando a predecir las tormentas por el exceso de paz, deseando incluso que vengan de vez en cuando aunque sólo sea para que puedan irse después, o tal vez camuflarse lo suficiente. Y cuando me muera yo alguien dirá que no hay novedad, que la vida sigue incluso si yo no sigo, porque ahí permanecerán el establecimiento y las tormentas que lo acechan mientras haya algún farero que pueda tomar nota.

## JUEVES

Demasiado que contar. Son más de las dos y se me caen los párpados de sueño. Por primera vez en mucho tiempo tengo ganas de acostarme. Parece que el regreso de mamá ha puesto en fuga las pesadillas. También estoy un poco borracha. Un poquito sólo; a lo mejor eso ayuda. Y eso que mi intención era emborrachar a los demás, pero para disimular he tenido que servirme yo también más de una copa. No, así no vamos bien. Voy a empezar por el principio. Si quiero contar todo lo que ha pasado hoy, será mejor poner un poco de orden. Orden cronológico; el único que existe.

Hoy me he despertado pronto, pensando en mi padre. En lo que tenía que decirle. Parece que fue buena idea dejarlo para esta mañana, porque a esas horas estoy tan espesa que ni siquiera he perdido tiempo dándole vueltas. Me he levantado a las siete y he salido a desayunar a la terraza, casi envuelta en la manta de papá porque estaba bien desapacible el levante. He esperado un buen rato para ver salir el sol, pensando que sería la última vez, que nos iremos mañana, o pasado como mucho. Nada de sol. Luz, la justa. Al entrar en casa me he quedado un rato mirando la urna de las cenizas de mamá. De Judith. De quien sea. Luego he ido a despertar a papá, decidida a contarle la verdad. En ese momento ni se me había ocurrido pensar que hoy iba a ser el día de las verdades.

—Papá. Papá.

Pobre, estaba dormidísimo, tapado hasta la coronilla.

—Despierta, papá.

—¿Mmmmmmm?

—Buenos días. —Un beso—. Tenemos que hablar. ¿Estás despierto?

—Mmhmmhmm. Qué pasa.

—Nada. No pasa nada, pero tenemos que hablar. ¿Tú sabes dónde está mamá?

—Guatemala.

Como un niño con la lección bien aprendida. Despeinado, legañoso. Se ha incorporado un poco en la cama. Me daba miedo hacerle daño.

—Pez de betún.

—¿Qué dices?

—Un río de Guatemala. Se llama pez de betún.

—Petexbatún, papá. Se llama Petexbatún.

—Sí, en Guatemala.

—Exacto. Pero hoy va a volver.

—No puede ser porque está muerta.

—No, papá, lo que pasa...

—Sí, muerta. —Lo decía tranquilo, mirándome a los ojos, sin ninguna angustia, pero muy convencido, como cuando los niños se niegan a aceptar que nadie ponga en



duda las pocas cosas que saben—. En Guatemala.

—Papá.

—¿Qué?

—Mamá está viva. Va a venir hoy.

—¿De Guatemala?

—Sí, de Guatemala.

—¿Ya ha vuelto?

—Sí. Ahora está en Barcelona. Luego vendrá a Malespina. Te tienes que levantar. Te voy a dar una buena ducha y luego te vestiré para que la recibas más guapo que nunca.

—¿Viene alguien?

—Papá...

—¿Quién viene? —Impaciente.

—Mamá. Viene mamá.

—¿Isabel? —Una chispa en los ojos—. ¿Ha vuelto?

Es más fácil duchar a papá aquí que en Barcelona. Como Alberto adaptó el baño pequeño a las primeras incapacidades de Luis al salir del hospital, hay una barra metálica en cada pared. Incluso una banqueta plegable dentro de la ducha por si se cansa. Él se queda de pie debajo del chorro de agua, agarrado con cada mano a una barra. Lo he enjabonado de la cabeza a los pies. He intentado hacerle la misma broma que nos hacía él de pequeños.

—Cuando vayas al carnicero, que no te corte por aquí, ni por aquí...

—Qué carnicero.

—Déjalo, papá. Anda, date la vuelta.

Torpe, lento, inseguro. Ni rastro de lo que fue. Unos pocos pelos blancos en el pecho. Los sobacos bien lavados. Los pies, levanta los pies. Así no; primero uno, luego el otro. A ver, ese culete. ¿Y esto? ¿Qué tienes aquí? Eso le decía él a mis hermanos cuando nos duchaba a todos en verano con una manguera en la terraza. Qué tienes aquí. La tita, la minina, el pito, la culebra. Así que con esto me hiciste a mí, papá. Vete a saber dónde la habrás metido. Estaba pensando en la rusa. No se lo he dicho, claro. Me he limitado a dejarlo resplandeciente. Incluso lo he afeitado luego, sentado en la banqueta. Quería ponerle su mejor camisa blanca y he tenido que repararla antes con la plancha para que estuviera impecable. Mamá me enseñó a planchar a los quince años. «Te enseñé esto para ti —me aclaró—. No para que te pases la vida planchándole los calzoncillos a nadie». Gracias, mamá.

Lo peor ha sido la mañana. No, lo peor ha sido no saber a qué hora iba a llegar mamá. Demasiado tiempo para pensar. Demasiadas miradas al reloj. Hasta las doce nos hemos quedado todos en el salón, fingiendo una tranquilidad que no teníamos, intentando arrancar cualquier conversación que no tuviera nada que ver con

Guatemala para terminar, inevitablemente, especulando con todas las explicaciones posibles al entuerto. Aún no sabíamos nada de la tal Judith, así que nos hemos pasado casi todo el rato pensando de quién serían las cenizas e incluso hemos echado unas risas a su costa. A partir de las doce se iban alargando los silencios. Le hemos pedido a Pablo que tocara algo, pero se ha negado. Papá no entendía nada y hablaba poco, pero cada vez que abría la boca era para soltar una perla.

—Qué silencio —ha dicho de repente, al ver que llevábamos un rato callados—. ¿Se ha muerto alguien? —Y un rato después, extrañado de que nadie se moviera del salón—: ¿Se puede saber a quién estamos esperando?

Las doce y media. La una. Poco a poco, cada uno ha encontrado una excusa para retirarse a su habitación, pero el salón parecía el escenario de una de esas comedias de enredo antiguas, cuyos personajes entran y salen continuamente por ambos lados. Entran, dicen una o dos frases, se van, vuelven a entrar. De pronto, a la una y veinte ha sonado el teléfono. Tembleque colectivo. Lo he cogido yo.

—¿Sí?

Sospecho que sólo se ha oído la i.

—Buenas tardes. —Una voz desconocida—. Llamo de Radio Taxi Costa Brava. El número 112 se dirige hacia allí desde la parada del autobús y nos han pedido que les avisemos.

Bravo, mamá. Qué detalle. Lo digo en serio. Pienso en la histeria que nos ha dado al sonar el teléfono y no quiero ni imaginar lo que hubiera pasado si llega a ser el timbre de la puerta, si mamá llega a aparecer sin avisar.

Compañía, listos para formar. Fila de a uno. De frente, ar. Todos a la calle. Bueno, al camino de entrada. Todos de pie, menos papá. Alberto le ha sacado una sillita plegable. Todos callados, mirando el camino como si esperáramos el segundo advenimiento.

De repente, Luis:

—Coño, parecemos los hermanos Dalton.

Nos hemos mirado. Tenía razón. Sin darnos cuenta, nos habíamos colocado por orden de altura. Ha contestado Pablo.

—Calla, hostia. Tienes cada cosa...

Luego le ha entrado una carcajada y nos ha contagiado a todos. Si llega a aparecer mamá en ese momento, nos encuentra retorcidos en pleno ataque de risa tonta. O de risa histérica. Aún ha tardado cinco minutos más. No sé mis hermanos, pero yo estaba hecha polvo de los nervios. Una mariposa en la boca del estómago.

Hemos oído el motor del taxi cuando empezaba a subir la cuesta. Un paso adelante, todos. Luego lo hemos visto asomar al fondo del camino. Coreografía de la ansiedad. En vez de llegar hasta la puerta, el taxi se ha parado donde empieza la grava del camino. Entre los cipreses. O sea, a unos diez metros de nosotros.

Entonces, el milagro. Papá se ha levantado y ha echado a andar hacia el taxi. Bueno, echado a andar es mucho decir. Ha dado tres pasos: torpes, pero firmes, con la espalda bien tiesa y la mirada fija en el coche, cuya puerta aún no se había abierto. Elegante. Parecía que la luz escogiera su camisa blanca. Me he acercado a él para retenerlo, pero Alberto ha entendido lo que pasaba mucho antes que yo. Déjalo, Serena. Todos quietos, menos papá. Tres pasos más y se ha abierto la puerta del taxi. Dos pasos más y ha asomado una pierna de mamá. La mariposa de mi estómago estaba ya borracha perdida. Tres pasos más y la cara de mamá, el cuerpo entero, y otro paso y un abrazo, se han dado un abrazo de la reputa madre que los parió, con perdón. O sin perdón, pero ahí ya me he puesto a llorar y no he parado en todo el día, aunque ahora no quiero perder tiempo con eso porque si tuviera que contar todas las lágrimas y los abrazos y los besos y las risas no habría páginas suficientes en ningún cuaderno. El muy cabrón, porque no hay otra palabra, parecía hecho un pimpollo. Primero, no había manera de conseguir que soltara a mamá. Se han quedado abrazados tanto rato que incluso ha dado tiempo a que Alberto pagara al taxista y lo despidiera. Sin palabras, quietos los dos, con los ojos cerrados. Mamá le pasaba una mano por la espalda, de arriba abajo, como quien apacigua a una fiera. Y luego él va, se da la vuelta y, sin soltarla del todo, llevándola todavía cogida del brazo, empieza a caminar hacia la casa. Todos los demás mirándolo, caminando detrás de él, incluso mamá, con los ojos como platos, con una sonrisa alelada, sin saber qué hacer, sin poder decir nada porque él iba hablando mientras tanto; yo qué sé la cantidad de cosas que ha llegado a decir: pues sí que está lejos Guatemala, no sabes cuánto te he añorado esta vez, ya no quiero que te vayas más, si hasta creíamos que te habían comido los caníbales. Y entra en casa y se la lleva de la mano hasta el salón. Mamá iba con una sonrisa como un buzón, comiéndoselo con los ojos, como si no quisiera perderse ni un segundo de esa resurrección alucinante. Papá pato delante, loco perdido; luego mamá pato, alucinada; detrás los patitos desconcertados. Y encima el tío se sienta en el sofá, no en su sillón, en la mitad del sofá, y le dice siéntate aquí conmigo y cuéntame y dame un beso y cuánto me alegro de que estés aquí, llevamos tantos días hablando de ti. Mamá no se podía creer lo que estaba viendo. Nos miraba como diciendo qué milagro es éste, qué le habéis dado a este hombre. Bueno, de milagro nada. Yo creo que la emoción de verla ha sido tan fuerte que ha dispersado la niebla por un rato; no sólo la niebla, incluso le ha dado la fuerza física que le falta desde hace años, porque tenía a mamá cogida de la mano como si fuera la última rama al borde de un precipicio. Y ha terminado cayendo. Poco a poco ha ido cediendo, perdiendo terreno como si esos cinco minutos de lucidez y fuerza le hubieran exigido un gasto de energía tan descomunal que sólo pudiera recuperarla luego desapareciendo por completo en las tinieblas. Ahí ha pasado el resto del día.

Bueno. He dicho orden, pero es difícil. Cada uno ha tenido su turno de besos y

abrazos y pocas palabras al principio, como si nadie supiera qué decir, o no se atreviera, o no supiera por dónde empezar. Todos a la vez. Nada importante. Silencios incómodos. Alberto tenía preparado un discurso. Estoy segura de que se ha pasado toda la noche pensando las palabras exactas que debía decir para que todo estuviera bajo control, para cerrar esta historia sin recuento de víctimas. Al tercer silencio, ha carraspeado un par de veces para aclararse la garganta y ha arrancado:

—Bueno, mamá, tenemos muchas cosas que contarte. Lo primero que te quiero decir es que estamos todos...

—No, Alberto.

—¿Cómo?

—Que no.

—Que no qué.

—Que todavía no. Claro que me queréis contar muchas cosas, pero ya habrá tiempo. Vamos a hacer esto despacio y con cuidado. —Parece que ella también llevaba su discurso ensayado, porque si no no sé cómo explicarme la serenidad con que hablaba, esa sensación de que medía con mucha exactitud cada palabra antes de decirla—. Yo también tengo cosas que contaros. Habrá tiempo para todo. Ahora, dejadme que os mire bien.

Un buen repaso a cada uno. Más cariñosa que nunca. Bueno, a estas alturas no voy a hablar de mi madre como si fuera la primera vez que la veo, por mucho que haya resucitado; pero está distinta en muchas cosas. Cambiada. Más cariñosa, ya lo he dicho. Se ha pasado la tarde toqueteándonos, aunque supongo que eso es normal, dadas las circunstancias. Ya veremos si dura. Más habladora. Mucho más. Quizás eso también haya que anotar en la cuenta de las circunstancias. Más divertida. Bueno, divertida no sé; irónica. Todo le parece gracioso. Hace bromas, juegos de palabras que ella misma habría considerado absurdos hace tan sólo unos meses. A todas horas dice que está muerta. Muerta de frío a media tarde, para pedirme que le dejara una chaqueta; muerta de hambre al llegar la noche, cuando nos hemos dado cuenta de que con la emoción ni siquiera habíamos comido; muerta de sueño hace apenas un rato, cuando volvíamos de cenar en el restaurante del faro. Todos callados en el coche y va y lo suelta:

—Uy, me acabo de dar cuenta de que estoy muerta. —Silencio absoluto—. Muerta de sueño, quiero decir.

Y no es que lo haga sin darse cuenta, no. Cada vez que lo dice se le divierten los ojos, como si estuviera a punto de soltar una carcajada. Muerta de la risa, vamos.

He dicho que lo iba a contar por orden. Mamá le ha pedido a Alberto que la dejara hablar. Todo esto es culpa mía, ha dicho. Eso lo primero. Yo soy quien tiene más explicaciones pendientes. También tengo algunas preguntas, pero primero quiero contároslo todo.

Todo, no; casi todo. Por ejemplo, no ha explicado por qué se fue a Guatemala, algo que sigo sin entender y que le pienso preguntar mañana mismo, o en cuanto pueda hablar un rato a solas con ella. Sin malos rollos, sin exigencias, pero creo que tengo derecho a saberlo. Tampoco ha contado qué se le había perdido en Londres, aunque supongo que eso tiene menos importancia. A su edad es mucho más normal ir a Londres que perderse en la jungla. O sea que el cuento ha empezado directamente en Guatemala. Hablando de cambios, qué tal éste: mamá solía resumir todos sus viajes con un par de anécdotas, y en cambio hoy parecía un relato de los de papá, o un cuento de piratas en taberna, con chimenea y bodega surtida de ron. No se ha guardado ni un detalle: cómo conoció a Judith en el avión, la llegada a Flores, el transporte en furgoneta, la canoa, el río, todo. Esas islas flotantes; hasta se emocionaba al mencionarlas. Y luego la Posada del Caribe. Menudo nombre. Ahí han llegado las primeras risas. También era un poco escalofriante, porque esa imagen de mamá bañándose desnuda en la laguna, sola, perdida en el culo del mundo. No sé, si no fuera mi madre diría que son cosas de vieja loca. Casi me da repelús. No por ella. Es el agua, supongo. El agua de la laguna. Si estuviéramos hablando del mar no me parecería tan raro. Pero allí, en la laguna, no sé. Son aguas muertas. Y luego lo de esa Judith. Pobre mamá, menudo susto. Un susto de muerte, ha dicho. Pero esa vez no se ha reído nadie.

Pobre Judith, quienquiera que sea. Encima, a Luis no se le ocurre otra cosa que levantarse, coger la urna y dársela a mamá. Nos hemos quedado todos callados, esperando a ver qué decía, y de repente le ha entrado la risa, parecía a punto de ahogarse, qué gusto verla así, no recuerdo haberla visto nunca reír de esa manera tan suelta y venga a decir que la urna era ridícula, ridícula, por dios, pobre Judith, decía, qué mal gusto, y venga a reír. Luego se ha puesto seria otra vez para explicarnos lo que pasó con su mochila, y ahí la volvíamos a interrumpir todos a la vez con nuestras preguntas, porque nadie entendía nada. Lo ha vuelto a contar. Al principio, no me lo podía creer. O sea, que perdiera la mochila sí me lo creía. Le puede pasar a cualquiera. Pero eso de que se diera cuenta aquella misma noche al registrarse en el hotel... Si me dijeran que se volvió el mismo día a la jungla y allí, como no la necesitaba para nada, no la echó en falta hasta que ya fue demasiado tarde, me parecería más normal. Pero no hacer nada, darse cuenta y no hacer nada, hombre, es un poco fuerte, la verdad. Ya, pensó que todo se aclararía. Dice que nunca creyó que llegaran a darla por muerta de verdad porque ni siquiera se parecía tanto a Judith y alguien se daría cuenta al ver la foto del pasaporte. Bueno, eso también lo quiero hablar a solas con ella. No porque dude. Estoy segura de que dice la verdad, pero también quiero estar segura de que lo entiendo. Tendré que esperar a otro momento, porque en esa parte del relato era imposible interrumpirla. Dice que pensó que, en cualquier caso, habría algún procedimiento para reconocer el cadáver y que allí se

aclararía todo.

Alberto se ha empeñado en cortarla y le ha pedido que nos dejara explicar, que todos teníamos algo que confesar al respecto del reconocimiento del cadáver, él antes que nadie.

No, Alberto, le ha dicho. Ya hablaremos de eso. Ahora déjame a mí. He tenido mucho tiempo para pensar, imagino que vosotros también, pero yo más que nadie; veinticuatro horas al día durante no sé cuántas semanas. Y ahora sé que he callado demasiado, que muchas veces no os dije todo lo que debía deciros. No quiero que vuelva a pasar. Os quiero decir que tardé tanto en volver porque estaba indignada con vosotros, porque no soportaba la idea de que no fuerais capaces de reconocermme, pero luego entendí que era un error. Un error gravísimo. Una confusión demasiado grande. Os quiero pedir perdón. A todos. Os quiero decir que no hacía más que pensar en vosotros. He dicho que no me interrumpas, Alberto. Os quiero decir... Caramba, os quiero decir tantas cosas que no me voy a poder morir de verdad hasta dentro de no sé cuántos años.

¿Quién hablaba de cambios? Ése no está mal, para empezar. Todavía no sé si creérmelo. Mentira, claro que me lo creo. Ahora estamos todos muy emocionados y muy nerviosos y a lo mejor decimos cosas que luego, con los días... Pues eso, que luego igual no se mantienen. Mamá, descubriendo el valor medicinal de la verdad a los sesenta y nueve años. Nunca es tarde. Ahora que yo empezaba a renunciar, aparece ella con ganas de contar cosas. Me parece bien, porque aún me quedan unas cuantas preguntas. Hacia las nueve, cuando mamá ha dicho que estaba muerta de hambre, he propuesto que subiéramos a cenar al restaurante del faro. A todos les ha entusiasmado la idea. Luis se ha levantado de inmediato.

—Hay que llevarse al abuelo —ha dicho, mirando a su padre—. Porque si contabas con que me quedara yo a cuidarlo, lo tienes claro. Esto no me lo pierdo yo ni muerto, ¿verdad, abuela?

—Faltaría más, chaval. Hoy vamos todos.

Así que tocaba coger los dos coches. Con la excusa de adelantarme para reservar mesa, les he propuesto que subieran todos en el BMW de Alberto y he salido antes yo con mi cacharro. He podido disfrutar a solas del faro casi veinte minutos. Qué gusto, por el amor de dios. En lo alto del cabo, con el rugido del mar a los pies, enrabiado por el levante. Como el restaurante queda un poco más alto que la torre del faro, se ve la lámpara desde arriba. Ves nacer los dos haces de luz giratorios y luego los ves perderse en el mar. Antes no se podía mirar desde allí porque los fogonazos te cegaban. Cuando restauraron la ermita y abrieron el restaurante, alguien tuvo la buena idea de colocar dentro del cabezal de la torre, por el lado de tierra, una plancha de hierro de unos dos palmos de anchura. Es decir, al girar hacia el restaurante, la luz queda opacada apenas unos segundos para no deslumbrar a quien la mire desde allí.

Es demasiado tarde y tengo demasiado sueño y he bebido demasiado para detallar ahora todo lo que he pensado mientras miraba el faro: la verdad como una luz tan fuerte que abrasa a quien se atreva a mirarla; la verdad que necesita esconderse para ser reconocida; la mentira que, al tapar una verdad, la vuelve visible; etcétera. Hay miles de combinaciones posibles. Cuando han llegado los demás estaba pensando en el sexto proverbio de Li Po: «Es lujuriosa y fecunda la cópula entre la verdad y la mentira. Primero se funden en un solo cuerpo; luego se reproducen por millones».

Bueno, sigamos con el orden; la cena. Admito de entrada mi culpa por los excesos con el vino y ya pediré perdón mañana a quien corresponda si se despiertan todos con jaqueca. Espero que acepten que era necesario. A todos nos hacía falta, mucha falta, soltar un poco la lengua. Está bien que seamos tan civilizados y no deja de ser cierto que, como dice Alberto, ante la noticia de que mamá está viva todo lo demás pasa a ser secundario. Ella misma ha contribuido a esta paz al venir sin reproches, sin pasarle cuentas a nadie, satisfecha de estar con nosotros. Pero, hombre, tanto civismo, tanta buena educación... No sé, a veces hay cosas que se tienen que decir y se tienen que decir y punto. Y si hay que provocarlas, pues hay que provocarlas.

También espero que me concedan que lo he hecho de la mejor manera posible. No basta con servir el vino. Hay toda una estrategia de pasos y ritmos, una atención a los momentos idóneos... En fin, que no es tan fácil. Por ejemplo, para crear un clima propicio, no hay nada mejor que poner sobre la mesa la primera verdad. Pero no una verdad cualquiera. Una revelación íntima, pero compartible. A mí me lo ha puesto en bandeja Pablo nada más sentarnos a la mesa:

—Bueno, Serena, cuéntanos qué pensabas ahí afuera.

—No te lo vas a creer.

—Ponme a prueba.

—Estaba pensando en la primera vez que hice el amor. Fue ahí abajo, justo al lado del faro. Y este verano han pasado veintiún años.

Todos sabían con quién, porque fue el primer novio más o menos serio que tuve, pero nunca les había contado cómo. Tampoco es que esta noche me haya regodeado en detalles, porque no se trataba de eso. Además, no creo que a mis hermanos les hiciera falta demasiada explicación, porque son de la misma época que yo. En aquellos tiempos, el mirador que se abre a la bahía por debajo del faro era algo así como el picadero popular de Malespina. Cada noche, a partir de la una, parecía que hubiera una competición acústica entre los grillos y los amortiguadores de los coches. Al terminar teníamos que bajar la cuesta del faro asomando la cabeza por la ventanilla porque el parabrisas se quedaba tan empañado que no se veía nada. El pobre desgraciado que no tuviera coche se quedaba a dos velas. En fin, era tan común que si los chicos decían de ti que no conocías la vista desde el faro te estaban

llamando mojigata. Por supuesto, decir que te la sabías de memoria equivalía a llamarte puta.

Bueno, hemos hablado de eso un rato. No les he contado que lo hice con los ojos abiertos, viendo pasar por encima del coche la luz del faro y que, luego, cuando ya terminábamos, cerré los ojos y conté un, dos, tres, pausa; un dos tres, pausa, y me parecía que nuestras acometidas iban al mismo ritmo que la luz.

Una confesión sobre la mesa, porque una verdad llama a las otras. El vino bien escanciado, eso es fundamental. No de cualquier manera. Ha de ser progresivo. Hay que llenar las copas en cuanto están a medias, sin dar tiempo a que se vacíen del todo. Así, nadie se da cuenta de cuántas copas lleva. El vino blanco es ideal para eso porque puedes ir sirviendo casi a sorbitos con la excusa de que no se caliente. Hay más detalles importantes: tienes que servirte también tú, pero asegurarte de beber sólo un sorbo cada vez, suponiendo que quieras controlar la conversación y recordarla al día siguiente. Y aprovechar los momentos en que la charla esté más embarullada para pedir otra botella.

Reconozco que el resultado ha superado todas mis expectativas. Por dios, qué manera de cantar. En manos de alguien sin escrúpulos ese vino sería muy peligroso. Claro que no contaría, como yo, con la ayuda de Luis:

—Bueno, abuela, yo tengo una pregunta que te quiero hacer desde esta mañana.

—Dispara.

—¿Qué perfume llevas?

—¿Por qué?

—Porque es rarísimo. No sé a qué huele.

—A que no lo adivinas.

Y entonces Pablo, que estaba sentado a la izquierda de mamá, se ha acercado a ella, ha enterrado la cara en su cuello y ha dicho:

—Coño, repelente de mosquitos.

—Sólo llevo unas gotas —ha contestado mamá, como defendiéndose—. Me gusta. Me recuerda a Brasil.

—Vaya, vaya —ha intervenido papá, no precisamente por seguir la conversación—. Qué bueno está este vino. Pasa como el agua.

Llevábamos apenas veinte minutos sentados a la mesa y era la tercera vez que lo decía.

—Mamá... —Alberto estaba serio todavía. Parece que el discurso se le había atragantado por la tarde y necesitaba escupirlo como fuera—. Mamá, esta tarde me has pedido que te dejara hablar y me parece muy bien, pero en algún momento tendremos que...

—Para, Alberto —ha saltado Pablo con una fiereza desconocida en él—. Esto me toca a mí. —Y luego, mirando a mamá, ha añadido de un tirón—: Alberto te quiere



pedir perdón por la cagada de haberte confundido con otra y no sabe cómo hacerlo porque la verdad es que fue una cagada. Pero fui yo.

—¿Cómo que fuiste tú?

Yo creo que mamá no entendía nada.

—La única persona que entró en la sala donde tenían tu cuerpo, o sea, el cuerpo de Judith, fui yo. —La primera, en la frente. Bendito vino—. Me dijeron que eras tú, eso ya lo sabes, claro, y me enseñaron tu mochila y el pasaporte y todo eso. Luego me dijeron que tenías la cara cortada de arriba abajo y...

—Y qué... —Mamá estaba tranquila. Casi creo que no le importaba nada de lo que le decíamos. O que le importaba sólo por el bien que nos pudiera hacer a nosotros mismos soltarlo de una vez—. No pasa nada, Pablo. ·Di lo que tengas que decir.

—Pues que me acojoné. Que no levanté la sábana para mirarte la cara.

—¿Y eso es lo que tanto te preocupa?

—Sí, porque además no se lo dije a nadie. Por eso a nadie se le ocurrió pensar...

—Eso ya no importa, Pablo. Lo que sí me gustaría saber es por qué te tocó a ti.

Lo ha dicho mirando a Pablo, y sin embargo estaba claro que el comentario iba dirigido a Alberto. El mayor. El cabeza de familia. El que resuelve las cosas. El que lo hace todo bien. El que tenía que haber estado allí.

—Bueno, lo que pasó fue... —ha empezado a explicar Pablo, pero Alberto casi se le echa encima.

—Me cago en dios —ha dicho con todas las letras. Cuando Alberto se pone así es para decir algo bien gordo—. A mí lo que me gustaría saber es por qué cojones nadie me deja hablar hoy. Parece que os hayáis puesto de acuerdo.

—Perdona, Alberto. Tienes razón.

—Ni razón, ni hostias. Llevo todo el día intentando decirte que me sabe fatal no haber ido yo. Que me tocaba a mí. Que no supe estar en mi sitio. Yo sé muy bien cuál es mi papel en esta familia. No hay ninguna excusa que valga, pero escogiste un mal momento para morirte. O para no morirte, como quieras llamarlo. No podía salir de Barcelona. Tenía muchos follones de trabajo, cosas muy delicadas, y si me movía se podía ir todo al carajo.

—Bueno, Alberto; hemos quedado en que eso ya no tiene importancia.

—Pero es que para mí sí que la tiene...

—Pues te equivocas. —Ahora era mamá la que parecía impaciente—. Os equivocáis todos.

—Está buenísimo este vino. Pasa como el agua.

—Sí, mi amor. Como el agua.

Otro cambio de mamá. Antes, cuando papá se repetía de esta manera, ella se ponía fatal. Lo respetaba y lo trataba con cariño, faltaría más. Pero se le notaba la crispación por dentro. Ahora, en cambio, le sonrío cada ocurrencia como si acabaran

de conocerse.

—Digo que os equivocáis todos. No hay más que veros. Os robáis la palabra para defenderos. Cada uno quiere excusar al otro. Muy bien, estoy orgullosa de vosotros. Pero no hace falta. Yo podría hacer lo mismo. Ya lo he hecho esta tarde y parece que no me habéis oído. Tengo tanta culpa como vosotros, o más todavía, porque lo podía haber evitado todo con un simple telefonazo. Estamos usando la culpa como si fuera un escudo. Por cierto, sólo faltas tú, Serena.

Turno de palabra por alusiones.

—Yo, como todos. Fui a la funeraria con Pablo, pero me asusté antes que él. No fui capaz de entrar. Estuve a punto de desmayarme. Por eso el pobre Pablo no se atrevió a decirme que no te había visto, porque sabía que entonces yo...

—¿Os dais cuenta? Habéis convertido la culpa en una pelota para íroslo pasando, pero os quema en las manos. Todos habéis hecho algo mal. Alberto, no hace falta que te lo diga; tenías que haber estado allí. Tú, Serena, tienes más excusa porque todo el mundo sabe que te desmayas con una sola gota de sangre, pero algún día tendrás que encontrar la fuerza en algún lado. Porque al final me moriré de verdad, y me gustaría saber que vas a estar a mi lado.

—Ah, sí. Y darte besos de mariposa.

El vino hablaba por mi boca.

—¿Qué dices?

—Cosas mías —ha intervenido Pablo.

—Pues tú otro tanto. También tendrás que aprender que cuando se llega hasta el final se llega hasta el final. Y si no puedes, pues no puedes. Y ya está. Esos son vuestros errores. Pero no os olvidéis de una cosa: vosotros no habéis engañado a nadie; yo sí. Porque vosotros no sabíais que estaba viva. Yo sí sabía que me dabais por muerta. Ésa es la diferencia. Ya os he pedido perdón. Lo volveré a hacer tantas veces como sea necesario.

—O sea, que la pelota es tuya —ha concluido Alberto—. Y tú decides quién juega.

—Como el agua. Pasa como el agua.

—Bueno, ya. —Luis se empezaba a hartar de culpas y engaños—. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, las cenizas. ¿Qué hacemos ahora con ellas?

Pablo ha propuesto que saliéramos igualmente con la *Amén* y las echáramos al mar. Hemos tenido que explicarle a mamá lo de la *Amén*. De eso se ha encargado Luis, excitado todavía con el recuerdo de la salida de ayer. O de anteayer, ya no sé. Mamá ha dicho que le parecía fantástico sacar la barca, pero que las cenizas de Judith ni se tocan. Quiere enviárselas al embajador de España en Guatemala con una carta, por si consiguen localizar a los herederos. Me parece bien, aunque sospecho que ésa es la pelota de culpa que le quema a ella en las manos.

—Por cierto, aunque sólo sea por curiosidad, ¿dónde pensabais echarlas?

—En la bañera de la rusa —hemos contestado a la vez Pablo, Luis y yo. Alberto estaba como ausente.

—¿Qué? ¿La rusa? ¿Estáis locos? Ni hablar, de ninguna manera. ¿Se puede saber qué os pasa?

En fin, se ha vuelto loca. Estaba roja, roja de ira. Ha dado toda una serie de explicaciones. Dice que nunca le cayó bien la rusa. Y que siempre lo hemos sabido. Y que echar sus cenizas allí sería como esparcirlas en campo enemigo. Todo eso está muy bien, pero yo estaba pensando en otras razones y no me atrevía a decirlo. Supongo que no lo hubiera hecho ni con dos botellas más, pero para eso estaba mi querido Luis. No sé si es el síndrome, o pura mala leche, pero ha hablado bien claro:

—Pues el tío Pablo dice que tú le tenías manía a la rusa porque el abuelo tuvo un lío con ella.

—¡Luis! —Alberto casi tumba la copa del susto—. Pídele perdón a la abuela ahora mismo.

—Y dale con los perdones. —A mamá casi le hacía gracia—. ¿Queréis saber la verdad? Yo también lo creí durante un tiempo. No cuando le pintó el retrato, porque entonces ella era ya muy mayor. Fue antes. O sea, lo sospeché antes. Como hablaba siempre de ella de aquella manera... ¿verdad, Julio?

—Claro, mi amor.

Papá no se enteraba de nada, pero la miraba con unos ojos que hacían imposible pensar que jamás haya existido otra mujer para él.

—Una vez llegué a acusarlo. Bueno, acusarlo no; pero se lo pregunté directamente. Él me juró que no, y encima me sentí fatal por haberlo pensado. Entonces me lo creí y ahora sigo creyéndolo. Pero si lo que queréis es una prueba indiscutible, no la tengo. No sé si me vais a creer, pero os aseguro que no me importa. Yo sé lo que me ha querido este hombre... —Le acariciaba la cara—. A quién le importa la rusa. Ahora, de eso a echar mis cenizas en su playa... Por cierto, ¿por qué con la *Amén*?

—Hombre, ¿te parece poco? —Luis, otra vez excitado—. Ni más ni menos que un buey de pesca que estuvo presente cuando naufragó Simón.

—Ya, Simón —ha cortado mamá, mirando al techo, como si la mera mención del abuelo la aburriera—. No me refería a eso. La pregunta es por qué no salimos con el *Astor*.

—Porque papá lo está arreglando.

—Mentira. —Alberto, cortante.

—Coño, papá, qué raro estás esta noche. Tú mismo dijiste...

—No hace falta que me recuerdes lo que dije. Era mentira. No estoy arreglando nada. Al revés, lo estoy jodiendo todo. He vendido el *Astor*.

—¿Qué?

Todos. Como un eco. Qué qué qué qué.

—Que me lo vendí hace un mes. Necesitaba la pasta. Estoy arruinado. Os lo estoy intentando decir hace horas y no hay manera.

Hostia. En ese momento, casi me arrepiento del vino. Con eso no contaba. Nos ha dado toda clase de explicaciones, pero todavía hay cosas que no entiendo. No me refiero a la pasta, porque las cuentas están claras. Por mucho dinero que gane Alberto, si sumas el nivel de vida que lleva, sus divorcios y el de Pablo, lo que cuesta mantener a papá hecho un príncipe, lo que tuvo que pagar para quedarse con la casa, más la recuperación de Luis, todas las reformas de Malespina, la cantidad de regalos que nos ha hecho a todos... No hay sueldo que pueda con eso. Y encima parece que tenía todos sus ahorros invertidos en acciones. Lo que no entiendo es por qué no lo había dicho antes. No es tan difícil pedir ayuda, joder. Para eso estamos los hermanos. Eso es lo que le hemos dicho todos, pero es mentira. Como es mentira que yo no lo entienda. Los hermanos no estamos para eso. Los hermanos estamos para que todo siga siempre igual, para que él siga siendo siempre el generoso y nosotros los beneficiarios de su generosidad, porque eso es lo que dice el reparto de esta obra que llevamos toda la vida representando. Y si lo ha dicho hoy no es por el vino, ni por el ambiente, ni por esas tontadas. Lo ha dicho porque no tenía más remedio. La casa de Malespina está hipotecada. Lleva no sé cuántos meses de atraso. Si no se pone al día antes de fin de año, se la embargan. Ya no discutiremos más de quién es la casa. Encima, para acabarlo de arreglar, mamá ha vuelto a poner en juego la dichosa pelotita:

—La culpa es mía, Alberto.

—Sí, hombre.

—Cómo que no. ¿Quién te hizo comprar la casa?

—Mamá...

—Dilo.

—No, tenemos un pacto.

—Pero qué pacto, ni qué niño muerto. ¿No lo ves? ¿No entiendes que el juego de los secretitos ya no sirve para nada? ¿No te das cuenta de que tu padre ya no se va a enterar aunque se lo digas bien claro?

Entonces mamá va y nos cuenta que la idea de que Alberto comprara la casa fue suya. Eso sí lo he entendido bien. Papá nunca lo hubiera aceptado de otra manera. Lo que no me parece tan bien es que lo mantuvieran en secreto. Se trataba de engañar a papá, no a nosotros. Bueno, cada uno toma las decisiones que toma. Ahora, lo importante es ayudar a Alberto. Para una vez que se deja...

Mamá ha tenido una idea brillante. Vender su estudio. Un poco tarde, querida. Ya está vendido. Alberto ha explicado que ya no tiene su parte. La usó para pagar

deudas. Ésas eran las gestiones que le corrían tanta prisa al salir del notario el otro día. Nos hemos puesto a sacar las cuentas del borracho. Yo creo que al final salvaremos la casa, aunque no va a ser fácil. Pablo y yo nos hemos comprometido a aportar nuestra parte de la herencia para la hipoteca. Pero entonces mamá se queda sin un euro, porque ese dinero es suyo. En fin, habrá que hacer muchos números. Ha sido como una bomba. Nos hemos quedado todos hechos polvo. Luis se ha empeñado en levantar el tono de nuevo como fuera.

—Joder, papá, por eso estabas tan nervioso estos días. —Y luego, guiñándole un ojo—: Nosotros creíamos que estabas enamorado.

Alberto parecía sonreír, pero era la mueca de los derrotados.

Entonces, Luis la ha tomado conmigo y casi lo mato. Ni síndrome, ni hostias. Un cabrón de padre y muy señor mío.

—Bueno, Serena, ya que estamos de confesiones, ¿tú no tienes nada que decir?

—¿Yo? No sé a qué te refieres.

—Sí, mujer. —Y me miraba el vientre—. Algún secreto, alguna noticia.

No me ha dado la gana de seguirle el juego.

—No, noticias no. Yo lo que tengo son preguntas.

Pensaba en mamá. Por qué te fuiste a Guatemala. No descansaré hasta que me lo diga. Hasta que me diga la verdad. Pero no he preguntado eso.

—Ya que hemos hablado de líos, tengo otra curiosidad. Pablo está convencido de que la abuela tuvo que acostarse con el director de la compañía para que le dieran el papel a Simón. Yo no estoy tan segura, pero la verdad es que suena lógico.

—¿Todavía estás con ésas? —Mamá parecía sorprendida de verdad—. Quiero decir, ¿es que no os vais a olvidar nunca de Simón?

—Contesta, abuela. —Luis todavía tenía ganas de confesiones—: ¿Se folló Amparo al director? Como en los juicios: sí o no.

Esta vez Alberto no ha encontrado fuerzas para reñirlo.

—No tengo ni idea, Luis. Yo creo que hay muchas cosas de Simón y de Amparo que no sabemos, ni sabremos nunca.

—Pues yo creo que sé algunas.

Mamá me ha mirado como si en vez de una sospecha yo estuviera poniendo sobre la mesa una bomba atómica. Por un momento me ha parecido que me tenía miedo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, yo creo que el famoso coche era robado, y que por eso huía y que por eso se mató.

—Sí, hombre —ha soltado Alberto, quien al parecer conservaba todavía una punta de sentido del humor—. Lo que faltaba. Yo arruinado, mi abuelo un vulgar ladrón...

Pero nadie le ha hecho caso. Todos estábamos pendientes de mamá. Se ha

quedado un rato pensando.

—Puede que tengas razón, Serena. Yo también lo he pensado algunas veces.

—Pues no quiero ni oírlo. —Ahora, Alberto hablaba en serio—. De verdad. Pidamos la cuenta. Mañana nos lo explicas, Serena. Creo que ya son demasiadas sorpresas para un solo día. Además, estoy muerto de cansancio y...

—... ya sólo tengo fuerzas para acostarme —hemos dicho al unísono Pablo, Luis y yo.

—Ahora te vas a tu cuarto y nosotros te encerramos —ha rematado Pablo—. Como a Simón.

—Al que vamos a encerrar es a ti, Pablo —ha soltado Luis de pronto—. Por mentiroso.

—¿Mentiroso yo?

—Bueno, por tener secretitos.

—Nunca he tenido ninguno.

—Pues yo sé uno...

Como un crío.

—Suéltalo, Luis —lo ha animado mamá—. Ya no vendrá de uno.

—Pablo ha vuelto con Antonia.

Qué cabrón. Qué cabrones: Luis por decirlo; Pablo por hacerlo. Lo hemos puesto verde. Incluso Alberto, que desde la confesión de su ruina parecía haber abandonado la conversación, se ha cebado con él. El tropezón en la misma piedra, la obligación de aprender de los errores, a quién se le ocurre después de lo que pasó, después de lo que te hizo... En fin, le hemos dicho todo lo previsible. Un error. Una gran cagada, como diría él mismo. Pablo se ha quedado tan tranquilo. Dice que tenemos razón. Que no se volvería a casar con ella ni loco. Pero que como amante no tiene precio. Y se queda tan tranquilo, como si no hubiera dicho nada. Y encima va mamá y le da la razón. Una decisión muy sabia, le ha dicho. Felicidades, Pablo, ya iba siendo hora de que te hicieras mayor. ¿Será el vino?

Al final, mientras nos hurgábamos todos los bolsillos para pagar, Luis ha propuesto que saquemos la *Amén* mañana, naveguemos hasta el lugar donde naufragó Simón y allí les cuente la historia del coche robado. Aprobado por unanimidad.

Como nadie se sentía capaz de conducir, hemos dejado mi coche en el faro y los he bajado a todos en el de Alberto. Íbamos tan callados que parecía que fuéramos directos a la cama, pero al llegar a casa nos hemos ido desplomando en los sillones del salón, como si nadie se atreviera a dar por clausurado el día. Mamá se ha tumbado en el sofá, con la cabeza apoyada en el regazo de papá y cubierta con su manta. Pablo se ha acercado a ella, ha metido una mano por debajo de la manta y le ha tocado los pies. No sé si los demás se han dado cuenta de lo que estaba pasando, pero yo lo he visto clarísimo. Le ha dado un beso en la frente. Luego se ha sentado al piano, ha

levantado la tapa y ha dicho:

—Esto es lo que compuse aquella noche en Flores. Se llama *Isabel y el agua*.

Y se ha puesto a tocar. Yo estaba aterrada porque me esperaba una cosa tremenda de las suyas, una inundación de lodo, un réquiem para enterrar al último superviviente de la humanidad. Y sin embargo, era todo lo contrario: música de agua suelta, derramada, potente, pero casi alegre, como si fuera un baile, aún la tengo en los oídos. Este cabrón, he pensado, este cabrón se le muere su madre y no se le ocurre otra cosa que componerle un baile. No sabía si reír o llorar, pero Alberto ha decidido por mí, porque estaba a mi lado y lloraba, vaya que si lloraba, a moco tendido, como un bebé. Y entonces mamá se ha levantado, ha tomado a papá de las manos, lo ha levantado despacito, despacito, diciéndole ven, ven, Julio, ven, y se ha quedado abrazada a él igual que esta mañana pero moviéndose un poco, dando apenas media vuelta mientras Pablo seguía tocando, como si tuvieran pendiente el último giro de un baile que empezó hace muchos años.

Ahora duermen todos.

## CON LUIS

Lo reconoce de entrada. Ni siquiera busca una excusa. Claro, me dice. Hace tiempo. Cuánto tiempo, le pregunto. Estoy indignada. No sé, contesta: semanas, quizás un par de meses. Es como esas luces de neón que chisporrotean, como si hubiera un falso contacto en mi cerebro, un cortocircuito. A veces, se enciende la luz. Muy de vez en cuando. Ayer, por ejemplo. Ayer se encendió la luz y entendí que no debía decirle al abuelo que la abuela está viva.

Y por qué no nos has dicho nada, le pregunto. Es una gran noticia. Pues no parece que te alegres mucho, contesta. Qué quieres decir. Siempre me preguntas qué quiero decir. Quiero decir lo que digo: que no parece que te alegres mucho. Hombre, me hubiera gustado saberlo antes. Ahora tengo la sensación de que estabas jugando conmigo.

Entonces va y lo suelta. Claro que jugaba, dice. Como tú. Tú lo que pasa es que quieres tener una relación sexual con la verdad. Una relación de morbo. Te pone cachonda el peligro. Vienes a hablar conmigo, vienes a contarme las verdades, pero te las escondes. Necesitas que te las arranque. Necesitas que haya un poco de lucha. Necesitas pasar el miedo justo: saber que dudarás pero terminarás contándolo; saber que a lo mejor yo se lo cuento a todo el mundo. Donde las demás mujeres tienen el clítoris, tú tienes una verdad. No sé cuántos años llevas acariciándola. Ahora necesitas que la toquen unas manos nuevas. Por eso vienes a mí. Te estás pasando, Luis. Es una metáfora, Serena, una forma de hablar, tú ya me entiendes. Vale, pero te estás pasando. Pues vístete.

Júrame que no le dirás a nadie todo lo que te he contado, le digo. No puedo jurarte nada, Serena. Cuando me contaste que estabas embarazada, sabías que yo podía decírselo a quien me diera la gana. Eso era parte del morbo. Ya te digo, puro sexo. Llegas vestida, te desnudas, haces lo que tienes que hacer, te vistes y te vas. Pero no eres la misma que vino. Ni yo tampoco. Ahora tengo tus verdades. No sé qué voy a hacer con ellas. No es una forma de hablar. Es verdad que no lo sé. Depende de la luz de neón. Se enciende y se apaga.



## VIERNES

41,36 Norte; 3,15 Este. Ésas son las coordenadas del naufragio de Simón. No hay nadie de la familia que no se las sepa de memoria. Es una suposición, claro. En realidad sólo sabemos que fue a unas siete millas de la costa. Ni siquiera eso. Cuando papá nos enseñaba a navegar, solía llevarnos hasta allí para poder contar la historia en plena ambientación. Iba extendiendo los brazos a medida que hablaba y, sin moverse de sitio, podía señalarlo todo: por ahí se acercó la nube, las barcas estaban aquí, el primer golpe de viento disgregó unas cuantas hacia allá, las otras se juntaron más o menos aquí. Luego Simón, agarrado a su balsa, fue flotando hacia ese lado... Al volver a casa yo salía sola a la terraza y contemplaba la vista hasta que me dolían los ojos.

Entonces no conocíamos las coordenadas exactas. Eso vino después, cuando Alberto compró la *Astor V*, con GPS y toda una serie de aparatos modernos perfectamente inútiles en una barca que, a fin de cuentas, sólo iba a destinar a la navegación costera. Por supuesto, quiso estrenarla navegando hasta el lugar del naufragio y fuimos todos con él. Íbamos sentados en el puente de mando, junto a la rueda del timón, alelados con aquellas lucecitas que parecían propias de una nave espacial. Anotamos todos los números pertinentes, empezando por los doce ridículos minutos que nos costó llegar hasta allí con los 280 caballos de potencia a pleno rendimiento, los 78 metros de profundidad que marcaba la sonda... Hasta que, al acercarnos al lugar, Alberto redujo al mínimo la velocidad y papá se levantó, olisqueó el aire con cara de zahorí, esperó unos segundos y dijo: «Aquí». Entonces Alberto encendió el GPS y yo anoté las coordenadas: 41,36 N 13,15 E. Podía haber sido media milla más allá o, puestos a escoger, donde nos diera la gana, porque ninguno de nosotros había presenciado los hechos. Sin embargo, nadie lo discutió y las coordenadas quedaron fijadas para siempre de manera oficial. Fue como ponerle nombre a un hijo: una decisión totalmente arbitraria, pero irreversible.

No sé si hoy estábamos exactamente en ese punto, porque la *Amén* no lleva GPS ni nada parecido. El plan era salir a primera hora, porque según mis previsiones el levante empezaría a ponerse arisco a media mañana y a partir de entonces era más fácil que lloviera. Nos hemos levantado pronto, pero ha sido imposible levar el ancla antes de las once. Repartamos la culpa del retraso a medias entre papá y yo: yo por lo de ayer. O sea, por la resaca colectiva de esta mañana, que no ha despejado hasta que el aire, ya en la cubierta de la *Amén*, nos ha lavado la cara. Y papá... Bueno, papá no tiene ninguna culpa. Lo que pasa es que estaba tan torpe que ha sido imposible montarlo en la barca. Nadie quería irse con él a casa. Yo me hubiera sacrificado, pero no podía. Si se trataba de explicar las verdaderas circunstancias de la muerte de Simón, mi presencia era obligada. Al final, mamá ha resuelto que lo dejáramos solo

en casa. Nos hemos quedado todos de piedra.

—No puede ir a ningún sitio —ha dicho—. No va a pasar nada. Lo dejamos bien instalado y punto. Yo me hago responsable.

Total, que Alberto y yo hemos tenido que subirlo a casa y volver a bajar. Luego había que izar la vela y, a pesar de que hoy contábamos con la ayuda de Pablo, nos ha costado aún más que el otro día. Lógico, hacía mucho más viento. Por fin hemos logrado zarpar. La *Amén* navegaba exactamente igual que el otro día, como si ni siquiera se dignara tomar nota del aumento de tripulación. Al llegar al lugar del naufragio, Alberto ha encarado la proa al viento, hemos amollado la vela y la *Amén* se ha quedado quieta, apenas con un vaivén parecido a la respiración de los perros después de una carrera. Silencio absoluto, salvo por el chapoteo del agua en el pantoque. Al ver cómo me miraban todos, he tenido una sensación extraña, como si se invirtieran los papeles y a mí me tocara sin remedio adoptar el de papá. Es más, si nosotros lo mirábamos así, si seguíamos sus historias con la misma ansiedad que yo he visto hoy en las caras de mis hermanos, no me extraña que se dejara llevar. Ni siquiera que inventase datos imposibles y lo escenificara todo con aquel estilo suyo tan histriónico. Incluso mamá. Ella, que nunca quiso saber demasiado de aquellas historias, parecía la más interesada en oírlas hoy. No he tardado mucho en comprender que mi papel se limitaba a la suplencia. Querían escucharme como si fuera el muñeco de un ventrílocuo. Como si la incapacidad de papá convirtiera mi boca en herramienta imprescindible para volver a oír la historia de siempre, las palabras prestadas. La *Amén* no era el escenario de una ceremonia de la verdad, sino de un simulacro de la leyenda.

Por si no lo había entendido, Luis se ha encargado de aclararlo desde el principio, protestando en cuanto se ha hecho evidente mi intención de contar directamente las conclusiones nuevas a que he llegado estos días. Ha insistido en que la historia de Simón, tal como la contaba papá, era interesante por sí misma, incluso si fuera falsa. Ha asegurado a los demás que yo me la sabía palabra por palabra y no ha tenido reparo en contarles que el otro día escribí para él la de Li Po y que al leerla llegó a creer que oía la voz de papá. Es listo este muchacho. Su último argumento ha sido que, como no hay ningún testigo presencial, ninguna manera objetiva de confirmar la verdad, sólo podían saber si mi versión de la historia es creíble comparándola con la otra.

—¿Toda la historia de Simón? ¿Estáis locos? Se nos haría de noche aquí —he protestado.

—Sáltate el naufragio, si quieres —ha propuesto mamá—. Eso nos lo sabemos todos. Podrías empezar cuando salió de casa.

—Vale. Se supone que se fue por la noche, o a última hora de la tarde...

—No, así no, Serena —ha interrumpido Luis—. Si lo vas a contar así me tiro al

agua y me vuelvo nadando. «A las ocho de la tarde del día 11 de agosto de 1922, Simón entendió...». Así lo contaba el abuelo. Y no hagas ver que no te acuerdas, porque no me lo creo. No te saltes nada, por favor. Los castillos de naipes, el ejemplar de *El burlador* que se desmigaba, las tres lecciones... Por favor.

Por favor. Bueno, tampoco me costaba tanto.

—A las ocho de la tarde del día 11 de agosto de 1922, Simón entendió que el éxito de su plan de huida dependía de la celeridad con que lo pusiera en marcha. Dicho de otro modo, supo que la hora de actuar había llegado. Así como la prudencia y la simulación habían sido hasta entonces sus principales aliados, ahora debía contar con la determinación y el arrojo. La cita era a las siete de la mañana delante del Teatro Borrás. Como su padre solía levantarse poco después de las cinco, Simón había planeado mantener el simulacro de normalidad hasta una hora antes, las cuatro de la madrugada, momento en que, sin el menor ruido, sin encender siquiera una vela, abandonaría la casa para siempre. Sin embargo, por primera vez, sentado ante el mamotreto de Derecho Romano y atenazado por los nervios, se sentía incapaz de memorizar ni una sola línea. Llevaba ya más de dos horas extraviado en sus cavilaciones, atascado en el estéril ejercicio de sopesar todas las alternativas posibles en el asunto del coche sin que ninguna se le antojara suficientemente eficaz. No sabía qué hacer. ¿Reconocer la verdad? ¿Presentarse a la cita sin coche y confiar en que el director mantuviera pese a ello su compromiso? Demasiado riesgo, pues no se le escapaba que, entre sus aportaciones, la compañía valoraba la posesión de vehículo propio muy por encima de las virtudes de su voz o su memoria prodigiosa.

Sí, otra vez las palabras prestadas. Otra vez en mi boca, pero ajenas. Etéreas, superfluas, excesivas, y sin embargo sólidas, pesadas. Las escribo y parece que las esté esculpiendo. Así seguía la historia:

Por momentos deseó regresar en el tiempo, darle la vuelta al molesto reloj de arena que marcaba el paso monótono de sus días y plantarse de nuevo en el instante en que había mentido al director por primera vez. Mejor dicho, el momento en que había secundado la mentira de Amparo, según la cual él disponía de coche propio. Pero eso nunca es posible. No sólo por la ley inexorable del tiempo sino, más grave aún, porque las mentiras suelen quedar atrapadas en los fundamentos del castillo de naipes con que vamos construyendo la vida. A menudo, basta con retirar una para que el edificio entero se desmorone. Optamos entonces por lo contrario: añadir más naipes falsos, apuntalar como sea el vulnerable castillo de nuestras ficciones, trazar mentiras como paredes maestras.

Corregir la verdad. Eso es lo que hacemos todos cuando nos resulta imposible corregir la mentira y a esa tarea quiso entregarse por completo el abuelo Simón aquella tarde. Como suele suceder, la imaginación racaneó con él hasta el último instante y sólo entonces lo deslumbró con una solución tan perfecta, tan clara y obvia,

que de no ser porque lo apremiaba la inminente llegada de su padre a casa habría desperdiciado un buen rato en maldecirse por no haberla pensado antes. Acababa de sacar de la baraja el naipe idóneo, el comodín caprichoso. Ya no había tiempo que perder. Su nuevo plan exigía la máxima urgencia.

Llevado en volandas por la euforia, Simón metió en una maleta las muy escasas pertenencias que consideró imprescindibles: apenas dos o tres mudas de ropa limpia, un par de barajas nuevas y su ejemplar de *El burlador de Sevilla*, tan manoseado que parecía a punto de desmigarse. Antes de abandonar la casa para siempre, dejó sobre la cama de su padre el ejemplar de Derecho Romano, igualmente desgastado. En la página correspondiente a la lección que hubiera debido repasar con él aquella misma noche, intercaló una nota con el siguiente texto: «Hoy, padre, le toca a usted aprender una lección. Sólo tres cosas le pido: que no la olvide, que se cuide y que no pierda tiempo buscándome».

Abandonó la casa urgido por el temor de que un fatídico encuentro con su padre pusiera brusco fin a la aventura que apenas comenzaba. Sólo cuando ya se encontraba en el rellano de la escalera dedicó un segundo a la tarea propia de un fugitivo: maldecir el pasado que abandonaba y calibrar, con los pulmones rebosantes y las piernas temblorosas, los bienes que a manos llenas habría de traerle el futuro. Un futuro tan cercano ya, tan inminente, que apenas merecía tal nombre.

Simón nunca contó a nadie lo que ocurrió entre el momento en que cerró la puerta de la casa paterna y la mañana siguiente. A nadie. Ni siquiera a Amparo. Sólo sabemos a ciencia cierta que poco antes de la hora fijada, cuando acudieron a la cita los primeros miembros de la Compañía del Corral, lo encontraron dormido dentro de un coche aparcado sobre la acera, delante del Teatro Borrás. Nadie se percató de su presencia hasta que llegó Amparo, e incluso ella tardó en reconocerlo, pues de ningún modo se le hubiera ocurrido que el conductor de un vehículo tan lujoso pudiera ser su novio. No era un coche cualquiera, sino un Hispano-Suiza que, incluso en la mortecina luz del amanecer barcelonés, brillaba con todo el esplendor de sus molduras plateadas. Amparo golpeó suavemente la ventanilla con el revés de la mano, confiando en que el tintineo metálico de sus anillos sobre el cristal bastara para despertar a Simón. Al ver que éste no reaccionaba, abrió la puerta y se metió en el coche. Antes de hablar, pasó la mano extendida por los acabados de nogal que remataban la guantera y apreció el tacto de los asientos de piel con las yemas de los dedos, temerosa de que la menor brusquedad pudiera provocar, como en un cuento de hadas, el desvanecimiento de todo aquel lujo incomprensible. Al fin, en un susurro, llamó a su novio:

—Simón.

Pero el abuelo dormía el sueño más profundo.

—Simón, Simón.

Insistió ya sin miramientos y, agarrándolo por las solapas de la chaqueta, agitó el torso del durmiente hasta que éste entreabrió los ojos. En vez de echarse en sus brazos, en vez de reclamarle los besos atesorados durante los meses de castigo, Amparo se apartó un poco y lo interrogó con tono aprensivo, como quien pregunta por una enfermedad:

—¿De dónde has sacado este coche?

—Se lo he comprado a Alfonso —contestó Simón, aún con la voz pastosa, mientras se frotaba el rostro con las manos para salir de su aturdimiento. Amparo no dijo nada, pero sabía perfectamente que de ningún modo Simón podía haber reunido el dinero suficiente para pagar siquiera la rueda de repuesto de un vehículo como aquél. También sabía que si se enfrentaba a él, si mostraba abiertamente su desconfianza e insistía en el interrogatorio, sólo obtendría testarudas negativas. Por eso prefirió esperar hasta que, pasado un tiempo, ya en camino, Simón decidiera contárselo por su propia voluntad.

Se lo he contado a mis hermanos tal como lo escribo aquí. Hasta aquí me escuchaban todos en silencio, comiendo como corderitos en el abrevadero de la leyenda. Si he de decir la verdad, es halagador; te transmite una sensación de poder fascinante. Sin embargo, por otro lado, me indignaba. Está bien que de niños escucháramos así a papá, como me escuchaban hoy a mí, con los oídos de la imaginación; no los de la inteligencia. Pero ya somos todos mayorcitos, caray. Incluso si la verdad nos importa un comino, incluso si nuestro interés es puramente nostálgico, hay errores que claman al cielo. ¿Comprar un coche? Simón, ¿comprar el coche de su amigo Alfonso? ¿Un Hispano-Suiza de lujo fabricado en Francia? Hombre, no me fastidies. El pobre hijo del verdulero pobre. Incluso papá debía de tener claro que nadie se lo iba a creer. Por eso, al llegar a esta parte de la historia, insistía en que Simón se negó a responder a las preguntas de Amparo. Cuando sabes que algo es mentira pero no puedes permitirte reconocerlo, no hay mejor estrategia que insinuar tú mismo la duda para luego quitarle importancia. Tal vez no sea del todo cierto, pero que más da. O, en palabras de papá: «Sólo sabemos que Simón abandonó la casa del padre antes de la hora de la cena y se presentó puntual a la cita del día siguiente montado en el coche de su amigo, afirmando haberlo comprado. No tenemos más remedio que imaginar lo que pudo ocurrir entre esos dos momentos». Incluso añadía a continuación: «He dicho imaginar, no inventar, que son dos cosas distintas».

Coño, y tan distintas. Inventamos a partir de la necesidad; imaginamos a partir de la lógica. Inventamos para asegurarnos de que el resultado se parezca a lo que nos conviene; imaginamos para acercarnos a una verdad posible. Papá inventaba. Mejor dicho: Amparo inventaba y papá hacía cuanto estuviera en sus manos para disimular los fallos del invento.

Eso no se lo he dicho a mis hermanos. Pero sí los he animado a imaginar conmigo. A aplicar, por primera vez en la vida, un poco de lógica a la historia de Simón. Porque la lógica es el único sostén posible de la imaginación. Incluso en la vida más retorcida y mutable, incluso en la existencia más vapuleada por el azar, hay un sentido de la lógica que lo impregna todo. Si no, es mentira.

—¿Y qué más da si lo compró, lo robó, o se lo encontró tirado por la calle? —ha preguntado Alberto—. Lo único importante es que necesitaba un coche y lo consiguió. Sin coche, no había teatro. Tú misma dices que era un pobre desgraciado. El teatro era la única ilusión de su vida. A mí no me parece tan grave que...

—¿Grave? —no he podido evitar interrumpirlo—. ¿Quién habla de gravedad? Yo no estoy juzgando a Simón. Yo a quien... —No, no podía decir: «Yo a quien juzgo es a papá»—. No digo que sea grave o no. Lo que digo es que era mentira.

Inútil. La discusión se ha alargado insoportablemente y, como suele suceder, cada vez importaba más determinar quién tenía razón; no cuál podía ser la verdad. Culpa mía. Culpa mía por aceptar una batalla tan desigual, en la que la brigada de la razón tiene siempre todas las de perder contra la tropa aplastante de las leyendas. Incluso he podido sentir lo que sin duda sentía papá ante mis preguntas. La misma impotencia. Alberto, Pablo y Luis atacaban mi versión de la historia por todos sus flancos. Cuando ya estaba dispuesta a batirme en retirada, ha sonado la corneta del aliado imprevisible, de la gran potencia mundial que, al sumarse a la batalla, cambia radicalmente su desenlace. Mamá:

—Os propongo una cosa —ha dicho con una sonrisa bien abierta, como si de verdad la discusión le pareciera graciosa—: Dejémosla terminar. Dejemos que Serena cuente su versión de la historia. Luego ya compararemos. Total, hemos empezado con esa intención, ¿no?

Gracias, mamá. Un millón de gracias. Porque en ese momento he comprendido que, si me sentía en la misma situación que papá, si veía que mis argumentos no conseguían hacer mella en las defensas de toda la familia, mi única posibilidad de vencer consistía en usar la misma estrategia que él: no la retirada, sino el ataque suicida; no la impotente bandera blanca de la razón, sino el redoble ensordecedor de la leyenda. A partir de entonces, mi propósito ya no era convencer a mis hermanos, sino aplastar la leyenda imposible del pobre Simón.

—¿Alguien sabe dónde vivía Alfonso? Mejor dicho, ¿alguien sabe cómo se llamaba Alfonso? Porque hasta eso es mentira. De todas formas, démoslo por cierto, como hemos hecho siempre. Qué más da el nombre. Supongamos que Simón fue a buscarlo a su casa. ¿Un número alto de la calle Balmes, por ejemplo? No importa, ¿verdad, Alberto? Total, por no saber, ni siquiera sabemos exactamente dónde vivía Simón. Cerca del mercado del Born, ¿no? Un poco vago, pero sigamos. Probablemente cruzó toda la ciudad a pie. Como sabemos, o creemos saber que salió

de su casa hacia las ocho...

Milagro. Otra vez volvían a estar todos pendientes. Sobre todo mamá, que me miraba con una intensidad brutal, como si quisiera asegurarse de que yo no iba a desaprovechar la oportunidad que me había dado con su intervención en la batalla. Casi parecía orgullosa de mí. Asentía de vez en cuando y me animaba a seguir con una sonrisa. Y he seguido. Como si el ejército enemigo se hubiera retirado al constatar la fortaleza de mi aliada, he permitido que mis tropas desfilaran a bombo y platillo por un campo de batalla en el que las dudas ya eran cadáveres.

Tiene su gracia imaginar esta parte con palabras parecidas a las que mi propio padre habría escogido, con su mismo tono. Por ejemplo: Fuera cual fuese la dirección de Alfonso, parece obvio que Simón llegó a su casa alrededor de las nueve. La familia de su amigo estaba reunida para cenar. Hablamos de casa rica. O sea, a Simón le salió al paso un portero ocioso, vestido con bata azul. Lo repasó con la mirada de arriba abajo, como suele hacerse con los desubicados cuando su vestimenta delata que sólo pueden estar donde están por error, o por exceso de atrevimiento. Incluso es posible que olisqueara a Simón sin disimulo para hacerle constar que el olor a cebolla delataba su procedencia.

—¿Y el señor adónde va? —le preguntó, orgulloso por la doble sorna, pues ni tenía a Simón por señor ni veía claro que fuera a ninguna parte si él podía impedirlo.

—Vengo a ver a Alfonso.

Alfonso. No me voy a permitir el exceso de inventarle también un apellido.

—¿Quién lo busca?

—Simón Azuera.

—Espérese aquí, que ahora mismo lo aviso.

Si no ando errada con la figura del portero, tal vez «ahora mismo» fuera sólo una figura retórica y el hombre, investido de la mezquina autoridad que sólo se ejerce con los débiles, se demorase más de lo necesario en cumplir su cometido. Seguro que se entretuvo ostentadamente con alguna nadería para demostrarle a Simón que, por mucho que le devolviese miradas crispadas, por mucho que recorriese la portería de cabo a rabo con pasos nerviosos, no pensaba otorgarle al encargo la menor urgencia. Bajó al fin Alfonso. Ya que estamos en manos de la lógica, supongamos que bajó a la portería. También puede ser que hiciera subir al abuelo a su casa, pero no me acaba de cuadrar. La última vez que se habían visto, Simón partía en una barca de pesca hacia un naufragio que él, acuciado por regresar a Barcelona con la luz del día, ni siquiera había presenciado. Tal vez jamás tuviera noticia de la tempestad. O tal vez sí; a saber si algún conocido común, enterado por Amparo, lo había puesto al tanto de todo lo sucedido en la vida de Simón en los últimos meses. Al fin y al cabo, es de suponer que, extrañado por su ausencia en las partidas y en los ensayos, preguntara por él en algún momento. Da lo mismo. De ningún modo aquella visita por sorpresa

podía ser portadora de buenas noticias y por eso es de sentido común suponer que, en lugar de hacer subir a Simón, provocando con ello la curiosidad y el posterior interrogatorio de la familia, Alfonso decidiera bajar, recibirlo en el portal y averiguar sus intenciones.

Dadas las circunstancias, dudo que la conversación tuviera demasiados prolegómenos. Apenas un intercambio inicial de saludos, alguna manifestación de sorpresa por parte de Alfonso hasta el momento en que el abuelo debió de encontrar la manera de llevar el agua de la conversación al molino de su necesidad:

—Estoy en un apuro, Alfonso. —Tal vez le temblara la voz. Podría ser: por las prisas, por la inseguridad—. He venido a que me pagues.

—¿A que te pague qué? —contestaría Alfonso, mostrando una sorpresa tal vez genuina.

—La apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Me debes seiscientas pesetas.

—¿Te has vuelto loco?

—No. Tengo testigos. No puede ser que no te acuerdes. Yo aposté trescientas y tú lo doblaste.

—Joder, Simón. ¿Ahora me sales con ésas? Era broma, hombre.

—De eso nada. Las apuestas son sagradas, ya lo sabes. Si te tiraste un farol, lo siento mucho pero perdiste.

—Pero, Simón... Habíamos bebido mucho.

Seguro que dijo algo así.

—¿Bebido? Pues bien que condujiste hasta Malespina.

—Fue una locura, Simón. Podíamos haber perdido la vida, ¿eh?

No creo que el tímido intento de recuperar una mínima complicidad lo liberase del acoso de Simón, de quien sí sabemos que contaba con una tozudez granítica.

—El caso es que estamos vivos. Y que me debes seiscientas pesetas.

—Es mucho dinero.

—Pues no haberlo apostado.

—Tienes razón, pero el caso es que no lo tengo.

—Pues pídeselo a tu padre.

—¿A mi padre? Tú estás para que te encierren. Ni siquiera sabe nada de aquella noche. Nunca se lo conté.

—Eso no es problema. Yo mismo se lo cuento.

—¡Sí, hombre! ¡Faltaría más! Tú no conoces a mi padre. Si se entera de esa historia me castiga para el resto de mi vida. Y a ti se te cae el pelo. Es capaz de llamar a la policía.

—¿Es una amenaza?



—No, te lo digo en serio. Mi padre es muy rígido.

—No me cuentes tu vida, Alfonso, que te la cambio sin mirar.

Era un guiño. Eso mismo solían decirse en el juego cuando cualquiera de ellos se quejaba con demasiada frecuencia de que sus cartas eran malas: te las cambio sin mirar. Pero si el abuelo trazó esa conexión debió de hacerlo de modo involuntario y automático. La conversación ya se alargaba demasiado para los dos. Imagino que Alfonso se rebuscaría en los bolsillos y tal vez sumara mentalmente la cantidad de dinero que tuviera disponible en casa.

—Tranquilo, amigo. Vamos a buscar una solución. ¿Qué tal si te doy ahora todo lo que llevo, que son cincuenta, y el resto te lo pago la semana que viene?

—Imposible.

—Mañana mismo.

—No puede ser, Alfonso. Lo necesito ya.

—Coño, ¿tanto te urge?

—Sí.

—¿En qué lío andas metido?

—Es una historia muy larga y no tengo tiempo para contártela. El caso es que necesito el dinero ahora mismo y que me juego la vida.

Si Simón dijo eso, no sería del todo justo acusarle de mentir. Al fin y al cabo, tal vez no se la jugara físicamente, en sentido literal, pero sí era cierto que se jugaba la vida: la que había escogido entre la penumbra de sus sueños; la única que él consideraba vida.

—Pues lo siento mucho, pero no puedo pagarte. No hay más que hablar.

Sin que ninguno de los dos lo hubiera decidido de antemano o tuviera siquiera conciencia de ello, la conversación empezaba probablemente a parecerse demasiado a una de sus partidas de cartas. Tira y afloja, toma y daca, farol y contrafarol.

—O le pides el dinero a tu padre, o subo y se lo pido yo mismo.

Imagino a Alfonso al pie de la escalera, tratando de teparle el camino y sin duda dándose cuenta de que su cuerpo no podía resistir la embestida de Simón, recio por naturaleza y fortalecido por los trabajos físicos del almacén. Tal vez se insinuara el inicio de un forcejeo. Tal vez incluso el portero, fingiendo prestar oídos sordos a aquella conversación, estuviera sin embargo dispuesto a intervenir en el caso de que la integridad de su señorito corriese peligro.

—¡Espera! —Alfonso se devanaba los sesos—. ¡Ya lo tengo! Toma mi reloj —ofreció, al tiempo que se lo quitaba con ademanes temblorosos—. Tómalo. Y mi pitillera.

—¿Y para qué los quiero?

—Puedes empeñarlos.

—Ni hablar. El montepío no abre hasta mañana...

Si mis suposiciones son ciertas, no sólo Simón había acudido sabiendo que de ningún modo iba a cobrar la apuesta, sino que ni siquiera tenía la verdadera intención de cobrarla. Seiscientas pesetas, por muy astronómica que a él mismo le pareciera la cifra, no iban a solucionar su problema. Su problema sólo se arreglaba con un coche. Por eso alargaba tanto la conversación. Por eso había insistido y amenazado. Su farol era ése. Llevaba rato esperando que la cuerda estuviera lo suficientemente tensa para sacar de la manga el as que remataba su repóquer:

—... aunque, bien pensado, se me ocurre otra solución.

—¿Cuál? —preguntaría entonces Alfonso, sin poder disimular un suspiro de alivio.

—Préstame el coche.

—¿El coche?

—Esta noche y mañana. Con eso arreglo mi problema. Mañana, a esta misma hora, te lo devuelvo.

—Uy, Simón, eso es más difícil todavía.

—¿Por qué?

—Porque no es mío.

—¿Cómo que no? Dijiste que te lo habías comprado. ¿Era mentira? ¿De quién es?

—De mi padre. A veces me lo deja. Pero aquella noche ni siquiera sabía que lo había cogido. Y mucho menos que nos fuimos a Malespina.

—Caramba. Caramba con Alfonsito. Parece que nos gusta mentir. —A estas alturas de la conversación, Simón ya debía de pensar que su plan empezaba a funcionar. O tal vez no. Tal vez tratara de asegurar la jugada azuzando un poco más el sufrimiento del otro—: No sé qué pensará tu padre cuando se lo cuente.

—De eso, nada. Si se entera me mata.

—Pues tú dirás lo que vamos a hacer, porque yo de aquí no me voy sin mi dinero. O sin tu coche.

—¿Y cómo lo hago?

Un buen jugador siempre sabe distinguir la debilidad del contrario. Las cartas ya estaban boca arriba sobre la mesa.

—Muy fácil. Le dices a tu padre que está en el taller. Invéntate cualquier problemilla. Que se han engrasado las bujías, o que te han hecho una rascadita. Y que te lo devuelven el lunes. Total, mañana lo vuelves a tener, ¿no? ¿No irás a desconfiar de mí?

—Está bien —cedió Alfonso muy a su pesar. Puestos a enfrentarse a su padre, entre el enfado menor que le reportaría una avería ficticia del coche y la bronca monumental que habría de soportar si llegaba a sus oídos el relato de la apuesta, con borrachera, escapada nocturna y naufragio incluidos, no dudó en escoger lo primero—. Está bien, llévatelo. Pero trátamelo como si fuera tu hijo. Y lo quiero aquí mañana

por la tarde sin falta. Te doy la llave del garaje y tú mismo lo devuelves; así no se entera mi padre.

—Prometido.

No me cabe duda de que, antes de despedirse, Alfonso pronunció alguna amenaza similar a la siguiente.

—Una cosa más, Simón: nunca me has engañado ni tengo por qué dudar de ti. Pero te juro que, si mañana no estás aquí con el coche intacto a las siete de la tarde, yo mismo iré a buscarte con la policía a tu casa.

—Perfecto. Dale recuerdos a mi padre —se despidió Simón.

Ya es mucho suponer, pero sería perfecto. Ignoro si Alfonso entendería la broma implícita en la despedida, o si pensaría que se trataba de un error, que Simón había querido decir «a tu padre».

Se fue Simón. Hinchado de euforia. Casi aturdido por esa especie de borrachera que sacude a los jugadores de riesgo cuando, terminada la partida, abandonadas ya sin alma las cartas sobre la mesa, recogen a manos llenas el botín de su triunfo y llenan con él los bolsillos sabiendo que la verdadera medida de su gloria no reside tanto en la riqueza nueva como en esa sensación embriagadora de haber doblegado con la inteligencia, siquiera por un tiempo, las leyes del azar y del destino.

Supongo que pasó gran parte de la noche dando vueltas sin rumbo por la ciudad. Le hacía falta. Simón no tenía licencia de conducir y debía su rudimentario manejo del coche a las muchas veces que le habían permitido, desde la infancia, montarse en los camiones que acudían a descargar al almacén, aparcar y mover furgonetas apenas unas decenas de metros, dar la vuelta a la manzana. O sea que no es descabellado imaginar que aquella noche se enseñó a sí mismo a conducir y suponer que, al menos durante unas cuantas horas, lo acompañó la excitación del triunfo, la sensación de que ya nada, absolutamente nada, se interponía entre él y el cumplimiento inmediato del único sueño que de verdad le importaba.

Del mismo modo, supongo que en algún momento, como suele suceder, la euforia cedió paso al cansancio y Simón detuvo el coche en algún lugar para echar una cabezada. Tal vez, para no llamar la atención, buscó algún rincón apartado o se dirigió a las afueras de la ciudad. O tal vez se quedara delante mismo del Teatro Borrás, donde estaba citado a las pocas horas, lo cual explicaría que Amparo lo encontrase dormido dentro del coche por la mañana.

Al llegar a esta parte de la historia, ya me escuchaban todos como si les fuera la vida en ello. Yo creo que ni siquiera recordaban que sólo estaban oyendo una hipótesis, una deducción, una versión que yo considero mucho más verosímil que la de mi padre, pero igualmente arbitraria e indemostrable. Al ver sus caras me he dado cuenta de que había alcanzado ya un nivel de atención que me permitía hacer lo que me diera la gana, incurrir en tantas contradicciones como quisiera, inventarme los

personajes secundarios que hicieran falta para apoyar mi historia. Hasta inventarme que Simón no existió nunca. Cualquier cosa. Qué poder tan inmenso. Ahora sí entiendo de verdad cómo se sentía papá. Ahora sí sé lo que significa contar algo cuando sabes que quien te escucha se va a tragar el veneno de tu imaginación, siempre que se lo administres con las palabras adecuadas.

Pero ese poder da miedo. He tenido que frenar, detener la historia y bajar los pies al suelo un momento. Mi leyenda nueva era un caballo desbocado. Un purasangre. No niego la satisfacción de notar en la mano las riendas, de saber que basta moverlas un milímetro para que la montura te lleve a donde quieras. Lo que pasa es que es peligroso ese galope; sobre todo si, como yo, quieres llegar a la verdad. A la verdad se llega despacito. Al paso.

—¿Qué os parece? —he preguntado, para desencanto de toda la familia, que ya no quería opiniones, sino cuentos—. ¿Vamos bien? ¿Es más creíble mi versión? A lo mejor preferís seguir pensando que Simón rompió el cerdito de barro de sus ahorros imposibles y sacó no sé cuánto dinero para comprarse un coche a las nueve de la noche. O que Alfonso era tan tonto que se lo regaló a cambio de cancelar la deuda de la apuesta.

Banderas blancas por todas partes. Unanimidad: sí, es más posible que lo robara con una treta como la que yo proponía, o con cualquier otra.

—Quizá tengas razón —ha concedido incluso Alberto—. Lo que yo no veo es qué significa eso. O sea, sigo sin entender por qué eso cambia las razones de su muerte. Ya te lo he dicho antes: lo importante es que consiguió el coche y gracias a eso pudo partir al día siguiente con la compañía. A partir de ahí, no cambia nada.

—Al revés, cambia todo. —Vaya par de tozudos—. ¿Tú recuerdas bien la historia?

—Claro. Bueno, no como tú. Quiero decir, no con las palabras exactas de papá, pero supongo que más o menos soy capaz de recordar todo lo que pasó.

—A ver, sigue tú.

—No. A mí no se me da bien contar historias. Bastante tengo con la vida.

—Da lo mismo si lo cuentas mal. Esto no es un examen, Alberto. Nadie te va a poner nota, ni estás ante ningún tribunal. Estoy segura de que, si terminas tú mismo la historia, te darás cuenta de que no puede ser verdad. Hazme ese favor.

—Venga, papá. —Luis me ha echado una mano—. Atrévete.

—Bueno, se supone que hacia las ocho de la mañana ya se había reunido toda la compañía. —Alberto hablaba despacio, tanteando el terreno como si sospechara que yo le había dejado una mina explosiva en algún recodo—. Salieron por la carretera de Tarragona. Si no recuerdo mal, iban todos en una camioneta, menos el director y Amparo, que se subieron al coche de Simón.

—El director, Amparo y Andrés Salgado —ha corregido Pablo—, el actor

principal de la compañía.

—Muy bien. Muy bien los dos —he intervenido—. Te propongo una cosa, Alberto, porque si no es imposible avanzar. Saltémonos todo lo que viene a continuación y vayamos directos a la noche anterior a la muerte de Simón.

—Hombre, así, a lo bruto...

—No, si al final le vas a coger gusto a eso de contar historias. Bromas aparte, todo lo que pasó entre la salida de Barcelona y esa noche es prescindible. No digo que no sea cierto, pero es prescindible. O sea, no tiene nada que ver con la verdad que estamos buscando.

Alberto dudaba. Supongo que sospechaba que le estaba tendiendo una trampa y no lo critico. He tenido que darle un empujoncito.

—Démoslo por cierto, si lo prefieres. Supongamos que es cierto todo lo que contaba papá. Incluso, si quieres, te lo resumo yo misma. Se supone que pasaron unas semanas dando vueltas de pueblo en pueblo. Aquí venía la parte más larga: todos aquellos detalles fascinantes sobre la vida de las compañías ambulantes. Cómo comían, dónde dormían, incluso cómo se las arreglaban para lavarse la ropa de vez en cuando. Y cómo la abuela Amparo, con una triste aguja y un hilo, era capaz de sacarlos de cualquier apuro. Todo eso.

—Vale.

—Si te parece, pasamos por alto las largas conversaciones que mantenía Simón en el coche con el director, aprovechando los desplazamientos para irse ganando su confianza.

—Eso era importante, porque al final...

—Porque al final se la ganó. Tienes razón, era importante. Al final se la ganó y, gracias a eso, pudo debutar cuando llegó la ocasión. ¿Estamos de acuerdo hasta aquí? ¿Podemos pasar ya a Teruel?

—Más o menos. —Alberto aún no se fiaba del todo—. Bueno, nos hemos saltado otra cosa fundamental.

—¿Cuál?

—Joder, que Amparo se quedó embarazada. ¿Te parece poco? Si no, no existiría papá.

—Ni tú, ni yo. Concedido. Además, esa parte era bonita. ¿Cómo decía? Algo así como: «No eran muchas las ocasiones que el amor encontraba para reunir a Simón y Amparo y, por ser numerosa la compañía y reducidos los espacios en que solían convivir...».

—Joder, Serena. Qué memoria.

—Espera, espera: «... a menudo se veían obligados a reprimir la fogosidad propia de sus años».

—Pero el amor no conoce barreras... —ha continuado Pablo—. Eso, de pequeño,

me encantaba.

—Exacto: «Pero el amor no conoce barreras, ni mucho menos las respeta. Al contrario, suele trasponerlas cavando sus fundamentos, si es necesario, con la paciencia del agua». La verdad es que esto era una cursilada total. Estáis de acuerdo, ¿no? Y luego seguía: «Una noche...».

—... al amparo de la luna nueva... —Incluso Luis se sabía esa parte—. Una noche, al amparo de la luna nueva, pudieron zafarse de la vigilancia del resto...

—Espera, Luis. Es que esto era muy bueno. Te falta lo del paseo. «Al amparo de la luna nueva, y con la excusa de estirar las piernas y tomar un poco de aire fresco, pudieron al fin zafarse de la vigilancia del resto de la compañía, y de sus bromas, y de sus celos...». Total, si puedo resumirlo, que se fueron al campo y echaron un polvo, que tampoco sería el primero.

—Serena, por favor. —Mamá me ha llevado la contraria por primera vez en toda la historia—. Tampoco te pases.

—Bueno, pues llámalo como quieras. El caso es que Amparo se quedó embarazada. O, si lo queréis más fino: «Empezó a consultar de reajo el calendario y a tomarse con frecuencia el pulso, tratando de atribuir sus cada vez más frecuentes mareos a cualquier causa que no fuera la evidente».

—Mejor así.

—Vale, pues ya estamos en Teruel.

—Todavía faltan dos cosas importantes —ha dicho Alberto, empeñado en hacer de notario de una realidad dudosa—. Primero, que en todas aquellas semanas el abuelo no había conseguido debutar porque ningún actor se había puesto enfermo.

—Cierto, y que estaba muy frustrado porque su papel se limitaba a estar siempre pendiente de los numerosos descuidos de Andrés Salgado, el actor principal, a quien debía soplar cada dos por tres el texto.

—Esa es la segunda cosa. Salvo que tú tengas otra versión mejor, parece que el tal Salgado era tan malo, o tan olvidadizo, que Simón se veía obligado a acudir en su ayuda unas cuantas veces en cada función. Yo creo que esa parte es importante para entender el final, así que ahora te aguantas un poco y me dejas entrar en detalles. Salgado era un actor con mucha experiencia. En las giras anteriores, resolvía sus olvidos metiendo morcillas, como suele decirse. O sea, inventaba cualquier frase que lo sacara del apuro.

—Muy bien.

—Y aquí viene el director, que casi no hemos hablado de él. Yo creo que el director era un cabronazo y sólo había aceptado contratar a Simón para viajar más cómodo en su coche. O un cobarde, y no se atrevía a enfrentarse a Salgado.

—O, como dice tu hermano, un jeta que sólo quería beneficiarse a Amparo.

—Lo que sea. El caso es que, probablemente, era un vividor. La compañía y el

teatro le importaban un carajo mientras le dieran para vivir. Por eso nunca había llamado la atención a Salgado por sus fallos. O tal vez ni siquiera se daba cuenta. Pero aquel año, gracias a las constantes intervenciones de Simón, fue inevitable que se enterara.

—Muy bien, Alberto. Aquí venía un inciso precioso sobre la voz de Simón, tan potente que, por mucho que adoptara un susurro ahogado para cumplir con su función de apuntador disfrazado, llegaba con toda nitidez hasta el último asiento del público, incluido el gallinero que etcétera, etcétera.

—Exacto. Total, que Salgado le tomó ojeriza a Simón y lo acusó de hacer todo lo posible para ponerlo en evidencia. Lo llamó envidioso, le dijo que sólo lo hacía para usurpar su puesto.

—Ahora sí, ¿no?

—Ahora sí, qué.

—Que ya estamos en Teruel. En la noche anterior.

—Ahora sí.

—Sigue.

—Bueno, esta parte nos la sabemos todos. En Teruel tuvieron una trifulca enorme porque Simón se atrevió, por primera vez, a retar a Salgado. Le dijo que estaba harto de sus puyas, que él se limitaba a cumplir con la función que le había encomendado el director y que, si no era capaz de recordar un texto tan conocido como *El burlador de Sevilla*, lo mejor que podía hacer era jubilarse.

—Y llegaron a las manos.

—Bueno, eso es poco. Se dieron una paliza brutal. Tan fuerte que Salgado perdió parte de la dentadura y Simón quedó medio cojo de una pierna.

—De la pierna derecha —ha concretado Pablo. Me sorprende la cantidad de detalles que recuerda.

—Perfecto. —He tomado la palabra porque ya nos acercábamos peligrosamente al punto que me interesaba—. Entonces el griterío llamó la atención del director y éste los conminó a que resolvieran sus diferencias de modo amistoso por el bien de la convivencia. Recuerdo que de pequeña el verbo conminar me parecía ridículo. En cualquier caso, se jugaron el papel de Don Juan a las cartas. Un poco sorprendente, ¿no?

—Hombre, dicho así, claro. Pero en la versión de papá se insistía mucho en que cada noche jugaban partidas interminables con apuestas exageradas.

—Tienes razón. Incluso contaba que un actor secundario se jugó una noche su novia y que otro, al quedarse sin dinero, puso sobre la mesa el juego de llaves de su casa.

—Eso es. Y aquella noche Simón ganó la partida.

—Con trampas, Alberto. Eso no lo reconocía papá explícitamente, pero quedaba

más o menos claro.

—Joder, Serena, siempre estás igual. —Pobre Alberto. Estaba viendo cómo se desmoronaba la figura de su héroe favorito y no podía hacer nada por impedirlo. Aún no sabía que lo peor estaba por llegar—. Parece que le hayas cogido manía a Simón.

—Bueno, si lo prefieres ganó sin trampas. Pero no te olvides de los juegos de manos en la trastienda y los solitarios amañados. Porque para hacer trampas en un solitario...

—No discutamos por eso. Después de convertirlo en ladrón de coches, lo de las cartas es cosa de niños.

—Vale. Con o sin trampas, Simón ganó la partida. Al día siguiente, tuvo por fin su ansiado debut. Si quieres, nos podemos regodear un poco en el enorme éxito que tuvo, en la intensidad de los aplausos que lo interrumpían incluso a media frase, en la atronadora ovación final, en las posteriores felicitaciones del director...

—Hombre, no hace falta regodearse, pero me concederás que es importante para entender la envidia de Salgado.

El pobre Alberto estaba cayendo derecho en mi trampa. Y lo mejor es que lo hacía por sus propios pasos, sin que yo tuviera que guiarlo. Ya sólo le faltaba el último impulso. Se lo he dado yo, pero con suavidad.

—Claro, porque aquella misma noche, en cuanto lo pudo pillar a solas, Salgado, muerto de envidia y temeroso de que el director ya nunca le permitiera recuperar el papel de Don Juan, amenazó de muerte a Simón. Le dijo que, si no desaparecía de la compañía, le iba a partir las dos piernas.

Alberto estaba encantado. Había llegado el momento de lanzar el ataque final. Lo he sentido por él. Yo sólo sé atacar con preguntas. No tengo otra arma.

—¿Y qué hizo Simón?

—Coño, lo que haría cualquiera en su situación. Coger su coche y desaparecer.

—¿Aquella misma noche?

—Cuanto antes, mejor.

—¿Y Amparo?

—Qué.

—¿A ti no te parece que lo normal hubiera sido irse con ella? Después de todo lo que habían pasado...

—A lo mejor ella no quiso irse.

—Claro. Estaba embarazada de él, pero prefirió quedarse en la compañía.

—Hombre...

—Y entonces va Simón y se mata. Qué casualidad.

—Casualidad no. Eso es como si dijeras que el Quijote tropezó con un molino. Se mató porque iba por una carretera pésima y era de noche y corría demasiado...

—Un momento, Alberto. —Por fin. Sólo faltaba cerrar la trampa—. La pésima



carretera iba a Cuenca, ¿no?

—Creo que sí.

—Pero no era la nacional, ¿verdad? Era una pista forestal sin asfaltar, con más curvas que un muelle, y se metía en el bosque... ¿Cómo se llamaba aquel bosque?

—De los rodenos, creo.

—Gracias, Pablo. Bosque de los rodenos. ¿Os parece normal que el abuelo cogiera esa carretera?

—A mí sí.

—Cómo no, Alberto. Porque tú eres más tozudo que el propio Simón. A mí me parece que si lo que quería era alejarse de Salgado, lo normal era coger la nacional. Y más si hablamos de un tipo que apenas sabía conducir. ¿Y por qué iba tan rápido? ¿Y por qué de noche? ¿No podía haber esperado a la mañana siguiente? No me digas que nunca te has hecho esas preguntas. Yo, por lo menos, llevo media vida haciéndolo.

—Coño con las preguntas —Alberto ya no podía más—. Pues contesta tú si sabes tanto.

—Porque lo perseguían, hermanito. Te lo estoy diciendo desde ayer y no me haces caso. Nadie se comporta como Simón, salvo que lo estén persiguiendo. Y dudo mucho que fuera Salgado. Enemigo que huye, puente de plata. Salgado, al verlo salir, debió de dar gracias a todo el santoral. Por eso el detalle de coche robado, aunque tú te niegues a aceptarlo, es tan importante. Nuestro querido Alfonsito sería un niño bien y un arrogante y todo lo que tú quieras. Pero tampoco creo que fuera gilipollas. ¿Qué hizo cuando Simón no volvió con el coche? Contárselo todo a su padre. ¿Y qué hizo su padre? Denunciarlo a la policía. Usa un poco la cabeza. La policía no necesitó investigar demasiado para confirmar la relación entre Simón y Amparo. Probablemente, cuando la compañía llegó a Teruel ya debían de llevar días, o semanas, siguiéndole los pasos. ¿Y qué hizo Simón? ¿Devolver el coche y pedir perdón? Teniendo en cuenta que no había sido capaz de reconocerle al director la mentira cuando todavía no era un delito, imagínate si lo iba a hacer ahora. No, Alberto. Cogió el coche y se fue como se van los ladrones. De noche, a toda prisa y por la carretera más abandonada.

—Y se mató —ha sonado de pronto la voz de mamá—. Muy bien, Serena. Chicos, no sé vosotros, pero yo me lo creo. Por cierto, no quiero aguarle la fiesta a nadie, pero tendríamos que ir volviendo.

—Entonces, no entiendo nada. —Alberto ha empezado a dar las órdenes necesarias para que la *Amén* cogiera viento y llevarnos de vuelta a la playa, pero iba murmurando todo el rato—. Nada de nada.

—¿Qué es lo que no entiendes? —He ido a sentarme a su lado—. Dímelo. Si puedo te lo aclaro.

—Muchas cosas. Pero sobre todo una que me molesta. No entiendo por qué papá

se inventó todo ese cuento.

—Eso te lo puedo contar yo —ha intervenido mamá, que se había venido detrás de mí, como si no quisiera perderse el epílogo de la historia—. Bueno, por lógica; no porque sepa ningún secreto. Yo creo que Amparo nunca le quiso contar a su hijo que Simón había muerto de aquella manera y se inventó una historia muy parecida, en la que coincidían las fechas, los lugares, todo menos las verdaderas razones. Y no corráis a echarle la culpa a Amparo. Poneos en su lugar y pensad qué hubierais hecho.

—De acuerdo, mamá —he concedido, aunque no estoy del todo segura—. Puede ser que papá no hiciera más que repetir lo que le había contado su madre, pero es imposible que no tuviera por lo menos las mismas dudas que he tenido yo siempre. Y es evidente que aportó algo de su imaginación.

—No estés tan segura.

—Sí que lo estoy. ¿Sabes por qué? Porque la historia de la muerte de Simón se parece demasiado a la del destierro de Li Po.

—Coño, lo que faltaba —ha dicho Alberto, riéndose por primera vez, aunque seguía medio apesadumbrado—. El chino.

—Sí, el chino. Haz una prueba. Sustituye a los personajes. El director es el emperador. Simón es Li Po, claro. Salgado es el eunuco envidioso. El papel de Don Juan vendría a ser como los poemas. Y la huida final es el destierro. No es que se parezcan, es que coinciden absolutamente. ¿No te parece demasiada casualidad?

En ese momento se ha partido el obenque de babor. Nada grave. De hecho, al principio sólo nos hemos dado cuenta por el ruido, un latigazo parecido al que suena cuando se rompe la cuerda de una guitarra. Un poco más fuerte. Yo ni siquiera he sabido de dónde venía. Alberto sí. Nada más oírlo se ha ido a la base del mástil para evitar que se cayera. Y se ha puesto a dar instrucciones. Desde luego, mi hermano tendrá poca imaginación, pero nadie puede discutir que cuando se trata de saber lo que hay que hacer no le gana nadie. Al segundo estábamos todos actuando como autómatas embrujados por su voz. Luis y Pablo han arriado la vela hasta la mitad para que la presión sobre el mástil fuera menor. A mí me ha tocado colocarme a estribor, junto al otro obenque, para asegurarme de que no se partiera. Si llega a fallar también ése, hubiéramos tenido un problema serio porque se habría caído el mástil. Alberto iba dando órdenes sin mirarnos siquiera, porque estaba concentrado en recuperar el obenque roto. Por fortuna, se había roto casi por la base, de modo que ha podido volverlo a enganchar. Como el obenque remendado era algo más corto que el otro, el mástil quedaba un poco inclinado a babor, apenas unos milímetros. Creo que mamá ha pasado un poco de miedo. Se lo ha quitado Luis con sus bromitas: «Abuela, para morirte aquí te podías haber quedado en Guatemala. Por lo menos ya estabas incinerada».

Alberto ha decidido que no corriamos ningún riesgo por intentar regresar en aquellas condiciones. El levante soplaba con más fuerza ya, pero tampoco era un ciclón. Entre todos hemos decidido llevar la vela medio arriada. De ese modo, reducíamos las posibilidades de que el mástil terminara cediendo. Alberto ha reforzado el anclaje del obenque con su cinturón. Al llevar sólo media vela, hemos vuelto mucho más despacio, pero ha sido precioso. Íbamos todos callados, mirando arriba, concentrados como si nuestra vida pendiera de un hilo de acero trenzado.

Al llegar a Malespina he propuesto que me subieran al faro para recoger mi coche, que se quedó allí anoche. Mamá ha dicho que lo más urgente era subir a casa para que papá no estuviera tanto rato solo y que luego ya me llevaría ella al faro. Qué ingenua soy a veces. Ni se me ha ocurrido pensar que era una excusa para poder hablar conmigo a solas. Ni siquiera hemos bajado del coche. Al llegar a casa hemos dejado a los chicos, se ha puesto ella al volante y hemos salido hacia el faro. Por el camino hemos ido hablando de lo que acababa de pasar, de Simón, de Amparo, de papá. Me ha felicitado. Ha dicho que le hacía feliz ver que por fin he conseguido reconstruir la historia de Simón sin rencor, sin necesitar ningún culpable. Que eso será muy bueno para mí. Cuando me he dado cuenta de que me estaba tendiendo una emboscada, estábamos ya en el faro, con el coche aparcado al lado del mío y el motor apagado. Hablando como si fuéramos dos viejas amigas. Filosofando, como si nada. La vista era impresionante, porque el viento levantaba ya cientos de crestas blancas en el horizonte.

—Qué paz, ¿eh? —ha dicho mamá.

—Sí, estaba pensando lo mismo. No me extraña que los fareros terminaran siempre sus informes con la misma frase.

—No se sabe que haya habido ninguna novedad...

—Coño, mamá, ¿y tú cómo sabes eso?

—Cómo sé qué. —Parecía incómoda. Se ha quedado un momento silenciosa, pensando—. Supongo que por tu padre. ¿O te crees que sólo te contaba historias a ti?

—No, si yo no digo nada. Pero me sorprende, porque él no hablaba nunca de los fareros. Por lo menos...

—Entonces será que me lo has contado tú alguna vez.

—Pues no lo recuerdo.

—Bueno, y qué. —Estaba impaciente. La verdad es que me he pasado la vida atormentándolos a todos con mis preguntas—. Ya va siendo hora de que te olvides de todo eso, ¿no? Sobre todo en tus circunstancias —ha dicho de pronto, poniéndome una mano en el vientre. Yo me quería fundir—. Vas a tener que aprender a pensar en el futuro.

—¿Cómo lo sabes? —Era una pregunta retórica, porque estaba convencida de que se había dado cuenta por pura brujería, porque las madres son así—. ¿Tanto se me

nota?

—No. No se nota nada. Me lo ha dicho Luis.

—Lo mato. Cuando lo pille, lo mato.

—No, Serena, no vas a matar a nadie. Por cierto, ¿qué vas a hacer?

—¿Con Luis?

—No, mujer. A Luis déjalo tranquilo. Me refiero al embarazo. ¿Lo vas a tener?

—No sé, mamá. Creo que sí, pero es un poco complicado. El padre...

—No, espera —me ha interrumpido—. No me cuentes nada hasta que hayas decidido lo que quieres hacer. Hagamos las cosas bien, por una vez. No quiero más simones en la familia. Ya está bien de leyendas.

Hemos vuelto cada una en un coche. Tengo la maleta hecha. Mañana nos vamos todos. Llegué aquí pensando que me iba a quedar unos días más para poder seguir escribiendo. No sé qué. ¿La historia de Simón? Eso ya está aclarado. La verdad es que todas las dudas que tenía se han ido despejando. Todas las importantes, al menos.

Nada más llegar a casa he preguntado por papá y me han explicado que al subir se lo han encontrado sentado en la terraza, en una silla plegable, tapado con su manta y dormido. He salido a buscarlo y todavía estaba allí. A su lado, encima de la misma mesa en que ahora escribo esto, tenía su viejo catalejo. El muy tunante nos estaba espiando mientras navegábamos. Mejor dicho, mientras yo les contaba en alta mar a los demás algunas de sus mentiras. He cogido el catalejo y me he quedado mirando a papá. Lo he tapado bien porque se le estaba resbalando la manta.

—Ya está bien, papá —he empezado a reñirlo—. No se te puede dejar solo ni un minuto. Seguro que has cogido frío y...

Pero me miraba con una sonrisa extraña. Me he callado. Por primera vez en mucho tiempo, nos hemos sostenido la mirada hasta que él ha apartado la suya para posarla en el mar, a lo lejos.

—Aparejo de fortuna —ha dicho de repente. Luego, me ha quitado el catalejo de las manos, se lo ha dejado en el regazo y ha señalado el mar con un gesto vago, amplio, lento, como si estuviera señalando la vida. Después lo ha repetido—: Aparejo de fortuna.

Mañana me voy. Me llevo los cuadernos, pero no sé para qué. Al principio creía que era bueno dejar escrito el inventario de palabras prestadas. Ahora ya no me interesan tanto. Tal vez mamá tenga razón: ya basta de simones. Ya basta de hurgar en un pasado que empieza a resultarme ajeno. Incluso el día de hoy me parece remoto. Nunca se detiene el tiempo. Ahora, más que nunca, tira de mí hacia delante; me tiene agarrada por el vientre. Necesito historias nuevas, historias nuevas, palabras propias que pueda prestar en el futuro. Aunque tenga que inventármelas. Por ejemplo, un hipotético proverbio octavo de Li Po: «La verdad y la mentira son aparejos de fortuna. Nos mantienen a flote en el naufragio de la vida». No sé, creo que Li Po

nunca vio el mar.

## ALGUNAS REFERENCIAS

Dada la naturaleza de esta novela, para dejar constancia de los referentes reales de algunas de las historias que en ella se cuentan debería escribir otra, cuyo título acaso fuera *Mentira otra vez*. Más grave todavía: su extensión sería aún mayor. Me parece de justicia, sin embargo, señalar algunos tropezones con la realidad.

Algunos detalles de la biografía de Li Po son remotamente ciertos, aunque basta con una búsqueda sencilla para encontrar al menos quince versiones distintas de su vida y de su muerte. Me pareció especialmente hermosa la que se incluye en *Poesía China: del siglo xxii a. C. a las canciones de la Revolución Cultural* (Alianza Editorial, Madrid, 1973), seleccionada por Marcela de Juan.

Hubo una pareja de rusos en la Costa Brava. Basta comprobar cualquiera de sus biografías para saber que no son éstos.

La batalla de las Formigues fue bastante parecida a como aquí se cuenta. Es rigurosamente cierto que las discrepancias entre las crónicas de Desclot y Montaner hacen imposible, una vez más, escoger una versión que pueda considerarse rigurosamente cierta. Su lectura como obras de ficción, en cualquier caso, es fascinante.

La antropología se ha ocupado con mucho más rigor que mis personajes del tratamiento de la muerte en diversas culturas. Se cuentan por centenas los textos que recogen ese conocimiento. A mí me resultaron particularmente útiles *Celebrations of Death. The Anthropology of Mortuary Ritual* (Cambridge University Press, 1991), de Peter Metcalf y Richard Huntington, y *Death and the Regeneration of Life* (Cambridge University Press, 1982, editado por Maurice Bloch y Jonathan Parry). Isabel se beneficia de la riqueza de sus datos, cosa que agradezco por la parte que me toca.

Mención aparte merece *Consuming Grief: Compassionate Cannibalism in all Amazonian Society* (University of Texas Press, Austin, 2001), de Beth A. Conklin. Aunque Isabel hace suyas algunas de las conclusiones de la autora, de ningún modo puede aspirar siquiera a reflejar el inmenso conocimiento mostrado por ella en dicho libro. Su estudio sobre las costumbres de los wari es un documento denso y académico pero profundamente conmovedor. Esta novela tiene una deuda impagable con ese texto, no sólo por la inmensa cantidad de datos novedosos que aporta, sino por la impresionante sabiduría con que los interpreta su autora. Mía es la responsabilidad de cualquier torpeza que pueda haber cometido Isabel al usarlos.

Malespina, octubre de 2002

## AGRADECIMIENTOS

Yolanda (Juarroz, 1/51).

Óscar, entusiasmo inteligente; Rosa, *apelotante*; Horacio me dio por fin la bienvenida; en el Puerto Vallarta de Antonio nació esa primera página que luego nunca es la primera; Juan Gabriel, hermano; José, ocho pasos de tango; a Juan Royo y al doctor Seuba Borrell les debo mucho más que una comida; Juan Carlos fue capaz de honrar la amistad con su bendita incredulidad; al fondo, Chet tocaba *Leaving* y Astor contestaba *Oblivion*, dos mentiras; Daniel se atrevió, que no es poco, y Josep la cuidó, que es mucho; Santi casi se lo creyó del todo; Juan, maestro, sin palabras; Antonia sabe el valor del silencio; Dani Fotovski, ya tú sabes, compañero; Mariana, ¿cuál agua?; Carina y Gloria, qué paciencia; Pere, por lo que deberla haber sido, casi fue y tal vez sea.

Hago más las deudas que esta novela tiene con vosotros.



ENRIQUE DE HÉRIZ. Estudió Filología Hispánica en la Facultad de Letras de la Universidad de Barcelona. Ha trabajado gran parte de su vida en el mundo editorial, llegando a ser director de una editorial, y también se dedica a la traducción, es traductor de Noah Gordon. Comenzó a publicar en 1994.

Sus libros son el producto de una larga documentación y del gusto por encontrar las palabras precisas para transmitir un sentimiento determinado al lector. Ha publicado pocas pero destacadas obras, las cuales logran no dejar indiferente a quien las lee.